

ALFAGUARA

Paul Theroux

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Narrativa Internacional · Traducción de Miguel Martínez-Lage



Paul Theroux

Tren fantasma a la
Estrella de Oriente

Tras las huellas de
El gran bazar del ferrocarril

Traducción del inglés de Miguel Martínez-Lage

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

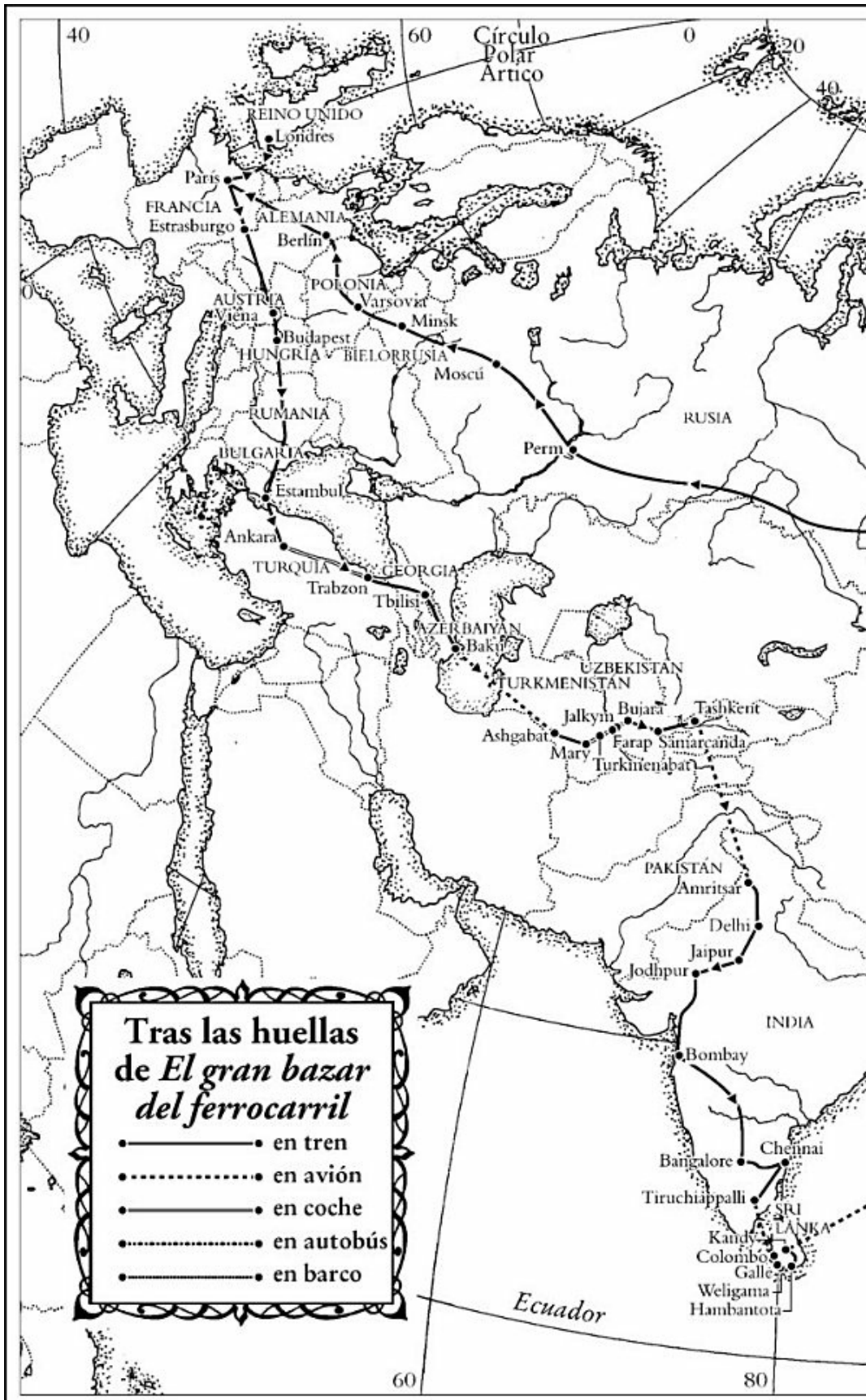
| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

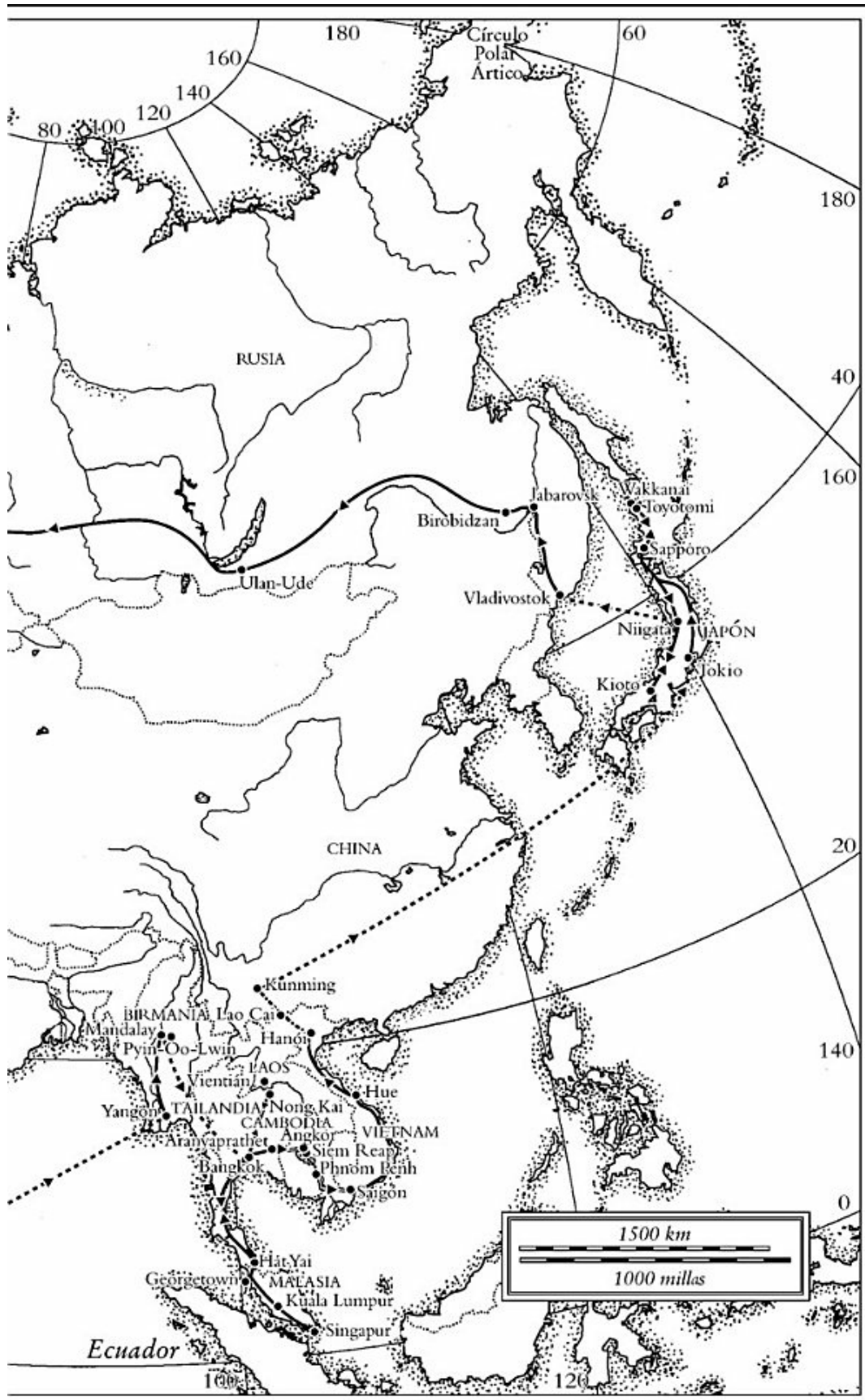
A Sheila, con amor

Por ejemplo, esa sensación que tiene con los trenes. Pues claro que había olvidado tiempo atrás el encanto juvenil de las locomotoras de vapor. Pero algo tenían los trenes que para él revestía algo especial, sobre todo en los expresos nocturnos, que siempre le inspiraban ideas extrañas, ligeramente inadecuadas.

GEORGES SIMENON,

El hombre que veía pasar los trenes





1. El Eurostar

A los viajeros se nos considera osados, pero nuestra secreta culpa estriba en que viajar es una de las maneras más perezosas que hay en la vida para pasar el tiempo. Viajar no es tan sólo cuestión de estar por completo desocupado, sino también una compleja y mendicante forma de evasión, que nos permite llamar la atención sobre nosotros mismos por medio de una llamativa ausencia, a la vez que nos entrometemos en la intimidad de los demás y somos activamente ofensivos en calidad de gorriones fugitivos. El viajero es el más codicioso de los mirones románticos, y en algún rincón bien escondido de la personalidad del viajero se encuentra un nudo de vanidad y de presunción que resulta imposible deshacer, además de una mitomanía rayana en lo patológico. He ahí por qué resulta la peor pesadilla del viajero no tanto la policía secreta, ni los brujos y curanderos, ni la malaria, sino la sola idea de toparse con otro viajero.

La mayoría de los escritos de viajes adoptan la forma de las conclusiones precipitadas, de modo que casi todos los libros de viajes son superfluos, son los monólogos más desganados y más transparentes. En muy pocos sentidos valen más que una licencia para aburrir: los libros de viajes son la forma más vil de complacencia literaria: quejas deshonestas, mendacidad creativa, heroicidad insensata, impostura crónica, en gran medida distorsionado todo ello por el síndrome del barón de Munchausen.

Como es natural, resulta mucho más difícil quedarse en casa y tratar con cortesía a los demás y dar la cara ante las cosas, aunque en eso ¿dónde está el libro? Mucho mejor la jactancia y la charada de quien finge ser un aventurero:

Sí, fanfarronea por los caminos
plagados de frutos secos,
agazápate en el castillo de proa

barbudo de bondad,^[1]
en la lujuria del «¡mírame!» de los paisajes exóticos.

Más o menos éste era mi estado de ánimo al hacer el equipaje, a punto de marchar. Además pensé: ojo, que también hay que tener en cuenta la curiosidad. Hasta los más tímidos fantasiosos necesitan de vez en cuando la satisfacción de ver sus fantasías hechas realidad. Y a veces uno tiene que largarse, sin más. Abusar de la paciencia ajena y entrometerse en las vidas de los otros es todo un placer, al menos para algunos de nosotros. En cuanto a la pereza, «una alegría sin sentido es una alegría pura».

Y también hay que tener en cuenta los sueños: uno de ellos es el sueño de lo extranjero, con el que disfruto cuando estoy en casa, y miro hacia el este y escruto un espacio lleno de templos imaginarios, de bazares atestados de gente, de lo que V. S. Pritchett llamaba «la arquitectura humana», una mujer adorable, vestida con prendas de gasa, viejos trenes que traquetean por la ladera de un monte, el espejismo de la felicidad; otro, bien distinto, es el estado de ensoñación que se experimenta durante el viaje. Cuando estoy de viaje, a menudo me da la sensación de estar vivo, sólo que en una visión alucinada en la que todo es diferente, la irrealidad en vívidos colores que tiene lo extranjero, en la cual tengo plena conciencia (como en casi todos los sueños) de que no pertenezco a lo que me rodea; y sin embargo floto, visitante desocupado y anónimo entre gentes que se afanan, un completo forastero. Cuando uno es forastero, como quiere la canción, nadie recuerda su nombre ni su paradero.

Viajar puede provocarme un sentimiento tan nítido y tan sin nombre, un sentimiento de tanta extrañeza y desconexión con todo, que llego a sentirme tan insustancial como una hilacha de humo, mero espectro, un ente repulsivo que ha regresado de entre los muertos, del submundo, y que anda atento entre personas de carne y hueso, vagabundo, aguzando el oído aprovechando que nadie lo ve. Ser invisible —habitual condición del viajero de más edad— es mucho más útil que ser evidente. Se ven más cosas y con menos interrupciones: nadie presta atención a lo que uno haga o deje de hacer. Un viajero de tales características no lleva prisa, y precisamente por eso se le confunde con un mendigo. Como odio toda programación y me fio de los encuentros azarosos, me atrae el tempo lento del viaje.

Los espectros tienen todo el tiempo del mundo, y ése es otro de los placeres

del vagar sin rumbo fijo y recorrer grandes distancias: viajar en trenes lentos, y a escasa velocidad, e ir dejando las cosas de un día para otro. Y este carácter espectral, según iba a descubrir, también sería efecto del viaje que había elegido, un viaje de regreso a lugares que había visitado muchos años antes. Es casi imposible retornar a uno de los primeros escenarios en los que ha transcurrido la vida de viajero que uno llevó y no sentirse como un fantasma. Y muchos de los lugares que vi eran por sí mismos la viva imagen de la tristeza, eran fantasmagóricos, mientras otros eran grandes, eran ajetreados, y a mí me tocaba ser la presencia fantasmal de quien oye sin ser visto a bordo del tren fantasma.

Mucho tiempo después de aquel viaje sobre el cual escribí en *El gran bazar del ferrocarril* me dio por pensar cómo había atravesado continentes enteros, cambiando de trenes por toda Asia, improvisando mi viaje, restregándome contra el mundo. Y reflexioné a propósito de lo que había visto y comprendí que el pasado al que no se retorna forma siempre un bucle en los sueños que uno tenga. La memoria también es un tren fantasma. Muchos años después uno sigue meditando sobre aquel rostro tan bello que entrevió un instante en un país lejano. O sobre la visión de un noble árbol, o de una senda en el campo, o de la felicidad de una mesa en un café, o de unos chiquillos enojados y armados con herrumbrosas lanzas, gritando «¡Huye si puedes, por tu vida!», o bien sobre el ruido de un tren en la noche, cuando da esa nota precisa y musical que dan los silbatos de los trenes, una tercera que mengua en la oscuridad mientras uno va tumbado en el tren, desplazándose por el mundo como lo hacen los viajeros, «en el vientre de la ballena».

Pasaron treinta y tres años. Era yo el doble de viejo que la persona que había viajado en aquellos trenes, la mayoría con locomotoras de vapor, hirviendo por tierra de nadie, por Turquía y la India. Me agradó la simetría de la diferencia temporal. El paso del tiempo había terminado por revestir para mí una gran seriedad, encarnándose en ese proceso en que consiste envejecer. De joven, contemplaba la tierra como si fuese algo fijo, inamovible, digno de confianza, que me habría de acompañar hasta la vejez; siendo ya más viejo empecé a entender la transformación como una ley natural, algo emotivo, en un mundo del que no podía uno fiarse, un mundo visiblemente deteriorado. Sólo con la edad adquiere uno el don de evaluar la decadencia, la epifanía de Wordsworth, la sabiduría del *wabi-sabi*: nada es perfecto, nada está realmente

completo, nada tiene duración.

«Sin cambios no puede haber nostalgia», me dijo una vez un amigo, y me cuenta de que lo que había empezado a presenciar no era sólo el cambio y la decadencia, sino la extinción inminente. ¿Habría cambiado en la misma medida que yo el itinerario que recorrí tanto tiempo atrás? Se me había metido en la cabeza la idea de realizar de nuevo el mismo viaje, de recorrer mis propios pasos: una empresa de considerable envergadura, aunque fuera el tipo de viaje que los gamberros más jóvenes y oportunistas suelen hacer para escribir un libro y hacerse famosos.^[2]

Lo mejor de los viajes parece que existiera al margen del tiempo, como si los años de viaje no se dedujeran del total de los años de la vida. El viaje también encierra la mágica posibilidad de reinventarse: de encontrar acaso un lugar que amemos, de comenzar una nueva vida y no volver nunca más. En un lugar remoto nadie nos conoce, lo cual casi siempre es una ventaja. Y es posible fingir, cuando se viaja, que somos distintos de la persona que somos, sin ligaduras, enigmáticos, más jóvenes, más ricos o más pobres; podemos ser quienes queramos ser, y ése es el renacer que muchos viajeros experimentan si de veras llegan lejos.

La decisión de retornar a cualquiera de los escenarios previos de la propia vida es peligrosa, pero irresistible, y no por ser una búsqueda del tiempo perdido, sino por lo grotesco que puede resultar lo acontecido desde entonces. En muchos casos, es como encontrarse con una amante muchos años después, y no reconocer apenas el objeto del deseo en ese fruto arrugado, magullado, envejecido. Todos vivimos con una u otra fantasía de transformación. Si llegamos a vivir lo suficiente, las vemos hacerse realidad: los jóvenes envejecen, las carreteras mejoran, hay casas donde antes hubo campos, y del mismo modo se cumple lo opuesto, y un buen colegio acaba hecho una ruina, un río límpido termina contaminado, una laguna mengua y se llena de basura, por no decir nada de los comentarios más deprimentes: «Ha muerto», «Está hecha un tonel», «Se suicidó», «Es el primer ministro», «Está en la cárcel», «Allí ya no se puede ir».

Una de las grandes satisfacciones que tiene envejecer —una de tantas— consiste en asumir el papel de testigo de los bamboleos del mundo y presenciar los cambios irreversibles. El inconveniente, además de lo tedioso que resulta asistir a las engañosas ilusiones de los jóvenes, consiste en oír las mismas opiniones trilladas una y otra vez, no sólo las de los jóvenes

insensibles, sino, mucho peor, y casi delictivo, las opiniones de personas aún más insensibles, que debieran ser algo más sensatas, y que difunden todas las mentiras de siempre sobre la guerra y el miedo y el progreso y el enemigo: el mundo, una rueda de repeticiones. Se aburren —o acaso debiera decir «nos aburrirnos»— con las cosas que ya hemos oído un millón de veces, los libros que hemos desechado, los descubrimientos que no son nada nuevo, las soluciones propuestas que no resuelven nada. El narrador de uno de los relatos de Borges, «El congreso», dice lo siguiente: «Noto que estoy envejeciendo; un síntoma inequívoco es el hecho de que no me interesan o sorprenden las novedades, acaso porque advierto que nada esencialmente nuevo hay en ellas y que no pasan de ser tímidas variaciones».

Las personas de cierta edad suelen parecer cínicas, misántropas, pero no, únicamente son personas que al fin han oído la música callada y triste de la humanidad, sólo que interpretada por un grupo de rock de medio pelo que no hace más que dar alaridos en pos de la fama. Si me remonto a otro tiempo y vuelvo sobre mis pasos —lo cual sería una estrategia simplista y desacreditadora en el caso de un escritor joven, más superficial e impresionable—, para mí sería una forma de ver quién fui, adónde fui, qué sucedió con posterioridad en los sitios que vi.

Como nunca llegaré a escribir la autobiografía que una vez me llegué a plantear —volumen primero, *Quién he sido*; volumen segundo, *Ya te lo decía yo*—, escribir sobre los viajes ha terminado por ser una forma de comprender mi propia vida, y es el punto de máximo acercamiento a la biografía al que llegaré, como lo son la novela, el relato, el ensayo. Como ya dijo Pedro Almodóvar: «Todo lo que no es autobiografía es plagio».

Lo que habría de evitar a toda costa mientras camine siguiendo mis propios pasos es la tediosa reminiscencia de los tiempos mejores, el temblorcillo aburrido de la nostalgia, cuyo mensaje no suele ser otro que *Yo estuve allí y tú no*. «Me acuerdo de cuando se podían comprar cuatro de éstos por un dólar.» «Donde hoy está ese edificio hubo un árbol muy grande en medio de un campo.» «En mis buenos tiempos...»

Anda, calla.

¿Qué viajero ha vuelto sobre sus pasos para hacer de nuevo el mismo viaje, el gran viaje? De los buenos que yo conozco, ninguno. Greene nunca volvió a los montes de Liberia, ni a México, ni a Vietnam. A los cincuenta y muchos,

Wagh desechó del todo los viajes modernos tachándolos de turismo, de mera pérdida de tiempo. Después de 1948, Thesiger no volvió a Rub' al Kali, a la Región Desierta de Arabia. Burton no organizó una nueva expedición a Utah, ni a determinar dónde están las fuentes del Nilo; cuando tenía mi edad vivía en Trieste, inmerso en las aficiones de un erotómano. Darwin nunca se hizo de nuevo a la mar. Ni Joseph Conrad, que terminó aborreciendo la sola idea de navegar. Eric Newby recorrió el Ganges una sola vez, Jonathan Raban recorrió el Mississippi una sola vez, Jan Morris subió al Everest una sola vez. Robert Byron no volvió a emprender el camino a Oxiana, Cherry-Garrard sólo hizo un viaje a la Antártida, Chatwin nunca regresó a la Patagonia, ni Doughty volvió a su Arabia Deserta, ni Wallace al Archipiélago de Malasia, ni Waterton al Amazonas, ni Trollope a las Antillas, ni Edward Lear a Córcega, ni Stevenson a los Cévennes, ni Chejov a Sajalin, ni Gide al Congo, ni Canetti a Marrakesh, ni Jack London a las Islas Salomón, ni Mark Twain a Hawái. Hasta ahí algunos de mis escritores preferidos.

Uno podría preguntarse: «¿Y por qué iban a tomarse la molestia de volver?». Pero lo cierto es que cada uno de esos viajeros, una vez envejeciera, bien podría haber descubierto lo que encontró un viajero heroico, Henry Morton Stanley, cuando volvió a atravesar África de oeste a este, diez años después de su exitosa expedición, de este a oeste, entre 1874 y 1877: un sitio distinto, cambios ominosos, un nuevo libro. Richard Henry Dana añadió un escarmentado epílogo a *Dos años al pie del mástil* cuando, veinticuatro años después de publicarlo en 1840, regresó a San Francisco (aunque ya no en el castillo de proa) y descubrió que había dejado de ser una siniestra misión llena de curas españoles, con unas cuantas chabolas, y era una ciudad típicamente americana, surgida de la noche a la mañana y transformada por la Fiebre del Oro. Dana fue muy escrupuloso a la hora de contactar con las personas a las que había conocido en su primera visita, a la hora de tomar la medida del paisaje alterado, completando, según dice, «actos de piadosa recordación».

Algunos poetas, en especial Wordsworth y Yeats, ampliaron su manera de ver las cosas y hallaron esclarecimiento al regresar a uno de los paisajes previos de sus vidas. Son los que han establecido el criterio en la literatura del retorno. Si a un escritor le cabe en suerte repetir el pasado, escribiendo a su manera, este viaje de retorno bien pudiera ser mi muy prosaica versión de «Los cisnes salvajes de Coole» o «La abadía de Tintern».

Mi viaje propuesto para volver sobre mis pasos y recorrer el mismo itinerario que hice en *El gran bazar del ferrocarril* fue debido sobre todo a la curiosidad por mi parte, y a la ociosidad habitual, a las que se sumó el deseo irreprímible de estar lejos. Pero ese mismo había sido el caso treinta y tres años antes, y había dado resultados. Toda escritura implica que uno se lance a las tinieblas, confiando en tener un aterrizaje no muy duro.

—Voy a hacer mucho punto mientras tú no estés —me dijo mi mujer. Y fue una buena noticia, porque esta vez iba a necesitar a Penélope.

Aunque hubiera fingido pasarlo muy bien en la narración que publiqué, mi primer viaje no salió como estaba planeado.

—No quiero que te vayas —dijo mi primera esposa en 1973. Y no lo dijo de manera sentimental, sino a modo de cólera exigencia.

Sin embargo, acababa de terminar un libro y me había quedado sin ideas. No tenía un medio de ganarme la vida, no tenía una idea para emprender una nueva novela, y —aunque no sabía lo que me estaba esperando— guardaba la esperanza de que ese viaje me sirviera para hallar un nuevo tema. Tenía que marchar. Los marinos se hacen a la mar, los soldados van a la guerra, los pescadores se van de pesca, le dije. Los escritores a veces tienen que irse de casa.

—Volveré en cuanto pueda.

Le produjo resentimiento que me marchase. Y aunque no lo dijera por escrito, me sentí un desdichado en cuanto me marché de Londres, despidiéndome de aquella desmoralizada mujer y de nuestros dos hijos pequeños.

Aquella era la época de los telegramas y las postales y los teléfonos negros, de baquelita, que no siempre funcionaban. Escribí a casa a menudo. Pero sólo conseguí hacer dos llamadas telefónicas, una desde Nueva Delhi y otra desde Tokio, y ambas fueron fútiles. ¿Y por qué sonaron tan mal recibidas mis expresiones de cariño? Tuve morriña durante el día entero —a lo largo de cuatro meses y medio— y me pregunté si se me echaba de menos. Ésa fue mi primera experiencia de los melancólicos, largos atardeceres del viajero. Durante el viaje estuve desesperado, sin saber qué hacer. Creí enloquecer cuando volví a casa. No se me había echado de menos. Se me había encontrado un sustituto.

Mi mujer se había echado un amante. Que yo pusiera alguna objeción habría sido hipocresía: yo le había sido infiel. No fueron sus hazañas sexuales lo que

me incomodó; fue si acaso la cómoda domesticidad en que vivieron. El individuo había pasado muchos días con sus noches en mi casa, en nuestra cama, dedicado en cuerpo y alma a sus amoríos con ella y jugando con los niños.

No reconocí mi propia voz cuando le grité: «Pero... ¿Cómo has podido hacerme eso?».

«Fácil —dijo ella—. Pensando que habías muerto».

Tuve ganas de matar a esa mujer, pero no porque la odiase, sino (como suelen decir los cónyuges que han cometido asesinato pasional) porque la amaba. Amenacé con matar al hombre que, incluso después de mi regreso, siguió enviándole cartas de amor. Me convertí en una bestia encolerizada, y por pura casualidad descubrí una cosa que me ayudó: amenazar a alguien con matarlo es una forma eficaz para disponer de su atención.

En vez de matar a nadie, o de verter más amenazas, me senté en mi estudio y escribí con furia, maltratando mi máquina de escribir, empeñado en perderme en el humor del libro, en su extrañeza. Tenía en baja estima la mayoría de los libros de viajes. Quise introducir en el mío todo lo que echaba en falta en otros —diálogo, personajes, incomodidades— y olvidarme de los museos, las iglesias, las visitas turísticas en general. Aunque hubiese añadido una dimensión en absoluto corriente, no dije nada de mis tumultos domésticos. Di al libro un carácter alegre, y resulta que, como muchos otros libros alegres y festivos, está escrito en medio de un agónico sufrimiento, con el pesar de que al haber emprendido aquel viaje había perdido lo que más me importaba: mis hijos, mi esposa, mi muy alegre y festivo hogar.

El libro tuvo éxito. Me curé de mi tristeza con más trabajo; durante el viaje había tenido una idea para una nueva novela. Pero algo importante se había destruido: la fe, el amor, la confianza, la creencia en el futuro. Después de mi viaje, a mi regreso, me había convertido en un forastero, en una presencia fantasmal, alguien con la nariz pegada al cristal de las ventanas. Entendí qué significa estar muerto: a lo mejor se te echa de menos, pero quienes te echan de menos siguen adelante con sus vidas, sin ti. Otras personas ocupan tu sitio. Se sientan en tu sillón favorito, sientan a tus hijos en sus rodillas, les dan consejo, les dan un golpecito cariñoso en el mentón; otras personas duermen en tu cama, miran tus cuadros, leen tus libros, flirtean con la *au-pair* danesa; y a la vez que te menosprecian por haber sido un tipo aburrido y demasiado industrioso, se gastan tu pasta. Las más de las veces de tu muerte no se acuerda

nadie. «Tal vez era lo mejor que podía pasar», dice la gente, procurando no pasarse de morbosa.

Algunas traiciones se pueden perdonar, pero hay otras de las que no se recupera uno. Años después, cuando mis hijos ya no vivían en esa casa, abandoné aquella vida, aquel matrimonio, aquel país. Inicié una nueva vida en otra parte.

Ahora que soy treinta y tres años más viejo he regresado a Londres. Con gran pesar, a punto de emprender el mismo viaje, he vuelto a vivir gran parte del dolor que creía olvidado del todo.

No hay nada más apropiado que el mal tiempo para una despedida como tiene que ser. Concordaba también con mi estado de ánimo la lluvia de aquella mañana en Londres, el cielo bajo y pardo, la llovizna que oscurecía la ciudad porosa de piedra antigua, y precisamente por ello —llovía como si cayese un fardo— todo el mundo iba cabizbajo, encorvado, la mirada esquiva, pensativo. «Asco'e tiempo.» El tráfico era más ruidoso, los neumáticos siseaban en las calles mojadas. En la estación de Waterloo encontré el andén del Eurostar, el de las 12:09 con destino a París.

Ya en Waterloo los recuerdos de mi viejo Londres me asaltaron de inmediato. La indiferencia de los londinenses, la rapidez con que caminan, sus expresiones impávidas, que nadie lleve sombrero a pesar de lo que llueve, aunque algunos llevan paraguas; todos los transeúntes, incluidos los vigorosos muchachos de los colegios de pago, pasamos por delante de una mujer joven, demacrada, vestida con unas faldas sucias, sentada en el suelo húmedo, al pie de unas escaleras metálicas, mendigando.

Y entonces me tocó lidiar con la más sencilla de las salidas internacionales: un somero control de seguridad, trámites de inmigración de las autoridades francesas, subir por una escalera mecánica hasta el tren, medio vacío en un día laborable y lluvioso de comienzos de marzo. En 1973 emprendí viaje en Victoria Station por la mañana, me bajé del tren al llegar a la costa, en Folkestone, tomé el ferry, aguanté el bamboleo del barco en la travesía del Canal de la Mancha, tomé otro tren en Calais, y no llegué a París hasta la medianoche.

Aquello fue antes de que se construyese el túnel bajo el Canal. Había costado veinte mil millones de dólares, había tardado quince años en construirse, todo el mundo se quejaba de que era un despilfarro y de que no

generaba beneficios. Aunque el tren llevase doce funcionando por el túnel, yo nunca lo había tomado. Lo de menos es el coste; el tren del túnel era una maravilla. Saboreé la perezosa tranquilidad del viajero que puede ir a pie a la estación y ocupar su asiento en Londres, leer un libro y en pocas horas levantarse y echar a pasear por París sin haber perdido contacto con tierra. Y de esa misma manera me proponía llegar hasta el centro de Asia, por tierra hasta la India, sentado, mirando boquiabierto por la ventana.

Esta vez se me había denegado el visado para entrar en Irán, y en Afganistán eran habituales los secuestros y asesinatos de civiles, aunque al estudiar un mapa encontré otras vías de ferrocarril, por Turquía y por Georgia y las repúblicas islámicas. Primero Azerbaiyán, desde donde tomaría un transbordador por el mar Caspio, y luego una serie de trenes por Turkmenistán, pasando por la antiquísima ciudad de Merv, donde había una estación de ferrocarril, hasta la orilla del río Amu Darya —Oxiana, desde luego—, para seguir también por tren a Bujara, Samarcanda y Tashkent, en Uzbekistán, a tiro de piedra de los ferrocarriles del Punjab.

Después podría retomar mi itinerario de antaño, por la India, hasta Sri Lanka y Birmania. Pero sería un error adelantarse a tantas cosas en un momento tan temprano; de todos modos, estaba a pocos minutos aún de Waterloo, traqueteando por las vías relucientes, empapadas por la lluvia, en Clapham Junction, a la vez que pensaba: yo ya he estado aquí. Al salir en ferrocarril por el sur de Londres, mi rostro fantasmagórico en el cristal de la ventana, mi antigua vida de londinense empezó a pasar ante mis ojos.

Escenas de los años setenta, acontecidas en esa misma vía férrea, por Vauxhall, para dar la vuelta en Queenstown Road, pasar por Clapham High Street y por Brixton y por Coldharbour Lane, un nombre que aún me producía escalofríos. Al atravesar el parque, en 1978, presencié disturbios por motivos raciales en Battersea Rise, cerca de los grandes almacenes de Chiesman («Establecido en 1895»), donde se te acercaban los dependientes para preguntar «¿Le están atendiendo?». Compré mi primer televisor en color allí mismo, cerca de la calle de Lavender Hill en que vivía Sarah Ferguson, más adelante Duquesa de York; el día en que se anunció su boda con el príncipe Andrés, mi señora de la limpieza, con el cubo y la fregona en la mano, se burló y dijo: «Ésa es de lo peorcito que hay por aquí».

Circulábamos por un profundo cañón de la vía férrea, alejándonos de Clapham Junction, y desde el tren llegué a ver un momento un cine al que fui a

menudo hasta que se reconvirtió en sala de bingo, la iglesia que se convirtió en un centro de atención de día, y más allá del parque la Escuela Primaria de Alfarthing, donde a mis hijos, caras blancas y piernas flacas, les enseñó a cantar la señora Quarmby. Eran calles que conocía bien: la calle en la que me robaron la bici, la calle en la que me reventaron la ventanilla del coche, las verdulerías, las fruterías, las carnicerías; la putilla, la florista, la tienda de los chinos, el quiosco, el indio de Mwanza al que le gustaba hablar conmigo en suahili porque echaba de menos las orillas del lago Victoria; el llamado Fishmonger's Arms —más conocido como el Fish—, un pub irlandés en el que algunos refugiados del Ulster despoticaban y juraban de una manera obscena cada vez que veían al príncipe Carlos por la tele, y que se rieron como idiotas el día en que a Lord Mountbatten lo hicieron volar por los aires con una bomba del IRA, y en donde todas las noches me tomaba una pinta de Guinness mientras leía el *Evening Standard*; ése era el lugar mismo.

De escenas como éstas había armado mi vida en Londres. En aquellos tiempos rezaba para que lloviese, porque la lluvia me obligaba a quedarme en casa: tiempo para escribir. Muchas de las cosas que vi ese día me resultaron familiares, pero al mismo tiempo no eran las mismas; la fórmula habitual para un sueño. Los árboles estaban desnudos bajo las nubes grises y andrajosas, y la mayoría de los edificios no habían cambiado, pero Londres estaba más joven, se la veía más próspera. El barrio estaba medio abandonado cuando yo me mudé a vivir en él —casas vacías, okupas, unos cuantos bloques que se negaban a vender—, pero con los años se había adecentado y encarecido. La tienda de los chinos era una bodega, uno de los pubs era un bistró, y el sitio donde vendían pescado frito con patatas era un bar donde servían sushi.

Pero lo maravilloso fue que me viese transportado por el sur de Londres con semejante eficacia, que se me ahorrara la herida de tener que ver muy de cerca el pasado. Culebreaba por túneles y viaductos y por cañones para el ferrocarril, mirando a derecha y a izquierda y viendo paisajes de mi historia personal, y felizmente siguiendo adelante, camino de otros lugares en los que no se ocultaban recuerdos ambiguos. *No te pares a pensarlo*, dicen los ingleses con su típico aborrecimiento de las quejas. *No despotriques. Ya basta de pasarlo mal. A lo mejor nunca sucede.*

Me encantó la velocidad de ese tren y además saber que no paraba en ninguna parte, que iba derecho a la costa, pasando por Penge, Beckenham, Bromley, por el borde del mapa de Londres, dejando atrás aquellos

malhumorados bungalows que relacionaba yo con los suburbios más lejanos de las novelas, la ficción de las cortinas desde las que mira alguien, el desánimo, las familias angustiadas, en especial *Kipps* y *Mr. Beluncle*, de dos residentes en Bromley como fueron H. G. Wells y V. S. Pritchett, que escaparon de ese infierno y escribieron sobre él.

En la más que satisfactoria literatura inglesa que tiene por centro lo que vemos desde los trenes, destacan esos poemas que contienen versos como «Ay, la gorda a la que no quiere nadie» y «Sí, recuerdo Adlestrop», al igual que destacan los trenes que corren por las páginas de P. G. Wodehouse y de Agatha Christie. Sin embargo, la descripción que mejor recoge la experiencia del ferrocarril en Inglaterra, al menos para mí, es la de Ford Madox Ford en su evocación de la ciudad, el primero de sus libros que tuvo cierto éxito, *The Soul of London*, publicado hace ya cien años. Mirando por la ventanilla del tren, Ford habla del modo en que el relativo silencio que se percibe al ir sentado en un tren, mirando un mundo ajetreado y sin embargo silencioso, invita a la melancolía. «Uno se halla tras el cristal, como si contemplase el silencio reinante en un museo; no se oyen las voces en las calles, no se oyen los gritos de los niños.» Y esta certera observación, que habría de ser cierta en mi caso desde Londres hasta Tokio: «También ve uno demasiados trocitos de vida incompleta».

Se fijó en un autobús cerca de una iglesia, en un niño andrajoso, en un policía de uniforme. Yo vi a un hombre en bici, una mujer que bajaba de un autobús, unos niños jugando al balón en el patio de un colegio, una madre joven que empujaba el cochecito. Y, como era ése un panorama de los jardines traseros de Londres, vi a un hombre con la azada, a una mujer tendiendo la ropa, a un currante —¿o sería un ladrón?— colocando la escalera contra una ventana. Y «la constante sucesión de sucesos mucho más efímeros que uno ve y que nunca ve completarse presta a la actividad de mirar por la ventana del tren un aire de patetismo e insatisfacción. Es algo emparentado con ese sentimiento tan engranado en el género humano, el gusto de que cualquier cuento tenga su final».

Esos «trocitos de vida incompleta» —lo que suele ver el viajero— inspiran patetismo y poesía, así como la enloquecedora sensación de que uno es un forastero y se precipita en sus conclusiones y generaliza cuando inventa o recrea lugares a partir de atisbos fugaces, vagabundos. Sólo habían pasado veinte minutos desde el paisaje recubierto de hollín que se ve en Waterloo a su

opuesto, el paisaje agrario del condado de Kent, muchos de cuyos campos estaban ya arados, esperando los surcos la simiente en esa primera semana de marzo.

—¿Tomará vino con el almuerzo?

Una mujer de uniforme azul me trajo una botella de Chardonnay Les Jamelles, Vin de Pays d'Oc 2004, que en el menú se elogiaba por «su sutil aroma a vainilla debido al roble y su retrogusto a mantequilla».

Y llegó la bandeja con el almuerzo: *terrines de poulet et de brocoli, chutney de tomates*, seguido de una rodaja de salmón con un poco de pimienta y, de postre, *coupe de chocolat*. Al menos en la superficie, era un mundo distinto del que había visto yo en el *Bazar del ferrocarril*, en aquel lejano viaje a Folkestone, y luego en la barandilla del ferry, sintiéndome culpable y confuso, mientras comía un pastel de carne frío.

El túnel fue un milagro de veintidós minutos, la madriguera definitiva que me libró de mis recuerdos ingleses, a toda velocidad bajo el Canal, hasta Francia, de la que sólo tenía recuerdos superficiales y aislados, de placeres y de malentendidos, de comer y de beber, de ver cuadros, de oír rarezas, como aquella jovencita francesa y muy guapa que me dijo que «esta noche voy a ver a la novia de mi amante. Yo creo que haremos el amor. Me encantan las mujeres tontas». Y luego dijo: «¡Estás sonriendo! ¡Cómo sois los americanos!».

Después del túnel, la lluvia en el cielo de Francia y en los tejados y los cochecitos que circulaban por la derecha, aunque quitando eso podría haber seguido en Kent: las mismas colinas alisadas y las mismas mesetas calizas, y el mismo añublo y los mismos almacenes, los edificios bajos, industriales, los talleres, las hileras de álamos pelados en la tarde brumosa.

Fue un viaje en tren tan veloz, y tan cerca estaba Francia de Inglaterra, que costó trabajo pensar que era un país distinto, con su propia cocina, con sus escándalos peculiares, con su propia lengua, con su religión y sus dilemas. Los jóvenes musulmanes que se dedicaban a quemar coches llevados por la rabia eran uno de los problemas del momento. Sólo hubo un muerto, pero muchos Renault en llamas.

¿Por qué será la cultura del automóvil mucho más deprimente en Europa que en cualquier parte de América? Tal vez porque es imitativa y porque parece algo manido, carente de estilo, que no termina de sentar bien, tal como a ningún europeo le sienta del todo bien una gorra de béisbol. Así como las

gasolineras y los polígonos industriales hacen juego con la deprimente caducidad de la arquitectura americana, cuando se ven sobre un paisaje francés parecen algo perverso, con las torres góticas y los henares y los graneros a lo lejos, los chalets medievales, como la violación de una confianza que viniera de antaño, los pueblos compactados y los labrantíos y los prados enmarcados por feas carreteras y barreras de paso.

Debido a lo que Freud denominó «el narcisismo de las pequeñas diferencias», todos esos campos, campos de batalla desde tiempos muy antiguos, eran el paisaje en que chocaron los ejércitos, un sangriento ejemplo de lo que es la civilización y los descontentos que engendra. Y al margen de todo lo que pueda uno decir, era cierto que la ruta de ese ferrocarril, otrora empapada en sangre, tumba de soldados muertos —por millones—, había sido la viva estampa de la serenidad a lo largo del pasado medio siglo, acaso el período más largo de paz que conociera.

Cruzamos un río de trágico nombre. Un día de julio, noventa años atrás, allí donde la blanda lluvia caía sobre prados exquisitos y colinas bajas, a la vista de las distantes torres de Amiens por un lado del tren, y del pueblito de Péronne por el otro, el valle de ese río, el Somme, fue anfiteatro del horror en estado puro. En aquel primer día de la batalla perecieron sesenta mil soldados británicos, avanzando despacio por el terreno mojado, debido a la mochila de treinta kilos que llevaban a la espalda. Avanzaban hacia el fuego de las ametralladoras alemanas, el mayor número de soldados muertos en un solo día a lo largo de la historia de Gran Bretaña. En los cuatro meses que duró ese baño de sangre, la primera batalla del Somme, que terminó en noviembre de 1916, pereció más de un millón de soldados: 420.000 británicos, 194.000 franceses, 440.000 alemanes. Y sin el menor sentido. No se ganó nada, ni territorios ni ventajas militares, y ni siquiera se aprendió una lección sobre la futilidad de la guerra, pues veinticinco años más tarde —yo ya había nacido— los mismos ejércitos volvieron a las andadas, guerreando en esos mismos campos. Eran todos ellos potencias coloniales, que se habían anexionado partes inmensas de África y de Asia sólo por quedarse con su oro y sus diamantes, y por dar lecciones sobre la civilización.

Los colores y las prendas de vestir de los peatones en las calles ya cercanas a París eran reflejo de la historia colonial de Francia: africanos, antillanos, argelinos, vietnamitas. Jugaban al balón bajo la lluvia. Iban a la compra en los mercados callejeros, eran residentes de los deprimentes bloques de viviendas

protegidas en los suburbios de París por los que pasaba el Eurostar, en los que penetraba el tren. Entramos en la ciudad de piedra color de queso, de fachadas picadas por la viruela, de bulevares. Londres es ante todo una ciudad baja, de casas unifamiliares, adosadas, o de campo, o construidas en los antiguos prados, o bungalows, o de chalets semiadosados. París es una ciudad de edificios de viviendas de estilo rococó, en los que llaman la atención los balcones. No se ve una sola casa tal como se entienden las casas en Inglaterra.

Con el pequeño bolso de viaje y el maletín en la mano debía de parecer un peso pluma, tanto que los mozos de la Gare du Nord no me hicieron caso. Atravesé la estación hasta la entrada principal en el resplandor de la hermosa fachada, con sus estatuas neoclásicas, que representaban las ciudades mayores de Francia. Las esculpieron a comienzos de la década de 1860 (al menos según decía un rótulo) «los nombres más grandes del Segundo Imperio».

Las calles estaban repletas de coches que no se movían, de bocinazos incesantes, de voces coléricas. Pregunté a un hombre sonriente cuál era el problema.

—*Une manifestation* —dijo.

—¿Y por qué hoy?

Se encogió de hombros.

—Pues porque es martes.

Todos los martes tenía lugar una masiva y alborotada manifestación en París. Pero ésta, por asistencia de manifestantes y por alteraciones del orden público, iba a conocerse como el Martes Negro.

2. El otro Orient Express

Una crisis de proporciones nacionales es una gran oportunidad para el viajero, un regalo; para el de fuera, no hay nada más revelador acerca de un lugar que las complicaciones y los disturbios. Aun cuando la crisis sea incomprensible, como suele ser, presta un dramatismo especial al día y transforma al viajero en testigo. Pese a que para un viajero la crisis pueda ser algo así como el purgatorio, es con mucho preferible a los días festivos, que son el infierno: no trabaja nadie, las tiendas y los colegios están cerrados, los nativos se dedican a tomar helados, el transporte público está colapsado, y el forastero tiene la sensación inevitable de hallarse excluido de toda felicidad, de todo. Un festivo es ocasión de la enajenación total; una crisis puede ser un espectáculo que capta enseguida la atención del forastero.

La razón por la que París tiene esa calidad tan luminosa, como si fuera un escenario, es que en torno a 1857 se remodeló por completo con esa intención teatral en mente y por obra de Georges Haussmann (contratado por Luis Napoleón, que se hizo llamar emperador), el cual derribó casas y destruyó barrios enteros en evacuaciones masivas, allanando callejuelas y callejones para imponer la perspectiva anchurosa de los bulevares, los altos edificios de viviendas, los monumentos, las fuentes, la pretensión de una gran ciudad que aspiraba a considerarse el centro del mundo. La ciudad entera se rehízo con un mismo estilo en todas partes. El ornamentado escenario parisino, los bellos edificios de color galleta, los extravagantes arcos, los obeliscos —la ciudad imperial, a la que se suma el alumbrado público—, es algo tan presente en la mentalidad de todo el mundo, en especial de quienes nunca lo han visto, que es irrelevante describirlo. Y nadie se toma la molestia de hacerlo. En las ficciones, en París suele ser suficiente que el escritor diga el nombre de un bulevar o de un barrio. Por ejemplo, Simenon. Por casualidad iba leyendo una de sus novelas, porque son portátiles y porque son raras. «Regresó a la Rue

des Feuillantines dando un largo rodeo para ir al parque de Montsouris.» Basta con eso; se da por sentado todo lo referente al lugar, tan fijo como una imagen en un calendario. La sola mención de un nombre evocador es descripción suficiente. Nada que descubrir, nada que mostrar; la ciudad está presente, aunque en vez de empequeñecerse el habitante de la gran ciudad se siente importante.

Sin embargo, esta aparente familiaridad, uno de los atractivos más potentes de París, es mera ilusión. «El color local ha sido responsable de muchas apreciaciones apresuradas —escribió Nabokov—, y el color local no es un color veloz». La brillantez del escenario parisino tiene una larga historia de insurrecciones, de violencia de masas, de tumultos, sin olvidar la humillación extrema de la ocupación extranjera; en la experiencia de muchos parisinos todavía vivos persiste el recuerdo de cuando estaban los alemanes al mando, de las traiciones, de la vergüenza de la rendición. Cuando por los bulevares de una ciudad han desfilado los nazis triunfantes, ya nunca más parecerán tan grandiosos como fueron. Como muchas de sus decorosas mujeres, si bien París parece no haber sido nunca violada, cuenta con un pasado turbulento, y ha sido forzada, saqueada, bombardeada, sitiada, y ha seguido cambiando igual que su ciudad hermana, Londres, y las demás ciudades de mi itinerario: Viena, Budapest, Bucarest, Estambul, Ankara, Tbilisi, Bakú y el resto de los relucientes hormigueros de Asia, hasta llegar a Tokio.

Rara vez tengo el ánimo muy alto en las ciudades; al contrario, me siento oprimido y apresado. En mis viajes, me han interesado más los sitios que quedan entre las grandes ciudades que las grandes ciudades en sí mismas: la tierra de nadie, lo más remoto, no la capital. Tengo la sospecha de que las personas que se deslumbran con las grandes ciudades, los que se creen urbanitas y completamente metropolitanos son en el fondo ratones de campo, simples, temerosos, provincianos demasiado domesticados, aturdidos por las luces de la ciudad.

Así que los coches quemados durante el mes anterior y la crisis del momento en París fueron una revelación. No creo en la inmutabilidad de las ciudades. Más bien las considero nidos de víboras, sitios de los que conviene huir. Pero esta manifestación —una ruidosa y nutrida muchedumbre (según me dijo el hombre que sonreía) en la Place de la République— había detenido del todo la ciudad. Tal vez fuese algo que valiera la pena ver; desde luego, una multitud levantisca tenía que ser más atractiva que todo lo que pudiera ver en

el Louvre.

Encontré un taxi. El taxista estaba sentado con toda comodidad, oyendo la radio, con el mentón apoyado en el puño.

—Place de la République —dije, entrando en el coche.

—No será fácil —dijo—. Hay una manifestación.

—¿Y qué problema tenemos?

—Están cabreados —dijo, y habló del despreocupado primer ministro, que se dedicaba a publicar sus poemas y que aspiraba a cambiar las leyes laborales.

Pasaron más minutos, durante los cuales el taxista hizo una llamada por el móvil. Como era de suponer, me informó de que estaba en un atasco.

—Además, está lloviendo.

Al reconocer a otro taxista, se asomó por la ventanilla y se puso a charlar con él. Se interrumpió de pronto y me dijo:

—Y, para colmo, hay obras en el Boulevard Saint-Germain.

Cuando no habíamos ido a ninguna parte y el taxímetro indicaba diez euros —trece dólares por unos cincuenta metros— le dije que en tal caso prefería ir a la Gare de l'Est.

—Es mejor que vaya a pie. Está pasada aquella calle, ¿ve?, bajando unas escaleras.

Me bajé del taxi, volví caminando a la Gare du Nord, compré un periódico y vi las indicaciones para llegar a la Gare de l'Est. Al cruzar la calle, me llamó la atención un restaurante de aspecto apacible, la Brasserie Terminus Nord, la clase de sitio cálido, bien iluminado, concurrido, capaz de abrirme el apetito en un día frío y lluvioso.

Me dije que a fin de cuentas era una cena de despedida, así que pedí media botella de borgoña blanco, una ensalada y una *bouillabaisse* a la marsellesa, un gran cuenco de pescado, mejillones, cangrejos de buen tamaño, cangrejos de juguete y gambas flotando en un caldo de color azafrán, con *croutons* y *remoulade*. Los camareros estuvieron amistosos y cumplieron su trabajo con eficacia y cortesía y buen humor.

—¿Qué, de viaje? —dijo uno al fijarse en mi bolso.

—A Estambul. En tren —y pensé: y también a Turkmenistán y a Uzbekistán y aún más allá.

—Bonito viaje.

—Esta noche marchó a Budapest, mañana por la noche a Rumania. Querría

hacerle una pregunta —señalé el periódico—. ¿Qué significa *licenciement*?

—Que uno se queda sin trabajo.

—¿Y por eso es la manifestación?

—Exactamente.

Me lo explicó: el primer ministro había propuesto una modificación de la ley para que fuese más fácil despedir a los trabajadores que, en Francia, tienen contratos de por vida, ya que con las actuales leyes era casi imposible el despido. Pero los jóvenes se habían alzado en contra de ese cambio, al igual que los sindicatos, los comunistas y los trabajadores en general, porque la seguridad en el empleo se consideraba algo sagrado. Si no se protegiera el trabajo de los franceses (eso se decía), quedarían en manos de los polacos y los albaneses, los inmigrantes, dejando el orden social en precario y la vida cultural asediada por los extranjeros.

Terminé de comer, charlé con los camareros, tomé unas cuantas notas. Por esas escasas horas en Francia llegué a la conclusión de que los camareros franceses son amistosos, informan al extranjero, la comida es una delicia, los taxistas tienen sentido del humor y París es una ciudad lluviosa. Dicho de otro modo, mera generalización sobre la base de lo experimentado en una sola tarde. Es lo que hacen los escritores de viajes: alcanzar conclusiones sobre la base de pruebas muy escasas. Pero yo sólo estaba de paso; vi muy poca cosa. Sólo había hecho un transbordo de trenes en mi viaje hacia Asia. Seguí mi camino a pie hacia la Gare de l'Est, encontré una empinada y antigua escalera de piedra tallada en un lateral de la calle estrecha. Un rótulo a mano, en la acera, en francés, decía *el mayor peligro es la pasividad*.

Dentro de la estación, al otro extremo de la calle, una multitud afanosa miraba atenta el tablón de anuncios en el que se asignaba el andén a cada uno de los trenes. Vi el mío en el tablón: a Viena. La información la confirmó una voz por megafonía: «Andén nueve, el Orient Express a Mulhouse, Estrasburgo y Viena».

¿Se llamaba mi tren el Orient Express? Me extrañó que así fuese. Todo lo que tenía yo en la mano eran unos cuantos billetes baratos: París-Budapest-Bucarest-Estambul, con necesidad de cambiar de trenes en cada una de las ciudades, tres noches seguidas en coches cama. Hay dos formas de viajar en tren a Estambul: mi traqueteo, dando rodeos de acá para allá, en tres trenes distintos, y la manera lujosa. Se dio el caso de que el tren de lujo estaba en el andén contiguo, los coches cama con la indicación de *Compagnie*

Internationale des Wagon-Lits, una despedida por todo lo alto, con una limusina anticuada y aparcada en el andén, con el rótulo *Pullman Orient Express: pour aller au bout de vos rêves* (para llegar hasta el fin de sus sueños).

El tren que estaba próximo a salir, que no era el mío, era el suntuoso tren de vagones azul y oro, el Venecia Simplon-Orient-Express, que había viajado de París a Estambul desde 1883 hasta 1977. Era un fantasma, mera sombra de lo que había sido (un coche cama, sin vagón restaurante, un revisor malhumorado) cuando lo tomé en 1973, y dejó de funcionar del todo cuatro años después. Los vagones herrumbrosos y descoloridos se subastaron en Montecarlo, y todos ellos, con todo el material de mantenimiento, los adquirió un empresario norteamericano. Dedicó dieciséis millones de dólares a restaurar los vagones y a recuperar todo el lustre que tuvieron. Adquirió el permiso para utilizar también una versión un tanto distinta del nombre y puso en funcionamiento ese tren de lujo en 1982. Ha sido todo un éxito entre los ricos más nostálgicos.

No era mi tren, porque en primer lugar resultaba demasiado caro: me hubiera costado nueve mil dólares sólo la ida de París a Estambul. Segundo motivo: el lujo es enemigo de la observación, una costosa complacencia que induce en uno tan buenos sentimientos que termina por no fijarse en nada. El lujo estropea, malcría, infantiliza, y a uno al final le impide conocer el mundo. De eso se trata en el fondo, ésa es la razón de que los cruceros de lujo y los grandes hoteles estén llenos de botarates que, cuando manifiestan una opinión, es como si fueran de otro planeta. También tengo la experiencia de que uno de los peores aspectos que tiene el viajar con ricos, quitando que los ricos nunca prestan atención a lo que se les dice, es que continuamente se quejan del elevado coste de la vida. De hecho, los ricos suelen quejarse de que son pobres.

El mío era el otro Orient Express, que viaja por el este de Europa, hasta Turquía. El coste total era de unos cuatrocientos dólares por los tres días con sus noches, nada lujosos (bastaba con ver el tren en la Gare de l'Est), pero sí placenteros y eficientes.

—Éste es su asiento —dijo el revisor, indicando una plaza en un compartimento de seis en total—. Cambia de compartimento en Estrasburgo, donde toma el coche cama.

Sólo había otro pasajero, una mujer de avanzada edad. Me senté y me

adormilé hasta que me despertaron los toques del silbato del tren, y emprendimos viaje en este otro Orient Express, saliendo de la Gare de l'Est sin ninguna ceremonia. Al cabo de un par de kilómetros de la gloriosa ciudad rodábamos por los suburbios y luego por la orilla del río Marne, rumbo a lo más recóndito del este de Francia en medio del crepúsculo que se cernía cada vez más bajo.

Al iniciar viaje en una noche de finales de invierno, y a sabiendas de que despertaría en Viena sólo para cambiar de trenes, tuve la sensación de que mi viaje realmente había empezado, de que todo lo ocurrido hasta ese momento no era sino mero prelude. Lo que intensificó esa sensación fue la vista de los prados encharcados, de un verde muy oscuro, el río en sombras, los árboles pelados, la heladora sensación de la extranjería, y la impresión de que no tenía una idea demasiado clara de dónde estaba, tan sólo el conocimiento de que a última hora de la noche pasaría por Estrasburgo la frontera con Alemania y de que a la mañana siguiente estaríamos en Austria, y a eso del mediodía en Budapest, donde tenía que coger otro tren. El ritmo monocorde de los raíles, la rutina de los cambios de trenes, me habían de llevar al centro de Asia, puesto que sólo me quedaba por delante una serie de trayectos de ferrocarril desde allí hasta Tashkent, en Uzbekistán.

Me caldeó una sensación deliciosa, la auténtica pereza del viajero que recorre largas distancias. No había en el mundo otro sitio en el que quisiera estar, salvo en aquel asiento del rincón, un tanto achispado por el vino de la cena y saciado de *bouillabaisse*, con la lluvia azotando la ventana.

No lo sabía entonces, claro está, pero habría de viajar con lluvia y con viento por todo el camino hasta Turquía, a orillas del Mar Negro, y por Georgia, e incluso hasta Azerbaiyán, a orillas del mar Caspio, y no volvería a sentir ese calorcillo —tendría que ponerme un jersey de lana y una chaqueta gruesa— hasta estar en pleno Turkmenistán, entre turcomanos que rezaban sus plegarias y se mortificaban y llevaban a cabo el polvoriento ritual de las abluciones sin agua, que se llama *tayammum*, también a bordo de un tren, sólo que sucio y ruidosísimo, en el desierto del Karakorum, donde no llovía nunca.

La anciana señora me miró a los ojos, y tal vez al reparar en que el libro que tenía yo sobre las rodillas estaba en inglés me dijo:

—Está nevando en Viena.

Respondí imbuido del plácido pensamiento de que iba a estar en Estambul en pocos días.

—Por mí no hay problema. ¿Dónde estamos?

—En Château-Thierry. Épernay.

Los topónimos franceses siempre parecen evocar nombres de campos de batalla o nombres de marcas de vino. La siguiente estación era Châlons en Champagne, un andén luminoso bajo la llovizna, y las aseadas casitas del pueblo parecían una zona residencial de Connecticut, sólo que vista a través del prisma de la lluvia incesante. Luego, en la negrura, Nancy, el rebrillo de la lluvia al salpicar los aleros del andén, y poco más allá agrupaciones de casas tan bajas, tan calladas como las lápidas de quienes allí estuvieran enterrados.

En algún lugar una mujer y dos hombres se nos habían unido a la anciana y a mí en el compartimento. Estos tres hablaban sin parar en una lengua incomprensible, aunque era uno de los hombres el que rajaba sin descanso, mientras los otros dos metían la cuchara cada vez que podían.

—¿Qué lengua es la que hablan? —me preguntó la anciana.

—Creo que es húngaro.

Ella dijo que no tenía ni idea, y me preguntó por qué estaba yo tan seguro.

—Cuando no se entiende ni una palabra, por lo general es húngaro.

—Podría ser búlgaro, o checo.

—¿Dónde vive usted? —pregunté.

—En Linz —dijo.

—¿No es ahí donde...?

Sin darme tiempo a terminar se rio a carcajadas, interrumpiéndome con los ojos muy brillantes, sonriendo ante lo que sabíamos los dos.

—Es una ciudad pequeña y con mucho encanto. Un cuarto de millón de habitantes más o menos. Muy limpia, muy cómoda. No creo que sea lo que usted imagina. Y queremos olvidar toda esa historia.

«Toda esa historia» significaba que Adolf Hitler, el Cuervo de Linz, había nacido allí, y que su casa familiar seguía en pie, y que aún había algunas personas, pobres ilusos, que hacían peregrinaciones, aunque todo el simbolismo y la parafernalia del nazismo eran ilegales en Austria. Más o menos entonces, el escritor David Irving fue condenado a prisión en castigo por haber afirmado de manera completamente irracional, y además en letra impresa, que el Holocausto no se había producido. Era una chaladura semejante a decir que la Tierra es plana, pero en Austria era un delito consignado por ley.

—En Francia están volviendo —dijo la anciana.

—¿Los nazis, quiere decir?

—Es lo que dice mi hija. Vive en París. Voy a visitarla a menudo —miró por la ventanilla, sin ver otra cosa que su propio reflejo—. Siempre tomo este tren.

—¿Y no podría ir en avión? —pregunté, sólo por oír qué decía.

—Los aviones son horribles. Con este tiempo, siempre hay retrasos. Esto es mucho mejor. Mañana por la mañana estaremos en Linz y podré desayunar en mi casa —se adelantó y me dijo en un susurro—: ¿Y quiénes son éstos?

Tendría tal vez unos setenta y cinco años, y había vivido, o eso dijo, toda la vida en Austria. Tanto tiempo viviendo puerta con puerta con Hungría y no tenía ni idea de cómo sonaba la lengua que se hablaba al otro lado de la frontera, ni sabía identificar a los hablantes magiares, que en efecto lo eran; se lo pregunté en el andén, en Estrasburgo, donde estuvimos esperando el coche cama.

Las diez de la noche en una fría noche de marzo, la lluvia azotando los raíles; algunos vagones se desplazaban a lo largo del andén sobre ruedas que rechinaban, vagones con la acogedora palabra *Schlafwagen* en el costado, en letras sobredoradas. ¿Por qué sería que no sentí ninguna emoción al entrar en un gran hotel en una noche de lluvia como aquélla, y que en cambio me emocionó subir la escalerilla de un coche cama y entregar mi billete al revisor que me indicó cuál era mi litera? Estaba hecha la cama, había una botella de agua mineral en un estante; un lavabo, una mesa, una naranja madura en un plato.

Leí un trozo de Simenon, acomodado bajo la manta, cuando salió el tren de Estrasburgo con las rachas de lluvia centelleante, que parecían cristalizadas con las luces de la ciudad. Poco más allá, las rachas de lluvia picaban la superficie del Rin. Y me dormí: había sido un largo día que comenzó en Waterloo, con todos aquellos recuerdos de Londres. Me alegré de estar en tierra desconocida, con una climatología dramática, rumbo a tierras más desconocidas aún.

En la luz grisácea del alba, cerca de una estación llamada Amstetten, la nieve era igual que la nieve sucia de la novela de Simenon que estaba leyendo, «amontonada como si se pudriese, sucia y ennegrecida, salpimentada de basura. El polvillo blanco se soltaba del cielo a puñados, como el yeso que se desconcha del techo». Pero en cambio estaba todo mucho más blanco en la estación siguiente, Purkersdorf Sanatorium, un hospital centenario y una rareza

arquitectónica, de estilo cubista. La nieve se había acumulado aún más según seguíamos hacia el este, donde había casas de campo junto a las vías del tren, suntuosas capillas, ovejas en medio de campos embarrados, cementerios poblados de estatuas pías. Las casas, en Austria, parecían a prueba de bomba, indestructibles, con jardincillos en los que las ramas negras destacaban sobre la nieve.

Viena no fue en mi caso más que la estación y el andén mismo en el que Freud diagnosticó su *Reisefieber*, la angustia que le producía el viajar en tren. Tan temeroso estaba de perder un tren, que llegaba a la estación más de una hora antes de la prevista para la salida, y por lo común le entraba el pánico cuando éste llegaba. Allí tomé otro tren, más deslucido y con toda seguridad magiar, para hacer el trayecto a Budapest, adonde estaba previsto que llegase a mediodía. El paisaje también era más deslucido, más llano, la nieve más fina, acumulada en sucios bancales, cuando cruzamos ruidosamente la frontera de Hungría en Győr, que era un conjunto de opacos edificios, de la época en que aquello era uno de los herrumbrosos pliegues del Telón de Acero, fábricas y campos sin cultivar, árboles pelados, labrantíos a finales de invierno con surcos alineados y esqueléticas líneas de nieve. Decir «labrantíos» es mucho decir, pues parece una descripción de serenidad pastoral, cuando aquello era todo lo contrario, tan oscuro, tan deprimente, con graneros reventados y vallas rotas, y no parecían labrantíos, sino una sucesión de campos de batalla en una larga retirada, la evidencia de las emboscadas en una acción de retaguardia que terminase en un manchurrón en el horizonte, que al crecer se tornaba humano, un campesino en bicicleta.

Los cuervos surcaban el cielo bajo del invierno sobre las espesas colinas de Hungría, sobre las zanjas, sobre las arboledas de tonalidades ocre, desdibujado todo ello, descolorido, como una tarta revenida, el oscuro paisaje de una mañana a una hora temprana en el este de Europa, que saltaba en la ventanilla del tren como los fotogramas torturados de una película antigua.

El atractivo que tuviera el viajar por un panorama invernal, unos cuantos pasajeros en el tren, las extensas llanuras —¿qué cultivarán aquí?, me pregunté —, el placer que revistiera, era su fealdad inapelable, aunque algo romántica, y el hecho de saber que estaba de paso. Llegaría en pocas horas a Budapest, a Bucarest al día siguiente, a Estambul al otro. Esta clase de viaje, un ejercicio de elemental ociosidad, era también una forma de disfrutar de la libertad misma de este viaje.

Treinta y tres años antes estuve angustiado en todo momento. ¿Adónde me dirigía? ¿Qué iba a hacer con la experiencia del viaje? Me oprimía la sensación de que quienes más amaba no vieron con buenos ojos que me fuese. *¡Nos estás abandonando! ¡No quiero que te marches! ¡Lo vas a lamentar!*

Con ese estado de ánimo, sintiéndome reprendido, miré por la ventanilla a lo largo de una ruta ligeramente distinta, por Yugoslavia, y abominé de lo que vi, me sentí fútil entre las colinas embarradas, me produjo resentimiento cada obstáculo, como si el viaje que había resuelto hacer no fuera sino un complejísimo impedimento. En cambio, en esos momentos me sentía feliz, y la felicidad presta si no encanto sí un agradable desapego. No vi en la ruta por la que viajaba un territorio enemigo. Me pareció desmadejada, mansa, un tanto olvidada de todo, pero no me lo tomé a título personal.

La lección de mi personal Tao del Viaje consistía en que si a uno se le ama y si se siente libre y necesita conocer el mundo en cierto modo, viajar es mucho más sencillo y es una actividad más propensa a la felicidad. Pensé que todo el que haya vivido durante la segunda mitad del siglo XX es más o menos resistente a los *shocks*, y por eso disfruta más, y tiene menores expectativas, y desprecia toda promesa de contenido político. Pasada cierta edad, el viajero deja de ansiar otra vida distinta y no da nada por sentado.

Y esta vez podía hablar por teléfono con mi mujer. Me había convencido para que llevase un artilugio portátil, que servía por igual de teléfono móvil y de receptor de internet. Me resistí todo lo que pude. Llevaba más de cuarenta años viajando sin la necesidad de estar en contacto permanente con quien quedara en casa. Y aborrecía ver a la gente utilizar sus teléfonos móviles tanto como aborrecía ver a alguien que va comiendo y andando al mismo tiempo, esa complacencia descarada, dando a una ceremonia privada un significado de acto público, casi de alarde, rebuznando en el telefonito y rebuznando al mundo en general: «¡Eh, cariño, es que voy en tren! ¡Vamos a entrar en un túnel!».

Me había olvidado de que llevaba encima el instrumento. Lo encendí y recibí un mensaje de texto, *Bienvenido a Hungría*, y poco después volvió a sonar.

—Te echo de menos —dijo mi mujer—. Pero quiero que sepas que estoy de tu parte. Sé que tenías que hacer este viaje.

—¿Qué tal las labores de punto?

—Todavía no he empezado. Aún estoy estudiando los patrones.

Ese aplazamiento por su parte me pareció extrañamente tranquilizador, y charlamos un poco más, ella en casa, yo en un tren, mirando los campos nevados en los alrededores de una ciudad de fábricas y de bloques de viviendas que se llamaba Tatabanya, a menos de una hora de Budapest.

La visión de la ciudad vieja y picada de viruela, con los charcos, tiznada al derretirse la nieve, la estación de Keleti destacada como un manicomio húngaro bajo la lluvia, las calles acuosas, las aceras embarradas, desheliéndose y goteando tras el largo invierno, todo ello me dio esperanzas. No estaba yo en busca de una versión glamorosa del hogar, sino de algo diferente por completo, algo que probase que había recorrido cierta distancia. Unas mujeres de rostros adustos, vestidas con ropas astrosas, con bolsas de la compra colgadas del brazo, arrastrando los pies en la nieve medio derretida, con las botas sucias, mostraban carteles en los que anunciaban *Zimmer*, ofreciendo una habitación en su vivienda, o su vivienda entera, para embolsarse algo de dinero en una economía que se había desplomado tan estrepitosamente que la gente se marchaba en masa, apiñándose en la estación de Keleti para tomar los trenes con rumbo oeste, a Austria y Alemania y Gran Bretaña. Me agobiaron los taxistas y los proxenetes, no pestilentes, sino tan sólo desesperados por ganar algo de dinero.

Dejé el bolso en consigna —mi tren a Rumania no salía hasta la noche— y salí por la puerta del grandioso edificio de la estación, con sus estatuas y su carro alado, sus corceles, sus motivos decorativos de plumas, de flores, fechado en 1884, una típica extravagancia austrohúngara, grandiosa, pomposa, que parecía burlarse de los cansados viajeros con sus gabardinas empapadas y de los peatones de pies doloridos con sus bolsas de la compra.

—¿Qué tal va? —le pregunté a una mujer en una librería.

—Mal, va mal —dijo.

No dejé de preguntarlo al salir a pie de la estación, al seguir por la ciudad hasta el Danubio, encantado con el placer de asimilarlo todo, con la certeza de que en ocho o nueve horas estaría de vuelta en la estación para recoger mi bolso y subir a otro tren con destino a Bucarest, la continuación de mi personal Orient Express.

Fue más o menos en este punto, en mi viaje anterior, cuando conocí a un compañero de viaje al que llamé Molesworth en mi libro. Era un agente de

actores de teatro y un *bon vivant*, soltero, y por ser un poco picante y bastante familiar en el trato ganaba más la natural chispa que tenía. Sus clientes habían sido los Cusack y también Warren Mitchell. Antiguo oficial en el ejército de la India, había viajado a lo largo y ancho de Asia. Guiñaba el ojo con un monóculo cuando leía el menú de un restaurante, y tenía la afable costumbre de llamar «George» a todo el mundo, como cuando hablaba con un revisor en un tren turco: «George, este tren ha visto días mejores, ¿eh?». Cuando se publicó mi libro, me dijo que la gente lo reconocía en el texto a pesar del seudónimo que le puse. De vez en cuando lo veía en Londres y lo invité a alguna que otra fiesta en la que se hizo notar con sus anécdotas sobre el teatro, todas sobre sus querindongas, y luego oí decir a mis amigos que «Terry es un tío espléndido». Antes de morir, me dijo que el viaje a Estambul, en 1973, fue uno de los mejores viajes que había hecho, y a menudo añadía: «Tendrías que haberme llamado por mi nombre». Pero es que su verdadero nombre era tan bueno que parecía de mentira: Terrance Plunkett-Greene.

Caminé bajo la lluvia incesante con todos los demás transeúntes hasta que llegué a un hotel de pinta razonable, el Nemzeti, y entré sólo por guarecerme de la lluvia.

El restaurante estaba vacío. Sólo había dos mujeres con chaquetas de cuero, fumando.

El pálido camarero me preguntó si no tenía ganas de comer. ¿No estaría más a gusto sentado en el cálido restaurante, disfrutando el menú del día?

Le dije que sí. Había *goulash* en el menú.

—Los extranjeros piensan que el *goulash* es un estofado. Pero no. El *goulash* es una sopa.

—¿Y qué significa esa palabra?

—En inglés no sé cómo se dice. Pero un *goulash* es alguien que cuida de las ovejas.

«¡Tinta roja!», hubiese dicho Plunkett-Greene de aquel vino húngaro. «¡Morralla para campesinos! ¡Alubias!», hubiese exclamado al ver la comida del Nemzeti.

Las mujeres se marcharon. Un hombre joven ocupó el sitio en que estaban. Como era además de mí el único cliente del restaurante trabamos conversación. Se llamaba Istvan. Estaba en Budapest por razones de trabajo. Dijo que algunas empresas de Europa se habían deslocalizado en Hungría debido a lo barato de la mano de obra y a la población, bien educada, pero

paupérrima. Ésta había de ser una historia que escuchase por todo el camino, a lo largo de Asia y en especial en la India. En su trabajo se dedicaba a los motores de escasa potencia.

—¿Y el gobierno? ¿Qué tal va por aquí?

—Terrible —dijo Istvan. Aborrecía a los políticos de Hungría, aborrecía la política—. Son todos socialistas. De izquierdas. Yo soy de derechas.

De aquí pasamos a hablar del gobierno de Estados Unidos, al que también detestaba.

—Bush es un tipo peligroso, es arrogante. Y no es precisamente listo. Y ahora tenemos que preocuparnos por lo que haga en Irán.

Tendría que haberme hecho a la idea de que ésa sería la misma opinión que me tocara escuchar en casi todas las conversaciones trabadas al azar durante los siete meses que siguieron, siempre que dije a mi interlocutor que soy norteamericano: que nuestro presidente es un imbécil y que su política era diabólica y que estaba controlado por las fuerzas del mal. Que Estados Unidos, a pesar de todo lo que prometía, a pesar de su prosperidad, es en realidad el país que abusa del mundo.

Tal como le dije a Istvan entonces, en esas ocasiones me daba por preguntar: «¿Usted emigraría a Estados Unidos si tuviera la posibilidad?». Y siempre me contestaron que sí, como hizo el propio Istvan, no porque tuvieran la más mínima noción de la cultura norteamericana, de la política, de la historia, sino por la pasión que les inspiraba el sueño de tener un trabajo y de ganar dinero y de ser dueños de un coche, de una casa, de huir de su precaria existencia, a salto de mata, con tal de ser ciudadanos norteamericanos.

Istvan era un tipo bastante inteligente, pero hubo otros, y lo más inquietante es que los peores, los más bestias, me sorprendieron al alabar al gobierno estadounidense por su militarismo. Me causó aprensión, porque iba a tener que atravesar al menos seis países musulmanes. Pero todos ellos eran dictaduras en mayor o menor medida, y me animé al pensar que cuando un pueblo está sometido a un mal gobierno rara vez le tienen a uno por responsable en persona de las decisiones que su gobierno hubiese tomado.

Le deseé buena suerte a Istvan y seguí mi camino, haciendo un alto en un sex shop. De acuerdo con mi teoría de que la pornografía que se fabrique y se consume en un país representa la visión más rápida que se puede obtener sobre la cultura y la vida interior de la nación, y en especial del carácter de los hombres, entré a hacerme una idea. Aquello era repugnante, con

abundancia de bestialidad (perros y mujeres), personas muy gordas, personas muy peludas, algunas muestras de crueldad entre actores gay y todas las perversiones alemanas.

Al igual que Checoslovaquia, Bulgaria, Polonia y Rumania, y los demás países de la antigua órbita soviética, cuando Hungría liberalizó su política en 1989 el efecto inmediato fue la legitimación de lo que antes se había considerado conducta antisocial: el porno, la música a todo volumen, las protestas más sonoras, las pintadas que saltaban a la vista en las tapias de las afueras de Budapest. Algunas de estas explosiones de promiscuidad podrían haber sido un mero estallido de ira irracional, desde luego, pero no era ése el caso del porno. La pornografía es algo específico, es particular en sus rituales e imágenes, algo que puede ser gratuito o ficticio o bien preparado por el mero valor de choque que pueda tener, o que de lo contrario no se vende. Las estanterías llenas de vídeos y DVD de tema bestial —mujeres haciéndose arrumacos con perros y caballos, con cerdos y cabritos— daban a entender que existía un mercado.

Bajo el aguanieve y la nieve empapada de la ciudad en franca decadencia, en medio del restregar de las botas (desgastadas, venidas a menos en todos los sentidos), en medio de los rostros empapados y del cabello astroso no había ni un ápice de sensualidad, no encontré desde luego ninguna tentación en la que detenerme. Nada me ha parecido tan sórdido como una ciudad imperial sometida durante décadas al estilo soviético. Sin embargo, todas las personas con las que hablé —y es que continuamente tuve que pedir indicaciones— se mostraron corteses conmigo, todas aquellas personas fatigadas, de cabello grasiento, enojadas bajo la llovizna de finales del invierno. Tal vez parezca que las critico, pero me gustó Budapest por ser una especie de bucle en el tiempo, como si se hubiese quedado atrás.

No acerté a identificar un rostro típico de los húngaros, unas facciones nacionales. El mentón cargado, la frente ancha, los ojos muy juntos no me parecieron suficientes; con todo, me resultó una cultura monolítica y en la que no había etnias, ni minorías que saltaran a la vista, sino sólo un montón de personas de raza blanca, cansadas, aliviadas de que Hungría hubiese ingresado en la Unión Europea, por lo que podrían marcharse a encontrar trabajo en otra parte y a lo mejor no volver nunca más, como me dijo un hombre en un café de la estación de Keleti cuando fui a recoger mi bolso de viaje.

—¿Adónde va usted? —preguntó.

Le dije que a Rumania y me dijo que lo repitiese, porque le hizo gracia. Se rio a carcajadas, con todo el vientre, en son de burla.

De Hungría en adelante, me quedó claro que muy pocas personas miraban al este. No había turistas, y los únicos viajeros habían de ser los que volvieran a sus lugares de origen, y de mala gana, porque el gran deseo colectivo era viajar al oeste, marcharse del lugar natal. El este representaba la desesperanza, la pobreza, el fracaso, más excusas. La mayoría de los viajeros en la estación de Keleti deseaban ir al oeste, incluidos los que iban al este. Y nadie iba a viajar a Turquía.

Con los borrachos, los vagabundos, los evangelistas de mirada pétrea y en busca de pecadores a los que convertir, los que cambiaban dinero, los jóvenes al acecho que podrían haber sido drogadictos o chaperos o ambas cosas, y las ancianas cargadas de fardos que se marchaban al campo en trenes de cercanías, los que me llamaron la atención en la estación de Keleti fueron los jugadores de ajedrez. Estaban ante un largo pedestal de mármol, cerca de los topes de las vías, en medio del gentío que esperaba los anuncios para tomar sus trenes. O a lo mejor es que nadie iba a ninguna parte: una estación de ferrocarril es una pequeña democracia en la que todo el mundo tiene el derecho a existir sobre la presuposición de estar esperando un tren. Aquellos individuos estudiaban los tableros, se mesaban el cabello y la barba, hacían de vez en cuando un movimiento, la lenta y elegante lógica del ajedrez en medio de un pandemónium ferroviario.

Los pasajeros que tomaron el Euro-nocturno, el expreso a Bucarest, eran rumanos; me tocó viajar en contra de la corriente al uso, en contra de los que iban al oeste. ¿Quién podría tomar un tren a Rumania sin tener necesidad? Me dijeron que en los años recientes los extranjeros deseosos de adoptar huérfanos rumanos tomaban ese tren de vez en cuando, pero como eran muchísimas las agencias de adopción que incurrían en fraude, eran muy pocos los extranjeros deseosos de afrontar lo que bien podía terminar en decepción y en estafa.

Me agradó el modo en que este viaje en tren me iba alejando de todo lo conocido, cambiándolo por las distorsiones de lo ajeno, la dimensión onírica del viaje, en el que las cosas son especialmente extrañas porque tienen un aire un tanto familiar. Había también menos gente, como si nadie quisiera ir a

donde iba yo, sobre todo en ese momento, en el paisaje enfangado de Hungría, la llovizna que chispeaba sobre las montoneras de nieve junto a las vías del tren.

Incluso allí, pese a estar aún en Europa, percibí una insinuación de ambigüedad asiática en el olor a gato del coche cama, la gente que no sonreía y soportaba las inclemencias en los duros asientos de segunda clase, en el apiñamiento del coche restaurante: montones de tubos fluorescentes en cajas de cartón y rollos de cable apilados en las mesas, con pegajosos sobres de vinagre y frascos de una salsa siniestra, los tapones recubiertos de grumos derramados y resecos.

«Veloz en la oscuridad, bajo la lluvia, tiempo dramático que aplasta las vías, los silbatos a todo meter, este tren es perfecto, el coche cama es un contratiempo.» Esto iba escribiendo en mi cuaderno. Me recordó de manera agradable, en tonos sepia, por lo barato que resultaba (unos cien dólares), mi viaje anterior. Había tomado un tren diésel por Belgrado y Nis y Sofía, ¿y qué? Aquello no era tan distinto: hombres malhumorados y vestidos con chándal, mujeres con echarpes, niños cansados, de ojos vítreos, que temblaban con los zapatos empapados. Al igual que la noche anterior, camino de Budapest, el revisor del coche cama me troqueló el billete, me trajo una cerveza, me hizo la cama y me recordó que llegaríamos a Bucarest sobre las nueve de la mañana.

—¿Para qué va usted a Bucarest?

—A echar un vistazo —dije—. Y luego me marcho.

—¿Vuelve en avión?

—Cambio de trenes. A Estambul.

—Estambul muy bien. Buenos negocios. Dinero.

—¿Y Bucarest?

—No negocios. No dinero —el revisor hizo una mueca de payaso.

—¿Hay un coche restaurante en este tren?

—¿Para usted? ¡Hay de todo! —cuando me guiñó el ojo me di cuenta de que estaba bebido.

La lluvia azotaba el cristal de la ventana, el tren se bamboleaba como casi todos los trenes, como si trazase un desvío por el lomo del mundo. Había resuelto viajar a la antigua, como hice tanto tiempo atrás, y apenas noté diferencias apreciables. En Budapest encontré el tenso, incierto, desapacible ambiente de los años setenta. Aunque nadie anunciase un viaje como ése, no

fue complicado localizar esa antigua experiencia ferroviaria; los ferrocarriles y los autobuses son el medio de transporte de los pobres en casi toda la Europa del Este. La mayoría de los turistas que visitan Rumania, si es que viajan allí, habrían hecho un corto viaje en avión. Los aviones europeos eran muy baratos, porque cuentan con un combustible que se vende a las líneas aéreas sin estar sujeto a impuestos. Algún día se impondrá un impuesto sobre el combustible, y los billetes de avión reflejarán su verdadero coste, y ese tren volverá a tener valor. En fin, en ese momento era valioso: el coche cama iba casi lleno, y en el resto del tren no cabía un alfiler.

Apareció de pronto una estación, luces de fluorescencia en la negrura de la noche, la tormenta que arreciaba con unas gotas bien gordas, en un andén sin cobijo ninguno, la textura adecuada para las gotas de la lluvia en ese tren oscuro, rechinante, nocturno. La climatología parecía anticuada, tanto como el tejado de la estación con sus goteras, los charcos en el vestíbulo donde se sacaban los billetes, los bancos empapados, la total desolación. No subió nadie, no bajó nadie: tan sólo era una estación en la oscuridad; vi que era Szolnok, a orillas del río Tisza, y entonces sí quedamos sumidos en una región ignorada del mundo.

Me acordé del guiño que me hizo el revisor y fui en busca del coche restaurante, recorriendo el pasillo del tren oscuro, empapado, que soltaba golpes de yunque en medio de la noche.

Y cuando lo localicé me dije: justo en el momento de mi vida en que ya imaginaba que todos los viajes eran una experiencia homogénea y suavizada de comida de plástico y de vagones de ferrocarril intercambiables, de camareros con gorras de empleados de cadenas de comida rápida, di de pronto con el vagón restaurante del Euro-nocturno con destino a Rumania y me encontré a tres revisores borrachos y a un hombre (que resultó ser el chef) con un jersey grasiento y un vendaje desgarrado en la mano, los cuatro jugando al backgammon con una luz pésima, bebiendo cerveza, fumando. Ninguno comía nada, y cuando el chef se sonó estentóreamente fue como si hubiera limpiado una varilla medidora de aceite.

Tampoco había retirado ni ordenado nadie las cajas de tubos fluorescentes y los rollos de cable. Seguían apiñados entre los frascos mugrientos.

Nada más ver toda la suciedad y el desorden mejoró mi estado anímico. Es muy fácil embellecer una nación en un aeropuerto, pero en ese tren que

recorría las provincias de un país en apuros tuve la impresión de ver lo genuino, un lugar con los pantalones bajados. No me lo tomé a título personal. Me agradó que nadie se hubiera tomado ninguna molestia por mí, que no se me pusiera la alfombra roja a la hora de darme un servicio.

El chef ni siquiera levantó la mirada del tablero de backgammon cuando me dijo:

—¡Coma, coma!

—Siéntese —dijo otro, el que me había guiñado el ojo—. ¡Siéntese! ¿Quiere pollo?

—No.

—Sólo pollo. ¡Siéntese!

Apartó unos rollos de cable hacia el lateral de una de las mesas; en apariencia, yo era el único pasajero con ganas de cenar. Se apagaron las luces. Volvieron las luces entonces y vi un cuenco lleno de trozos de pan, un truco bien ejecutado.

—¿Ensalada?

—No.

Me sirvieron un cuenco de encurtidos. ¿Quién habrá inventado esto?, me dije. Con sólo vivir allí se tenía una perfecta experiencia de la sátira.

Aunque estuviera bebido, el revisor acertó a formar estas palabras:

—¿Ha cerrado *courette*?

—¿Cómo iba a cerrar, si no tengo llave?

Sin mediar palabra, en una especie de reflejo producido por el pánico del borracho, salió corriendo del vagón restaurante. Lo seguí, y cuando llegó a mi compartimento me indicó que comprobase si estaba todo en orden en mi bolso de viaje. Me dio a entender, por gestos, que había ladrones en el tren y que debía ir con mucho cuidado (esto, meneando el dedo, que luego se llegó a la aleta de la nariz).

Se apagaron las luces antes de llegar al vagón restaurante, pero volvieron a tiempo de que viera yo al hombre del jersey sucio (y ahora ya sabía por qué lo tenía grasiento) de pie ante una sartén, con un cuchillo de carnicero, entre chispazos y borbotones de aceite. No podía quitarse el cigarro de la boca, porque con una mano sujetaba la sartén y con la otra atizaba un pedazo de carne. Las gafas, muy sucias, se le resbalaban hacia la punta de la nariz; se las subió con un ágil movimiento, con el mango del cuchillo grasiento.

Dio un grito a los otros, uno de los cuales me transmitió su mensaje:

—*Gratin?*

—Perfecto.

Los jugadores de backgammon comenzaron entonces a bromear unos con otros. Cuando me pusieron el plato delante, me maravilló el hombre que vino a servirme: las gafas pegajosas, el cigarrillo colgado de la comisura de los labios, el jersey sucio y la mano vendada. Las patatas fritas estaban recubiertas de queso. Me puse a comer, agradecido ante la tranquilidad de que en este rincón del mundo nada hubiese cambiado a lo largo de las décadas. La próxima vez que alguien elogiase la economía de Hungría o hablase con optimismo del inminente ingreso de Rumania en la Unión Europea, podría reflexionar sobre la revelación que había constituido esa cena nauseabunda.

Mientras el resto del mundo se afanaba en la innovación y la modernización, o buscaba la salvación en internet, allí las cosas seguían siendo más o menos como siempre fueron. Hablando de los bucles en el tiempo, Hungría estaba a punto de elegir en las urnas a otro gobierno socialista. Por la razón que fuera, tal vez la simple perversión que detecta la lógica del absurdo todavía viva y coleando en el mundo, este detalle me confortó. Me recordó el tiempo que había pasado en Vanuatu, en el Pacífico occidental. Un día de lluvia vi a unos cuantos nativos de la isla de Tanna, de pie y sentados, en pelota picada —sólo llevaban unas vainas con las que se cubrían el pene—, negándose en redondo a escuchar a unos misioneros que habían cruzado el océano para convertirlos a su fe. Esos que se empeñan en dar la lata en nombre de Dios habían recorrido después treinta kilómetros a pie, por una senda embarrada, para compartir con otros sus Biblias de la Buena Nueva. La población de Tanna los despachó sin más, afirmando que ya tenían a sus propios dioses y que muchas gracias.

La terca sordidez es algo que reviste un gran atractivo, y ese destartalado ferrocarril no había cambiado en treinta y tres años. Si acaso, era aún peor, casi una parodia de mi anterior experiencia. La frontera de Hungría también era una farsa, los oficiales de aduanas e inmigración que atravesaron el vagón del tren con las botas mojadas y unos uniformes pardos que no les quedaban nada bien. La frontera de Rumania, en Curtici, aún resultó más pavorosa, como si fuera otro acto de la misma farsa: unos brutos enormes, de cara abotargada, con gorras de orejeras y entorchados dorados, una docena que recorrió todo el tren exigiendo los pasaportes, abriendo los bolsos de viaje. Uno de los aduaneros se paró a examinar mis libros, los de Simenon y algunos más, y se quedó con uno de Nabokov, *Invitado a una decapitación*. Lo miró entornando

los ojos. ¿Había adivinado que es una novela que trata sobre un pesadillesco estado policial?

—¿Adónde va usted?

—A Estambul.

—¿A qué? ¿Usted *tourismus*?

—Yo *tourismus*.

Volviendo las hojas de mi pasaporte, puso los dedos en cada uno de los visados.

—¿Azerbaiyán! ¡Uzbekistán! ¡Pakistán! ¡India!

—*Tourismus*.

Me señaló con todos los gruesos dedos de una mano.

—¿Heroína? ¿Cocaína?

Me eché a reír, intenté no reírme, me reí aún más; creo que esa risa de idiota le convenció de que era inocente. Su camarada se le unió y entre los dos registraron mi maletín. Permanecí a un lado y cuando terminaron me dieron la bienvenida a Rumania.

El manoseo de mi equipaje no fue mucho peor que lo habitual en cualquier control de seguridad de los aeropuertos de Norteamérica. Lo cierto es que fue mucho más sencillo y menos invasivo.

Tras los aduaneros se encontraba una atractiva mujer con un abrigo de cuero hasta los tobillos y unas botas altas y relucientes, otra figura surgida del pasado, apropiada introducción a Transilvania, hacia donde nos dirigíamos, y muy semejante a un personaje de la novela de Nabokov, que bien podría haber transcurrido en una ciudad como Bucarest.

Seguía lloviendo cuando, con un chirrido en los frenos, el tren terminó por detenerse en la estación de Baneasa, en el centro de Bucarest, donde debía cambiar de trenes y tomar el siguiente, a Estambul, que salía más avanzado el día. La lluvia salpicaba la grasienta locomotora y el techo del andén y las vías embarradas. Pero no era una lluvia dadora de vida, no era una lluvia que nutriese las raíces, que fomentase el crecimiento. Era más bien como una plaga. Era un escupitajo continuo que caía de un cielo tenebroso, que manchaba todo lo que tocaba, que oxidaba las juntas metálicas del tejado, que debilitaba la estructura de la estación, estropeando las vías. No prestaba ningún romanticismo a las decrepitas casas de la ciudad; les daba mayor fragilidad si acaso, subrayando las resquebrajaduras de las fachadas de

estuco, convirtiendo en barro el polvo de las ventanas. Se notaba algo venenoso en el color verdusco, tanto que me pareció lluvia ácida.

Los rumanos pálidos, de ojos saltones, tenían algo asiático en los ojos oscuros, en los rostros famélicos, y casi los dos primeros que vi fueron dos pilluelos, dos chavales muy delgados, de menos de diez años, andrajosos, enfermizos, que fumaban sendos cigarrillos y se las daban de tipos duros. Tenían la cabeza pequeña, como de muñeco, y las manos sucias. Se tomaban el pelo el uno al otro a la vez que soltaban bocanadas de humo, y cuando me vieron se dijeron algo, alguna grosería, y se echaron a reír.

Rostros muy pálidos, desnutridos; de vez en cuando, una chica con la belleza de la porcelana; chicas flacuchas, mujeres gruesas, hombres curtidos, casi todo el mundo fumando cigarrillos malolientes; ni un rostro extranjero, al menos que acertase yo a ver en la estación. ¿Por qué iba a ir nadie a un sitio así? Rumania era un mundo que pocos visitaban por placer, y esto era evidente en su aire de abandono, en los edificios arruinados, en la melancolía de la gente. Parecía carente de vida, un mundo que se hubiese detenido. Gran melancolía en las casas de ventanas rotas, en las calles deterioradas, en las panaderías en las que todos los panecillos y pasteles se dirían ya rancios.

Fui a cerciorarme de que el tren a Estambul, el Bosfor Express, saldría en hora. Un joven que se encontraba junto a la ventanilla de información me dijo que confiaba en que así fuera; él lo iba a tomar.

—Voy a un congreso en Turquía —dijo. Era profesor, se llamaba Nikolai, daba clases en una universidad de Bucarest.

Me mostró dónde estaba la consigna; él también iba allí a dejar su equipaje. Por el camino le comenté que no había visto a muchos extranjeros; no había visto a ninguno de los asiáticos, africanos o sudamericanos que sí vi a lo largo del viaje de Londres a Hungría.

—Algunos americanos sí que vienen. Tenemos bases.

Tendría que haberlo supuesto. Rumania era noticia reciente por su amistad con Estados Unidos en la guerra contra el terrorismo. El gobierno, de derechas y desesperado por conseguir fondos, además de ansioso de ingresar en la Unión Europea, había dado el visto bueno al encarcelamiento e interrogatorio de sospechosos. El proceso, denominado detención extraordinaria, implicaba que un hombre como el que apareció en el *New York Times* en julio de 2006, procedente de Argelia, detenido por agentes norteamericanos en Tanzania, podía ser enviado, con los ojos vendados, a un tercer país en el que sería

sometido a interrogatorio, y el interrogatorio siempre entrañaba una tortura de tal o cual especie, desde la privación del sueño hasta la asfixia y el simulacro de un ahogo por inmersión, o la suspensión por las muñecas en la pared de una celda, métodos que se englobaban bajo un eufemismo tan orwelliano como es el de «técnicas ampliadas de interrogatorio». Nunca he oído esa expresión sin pensar que al prisionero se le propinan sucesivas patadas en los cojones.

Los presos de los norteamericanos, detenidos en todo el mundo, eran enviados a ciertas cárceles de Rumania, entre otros sitios, en donde no era preciso observar los derechos humanos pactados por las convenciones, y en donde estaba permitida la tortura. Pero esos encarcelamientos e interrogatorios los había instigado el gobierno de Estados Unidos y los habían pagado los impuestos del contribuyente norteamericano. El programa se llevaba tan en secreto que sólo cuando, pasados dos años, o más, se puso en libertad a un preso y le entrevistaron en un periódico (ya eran varios), sólo entonces se supo lo despreciable del programa. También se decía que en Polonia se llevaron a cabo interrogatorios y torturas.

Nikolai dijo que tenía cosas que hacer, pero que nos veríamos en el tren. Tuve la sensación de que le estaba incomodando con mis preguntas, y pensé que sólo deseaba largarse cuanto antes.

El edificio más grande y más raro que hay en Europa —tal vez en el mundo— es el Palacio de Congresos y está en Bucarest. Pensé que estaba a tiro de piedra, pero terminé por tomar un taxi, que tal vez no fuera un taxi, sino un voluntario deseoso de ganarse un dinerillo.

El edificio era de una fealdad impresionante, un gigantesco ejemplo de megalomanía arquitectónica.

—Asombroso, ¿eh?

—Asombroso, desde luego.

—¿De esto no tienen en su país?

—No, nada parecido.

A la ida habíamos pasado por delante de muchos casinos. Eran los únicos detalles de color en una ciudad parduzca, además de los bares, llenos de humo, y los salones de masaje. Era una ciudad de vicios malhumorados, desesperados. El conductor me dio un ejemplar de *Qué pasa en Bucarest*. Era una guía en la que se daban pistas para tener sexo. No trate con proxenetas, aconsejaba; lo más probable es que le roben. «Lo mejor es llamar al teléfono de la agencia de acompañantes, casi todas las cuales pueden proporcionarle a

una señorita en menos de media hora y en la habitación de su propio hotel.»

Un empresario que se identificaba como «empresario árabe, Zyon Ayni», iba a inaugurar un nuevo night club en Bucarest, en el que se ofrecía la típica danza del vientre, cincuenta *strippers* y «bailes en salones privados».

«Vendo fantasías. A ese negocio me dedico», sintetiza Ayni. Si uno desea hacer un crucero en el barco de su empresa, en compañía de una hermosa mujer, también se ofrece ese servicio. La empresa de Ayni es propietaria de veinticinco barcos, aunque también dispone de aviones para los que se mareen en el mar.

Acababa de abrirse otro club: «Incomparable en este momento en Rumania, el martes por la noche actúa la estrella internacional del porno, Quanita Cortez».

En cuanto a las copas: «Una selección de bebidas escogidas con todo esmero al gusto de los clientes más exigentes». En el Restaurante del Puerto «se puede disfrutar con desenfreno en compañía de sus amistades». Y el restaurante Culmea Veche se anunciaba diciendo que estaba «por encima de la media de los restaurantes rumanos». Don Taco alardeaba de ser «el único restaurante mexicano de Bucarest».

Estaban vacíos todos ellos. Un puñado de empresarios de Bucarest sí tenía dinero, y los extranjeros que estuvieran allí haciendo negocios sabían que los rumanos estaban listos para ser explotados. La venta de huérfanos y de recién nacidos es uno de los negocios más boyantes, seguido por el tráfico de mujeres para el comercio del sexo. Cada vez que me quedé atónito ante el grado de abandono que se apreciaba, los rumanos me dijeron que «antes era mucho peor». Se referían a la pesadilla que vivieron bajo el régimen de Ceaucescu. Habían pasado diecisiete años desde que se puso en pie para pronunciar un discurso en la plaza mayor de la ciudad y la muchedumbre comenzó a gritarle «¡Rata, rata, rata!». Se sintió acorralado y se largó antes de que lo capturasen, aunque dieron con él y lo mataron como a una rata.

El hedor y el desorden tercermundistas eran patentes en Bucarest, cuyos suburbios parecían desoladores, las granjas embarradas, primitivas. Rumania era otro país del que se marchaban sus habitantes, todos ellos con rumbo al oeste. El aire de Bucarest era de desesperación, de penuria, ese aire en el que no hay vergüenza, ni lugar para que nadie se sienta cohibido: todo el mundo lucha por la vida, todo el mundo va vestido como si fuese a dar una larga caminata bajo la lluvia o a cumplir con un trabajo sucio.

Ninguna de las personas con las que hablé ganaba apenas dinero. Nikolai, el profesor universitario —profesor adjunto—, ganaba el equivalente a doscientos dólares al mes. Es exactamente lo que me dijo que ganaba un empleado de una pizzería. Se llamaba Pawel y hablaba inglés mejor que Nikolai. Ninguno de los dos había salido del país. El salario medio en la nación era de cien dólares al mes. No es de extrañar que Rumania, como Albania, proporcione a Europa occidental obreros, putas y ladrones de coches.

—¡Señor Pawel! —era Nikolai, que me saludaba en el andén. Me presentó a las personas que fueron a despedirle, sus colegas de la universidad, eruditos que a todas luces estaban en las últimas.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó uno.

—Estoy jubilado —dije.

—¡Aquí vienen muchos jubilados! —dijo con gran animación. Me pregunto qué quiso decir exactamente.

—¿Les gustaría venir a Turquía con nosotros? —dije.

—Antes iríamos allá —dijo uno de ellos, señalando a donde estaba el sol, como un huevo cocido en medio del cielo hollinoso, por el oeste.

Aparte de Nikolai y de un hombretón que rezongaba y gastaba un bigote como si fuera un animal que le estuviera atacando la nariz, había una madre con una hija pequeña; la madre meneaba la cabeza y decía «Bulgaristán», porque teníamos que pasar por ese (dijo ella) territorio hostil. Evidentemente, la ruta del Bosfor Express no era muy popular; seguí reparando en que muy pocas personas deseaban viajar al este.

Al no ver un vagón restaurante, volví deprisa al vestíbulo de la estación y compré cerveza, agua mineral y unos bocadillos. Y luego encontré mi compartimento en el coche cama y vimos cómo quedaba atrás Bucarest.

Viajamos a través de la llanura que forma el sudeste de Rumania, atravesando los inmensos trigales que, además de los huérfanos, conforman el único producto que exporta Rumania. Las aldeas del medio rural podrían haber sido ilustraciones de los *Cuentos* de los hermanos Grimm: casitas de campo, chozas, cobertizos, graneros, todo ello oblicuo, rodeado por los campos, sin árboles, con alguna bandada de patos o de pavos, y el único ser humano resultó un hombre presuroso que, al ver un envase de plástico, se bebió los posos que había dejado alguien y lo arrojó al suelo, momento en el

cual encontró otro y bebió con voracidad. Pero en un mundo enorme y homogeneizado aquello pareció una novedad, por ser precisamente un retroceso a tiempos muy anteriores: no sucedía nada, nada además de la lluvia que caía sobre aquel hombre desesperado y la aldea al fondo, más allá del desmonte del ferrocarril, la casa de la bruja, la choza del leñador, la casita del Enano Gris.

Justo al atardecer la frontera, Giurgiu Nord: una estación con una fachada semiderruida, detrás de la cual no había más que eriales, unos árboles desmochados, un oficial de inmigración con malas pulgas, un penoso perro cojo.

Giurgiu es una localidad fluvial sita al borde de la gran llanura del Danubio, que es el tercio sur de Rumania. El Danubio (sólo inferior en longitud al Volga) tiene un nombre distinto en cada uno de los países que atraviesa; aquí se llama el Dunav. Tras pasar un grupo de sucios bloques de viviendas, un basurero cercano estaba a rebosar de botellas de plástico y de bolsas de plástico que revolvía el viento. Luego, un aparcamiento de camiones.

Las franjas limítrofes de los países son con frecuencia realidades visuales. La llanura sur de Rumania terminaba en el río, que marcaba la frontera, aunque para que quedase bien claro la otra orilla, la margen sur del Danubio, era mucho más elevada, una cordillera larga e irregular, que formaba la franja limítrofe de Bulgaria, como si fuese la muralla de un castillo que surcase el horizonte de este a oeste. Atravesamos el río, que en este punto tiene una anchura cercana a quinientos metros, para llegar a Russe, el gran puerto fluvial de Bulgaria, donde había una central eléctrica, grúas, chimeneas, todo mucho más grande y más próspero que cualquiera de las ciudades que hubiera visto en Rumania, con nuevas construcciones, y otras de mala muerte, aunque los edificios en general estaban en mejores condiciones. Incluso la estación de ferrocarril era grande, compacta, nada que ver con la puramente simbólica que había al otro lado del río, en Rumania.

Un búlgaro educado y otro más bien tonto examinaron mi pasaporte, y cuando se marcharon de mi compartimento aparecieron un viejo y tres chiquillos malencarados que golpearon la ventanilla e hicieron gestos mendicantes, llevándose la mano a la boca.

—Eso no se ve en los aeropuertos —dije a Nikolai, que se había acercado a ver si los búlgaros conseguían dar conmigo. También él lo llamó Bulgaristán.

Dijo que en Rumania nunca se ve a nadie mendigando de esa manera, aunque yo sabía que no era verdad.

Los guardias de la frontera no me habían registrado. Nadie se había tomado el menor interés por mi bolso desde que entré en Rumania, y ese interés fue bastante superficial, una inspección rutinaria para satisfacer a un aduanero mal pagado. Prácticamente no me había registrado nadie desde que salí de Londres, y de momento había cambiado de trenes un total de cinco veces.

El tren se perdió en la meseta búlgara y se adentró por territorio más elevado al sur del río, entre montañas, donde los árboles eran como un síntoma de riqueza, por no ser necesarios ni en las granjas ni como combustible, y en las estaciones se abrigan grupillos de búlgaros pálidos, hombres ceñudos, viejas bigotudas. Y luego hubo más montes de suaves pendientes, sorprendentes, hermosos, acaso porque me esperaba yo más decrepitud al estilo rumano; por fin anocheció sobre Veliko Turnovo, y más cerveza.

Me despertó un golpe repentino a las dos y media de la madrugada. Desperté sobresaltado, todavía algo borracho, y una búlgara menuda, pero de aire feroz, me enfocó la cara con una linterna.

—Pasa por.

Pero eso fue todo lo que hubo en la frontera de Bulgaria. Antiguamente, los pasaportes se los quedaba el revisor, que exigía una propina al término del viaje. No me molestó la interrupción; me pareció reveladora e incluso un tanto excitante, una extranjera de aire feroz, con gorra de plato y chaqueta de cuero y botas de caña, en medio de la noche y al pie de mi cama, insistiendo en que obedeciera sus órdenes.

Media hora después estábamos en la frontera con Turquía, en una ciudad llamada Kapikule, la lluvia recia barriendo el andén desguarnecido, las luces centelleantes. La noche era fría, y unos turcos de gran tamaño, envueltos en capotes, iban de un lado a otro. Las tres de la madrugada y todo el estamento militar de Kapikule se había presentado allí para saludar al paso del tren. A pesar de la veintena de policías y soldados, sólo un hombre procesaba a los pasajeros del tren que se disponían a entrar en la República de Turquía: estaba sentado en una ventanilla iluminada mientras nosotros esperábamos bajo la lluvia. Me tocó el último, Nikolai el penúltimo. Entonces me fijé en los pasajeros: rumanos, búlgaros, turcos, familias numerosas, niños con ropa muy modesta, chiquillos de aire eslavo, menores de diez años, con unos bigotes tan

visibles como los de sus abuelas, hombres de cejas muy pobladas, ni un solo turista. Con la lluvia que arreciaba, el viejo tren, los amenazantes guardias de la frontera, la localidad en sombras tras una estación que más parecía una cárcel, aquello podría haber sido una estampa de hace cuarenta años, todos nosotros apretados en un extremo de Turquía, como los refugiados, calados hasta los huesos.

—No es muy moderno todo esto —dijo Nikolai.

—¿A qué viaja a Estambul?

—A un congreso sobre la ampliación de Europa. Presento una ponencia.

—Rumania pronto será miembro, ¿verdad?

—Lo será en enero de 2007.

—¿Y Turquía?

—Turquía es un problema. Los derechos humanos —se encogió de hombros; la lluvia le mojaba el rostro.

—¿Los derechos humanos están mejor en Rumania?

—Va mejorando la cosa, porque queremos entrar en la Unión Europea.

—Pero Estados Unidos captura prisioneros en sitios como Tanzania y Albania y los manda a Rumania para interrogarlos.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Se denomina detención extraordinaria. En Rumania es posible torturar.

—Ahora también somos amigos de Estados Unidos. Y de Gran Bretaña. Tenemos bases militares estadounidenses. Los rumanos están en contra de la guerra de Irak, pero los americanos nos caen bien.

—¿Y cuál es la principal industria de Rumania?

—La agricultura.

—Nikolai, la agricultura no es una industria.

—Tenemos trigo y maíz en abundancia —se paró a pensar un momento antes de seguir—. Ceaucescu arruinó al país. Lo destruyó y lo quiso reconstruir. Erigió edificios ridículos.

—Ya vi el Palacio de Congresos.

—¡Ja! ¡Un monstruo! Su hija quiere que se desentierre el cadáver para proceder a la identificación. Dice que no es él.

—¿Recuerda la época en que cayó?

—En el 89 yo tenía siete años, pero me acuerdo de la emoción. Mis abuelos vivían con nosotros. Se pusieron contentísimos. Siempre decían que los americanos iban a venir, dando a entender que ellos nos salvarían. Ya lo

dijeron después de la guerra. Mis padres también lo decían. Lo decían durante los años cincuenta. Con Ceaucescu. Vendrán los americanos, decían. Y después de Ceaucescu decían que vendrán los americanos. Todos detestábamos al gobierno. Y queríamos que nos salvaran.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Uno de los proyectos en los que trabajo es la historia oral. Entrevisto a muchas personas, no sólo a mis familiares, sino a gentes de toda Rumania. Un hombre estuvo encarcelado y en total aislamiento, solo durante diecisiete años, debido a un delito menor. Otro hombre con el que hablé me dijo que iba caminando por una calle de Bucarest y que llevaba un libro en francés. De literatura, a lo mejor Flaubert. Lo detuvo la policía. Le quitaron el libro y lo acusaron de «conducta antisocial». Estuvo un año en la cárcel. Esto sucedió en los años ochenta.

—¿No se enfadaba nadie ante un trato semejante?

—Todo el mundo decía que iban a venir los americanos, que los americanos iban a salvar nuestras almas.

—¿Y ha sido así?

—Tenemos un gobierno de derechas. Muy oportunista. Tenemos bases militares estadounidenses, la gente lo ve con buenos ojos. Hemos visto cosas peores, mucho peores.

Por fin llegamos a la ventanilla. Pagué veinte dólares por un visado de entrada en Turquía y nos sellaron los pasaportes. Luego, empapado por completo, con mucho frío, volví a subir al tren y me fui a dormir. Eran más o menos las cuatro y media, y cuando desperté ya había amanecido y pasábamos junto al mar de Mármara, campos embarrados a un lado, los barcos más allá de las vías, la gran ciudad de cúpulas y minaretes a lo lejos.

Nikolai había salido de su compartimento y estaba con la cara pegada a la ventanilla. Nunca había estado en Turquía; nunca había salido de Rumania. Parecía alarmado.

—¿Qué le parece?

—Más moderno de lo que yo pensaba.

Estaba asombrado, tragaba con dificultad, pues no sólo eran impresionantes las enormes mezquitas y las iglesias, sino asimismo la densidad de las construcciones en los suburbios del suroeste de Estambul. A mí también me impresionó, tanto por la extensión de las nuevas construcciones como por lo modernas que resultaban. Al lado de aquello, Rumania parecía el rincón más

enfangado y olvidado del Tercer Mundo.

—¿No es injusto que Turquía no pueda ingresar en la Unión Europea durante otros diez años, o tal vez más? —dijo.

—Tienen problemas con los derechos humanos de los kurdos y los armenios —dijo Nikolai.

—Los kurdos se quieren separar y organizar su propio país, cosa que no es muy razonable. Y lo de los armenios sucedió hace cien años. Fíjese qué ciudad, imagine qué economía tan potente.

—Pero el medio rural no tiene nada que ver. Son muy pobres —dijo Nikolai, pensando con toda seguridad en la pobreza de la Rumania rural.

—¿Los ha visto?

—No.

—¿Y qué hay de los gitanos en Rumania?

—Ése sí que es un problema. ¿Cómo se van a integrar? No lo sabe nadie. Algunos viven en tiendas de campaña. Los llamamos *zidane* —dijo, y empleó la palabra rusa con que se les llama en toda Europa, *rom* o romaníes.

—¿Cuál es el mayor problema que tiene Rumania?

—A lo mejor los gitanos. A lo mejor la pobreza.

—¿Y el coste de la vida?

—Es igual que en Toronto. Mi tío vive allí.

Le abrumó lo que estaba viendo, el modo en que surgía Estambul alrededor de nosotros al pasar el tren junto a la muralla de la ciudad vieja y los nuevos bloques de viviendas. Avanzábamos hacia la Punta del Serrallo, a la vista del Bósforo, Asia al otro lado.

Nikolai se había quedado sin palabras. Saltaba a la vista que se había preparado para encontrar una desastrosa ciudad asiática, de opresión y de tortura, de mezquitas medio derruidas, de turcos tocados con el fez, de musulmanes de aspecto atrasado. Se encontró en cambio una ciudad grandiosa, que había sabido reinventarse, llena de niños que reían y de mujeres hermosas, de hombres jactanciosos que habían sido ignorados en Europa, y habían sido objeto de mofa entre las repúblicas islámicas. Era una ciudad de brillos dorados, antiguos, y de una impresionante modernidad. Vio que la ciudad vieja se había conservado bien cuando pasamos a través de ella, acercándonos a la estación de Sirkeci, en un barrio anticuado, pero bien conservado, que es Sultanahmet; más allá del Cuerno de Oro estaban los montes de Beyoglu y los transbordadores de la orilla asiática, jalonada por espléndidas casas a la

orilla del mar, las villas que llaman *yalis*, y la lluvia que seguía arreciando. Nikolai se encogió al convertirse en un ratón de campo, y con la frente apretada contra la ventanilla del tren pareció que fuese a llorar de pura frustración.

3. El transbordador a Besiktas

Estambul es un mundo acuático, y lo primero que se ve, nada más salir de la estación de Sirkeci, es el perfil de los minaretes y las cúpulas, que recuerda un alfiletero y que parece alzarse sobre islas oscuras, en pendiente, un océano turbulento alrededor, el mar de Mármara a la derecha, el Cuerno de Oro a la izquierda, el Bósforo al frente. Basta con echar a caminar, caminar en cualquier dirección, para llegar al mar que salpica las orillas de la ciudad, que se extiende a lo largo de tres promontorios bien diferenciados. Al otro lado del mar de Mármara, moteada esta tarde de gotas de lluvia —pasados los transbordadores y los cargueros y los barcos de pesca, las siluetas de las fortalezas y las villas— se encuentra la costa de Asia, el filo titilante de la Estrella de Oriente.

Al sudeste está la estación de Haydarpasa, que recuerda una catedral oscura, a la orilla del agua. Treinta y tres años antes embarqué allí mismo en el expreso de Ankara, que llegaba hasta el lago Van. Cambiando de trenes, tomando algunos autobuses, había viajado por tierra hasta Irán y la India y más allá. Las cosas eran distintas: los iraníes habían rechazado mi solicitud de visado y la guerra había sembrado la anarquía en Afganistán. Esta vez tomaría otra ruta, primero atravesando Turquía, con la esperanza de rodear Irán cambiando de trenes en Georgia y siguiendo por Azerbaiyán, Turkmenistán y Uzbekistán —lugares que años atrás me estuvieron vedados— hasta la India.

Tras tres noches en otros tantos trenes, me hacía falta un respiro en Estambul. A pocos pasos de la estación de Sirkeci estaba la terminal de los transbordadores. Tomé el barco hasta el embarcadero de Besiktas y di un paseo hasta Ciragan Palas. Este hotel formaba parte de un antiguo y elegante palacio otomano, y era un hotel tan acogedor como en el pasado lo fuera el Pera Palas. Era caro, pero está a orillas del Bósforo y es de fácil acceso, un

trayecto de veinte céntimos en el transbordador. Desde mediados del siglo XIX, «los transbordadores de Estambul han sido parte tan necesaria de la vida cotidiana que tienen una importancia casi totémica». Los transbordadores suelen cabecear bastante; la mejor manera de admirar esta vasta ciudad, dividida en dos, es desde la amura de un barco. «La gran aportación de los transbordadores al cielo de la ciudad es el humo de sus chimeneas.»

Son palabras de Orhan Pamuk, distinguido novelista y ciudadano de Estambul: rara vez se ausenta de la ciudad en que nació y ha dicho que nunca ha sentido la tentación de vivir en ninguna otra parte. Treinta y tres años antes conocí a Yashar Kemal, novelista y demagogo en materia de política. Aún vivía, con ochenta y dos años de edad, pero no estaba en la ciudad. Decidí ir en busca de Pamuk y comprobar qué había sido de Estambul con las décadas transcurridas. Y es que para Pamuk se trata de una ciudad de alegría, y también «de una melancolía abrumadora», si bien el Bósforo es «la fuente de nuestra buena salud, la cura de todos nuestros males, el manantial infinito de nuestra bondad, de nuestra buena voluntad, y lo que sostiene la ciudad y a todos cuantos habitan en ella».

En su insólita crónica de su vida en la ciudad, *Estambul: ciudad y recuerdos*, Pamuk describe su infancia, su familia rebelde, su crónico *ennui*, la soledad que se ha impuesto a sí mismo, sus ensueños, su amor por las callejuelas y los barcos, las preocupaciones que son características de Estambul. Es uno de los libros que tratan sobre una ciudad determinada que más me gustan, porque lo ha escrito un nativo, un perspicaz observador que conoce a fondo tanto los defectos del lugar como sus virtudes. Es un acierto que asimismo sean unas memorias sobre su familia, porque la relación que tiene con Estambul es de índole familiar, como si la propia ciudad fuese un pariente distinto, un tío gracioso o una abuelita excéntrica que siempre le da cobijo. Un libro como éste también lo podría haber escrito un neoyorquino o un parisino, pero no sería tan convincente, porque Nueva York es una ciudad moderna, de sustratos muy finos, y París es un artefacto, si no es una confección artificiosa. Y un turco, en cambio, es alguien que tiene hondas raíces, no un mero urbanita, ni un transplantado. Para un turco, Estambul es una ampliación de la cultura y la personalidad turcas, reflejo de sus conflictos, obsesiones y rasgos de carácter. Su compleja y gloriosa historia es evidente en muchos de los edificios; es posible entrever atisbos de Bizancio y de

Constantinopla en medio del denso tráfico de sus calles a pesar de los adolescentes que caminan pegados al teléfono móvil.

Estambul es una ciudad antigua, y sus nativos tienen muy presente esa antigüedad: Pamuk es buena prueba de ello. ¿Qué piensan ustedes de nosotros?, preguntan los turcos con frecuencia a los forasteros. Los neoyorquinos y los parisinos jamás preguntan una cosa así, ni tampoco los londinenses, que adoptan la postura de que son los forasteros y no ellos quienes han de ser debidamente evaluados y en su caso despreciados. En la mayoría de las ciudades, los habitantes andan demasiado presurosos y ajetreados para preocuparse. Pero los turcos son distintos, conscientes de la longitud que ocupan en el mapa, a caballo entre Europa y Asia.

«Hasta cierto punto, a todos nos preocupa lo que piensen los extranjeros de nosotros —dice Pamuk—. El interés que tengo por cómo aparezca mi ciudad a ojos de los occidentales, como en el caso de todos los nativos de Estambul, es muy complejo; como cualquier otro escritor de Estambul que tenga un ojo puesto en Occidente, a veces padezco ciertas confusiones».

«Ver Estambul con los ojos de un extranjero es algo que siempre me produce verdadero placer», sigue diciendo Pamuk. Flaubert, Gide, Nerval, Knut Hamsun y Hans Christian Andersen visitaron Estambul y dieron cuenta de sus impresiones, y en la mayoría de los casos lo que vieron fue un muestrario de un orientalismo tenue y desdibujado, que parecía dejar de existir en el momento en que lo describían: el harén, lo grotesco y lo pintoresco, los derviches, los narguiles, el mercado de esclavos, la vestimenta otomana, las mangas anchas, la caligrafía árabe y, según dice, los *hamals*, los mozos de cuerda, aunque estos hombres aún se siguen viendo, cargados con enormes fardos sobre unos bastidores de madera con los que recorren de un lado a otro las calles adoquinadas de la ciudad vieja. Siempre que empezaba a hacer generalizaciones sobre el modernismo de Estambul, me encontraba con una viñeta exótica: un velo, un fez, un minarete, un asno, alguien asando pescado a la parrilla a la vera de un camino.

Pero el libro de Pamuk, como todos los libros apasionados, embruja. Cuando uno ha leído su *Estambul*, se queda persuadido de ver la ciudad con sus ojos, un laberinto en sombra y humo de callejuelas estrechas y familias en conflicto, sereno, a medias ficticio, como una ciudad de ensueño.

La mayoría de las ciudades me desagradan, pero me doy cuenta de que es posible habitar en Estambul; es una ciudad que tiene el alma de una aldea. A

menos que explote una bomba en el bazar, o que se produzca un acontecimiento ofensivo en relación con los kurdos, Estambul jamás aparece en la prensa occidental. Decir que es bella es tan obvio como frívolo, aunque la visión de sus mezquitas y sus iglesias es de las que a uno le detienen el corazón. Soy impermeable a sus encantos, e incluso a la palabra *encanto*, pero admiro Estambul por su aire de eternidad, como si siempre hubiera existido (y es una noble ciudad desde su primera encarnación, cuando era Bizancio, hace ya mil setecientos años, y en parte bien se ve). Sobre todo, me gusta la ciudad porque parece algo completo, autosuficiente: es una obra ya terminada, inconfundible. Como es natural, se puede comprar oro y alfombras en el Gran Bazar, o joyas y artículos de cuero en el bazar egipcio, pero es que se puede comprar de todo por toda la ciudad, porque en Turquía se fabrica de todo: artículos de papelería, ropa barata, ordenadores, cuchillos y navajas, tabaco, frigoríficos, muebles. La industria pesada está en pleno florecimiento. El sector de la prensa es competitivo, el sector editorial goza de buena salud, la alfabetización es elevada entre la población turca, las ventas de libros van realmente bien.

Teniendo en cuenta que Turquía comparte frontera con Irak, Irán, Siria, Armenia y Georgia, así como con Grecia y Bulgaria, bien podría ser un refugio de gallos, aunque por lo general goza de tranquilidad y de confianza.

Estambul ahora es muchísimo más próspera, a juzgar por el aire de los edificios adecentados y de los lugareños bien vestidos. El transbordador a Besiktas fue buena prueba de ello, con los pasajeros imbuidos en la serenidad de un domingo: pequeñas familias cuyos miembros iban de la mano, grupos de chicos que murmuraban, chicas sonrientes, con los ojos bajos, por aparentar la debida modestia, ancianas con echarpes, mulás barbudos, mujeres con burkas negros, la totalidad de la escala en los asientos del transbordador, desde el no creyente que ostenta su condición de tal hasta el escrupuloso lector del Corán.

La ciudad encierra panoramas espectaculares, espacios, una población mestiza, y parece dar cabida a cualquiera, aunque es demasiado grande, demasiado extensa para ser definible. Sin embargo, por ser un todo, por ser coherente, autosuficiente, con su impresionante perfil de cúpulas y torres de aguja, es una ciudad fácil de visitar, que permite al viajero ser incluso pretencioso. Las formalidades de la vida en Turquía, las complejas cortesías de la lengua turca, fomentan la buena educación en el trato.

La masacre de los armenios, hace un siglo, y la posterior expulsión de los

griegos, junto con las agresiones de los kurdos y las represalias tomadas por los turcos, no son sino lamentables hechos de la historia turca; con todo, no hay en Asia ciudad tan consciente, ni con una mentalidad reformista tan clara. Y tiene suerte con sus escritores, que son intelectuales de proyección pública a la manera de los europeos; Orhan Pamuk fue uno de los muchos que han denunciado que se hable en tono menor de la matanza de los armenios. Representa la conciencia pública. Yashar Kemal ya había desempeñado ese mismo papel, al igual que su casi homónimo, Yaya Kemal. Todas estas personas —públicos portavoces, hacedores de opinión, periodistas ocasionales, polemistas apasionados y atrevidos— son casi desconocidas en los países por los que acababa de pasar: Hungría, Rumania, Bulgaria. Una joven novelista llamada Elif Shafak se ha pronunciado también en contra de la excesiva turquificación y en defensa del sufismo. Muchos de los escritores se encontraban enzarzados en diversas polémicas cuando visité el país, aunque parecía (suele ser el caso de los escritores turcos) que de ese modo se sintieran en su elemento, como pez en el agua.

El hecho de que sea una de las ciudades más fáciles de transitar y una de las más hospitalarias del mundo me convierte en cierto modo en turcófilo. Aunque es una ciudad frustrante a la hora de conducir (el tráfico avanza a paso de hormiga), está llena de alternativas —el metro, los trenes de cercanías, los autobuses, los *dolmuses* (furgonetas)—, y es una ciudad sensacional a la hora de caminar o de tomar un transbordador para ir de un embarcadero a otro. Era demasiado joven y llevaba demasiada prisa para apreciar sus virtudes cuando hice mi primera visita. De entrada, Estambul es una ciudad bien empleada: sus maravillas no son meros artefactos, ni meras piezas de museo. Forman parte de la vida cotidiana. Las antiguas mezquitas e iglesias, los bazares, los puentes, los jardines, los paseos, los mercados de pescado, los puestos de frutas, son motivo de orgullo y objeto del cuidado de los turcos. Pese a ser un país laico, Turquía bulle los viernes, día de oración y descanso para los musulmanes, y los bazares y las tiendas cierran los domingos, la festividad de los cristianos.

Estambul tiene un aire de serenidad dominical, de ociosidad fuera de temporada. No se veían apenas rosarios musulmanes. Sólo al día siguiente, en los bazares desiertos, vi que los vendedores fruncían el ceño, pero cuando reparé en la ausencia de clientes me dijeron: «Los turistas vendrán el mes que viene, *Inshallah*».

Fui consciente de ser un viajero solitario que se había embarcado en un largo periplo. Sin planes demasiado detallados, en ese momento no pensaba apenas en lo que me esperase más allá de Turquía. Los titulares de prensa se referían a la guerra de Irak; se llega a la frontera iraquí en un viaje de un día en autobús. La guerra no era ni mucho menos popular, aunque nadie me señaló por ello, nadie me dio la lata. Al contrario, fui bien acogido en los restaurantes, y me encantó la comida: las hojas de parra rellenas, las anchoas y jureles, las bolas de queso, y un plato a base de berenjena tan delicioso que su nombre no puede ser mejor: *imam bayildi*, «el imán se desmayó».

Con la lluvia y el viento de marzo en el Bósforo, en las calles apenas había transeúntes. Fui caminando de una mezquita a otra, hice unas cuantas llamadas, accedí a dar una charla en una universidad, como ya hice en mi primera visita. Me invitaron a una cena y me preguntaron si deseaba conocer a alguien en particular.

—¿Podría ser Orhan Pamuk?

—Por lo general suele decir que no a estas propuestas.

Al día siguiente di mi charla en la Universidad de Bogazçi, antiguo colegio de misioneros en lo alto de Bebek, y teniendo en cuenta la hospitalidad de los turcos me tocó ser el invitado de honor en un almuerzo en el que todos los demás comensales eran mujeres. Una era una americana que estaba escribiendo un libro sobre todos los escritores que habían vivido en Estambul y habían escrito sobre la ciudad, entre ellos Mark Twain, James Baldwin, Paul Bowles y un hombre al que conocí después del almuerzo, John Freely, un neoyorquino que lleva treinta y cinco años viviendo y trabajando en la ciudad, autor de muchos libros sobre diversos temas relacionados con Estambul.

Como las mujeres que trabajan en las sociedades dominadas por los hombres suelen ser más directas y más graciosas que las mujeres de otras sociedades más liberadas, el almuerzo en la universidad fue animado y muy placentero. Después hablé ante un aula llena de estudiantes de literatura inglesa sobre el tema del tiempo y el viaje, aludiendo no sólo a mi viaje de regreso, sino (como estaban estudiando el movimiento romántico) también a «La abadía de Tintern», de Wordsworth.

Me parecieron estudiantes atentos, de los que antes era habitual encontrarse en los campus de Norteamérica: modestos, aplicados, intensos, lectores voraces, que sabían citar a Byron y admiraban a Shelley, tomaban apuntes, resueltos a escuchar, sin dejarse intimidar por lo esotérico del romanticismo.

Estaban leyendo entonces *La abadía de Northanger*; había un ejemplar en cada pupitre. Eran conscientes de que por ser turcos que estudiaban a los clásicos en lengua inglesa tenían que esforzarse al máximo, tenían algo que demostrar. Y entendieron con facilidad lo que les dije sobre mi viaje de regreso a Turquía y mis recuerdos de aquel viaje de antaño, porque entendieron «La abadía de Tintern», en dónde estaba, qué representaba:

Estas hermosas formas,
tras tan prolongada ausencia, no me han sido
como un paisaje a la vista de un ciego,
sino que a veces, en frías estancias, y en el estruendo
de pueblos y ciudades, les he debido
en horas de fatiga sensaciones de dulzura...[3]

Aunque ninguno de ellos hubiera nacido aún cuando visité yo su país, aquellos estudiantes, gracias a sus conocimientos, supieron hallar una relación precisa con mi viaje sentimental: teníamos a Wordsworth en común.

De la clase sobre el romanticismo fui a echar un vistazo al hotel en el que me alojé la primera vez, el Pera Palas. El edificio que tan glamoroso me pareció en su día resultó envejecido, descuidado, y luego de tomar una copa en el bar me fui a caminar por los bulevares, bajo la lluvia, hacia la plaza de Taksim.

Uno de los rasgos más apasionantes de Estambul es que a pocos minutos de un palacio, o de la mezquita más sagrada, o del barrio más respetable, se hallan sus contrarios: los tugurios, los garitos, lo más infame. Es la densidad de la ciudad lo que permite estas proximidades. La presunción del esnob de la gran ciudad consiste en la idea de que lo sórdido está en otra parte, cuando suele estar ahí al lado.

Así que allá me encontré, nada más salir del Pera Palas, en un visto y no visto, en un sórdido bar subterráneo, el Club Saray, entre mesas desiertas, en el momento de saludar a Marjana, que acababa de aproximármeme.

—¿Me invitas a copa?

—Pues claro.

Era delgada, rubia, famélica, y no estaba de buen humor. Acaso estuviera enferma, pero lo que me sorprendió fue que, de todas las chicas del bar, aunque apenas estuviese iluminado, era la única que leía una revista. Aunque

acababa de guardarla en el bolso, vi que no estaba en turco, sino en ruso. Estaba tan absorta en la lectura que fue la única mujer que no me miró nada más entrar. ¿Qué estaba haciendo allí una rusa?

—¿Qué estás leyendo?

En ese momento guardó la revista. Sonrió. Se sentó.

—Estrellas del pop. Música. Dinero.

—¿Eres rusa?

—Vivo Ucrania.

—¿En Kiev?

—No Kiev. Pueblo pequeño —bebía a sorbos un vaso de *raki*.

—¿Es bonito?

—No bonito. ¡Pequeño! —sacudió la cabeza, en busca de una palabra—. No vida. No dinero.

—¿Gallinas?

—*Da*. ¡Gallinas!

—¿Has venido a Estambul a hacer dinero?

—¿Tú tiene dinero? —era flaca, de manos delicadas y una boca famélica, y decía *dinero* como una persona hambrienta hubiese dicho el nombre de un alimento.

—Todo el que quieras —dije, y dibujé con el dedo en el aire el símbolo del dólar.

—Pues invita otra copa.

—No has terminado ésa.

Conocía bien la rutina. La idea convencional es que esas mujeres son fulanas desocupadas que matan el rato con una copa, pasando de cualquier manera el día encaramadas al taburete, en la barra de un bar. No: son estrictas, terroríficas personas en su atención al reloj, sobre todo cuando tienen que rendir cuentas a un proxeneta. Y es raro, porque ese «deprisa, deprisa», que es su mantra, no es precisamente un afrodisíaco, y ni de lejos es una carantoña.

Tenía el taxímetro en marcha. Para una prostituta, el tiempo lo es todo. Cuando miran el reloj, es decir, a todas horas, son más rigurosas que los abogados, aunque la «solicitud» de unos y otras es muy semejante, y también comparten el concepto de que cada hora tiene un precio, y cada minuto se ha de compensar en estas dos profesiones, en las que tan común es ver la impaciencia de un pie que golpea el suelo o de los dedos que tamborilean sobre la mesa.

La prostituta también comparte con el abogado la simpatía fingida, la aparente preocupación por el bienestar del cliente, ese acorralamiento inicial del ¿en qué puedo ayudarle?, el fingimiento de que la ayuda que a uno se le preste es una forma de engatusarle precisamente para que pague. En uno y otro caso, mientras uno siga pagando gozará de toda la atención de ambos, aunque siempre son ellos los que están al mando.

Marjana, lo noté por sus miradas de reojo, recibía señales de un turco, con toda probabilidad su chulo, que tenía los talones encajados en el travesaño del taburete, donde se mecía con una copa en la mano.

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—No muy lejos. Es cerca de aquí. Tú me gusta —le sirvieron la segunda copa—. Eres hombre fuerte. ¿Eres de cuál país?

—América.

—Gran país. Montones de dinero. Yo quiero ir a América.

—¿Cómo viniste aquí, a Turquía?

—Mi amiga me dijo que aquí se puede ganar dinero. «Trabaja en un café», me dijo. Es buen trabajo.

Marjana parecía un tanto compungida, con los labios fruncidos al volcarse en la boca el raki antes de tragar.

—¿Cómo viniste? ¿En autobús? ¿En avión?

—En avión. Es poco dinero.

—¿Quién es tu jefe? ¿Es ucraniano?

—Es turco —miró de reojo, donde el hombre seguía con el ceño fruncido, y apretó los labios—. ¿Vamos? —dijo con un movimiento de cabeza.

—Hablemos.

—Bah, hablar, hablar... —dijo, irritada e impaciente. Se acercó a tocarme en la rodilla—. ¿Y follar?

Saqué unas cuantas liras turcas y le puse los billetes en la mano, un gesto que bastó para callarla, pero no para calmarla. Me miró como si fuese un bicho raro, pero el dinero ya estaba en el taxímetro.

—¿Tienes familia? —pregunté. Ella asintió—. ¿Marido? —asintió, pero más despacio—. ¿Hijos?

Al principio se limitó a mirarme; de pronto se echó a llorar, apretándose los ojos con los nudillos de ambas manos. Meneó la cabeza y me miró con tristeza. Bajé los ojos y cuando le vi los zapatos —tacón alto, rozados y

arrugados, empapados de andar por las calles mojadas de Taksim— fui yo el que sintió una gran tristeza.

Una mujer de rostro endurecido se acercó a ella y le murmuró algo al oído. Era regordeta, llevaba un vestido muy ceñido, y tenía una barriga muy pronunciada, a la altura de mis ojos.

Reconocí la palabra *prablyema*. Marjana aún sollozaba con pesadumbre.

—¿Qué le ha dicho usted a Marjana? —preguntó la mujer.

—Nada —dije sin ninguna convicción.

—Pues está llorando —dijo la mujer.

Marjana trató de alejar a la mujer mediante gestos.

—Yo no he hecho nada —dije, seguramente como un niño de diez años. Pero le había hecho recordar a sus hijos pequeños.

La mujer volvió a hablar con Marjana en un susurro. Lágrimas, recriminación, desafío, acusación, más lágrimas... Aquello estaba lejísimos del sexo. Y en la periferia se percibía la insinuación de la violencia en la mirada furibunda, en la postura amenazante del turco.

La mujer me hizo un gesto con una mano regordeta, como si me arañase la cara con sus uñas enormes. Aunque eran postizas, de plástico, las tenía afiladas como garras; le servirían como armas.

—A lo mejor se marcha, ¿eh?

De muy buena gana, pensé. Me puse en pie y retrocedí tal vez demasiado deprisa, pero encantado de despedirme. Supuse que Marjana era una de tantas mujeres llevadas con engaños a Estambul, donde se las retenía en contra de su voluntad, con una familia en otra parte, una familia incapaz de ayudarlas. Quise hablar con ella, pero en tales circunstancias, en casi todas las circunstancias, hablar no trae más que complicaciones.

Tuve más noticias sobre la cena: «Pamuk ha dicho que vendrá». Estaba ansioso por conocerle, no sólo por sus novelas, tan bien construidas, y por su personal historia de Estambul, sino también porque, en su condición de escritor apasionado y de grafómano confeso, con toda certeza sería un excéntrico, una de esas personas que viven en los confines del mundo, el alma solitaria que todo escritor ha de ser si pretende llevar a cabo su trabajo y vivir su propia vida. Los escritores siempre son lectores y, aunque por lo general están desequilibrados, son quienes siempre toman buena nota de cómo es el mundo. Desde muy temprana edad no he conseguido quitarme de la cabeza la

idea de que los mejores escritores son héroes sumamente defectuosos.

Entre los invitados a la cena, turcos todos ellos, algunos escritores, todo ellos corteses, pacientes, amables, deferentes, Pamuk estaba inquieto. Desgarbado, con gafas, se movía de continuo al hablar. Me recordó a una persona que conozco. Estuvo provocador, siempre con los hombros encorvados, y echaba la cabeza para atrás al reírse; tenía una risa sonora, una cargada de apreciación. Hizo muecas, a menudo muecas de payaso que exageraba con sus gafas de estudioso. Era burlón al mismo tiempo que se burlaba de su propia sombra; le gustaba hostigar y acorralar a la persona con la que conversara, movía el dedo índice al hablar, y su manera más habitual de preguntar e interesarse era tirando a bromista. Aguijoneaba, bromeaba; no es que discursase, sino que más bien hacía comentarios con los que desinflaba al otro, y siempre con una sonrisa acorde con sus modales un tanto acusadores, como si fuese un genio de esos que a veces aparecen en los tribunales de justicia.

Sonreí cuando se me pasó por la cabeza que me recordaba a mí: evasivo, con aire de bobalicón, un tanto malhumorado, acaso triste, a disgusto en medio del gentío, incómodo en las ocasiones formales. Los latinos se parecen mucho a los turcos: me pareció que físicamente se parecía a mí, y tenía la misma costumbre oblicua que yo tengo, por la que afectaba ser algo ignorante en determinadas cuestiones, y algo falto de aplomo a la hora de recabar información.

«¿Qué quiere decir con eso?», preguntaba con frecuencia, exigiendo que uno explicara mejor lo que acabase de decir.

Su madre tenía una enorme presencia en su vida y en su narración sobre Estambul. Le pregunté qué le había parecido a ella su libro.

—No le gustó mi libro sobre Estambul. Luego me divorcié —sonrió—. Eso tampoco le hizo ninguna gracia. Pero la introduje en otro libro, en *Me llamo Rojo*. Y eso sí le alegró.

—Yo en cambio introduje a mi madre en un libro y no le gustó nada —dije—. Lo consideró una traición. Cuando publiqué mi primer libro, hace casi cuarenta años, me escribió una larga carta. Yo entonces estaba en África. Me dijo que el libro era una porquería. Fue la palabra que usó ella, *porquería*. ¡Gracias, mamá!

Pamuk se mostró interesado.

—Esto tuvo que causarle tristeza a usted —dijo.

—Pues es extraño, pero no. Me dio energía. Creo que me hubiese alterado si ella hubiera elogiado mi libro. Hubiera sospechado que mentía. Me dije que yo no escribo para complacerla a ella. Por cierto, conservé la carta. Todavía la tengo. Me sirvió de acicate.

Estábamos sentados a la mesa, donde nos sirvieron una cena típicamente turca. Mientras me escuchaba con atención, Pamuk absorbía las reacciones de los demás comensales, moviendo los ojos sin descanso.

—¿Por qué ha puesto esa cara? —dijo a la mujer que estaba sentada a mi lado.

Ella negó que hubiera puesto ninguna cara.

—¿Ha sido porque estábamos hablando de madres y porque usted es madre?

—Por supuesto que no.

—Ha hecho exactamente esto —dijo Pamuk, y entornó los ojos, torció el gesto, mostró los dientes y comprimió sus facciones formando una máscara de comedia.

Habló de sus tiempos de estudiante, de cuando estudiaba inglés, leía libros en inglés, y de cómo llegó a ser un turco cualquiera, pero con un buen dominio del inglés, y acompañó a Arthur Miller y a Harold Pinter en un paseo por Estambul, enseñándoles lo mejor de la ciudad, explicándoles la historia.

—Les enseñé la ciudad. Fui su traductor. Fui con ellos, eché una mano, los escuché conversar. Ellos no tenían ni idea de quién era yo, pero para mí los dos eran grandes escritores.

Hablar de Arthur Miller nos llevó a hablar de Marilyn Monroe. Le dije que había escrito un ensayo sobre la subasta, en Sotheby, de los efectos personales de Marilyn.

—¿Objetos caros? —preguntó Pamuk.

—De todo. Vestidos, libros, zapatos, espejos rotos, sus pantalones hasta media pantorrilla, un ejemplar de *Los placeres de la cocina* con sus anotaciones manuscritas, su desvencijado tocador, su bisutería. Un cuaderno de hojas amarillas y, de su puño y letra, la frase «Él no me quiere». Un encendedor que le había regalado Frank Sinatra. Y el vestido que llevaba cuando cantó «Happy Birthday, Mr. President». Y su tostadora.

A Pamuk le deleitó el inventario.

—Me encantan los catálogos que resumen la vida de las personas —dijo—. ¿Vio usted la subasta de las pertenencias de Jackie Kennedy?

—Sí, pero en ésa no se subastó ninguna tostadora.

Dijo que le encantaban las minucias, la revelación que se aprecia en los objetos cotidianos. No los tesoros, sino los objetos más banales, que siempre son los más reveladores. La suya era una pasión de novelista, la necesidad de conocer secretos, de entrometerse —sin aparentarlo— en la vida de los demás.

Sin dejar de comer, me miró de hito en hito.

—Usted fue a nadar con Yashar Kemal.

—Así es... Hace treinta y tres años.

—Está fuera, en el sur de Anatolia —dijo el anfitrión de la cena, puesto que yo le había preguntado cómo podría ponerme en contacto con él—. Lamenta mucho no poder verle. Recuerda muy bien su visita, hace tantos años.

Me pareció asombroso que siguiera vivo y que siguiera escribiendo a los ochenta y dos años, un hombre que alardeaba de su sangre gitana y de haberse criado en lo más remoto de Turquía, entre bandidos y campesinos. Su inspiración había sido Faulkner, otro escritor que alardeaba de su carácter rústico. Pamuk en cambio era metropolitano, un hombre de frontera, como lo son todos los escritores, aunque en lo esencial era un habitante de la ciudad.

—Leí su libro sobre Sudamérica —dijo Pamuk—. Me gustó la parte sobre Argentina, sobre todo lo de Borges.

Pamuk tenía mucho en común con Borges, y no sólo con su escritura, sino también con su personalidad: reservado, introvertido, con un don para captar lo mágico en su prosa, una amplia y arcana erudición combinada con un gran sentido de lo cómico. Borges había sido realmente divertido en su manera de conversar, y a menudo parecía burlarse de sí mismo, fingiendo mofarse de sus escritos, comentando con total falta de sinceridad que sus relatos eran demasiado breves... «¡y con toda seguridad estarán llenos de pifias!», como me dijo respecto de «La muralla y los libros», su relato de sesgo chino.

El rasgo más enternecedor que compartían Pamuk y Borges era la pasión por sus respectivas ciudades natales. A lo largo de todos los textos de Borges se filtra una matizada historia de Buenos Aires, y Borges hubiera estado de acuerdo con la manera que tiene Pamuk de juzgar una vida en Estambul, porque era muy similar a la de un porteño: «Cuando los nativos de Estambul envejecen y sienten que sus destinos se entrelazan con los de la ciudad, terminan por acoger de buen grado el envoltorio de melancolía que aporta a sus vidas un contento, una profundidad emocional que casi, casi se parece a la

felicidad. Hasta que se levantan enfurecidos y se rebelan contra ese destino».

En sus escritos, Borges elogia la violencia, la música, las calles vaporosas de Buenos Aires, al mismo tiempo que lamenta sus hipocresías y su pompa, su anticuada presunción. Pamuk, a mi entender, no era muy distinto.

—Usted le leyó en voz alta —dijo Pamuk—. Un bonito detalle.

—Le gustaba mucho que le leyeran. Tenía entonces un atisbo aún de vista; es decir, me firmó uno de sus libros, pero ya no podía leer.

—¿Hizo esto? —Pamuk cerró los ojos y echó para atrás la cabeza, como si imitase a un Stevie Wonder embelesado, en plena apreciación de una maravilla, sonriendo, meneando la cabeza. Fue un gesto repentino, inesperado del todo. Los presentes nos reímos.

—Es usted un poco perverso —dije.

—¿Qué quiere decir?

—No meneó la cabeza —le expliqué—. Permaneció sentado, escuchando, y muchas veces remataba él las frases de los cuentos. Como si casi todas se las supiera de memoria.

—¿Y qué cuentos le leyó?

—De Kipling. Le gustaba *Cuentos de las montañas*, «La puerta de los mil pesares». Trata sobre los fumaderos de opio. O «Sin pasar por la vicaría», un amor condenado a la tristeza. Borges era un experto en esto del amor no correspondido.

—¿Qué más?

—Trozos de *Las mil y una noches* en la traducción de Burton. Poseía una primera edición, en unos veinte volúmenes.

—Algunos pasajes son de alto contenido erótico. También le leyó ésos, ¿eh?

Con sus preguntas, sus burlas, sus aguijonazos, sus bromas y su constante atención, Pamuk abordaba cualquier asunto como un habitante de una ciudad, colándose veloz por una callejuela, por otra bocacalle, y de pronto asomaba en la ventana de una primera planta y daba una voz, o hacía reír a los demás, antes de abordar una confrontación directa con el asunto en liza. Tenía además ese don que poseen algunos escritores, consistente en formular unas preguntas un tanto infantiles acaso, pero hechas con toda franqueza, de una manera que desarma a su interlocutor.

Hablar de Borges y del amor le llevó a hablar con toda sinceridad de la misteriosa vida que llevaba su padre al margen de la vida que todos le conocían, y de las estrepitosas peleas entre su padre y su madre: el ambiente

doméstico cargado de turbulencias, el esposo evasivo, la esposa agitada.

—Mi madre una vez se encontró a mi padre cuando estaba con su amante —dijo una mujer que estaba junto a Pamuk.

—Qué pesadilla —dije.

—Buena respuesta —dijo Pamuk sonriéndome.

Sus rodeos, su manera de bromear, sus poses, sus aguijonazos y sondeos, rematados con un comentario mordaz, me parecieron buena prueba de la seriedad de Pamuk. Pensé en que todos los escritores, cuando están solos, hablan consigo mismos. «Cuando se escriba la intrahistoria de la mentalidad de cualquier escritor —dijo una vez V. S. Pritchett—, descubriremos (creo yo) que en algún momento de su vida se ha producido una ruptura. En algún momento se desgaja de todas las personas que lo rodean y descubre la necesidad de hablar consigo mismo y no con los demás».

En *Estambul* es posible observar ese proceso a medida que tiene lugar en la incansable mentalidad de Pamuk, en su forma de descubrir que su vida interior es algo desconocido para su familia, en el alivio que siente hablando consigo mismo. Encuentra solaz lejos de su familia, en sus paseos solitarios, en sus meditaciones, porque, entre otras cosas —retrato de una ciudad, de la maduración de una persona en una familia en conflicto, de la alegría de leer, de los famosos visitantes que ha conocido, del amor por la soledad, de la melancolía de un lugar antiguo—, el libro trata sobre el modo en que renunció a todas sus demás ambiciones para llegar a ser escritor, o acaso algo más que escritor.

Poco antes había sido noticia. Un hombre tan reservado, prácticamente un recluso, parecía improbable candidato a héroe, pero pocos meses atrás tuvo que comparecer en calidad de acusado en uno de esos juicios de resonancia nacional que suelen ser como una de aquellas moralidades del Medievo, una de aquellas obras teatrales en las que a un león lo juzgaban los asnos. Más o menos en aquella época escribió en *The New Yorker* que «viviendo como es mi caso en un país que honra a sus pachás, a sus santos y a sus policías siempre que se presenta la oportunidad, pero que descarta honrar a sus escritores hasta que no hayan pasado bastantes años en los tribunales y en las cárceles, no puedo decir que me sorprendiera el juicio. Entiendo por qué los amigos sonrían y dicen que por fin ahora soy “un auténtico escritor turco”».

Los extranjeros suelen quejarse de que Turquía es un estado represivo. Los turcos también se quejan. En la sociedad turca están presentes todos los

matices de la opinión islámica, yendo desde los más benignos hasta los más fanáticos y exacerbados, y también están presentes todos los matices de la opinión laica. Creo que ésta es la razón de que todo el que visite Turquía encuentra algo de su agrado en el país, pues siempre encuentra un turco con el que está de acuerdo.

Más extraño, pero seguramente no menos demostrable, es que la represión a menudo tenga un efecto salúfero en los escritores, a los que fortalece por medio del desafío que representa, al llevarlos a resistir, a dar importancia a sus voces, pues en el mejor de los casos los escritores han de ser rebeldes, y la represión es la piedra de afilar gracias a la cual siguen siendo incisivos, aun cuando la represión convierta sus vidas en una serie de penurias. Un país libre no puede garantizar que haya grandes escritores, y un intelectual de proyección pública (aunque lo sea a regañadientes), de la talla de Pamuk, apenas existe en Gran Bretaña o en Estados Unidos.

El delito en que incurrió Pamuk consistió en comentar a un periodista suizo que «en este país se ha masacrado a un millón de armenios y a treinta mil kurdos, y yo soy el único que se atreve a decirlo». De este comentario se siguieron amenazas de muerte, ataques en la prensa, vilipendios y una acusación, por la vía criminal, por haber insultado a las autoridades del Estado. En su juicio, Pamuk afrontó la posibilidad de ser condenado a tres años en caso de que se le considerase culpable, pero al final se desestimó la acusación. Fue puesto en libertad. Era por fin un escritor turco con todas las de la ley, pero desapareció: Estambul tiene ese punto de las grandes ciudades, en las que es posible esfumarse sin dejar ni rastro.

Pamuk de vez en cuando accede a que se le entreviste. Tiene una voz inconfundible, un estilo inimitable. He aquí la respuesta que dio a una periodista británica que le fue a dar la lata con el asunto de la libertad de expresión en Turquía: «Mire —le dijo—, yo nunca he tenido el menor problema por escribir novelas. Esto lo hablé con mi editor cuando íbamos a publicar *Nieve*, mi novela más explícitamente política, pero no pasó nada. La única vez que he tenido complicaciones fue debido a las entrevistas, señora». Agitó el dedo índice ante la mujer y se echó a reír.

De nuevo agitaba el índice, en la cena, señalando primero a uno, luego a otro.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Por qué sonrío de esa forma? Eso es ridículo.

—¿Cómo ha llegado a Turquía? —me preguntó—. Me han dicho que... ¿ha venido en tren?

—En tren desde Londres. Bueno, cuatro trenes en total. Pasando por Rumania.

Pamuk hizo un gesto con el que de pronto pareció muchos años más joven, como si fuese de hecho un niño asqueado, las gafas en la punta de la nariz que había arrugado.

—Una vez estuve en Rumania —dijo—. En un congreso de escritores, sólo que en un barco, una especie de crucero. Una semana entera navegando con otros escritores.

—Eso da miedo.

—¡Buena respuesta!

Sonrió al conocer la noticia de que había llegado por Bulgaria, atravesando los lugares más remotos de Turquía, habituándome al país, y al saber que mi plan era seguir hacia Oriente en pocos días, hasta Ankara y Trapisonda, y por Hopa hasta Georgia.

—He leído su libro sobre Naipaul, *La sombra de Naipaul* —me dijo.

—¿Y qué le parece?

—Un libro muy afectuoso.

—Así es, sólo que eso no lo han visto muchos lectores.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Seguramente las trifulcas son más interesantes. Se dijo que era un libro cruel. Yo más bien diría que era despiadado. La parte de la trifulca se consideró una querrela entre escritores, pero lo cierto es que Naipaul fue una figura importante en mi formación como escritor.

—A saber qué es lo que piensa del libro.

—Imposible saber qué piensa. De eso no habla.

—Yo no me creo que no lo haya leído.

—Pues yo pienso que es casi seguro que no lo ha leído. Su esposa sí, claro. De eso estoy seguro.

—Esa esposa formaba parte del problema que tuvo usted —dijo Pamuk—. La segunda, ¿verdad?

—Correcto.

Pamuk se acercó y me miró por encima de las gafas.

—¿Soy un buen lector de Paul Theroux?

—Muy sagaz.

—¿Y no había otra mujer?

—La amante que tuvo Naipaul durante veintitrés años. La abandonó al poco de morir su esposa y se casó con una mujer a la que acababa de conocer en Pakistán. Es una historia curiosa.

—Puede que no lo sea tanto —dijo Pamuk.

Hablamos de las amantes de los escritores y contamos entre los dos la extraña historia amorosa de Graham Greene, que siguió casado con una mujer con la que no había cohabitado durante sesenta años, o más, al tiempo que ligaba con otras y sufrió tres o cuatro historias pasionales, todas ellas con mujeres casadas. Su última aventura fue como un matrimonio. La mujer lo visitaba en su piso todos los días a la hora de comer y le preparaba el almuerzo, después de lo cual hacían el amor. Se tomaban una copa, y a la caída de la noche la mujer regresaba a su casa, con su marido. Así fueron las cosas durante años. El marido estaba al tanto, pero la mujer le dijo: «No me obligues a elegir», o algo así.

—Eso suena perfecto —dijo Pamuk.

—Cuando murió Greene, la mujer se divorció de su marido.

—Ah —Pamuk parecía feliz al estudiar la complejidad de la historia.

Cuando sirvieron el postre, los otros invitados a la cena, los que eran escritores, hablaron de lo duro que resulta ser un escritor turco en el extranjero. Los occidentales cuyo conocimiento de Turquía se limita a *El expreso de medianoche* y a los *döner kebabs* los ponen en aprietos al preguntarles por los armenios, por los kurdos, por la barbaridad que es la tortura.

Un escritor llamado Yusof dijo que había sido siempre un gran admirador del crítico y anglófilo George Steiner.

—Una vez estuve en Londres —dijo Yusof—. Llevaba encima cinco libros que quise que me firmase George Steiner. Fui a una de sus conferencias, luego de la cual se sentó en una mesa para firmar ejemplares. Me firmó dos y me dijo: «¿Usted de dónde es?». Le dije que de Turquía. Apartó los otros tres libros que le había llevado para que me los firmase y dijo que no. Dijo: «Váyase a su país y cuide de los suyos». Se refería a los kurdos.

A mi regreso al hotel se me ocurrió pensar que si bien Estados Unidos había dado su apoyo a los kurdos, tolerando el terrorismo kurdo tanto en Turquía como en Irak, y aunque aún estaba enzarzado en una guerra en Irak, ningún turco me echó en cara esa matanza, ninguno sacó a colación ese asunto

conmigo.

La otra escritora que tenía ganas de conocer en Estambul era Elif Shafak. Nos encontramos en el Ciragan Palas, en otro día de lluvia. Era tan hermosa que me olvidé de sus libros, tanto que escribir me pareció lo de menos; me quedé embrujado. Me acordé de eso que dice Kipling: «Gran parte de lo que se escribe sobre las pasiones orientales y su impulsividad es una exageración recopilada de segunda mano, pero una pequeña parte es verdad». Elif Shafak me pareció la encarnación en persona de esa parte. Tenía unos treinta años, los ojos de un azul grisáceo y la cara de una niña inteligente, esa cara que es también el retrato añorado de las vírgenes del Renacimiento, enmarcada por hilachas de un cabello muy fino. En las manos y en los dedos llevaba cadenas de plata, entrelazadas, tintineantes, sujetas a un montón de anillos de plata, como si acabara de escaparse de un harén.

Me costó trabajo concentrarme en lo que me decía, porque mucho me había distraído su encanto. Pero su pasión y su impulsividad eran inconfundibles, y me acordé de que había escrito cinco novelas muy elogiadas.

Al contrario que casi todos los demás escritores de Turquía, era una mujer cosmopolita. Había dado clases o las había recibido, o ambas cosas, en las universidades de Michigan, Arizona y Mount Holyoke. Su madre había sido una diplomática turca, de modo que había vivido en muchas ciudades de consideración. Su padre había desaparecido de su vida; estaba al tanto de que se encontraba en Estambul, pero no lo había visto nunca. Ese padre ausente era el tema de su nueva novela, *La bastarda de Estambul*, que se vendía bajo mano en muchas de las librerías de Estambul por tener un título tan picante.

Shafak era un sobrenombre que se había inventado: la palabra significa aurora o amanecer en turco. El nombre le iba de maravilla, puesto que tenía un aura, un resplandor desbordante de vida, y el amanecer en Asia no es algo que llegue poco a poco, la paulatina iluminación del cielo, sino que parece obedecer al gesto de accionar un interruptor, algo que colma el día de una repentina brillantez, que parece completo en sí mismo. Elif Shafak era así de radiante.

Además, era inesperadamente combativa: no cuenta uno con hallar semejante beligerancia en una mujer tan bella, pero no perdió ni un ápice de su atractivo a medida que, con el tintineo de las cadenas y de la filigrana de plata en sus manos, puso en solfa varias actitudes típicas de Turquía.

—Turquía padece amnesia —dijo—. Los turcos son indiferentes al pasado, a los mundos de antaño, a las viejas costumbres.

—Yo pensaba que los reformadores turcos eran a grandes rasgos una buena cosa.

—No, qué va. Han borrado de la memoria de todos mucho de lo que necesitamos saber —dijo—. Los kemalistas y los reformistas cambiaron la cultura. Desecharon muchas palabras antiguas, despojaron la lengua de préstamos de lenguas extranjeras. Pero es que esas palabras forman parte de lo que somos. Necesitamos conocerlas y necesitamos usarlas.

Me encandilaban sus ojos, sus dedos esbeltos, la cadenita de plata unida a cada uno de los anillos que llevaba en las manos.

—Es necesario que sepamos qué sucedió con los armenios —dijo.

—¿Y todo eso lo dice en público? —le pregunté.

—Sí, aunque es duro, en especial para una mujer.

—Me interesa mucho que haya aquí intelectuales con proyección pública, que dicen lo que piensan a las claras. En muchos países no es frecuente.

—Nosotros tenemos muchos. Reñimos a todas horas, siempre en desacuerdo.

—¿Qué tal le va en Estados Unidos?

—Me gusta, aunque tuve que empezar desde cero. Aquí soy alguien, claro, pero allí no soy nadie.

Me habló de sus estudios sobre la literatura y la cultura de los sufíes, no de los derviches de Estambul, sino de los cultos y los ritos de los lugares más remotos de Turquía. Le comuniqué mi recuerdo del baile de los sufíes a la puesta del sol en una mezquita de Omdurman, en Sudán, una de las experiencias más espectaculares que tuve en mi *Safari de la estrella negra*, viajando a través de África. El mío fue un feliz accidente, y los de ella eran a un tiempo vívidos y cerebrales; ella era estudiosa del sufismo. No obstante, me encontraba alterado; su belleza era como una maldición que me impedía entender todos los matices de lo que me estaba diciendo. Con todo, tras conocer a Orhan Pamuk y a Elif Shafak, entendí que estaba contemplando en ellos el futuro de la literatura turca.^[4]

En una conversación al azar con un estudioso turco le comenté que me impresionaban los escritores como Pamuk y Shafak. Y había muchos más que no han sido aún traducidos. ¿Qué explicación daba a tanta excelencia literaria?

—El nomadismo —dijo—. La tradición del narrador oral sigue siendo muy

intensa en Turquía debido a nuestras migraciones estacionales. Irán lleva doscientos cincuenta años asentado tal cual es. Grecia es un país sedentario. Pero la sociedad turca tiene una estructura dinámica. Debido a este constante movimiento de la población nos hemos convertido en narradores.

Todo lo que me quedaba por hacer antes de tomar el expreso nocturno a Ankara era visitar al dentista. Se me había caído un empaste; temeroso de que la incomodidad fuese a peor a lo largo de las siguientes semanas, o meses, pedí una recomendación.

De este modo terminé sentado, reclinado en una silla, examinado por la doctora Isil Evcimik, una agradable mujer de cuarenta y muchos años, con una consulta tranquilizadora y perfectamente equipada. Había muñecos de peluche allí mismo, para dar sosiego a los niños aterrorizados. También a mí me dieron ánimos, y cuando la doctora Evcimik me contó que su hija estaba estudiando en Princeton, con una beca que cubría todos sus gastos, me pareció que yo estaba en muy buenas manos.

Parecía que la doctora Evcimik practicase una técnica consistente en comentar lo que me estaba haciendo en todo momento.

—Primero le voy a enjuagar —dijo con una hipodérmica en la mano y una gasa en la otra, y me enjuagó las encías—, y luego esperamos un poco —esperamos un poco—. Ahora introduciré la jeringuilla, pero muy despacio. Dígame si le duele —no me dolió—. Muy bien. Ahora esperamos otro poco.

Me preguntó si tenía la muela sensibilizada al frío o al calor. No se lo supe decir, aunque sí la tenía sensibilizada.

—Puede ser en cualquiera de las dos cosas, pero es mejor que sea o una o la otra.

Me explicó la sensibilidad reversible. Eso me podría suceder. O bien una sensibilidad irreversible.

—En tal caso, a lo mejor es preciso hacerle una endodoncia. ¿Y de aquí adónde piensa viajar?

—A Georgia. A Azerbaiyán.

—¿Una endodoncia en Azerbaiyán? Mucho me temo que no —seleccionó un torno—. Ahora le vaciaré la amalgama —extrajo la amalgama suelta de la muela—. Esto es la amalgama —roció la muela, me aplicó el taladro, mezcló una sustancia en un platillo—. Éste es el compuesto. Le sabrá muy mal. Intente no tragar nada, aunque no es tóxico.

Permanecí con la boca abierta, escuchándola.

—Ahora le voy a rellenar el empaste —aplicó el compuesto en el agujero de la muela—. Esto —dijo mostrándome una de las herramientas— es el agente aglutinante. Ahora lo aplicamos. Y luego —un destello de plata— una corona. Una especie de cinturón en torno a la muela, para que pueda limpiarse con hilo —más manipulaciones—. Aún no hemos terminado. Está demasiado alta. Se la limaré un poco —lo hizo—. Por favor, muerda —lo hice dos veces—. ¿Qué tal?

—Mejor.

—¿Mejor? Eso no me sirve.

La limó un poco más, la perfeccionó. Me dijo que siempre había tenido ganas de viajar a Hawái, finalidad con la cual me extendió la factura, una ganga equivalente en moneda turca a 153 dólares.

—Ésa es la mejor manera de ir —me dijo la doctora Evcimik cuando le dije que esa noche pensaba tomar el tren a Ankara—. El avión es caro, y siempre surgen complicaciones. El aeropuerto está lejos, siempre hay retrasos. Cuando voy a Ankara siempre tomo el tren.

Seguía lloviendo en Estambul. La lluvia me había perseguido desde París y había definido cada una de las ciudades por las que pasé: daba a París el brillo de las luces difusas, a las calles de Budapest una cobertura de nieve sucia y barro, oscureciendo los enmohecidos edificios; embarraba Bucarest y formaba en los baches negros charcos. Pero en Estambul la lluvia daba a las calles una nobleza somnolienta, por ser una ciudad de vías acuáticas y de cúpulas y esbeltos minaretes y torres que resplandecían en la luz diluida, bajo la lluvia. Los edificios eran obras maestras de la arquitectura, pero lo que más recordaba es que, de lejos, se transformaban por obra de la lluvia.

4. Tren nocturno a Ankara

La estación de Haydarpasa, con un siglo de antigüedad, estaba tan iluminada que parecía un teatro de la ópera la noche en que crucé el Bósforo para tomar el expreso nocturno hasta Ankara. «Es extraño pararse a pensar en que hay un ferrocarril aquí en Asia, en ese reino de ensueño que es Oriente», escribió Mark Twain en *Inocentes en el extranjero*, y lo dijo cuando estaba en Turquía. «Y lo cierto es que ya tienen uno y están construyendo otro.» Mi tren nocturno salía a las diez y media, pero llegué con una hora de antelación al muelle del transbordador, desde la otra orilla. Toda la estación se había remodelado. Estaba evidentemente considerado un venerable edificio, digno de preservación; la restauración y renovación habían sido intensivas. Años atrás, tenebrosa y decrepita, parecía que tuviese los días contados. Ahora que el tren era el mejor medio de comunicación entre Estambul y Ankara, se habían incrementado las inversiones en los ferrocarriles.

El revisor, con un uniforme nuevo, también fue señal de buen augurio: los ferrocarriles turcos se hallaban en buenas condiciones. Estaba en la puerta de entrada del coche cama. Me saludó, me dio la bienvenida a bordo y me ayudó a localizar mi *courette*. Vi que en el tren había un vagón restaurante. Los vagones eran nuevos. Todo aquello fue paradisíaco en cierto modo: la cama particular, la cabina acogedora, un libro para leer (estaba leyendo *El palacio de las pulgas*, de Elif Shafak) y doce horas de confort por delante. Nada de aduanas, nada de interrupciones. Los demás pasajeros eran hombres de negocios bien trajeados, cada uno con su maletín; había una familia con dos niños, y algunas mujeres con velo.

Había unos *manti* (buñuelos típicos de Turquía) en el menú del vagón restaurante: unos cubos de harina, queso, carne y especias, que se sirven con una sopa de lentejas y una copa de vino. Después de cenar me fui al compartimento, leí un capítulo de *El palacio de las pulgas* y mecido con

dulzura por el traqueteo del tren me quedé dormido oyendo la lluvia azotar los cristales.

Desperté al cabo de ocho horas con la brillante luz del sol, el primer día sin lluvia desde que salí de Londres, en las reseca y ásperas colinas, en los enterramientos y los túmulos de Gordion, unos ochenta kilómetros al oeste de Ankara, donde Alejandro Magno partió en dos de un mandoble el famoso nudo, imposible de deshacer.

Más cerca de Ankara había casas de construcción reciente, comunidades cercadas por las vallas, el campus de alguna universidad, hileras de viviendas de bajo coste; el boom de la construcción que parecía generalizado en todas las ciudades de Turquía. En mi primer viaje resumí Turquía diciendo que era una economía agraria con algunas ruinas de vivos colores, sólo que modernizada, mecanizada, había experimentado una gran transformación: el país exportaba alimentos, y los trenes habían mejorado mucho, aunque la mayoría de la gente prefería el autobús, por ser muy buenas las carreteras.

No había ferrocarril hasta Trapisonda; tendría que tomar un autobús, según me informaron nada más llegar a Ankara y anunciar mi intención de viajar al nordeste, a Georgia y Azerbaiyán. Mi plan consistía en dar un rodeo para evitar Irán, pero sin tomar aviones.

Se me había invitado a dar una charla en Ankara, y se me hizo saber que sería una ocasión formal. Es decir, que necesitaba una corbata, artículo que no tenía entre mis pertenencias. Compré una por unos cuantos dólares, y esa noche, ante los invitados, peroré sobre el tema de mi viaje de regreso, sobre cómo se aprecia cómo funciona el mundo, cómo deja en ridículo a los sabihondos y a los amigos de hacer predicciones. Cómo el viaje también pone de relieve el tipo de viajero que había sido yo, lo que había visto, lo que se me pasó por alto la primera vez. No iba en busca de noticias; nunca he ido en busca de noticias, y lo dije. Si acaso, mi deseo era conocer mejor el mundo, las vidas de los demás. En mis viajes nunca he sido un halcón, sino más bien una mariposa. Pero la revelación es algo que se otorga incluso al viajero menos concienzudo, el más despreocupado, el más receptivo a las impresiones.

—Una alegría sin sentido es una alegría pura —dije, citando a Yeats.

Y la sabiduría es una mariposa,
y no una siniestra ave de presa.[\[5\]](#)

Ankara, que tiempo atrás me había parecido un campamento cubierto por el polvo, en los confines del mundo conocido, se había convertido en una próspera ciudad, importante por su industria, luminosa, juvenil, extendida por las colinas polvorientas, por los barrancos, con tres grandes universidades en la periferia. Culturalmente era la reafirmación de su pasado, de la edad de oro de los idólatras, de los filósofos que medraron miles de años antes, al oeste de Ankara, en Hatusa.

Al conversar con las personas que habían acudido a mi charla, muchas de las cuales eran profesores de universidad o políticos, un hombre que me habló en susurros me hizo una confidencia: que estaban todos en contra de la guerra de Irak, deseosos de que Estados Unidos nunca hubiera iniciado la invasión.

Este hombre de bigote poblado daba golpecitos en el aire al hablar.

—No hay en esta sala ni una sola persona que esté a favor de lo que hace Estados Unidos en Irak —tal vez le cohibiese su generalización, de modo que se volvió a mirar al centenar de personas que había en la sala, tal como acababa de describirlos, y reparó en que había algunos norteamericanos—. Al menos los turcos —añadió—. Todos estamos en contra.

—Éramos una familia de turcomanos residente en Irak —me dijo una mujer, la profesora Emel Dogramaci, de la Universidad de Çankaya—. Éramos poderosos en Kirkuk —al decir poderosos, quiso decir ricos. La familia se dedicó a la filantropía en Ankara tras abandonar Kirkuk, ahora en una zona kurda—. Nos fuimos porque no estábamos contentos con Saddam.

—¿Le alegró su derrocamiento?

—Claro que sí, aunque no a costa de esta guerra —dijo—. Esta guerra es horrorosa. No servirá de nada. Y no se ve ni cuándo ni cómo puede terminar. La única certeza es la guerra civil. Es lo que está pasando ahora, ¿no?

—Lo más deprimente —dije— es que puede durar muchos años.

—No me gusta Bush. Prefiero a Clinton, a pesar de todos sus errores —dijo. Admiré su confianza, su fluidez, su estilo. Era una mujer de cierta edad, bien vestida, enojada, que manifestaba sus opiniones a las claras—. Bush no tiene ni idea de nada, pero ¿quiénes son los que aconsejan a Bush? Malos consejos le han dado. ¿De veras sabían lo que estaban haciendo?

—Rumsfeld estaba entre ellos.

—¿A Rumsfeld ya lo conocemos! —dijo la mujer, y resopló al mismo tiempo—. Estuvo de parte de Irak durante la guerra Irán-Irak. ¡Dio todo su

apoyo a Saddam! ¡Y nos decía que hiciéramos lo mismo!

Desde su hogar en Kirkuk, su familia contempló a Donald Rumsfeld en el acto de estrechar la mano de Saddam, lo vio venderle armas, entre ellas minas terrestres. La respuesta de los iraníes no fue otra que enviar a la carrera a los niños pequeños —porque los niños son numerosos, portátiles, prescindibles— por los campos minados, para detonar las bombas al pisarlas y salir hechos pedazos por los aires.

—Esto no tiene nada que ver con la política. No tiene nada que ver con la opresión. Es una guerra de religión: los sunitas contra los chiitas —dijo la profesora Dogramaci.

—¿Y usted a cuál de los dos bandos pertenece? —pregunté.

—Yo soy musulmana culturalmente —dijo—. No voy a la mezquita. Pero el islam es mi pasado, es mi historia personal.

—Es posible que Irak se divida en estados independientes. Los kurdos, los sunitas, los chiitas —dije.

—Podría ser, sí. Una especie de federación. Pero una cosa sí le diré —dijo, y me miró de frente, con ojos de pesadumbre, las aguas en el vestido de seda, el collar delicioso, los anillos brillantes, todo lo cual le dio un aire más amenazante—. El petróleo no pertenece sólo a los kurdos. Pertenece al pueblo de Irak. Si se crea un estado kurdo y los kurdos reclaman la propiedad del petróleo, y si los demás se quedan sin nada —elevó la mano, los dedos centelleantes—, le aseguro que habrá graves problemas.

—¿Qué clase de problemas? —pregunté.

—No sabría especificar —dijo, y pareció una abuelita furibunda—. Pero nosotros no nos quedaremos al margen, a ver lo que pasa cruzados de brazos.

Con la cabeza inclinada, atenta a esta conversación, se encontraba la señora Zeynep Karahan Uslu, parlamentaria por el AKP, el Partido de la Justicia y el Desarrollo, en esos momentos en el poder. Era una mujer atractiva, de treinta y tantos, con el mismo aire de independencia que tenía la profesora.

Al reparar en ella, el estado anímico de la profesora cambió de repente.

—¿Lo ve? —dijo—. Esta mujer es parlamentaria. Tiene un hijo. Es de Estambul. Ése es su marido, Ibrahim —Ibrahim, al vernos, esbozó una sonrisa—. Viene con ella a Ankara y cuida al niño. Zeynep es una turca moderna. Yo conocí a su padre, un gran erudito. ¡Cuánto me alegro de verla!

—Sí, pero no es fácil —dijo Zeynep—. A veces, las sesiones parlamentarias duran hasta las dos o las tres de la madrugada. Me marchó y

me da el alto la policía. Han visto a una mujer sola en un coche. «¿Qué está haciendo?», me dicen. Y tengo que contestar que acabo de salir del Parlamento. Esto es algo que nunca sucedería en Estambul, donde hay gente en la calle durante toda la noche. En cambio, Ankara es una ciudad grande, pero apagada.

No estaba precisamente apagado el ambiente en la Universidad Hacettepe, donde iba a tener que dar una charla al día siguiente. Me saludaron al llegar unos grandes cartelones: «ABD! EVINE DÖN!».

—¡Yanquis, volveos a casa! —dijo mi traductor.

—¿Eso va por mí?

—No, no... es por la manifestación del sábado —dijo, y trató de tranquilizarme—. La organiza el AKP.

El partido de Zeynep. ¿Y había dicho que la ciudad era apagada?

El vestíbulo del edificio en el que iba a dar la charla estaba repleto de carteles con las efigies de Fidel, del Che Guevara y del venezolano Hugo Chávez. Era igual que los años sesenta en Estados Unidos: carteles de encendida protesta, aunque los estudiantes eran militantes de una manera muy turca, es decir, corteses, aun firmes en sus convicciones.

En una de las paredes había fotografías impactantes en las que se exhibían las atrocidades de Israel en Palestina y las masacres de Irak, las víctimas de las bombas, las mujeres gritando, las familias de luto, los niños que habían perdido alguna extremidad, con vendajes ensangrentados. Y en grandes letras se veía una proclama.

—¿Qué es lo que dice?

—¡Está en nuestras manos detener todo esto!

En una de las mesas, una chica muy guapa y un chico bien vestido, estudiantes los dos, vendían escarapelas de papel, unos discos con una cinta negra, con un lema en el centro.

No me dio tiempo a preguntar qué decía.

—Apoyamos a la resistencia iraquí —dijo mi traductor adelantándose.

Era un despliegue asombroso, sobrecogedor incluso: banderas, banderitas, carteles de denuncia, imágenes cargadas de ira, y cuando entendí las palabras que en turco quieren decir «¡Yanquis, volveos a casa!», vi que la proclama estaba por todas partes, y de hecho me siguió hasta el salón de actos de la universidad.

—No hay una sola persona en esta universidad que crea que Estados Unidos tenga ninguna razón en la guerra entablada —me dijo uno de los profesores—. Ni una sola.

Ya había cuatrocientas personas sentadas en el salón de actos. Eran estudiantes de literatura. Les dije que tenía la misma edad que nuestro belicoso vicepresidente, aunque ahí terminaba todo parecido. Cuando se licenció en la universidad, Dick Cheney fue a Washington en busca del poder político, y ya nunca se fue de allí. Yo en cambio me alisté en el Peace Corps para dar clases en África. Desconfiaba de los políticos, evitaba trabar amistad con personas políticamente poderosas, porque además, les dije, cuanto más cerca esté uno de tales personas, más ciego termina por ser en materia de moral.

Luego les hablé de literatura.

—Cualquiera dirá que para qué sirve la literatura, qué sentido tiene leer novelas o poesía. Dirán que es preferible estudiar derecho o ser economista o hacer algo realmente útil. Pero es que los libros son útiles. Los libros nos dan que pensar, e incluso nos hacen felices. Nos ayudan, no cabe duda, a ser más civilizados.

Después les conté que había estado en Turquía treinta y tres años antes, cuando no funcionaban los teléfonos, y los turcos de las zonas más alejadas me pidieron que les vendiera mi reloj y mis pantalones vaqueros. Desde donde me encontraba vi que todos los presentes tenían relojes y llevaban vaqueros; pregunté cuántos de ellos tenían un teléfono móvil. Todos ellos lo tenían. Al resto de mis preguntas, me dijeron que todos utilizaban internet, que todos tenían correo electrónico.

—¿Cuántos pensáis ir a la manifestación del sábado?

Todos ellos.

—Mahoma era analfabeto. Tenía doce mujeres y, por decirlo así, tuvo una historia sexual movidita —me dijo otro profesor turco, que como todos los demás hablaba sin pelos en la lengua. Me encontraba en otra parte de Ankara, en la Universidad de Bilkent.

Mahoma, el mujeriego infatigable: así describe al Profeta Naguib Mahfouz en su célebre novela *El callejón de los milagros* (prohibida en todos los países árabes, eso sí). Por eso no me sorprendió su afirmación.

—¿Y usted dice esas cosas hablando en voz alta aquí en Turquía?

—Todo el mundo conoce mis posturas —dijo, y se encogió de hombros—. Pero éste es un hecho de sobra conocido. El noventa por ciento de lo que digo sí lo pondrían en tela de juicio los musulmanes ortodoxos —sonrió—. De lo contrario, se les tendría por herejes.

Era el profesor Talât Halman. Antiguo ministro de Cultura del gobierno turco, estudioso, escritor, director del Departamento de Literatura Turca en Bilkent, tenía una muy considerable autoridad. Había impartido además un curso en la Universidad de Nueva York, un curso sobre la historia del islam. Tendría setenta y muchos años, era astuto y era divertido, y tenía el comportamiento irónico y bien informado de un estudioso que sabe de qué habla. Durante el almuerzo me contó muchas cosas que desconocía y que nunca había preguntado a nadie.

—¿Qué se sabe de La Meca en tiempos de Mahoma? —pregunté.

—La Meca era ante todo una ciudad pagana, aunque también había en ella rabinos y sacerdotes. Los rabinos recelaron del nuevo culto del islam. Lo reprimieron, o al menos lo intentaron. Por eso hay tantas batallas en el Corán entre musulmanes y judíos.

—¿Existen documentos históricos que describan esas fricciones tempranas entre musulmanes y judíos?

El profesor Halman negó con un gesto.

—No, no muchos. Eso es lo malo.

—¿Y por qué estaban recelosos los rabinos?

—Sintieron alarma ante las ideas novedosas, y ante el modo en que se entremezclaron con los relatos de la tradición —estábamos tomando una sopa aromática en grandes cuencos, pero el profesor Halman dejó la cuchara en la mesa para explicármelo—. Siempre están presentes las tensiones en el origen de una nueva fe. Es así a lo largo de la Historia. Hubo muchas fricciones en La Meca en tiempos de Mahoma.

—¿Cuál es el significado de la Kaaba? —pregunté, porque ese enorme cubo de piedra reluciente siempre me ha resultado un símbolo enigmático.

—La Kaaba, en La Meca... es un meteorito, naturalmente.

No lo sabía, y se lo dije.

—Es evidente que se trata de una fuerza milagrosa de la naturaleza —dijo el profesor Halman—. Los judíos no lo reclamaron. No lo reclamó nadie. Por eso se apropió Mahoma del símbolo.

—Me intriga Joseph Smith —le dije—, fundador de los mormones, una

religión que nació en Estados Unidos. Colón y la guerra de la Independencia están ya anunciados en el Libro de Mormón, que tradujo Smith en 1827, a partir de unas láminas de oro, según afirmaba. Durante su vida al parecer hubo muchos más profetas como él en Norteamérica, que predicaban y afirmaban que era Dios quien dirigía sus pasos. Jesús también tuvo sus predecesores. ¿Cómo surgió Mahoma en su condición de profeta?

—No hubo ningún proto-Mahoma, al contrario que en el caso de Jesús y Joseph Smith —dijo el profesor—. A partir de los cuarenta años Mahoma tuvo todas esas ideas nuevas. Se dedicó a predicarlas. Fueron otros los que escribieron sus palabras. Hay muchos apócrifos, sobre todo los hadices, que contienen la sabiduría del Profeta. Son cerca de un millón —sonrió el profesor—, aunque no es posible demostrar su veracidad. El número total se ha reducido a unos cinco mil.

—¿Sabe usted citar un hadiz?

Lo hizo en el acto, y me pareció irresistible: «La tinta de un erudito es más sagrada que la sangre de un mártir».

—Los judíos —dije— no hacen proselitismo, pero los musulmanes sí, y logran convertir a muchas personas. ¿Dónde está el atractivo?

—En tiempos de Mahoma los conversos eran gentes que vivían bajo la opresión. El islam les dio algo por lo que valía la pena luchar, y una gran sensación de victoria.

—Ya, pero pienso en estos tiempos que corren.

—También ahora tiene que ver con las traumáticas experiencias del colonialismo y de la ocupación, el recuerdo de la humillación de las Cruzadas. En gran medida, el islam fue cobrando forma gracias a los conquistadores y al colonialismo.

—Entonces, la presencia de Estados Unidos en Irak sólo valdrá para fortalecer al islam.

—Eso es. Y para que sigan en activo los terroristas suicidas —dijo el profesor Halman.

—El martirio es importante en el islam. Se habla mucho del martirio en los hadices. Hay bastante militarismo en el Corán.

—Pero el martirio también es importante en el cristianismo —dije—. Es una de las vías para llegar a la santidad.

—Sí. Pero... al contrario que en el cristianismo, en el islam también es bueno contribuir al martirio, fomentarlo —dijo—. Y donar dinero a la causa

es también una forma de martirio.

—Lo que no termino de entender —dije— es por qué los musulmanes abandonan las comunidades islámicas y emigran a países como Alemania y Gran Bretaña, sobre todo países cristianos. Van a vivir entre cristianos y judíos. Y los musulmanes se rebelan cuando se les dice que no lleven la cabeza cubierta y todo lo demás. ¿Por qué tomarse la molestia de emigrar si van a ser tan desdichados?

—Emigran porque viven en países muy atrasados —dijo el profesor con soberbia sensatez—. Es mejor emigrar que morir de hambre.

—Los jóvenes musulmanes quemaban coches en París hace pocos meses.

—Un norteafricano tiene sus limitaciones —dijo—. Sólo puede ir a un país francófono. Suele terminar en Francia, y allí ve que el país es laico, y protesta. Pero también se ve que los musulmanes reaccionan en contra de la opresión política.

—Dígame cómo se nota eso en Irak.

—Los expertos norteamericanos son el problema —dijo el profesor Halman—. Se equivocaron en la Unión Soviética y se equivocaron en Irak. Son meros académicos y burócratas que defienden intereses creados.

—¿Fuerzas siniestras?

—No siniestras, pero sí obtusas. Los que dijeron que la Unión Soviética era demasiado fuerte tal vez tuvieran motivos políticos. Desconocían qué débiles eran los soviéticos entonces.

—¿Así que el gobierno estadounidense está mal aconsejado?

—Sí, sobre todo por parte de los teóricos expertos. Son personas que tienen que revalidar su statu quo, pues de lo contrario perderán sus medios de financiación.

—La última vez que hice este mismo viaje —dije—, el sah estaba en el poder. Todo el mundo decía que era un hombre fuerte y que era progresista, aunque a mí me quedó muy claro que la gente del campo era reaccionaria, eran musulmanes ortodoxos.

—En eso tiene razón. Los consejeros presidenciales no suelen viajar lo suficiente —dijo—. ¿Adónde piensa ir ahora?

—Hasta Trapisonda, luego Georgia, Azerbaiyán, Turkmenistán y... —me detuve; me pareció que no me traería buena suerte mencionar más países.

—Eso está bien —dijo—. Ankara es aburrido.

—Pues yo he pasado unos días muy interesantes.

—Es un erial —dijo—. Y los turcos son gente melancólica —se llevó los dedos a las sienes, como si quisiera azuzar su memoria—. Creo que en Trapisonda ha habido algún incidente, aunque ahora no recuerdo qué.

Así que salí de Ankara con la idea de dejar atrás Turquía. Hace mucho tiempo, Turquía me había parecido un país remoto, exótico, lleno de hombres malencarados y de mujeres enigmáticas, con unas líneas telefónicas lamentables, con carreteras sencillas, con una cultura nacional más bien dramática, amiga de las confrontaciones. Ahora en cambio tenía de todo, formaba parte del mundo que es posible visitar, pero ya no era lugar de paso hacia Irán y Afganistán, de modo que puse rumbo al norte.

5. Tren nocturno a Tbilisi

Lo malo de Trapisonda, a orillas del Mar Negro, en donde me encontré con mal tiempo, feos rumores y noticias agoreras, fue el incidente que no acertó a recordar el profesor Halman: el asesinato, tan sólo un mes antes, de un infiel a raíz de un ataque de ira sentimental. Este singular ultraje —singular porque tales cosas rara vez sucedían en Turquía— fue el asesinato de un sacerdote italiano, el padre Andrea Santoro, muerto a tiros por un islamista demasiado celoso, un tal Oguz, resuelto a vengar el honor de Mahoma en una polémica debida a las tiras cómicas sobre el Profeta que se habían publicado en varios países de Europa. Oguz, que tenía dieciséis años, fue detenido al día siguiente, y al cadáver del padre Santoro se le dio una solemne despedida a la que asistió lo más alto del clero musulmán en Turquía, los muftíes.

El simbolismo lo es todo en las confrontaciones religiosas, y por eso parecen siempre tan lógicas, siendo en el fondo tan estúpidas y tan brutales. Al católico se le singularizó y se le asesinó por ser el símbolo del enemigo, como podría haberlo sido cualquier extranjero, incluido yo. El pobre hombre estaba rezando en uno de los bancos del fondo, en la Iglesia de Santa María de Trapisonda, en la que en cualquier domingo no se congregaba más de una docena de fieles. Por extraordinario que hubiera sido el asesinato, era algo tan reciente que no dejé de pensar en ello al marcharme de Trapisonda. A la llegada pregunté qué había que ver en la ciudad, y me dijeron que la antigua mezquita era obligatoria. Era viernes, día de oración en esta ciudad piadosa, según me dijeron. Debería añadir tal vez que nunca me han acosado en Turquía por no ser creyente, así como tampoco habló nadie de estas cuestiones conmigo. Pero la lluvia me deprimió un tanto, así que empecé a pensar en la manera de huir de allí.

Como no existía el ferrocarril, llegué por la noche desde Ankara en un autobús Ulusoy —un autobús de línea normal y corriente—, en un viaje de

doce horas con paradas cada vez más frecuentes en el trayecto hacia el nordeste, permitiendo a los pasajeros salir a estirar las piernas y fumar, puesto que estaba prohibido fumar en los autobuses turcos. La excepción a la norma era el conductor, que podía fumar todo lo que quisiera. Eran además paradas en las que se podía comer algo en las cafeterías de carretera, donde la comida no era del todo mala: una sopa espesa, fuentes de alubias rojas, siniestras tajadas de carne sumergidas en una salsa negruzca, kebabs requemados, un pan que hacían en hogazas redondas del diámetro de un volante.

Por las montañas oscuras, nada más salir de Ankara, y aún oscurecidas al llegar a Samsun, a la orilla del Mar Negro, seguimos con tranquilidad la carretera de la costa hasta que amaneció. En aquel amanecer desolado, sin la luz del sol, las ciudades de la orilla, Ordu, Giresun, Tirebolu, e infinidad de asentamientos más pequeños, sin nombre, parecían feas, carentes de vida, llenas de repugnantes edificios nuevos y de destartalados edificios más antiguos a orillas de una costa baldía. Con todo, la escarpadura que protegía toda la costa era hermosa, oscura por los cerros arbolados, más allá de los cuales asomaban los montes en una maraña de nubes lluviosas.

Sólo de ver el Mar Negro los pasajeros se pusieron contentos. Eran todos turcos, claramente felices de dejar atrás Ankara, demasiado populosa, demasiado moderna, en los montes desérticos; aquella costa era más lluviosa, la orilla de un mar interior.

—Karadeniz —me dijo el viejo que viajaba a mi lado cuando despertó y vio el mar. Una vez había yo viajado en un barco de bandera turca llamado *Akdeniz*, «el Mar Blanco», que es como los turcos llaman al Mediterráneo, y por eso entendí que aquello era el Mar Negro. Se maravilló, sonrió, dio un codazo en las costillas a su mujer. Al igual que todos los demás hombres del autobús, llevaba traje oscuro, camisa blanca y corbata. En el transcurso del viaje, doce horas en plena noche, se aflojaron todos un poco la corbata.

A juzgar por lo que había visto desde Estambul a Ankara y de allí a Trapisonda, en Turquía prosperaba todo un boom en la construcción; se veían edificios nuevos por todas partes, y los más nuevos de todos eran espantosos, deformados, amontonados, con toda la pinta de ser peligrosamente combustibles; era de todo el mundo sabido que se desplomaban al menor temblor de tierra, de los que son abundantes en Turquía, propensa a los terremotos.

Pero cuando dejé el bolso de viaje en una taquilla de la estación de

autobuses y llegué a pie a los primeros cerros de Trapisonda e inicié el ascenso por las calles empinadas y sinuosas hasta el centro de la ciudad, cambié de idea sobre la fealdad de las casas. Trapisonda era un lugar agradable incluso bajo la lluvia: una ciudad compacta, con las tiendas turcas al uso, en las que se vende comida, ropa y dulces, pero también algo con lo que no contaba: los *banyos*, las casas de baño. Y tuve la sensación de que eran los tradicionales baños turcos, y no un eufemismo para designar los burdeles.

Ví a un hombre lujosamente afeitado en una barbería, así que entré y, entre gruñidos y señas, pedí lo mismo que él. Todo el proceso, corte de pelo incluido, costó cuarenta y cinco minutos; después del largo viaje en autobús me sentí mucho mejor.

Cerca de la barbería había un hotel poco llamativo, pero limpio. La habitación costaba trescientos cincuenta dólares la noche, y ¿quién iba a pagar ese precio en Trapisonda? En vez de registrarme, me serví del bufet del desayuno en el restaurante, indicando al camarero que me atendió que se lo pagaría. Dijo que de acuerdo, así que desayuné despacio y traté de hacer planes para proseguir viaje. Había sopesado muy a fondo mis opciones: tras semanas de viaje aún seguía sufriendo las inclemencias de un tiempo espantoso, lluvioso, frío, ahora con el viento del norte que soplaba desde el Mar Negro, desde Odessa; el reciente asesinato del cura italiano, por el mero hecho de ser cristiano, tampoco es que me diera muchos ánimos; lo más atractivo de Trapisonda era una mezquita.

Cuando terminé el desayuno, resolví que pondría rumbo al este al salir de la ciudad, y saqué el dinero para pagar. El camarero me despidió sin más. Le repetí que no era cliente del hotel. Se limitó a sonreír.

—No es problema —indicó con una sonrisa, dando a entender que no era un día de mucho ajetreo en Trapisonda—. *Beer-shay de-eel* —añadió. «Eres bienvenido.»

Volví caminando al lugar en que había dejado el bolso de viaje y por el camino encontré un cartel donde se anunciaban autobuses a la frontera con Georgia e incluso más allá, a Tbilisi, a Yerevan, a Bakú y a otros lugares lejanos. Entré en una agencia de autobuses y repicó la campana de la puerta. Unas mujeres vestidas de negro miraban las noticias sobre la guerra de Irak —escenas de tanques norteamericanos— en un televisor en blanco y negro. Comían palomitas de color rosa que tenían en una bolsa entre las dos.

—¿Billetes, por favor?

Pero el hombre de la ventanilla apenas me miró, y siguió concentrado en su periódico.

—El bus va lleno.

—Sólo una plaza —dije.

—Va lleno.

—Disculpe, *effendi* —el gesto de cortesía le llamó la atención—. Tengo serios asuntos de negocios que atender en *Tiflisi* —dije, pronunciándolo a la turca—. Muy serios.

Me miró y se lamió el pulgar, manipuló con una libreta de recibos y, apretando mucho el bolígrafo, me extendió un billete.

—Sale a la una de la tarde —dijo, y volvió a su periódico. Las mujeres cubiertas con los velos no habían quitado la vista del televisor, de las noticias de la guerra.

A la sazón, el autobús salió a mediodía; buena cosa que llegara con tiempo, y que esperase tomando un café en el bar de al lado. El autobús iba más que lleno: muchas personas iban sentadas en el suelo, o sobre el regazo de otras, o sujetas a las correas del techo. No vi un sitio por ninguna parte. El conductor me dio un golpe en el brazo.

—Usted se sienta aquí —me dijo malhumorado, indicando un cojín a su lado—. En Hopa, muchos sitios libres.

Hopa estaba cerca de la frontera; la parada fronteriza se llamaba Sarp.

Así pues, me senté en un cojín en el suelo de un autobús destartado y lleno hasta los topes, contento por ser un hombre de cierta edad, y por tanto invisible, fantasmal, más desaseado que la mayoría de los pasajeros, algunos de ellos turcos que iban a Hopa, el resto georgianos que iban a pasar la frontera por Batumi. Los georgianos eran los que llevaban grandes sacas de plástico, llenas a rebosar de artículos comprados en Turquía, al parecer imposibles de conseguir en Georgia: ropa de niños, juguetes, tostadoras, teléfonos, hornos microondas, cajas de galletas. Todo ese equipaje tenía mala pinta de cara a la inspección en la aduana.

No eran más que un centenar de kilómetros hasta Hopa, o poco más, pero toda la carretera estaba en obras, de modo que fuimos tan despacio que el viaje duró cinco horas. Me dije varias veces que no tenía ninguna prisa, y sonreí al acordarme del momento en que le dije al vendedor que me expendió el billete que tenía «serios asuntos de negocios en *Tiflisi*», porque allí no se me había perdido nada. Fue una de esas ocasiones en las que volví a recordar

que el viaje es una evasión propia de vagabundos, una excusa barata para inmiscuirse en las vidas de los demás.

Pasamos por algunos pueblos de aspecto acogedor, haciendo sucesivas paradas para recoger a más pasajeros. En Rize y en Pazar hicimos un alto para comer algo. Los cerros, sobre Rize, estaban oscuros, poblados de árboles del té, y el Mar Negro estaba inmóvil, como si nos encontrásemos a la orilla de un lago de ensueño, sin corrientes ni mareas, sin olas, tanto más famoso por permitir en esos momentos que las prostitutas cruzaran la extensión acuática desde Odessa hasta las costas de Turquía.

Atravesamos Hopa, en donde había una cola de tres kilómetros de camiones esperando permiso para seguir adelante. Bajé del autobús en la frontera, Sarp. El conductor me dijo que todos tendríamos que pasar por la aduana y por los servicios de inmigración, para reunirnos luego y volver a subir al autobús ya en Georgia. Y pensé: yo no, *effendi*.

Uno de los placeres que encierra este viaje es el de pasar una frontera a pie, caminando lentamente de un país a otro, sobre todo en aquellos países cuyas lenguas no tienen nada en común. El turco es incomprendible para los georgianos, y éstos a su vez se jactan de que no hay ninguna lengua en la tierra que se parezca a la suya; no es de la familia indoeuropea, sino más bien de Karelia, o del sur del Cáucaso. Los georgianos se ufanan de que su lengua es única. En georgiano, «madre» se dice *deda*, y «padre» se dice *mama*.

Pagué veinte dólares por el visado para entrar en Georgia, me sellaron el pasaporte, me saludó el soldado que estaba de guardia y entré a pie en Georgia, en donde me enteré de que había una diferencia de dos horas con respecto al otro lado de la frontera. Haría falta una hora, tal vez más, para que los pasajeros del autobús pasaran las tostadoras y los microondas por la aduana. Cuando un taxista georgiano empezó a darme la lata, le presté atención, e incluso le invité a tomar café.

Se llamaba Sergei. Estuvimos guarecidos de la lluvia en un café de la frontera. Dijo que las cosas no le iban nada bien. Busqué algo de comer, pero no había más que bollos rancios y cajas de galletas saladas. En cuanto uno sale de Turquía, igual da por qué frontera, la calidad de la comida baja en el acto de manera muy notable.

—¿Va usted a Batumi?

—Puede ser. ¿Cuánto? —dije.

Me dijo una cantidad en lari, la moneda de Georgia. Lo convertí en dólares.

—Diez dólares —le dije—. Hasta Batumi.

Le encantó. Batumi estaba a menos de cincuenta kilómetros, así que a mí también me encantó la idea.

—Luego coge usted autobús, de Batumi a Tbilisi.

—¿Cuánto tarda? —pregunté.

—Seis en punto. Siete en punto.

Quiso decir seis o siete horas.

—¿No hay un tren?

—Sí, pero tren tarda nueve en punto, diez en punto.

—¿Coche cama? *Schlafwagen*?

Asintió. Eché el bolso al asiento de atrás de su coche, me senté delante, a su lado, y salimos esquivando baches y charcos profundos en la carretera. No circulaba ningún coche. Dijo que en verano llegaba mucha gente a pasar las vacaciones en el Mar Negro, pero me costó trabajo imaginarlo: no había hoteles a la vista, las casas eran pequeñas y oscuras, musgosas incluso; la carretera de la costa estaba en pésimo estado, y al contrario que la parte de Turquía ni siquiera se estaba arreglando.

Igual me dio, pues pronto fui dando tumbos por el camino de Batumi bajo un crepúsculo frío y lluvioso, rumbo a lo desconocido, a un lugar en el que nunca había estado. Su sordidez, su decrepitud, me resultaron un consuelo. Vi por la frontera, por la carretera, Sergei en su coche cochambroso, los hombres faenando con las carretas, que era un lugar dejado de la mano de Dios, nada caro, un tanto siniestro, o maravilloso en realidad, porque iba solo y tenía en mis manos todo el tiempo del mundo. Ni rastro de otros turistas, otros viajeros; había atravesado la frontera para meterme en un paisaje lobuno. Y si Sergei no se equivocó al indicar que existía un tren nocturno a Tbilisi, todo sería perfecto.

Me pareció que justamente en eso consistía el viajar: en llegar a solas, como un espectro, a un país desconocido; en llegar cuando cae la noche, y no a la capital de luces brillantes, sino por la puerta de atrás, en el campo, en el bosque, a cientos de kilómetros de la metrópolis, en donde es ley que los lugareños no suelen ver a muchos forasteros y son hospitalarios y no me vieron en el acto como si fuese un montón de dinero andante. La vida allí era más dura, desde luego, pero más sencilla; lo vi en las casas toscas, en las carreteras hechas puré, en los henares, en los chicos que pastoreaban los rebaños de cabras. Llegar a tierra de nadie con planes vagamente pergeñados

me pareció un acontecimiento liberador. Me dije que aquélla era una solemne ocasión para un descubrimiento, pero en el fondo sabía que no: era más bien rondar de manera irresponsable, y al azar, por otro planeta.

Batumi era una ciudad costera, de calles encharcadas y tiendas mal iluminadas, llena de georgianos vestidos con ropa gruesa, encorvados, que transitaban bajo la lluvia. En las afueras vi algunos bungalows amazacotados, típicos de Asia Central, y llegar al centro de la localidad con el crepúsculo fue como entrar en un nublado bucle del tiempo en el que todo fuese una constante acumulación de barro a la antigua usanza. En la década de 1870 la población surgió de la noche a la mañana, gracias a las fortunas petroleras de los Rothschild y los Nobel.

—Fútbol —dijo Sergei.

Pasamos por un campo de fútbol embarrado.

—*Sharish*.

Pasamos por una iglesia redonda, con una torre ornamental rematada por una cruz cristiana en lo más alto.

—*Shakmat club*.

Shakmat, en persa, es jaque mate: «la muerte del rey». El club de ajedrez, un edificio grande, era uno de los más nuevos de Batumi.

Seguimos adelante, y Sergei me transmitió con su escasísimo inglés que la estación de ferrocarril no estaba en Batumi, sino algo más adelante, en la costa, en un pueblo llamado Makinjauri, en donde se compraban los billetes y se tomaba el tren.

Aquélla era la última, la más occidental de las paradas del Ferrocarril Transcaucásico, y en realidad no era una estación, sino un apeadero rural cuyo andén se encontraba bajo una arboleda cuyos árboles no tenían hojas, bajo unas luces crudas. Cerca había una caseta en la que se expendían los billetes, una construcción del tamaño y la forma de una caseta de feria en la que se venden los pases para montar en el tiovivo. Compré un billete para una litera en primera clase a Tbilisi por unos quince dólares y me pareció que se me había agotado la suerte, porque el tren tardaría varias horas en salir. Pagué a Sergei y le di una propina entusiasta por haber sido tan servicial, y luego eché a caminar en busca de un sitio donde comer algo.

Me acogieron unas *babushkas* con delantales, faldas abullonadas, pañoletas y gruesas medias en un restaurante frío, de una única sala, mal iluminado, y una de ellas, explicándose mediante gestos, me preparó un plato típico de

Georgia, una hogaza de pan redondo, con mucha miga, rellena de queso y horneada, y cortada luego en trozos. Comida campesina, sencilla, de las que sacian. Me tomé dos botellas de una cerveza que sabía a jabón y pregunté por más detalles, que me dieron encantadas: como estábamos en Batumi, la comida era de estilo adjarulí, es decir, estilo del oeste de Georgia.

Entraron unos cuantos obreros, trabajadores de una fábrica cercana, cuyo inglés alcanzó para que me explicaran que todas las noches iban allí a tomarse un plato de estofado, visto lo cual también pedí un poco; al igual que ellos, me lo comí con una rueda de pan.

—¿De qué país?

—Estados Unidos.

—¡Buen país! ¡Yo quiero ir allí!

«Sensación de estar fuera del mundo —anoté en mi cuaderno entre un bocado y otro—. Sala fría, sucia, viejas mujeres picudas, de manos enrojecidas y ropas gruesas; pésima iluminación, sombras saltarinas, un samovar que escupe, gente que habla en voz baja; todo extrañamente apacible». En el extremo más deshilachado de Georgia —el extremo más deshilachado de Turquía, asimismo— me sentí feliz.

En algún momento dejó de llover. La oscuridad se tornó heladora, la noche reluciente de cristales helados que eran como las estrellas, y en el cielo las estrellas eran bien visibles sobre el Mar Negro. En la estación de Makinjauri, en el andén expuesto a las inclemencias, un centenar de personas esperaban el tren dando pisotones y frotándose las manos para entrar en calor, bostezando porque ya era tarde, y hacía frío.

El compartimento me quedó entero para mí solo. Compré agua mineral en un puesto que había en el andén. En mi litera había dos mantas y un cobertor, y tras picarme el billete el revisor me dio un envoltorio sellado: sábanas con unos conejillos estampados.

Me tumbé y leí las primeras páginas de *La línea de sombra*, de Conrad, y me dormí a la vez que viajábamos hacia el norte, siguiendo la costa, y luego hacia el interior.

Era un tren viejo y ruidoso, de ruedas que chirriaban, de juntas que golpeteaban a medida que atravesamos las montañas; sin embargo, se mecía como una cuna de hierro forjado, y dormí tan bien a lo largo de las diez horas de viaje que no desperté hasta que estuvimos ya casi en Tbilisi.

Ya en las afueras de la capital la luna llena iluminaba las chabolas de los

montes, prestando a todo ello el aire de un paisaje gótico, tinieblas y sombras romas, y tejados y cerros de una blancura azulada bajo la luna helada. Mientras miraba por la ventana saludé a otro mirón, a un hombre de traje azul, más bien gordo, canoso, que miraba con el móvil pegado a la oreja, y en cuanto le dediqué una sonrisa se levantó a darme la mano. Tan pegajosa la tenía que deduje que era un político georgiano. Reconoció que sí, que lo era, y del partido del presidente, Mijail Saakashvili.

La estación de Tbilisi estaba sucia, mal iluminada, y apestaba a mendicidad, a andrajos, repleta de papeles tirados por cualquier parte, a merced del aire; en una gélida mañana de marzo no era precisamente un sitio donde me apeteciera quedarme. Cogí un taxi y, tras elegir un hotel al azar, tomé una habitación y me fui a dar un paseo.

Mientras dejaba pasar el tiempo, descubrí que los georgianos no llaman Georgia a su país. Lo llaman por su antiguo nombre, Sakartvelo, debido a su legendario fundador. *Georgia* proviene del persa Gorjestán, que significa «la Tierra del Lobo». Los armenios lo llaman Vir, otro nombre arcaico, una variante de «Iberia». Sea cual sea el nombre que se le quiera dar, es un país prosternado y atribulado, con una población narcisista en lo que se refiere a sus diferencias.

Pensé: si uno llega en avión a Tbilisi, es casi seguro que la tome por una ciudad placentera, envejecida, con algunos edificios encantadores y unos cuantos más viejos aún, en decadencia; una ciudad con muchos —tal vez demasiados— casinos; de bulevares y amables edificios residenciales, de antiguas iglesias situadas con enfática gordura en el rocoso esplendor de los promontorios; una ciudad presentable, dividida por el río Kura, plagado de gaviotas. Y quedaría completamente engañado por su aparente aire de prosperidad.

Al llegar desde Turquía pasando por Hopa y Sarp y por la embarrada Batumi, por el gélido andén de Makinjauri, por los pueblos y aldeas de Kutaisi, Khashuri, Kaspi y Gori —Gori, donde nació en 1879 Iosif Dzhugashvili, Josip Stalin, «un muchacho picado de viruela, cojo, con los dedos de los pies unidos», un pilluelo, un gamberrete, chico del coro de la Escuela de la Iglesia de Gori antes de ir a estudiar en un seminario de Tbilisi y luego ser el jefe de una banda dedicada a atracar bancos—, el ferrocarril indicaba a las claras que Georgia es ante todo una economía campesina, que a

duras penas se sostiene, atrasada, rusófoba, vagamente descontenta, escindida por las disensiones y por el separatismo de la provincia de Abjazia, que en los desabridos días con que terminaba el invierno se mostraba pese a todo orgullosa, aunque apurada.

Muchas personas en Tbilisi me comentaron que menos de dos meses antes, en uno de los inviernos más crudos de los que se tenía memoria, los rusos cortaron el suministro de gas natural a la totalidad de Georgia. En cuestión de horas desapareció toda fuente de calor en los hogares y en las fábricas, y se adueñó de todo el país una negra helada. Al margen de la leña —que no abunda precisamente en un país deforestado—, Georgia no poseía más fuentes de energía. El país se quedó sin suministros energéticos, Tbilisi fue tomada, se apagaron los semáforos, cerraron los comercios, quedaron a oscuras los hospitales y las escuelas. Los rusos afirmaron que los terroristas habían volado el oleoducto, pero el presidente Saakashvili denunció alto y claro a los rusos, acusándolos de actuar con malicia y alevosía; a fin de cuentas, en Ucrania se sufrió el mismo destino poco antes, cuando el país se atrasó en los pagos por el suministro de energía a los rusos.

Los políticos del gabinete georgiano ostentosamente distribuyeron latas de queroseno entre la población. De forma menos ostentosa, camiones llenos de leña descargaron en las esquinas para que la población se pelease por unos cuantos troncos. La temperatura seguía bajo cero, el río se había helado, el manto de nieve era espeso, y las posteriores nevadas colapsaron todas las vías de tránsito.

—La gente hacía hogueras en las calles para entrar en calor —me dijo una mujer.

En Georgia, la rusofobia de siempre alcanzó nuevas cotas de intensidad al tiempo que todo el país aguantaba un frío recrudecido; finalmente, tras una semana de sufrimiento, en Tbilisi parecía que hubiera llegado el día del juicio final. Atenazada por la nieve, helada, gangrenada, por fin se reanudó el suministro de gas. Pero a toda Georgia se le había recordado que era vulnerable, que era pobre, que se hallaba en situación desesperada, que dependía de Rusia, que carecía de recursos.

El tiempo seguía siendo frío y brumoso cuando llegué, pero picado por la curiosidad resolví quedarme unos cuantos días. El hotel que había encontrado estaba cerca del centro de la ciudad; eché a caminar. Había llegado en un fin de semana, que es cuando la gente de Tbilisi y de los alrededores monta un

mercadillo de segunda mano cerca del río y también en el puente, de manera que vi cómo se desprendían de lámparas y bombillas, de grifos y postales, de *souvenirs* de plástico, de fotografías, de vajilla de latón, radios, velas y palmatorias, samovares y parafernalia de carácter religioso, como crucifijos y cuadros de tema pío. No es que el mercadillo fuera bullicioso; había más oferta que demanda. Los vendedores eran en su mayoría ancianos, obviamente resueltos a conseguir algo de dinero, y también era obvio que en muchos casos estaban poniendo en venta la herencia, la plata de la familia, los saleros, las teteras, las cucharas, los cuchillos. Lo que más me interesó fueron los iconos, algunos de plata, o con baño de plata, y tras unos días de ojear terminé comprando un icono de plata.

De algunos de los edificios más antiguos sobresalían unos grandes porches, típicos de Asia Central, con forma de pan de jengibre, con celosías talladas, y vi que todo un barrio de casas tradicionales —y mezquitas, y también una sinagoga— se había remodelado por completo. Pero al pasear por la zona más desastrada de la ciudad atravesé una concurrida multitud que se apiñaba en una acera, una cola irregular de seres humanos en litigio los unos con los otros, tratando de colarse por una puerta estrecha que daba a la avenida David Agmashenebeli.

Apareció al otro lado de la puerta un joven que sostuvo en alto un cartón con un número. Atiné a verlo: el 471. Como si le acabase de tocar el bingo, una anciana muy contenta dio un grito y agitó en el aire un trozo de papel —su número era el 471— antes de colarse entre el gentío para llegar a la puerta.

Esto mismo sucedió otras dos veces mientras contemplaba la escena. Salieron otros números —el 472, el 473— y sus poseedores entraron en el edificio. Éste poseía cierta elegancia, aunque al igual que tantos otros del mismo barrio se encontrase en ruinas. Pero en él no había ningún rótulo, sólo la muchedumbre que hacía cola de forma desordenada, esperando cada cual a que lo llamasen por su número. ¿Qué estaba pasando allí exactamente?

—Disculpe —seguí a los últimos que entraron, una pequeña familia: padre, madre, hijo. No parecía que pasaran apuros; iban vestidos con ropa de abrigo, y el hombre había charlado en términos amistosos con los demás, en la esquina, haciendo cola con impaciencia.

Lo que me había parecido una antigua casa encantada tenía un vestíbulo como un salón de baile, de techos altos, ventanas emplomadas, algunas con vidrieras de colores. Aun así, no parecía del todo una mansión, sino más bien

una logia masónica. Nadie me impidió la entrada, así que seguí caminando y mirando en derredor; hacía un calor agradable, olía a pan recién hecho. Seguí el rastro del aroma y me encontré con dos veinteañeros que hablaban inglés, Marina y Alex.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté.

—Es la Casa de Caridad —dijo Alex.

Marina dio un paso atrás y señaló con un gesto.

—Y ése es el hombre —dijo.

Un hombre pálido, menudo, de rostro delgado y zorruno y ojos oscuros, muy juntos, dio un paso adelante y me miró fijamente, no con hostilidad, sino con una suerte de acogida quejumbrosa y retraída. Llevaba un atuendo un tanto clerical: una especie de sotana negra y abotonada hasta el cuello, un abrigo echado como una capa sobre los hombros. A su aire misterioso, por eclesiástico, se añadían las botas negras, una insignia de aspecto ocultista colgada de una pesada cadena que llevaba al cuello, y sujeto a una de las solapas un adorno como una condecoración. Tendría unos cincuenta años y se le notaba un extraño aplomo para ser un tipo tan paliducho, tan estirado, en esa mirada mesiánica que se encuentra en las personas que tienen un concepto claro del destino, la creencia firme de que están haciendo lo correcto. Con su recio capote sobre los hombros, el cabello apelmazado, el rostro cetrino, atormentado, de santo, lo registré en mi cuaderno con una sola palabra: *dostoievskiano*.

—Esto, todo lo que ve usted, ha sido idea suya —dijo Marina.

—¿Y qué es lo que hacen aquí?

En vez de contestar a mi pregunta, Marina se la tradujo al hombre de negro, que respondió en georgiano y que ella me tradujo al inglés.

—Damos de comer a la gente —dijo—. Damos de comer a toda la gente. Por lo general a unas trescientas cincuenta personas al día, pero hoy es día de puertas abiertas, así que serán cerca de quinientas.

—¿Todos son pobres? —pregunté. Lo tradujo.

—No hacemos preguntas. Todos son bienvenidos. Algunos pueden permitirse comprar alimentos, otros se mueren de hambre, pero no hacemos distingos.

—¿Forma parte de alguna religión?

El hombre pálido sonrió al oírmelo decir. Tenía unos dientes minúsculos, regulares, un rostro vulpino, de niño pequeño.

—¡Nada de mensajes! ¡Nada de religión! —dijo en tono triunfal.

—Pues pregúntale por qué lo hace —dije a Marina.

Habló con él un rato; él respondió con monosílabos, y por fin se encogió de hombros y dijo unas cuantas frases en georgiano.

—Dice que las razones son demasiado profundas para comentarlas. Le llevaría varios días explicarle por qué lo hace.

Entretanto, se iban dando a gritos los números en la puerta de entrada. Los hambrientos se apresuraban; los saciados, sonrientes, se marchaban limpiándose los dientes amarillentos con palillos.

—¿Y no me puede hacer un resumen? —pregunté, y Marina le insistió.

—En 1989 —respondió— eran muchos los hombres que aspiraban al poder, hombres con ambiciones políticas —se refería al momento del colapso de la Unión Soviética—. Georgia era libre. Decidí hacer algo diferente, tal vez todo lo contrario de los que aspiraban al poder. Algo humilde y útil, algo que no fuese ni político ni religioso. Esto es lo que se me ocurrió.

Pasaba la gente apelotonada por delante de nosotros, camino del comedor, en donde había mesas grandes y pequeñas, con cabida para unas ciento cincuenta personas. Cuando alguien dejaba una plaza vacante, se cantaba un número y entraba uno de los hambrientos que estaban a la espera, arrastrando las botas empapadas hacia el olor de la comida.

Retrocedimos para dejar pasar a la gente. Pregunté al hombre cómo se llamaba.

Era Oleg Lazar-Aladashvili, y a su empresa de caridad la llamaba Catarsis. La había mantenido en marcha durante los últimos dieciséis años.

—Catarsis, en griego, significa limpieza espiritual por medio de la compasión —dijo. («Renovación del espíritu por medio de la purgación», aclara mi diccionario)—. Tenemos otra casa en Moscú —dijo—. Nuestros principios son la caridad, la no violencia y la lucha contra el sida. También procuramos servicios médicos y atención a los que no tienen techo.

—¿A todo el que lo pida?

Fue más concreto.

—Proporcionamos ayuda no gratuita, sino a cambio de trabajo. Todo el que recibe ayuda tiene que echar una mano, asistir a uno de los programas o ser cuidador en el edificio.

Oleg dijo que el edificio, aquella mansión que tanto me había intrigado, fue en otro tiempo sede central del comité regional del Partido Comunista de

Georgia, aunque el partido ya no tenía presencia. Las personas que se beneficiaban de las obras de Catarsis habían colaborado a pintarlo y decorarlo, a hacer murales, tapices, cuadros. Las familias adineradas de Tbilisi habían donado joyas, cuadros, iconos, antigüedades. El Papa Juan Pablo II lo visitó en febrero de 1999 y donó una Biblia. El arzobispo de Canterbury también lo había visitado. Sus retratos firmados se encontraban en el despacho de Oleg, que desprendía un ambiente eclesiástico: muebles recios, cojines de terciopelo, colgantes de oro, una alfombra granate, ventanas vidriadas, libros encuadernados en piel, un escritorio enorme.

Di a Marina un billete de veinte dólares y le dije que me gustaría comer algo en el comedor.

—Es gratis —dijo Oleg.

—Pero de todos modos acepte el dinero —dije.

—El dinero no cambia nada. La comida es para todos. No examinamos a las personas a las que damos de comer.

Tal vez sin ser consciente, Oleg había parafraseado uno de los preceptos del Sutra Diamante: «Buda enseña que la mente de un Bodhisattva no debe aceptar la mera apariencia de las cosas como fundamento al ejercer la caridad».

—Por favor —dije, y le puse el dinero en la mano.

—Hay que extenderle un recibo —dijo Marina.

—Ya me lo darás más tarde.

—No. Hay que extenderle un recibo ahora.

Hubo que encontrar el libro de los recibos, luego un bolígrafo, luego un sello especial, con la insignia de Catarsis, que era una barra vertical con una barra diagonal y unos garabatos. Tardaron bastante más de lo que esperaba, y con todo el jaleo necesario para extenderme un recibo empecé a lamentar mi donación, por patética que fuera. El laborioso proceso de extenderme el recibo fue como una sátira sangrante de mis veinte pavos.

Me acompañaron luego al comedor, uno de los tres que existían. Tras el aire religioso del despacho, aquella escena era casi de un cuento de Chaucer, algo medieval a la vez que subido de tono en todos los comensales, abrigados, con las caras coloradas, que apuraban sus grandes cuencos de sopa y sus grandes pedazos de pan, una hogaza entera cortada en trozos, y un plato de ensalada de pasta rociada con orégano. El tronar de las cucharas, los ruidosos sorbos de sopa, las risas, el griterío, los chillidos de los niños, los cuencos que se servían en bandejas que se dejaban con estrépito sobre las mesas de

caballete... Era una escena alegre, de buen apetito, de buen humor. Y había unas mozas que servían la comida, unas chicas con delantal y cofia, con blusas holgadas, de caras relucientes, sudorosas de tanto limpiar las mesas y servir la sopa.

Una de ellas era Isabella Kraft. Era de Colonia, Alemania, procedente de una familia numerosa. Tenía veinte años, era delgada, rubia, muy guapa, y parecía trabajar en exceso, con mucho ahínco, los rizos de cabello humedecidos y pegados a la frente.

—Llevo aquí seis meses —me dijo—. Pero estoy aquí desde hace un año. Terminé mis estudios y me enteré de que necesitaban gente.

Todos eran voluntarios, me dijo. Le gustaba que no se preguntase nada a nadie, que no se transmitiera ningún mensaje más allá de la caridad misma.

—Esto lo hago en mis ratos libres —dijo Isabella.

—¿Y el resto del tiempo?

—Trabajo con niños minusválidos —dijo. Tenía la misma intensidad apasionada que ya había visto en los ojos de Oleg, pero sonreía y tenía también sentido del humor; era ardiente, humilde, generosa, sin pretensiones.

—¡Isabella! ¡Ya basta de charlas, ponte a trabajar! —gritó una anciana.

—Es la supervisora —dijo Isabella, y rió—. ¡Es americano!

—¡Lléveme a América! —gritó la anciana desdentada que tenía a mi lado, agitando el cucharón de la sopa para subrayar su demanda.

Otros comensales de la larga mesa comenzaron a gastar bromas, a reír. Aquélla era una sala inimaginablemente feliz, llena de comensales contentos, de rostros atiborrados de comida, con el pan en una mano y la cuchara en la otra, atacando todos al tiempo los cuencos de sopa espesa.

Ninguno de los voluntarios predicaba nada; no se impartía ninguna lección acerca de lo que allí se hacía. Era bien sencillo: trabajaban sin hacer preguntas. Y como los costes de toda aquella operación eran muy reducidos, prácticamente todo el presupuesto se dedicaba a la compra de alimentos. Oleg me dijo después que recibía dinero de empresas locales, de Oxfam y de varias agencias de las Naciones Unidas, pero que incluso sin la ayuda de todos esos organismos podría mantener en marcha su obra de caridad.

Para los cooperantes, aquélla era una tarea tediosa, que cumplían con talante humanitario. La mayoría era procedente de otros países europeos; vivían con frugalidad, lejos de sus casas; no se quejaban en su práctica de la humildad, aunque se hallaban también en situación de conocer muy bien el

corazón mismo de Georgia. Los admiré por cumplir a rajatabla el dogma fundamental del budismo, el texto clave del camino del buda, el total desprendimiento, la generosidad por encima de todo, sin saber acaso ni una sola palabra del Sutra Diamante.

Era inevitable que poco después y en una calle cercana viese a algunos jóvenes georgianos conducir sus cochecillos a demasiada velocidad, gritando por la ventanilla, con música rap a todo volumen, perfectamente idiotizados.

De vez en cuando, uno se encuentra en una fiesta, o en casa de un amigo, a alguien que dice «Soy de Tbilisi», o de donde sea, «y si alguna vez vas por allí tienes que ir a visitarme sin falta».

Y uno responde «Desde luego», aunque nunca llega el día, pues ¿quién demonios iría porque sí a Tbilisi? Por lo común, esa persona sólo ha querido ser cortés, y en realidad no lo ha dicho en serio. Pero Gregory y Nina, a los que había conocido años antes en Massachusetts, parecieron decirlo con total sinceridad.

Y yo estaba en Tbilisi, bajo un cielo invernal, con tiempo de sobra. Por eso les llamé.

—¿Estarás aquí mañana? —me preguntó Nina.

—Oh, desde luego —dije.

—Pues entonces tenemos que ir al ballet —Nina era bailarina de la Compañía Estatal de la Ópera de Georgia, y Gregory era su marido—. Es el estreno de *Giselle*. Ve al Teatro de la Ópera a las siete. Pregunta por Lizaveta. Ella tendrá tu billete. Nos encontramos en la taquilla.

El Teatro de la Ópera era uno de los edificios más destacados de Tbilisi. Lo encontré a pie con facilidad. Era un edificio imponente, decimonónico, de color de queso, sito en el bulevar principal de la ciudad, la avenida Rustaveli, donde se construyó en los tiempos en que Rusia, que se había anexionado Georgia en 1801, consideraba un teatro de la ópera elemento esencial en la idea romántica de que Georgia era una de las regiones más pintorescas del imperio ruso. Los georgianos eran grandes expertos en agricultura, sus viñedos tenían gran renombre, pero también les gustaba bailar y cantar.

Resultó que Nina no sólo era la *prima ballerina*, sino también la directora de la compañía de la ópera. Cuando la encontré en taquilla acababa de dar a luz a una niña.

Gregory, próspero empresario y cariñoso marido, era además el mánager de

Nina.

—Pero el año que viene volverá a bailar. Demostrará que se puede ser madre y una bailarina excelente al mismo tiempo.

Ya encontramos sentados a otros, sobre todo amigos y familiares.

—Éste es Paul —dijo Nina al presentarme—. ¡Ha cruzado África entera él solo!

—¿De veras? —dijo una mujer.

—En autostop —dijo Nina.

—No, la verdad es que no del todo —dije.

Pero la mujer no se había enterado. Se acababa de dar la vuelta para decirle a su marido que yo había atravesado África en autostop.

Empezó *Giselle*. El papel estelar lo interpretaba una bailarina del Bolshoi. El protagonista masculino, el príncipe Albrecht, lo hacía un bailarín local que tenía veintiún años. Le aplaudieron mucho en cuanto apareció en escena. Yo no tenía ni idea de lo que me esperaba. No sabía nada de ballet, pero aquélla me pareció una melodiosa forma de pasar una velada en Tbilisi.

Tras mi lluvioso periplo por colinas desoladas y valles de niebla tupida y carreteras embarradas, el Teatro de la Ópera lleno a reborar de gente cálida y bien alimentada era la antítesis de Batumi: pálidas, bellas, esbeltas bailarinas con tutús, hombres con medias, unos girando, otros saltando, y un foso de la orquesta en el que los músicos, con esmoquin, tañían melifluas melodías y armonías en cascada.

Estaba cómodamente sentado en una butaca sobredorada, con asiento y respaldo de terciopelo, viendo al príncipe Albrecht (disfrazado) enamorarse de la campesina, de Giselle. Pero se complicaba la trama porque el príncipe estaba prometido a Bathilda, la hija del duque. Giselle también tenía otro amante, un joven irascible. Abundantes saltos y cabriolas, mucho abrir y cerrar de brazos, hasta que por fin se desvelaban las identidades, con lo que Giselle pierde la cabeza. Antes de las prolongadas, dolorosas agonías con que va a perder la vida, Giselle oye a las Willis, los espíritus de las muchachas que murieron antes de casarse, según rezaba el programa, y sólo entonces muere.

Segundo acto: Giselle se ha transformado en una de las Willis. Se reencuentra con Albrecht y pasa la noche entera bailando con él. Al hacerlo, le salva la vida al príncipe antes de esfumarse con el alba. Un coro angelical de ninfas intangibles, mimo elocuente, música almibarada, piernas esbeltas,

ágiles saltos, extraños movimientos, sobre todo los de Giselle cuando salta de puntas en un pie impulsándose con la otra pierna, que le valieron abundantes aplausos y bravos.

El ballet me causó un sentimiento de bienestar tan intenso que me quedé embobado, sonriendo ante el telón hasta pasado un buen rato del final.

—Éste es Paul —oí decir entonces—. ¡Ha cruzado África entera en autostop!

—Bueno, no del todo —dije—. ¿Habla usted inglés?

—La verdad es que sí —dijo la mujer—. Soy ciudadana británica. Sólo estoy de visita.

Me dijo que era la corresponsal de ballet de un periódico londinense, y que estaba en Tbilisi toda la semana. Iba a escribir un reportaje sobre la pieza.

—¿Y de qué manera —le pregunté aún embrujado por el ballet— evalúa usted algo tan gratificante como esto?

—El *corps de ballet* necesita más trabajo —dijo sin vacilar—, aunque están en la media de esa parte del mundo, y si se esfuerzan de veras a fondo tendrán la posibilidad de llegar a ser buenos de verdad en un par de años.

Hasta ahí mi angelical coro de ninfas fugaces.

—El protagonista masculino mucho me temo que no tiene lo que hay que tener —siguió diciendo—, aunque se nota que el muchacho hace todo lo que puede —sonrió adustamente e hizo un gesto despectivo con la mano—. La bailarina del Bolshoi, Anastasia Goryacheva, sí tiene verdadero talento. Ha actuado bien, pero la orquesta le ha hecho un flaco favor. Los músicos, muy zafios. Son intérpretes de segunda fila, no son auténticos músicos de una sinfónica. Es decir, que en realidad no se han esmerado mucho.

Hasta ahí las melifluas armonías que había percibido yo.

Sus críticas seguramente eran exactas, y eso que el público había estado muy entusiasta, había jaleado y aplaudido el ballet en todo momento, había pedido que los intérpretes salieran a saludar varias veces. En cuanto a mí, que me encontré de improviso con el espectáculo y lo seguí boquiabierto, como un perro aturdido, agradecí tanto el calor humano como la música y la visión de los pies ingravidos de las ninfas fugaces que iban de puntas de un lado a otro de la escena.

Una mujer llamada Marika, que también estuvo en el ballet, se ofreció a acompañarme en un paseo por Tbilisi, por las zonas remodeladas, los barrios

aún en ruinas, las antiguas casas señoriales, los edificios estatales soviéticos, las sinagogas y las mezquitas. Pero la propia Marika me resultó más interesante que cualquier edificación.

Tenía treinta y tantos años, y era, según me dijo, de una familia noble, de grandes terratenientes, que tenía casa solariega en Ratja. Tanto su abuelo como su bisabuelo cumplieron largas condenas en las cárceles soviéticas, trece años en el caso del abuelo, por ser miembros de la aristocracia georgiana y, por tanto, contrarrevolucionarios. Una de las cárceles, parte del gulag de Kazajstán, era un lejano campo de trabajos forzados cerca de la ciudad de Karaganda. Más adelante supe que Soljenitsin había pasado un año en ese mismo campo.

—Usted es escritor —dijo Marika—. Tiene usted suerte de ser americano. Nuestros escritores fueron encarcelados en la prisión de Mordva. Un lugar terrible, con un nombre muy bonito: la prisión del Cisne Blanco.

En 2001 Marika trabajó en el Ministerio de Asuntos Exteriores, en Tbilisi, donde ganaba treinta lari al mes.

—No es gran cosa, ¿verdad?

—Quince dólares —me dijo. Añadió que tras varios tumultos políticos, el más reciente de los cuales fue la llamada Revolución Rosa de 2004, que aspiró a derrocar a los políticos corruptos, los salarios de los funcionarios estatales habían mejorado mucho, y empezó a cobrar ciento sesenta dólares al mes. En esos momentos trabajaba para una compañía de seguros y ganaba doscientos dólares, con lo cual se las apañaba por los pelos.

Gregory me había contado que los negocios iban bien, que el turismo estaba en alza, que las empresas de servicios —no especificó cuáles— prosperaban a buen ritmo. Gregory también era dueño de un viñedo, aunque añadió que, si bien era de un tamaño considerable, la producción de vino era tan sólo un hobby.

—Entonces, ¿a qué te dedicas exactamente? —pregunté.

—Soy el mánager de Nina. Pero lo hago por diversión. Vivo de mis inversiones, de mis ingresos empresariales.

Así que las cosas le iban bien, estaba bien relacionado. La historia de Marika era muy distinta. Me dijo que su trabajo no iba del todo bien. Los alimentos eran baratos, pero los salarios eran patéticos. Casi todas las personas de su edad hablaban de emigrar a Estados Unidos. En relación con eso, dijo que George Bush había visitado el país el año anterior, en mayo de

2005, donde se le dio un entusiasta recibimiento. Alguna relación tenía eso con lo necesario que era para Georgia contar con un amigo poderoso, pues Georgia, en términos geográficos, se encontraba en un vecindario poco aconsejable, al lado de los rusos hostiles, de los separatistas de Abjazia, de los valles infestados de bandidos del Daguestán, y de la peligrosa ruina de Chechenia, con sus guerrilleros islámicos y sus frecuentes bombardeos.

—¿Y emigrar a Turquía?

—No —me dijo, aunque había quien se conformaría con un empleo en Europa.

Seguimos paseando, hablando del desolador, del siniestro futuro, hasta que llegamos a un restaurante.

—¿Ha probado el *khajapuri*? —dijo.

—Sí, en Batumi.

—Entonces tiene que probar el otro plato nacional de Georgia, el *khingali*.

Se trataba de un cuenco enorme, repleto de caldo, con buñuelos rellenos de carne, llamados *khafsuru*, y otros de verdura, llamados *kalakuri*. El restaurante estaba bastante concurrido, muchas familias en torno a las mesas de madera, todos comiendo los buñuelos con los dedos, al estilo de Georgia.

Marika no es que se quejara, aunque me pareció deprimente que una licenciada universitaria con unos quince años de experiencia laboral en una gran ciudad ganase tan poco.

En mi anterior viaje conocí a muchos trabajadores mal pagados, pero vivían entonces en una época de fronteras selladas a cal y canto, en la que viajar era caro. No tenían esperanzas de mejora y no tenían medios de marcharse de donde estuvieran. Pero en estos tiempos se han abaratado los viajes, el mundo es más pequeño y todo el que tenga acceso a un ordenador —como parecía ser el caso de casi todos los residentes en las ciudades— sabe que se vive mejor en otra parte. Los lugares que había conocido, los asentamientos en aldeas y pequeñas localidades, los urbanitas que trabajaban en las ciudades grandes, con su orgullo cívico y sus obras culturales y sociales, todas aquellas poblaciones cuyos horizontes los formaban las fronteras nacionales, se habían agriado (o a mí me lo pareció) y eran pasto del descontento. El mundo de las poblaciones asentadas había evolucionado y era un mundo de personas deseosas de emigrar. Prácticamente no poseía ninguna distinción, y tampoco era muy romántico el hecho de ser un viajero. El mundo estaba repleto de viajeros, de personas que al menos soñaban con vivir en otra parte, bien lejos.

Por favor, ¡lléveme a América!

Seguían en activo determinadas prácticas culturales. Gregory y Nina me invitaron al día siguiente al bautizo de su hija, Elena. La ceremonia se llevó a cabo en el barrio de Metekhi, en una antigua iglesia ortodoxa que se había reconstruido varias veces desde los tiempos más antiguos. Era una iglesia consagrada a la Virgen Merv, a la Virgen María. Más por orgullo nacional que por sentimiento religioso, los georgianos alardean de que el cristianismo lo trajo de Grecia Santa Nina en el siglo IV (a la sazón, en la misma época en que se extendía por Etiopía). La imagen de Santa Nina estaba por todas partes.

La pequeña Elena, con poco más de un mes de edad, de cara sonrosada y beatífica, iba envuelta en una gruesa manta y llevaba un gorrito de pompones. Un cura muy bajo entonó los cánticos e hizo en repetidas ocasiones la señal de la cruz. Tenía una barba muy poblada, una nariz enorme, un sombrero en forma de cobertor de tetera, todo lo cual le daba el aire de un enano de jardín disfrazado de pitufo. Se encendieron unas velas largas y delgadas, unos cirios; se besaron los iconos, hubo genuflexiones en abundancia, profusa idolatría. No había bancos en la iglesia, no había asientos de ninguna clase.

De pie, contemplamos al sacerdote enano y barbudo apretar la frente contra el retrato de un santo y murmurar las plegarias. Al bebé se le agitó bastante: ni rastro de agua bendita.

También sonaban los teléfonos móviles, los hombres hablaban con ellos y hacían llamadas, mientras otros conversaban entre sí, riendo, saludando a los recién llegados, insertando los lari en las alcancías de las limosnas, y aun algunos rezaban.

De un modo extraño, Gregory y Nina quedaron excluidos de la ceremonia y permanecieron a cierta distancia, aunque observaron con gran interés cómo se ocupaban de Elena los padrinos. También yo estuve excluido, y también me tomé un gran interés por un icono muy resplandeciente, iluminado por las velas, momento en el cual un hombre de sotana negra me chistó y mediante gestos me indicó que estaba demasiado cerca.

—Por mí, como si se lo come —dije sonriendo, y regresé al bautizo, que se encontraba en el punto culminante.

A la niña la habían desnudado, le habían quitado el gorro y allí en la iglesia hacía frío. Comenzó a agitar los brazos y las piernas en toda su delgadez, y los sollozos manaban de todo su cuerpecillo colorado.

El cura enano se ajustó su extraño sombrero de pitufo y llamó a los padrinos para que se acercasen a la pila bautismal, que era una especie de bañera enorme, de mármol, en una de las naves laterales de la iglesia. Tomó entre las manos a la niña y la sumergió en el agua fría por entero, de la cabeza a los pies, como si estuviera ahogando a una gallina. Al pronunciar su nombre y recitar la fórmula bautismal («y renuncio al demonio y a todas sus pompas»), la pequeña Elena se puso a llorar dando alaridos. Siguió desgañitándose un buen rato, pero dudo que nadie se lo echase en cara.

Cuando Elena se había puesto ya morada de frío, la futura bailarina fue envuelta en la manta abrigada y todos los presentes se besaron y se dieron la mano; la madre y el padre recibieron la bendición del sacerdote, se hizo donación de algunas cantidades de dinero.

Conscientes de la sentimentalidad supersticiosa de tal rito, unas cuantas viejas oportunistas aprovecharon la ocasión para apostarse en el camino de salida de la iglesia, y allí esperaban acuclilladas, con las manos extendidas para pedir limosna.

Algunas costumbres no cambian jamás. Esa ceremonia bautismal era la misma que se llevaba a cabo en esa iglesia desde comienzos del siglo VII, desde la era bizantina, antes de que los califas árabes se apoderasen del país en el año 654 y convirtiesen Tbilisi en un emirato.

Cuando me llegó la hora de viajar de Tbilisi a Bakú, uno de los amigos de Gregory se ofreció a llevarme.

—No hay problema. Le puedo llevar al aeropuerto —dijo.

—Voy a la estación de ferrocarril —dije.

—¿Piensa ir en tren? —preguntó con el ceño fruncido.

—Así es.

—¿En tren? —repitió con ronquera, incrédulo—. ¿Por qué no toma el avión?

Bakú está a escasa distancia de Tbilisi, no mucho mayor de la distancia que hay entre Boston y Washington, aunque él nunca había tomado el tren. Nunca había estado en Bakú, en el vecino Azerbaiyán, aunque sí vivió unos años en Moscú y pasó unos meses trabajando en Alemania.

Se me ocurrió que si bien tenía treinta y cuatro años y había crecido en Tbilisi, tal vez nunca hubiera estado en la estación de ferrocarril de Tbilisi, o no al menos recientemente, porque pareció sobresaltarse al ver qué sucia, qué

desastrada estaba. Hizo una mueca de asco, se encogió de hombros en un gesto de compasión y desamparo y me deseó buena suerte, antes de marcharse deprisa al ver la antigualla de tren que me esperaba en el andén.

6. Tren nocturno a Bakú

El Transcaucásico

Un ferrocarril en un país antiguo es algo que parece retroceder hacia esa tierra de nadie plagada de sombras, sencilla y primitiva que es su pasado más remoto. Pero se trata de una ilusión. El tren sólo parece ser un artefacto cruel cuando sale arrastrándose de una estación enorme y descuidada, repleta de pasajeros, y echa a rodar como una estruendosa antigualla, herrumbrosa, pegajosa de grasa, las literas y los asientos oscurecidos por la suciedad de las ventanillas, traqueteando sonoramente con los chirridos y clangores de la locomotora, escupiendo el aceite negro sobre las vías a medida que avanza por lo que parece una ruta de retorno a la historia. El tren contiene la verdad de los lugares por donde pasa: por horrible o asilvestrada que pueda parecer, esa tierra de nadie también sigue siendo el presente.

Siempre me siento afortunado a bordo de un tren, como fue el caso en éste. Muchos otros viajeros se apresuran para llegar al aeropuerto, donde se someterán a interrogatorio y registro, y su equipaje será examinado en busca de bombas. Irían mucho mejor en un ferrocarril nacional, que casi seguro ofrece la mejor manera de entrever al menos cómo vive de veras la gente: los establos y graneros, las chabolas y cobertizos, las carreteras secundarias, las afueras, los detalles más reveladores de la vida rural, la miseria que sobrevuelan los aviones. De acuerdo, en tren se tarda más, y muchos trenes están sucios, pero ¿qué más da? Los retrasos y la suciedad son las realidades de los viajes que más nos compensan.

¿Por qué no toma el avión?, me había preguntado el georgiano.

Cuando me encontré en el rincón de mi compartimento, en el tren, me paré a pensarlo: porque los aviones son una distorsión del tiempo y del espacio. Y porque a uno lo registran.

Como una reliquia soviética, junto con los samovares dentados del vestíbulo y un *provodnik* sumamente malhumorado, un revisor con una chaqueta de uniforme muy manchada, el tren de Azerbaiyán era como algo que hubiera llegado bamboleándose de una época pretérita. El propio andén de la estación de Tbilisi parecía una escena arrancada del pasado más lejano: las viejas acucilladas junto a los grandes sacos de naranjas y a los bolsones apilados de frutas en conserva. ¿De dónde? Tal vez de Azerbaiyán. Niños andrajosos, ancianos calzados con recias botas que dormitaban apoyados en los sacos, jovencitas de largas faldas con bebés en brazos. Una visión antirromántica del campesinado, una *Giselle* con trajes harapientos y sin música. Muchas de las personas que conocí en Georgia hablaban de la modernidad y del prometedor futuro del país, incluso de su presunta prosperidad. «Y se puede ir a París en avión y se tarda pocas horas.» Pero lo que vi en la estación de Tbilisi podría haber sido una escena propia de alguno de los períodos más lúgubres de la época zarista. Me pareció un golpe de suerte poder presenciar todo aquello.

Se dio el caso de que la vía del ferrocarril seguía en paralelo la carretera del aeropuerto de Tbilisi. Vi un colorido cartelón en el trecho más ancho, en el que leí, en inglés, «President George W. Bush Street», una señal que el presidente tuvo que ver y leer en su visita a Georgia, el año anterior. Rodeada por países musulmanes por todos lados, Georgia era aliado natural de la llamada guerra contra el terror entablada por Bush, aunque no me encontré con ningún georgiano que estuviera de acuerdo con la política exterior norteamericana, salvo si era de una manera miope y en beneficio propio.

Las afueras de Tbilisi eran una sucesión de ruinas: altos edificios de viviendas, calles estrechas y bacheadas, y más allá casas improvisadas, recintos pequeños, de aspecto arcaico, chozas interconectadas, apriscos para el ganado, graneros. Eran abundantes las chabolas de los campesinos, construcciones de ínfima calidad, un mundo totalmente alejado de los casinos de Tbilisi, de los urbanitas, del ballet, del suntuoso ritual del bautizo.

Al cabo de un rato, el malhumorado revisor abrió la puerta de mi compartimento con su chaqueta manchada de sopa y su gorra dentada.

—¿Billete? —pregunté.

—*Nyet, nyet* —dijo, y pasó por delante de mí, apartándome. Insistió en hacerme la cama, y —frotándose los dedos en el clásico gesto que indica dinero— me exigió diez lari, unos cinco dólares. Me pareció excesivo, pero

cuando un hombretón malencarado, y además uniformado, en un país extranjero, me exige una cantidad concreta, no muy elevada, tiendo a entregársela sin más.

El autobús era una forma mucho más popular para viajar de Tbilisi a Bakú. Tampoco es que lo tomase demasiada gente: Georgia estaba inclinada hacia el oeste y Azerbaiyán se encuentra al este, en la entrada misma de Asia Central. Sólo que el autobús era más lento: las carreteras estaban en pésimo estado y eran constantes los controles militares. El tren rodaba sin mayores obstáculos, aunque el mío fue toda una revelación, el peor de los que había conocido hasta el momento. No funcionaba nada, ni las luces ni las cerraduras. Estaba todo mugriento; era un expreso, pero hacía infinidad de paradas en estaciones cada vez más siniestras y ruinosas.

En medio de los campos en barbecho, en medio de ninguna parte en realidad, se veían grandes, sombríos bloques de viviendas de la era soviética. Por comparación con ellos, las chabolas y las viviendas campestres, algo más adelante, fueron un gran alivio por tener al menos una escala humana. Se veía a los ancianos caminar a duras penas por caminos de tierra, como unos trolls que desaparecieran en la noche cada vez más cerrada, que parecía en realidad emanar del suelo, como una densa bruma. Este crepúsculo me impidió en parte ver Rustavi, una ciudad industrial muy venida a menos, con acerías y fundiciones de hierro totalmente anticuadas. En todo momento seguíamos el tortuoso curso del río Kura, que atraviesa Azerbaiyán y desemboca en el mar Caspio.

En la oscuridad de mi compartimento, traqueteando por el este de Georgia, me puse a pensar en que mis rutinas de viaje son distintas por completo de mis rutinas cuando escribo. La previsible regularidad de la domesticidad vulgar y corriente es perfecta para escribir: la monotonía es aliada de un escritor. La gente me suele decir que siempre ando de viaje, pero esto no es cierto. Me gusta estar en casa, despertar en mi cama junto a mi mujer, ver las noticias por televisión, pasar la mitad del día escribiendo, y luego cocinando, leyendo, nadando, montando en bici, viendo a los amigos. El hogar es una bendición.

Aquello, el compartimento cerrado de un tren antiquísimo, camino de Azerbaiyán, aquello era muy distinto. Viajar significa vivir entre desconocidos, entre sus malos olores característicos, sus perfumes agrios, comiendo lo que ellos, escuchando sus dramas personales, aguantando sus opiniones, a menudo sin tener siquiera una lengua en común, siempre en

marcha hacia destinos inciertos, creando un itinerario que cambia de continuo, durmiendo solo, inventándose el viaje, amalgamando una serie de costumbres para no perder la cordura y seguir siendo una persona racional, hallando modos de pasar el día y de esclarecerse, rehuendo los peligros, alejándose de las complicaciones, e inmerso además en lo autobiográfico, escribiendo en mi diario todo lo necesario para recordar, reflexionando sobre el lugar en que me encuentro y sobre lo que estoy haciendo.

Zarandeado en el compartimento a oscuras me acordé de la mujer —¿dónde la había visto?; ¿pudo ser en Ankara?— que me dijo que «me gustaría vivir la vida que lleva usted».

Y pensé: ¿en serio? ¿Mi infancia entre fastidios y reprimendas constantes, mi anodina carrera de gamberro juvenil, mi impericia en todos los juegos y deportes, mi aturdimiento en la universidad, mi prematura terminación del servicio en el Peace Corps, la deshonra en Singapur cuando no se me renovó un contrato, los tiempos de penuria en Londres, el hecho de que American Express me negase una tarjeta de crédito a los treinta y dos años por carecer de avales, el divorcio? Ah, entiendo: ¡se refería usted a todos los libros y a la diversión del viaje!

Alguien llamó a la puerta: dos soldados con los fusiles en ristre.

—Arriba.

Así pues, interrumpieron mi ensoñación dos soldados armados en la frontera de Georgia, en un fuliginoso asentamiento llamado Jandari. Hicieron las verificaciones de rigor de manera superficial, sencilla, pero el tren iba literalmente lleno, y pasaron dos horas antes de que arrancásemos de nuevo.

La siguiente parada fue al cabo de un cuarto de hora: el puesto fronterizo de Beakykok, ya en Azerbaiyán, donde había muchísimos más soldados y una impresionante estación de ferrocarril. Los soldados recorrieron de nuevo todo el tren examinando pasaportes. Sentí cierta aprensión, porque en mi visado se estipulaba que mi «punto de ingreso en el país» era Bakú. Estaba a casi quinientos kilómetros de allí, pero eso no pareció que le importase al soldado que se lamió el pulgar y repasó a fondo mi pasaporte. No mostró el menor interés por mi bolso de viaje, por lo que contuviera, pero sí admiró mi radio de onda corta, sintonizada en la frecuencia de la BBC. «En las más altas esferas se manifiesta el temor de que estalle una guerra civil en Irak», decía una mujer en el noticiero.

Pasada la medianoche estábamos de nuevo en marcha. Desperté en plena

oscuridad con la apremiante urgencia de ir al retrete, pero no logré que se abriese la puerta. Como si estuviera encerrado. Hacía mucho calor en el compartimento y el tren avanzaba a gran velocidad, bamboleándome de un lado a otro. Estaba todo tan oscuro que no acerté a ver si la cerradura se había encasquillado. Pasé cinco o diez minutos de pelea con la puerta, atenazado por un pánico creciente, que es algo que rara vez me sucede. La luz no funcionaba pero saqué la BlackBerry y la encendí. No tenía cobertura, aunque me sirvió de muy útil linterna para esclarecer mi problema. Por fin, apoyado contra la litera y aporreando la puerta a patadas conseguí que se abriese. El pasillo estaba repleto de nativos de Azerbaiyán que miraban boquiabiertos por la ventanilla a las sombras de Tovuz, la provincia más occidental, mientras algunos me miraban a mí, supuestamente porque habían oído mis patadas para desatancar la puerta, o acaso fuera por la extraña forma de mi linterna. El retrete era indescriptible.

Al amanecer, nueve horas después de cruzar la frontera, vi grandes llanuras con trechos enfangados, llanuras al parecer demasiado roídas por los rebaños de ovejas, ovejas a centenares, claro indicio de que poco más adelante encontraría abundancia de estofados de cordero y de *shish kebabs*. Todo el primer plano de la llanura aparecía sin hierba apenas, y a lo lejos se veían los montes azules y pelados.

En esa inmensa llanura grombooliana había una aldea llena de bungalows de techos muy picudos. Algunos presentaban una elegante línea, en cuya curvatura se apreciaba la primera insinuación de lo asiático. El paisaje parecía inacabado, como una acuarela de Edward Lear: sin árboles, sin gente, alguna que otra oveja, unas cuantas sendas insinuadas tan sólo, y me acordé de que no había visto a un turista, ni una hoja verde, ni el sol, desde que salí de París.

Cruzaba por el centro del llano un oleoducto como una serpiente o una cloaca de superficie. Era un conducto de petróleo, cómo no: la base de la riqueza de que goza Azerbaiyán. Delante y detrás del oleoducto había más casas, y caminos embarrados, y por el atuendo de las viejas, con vestido y botas altas, por el modo en que estaban los pastores como centinelas en los prados, caí en la cuenta de que aquél era un sitio radicalmente distinto, adornado no sólo por el aroma de Asia en la apariencia de las cosas, sino parte integral de una Asia que nunca había visto, la rampa de ascenso hacia la Ruta de la Seda.

En toda su decrepitud resplandecía un inmenso depósito de crudo en medio de farolas de luces intensas, llamaradas que se agitaban en las altas chimeneas, como una ciudad de acero y fuego.

Unos asentamientos azotados por las inclemencias del clima, de una sola altura, dejaron paso a edificios más sólidos, de dos y tres plantas, y a eso del mediodía asomó a lo lejos una metrópolis, la ciudad de Bakú, toda la cual flotaba en petróleo. Tras la desolación de la llanura, los apiñados asentamientos, las aldeas de adobe y los pastores cubiertos de barro, la ciudad nacida casi de la noche a la mañana. Bakú se encuentra en una ancha bahía del mar Caspio, en el extremo de una península en forma de pico de halcón, y es para muchos de sus habitantes la verdadera línea divisoria entre Europa y Asia. Esta creencia se plasma en la gran novela de Azerbaiyán, *Alí y Nino*, que es donde leí por vez primera el nombre de Bakú. Es un libro tan persuasivo en los detalles y tan misterioso en sus orígenes que me inspiró al punto las ganas de ir allí. Cuando digo «misterioso en sus orígenes» me refiero a que el autor, un musulmán llamado Kurban Said, era un hombre que también gastaba el nombre turco de Essad Bey, y que era un judío nacido en Bakú, llamado Lev Nussimbaum.

No había turistas en el pasillo del tren que contemplasen los aseados alrededores de la capital, cuya evidente prosperidad era cada vez mayor a medida que nos acercábamos a la estación. Todos los pasajeros eran azeríes que habían montado en Ganca, en Yevlax, en Ucar y en Kurdemir, y todos ellos parecían aturdidos por la gran ciudad.

Bakú no necesita turistas. Es una ciudad rica. La economía había tenido un crecimiento del veinticinco por ciento en el año anterior, en 2005, y ese año aún iba mejor: era la economía con mayor tasa de crecimiento en el mundo entero, todo ello gracias a los beneficios del petróleo. A comienzos del siglo XX, el petróleo de Azerbaiyán manaba de los pozos de tierra, pero ahora se encuentra sobre todo dentro del propio mar Caspio, de modo que fue preciso llevar allí a especialistas en prospecciones submarinas que llegaron de Gran Bretaña y Estados Unidos. Estos ingenieros extranjeros se juntan en los bares, llenan los hoteles y suelen tener riñas propias de borrachos, exactamente igual que vi en Irán a comienzos de los años setenta, durante el boom petrolífero del país, lo cual dio por resultado la xenofobia, las ideas de la yihad, el surgimiento del ayatolá Jomeini.

—Azerbaiyán es un estado policial —me dijo un diplomático occidental no mucho después de mi llegada—. La televisión está controlada. La prensa es algo más libre, pero el año pasado asesinaron al director de un periódico de la oposición.

Paseábamos por una plaza en la que había gente tocando música. Los espectadores estaban rodeados por policías fuertemente armados.

—Siempre que se juntan más de diez azeríes, uno encuentra una gran presencia policial —me dijo el diplomático—. Este festejo genera fuertes medidas policiales.

Dos de las palabras más abrumadoras que puede oír un viajero recién llegado son «festividad nacional». Me bajaron el ánimo a los pies. Mi tren había llegado a Bakú el primer día de la primavera, y el equinoccio se conmemoraba con una festividad llamada Novruz Bayram. *Novruz*, en farsi, es «nuevo día». Todo estaba cerrado, todas las tiendas, todos los mercados vacíos, toda la ciudad, el puerto, la avenida principal y las calles y callejuelas desiertas; como nunca hago planes por adelantado, tuve problemas para encontrar una habitación en un hotel, porque todo Azerbaiyán disfrutaba de tres días de asueto generalizado, de frivolidad legitimada por el gobierno. No pasaba absolutamente nada durante la festividad del Novruz Bayram.

A veces se afirma en falso que el islam militante ha destruido o ha desplazado las antiguas prácticas y rituales piadosos en los países en los que ha terminado por ser la ideología imperante, llegando a proscribir incluso el recuerdo de tales rituales. El festejo de Novruz Bayram era buena prueba de que algunos de los rituales de antaño seguían cultivándose, a pesar de ser herejías.

Enraizada en la religión zoroastra, una fe mucho más antigua que el islam y más de mil años más antigua que el cristianismo, la festividad de Novruz Bayram consagra la renovación de las cosas, y es ocasión para comprar ropa nueva, limpiar los muebles, fregar el suelo, plantar flores y sentirse feliz con el comienzo de los días más cálidos, más largos, que dejan atrás la oscuridad y el frío del invierno.

El profeta Zaratustra, que es quien da nombre a los zoroastras, impartió sus enseñanzas y fue perseguido hace tal vez tres mil quinientos años en lo que hoy son Irán y Afganistán. Así pues, el Novruz Bayram es uno de los festejos más antiguos del planeta, y siempre ha contado con sus celebrantes. Zaratustra

predicaba una religión monoteísta, abogaba por la igualdad de ambos sexos, se mofaba de la idea del sacerdocio (por ser el sacerdote un mero intermediario, y ser por tanto fácil de caer en las corruptelas), se manifestó en contra de los sacrificios animales, del evangelismo, de las milagrerías. Denunció que se usara el nombre de Dios para aspirar al poder. Ensalzó las virtudes de la luz y más en especial del fuego. La festividad de Novruz Bayram consagra la primavera y el sol.

Los aspectos humanitarios de la religión zoroastra probablemente expliquen que la fe haya disminuido, si es que no se ha extinguido del todo. Para prosperar, una religión necesita aspereza, dureza, paparruchas efectistas, y todo lo que enseñaba Zaratustra era más bien la necesidad de comprender los elementos terrestres, el ciclo inagotable de los años, el único Dios. Y tres normas de conducta muy sencillas: buenos pensamientos, buenas obras, buenas palabras. Además, inculcaba la creencia en la naturaleza purificadora del fuego, que era vertebral en su credo y símbolo del Todopoderoso.

«En persa, fuego se dice *azer* —escribió Tom Reiss en *El orientalista*, un libro sobre Kurban Said—, y desde antaño la abundancia que hay en Azerbaiyán de petróleo y de gas natural, debido a la cual explotaban por sí solas y de manera espontánea montañas enteras, convirtió al país en centro de los zoroastras».

Esto sucedió hace algunos miles de años. Hoy sólo quedan unos 124.000 practicantes de la religión zoroastra, la mayoría en la India y sobre todo en Bombay, donde se les conoce con el nombre de parsis. Son una stirpe próxima a desaparecer, los últimos estertores de un antiquísimo sistema de creencias. Novruz Bayram no se celebra en toda Asia Central; de hecho, en algunos países musulmanes se condena la festividad por ser pagana, aunque el vigor de las celebraciones en Azerbaiyán y en Turkmenistán la convierte en uno de los momentos estelares del año. La antigüedad de sus orígenes ha caído en el olvido. Se trata de un pretexto para dejar el trabajo, un respiro en las luchas de índole política, unos cuantos días para sentirse bien. Ví que los azeríes lucían sus ropas nuevas y que salían a dar paseos y a comer los alimentos que se asocian al festejo, sobre todo la malta (*samani*) y los huevos que representan la fertilidad.

Estaban abiertos casi todos los restaurantes; además de la malta y los huevos, se servían otros platos típicos de la región: pasteles de cordero, cordero envuelto en hojas de espinaca, kebabs de cordero, albóndigas de

cordero, pasteles de patata, tallarines y unos postres copiosos y flatulentos.

Aunque estaban cerrados los comercios, había más vida en la calle y más vitalidad debido al festejo. Los grupos de músicos tocaban ante las multitudes en las plazas y en el paseo que bordeaba el mar Caspio, y en cada una de estas congregaciones era patente una nutrida presencia policial.

En los bares y en los cafés, la gente —por lo común mujeres jóvenes, por lo común de buen ver, a veces descaradas— me preguntaba por la empresa para la que trabajaba, porque un norteamericano de mi edad y en Bakú a la fuerza tenía que dedicarse al negocio del petróleo. ¿Por qué otro motivo iba a estar en Bakú?

—Sólo estoy de paso —decía—, camino de Turkmenistán.

—Allí tienen gas natural.

Bakú se animó bastante con la noche, porque la gente del petróleo suele ser típicamente juerguista, y de hecho me aseguraron que después de la medianoche las juergas daban paso al libertinaje. Pero a esas horas ya me había ido a dormir.

A orillas del mar Caspio quise encontrar un transbordador que llevase a Turkmenbashi (antes Krasnovodsk), al norte de Turkmenistán. De allí seguiría viaje en tren pasando (según leí en mi mapa) por Nebitdag, Gumdag y Gyzylarbat, hasta Ashgabat, la capital, famosa por ser uno de los lugares más raros del planeta debido a las demenciales predilecciones del dictador en el poder, Saparmyrat Niyazov, que se hizo llamar Turkmenbashi y rebautizó la ciudad portuaria con su propio nombre. Estaba deseoso de visitar este país y de recorrer en tren sus desiertos con rumbo al este, hasta pasar a Uzbekistán.

Pero antes necesitaba encontrar un transbordador. Debido a los festejos, el puerto de pasajeros estaba cerrado. Las agencias de viaje estaban cerradas. No encontré a nadie en todo Bakú que supiera darme alguna información sobre el transbordador, y cuando fui al puerto y encontré a un estibador me indicó que el transbordador no obedecía a un horario fijo.

—Cuando se llena, el barco zarpa hacia Krasnovodsk —dijo en azerí, cosa que me tradujo un transeúnte que hablaba inglés, un hombre llamado Ahmat.

—Entonces, ¿tendré que esperar a que se llene?

—Sí. Y a lo mejor hay mucho que esperar.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Nadie quiere ir a Krasnovodsk.

—Yo sí —dije.

Murmuró algo y se marchó.

—¿Qué ha dicho?

—Que seguramente está usted mal de la cabeza. Pero era una broma — Ahmat me miró—. ¿De dónde eres?

—Americano.

Aquel hombre de fieros bigotes, funcionario de vacaciones, dando un paseo, dijo que tenía buena disposición hacia los americanos. Estaba en contra de los armenios, que en la década de los noventa habían capturado la provincia azerí de Nagorno-Karabaj, asesinando a veinte mil azeríes y desplazando a un millón de personas. En la provincia residen unos cien mil armenios. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas había exigido la retirada de los armenios en 1993, pero los secesionistas se negaron a cumplir este requisito. Gozaban del respaldo de muchos políticos estadounidenses, cuyos empeños contaban con el apoyo adicional del *lobby* armenio en Estados Unidos, que, al igual que el *lobby* griego, es más bien pequeño, pero adinerado y bien organizado en sus actividades. Son más de cien los congresistas que pertenecen al grupo de presión armenio. Hasta hace poco, Estados Unidos carecía de embajada en Bakú, y durante mi visita las relaciones entre ambos países eran más bien frías. Es una lástima, y es un error de cálculo, puesto que Armenia tendrá alfombras, pero Azerbaiyán tiene petróleo.

Con todo, Ahmat dijo que tenía sentimientos amistosos con Estados Unidos y que conocía a algunos norteamericanos e ingleses que trabajaban en la industria del petróleo. Armenia era un problema, y también lo era Irán, dijo.

Desde donde nos encontrábamos, en Bakú, la frontera con Irán se hallaba a ciento cincuenta kilómetros al suroeste. Ahmat dijo que los iraníes, a su manera, constituían un problema mucho mayor que los armenios, que apenas tenían un ejército propiamente dicho. En el plano de la cultura, Azerbaiyán apenas tiene nada en común con Irán; tiene mucho más que ver con Turquía. El turco y el azerí son lenguas muy semejantes, y se había puesto en marcha un movimiento en pro de la construcción de un oleoducto de Bakú a Turquía pasando por Georgia. De ese modo se evitaría el paso por Armenia e Irán.

En mis intentos por hallar un transbordador conocí a un azerí voluble, un hombre llamado Rashad, de unos treinta años, que dijo que trataría de conseguirme el horario de los transbordadores.

—¡Me gusta Bush! —dijo cuando le dije de dónde era. Se echó a reír con ánimo desafiante—. Irak me importa un comino. A lo mejor a todos los

iraquíes les sienta bien su merecido —dijo, refiriéndose a la guerra—. A lo mejor Bush les dio una oportunidad. Nosotros tenemos soldados destacados allí.

Después supe que había unos ciento cincuenta soldados azeríes acuartelados en Irak, protegiendo una presa estratégica.

—Eso se está convirtiendo en una guerra civil —dije.

—Es porque son chiitas y sunitas. En cambio, ¡Bush! Lo que me gusta es su manera de hablar de Irán. ¡A lo mejor le declara la guerra!

El presidente de Estados Unidos había hecho alguna ambigua amenaza contra Irán por haber iniciado el desarrollo de armamento nuclear, por más que Pakistán, Israel, India y Rusia, por nombrar al azar a unos cuantos países vecinos, también tenían la bomba.

—Lo que quiero es que invada el país y lo destruya —dijo Rashad—. Librémonos de Ajmadineyad [el presidente de Irán] y hagámosles una buena.

—¿Y quiere que todo eso lo haga Estados Unidos?

—Ya les echaremos una mano. Es bueno para Azerbaiyán. Es bueno para mí. ¡Nos sumaremos a la OTAN!

Sonreía y lanzaba puñetazos al aire.

—Así que Irán es el enemigo.

—Armenia es mucho peor. El problema está en Nagorno-Karabaj. Allí convierten a los azeríes en refugiados. Y es nuestro país. En el fútbol, Armenia es nuestra enemiga. En la vida, también.

Había llegado a Azerbaiyán porque no pude conseguir un visado para ir en tren de Turquía a Irán, como hice la otra vez. Pero aunque me fuera impuesto este desvío por el norte lo acogí con los brazos abiertos, ya que me permitiría visitar los parajes en donde se ambienta *Ali y Nino*. Cuando se lo dije a un norteamericano que conocí en Bakú, me respondió: «Tienes que conocer a Fuad Akhundov. Ha hecho un estudio de todos los lugares de Bakú que se mencionan en la novela».

La topografía de la literatura, la realidad de la ficción, es una de las cosas que más me gustan; me refiero al lugar en el que un camino real, vivo, entra en las páginas de un libro, y uno se siente capaz de recorrer a la par el camino real y el camino imaginario. No a todo el mundo le divertirá tanto como a mí una excursión a pie que se pudiera llamar «Hitos literarios», o algo parecido, pero es que a mi entender muestra perfectamente cómo se combinan

imaginación y paisaje para llegar a ser una obra de arte: los pubs y las calles de Dublín que se mencionan en el *Ulises*, el ferrocarril de *Anna Karenina*, las localidades del Mississippi que son importantes en *Huckleberry Finn*, el pantano de *Grandes esperanzas*, las calles de El Cairo que salen en *Entre dos palacios*, el Londres de *El agente secreto*, el Congo en *El corazón de las tinieblas*, el París de *Trópico de Capricornio*, el Chicago de *Augie March*, y —como ya ensayé antes— el lugar natal de Pamuk.

Por eso me alegró conocer a Fuad Akhundov en el sitio en que nos citamos, la puerta de entrada a la Sociedad Filarmónica de Bakú, construida en torno a 1910 por un arquitecto armenio para que albergase el Club Urbano, que en *Alí y Nino* aparece convertido en un casino. Debido a la riqueza de los azeríes y al orgullo de Bakú, los edificios como éste se han preservado con meticulosidad y se han ido remodelando a lo largo de los últimos diez años.

—Soy de Bakú, es donde he nacido y me he criado. ¡Ésta es mi ciudad! ¡Igual que Alí y Nino!

Fuad, para causar mejor efecto, llevaba un fez rojo del que colgaba una borla dorada. Era alto, efusivo, apasionado y gracioso, amigo de la afirmación repentina, de la declaración intempestiva, del recitado de un poema con metro y rima, por lo general de los suyos, a menudo en un inglés arcaizante. Llevaba bajo el brazo un grueso álbum de fotos con un inmenso archivo de antiguas fotos de Bakú que había ido recopilando en sus recorridos por la ciudad. Tenía treinta y ocho años, y de día trabajaba como inspector de la Oficina Nacional Central de la Interpol en Azerbaiyán, buen aval para un hombre que iba en busca de la verdad oculta tras la novela. También había guiado las pesquisas de Tom Reiss en su búsqueda del auténtico Lev Nussimbaum.

En cuanto a su trabajo en la Interpol, lo más grave era el contrabando... de drogas, de dinero, de personas. Fuad Akhundov era un charlatán compulsivo. Como cualquier otro parlanchín, rara vez prestaba atención.

¿Era en efecto tan parlanchín como reacio a escuchar? La edición de *Alí y Nino* que llevaba encima —un libro con el que estaba obsesionado justo porque explicaba su ciudad, su cultura, su pasado, su propia naturaleza; un libro que había leído y subrayado, con marcapáginas y exclamaciones— contenía un ensayo apreciativo que había escrito yo unos cuatro o cinco años antes. Pensé que tal vez le interesara saber que era yo el mismo escritor cuyo nombre aparecía con el de Kurban Said en cubierta: «con un nuevo postfacio de Paul Theroux».

—Ése soy yo —dije, señalando mi nombre.

—Hay una cosa que le quiero enseñar —dijo, sordo a mi comentario, sacudiendo el libro y clavando el dedo en una página con el canto doblado. Y comenzó a leer—: «Era un jardín grande y polvoriento, lleno de árboles ralos, tristonos, y caminos de asfalto. A la derecha se encontraba la muralla de la antigua fortaleza. En el centro estaba el Club Urbano» —Fuad se irguió más, agitó los brazos, se convirtió en una veleta enloquecida y giró sobre sus talones, indicando los cuatro puntos cardinales—. ¡El jardín es ése! ¡Aquéllos, los árboles! ¡La muralla de la fortaleza! ¡El Club Urbano ahí delante!

No volví a decirle mi nombre. Apenas dije nada, porque Fuad se había lanzado a perorar sin descanso.

—Bakú no es un crisol de múltiples culturas. Nunca lo ha sido —dijo—. Pero convivimos. Aquí no existía un gueto judío, como en otros lugares. Los judíos vivían extramuros, eran el cinco por ciento de la población. Tendían a ser arrendatarios, no propietarios de casas ni tierras. Los dueños de las casas eran los azeríes. Con la llegada de los soviéticos se fueron los judíos.

—Nussimbaum era judío —dije—, pero en el libro no aparecen los judíos.

—¡Claro! ¡Porque es una historia de amor entre Oriente y Occidente! Alí y Nino. Los judíos eran abogados, o médicos. Ocupaban en Bakú un espacio completamente distinto, del que no se dice nada en el libro. Pero aún quedan algunos judíos... en la localidad de Quba. Fíjese ahora en esa muralla.

Habíamos bajado una cuesta desde el edificio blanco, el Club Urbano y habíamos pasado por los jardines para ver mejor la muralla que dividía la ciudad nueva, en donde estábamos, de la ciudad antigua: Occidente de Oriente, Alí de Nino. Fuad dijo que la construyó Manuchehr II en el siglo XII.

—Los georgianos siempre nos han despreciado —dijo Fuad mientras nos adentrábamos por los jardines—. Pero estamos más próximos ahora por compartir problemas parecidos.

—¿Y los armenios?

—Gran amistad, gran hostilidad con los armenios —dijo—. Pero yo creo que no hay enemigos permanentes. Los armenios terminaron por ser rehenes de su pasado, por eso se han privado del futuro. ¡Nos abruman las emociones! Los armenios no hacen distinciones entre turcos y azeríes. Veá, todo tiene que ver con 1915. Cuando estuve en Harvard de profesor visitante, espléndida experiencia, conocí a algunos armenios de Yerevan y no tuve problemas. Pero

los armenios de Watertown eran muy beligerantes.

Watertown, en las afueras de Boston, era un enclave armenio.

Apretó el paso, casi al trote por delante de un seto bajo, hacia el centro de un jardín invernal formado sobre todo por robles polvorientos.

—Vea esta escultura —cuando se acercaba a una cabeza grande, moteada, esculpida, sonó su teléfono móvil. El timbre no le disuadió de contarme que era un busto de un estimado poeta azerí, Vahid —«su verdadero apellido es Iskanderov, 1899-1965». Cuando contestó el teléfono, hablando en ruso a toda velocidad, se hizo a un lado para traducirme el poema grabado a cincel en la base de la estatua—. ¡Por la injusticia del destino...! —y siguió murmurando en ruso.

Históricamente, Bakú estaba repleto de contigüidades: una mezquita pegada a una iglesia, un musulmán junto a un cristiano, Oriente paredaño de Occidente, lo antiguo al lado de lo nuevo; como dice el libro, la ciudad antigua está engastada en la nueva «como la nuez en su cáscara». Esto es algo que persiste en la actualidad. Las dos escuelas de las que se habla en la novela aún existen como escuelas, aunque ya no sean de carácter parroquial. Caminamos por la calle mayor, la calle Nikolayaskaya, hacia estas escuelas: la de Nino era el Liceo Femenino de la Santa Reina Tamara, y es en la actualidad la Escuela de Santa Nina; la de Alí está casi enfrente, y estaba cerrada por los festejos del Novruz. Muy cerca se encuentra el ayuntamiento, otra mole de siete plantas, de piedra, construida hacia 1900.

—Esta ciudad se construyó sobre el dinero, la codicia y el petróleo —dijo Fuad—. En 1901, la mitad de la producción petrolífera del mundo procedía de Azerbaiyán. Mire esta imagen —extrajo una hoja del abultado álbum que portaba—. El primer carguero de petróleo del mundo entero, el *Zoroastra*. Lo construyó Alfred Nobel en 1880. Cargaba en Bakú, descargaba en Astrakán.

Recorriendo la muralla de la ciudad que separaba Europa de Asia, la ciudad nueva de la antigua —la antigua consta de veintidós hectáreas, el mismo tamaño que ha tenido siempre—, iba pensando en el entusiasmo de Fuad por su ciudad, su orgullo nacional, su amor por una novela que, según dijo, para él lo era todo.

—No existe en azerí otro libro como *Alí y Nino* —lo agitaba al hablar—. No sólo porque, ¡en efecto!, relate que Chaliapin visita Bakú para cantar, y Chaliapin en efecto vino a Bakú. Fíjese en esa mansión.

Estábamos en la plaza de Sabir, junto a la Sociedad de Caridad, musulmana,

una villa copiada de las villas venecianas. El edificio, dijo Fuad, fue destruido casi por completo en marzo de 1918, a raíz de una revuelta de los armenios en la que éstos asesinaron a treinta mil azeríes (las fuentes armenias afirman que el total fue sólo la mitad). Construido por un tal Musa Nagi, un hombre adinerado y practicante de la fe Baha'i, fue reconstruido en los años veinte.

—Ahora pasamos al capítulo dieciséis. Aquí aparece Musa Nagi —dijo Fuad, y comenzó a leer vigorosamente.

Detesto que me lean. Detesto las pausas. Detesto los balbuceos y los errores de pronunciación. Lo que más detesto es la lentitud. Suelo leer deprisa, con eficacia, y no soporto que alguien se me imponga y me niegue el placer de leer yo mismo lo que sea.

—Permítame verlo —le dije—. Por favor.

—No, no, ¡éste es el mejor pasaje! —dijo Fuad, y alejó el libro de mi alcance. Acto seguido se puso a declamar. Es algo que también detesto—. «Soy un hombre ya viejo» —leyó golpeando con el dedo la página—. «Y me entristece ver lo que veo y oír lo que oigo. Los rusos matan a los turcos, los turcos matan a los armenios, los armenios nos matarían a nosotros si pudieran, y nosotros, los rusos...» —siguió leyendo en voz muy alta, gesticulando, y cuando vio que no contaba con toda mi atención se plantó delante de mí y dio un grito—. «Nuestra alma se esfuerza por acercarse a Dios. Pero cada una de las naciones cree que tiene un Dios de su propiedad para sí sola, y que su Dios es el único Dios que existe. Yo creo en cambio que es el mismo Dios que se dio a conocer a través de las voces de todos los sabios. Por tanto, adoro a Cristo y a Confucio, a Buda y a Mahoma. Todos procedemos de un solo Dios, y a través de Bab hemos de volver a él. Habría que decir a los hombres que no existe lo blanco y lo negro, porque lo negro es blanco y lo blanco es negro.»

—Eso es muy cierto —dije con la esperanza de que callara, pero no había terminado.

—«Por eso, mi consejo es éste. Abstengámonos de hacer nada que pueda ser lesivo para el prójimo, en cualquier parte del mundo, porque todos formamos parte del alma de todos los demás, y todas las almas forman parte de nosotros.»

Fuad cerró el libro de golpe.

—Ahora, querría que mirase de nuevo ese edificio. Vea qué hermosa fachada. Y ahí tiene a Musa Nagi, de la fe Baha'i.

Tallado en la fachada de piedra del edificio se veía el rostro benévolo de Musa Nagi. Fuad había cruzado los brazos y estaba recitando de nuevo, esta vez un poema:

Cada época tiene un rostro,
cada época deja su rastro;
a veces es un asco,
y no sólo en este caso.

—Lo he escrito yo —dijo Fuad.

Proseguimos por la plaza, bautizada en honor de Mirzah Sabir, héroe nacional que murió en 1911. En medio de la plaza, la estatua de Sabir lo representaba sentado. Me dijo Fuad que era un eufemismo visual, porque «hacer que se siente» es en ruso una expresión que designa el encarcelamiento de una persona, y Sabir, escritor satírico, fue encarcelado.

—Se reía de los mulás —dijo Fuad—. Mirzah Sabir dijo: «No tengo miedo de un lugar lleno de dioses y demonios, pero me aterra un lugar lleno de mulás».

Seguimos paseando por la ciudad antigua y Fuad me enseñó la casa de Alí, tal como aparece descrita en el primer capítulo.

—¿Ve la segunda planta? ¡El cuarto de Alí! Es allí donde se asoma y ve — se puso a recitar un pasaje de la novela— «la Torre de la Doncella, rodeada por las leyendas y los guías turísticos. Y pasada la torre comenzaba el mar, el insondable, plomizo mar Caspio, completamente carente de rostro, y más allá el desierto, los roquedos escarpados, los matorrales: sumido en la quietud, enmudecido, inconquistable, el paisaje más hermoso del mundo».

Le conmovió su propia interpretación.

—¿Está de acuerdo con Alí? —pregunté.

—¿En qué?

—Eso del mar. El desierto. El paisaje más hermoso del mundo.

—Sí, cómo no —dijo.

Me pareció notar un callado «pero» en su respuesta.

—Pero... —dije.

—Pero me marcho a Canadá —dijo Fuad.

Tras todo su fervor nacionalista, tras la exhibición de sus conocimientos de historia literaria, tras sus muestras de orgullo cívico y sus declamaciones, sus

citas, los elogios de las estatuas y las mansiones, los poemas floridos, los ojos centelleantes, los gestos ampulosos y el fez rojo, se había acoquinado.

—Este gobierno es un desastre —dijo, y se guardó *Alí y Nino* en el maletín—. Derriban edificios preciosos y no construyen más que mierda. Total, que me quiero marchar.

—Pero éste es un país próspero, y usted tiene un trabajo importante con la Interpol —le dije.

—Mi hijo tiene seis años. No quiero criarle en un ambiente de hostilidad. Quiero que disfrute de mejores oportunidades.

—Y aquí... ¿cuál es el problema?

—Todo es un problema. Sobre todo, los rusos.

Rusia estaba tras todos los movimientos de secesión, tras todas las repúblicas enemistadas, sitiadas, independentistas, desde Abjazia y Osetia del Sur a Daguestán y Nagorno-Karabaj. Cuando le pregunté qué sentido tenía para los rusos el fomento de movimientos nacionalistas en todos estos lugares, dijo que naturalmente no tenía ningún sentido. Era la maldad, la perversidad política en sí, el afán de complicarles la vida a los georgianos y a los azeríes.

—No, no —dijo cuando quise seguir con esta conversación—. Escuche este poema, es mío.

Y volvió a recitar de memoria:

Bakú es el lugar
en que cada piedra
tiene su propia historia.

Torció un dedo en el aire con gesto admonitorio, quitándose de golpe el fez de la cabeza. Se le quebró la voz cuando remató los versos:

Y las historias podrían ser mágicas
si al final no fueran tan trágicas.

—«Vayamos a Fillifpojanz» —dijo Fuad. De nuevo citaba la novela, pues el edificio donde estuvo el café Fillifpojanz aún existía, un edificio pintado de blanco, voluminoso, en la calle Barjatinsky, y estaba en proceso de restauración.

Para llegar hasta allí pasamos por delante de otros indicios de la

prosperidad de Azerbaiyán: los casinos y los bares, las tiendas de artículos de lujo, los cibercafés llenos de jóvenes melencidos que utilizaban ordenadores con videocámaras para hablar con sus mujeres, esposas y novias y amigas. La bonanza de los tiempos se reflejaba en los propios azeríes, que iban bien vestidos y parecían ajetreados, saludando la llegada de la primavera en una festividad soleada, de varios días de duración. Fuad tenía otros planes. No le interesó demasiado describirme Fillifpojanz, y ya tenía la vista puesta más allá de *Alí y Nino*. Tras haberme divulgado sus planes de emigrar, hablaba entonces de lo feliz que iba a ser, de lo mucho que iba a trabajar cuando llegase a Canadá.

7. Tren nocturno de Ashgabat a Mary

Turkmenistán, el *istán* de al lado, era un régimen tiránico y el tirano era un demente, Saparmyrat Niyazov, que se hacía llamar Turkmenbashi, o «cabecilla de todos los turcomanos». Era uno de los chalados más ricos y más poderosos de la tierra, dueño y señor de todo el país. La población se aterrorizaba sólo con oír su nombre, las cárceles estaban llenas, las carreteras estaban cerradas para quienes fuesen como yo. Poco antes le dio la ventolera de hacerse llamar Profeta (*Prorók*), presunción más bien inofensiva si uno es civil, aunque sea además una tendencia patológica, acaso fatal, cuando se trata de un déspota. Para reforzar su mesianismo había escrito una especie de Biblia nacional, titulada *Rujnama* (El Libro del Alma), y se consideraba un excelente escritor, claro síntoma de locura en todo el que lo muestre. Todo lo que había oído sobre ese hombre y ese país me inspiraba aún más ganas de visitarlo.

Trataba el país como si fuera un reino de su propiedad particular, una tierra en la que todo le pertenecía a él en exclusiva, incluida la totalidad del muy abundante gas natural que hay en las reservas de Turkmenistán, gran parte del cual se pierde al diluirse en el aire que mana de su persona en forma de discursos interminables. No hace mucho que profetizó que el siglo XXI habría de ser la edad de oro en Turkmenistán. Había oído que sus demenciales planes para promocionar su imagen por todo el país estaban a la vista en todas partes, aunque destacaban de manera especial las estatuas de oro en la capital, Ashgabat. Me desilusionó la inviabilidad de tomar el transbordador desde Bakú, pero estaba pese a todo deseoso de ver a ese potentado gordezuelo y vindicativo, que de palabra y obra parafraseaba sin cesar a Shelley: «Me llamo Ozymandias, rey de reyes: / ¡ved mis obras, vosotros los poderosos, y desesperad!». Sólo que lo repetía en un erial, en una tierra baldía en medio del desierto.

Por vez primera en todo el viaje tomé un avión, y en el vuelo de cincuenta minutos, de Bakú a Ashgabat, fue (o me lo pareció) como si viajase a través del espejo. El gracioso término de *Absurdistán* ni siquiera valdría para empezar a describir aquella aberración geopolítica: era demasiado misericordioso, previsible, definible, cómico. *Majaristán* podría ser algo más exacto, pues era menos un país que un gigantesco manicomio al frente del cual se encontrase el más majara de todos los pacientes, alguien para el cual el término *megalómano* habría sido demasiado afectuoso e inexacto. Era de sobra sabido que Niyazov detestaba a los escritores y reporteros, y Turkmenistán era uno de los países de más difícil acceso en todo el mundo para un viajero solitario. Podría incluso no haber entrado en Turkmenistán. Se ofrecían viajes en grupo: un día en Ashgabat, un viaje de un día a las ruinas de Merv y vuelta a Uzbekistán en un autobús o en avión. Pero tenía un amigo bien situado y dispuesto a echar una mano. Me sentí agradecido por estar allí.

Niyazov poco antes había construido una inmensa mezquita de ambiente de la era espacial a la que había puesto su propio nombre: la Mezquita Saparmyrat Hajji. Animaba a su pueblo a que hicieran una visita anual, a manera de peregrinación votiva, un *haj* a nivel nacional. Sus retratos, a veces de cientos de metros cuadrados, siendo encima tan poco agraciado, estaban por todas partes. En unos parecía un Dean Martin gordo y sonriente y adornado con el anillo de campeón de la Super Bowl; en otros parecía el presidente ejecutivo de una empresa, malencarado, con una gélida sonrisa, truculento, desafiante. En otros aparecía como un niño precoz, todo de oro, sentado en el regazo de su madre, de bronce. En el más habitual de todos aparecía con el mentón apoyado en la mano, sonriendo con insincera bonhomía, como un cantante de salón. La sonrisa era parte importante de su filosofía política. Tenía unos rasgos italianizantes y a veces posaba junto a un montón de libros, como un autor insufrible en plena gira de promoción. Tenía sesenta y cinco años. Se había proclamado «líder de por vida». Era la voluntad popular, aseguró. Todo lo que tuviera que ver con él proclamaba a los cuatro vientos que había perdido la cabeza. Había prohibido las barbas, los dientes de oro y el ballet. Jefe de Estado y gobernador absoluto, con gran parte de los ingresos generados por el gas natural en sus propios bolsillos, Niyazov era un loco especialmente retorcido a su manera, y Ashgabat era buena muestra de lo que sucede cuando se combinan el poder político y el dinero y la enfermedad mental en un único paranoico.

—Suprimió la palabra que significa *pan* para darle el nombre de su madre —me dijo alguien antes de que llegase.

Al parecer era cierto que propuso la idea, pero es que le salió aún mejor, una locura más descabellada si cabe. Había rebautizado los doce meses del año: enero era él, y algunos otros eran nombres de sus familiares. El nombre de su madre, Gurbansultan-ezdhe, designaba el mes de abril. Los días de la semana también tenían nuevos nombres, de su propia invención, y uno de ellos era Mamá. En aras de los intereses purificadores del nacionalismo, abolió todos los nombres y expresiones que no fueran turcomanos, y decretó que se reescribiese el diccionario de modo que lo reflejase a las claras.

—Si tomas Las Vegas y Pyongyang —me dijo un norteamericano al que conocí allí— y los agitas bien en un vaso mezclador, te sale Ashgabat.

—Es como una especie de Las Vegas, sólo que sin fondos —me dijo otro norteamericano. Se refirió a las torres de mármol blanco, las estatuas de oro, los potentes focos, las fuentes, los espacios desiertos, los árboles muertos. Ninguna de las dos ocurrencias era del todo exacta, porque el lugar tenía una extrañeza insólita, realmente única. Me di cuenta de que algo raro había allí nada más llegar. Las estatuas de oro y los árboles muertos no eran ni mucho menos lo peor de todo.

Aparte del gaseoducto, era un país sin ningún vínculo con el resto del mundo: no había teléfonos internacionales, no había internet, no había teléfonos móviles, ni conexiones por vía satélite. Los periódicos, la radio y la televisión estaban controlados por el gobierno; no había noticias de verdad y no había acceso al mundo exterior. Mi BlackBerry, que había funcionado en Bakú y en Tbilisi, se quedó en blanco. El dictador había decretado que internet era subversivo, y es probable que tuviera razón. Era casi imposible entrar en el país, además de ser muy difícil salir de él.

Los cibercafés llevaban cerrados más de tres años. La gente hablaba en murmullos, y no era de extrañar. Un caso típico, del que dieron cuenta fuentes de información exteriores, era el de una periodista de cincuenta y ocho años, reportera de Radio Europa Libre, Ogulsapar Muradova, madre de dos hijas, que fue detenida y condenada (sin abogado defensor) en un juicio secreto, y condenada a seis años sobre una acusación falsa. En septiembre de 2006, un mes después de ser encarcelada en Ashgabat, Muradova apareció muerta en su celda (al parecer, había sufrido «una herida en la cabeza»), y su cuerpo fue entregado a sus hijas.

La rareza de Turkmenistán fue evidente desde el primer momento, desde mucho antes de ver las estatuas de oro. Pocos aviones tomaban tierra en un aeropuerto que parecía un casino, en manos de funcionarios que tenían muy escasa idea de cómo llevar a cabo su trabajo, de cómo tomar decisiones, lo cual es característico en muchas dictaduras, en las que el miedo a las represalias genera tal rigidez en el comportamiento que a su vez da lugar a la incompetencia. Había por allí hombres de uniformes estupendos, resueltos sólo a retrasar el proceso de entrada de los pasajeros, en su mayoría trabajadores extranjeros —británicos, malayos, filipinos— de la industria del gas. Los funcionarios se sonreían entre sí, pero cuando se encontraban con mis ojos se tornaban furibundos al menos en apariencia.

Uno de ellos, con una gorra de plato ancha, de visera reluciente, me miró y torció el gesto.

—*Prablyema* —dijo.

—¿Qué problema?

—*Shto eta?* —dio un tirón a la camiseta que, dentro de mi bolso de viaje, contenía el objeto de la discordia.

—*Eekon* —dije. El icono de plata que había comprado en el mercadillo de Tbilisi, con un retrato al óleo de Jesucristo, que miraba desde un rombo en el centro, estaba envuelto de manera que no se rayase.

—*Eta staroye* —dijo.

—No, es nuevo.

—*Ochen dorogaya.*

—La verdad es que no. Muy barato.

—*Antikvarnaya!*

—¿Una antigüedad?

—*Da. Prablyema!* —dijo. Me mostró el canto de la mano—. *Zhdi zdyes.*

Estuve esperando casi una hora. Volvieron más hombres. Uno de ellos hablaba inglés, y los demás parecían reírle las gracias.

—¿Por qué trae aquí este *eekon*? —dijo espaciando las sílabas—. ¿Por qué no se lo lleva a casa?

—Es que me lo llevo a casa —dije.

Alzó ambas manos.

—Esto Ashgabat, esto no su casa.

—Voy de camino a mi casa —dije. Lo cual, en el sentido más amplio de la expresión, no dejaba de ser cierto—. Se lo llevo de regalo a mi madre.

—*Mat'* —explicó este hombre a los demás—. Es para su madre.

Mentar a la propia madre siempre suele ser de utilidad, sobre todo en un país en el que habitan gentes del desierto, gentes sencillas, cuyo máximo dirigente, según iba a descubrir, fomentaba una especie de culto de la maternidad.

Pero el hombre no soltaba el impreso de aduanas y parecía desconcertado. Le expliqué que, como uno de los apartados del impreso decía *Descripción y Origen de los Bienes*, podríamos cumplimentar esa porción y yo lo mostraría en la frontera, cuando me fuese, para demostrar que no hacía contrabando con antigüedades. Pareció que a su entender aquélla era una solución de compromiso aceptable, así que al cabo de dos horas de trámites me puse en camino hacia Ashgabat.

—Salió anoche por televisión. Bueno, suele salir casi todas las noches —dijo el taxista. Nadie empleaba jamás el nombre de Niyazov, y tampoco se le apelaba por el jactancioso título de «Turkmenbashi». Caso de que alguien lo hiciera, era siempre en voz baja—. Dijo que quien lea su libro tres veces irá al cielo.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Dijo que le había pedido a Alá que así lo dispusiera.

La *Rujnama* de Niyazov es un tomo de considerable extensión y farragoso donde los haya, en el que mezcla su historia personal, peculiares referencias al folclore turcomano, genealogías, cultura nacional, sugerencias dietéticas, ataques contra los soviéticos, jactancias desmesuradas, promesas enloquecidas y sus propios poemas, uno de los cuales empieza diciendo «Ay, mi alma loca...». El libro contiene más signos de exclamación que un anuncio para enriquecerse de la noche a la mañana, y en gran medida se parece a esa clase de textos. Parece que el dictador lo consideraba una especie de Corán y una guía práctica para el pueblo turcomano, salpimentada de fanáticas charlas de entrenador de adolescentes; aunque tal vez no sea más extraño ni más artificioso que cualquier otro volumen de corte apocalíptico, se sostiene sobre una narración muy tenue, una mezcla de consejos, de discursos suyos ya pronunciados, de historia deturpada, así que es poco más que un somnífero, o «cloroformo impreso», según llamó Mark Twain al Libro de Mormón. Lo leí una vez. Niyazov tendría que prometerme más que el cielo para que leyese ese insoportable tostón otras dos veces.

En cambio, tenía un valor inmenso para el viajero de paso por

Turkmenistán, ya que cualquier escrito, aunque sea malo, o en especial si es de mala calidad, revela la manera de pensar y de sentir de su autor. La *Rujnama*, espantosamente mal escrita, no es una excepción. Muy al comienzo del libro, un esperanzado Niyazov escribe que «los extranjeros que lean la *Rujnama* nos conocerán mejor, se harán antes amigos nuestros», aunque siempre que mencioné la *Rujnama* con algún turcomano más o menos culto apartó la mirada y pareció avergonzado.

En su confusa y deslavazada exposición, Niyazov se remonta a cinco mil años antes (eso dice) y afirma que «la historia de los turcomanos se puede datar en el tiempo de la inundación de Noé». Tras el diluvio, cuando se retiran las aguas, emerge el ancestro original de los turcomanos, Oguz Kan. Los hijos y nietos de Oguz dieron lugar a los veinticuatro clanes de Turkmenistán. La figura de Oguz es una de las claves de la *Rujnama*: Niyazov comenta que los turcomanos llamaron a la Vía Láctea el Arco de Oguz, y al río Amu Darya el río de Oguz, y a la constelación del Carro las Estrellas de Oguz. Oguz asimismo «puso en práctica... el uso del alfabeto nacional de Oguz». Su nombre se aplica a muchos de los rasgos del cielo y de la tierra. Oguz también proclamó iniciada una edad de oro.

El subtítulo que lleva la *Rujnama* (que ahora se suele denominar *La Sagrada Rujnama*) podría ser «La segunda venida»; el subtítulo real es «Reflexiones sobre los valores espirituales de los turcomanos». Niyazov hace hincapié en que es una especie de reencarnación de Oguz Kan, igual de sabio y poderoso que él, y con el fin de demostrarlo ha puesto su nombre a ciudades y montes y ríos y calles. También ha intervenido en el lenguaje a la manera de Oguz, ordenando que el turcomano se escriba en caracteres latinos, además de asegurar que, por haber dedicado toda su vida a lograr que Turkmenistán sea más grande, será presidente vitalicio.

Niyazov era huérfano. Es mucho lo que a partir de esto se desarrolla en el libro, con descripciones que adolecen de una tosca ternura. «He sufrido muchas adversidades a lo largo de mi vida», escribe y cuenta que su padre murió en la Segunda Guerra Mundial, luchando en el bando de los soviéticos en Osetia. Cuando tenía siete años, su madre pereció en el terremoto que asoló Ashgabat en 1948. Aislado, se fortaleció y se negó a llorar las pérdidas. «Cuando me paré a considerar mi situación, comprendí que no era huérfano. ¿Cómo va a ser uno huérfano si tiene a un padre como Oguz Kan?» En vez de sus progenitores naturales, tenía una nación y una causa y un padre tomado de

la historia. E incorporó a sus padres al tejido de la nación, llamando al año 2003 por el nombre de su padre, Atamurat, y a 2004 por el de su madre, Gurbansultan-ezdhe.

Más adelante, en la *Rujnama* (ah, y 2005 fue el Año de la *Rujnama*), se pone especialmente emotivo al hablar de su madre y de las madres en general. Este inciso da lugar a un programa destinado a la veneración de la maternidad. «La madre es sagrada... Sólo es posible entender el sagrado valor de las cosas cuando uno las ha perdido.» Procede a explicar que el padre proporciona el sustento material, pero que la madre proporciona el amor. Recuerda un dicho popular turcomano: «Sin padre, soy un huérfano; sin madre, soy un cautivo», y concluye: «El destino decretó que sufriese yo los dos dolores. Fui a la vez huérfano y cautivo».

Una infancia perdida parece un elemento esencial en la biografía de un dictador, por ser una crianza irregular un factor determinante en el hecho de que alguien llegue a ser un tirano en lo político. Que Niyazov hiciera un festín de sus padecimientos infantiles, sumado a la existencia del Palacio de los Huérfanos en Ashgabat —había instituciones similares en otras ciudades—, es prueba suficiente de que una de sus prioridades consiste en proporcionar provisiones especiales para los niños abandonados o carentes de padres. En cambio, su no pertenencia a un clan, a una verdadera familia, fue un rasgo de valor político crucial en su caso, por vivir en una sociedad dominada por los clanes. «Tiene verdadera debilidad por los huérfanos», me dijo un turcomano. Esta preocupación es tan evidente sobre el terreno como en las páginas de la *Rujnama*, en las que Niyazov describe cómo perdió a sus padres, cómo se encontró solo, cómo estuvo obligado a luchar por sus propios medios.

En lo tocante a los agravios por su situación de abandono, el libro suena (a veces, palabra por palabra) muy parecido al ascenso del austriaco que se dedicaba a colocar papel pintado en casas ajenas tal como se refiere en la primera parte de *Mein Kampf*, donde escribe que «cuando tenía trece años perdí a mi padre», y «cuando murió mi madre, el Destino, al menos en cierto modo, había tomado sus propias decisiones... El chiquillo de tres años se había convertido en alguien que a los quince despreciaba toda autoridad». Pero en la *Rujnama* se trata en términos marcadamente sentimentales la orfandad, y hay aún mucho más —historia, dichos populares, la promesa de la gloria, la lista de obligaciones y deberes— que no resulta del todo hitleriano. «Al mal tiempo, buena cara», dice en una ocasión.

«¡Sonríe!» es una de las órdenes importantes que imparte Turkmenbashi. Hacía mucho hincapié en que los turcomanos sonriesen, tanto en el trabajo como en la adoración. «Como se suele decir —escribió—, “nunca hay arrugas en el rostro de quien sonríe”». Y se pone a recordar: «A menudo me acuerdo de mi madre. Su sonrisa sigue apareciéndoseme... Es una sonrisa que alcanzo a ver en plena noche, incluso con los ojos cerrados».

Una sonrisa tiene un poder especial: «Una sonrisa puede convertir en amigos a nuestros enemigos. Incluso cuando la muerte nos mire a la cara, sonriámosle, y es posible que se vaya sin habernos tocado». Hasta la naturaleza sonríe: «La primavera es la sonrisa de la tierra». La sonrisa puede ser incluso una forma de conversación: «Sonreíos los unos a los otros... Hablaos unos a los otros con sonrisas».

Y, así, páginas y más páginas en el mismo tono, en su inmensa mayoría de autobombo, de culto a su persona. A su sonrisa debió Niyazov gran parte del éxito cosechado como líder nacional. «Esa sonrisa que heredé de mi madre es mi tesoro.» Tal vez por eso casi todos los retratos de Niyazov que hay en todo Turkmenistán lo mostraban tan sonriente, aunque nunca parecía menos fidedigno ni menos divertido que cuando estaba sonriendo. Su sonrisa —cosa que acaso sea cierta en todos los líderes políticos— era el más siniestro de sus rasgos.

Por orden expresa de Niyazov, su libro se estudiaba en todas las escuelas de Turkmenistán; conocerlo a fondo era uno de los requisitos de ingreso en las universidades de toda la nación y también para cualquier ascenso en el escalafón del funcionariado. Los funcionarios de inmigración que tantos quebraderos de cabeza me dieron apenas sabían cómo tratar una simple cuestión aduanera, pero casi con toda seguridad podrían haber citado de corrido que «una sonrisa puede convertir en amigos a nuestros enemigos». Y eso que ninguno de ellos me sonrió.

Lo que no dice Niyazov en la *Rujnama* es que, después de haber recibido su educación en Rusia (estudió ingeniería eléctrica), se convirtió en esbirro del partido. Esto sucedió en los años setenta y ochenta, en tiempo de los soviéticos, cuando poco a poco ascendió en el escalafón del Politburó hasta llegar a ser secretario general del Partido Comunista de Turkmenistán. Fue uno de los provincianos más o menos educados que los soviéticos (en este caso Gorbachov, que fue quien lo eligió, sin darse cuenta de que era un excéntrico) elogiaron por su conversión al marxismo, a los cuales pusieron por ejemplo

perfecto de la eficacia del sistema, con la esperanza de que actuaran como agentes de la reforma. No se dice nada en la *Rujnama* sobre el hecho de que pasara mucho tiempo en Leningrado y en Moscú, ni tampoco se dice que estaba casado con una rusa —y es interesante, sin duda, que fuese una judía— que, sin embargo, prefirió vivir separada de él, en Moscú; que tenía dos hijos, uno de los cuales, Murat, albergaba la esperanza de sucederle en el poder.

Otra omisión de peso en todas las ediciones posteriores del libro (del cual se han impreso más de un millón de ejemplares en más de treinta lenguas, incluidas el zulú y el japonés) es toda mención sobre el intento de asesinato que sufrió Niyazov. En 2002, en lo que casi seguro que fue un fallido golpe de Estado, poco le faltó para morir al ser tiroteado cuando su comitiva atravesaba velozmente la ciudad. El resultado no fue otro que una violenta ola de represión; los autores del atentado y sus cómplices fueron localizados y asesinados o encarcelados. Familias enteras dieron con sus huesos en prisión, y no se volvió a saber nada más de todos ellos. Se corrió la voz de que sus enojados y ambiciosos ministros tramaron un plan para librarse de él, un plan consistente en secuestrarlo, retenerlo y derrocarlo, en vez de acabar con su vida.

En cualquier caso, la trama no salió como se esperaba, y comprensiblemente exacerbó la paranoia de Niyazov; sus ilusiones de grandeza —evidentes por todo el país en forma de estatuas de oro— se agravaron al concurrir con la manía persecutoria. Ordenó drásticas medidas represivas: nada de internet, nada de teléfonos, control total de los medios de comunicación, de todos los movimientos de la población. Y ese molesto rasgo que es característico de las tiranías: los controles de carretera. Estaban montados por todas las ciudades y en todas las rutas, a la salida de las ciudades, a intervalos de seis kilómetros. En una excursión de unos veinte kilómetros hasta unas ruinas cercanas nos dieron el alto tres veces los hombres armados de costumbre, con sus uniformes impecables y sin la menor idea de lo que debían hacer con los coches a los que daban el alto. Examinaron los papeles, miraron el asiento de atrás, pusieron cara de pocos amigos, se llevaron los fusiles al hombro; en realidad, estaban perplejos.

En aquella excursión para ver las ruinas pregunté por la pasión que manifestaba Niyazov a la hora de renombrar las cosas. Fui con dos turcomanos, un hombre al que llamaré Mamed, que tenía un inglés más bien rudimentario, y una mujer a la que llamaré Gulnara, que hablaba bastante bien.

Lo más divertido fue que si bien Mamed y Gulnara habían leído los avisos de cambios de nombre, eran tantos que no los habían retenido del todo.

—Enero ahora se dice Turkmenbashi —dijo Gulnara—. Al primer mes le puso su nombre. ¡Ja! Febrero es Bayderk, la bandera. Marzo es Nowruz. Abril es Gurbansultan-ezdhe, su madre. Junio es Oguz, el héroe nacional. Mayo... ¿Cómo se decía mayo?

—Mayo es Sanjar —dijo Mamed.

—No, eso es noviembre.

—¿Estás segura?

—Septiembre es Rujnama, eso seguro —dijo Gulnara—. ¿Tú qué opinas, Paul?

—Cualquier escritor soñaría con que a un mes se le ponga el nombre de su libro.

—Agosto es Alp Arslan —dijo Mamed—. Era un sultán.

—Te olvidas de julio —dijo Gulnara.

—No me acuerdo de julio. ¿Cómo se dice?

Gulnara negó con un gesto. Entornó los ojos.

—Y octubre...

—Garashsyzlivk —dijo Mamed.

—Independencia —dijo Gulnara.

La misma vaguedad de conocimientos la mostraron con los días de la semana, aunque Gulnara empezó con aparente seguridad.

—El lunes es Bashgün, el Comienzo. El martes es Yashgün, Día Joven. El miércoles es Hoshgün.

—El martes es Hoshgün —dijo Mamed—. El miércoles es Yashgün.

—Me parece que no —dijo Gulnara.

Su confusión resultaba graciosa, aunque políticamente hubiera dado lugar a sospechas, ya que el cambio de nombres se consideraba de la máxima importancia. Por decreto gubernamental, todos los departamentos, todos los ministerios, escuelas, universidades, la policía, el ejército, todos los ciudadanos tenían que demostrar su perfecto conocimiento de los cambios, y además tenían que utilizar los nuevos nombres.

—¿Y qué pasa si la gente habla en ruso? —pregunté, ya que el ruso era corriente, puesto que en Ashgabat existía una comunidad de rusos que llevaban muchos años residiendo allí, un tanto marginados por el nacionalismo de Niyazov, aunque ya eran mayores y no parecían dispuestos a marcharse.

—Aun cuando hablen en ruso, y aunque sería normal que emplearan los nombres que se dan en ruso a los meses y a los días de la semana, emplean los nombres nuevos. Y eso no tiene ni pies ni cabeza.

—Me han dicho que cambió el nombre del pan.

—Eso sólo fue una idea —dijo Gulnara—. Pero sí que cambió el nombre del ketchup. Hizo un tremendo discurso. «¿Por qué decimos *ketchup*? Es una palabra extranjera. Nosotros somos turcomanos. Es preciso que tengamos una palabra para llamar a esto!»

—¿Y cómo se dice?

—Ketchup se dice *uwmech*.

—Si buscase *uwmech* en el diccionario, ¿qué diría?

—Diría «ketchup», sólo que no tenemos diccionarios nuevos en Turkmenistán.

—Él los ha suprimido —dijo Mamed.

Tanto hablar del obsesivo presidente del país provocó que Mamed y Gulnara se sintieran cohibidos.

—¿No os molesta —dije cuando callaron— que el presidente haya impuesto todos esos cambios? No sólo los cambios de nombre, sino además el nombre de su madre, el de su padre.

—Casi nadie piensa en eso —dijo Gulnara. Más bien quiso decir: nadie quiere pensar en eso, porque así sólo consigue uno entristecerse.

—¿Y qué hay de las estatuas de oro con las que se representa?

Mamed hizo una mueca, sacudió la cabeza, se puso alerta. Se decía que las habitaciones de los hoteles y las salas de los hoteles estaban pinchadas, que se pretendía captar cualquier conversación subversiva; no sería de extrañar que el coche también estuviera pinchado con micrófonos.

Pero Gulnara sí manifestó una opinión. Era una mujer segura de sí misma e inteligente, cualidades que compartía con muchas de las mujeres que conocí en Turkmenistán.

—Las estatuas. Los eslóganes —dijo—. Los planes quinquenales. Todo eso ya lo hemos visto antes. Con Stalin... y con otros.

Y es cierto que en el caso de las imágenes y los lemas autolaudatorios que se han expuesto en edificios públicos, los soviéticos han sido casi imbatibles, con la efigie sobredorada de Lenin por todas partes, y luego en las ciudades y los pueblos en los que ya existía una estatua de Lenin se erigió otra de Stalin. No era de extrañar que el aspirante S. Niyazov se cambiase de nombre por el

de Turkmenbashi (como hizo Iosif Dzhugashvili, que pasó a llamarse Josip Stalin) y que engendrarse una dictadura completa con el culto a su personalidad.

—Todo esto no durará —dijo Gulnara.

No sólo fue una sabia observación, sino también la forma adecuada de calibrar la verdadera valía de aquella autocracia, puesto que aquel individuo hiperactivo y dominante tarde o temprano había de morir, ya que además padecía una diabetes grave y había sufrido al menos un ataque al corazón y sin duda moriría más bien pronto que tarde. Y entonces caerían todas las estatuas de oro.[\[6\]](#)

Entretanto, los turcomanos, una población que rondaba los cinco millones de habitantes, manifestaban su desafecto por medio de chistes. Uno decía así: «¿Por qué es Turkmenbashi el hombre más rico de Turkmenistán? Respuesta: porque tiene cinco millones de ovejas». Y se echaban a reír al recordar que Niyazov había sugerido que sus conciudadanos royese los huesos de los animales, porque sería bueno para sus dentaduras.

De camino a las ruinas habíamos pasado junto a una serie de viñedos de propiedad estatal, y es que otra de las rarezas de un estado islámico como Turkmenistán es que poseía una vigorosa industria del vino, para la exportación y para el consumo local. En la linde del desierto nos acercamos a una elevación del terreno que era más montículo que colina, sobre la cual se encontraba una estructura deteriorada de ladrillos de adobe en la que aún era posible reconocer una mezquita.

Era Anau, las ruinas de una mezquita del siglo xv, cosa que no es insólita en Turkmenistán, en donde se presentaron los primeros proselitistas islámicos ya en el siglo vii; el Profeta había ordenado a los mensajeros de la fe, en La Meca, que viajaran en esta dirección, y la tasa de conversos fue elevada. Lo que daba un aire inusitado a esa mezquita es que arquitectónicamente dejaba ver cierta influencia china, detalles aún luminosos en mosaicos de los que casi no se tiene noticia en otras mezquitas, imágenes de animales y retratos de seres humanos, ninguno de los cuales son corrientes en el arte islámico. Sobre el arco de entrada había unos dragones deteriorados, pero aún sinuosos.

Gran parte de Turkmenistán era un erial desértico, matorrales resacos, pedregales polvorientos y poblados por lagartos, un paisaje como la arena del cajón en que defeca un gato. En tiempos soviéticos, sus pocas ciudades y

pueblos eran avanzadillas tan olvidadas y destartaladas como cualquier colonia imperial, en donde los habitantes, con sus ropajes de vivos colores, tejían alfombras y entregaban sus reservas de gas y de petróleo a los dominadores rusos. Esta explotación, una de las injusticias que se denuncian en la *Rujnama*, no siempre había sido así. Los dragones de la mezquita eran recordatorio de que esa parte de Turkmenistán se encontraba en la Ruta de la Seda, la ruta hacia China, por la que habían pasado algunos de los viajeros más curtidos, así como inmensos tesoros, osados generales, numerosos ejércitos: Alejandro Magno, los partos, los árabes, los mogoles.

La mezquita era un lugar de peregrinación, ya que en el recinto se encontraba la tumba de Seyyed Jamaluddin, el padre de un gobernador local del siglo xv. Una docena de personas, sobre todo mujeres con sus niños, rezaban ante un montón de ladrillos rotos que indicaban el enterramiento.

—Vienen porque él tiene una buena comunicación con Alá —dijo Mamed.

Había otra tumba, la Tumba de la Mujer Soltera, aunque dijo Gulnara que «mujer soltera» también se podría traducir por «virgen». Allí oraban las mujeres jóvenes, y antes de ellas habían acudido por centenares: habían dejado huella en forma de símbolos de sus peticiones y plegarias. La mayoría expresaba el deseo de ser bendecidas con el embarazo. Había lazos atados a las ramas de un árbol cercano, cunitas talladas sin la menor ambigüedad, y huesos de cordero apilados con esmero, dijo Gulnara, indicio todo ello de que también acudieron con niños, ya que los huesos eran juguetes comunes entre los niños de Turkmenistán. Las horquillas indicaban que se trataba de niñas, al igual que los retazos de tela de colores; los cochecitos de plástico indicaban que era un niño lo que se aspiraba a engendrar.

—En el islam esto no se suele hacer. No se apela a una mujer muerta —dijo Gulnara—. Uno ha de pedir a Alá sus deseos. Pero ésta es una mujer poderosa.

Comenté que casi todas aquellas prendas dejadas en plegaria indicaban que era un niño lo que se deseaba.

—Las mujeres que han parido a sus hijas —dijo— tienen otra manera especial de indicar que desean un hijo. A la niña le ponen por nombre Basta, «Besteir», o Harta, «Boyduk». Son nombres corrientes. Yo conozco a muchas que se llaman así.

A unos doce metros de la destartalada mezquita había otro montículo en el

que vi cientos de chozas de juguete hechas con los ladrillos de adobe. Parecía una ciudad en miniatura. Un hombre acucillado, con chilaba, y una mujer con un voluminoso turbante estaban construyendo una de esas chozas mientras los mirábamos de cerca.

—Gente que ruega por tener una casa —dijo Gulnara. Las imágenes representaban a personas, sobre todo jóvenes parejas, que vivían con sus padres en atestadas casas de alquiler, en aldeas pobres, a las afueras de Ashgabat, y que deseaban disfrutar de un hogar propio.

La crueldad de la política impuesta por Niyazov era evidente en esa escena de chozas de juguete, súplica visible —y elevada no a Turkmenbashi, sino a Alá— y ruego por una vivienda. Eran muy numerosas las personas sin hogar en un país de riqueza fabulosa. En su cometido de urbanista, Niyazov había ordenado la demolición de muchas viviendas, de bloques enteros, de barrios de Ashgabat cuyos pobladores tuvieron que dispersarse, pero no dio nuevo alojamiento a las personas a las que había dejado sin casa. Vivían en precario, provisionalmente, en las chozas de las afueras de Ashgabat. Y allí donde estuvieron sus hogares se alzaban ahora las estatuas de oro, las fuentes, los desmesurados edificios de mármol blanco, y más bloques de viviendas de mármol blanco y de aspecto ridículo, erigidos como columnas de sal con adornos de oro y todos ellos vacíos, porque en su lujosísimo absurdo eran imposibles de costear.

El islam no es algo inmutable, sino que está sujeto a variaciones. En una muestra de lo que los antropólogos llaman sincretismo —las costumbres locales se adaptan, se añaden a un sistema de creencias importado—, el islam allí adquiriría color local, como sucede con el catolicismo en Sicilia o en el Congo. Allí estaban los santos y mártires nacionales que acaso intercedieran por los fieles, y allí estaban los fetiches. Los juguetes y los modelos y símbolos a pequeña escala, colocados a modo de súplica, eran una innovación. El simbolismo de los nombres era una forma de adquirir poder sobre el propio destino. Apelaciones a los espíritus, no directamente a Alá. Esa clase de plegaria turcomana, destinada a controlar el destino, era poco habitual entre los musulmanes.

A lo largo de los días siguientes llegué a la conclusión de que la cultura de Turkmenistán, tal vez debido a su historia, plagada de tiranías, era una de las más proclives a las supersticiones que nunca haya visto.

Por el baño de oro y por la solemnidad, las estatuas de la capital tenían

cierta aura eclesiástica. Un cabecilla a caballo, otro de bronce, otro tallado en piedra, no son lo mismo que un cabecilla que aparece siempre revestido de oro. En todas estas estatuas Niyazov era El Dorado, el Hombre de Oro, todopoderoso, omnisciente. No era de ley quedarse embobado mirándolas: había que venerarlas. Una de las estatuas, en la que estaba representado Niyazov con el brazo en alto, rotaba sobre su eje volviendo la cara de la efigie al sol, como si lo guiase en su curso por el cielo del amanecer al anochecer. En otra, el Arco de la Neutralidad, se encontraba encima de un gigantesco catafalco de mármol que recordaba y que de hecho era llamado entre los habitantes la Taza del Retrete. En algunas estatuas de oro aparecía Turkmenbashi sentado, en otras a caballo, saludando y esbozando, cómo no, su sonrisa de veinticuatro quilates. En otras muchas aparecía en forma de precoz niño de oro.

Una vez dijo a un periodista: «Reconozco que son demasiados los retratos, los cuadros y monumentos [míos]. No es que me complazca en todo ello, pero es que el pueblo lo demanda por su mentalidad».

Todas estas estatuas e imágenes, cómo no, estaban destinadas a ser destruidas; su condena estaba escrita en letras de oro, en los gestos de oro. Obedecían a una concepción de tan soberbia desmesura que era mera cuestión de tiempo que terminasen derruidas. Había una estatua de Lenin en la plaza de la Neutralidad, en Ashgabat, de bronce y de tamaño natural, con un mosaico que imitaba una alfombra turcomana y una leyenda en ruso y en turcomano: EL LENINISMO ES LA VÍA HACIA LA LIBERACIÓN DE LOS PUEBLOS DE ORIENTE. Por comparación con las otras resultaba modesta y con encanto, a años luz de las estatuas de Niyazov, de oro, triplicado su tamaño natural, que eran como órdenes para someterse a todas sus demencias, y, por añadidura, un desafío a los turcomanos del futuro, un reto para que las derribasen.

Aunque la ciudad era de mármol blanco y de oro, como las estatuas y los bloques de viviendas y los ministerios y los anfiteatros, la totalidad de Ashgabat tenía el aire pomposo y vulnerable de un lugar resuelto a desafiar su destino. Si no acabase con ella un terremoto, llegaría su fin con un golpe de Estado, y todo aquello quedaría hecho pedazos por mano de los ciudadanos indignados a los que había engañado el dictador con sus despilfarros.

La ironía de Ashgabat estriba en que en ninguna parte, entre las estatuas de oro y las plazas de mármol blanco, con sus fuentes y sus arcos del triunfo, en

ninguna parte había un sitio donde sentarse. Era una ciudad sin bancos, cuyo sutil mensaje era evidente: «Caminen, no se detengan».

«Construiré un bosque en el desierto», había prometido Niyazov. Los turcomanos decían que al dictador le entusiasmaban los pinares de Rusia. En ellos encontró inspiración; los echaba de menos entre las piedras y las dunas. Turkmenistán, con sus llanuras azotadas por el viento, con sus barrancos de rocas calcinadas por el sol, bien se merecía un bosque.

Ordenó que se plantaran cientos de miles de retoños, si no millones, y aunque llegaron a tener medio metro de altura —las tareas de plantación seguían en marcha cuando estuve en Ashgabat—, el plan de reforestación no había tenido éxito.

Hay árboles resistentes a las sequías: por ejemplo, ciertos cipreses, ciertos álamos, los árboles bajos y retorcidos que se ven en los barrancos resecaos de la Patagonia, los que florecen no se sabe cómo en las desérticas extensiones de la región china de Xinjiang Uygur. Pero los abetos de Douglas, los pinos blancos y algunas otras coníferas, tan caros en el recuerdo de Niyazov, no medraban en aquellas tierras. Los habían plantado en inmensas hileras, formando filas bajas en pleno centro de Ashgabat, y en grandes extensiones de territorios de secano en las afueras de la ciudad, con la intención de que formasen un bosque instantáneo. Se puso en marcha un sistema de irrigación por goteo para regarlos, pero eran de la especie menos aconsejable al clima. Los calcinaba el sol, los aplastaba el viento, y un buen tercio de todos ellos tenía esa tonalidad de rojo herrumbroso, el vívido color con que se aprecia la muerte de una conífera.

—Los llaman *arçabil* —dijo mi nuevo guía, Masut—. A él... en fin, a él le gustan.

Estaba a la espera de que alguien llamase por su nombre al dictador. «Turkmenbashi» era demasiado pomposo, «Niyazov» demasiado presuntuoso y familiar. «El Presidente» y «el Líder» eran demasiado formales, y «el Profeta» era algo que costaba decir sin torcer el gesto. Más adelante supe que los turcomanos por lo general lo llamaban *mähriban ata*, «querido padre», o *serdar*, «el jefe de la tribu».

Íbamos hacia el oeste, pasando por delante de rótulos en los que se decía PUEBLO - PATRIA - TURKMENBASHI, decenas de rótulos, saliendo de la ciudad por donde se había plantado el bosque, que estaba seriamente deteriorado,

marronáceo; algunos árboles que se habían afianzado por medio de tirantes de alambre habían caído. Los árboles se trajeron de Rusia y de Ucrania; Bashi los había canjeado por gas. Las plantaciones parecían un descomunal criadero cuyo propietario hubiera perdido el contrato de arrendamiento.

En la ladera de un monte, en grandes letras talladas con bloques de mármol, había un rótulo en turcomano: NUESTRO CAMINO DE LA SALUD DE NUESTRO GRAN LÍDER ETERNO. Era el tipo de mensaje grandilocuente que había visto una década antes en Albania, y que sin duda terminaría del mismo modo, convertido en un montón de escombros en el valle contiguo. Ése pretendía inculcar en los ciudadanos el deseo de transitar por el camino pavimentado que se internaba en el bosque moribundo de árboles enanos.

—Quiere que estemos sanos —dijo Masut.

Era de todos modos cuestionable que Niyazov quisiera que su pueblo gozara de buena salud. Había cerrado todos los hospitales que no estuvieran en Ashgabat, había dado los puestos de trabajo de miles de trabajadores sanitarios a los reclutas forzosos del ejército, y había instruido a los médicos rurales para que le fuesen leales a él, a Turkmenbashi, y a la *Rujnama*, antes de cumplir con el juramento hipocrático.

—A mí los turcomanos me parecen saludables —dije—. Tienen una dieta equilibrada. No fuman. Parecen buenos trabajadores.

—Pero él quiere que tomemos el Camino de la Salud.

Ése era el programa oficial. Lo de menos era que uno fuese un nómada, un aldeano, un recolector de algodón; lo principal era hacer lo que se les dijera, y hacerlo de manera saludable: tomar el Camino de Nuestro Gran Líder Eterno, más de treinta kilómetros de camino pavimentado que recorrían la ladera. Más allá se encontraba una de las muchas residencias de Bashi, otro palacio. Afirmaba que los cien millones de dólares que costó el palacio presidencial, con su cúpula de oro y sus mármoles blancos, no obedecieron a una decisión suya. («Yo sólo quería una casa pequeña y acogedora.»)

—Y hay mucha gente que no tiene empleo —dijo Masut—. La cifra podría alcanzar el sesenta por ciento fuera de Ashgabat.

—Me sorprende que no estén enojados —dije.

—Algunos lo están. Pero también es cierto que hay cosas baratas. El gas natural para la calefacción es gratis. La electricidad es gratis. La gasolina cuesta tres centavos el galón. Puedo llenar el depósito de este coche por

cincuenta centavos.

—A su entender, ¿cuáles son los problemas que tienen ustedes? —pregunté.

—Sí, problemas claro que tenemos, pero no podemos afrontar los problemas, porque problemas no hay —dijo Masut y me sonrió con una sonrisa transparente, para darme a entender que no quería oír más preguntas.

Pasó otro día; Masut y yo fuimos al gran bazar que había en las afueras de Ashgabat, que tenía dos nombres: el bazar de Tolkuchka, tomado de una palabra rusa que significa «empujar», y el bazar de Jygyldyk, una onomatopeya en lengua turcomana que significa algo así como «balbucear» o «farfullar».

Los turcomanos tienen pavor al mal de ojo, característica tal vez heredada del chamanismo que ha dominado la vida espiritual en la región desde tiempos muy antiguos, un reflejo angustiado que aparece en todas las esferas de la existencia de los turcomanos. Este aspecto supersticioso, combinado con el islam, ha generado una abundante parafernalia de aire santurrón para protegerse del mal de ojo.

Esta clase de baratijas estaban a la venta en muchos de los puestos del bazar, no sólo el ojo de cristal, o el talismán de madera tallada, sino también un símbolo hecho de cuerno de cabra que, según Masut, era eficaz contra las maldiciones. Este totemismo formaba parte de las plegarias, de la caza de reliquias, de los amuletos, las imágenes, los cuencos y los coches de juguete y las casas de muñecas que había visto en otros lugares. En un estado policial que tiene un control absoluto de todo lo que viene y va, en un lugar herméticamente cerrado, era conmovedor ver a los lugareños obsesionados por la magia negra y las fuerzas del mal.

Era como si el mal llegara con la extrañeza de una bocanada de aire caliente, en forma de diabólico rayo de la muerte. El específico más corriente en contra de esta maldad era un amuleto que rompía en pedazos las fuerzas del mal, una especie de prisma de lana coloreada que uno llevaba a modo de colgante o brazaletes, o que se colgaba sobre una cama o en el dintel de una puerta. Algunos de estos talismanes se parecían a las correíllas de lana multicolor que había hecho yo en los campamentos de verano cuando era pequeño. Pero lo de menos era que pareciesen insustanciales; aquellos amuletos funcionaban, o al menos eso me aseguró Masut, que me compró un trozo de cordel lanoso, marrón y escarlata, protector contra el mal de ojo, para que atravesara Uzbekistán sin contratiempos.

—Y esta hierba es muy potente —dijo Masut, a la vez que acariciaba un

saquito de hojas secas—. Tanto, que se le llama «los mil maridos».

En casi todos los sentidos, el bazar de Tolkuchka, en las afueras de Ashgabat, era más grande, estaba más lleno de vitalidad y resultaba más variado que sus rivales —por ejemplo, el mercado cubierto de Estambul, el bazar de Damasco o el Centro Comercial de América que hay en Bloomington, Minnesota—, más vistoso, con sus toldos al viento y las telas que separaban un puesto del contiguo. Se notaba una alta competitividad y un intenso color local; no se veía a un solo turista. Abarcaba bastantes hectáreas, y el mercado de caballos ocupaba por sí solo lo que podría haber sido todo un campo de atracciones.

Comprar una alfombra o un melón o un saco de especias habría sido tan sólo una parte del interés que encerraba semejante bazar. Otra actividad periférica era la interacción entre las distintas personas, los agricultores llegados de lejos con sus familias, los chicos desgarbados, las chicas tímidas. El bazar era un sitio legítimo para mirarse los unos a los otros, encontrarse y, si no flirtear exactamente, sí al menos intercambiar sonrisas. La gente del campo viajaba durante uno o dos días en un viejo autobús o en un tren nocturno para llegar a Ashgabat y encontrarse con la gente de la ciudad; las familias se reunían para hacer un picnic; los hombres, para alardear y hablar a gritos, y los chicos para quedarse boquiabiertos a la vez que parecían imitar a sus mayores. Ese bazar era una especie de vórtice, un foco que atraía a los turcomanos de todas partes en una antigua ceremonia de encuentros y negociaciones, en el que las personas aisladas se deleitaban al estar en medio de un ruidoso gentío, mientras sonaba la música y rebuznaban los camellos y los buhoneros pregonaban a voces sus mercancías.

Allí se vendía todo lo que sea imaginable, no sólo ropa hecha en China, zapatos, cinturones y pantalones vaqueros, sino también hileras y más hileras de vestidos de terciopelo hechos en los alrededores, con unos cuellos de quita y pon, en encaje recamado a mano, en forma de yugo, exquisitos, que son únicos entre las mujeres de Turkmenistán.

Además de los comestibles —tomates, zanahorias, patatas, arroz, verduras de todo tipo, hierbas aromáticas, fruta fresca y apilada en los puestos y en las carretas— había abundantes tejidos y labores tradicionales de Turkmenistán: media hectárea del bazar estaba dedicada a las alfombras y kilim, la mayoría de una tonalidad rojiza, aunque también las había verdes y amarillas.

—¿Ha visto esto? Son peces —dijo Masut, e indicó el motivo de unas

espinas de pez en una alfombra de gran tamaño—. Ésta es de un clan que vive a orillas del mar Caspio, donde el pez es un símbolo importante.

Había objetos de latón, samovares, cucharas de plata, fuentes también de plata, como el tipo de tesoros de familia que vi en el mercadillo de Tbilisi; esta clase de objetos ocupaba mesas y más mesas. Había objetos hechos en Rusia —hebillas para cinturones, botones de uniformes militares, condecoraciones y medallas conmemorativas. Y había objetos de bronce, cerámica procedente de excavaciones, piezas que parecían genuinas y otras que parecían falsas. Montones de monedas, a veces rublos del régimen desaparecido, y muchas que según juraban los vendedores eran antiquísimas, procedentes de Seljuk, del imperio otomano, de Luristán, de Gulistán, monedas de las ciudades arruinadas en medio del desierto, de los turcomanos de Gurly, en Afganistán y en la India. ¿Cuántas serían falsas? Es probable que muchas. Encontré sin embargo a un hombre que aseguraba que la moneda que estaba lanzando al aire era de oro macizo, procedente de Merv o de Bujara, y se la compré justo por ser portátil, por ser hermosa, por lo resbaladiza que era la lisura del anverso y del reverso.

Hubo otra cosa que me atrajo en el bazar de Tolkuchka: lo multiétnicos que eran los compradores y los vendedores. La mayoría eran obviamente turcomanos, pero había muchos rusos, algunos persas, azeríes y también uzbekos. En los años treinta, Stalin decretó que los pobladores soviéticos de la Unión se dispersaran para que se debilitase el impulso aglutinador que reunificaba a las poblaciones nativas, de modo que el color de la población, por así decir, se diluyese. Por un lado, así dio a ciertas repúblicas como Turkmenistán y Uzbekistán el aire de un crisol de las razas; por otro lado, logró que los más levantiscos fuesen más fáciles de tratar. El grupo étnico más lejano que encontré en el bazar, y en todo Turkmenistán, fueron los coreanos.

—¿Stalin los mandó aquí? —pregunté.

—Mandó a mi padre y a mi madre —me dijo una mujer. Llevaba una cofia blanca, como de enfermera, y un delantal blanco.

Había varias mesas de mujeres coreanas, todas sonrientes, con los dientes de oro al aire, dando voces para llamar la atención sobre las bandejas en las que habían apilado las coles encurtidas.

—*Kimchi* —dije, la única palabra que sabía en coreano.

—¡Sí, sí! ¡Pruebe, pruebe!

—Es barata. Es la mejor. Cómpreme un poco.

—¡Lléveme a América!

Una tarde, en Ashgabat, provoqué un incidente diplomático, cosa que sucede a menudo en Turkmenistán, aunque sea un inconveniente para un viajero extranjero deseoso de pasar inadvertido, en el anonimato. Uno de los peligros que tiene la vida en el país es el de irritar al gobierno, y probablemente ésa era la razón de que los turcomanos por lo general mantuviesen la cabeza gacha y hablasen en susurros.

Accedí a dar una charla informal e inofensiva en Ashgabat a unos cuantos escritores y periodistas. Se presentó una treintena de hombres y mujeres en una especie de sala de juntas de un hotel que la embajada estadounidense empleaba como anexo. Al estar en Turkmenistán, los asistentes eran en lo físico de todo tipo y condición: había mujeres vistosas con sus vestidos de terciopelo y los cuellos blancos, con el rostro impasible de los nómadas, y había hombres cetrinos, picudos, con recios abrigos, así como hombres más jóvenes, con bigote, viejecitas rusas con vestidos azules, cada cual con su bolso, y había unos tipos impresionantes, con pintas de guerrero, acomodados con la silla a la inversa y los brazos cruzados sobre el respaldo, y un hombre de aire furtivo que no dejaba en paz un pesado bolso que llevaba en bandolera, y dos jóvenes muy pálidas, dos esbeltas bellezas de tipo eslavo, de cabello lacio, rubio, de pie y pegadas a la pared, con timidez evidente, que no me quitaban de encima sus ojos límpidos y azules.

El tema del que iba a hablar fue de nuevo el viaje de regreso, los placeres del viajero que envejece, el modo en que el paso del tiempo revela la verdad de las personas y los lugares. Hablé durante unos veinte minutos gracias a un joven traductor que tenía buen dominio del inglés. Al final hubo una breve y cortés salva de aplausos.

El hombre que no dejaba en paz el bolso había sacado una cámara fotográfica —se notaba que era de las caras— y comenzó a hacer fotos.

—¿Alguna pregunta?

Se levantaron varias manos.

—¿Qué piensa usted del islam? —preguntó uno.

Respondí con todo el tacto que pude, elogiando unos versículos del Corán en los que se fomenta la hospitalidad que yo mismo, un viajero entre musulmanes, tanto apreciaba, y rápidamente pasé a la siguiente pregunta.

—Soy poeta —declaró una de las abuelitas rusas. Pasó a preguntar de qué

forma podría conseguir que sus poemas se tradujeran al inglés y se publicasen en Estados Unidos.

La remití al compañero que había traducido su pregunta.

—¿Cómo escribe usted una novela? —preguntó un joven.

Comenté que necesitaba una idea, y unos personajes, y una ambientación, y unos dos años de soledad.

—No estará aquí mucho —dijo otro hombre—. ¿Cómo es posible que nos entienda en tan poco tiempo?

—En esto tiene toda la razón —le dije—. Es imposible. ¿Qué particular cree importante que entienda yo a propósito de Turkmenistán?

—¿Sabe lo de las pensiones?

—No, no lo sé. Cuénteme.

—El gobierno ha reducido las pensiones estatales a algunas personas —dijo levantando la voz—. En algunos casos, se trata de personas a las que otorgó sus pensiones el gobierno soviético, pero con la independencia de Turkmenistán se suprimieron esas pensiones. ¿Qué opina usted?

Mientras hablaba, el tipo de la cámara se inclinó y comenzó a fotografiarle.

Se dio la vuelta y me hizo a mí una foto mientras hablaba.

—En Estados Unidos tenemos un problema similar. Muchas personas mayores tendrán que trabajar durante más años porque los fondos de pensiones del estado se están agotando. Ahora mismo, la edad para la jubilación con cargo a la Seguridad Social es de sesenta y seis años, y sigue en aumento.

—Ya, ¿y nosotros? —insistió el que había hecho la pregunta. Lo dijo con voz estridente—. La situación es gravísima.

El fotógrafo se situó en donde terminaban las sillas de los asistentes y comenzó a disparar.

—¿Usted no recibe su pensión?

—¡Son muchos los miles de personas que no la reciben! Son obreros. Ahora son viejos y no tienen nada de qué vivir. Éste es un país rico, pero esas personas son pobres. Es el gobierno el que nos ha hecho esta jugarreta. ¿Por qué no escribe usted sobre todo esto?

—Usted es escritor... Todos ustedes son escritores —dije—. Son ustedes los que deben escribir sobre todo eso, no yo. Ustedes conocen todos los detalles. ¿Por qué no lo hace usted?

—Yo no soy escritor —dijo el hombre—. Soy el presidente del Partido por la Unidad y Neutralidad de Turkmenistán.

Antes de que me lo pudieran traducir, el fotógrafo dio un salto e hizo fotografías desde distintos ángulos, golpeándose sin cesar con el bolso que llevaba en bandolera.

En ese momento, un oficial de seguridad, norteamericano, dio tres zancadas hacia el fotógrafo y, abordándolo por detrás, lo sujetó por el abrigo con una mano y le arrebató la cámara con la otra. Obligó al hombre a salir de la sala de juntas. Fue todo tan rápido que el fotógrafo no tuvo ni tiempo de protestar, aunque le oí dar alaridos justo cuando se cerraba la puerta de golpe.

—¿Escribe usted sobre el amor? —preguntó una de las bellas mujeres de ojos azules.

Le dije que constantemente. Abundé sobre este asunto y al acabar di por terminada la reunión. La sala se quedó vacía en un abrir y cerrar de ojos.

Pero el daño ya estaba hecho. Había permitido el acceso a un foro de expresión a un disidente en materia de política. Resultó que ésa fue la primera ocasión en que alguien oyó hablar de aquel partido clandestino. Y hubo por así decir daños colaterales, pues los escritores y periodistas que fueron invitados con sigilo (muchos de ellos impopulares para el gobierno) habían sido fotografiados. El fotógrafo era un espía del gobierno, enviado allí para que tomase buena nota de todo lo que se dijera.

—Mal asunto —dijo el joven que había hecho de intérprete.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunté al oficial de seguridad norteamericano.

Me había impresionado su destreza: sin vacilación, sin crear una escena, se había llevado de allí al tipo y había sacado su cámara de la sala. En el pasillo, el oficial de seguridad había extraído la tarjeta de memoria de la cámara y había borrado las imágenes mientras el fotógrafo se desgañitaba. La trascendencia de la expulsión me llegó después, como la onda expansiva, cuando comprendí qué acababa de ocurrir.

—Un tipo del gobierno —dijo el norteamericano—. Tendría que habérselo pensado mejor. Esto es técnicamente propiedad del gobierno de Estados Unidos. Aquí no se pueden hacer fotos.

—¿Va a constituir un problema?

—Ya lo veremos —dijo—. Por cierto: me ha gustado su charla.

El problema fue surgiendo más avanzado el día, cuando el fotógrafo se quejó a sus superiores, en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Turkmenistán. Y al día siguiente la subdelegada de la misión diplomática de la

embajada estadounidense en Ashgabat fue convocada a consultas con el ministro de Exteriores.

¿Quién es el tal Paul Theroux?, le preguntaron. ¿Cuáles son los detalles de su visado? ¿Tiene permiso para hablar? ¿Cuándo se marcha del país? ¿Cómo saldrá? ¿Por qué frontera?

A algunas de estas preguntas pude dar respuesta. Mi visado estaba en orden, y en pocos días tenía previsto tomar el tren a Mary, para ver las ruinas de Merv. Allí tomaría el tren a Turkmenabat y a la frontera con Uzbekistán, en Farap, donde haría transbordo, o eso esperaba, a otro tren.

Pasé el resto del tiempo en Ashgabat haciendo lo que hacían los turcomanos, es decir, sentarme en una magnífica alfombra, comerme un pincho de kebab de cordero o un montón de arroz *plov*. Siempre con pan duro, con unos buñuelos, con té y con vino.

—Vino de Georgia —me dijo uno de mis anfitriones turcomanos—. El favorito de Stalin. No bebía ninguna otra cosa.

De vez en cuando se me sirvieron estas comidas en casas que se hallaban en medio de un campo desierto, como si fuesen el escenario ya preparado para una de las obras teatrales de Beckett; una casa en medio de un erial que había sido arrasado para dejar sitio a una futura construcción de prestigio o a una estatua de oro. Los súbditos de Niyazov se limitaban a ocupar las casas y luego las abandonaban, sin compensar casi nunca a los propietarios. A lo lejos se encontraban los palacios de mármol desocupados y las torres de viviendas, enormes y blanquísimos caprichos adornados de oro. Niyazov se imaginaba que era un urbanista, y en esto era obsesivo, muestra adicional de su megalomanía expuesta a la vista de todos. Era dueño del rasgo más detestable de los dictadores, y es que recordaba muchísimo a una persona mentalmente discapacitada a la que le hubiera tocado la lotería.

Como en esos momentos había caído en desgracia y me encontraba vigilado por el Ministerio de Asuntos Exteriores, me fue explicada a conciencia cuál era mi situación de extranjero en Turkmenistán. Tenía que poner mucho cuidado. En cambio, tener a Niyazov —Turkmenbashi, Líder de Todos los Turcomanos— por enemigo fue de considerable ayuda, porque cuando los diplomáticos occidentales me explicaron mi apurada situación también me revelaron los caprichos de Niyazov.

—Odia que se entrometan. Aborrece a todas las ONG. De hecho, las ha prohibido —me dijo un diplomático. Había prohibido los grupos en defensa

de los derechos humanos, las agrupaciones religiosas y los grupos ecologistas —. Permitió la entrada del Peace Corps cuando salió de Uzbekistán, pero no permite a sus miembros trabajar en ninguna escuela; a lo sumo, dan clases de lenguas extranjeras, y hacen lo posible por tener amigos entre los nativos.

—¿Se da cuenta de qué es lo que tiene enfrente? —me dijo otro diplomático —. Se ha negado a recibir ayuda del FMI, y no acepta préstamos del Banco Mundial, porque si aceptase algún dinero tendría que revelar información financiera sobre sus asuntos. Y ése sí que es un gran secreto. Considera que la mayoría de los beneficios que aporta el gas son de su entera propiedad, lo cual lo convierte en un multimillonario.

Una persona que había pasado algún tiempo con él en uno de sus palacios me habló en otros términos.

—Es un guasón. Se burla de todo. Hace chistes con sus ministros y los humilla.

—Pues claro que el sistema es corrupto —me explicó un estudiante—. Se necesita sobornar a mucha gente para tener ingreso en la universidad, pero sólo a los turcomanos se les permite la entrada. Un ruso, un uzbeko o un coreano no tendrían nada que hacer. Aquí los demás no tienen futuro.

—Para casi toda la población puso el techo de la educación antes de los diez años —me dijo un burócrata—. Una vez le preguntó el porqué un jefe de gobierno extranjero. Dijo que «las personas sin educación son más fáciles de gobernar».

Una noche, a primera hora, tomé el tren nocturno de Ashgabat a la ciudad de Mary, mucho más al este. Cuando descubrí que el billete del coche cama costaba cuatro dólares, tuve un brote de preocupación: era el precio de seis melones en el bazar, y un billete tan barato no era buen presagio para un largo trayecto. Deduje que el tren estaría sucio y atestado, un apiñamiento de viajeros a la luz de bombillas de veinticinco vatios, y no me produjo ninguna satisfacción haber acertado.

La propia estación de ferrocarril era una delicia, el clásico edificio soviético de los años cincuenta, limpio y patrullado por soldados con ametralladoras. Pero no se registró a ningún pasajero, y así como todos los viajeros que transitaran por las carreteras de Turkmenistán estaban sujetos a numerosos controles y a registros arbitrarios y a las reglas de confiscación de las fuerzas de seguridad, los viajeros que tomaban el ferrocarril estaban libres

de toda culpa y podían pasar sin ninguna preocupación, nueva muestra de que a los pasajeros del ferrocarril se les consideraba indignos de tenérselos siquiera en cuenta.

Me acomodé en mi compartimento de cuatro literas con un soldado de uniforme oscuro, un estudiante de unos veintidós años y un anciano de barba fina, con el traje tradicional de Turkmenistán: un gorro cilíndrico de piel de cordero y un largo gabán sobre una chilaba, uno de esos trajes nacionales que parecen eternos, como si valiesen para todo y fuesen cómodos en todo momento, en cualquier estación. Nada más verme se puso a hablar con el estudiante.

—*Salaam. Dayf al-Rahman* —dijo.

—Bienvenido —tradujo el estudiante—. Eres invitado de Alá, el Misericordioso.

—Por favor, dale las gracias de mi parte.

El hombre habló de nuevo.

—Tiene una pregunta que hacerte —dijo el estudiante—. ¿Le vas a contestar?

Oí sonar el silbato. El tren salió despacio de la estación de Ashgabat, y en pocos minutos estábamos en el desierto. El anciano monologaba con el estudiante.

—Dice que hace unos cuantos años un astronauta fue a la luna —dijo el estudiante—. Era americano. Cuando llegó a la luna oyó un ruido extraño. Era un *azan* —un llamamiento a la oración, el que suele entonar el almuédano desde la torre de la mezquita—. El astronauta lo grabó. Cuando volvió a la Tierra, los científicos americanos lo analizaron y dieron en pensar que era la voz del Profeta Mahoma.

—¿En la luna?

—Sí. En la luna.

El viejo seguía hablando, agitando el mentón barbudo.

—Por si fuera poco, dice que a resultas de aquello el astronauta se convirtió al islam y comenzó a rezar cinco veces al día.

El hombre me miraba como si me desafiase a burlarme de la historia.

—Es una historia que no había oído nunca —dije.

—Él dice que se la cree.

—¿Y qué piensa de ello?

—Para él, es una buena nueva —dijo el estudiante cuando se le hubo

traducido esta pregunta.

Me pareció una especie de versión típica de Turkmenistán, sólo que en uno de los relatos del televangelista Pat Robertson: la intervención divina en un lugar improbable, de la cual resulta una beatífica conversión, el sol que atraviesa las nubes. En vez de ser Jesucristo el que habla con alguien que lo busca, es Mahoma el que habla, aunque en el fondo sea lo mismo. Los musulmanes más alejados del centro del islam siempre me suenan como los cristianos renacidos, con una mentalidad demasiado literal e impermeables al raciocinio. Un estudioso árabe me había contado una vez que una de las leyendas urbanas más persistentes en Oriente Medio era que Neil Armstrong, a quien a veces se confundía con Louis Armstrong, se había convertido al islam.

Pero como todos íbamos juntos hasta Mary, la mejor táctica a lo largo de la noche consistiría en seguirles la corriente, y con suerte mantener a raya el tema de la religión.

Mientras estaba pensando en esto, el anciano hablaba de nuevo con el estudiante.

—Quiere saber si crees en Dios.

—Sobre ese asunto tengo muchas preguntas sin respuesta —dije.

—Pregunta si crees en la vida más allá de la muerte.

—De todo eso no sé mucho. Nadie ha vuelto de entre los muertos para contarnos nada al respecto, así que no creo que lo podamos saber con certeza.

—Nos lo dice el Corán.

—Me propongo leerlo en cuanto tenga ocasión.

El anciano, que iba sentado frente a mí, me hablaba directamente en turcomano y se fue animando mucho.

—Dice que... «La hierba crece. Luego la hierba se vuelve parda. Luego la hierba muere. Luego vuelve a crecer. Reverdece y vuelve a ser alta.»

El anciano seguía mirándome atentamente, el rostro alargado, una mano huesuda sobre el regazo, con la otra atusándose la barba larga y gris que le nacía sólo del mentón. Sus manos artríticas subrayaban su intenso aire de hombre piadoso.

—Dice que él cree que la vida es igual.

—Dile que estoy de acuerdo. La vida es así también en mi tierra natal.

—¿De dónde eres?

—Dile que de América.

El anciano musulmán recibió esta información con más interés del que había

supuesto.

—Pregunta que si hay algodón en América.

—Muchísimo.

—¿Y es de buena clase?

—Muy bueno —dije.

—Se pregunta cuántas hectáreas de algodón se cultivan en América.

—Dile que no estoy muy seguro. ¿Por qué le interesa tanto?

—Trabaja en la industria del algodón.

—¿Y qué es lo que hace?

Cuando se le formuló esta pregunta, el anciano me mostró las manos arruinadas, los dedos nudosos.

—Recoge algodón en los campos, no muy lejos de Mary, cerca de Yeloten, al sur de la carretera que va a Afganistán, donde están los algodones.

Así pues, vivía (según mi mapa) a no muchos cientos de kilómetros de la frontera con Afganistán, a menos de un día, no muy lejos de la antiquísima ciudad de Herat, que había visitado yo en mi primer viaje del *Bazar del ferrocarril*. En esa época Herat se hallaba en manos de un clan de guerreros bien armados, en manos de un caudillo belicoso, paranoico y vengativo. Un viajero alemán había sido detenido por allí, había sido torturado y al final ajusticiado por ser considerado espía, todo ello el mes anterior. Un destino que yo prefería ahorrarme.

El anciano se llamaba Selim. Me contó su sencilla historia. Había nacido cerca de Mary. No había ido a la escuela. De niño ya trabajaba en los campos. Toda su vida —transcurrida sobre todo en tiempos de los soviéticos— había recolectado el algodón. Se había casado con una mujer de su clan y tenían cuatro hijos.

—Tú debes de rondar los sesenta años —dijo.

Cuando le dije mi edad me retó a que adivinase la suya. Por el aspecto, tendría unos setenta, así que dije que rondaría los sesenta. Rió y dijo que tenía cincuenta.

En mi fiesta de despedida de Ashgabat, en casa de unos turcomanos, me habían dado una bolsa con comida para el tren: pasteles de espinacas, empanadillas de setas, unos bollos pegajosos, todo envuelto en papel. A la luz escasa del compartimento desenvolví la comida.

—Pregúntales si quieren compartir mi comida —dije al estudiante.

Asintieron cortésmente cuando se les tradujo la pregunta, así que empecé a

repartir los alimentos a Selim, al joven soldado, al estudiante y a un mirón que se había apostado en la puerta. Con sus trazas de anciano y su barba grisácea, Selim —¿podía de veras tener cincuenta?— hizo una pregunta.

—Dice que pregunte al americano si podemos rezar una plegaria.

—Claro —dije, y asentí.

Todos los musulmanes hacen sus abluciones antes de rezar. Pero en el desierto, o cuando no hay agua, lo hacen con arena o con polvo. Si, como es el caso en un tren, no hay arena, llevan a cabo la ablución en seco que llaman *tayammum*, frotándose las manos y las muñecas y los brazos con grandes aspavientos, y frotándose la cara despacio, masajeándose los ojos y las mejillas y el mentón, y luego sacudiendo las manos. Selim llevó a cabo el ritual cuando el tren atravesaba el desierto, con mucho estremecerse de los cristales y mucho bamboleo de los pestillos de las puertas.

Hizo sus plegarias durante un minuto entero, con los ojos cerrados, hablando en el aire sofocante del compartimento. Cuando terminó, le pregunté qué era lo que había dicho: si era una plegaria habitual o si la había improvisado.

Dijo que la había improvisado para la ocasión.

—Ha dado gracias a Alá por la comida. Ha dado las gracias al amigo que trajo la comida y nos la dio. Ha deseado al amigo que halle bienaventuranzas en su viaje.

—*Sagbol* —dije, y con esa muestra de gratitud agoté mis conocimientos de turcomano.

—Pregunta si en América rezan a la hora de comer.

—Muchas personas sí lo hacen.

—¿Rezan en otras ocasiones?

—Sí. Los americanos rezan mucho.

Alguien llamó a la puerta del compartimento: el revisor. Repartía las sábanas para dormir. El acuerdo era que a cambio de nuestro billete nos daba una sábana. Al día siguiente, por la mañana, le devolveríamos la sábana y nos devolvería el billete, que nos haría falta para salir de la estación de Mary.

Aunque no era tarde, era tan escasa la luz que no se podía hacer otra cosa que dormir. Los demás, incluido el estudiante, eran de los que se acuestan temprano, se les notaba de lejos. Así que cada uno se acostó en su litera. Cuando se apagó la débil luz vi las llanuras oscuras al pasar, los matorrales bajos, los cantos rodados, las rocas relucientes, lisas y azuladas a la luz de la

luna.

Horas más tarde aún era de noche cuando llegamos a la ciudad de Mary. De nuevo llamaron a la puerta: el revisor que venía a por las sábanas y repartía los billetes. Los otros despertaron con bostezos.

—Pregúntale —dije al estudiante— si había conocido antes a algún americano.

—No —dijo Selim. Se paró a pensar—. Pero una vez conocí a un uzbeko.

En Ashgabat el clima había sido seco y caluroso. Deseoso de aligerar mi equipaje, había regalado mi jersey a Mamed y mi bufanda a Gulnara. Cuando llegábamos a Mary regalé mi polo de manga larga al estudiante, que había sido muy servicial.

—Es una camisa de las que dan suerte —le dije.

A cambio, me dio otro cordón multicolor para protegerme del mal de ojo.

—Esperaré en la estación hasta las ocho —dijo Selim—. Luego tomaré el autobús a Yeloten. Cuesta cinco mil manat. Un taxi compartido cuesta diez mil manat. Pero digo yo que mejor es tomar el autobús y dar el dinero sobrante a mis hijos.

Fue una lección sobre la economía rural de los turcomanos y sobre el amor paterno: ese hombre que apenas había maldormido en el tren pasaría tres horas acucillado en la oscuridad, en el frío de la estación de Mary, envuelto en su gabán, para ahorrar treinta centavos y repartirlos entre sus cuatro hijos.

La presunción de aquellas tierras, cuyo conjunto se llama Jorrasán, con su noble capital llamada Merv, era que en otro tiempo fue el centro del mundo. En una metáfora extravagante, era denominada «el alma de los reyes». Es casi un axioma que un oasis semejante terminase con los siglos convertido en un cuenco lleno de polvo, y ése era el caso de Merv. Pero en sus buenos tiempos, es decir, durante miles de años, había sido una maravilla, una metrópolis imperial, un gran centro del saber, un lugar de ciudadelas, una ciudad amurallada, o más bien varias. Mi interés era sencillamente el del observador errante, al ver una vez más (ya me sucedió en la ciudad de Turfan, en el oeste de China y todavía en la Ruta de la Seda) que con el paso del tiempo todas las grandes ciudades y sus reyes y sus construcciones artificiales y toda su pompa y esplendor terminan por convertirse en polvo. Saqueados sus tesoros, hechas sus piezas de porcelana un millón de añicos, conquistadas sus fortalezas, derruidas, diseminada la población, siguen siendo un apabullante ejemplo de

la vanidad de los deseos del hombre.

Merv, o lo que de ella quedase, se encontraba en medio del crudo resplandor del desierto de Asia Central, a una hora de viaje de la vía del ferrocarril, cerca de una localidad y una estación llamadas Bayram Ali, que databa de 1887, cuando el zar Nicolás II hizo planes para visitarla. Se construyó para él una imponente villa en Bayram Ali, pero al final su alteza no se presentó, la villa no se utilizó nunca y con los años se convirtió en un sanatorio, como es hoy, para enfermos del corazón y del riñón. Mary —la ciudad adyacente y capital de la provincia— era la habitual localidad de Turkmenistán, a medias ciudad nacida de la noche a la mañana, a medias arrabal: las estatuas de oro de Turkmenbashi, los retratos de Turkmenbashi, el lema eterno, *Halk, Watan, Turkmenbashi* («El pueblo, la patria, yo»), los edificios gubernamentales de mármol blanco, prestigiosas construcciones aún en marcha (un teatro de la ópera, hoteles de lujo, un paso elevado sin pies ni cabeza), y bulevares casi desiertos, sin tráfico ninguno.

Lejos de los grandes viales urbanos, en las bocacalles y las callejuelas, había casas bajas y en ruinas, y edificios de viviendas de la época soviética. Quedaban en la ciudad algunos rusos, aunque no demasiados; una pequeña colonia de artistas rusos que pasaban bastantes apuros, exiliados voluntarios a su manera, exponían sus obras en uno de los barrios de Merv. Los alemanes, a los que Stalin trasladó allí desde la región del Volga durante la Segunda Guerra Mundial, se habían marchado en masa. Estuve en un barato hotel de propiedad estatal, donde los demás huéspedes eran todos funcionarios turcomanos. La mayoría de los visitantes iban a Mary a ver las ruinas de Merv, o las de Gonur Depe, que también estaban cerca. O eso, o los campos de algodón. En algunas callejuelas había puestos en los que asaban *shish kebabs* y servían montones de *plov* y mendrugos de pan.

Una mañana conocí en Mary a Evgenia Golubeva. Una mujer robusta de unos cincuenta años, divorciada, con hijas residentes en Moscú, Evgenia era una rusa de tercera generación en Turkmenistán, muy conocida en la localidad, muy querida y muy erudita; había estudiado las ruinas de allí y las de Gonur Depe con gran detalle. Tratándose de un remanente de la presencia rusa en la región, pero que había decidido quedarse, y que sólo tenía elogios para los turcomanos («tan amables, tan gentiles, tan hospitalarios»), fue un auténtico placer pasar algún tiempo con ella, por sus muchos conocimientos, su perspicacia y su pasión por aquellas ciudades arrasadas.

Llegando a Mary, a la orilla del camino, en medio de una llanura polvorienta, entre los espinos y la sal del desierto, vi a una mujer turcomana de una belleza asombrosa, la piel dorada, las facciones esculpidas, con una capa ondulante, elegantemente en pie junto a un fardo, casi seguro a la espera de uno de aquellos autobuses pequeños y desastrados. En medio de aquel erial inhóspito su belleza fue como una metáfora del Turkmenistán: gente maravillosa, un espanto de lugar.

La antigua Merv, ante mis fascinados ojos de amateur, recordaba muchas de las ciudades de fábula que había visto ya en plena decadencia, todas ellas en medio de los desiertos: en el desierto chino de Taklamakan, en el Nafud, allí mismo, en las tierras baldías del Karakorum. Tenía la apariencia de los castillos de arena cuando ha subido la marea y les ha pasado por encima, simplificando y alisando sus murallas, allanándolas, erosionando almenas y pilares, de modo que sólo quedaba una tenue insinuación de simetría en las pendientes de arena. En cuanto a su elegancia, sería preciso tomar al pie de la letra las palabras del guía o del historiador. Esencialmente uno veía allí una ciudad perdida de millones de habitantes, que era ya un amasijo de ladrillos redondeados, polvo y montones de adobe.

Sin embargo, mientras pensaba en todo esto me pareció una metáfora valiosa de lo acontecido en el mundo soberbio de la riqueza y el poder, en efecto, el mundo de las estatuas de oro y los palacios de mármol y los lemas en vano y los bosques plantados de la noche a la mañana. El mundo de los ejércitos y las conquistas. El territorio de los generales y los charlatanes. ¡Ja! Todo se había convertido en arena, todo estaba en poder de los roedores y los lagartos. Lo sobrevolaban los cuervos en busca de alimañas.

—Esto es Erk Kala, la parte más antigua de Merv. Data del siglo VI antes de Cristo —dijo Evgenia, y señaló un amplio cráter de escasa profundidad, lleno de barro reseco.

Esta ciudad, «Merv, Reina del Mundo», una de las perlas de la Ruta de la Seda, había sido uno de los primeros centros de la religión de los zoroastras y estuvo relacionada con Alejandro Magno y con Tamerlán. Los persas ya se refieren a ella (fue en su día capital del Jorrasán persa); fue saqueada por Tolui Kan, hijo de Genghis Kan, en 1221, y más adelante la visitaron Marco Polo y Omar Jayam. Había sido budista y había sido cristiana nestoriana. Aparece citada en el Avesta de Zaratustra, donde se califica de lugar de

fortaleza y santidad, cabeza de las «buenas tierras». En lo que hace a la opulencia sólo tuvo por rival a la mismísima Bagdad. Es importante que Merv fuera designada específicamente por Mahoma como lugar donde cambiar de postas en la expansión de la conversión islámica en Asia. El Profeta mismo envió aquí a dos de sus discípulos más dilectos para que convirtieran a la población. «Mis ojos en Oriente», los llamó. Los dos estaban enterrados allí.

Y no era sólo una ciudad, sino que eran cuatro o cinco, unas junto a las otras, cada una de ellas bien diferenciada, de un período distinto, trazadas sobre muchos kilómetros cuadrados. Seguían en pie las desvencijadas murallas de algunas ciudadelas, en las que era posible adivinar las salas de armas y los restos de las escalinatas, aunque fuese todo como una simplificación del esplendor que hubiese construido un niño con la arena. No habría sido difícil ponerse poético —algunos viajeros recientes lo habían hecho, tratando de devolver la vida a todo aquello—, aunque en el fondo era algo inerte, patético, como todas esas ruinas en el desierto, una especie de versión de la historia al estilo de *El planeta de los simios*, que es más veraz que muchas otras. Era preciso servirse de la imaginación.

En una de las mezquitas antiguas, las tumbas de los prosélitos musulmanes del siglo VII, Jaffari y Bureda, estaban indicadas por medio de una lápida de mármol y una larga inscripción. Evgenia me la tradujo: «Oh, viajero, visitas este lugar y eres afortunado, porque quienes aquí yacen son santos y están junto a Dios. Si tienes un problema, da tres veces la vuelta a la tumba y se habrá resuelto».

Mi problema, según me habían dicho, consistía en que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Ashgabat estaba molesto conmigo debido al incidente que se produjo en mi charla; en concreto, las opiniones de un disidente, aunque aún era más grave que el fotógrafo del gobierno hubiera visto fracasar sus intentos de espionaje, al quedar su tarjeta de memoria vacía de todas las imágenes tomadas.

—Es posible que le surjan problemas en la frontera —me habían dicho—. Es posible que lo acosen. Podrían retenerlo en el país, y eso sería grave.

Por eso di tres vueltas a la tumba de Jaffari y Bureda.

Lo que me gustó de Merv fue su inocencia: nada de vallas, nada de postales, pocos rótulos, ni siquiera un respeto excesivo. En aquel deteriorado y olvidado paraje del desierto, unos cuantos visitantes subían a duras penas por

las murallas, apartando pedazos desmoronados a patadas, recogiendo trozos de cerámica rota, mientras otros merendaban entre las almenas. Era posible ver a los chicos turcomanos mear en las ruinas como si tal cosa. En eso quedaba toda pompa y circunstancia: el reguero de la orina que oscurecía el polvo, las risas de los que comían y esparcían migas y granos de *plov*, derramando la limonada.

Me mostraron la antigua cisterna y la cúpula sasánida y («fijese en los tirantes», dijo Evgenia) la reconstruida Mezquita del Sultán Sanjar («doble cúpula, doscientos años antes de que Brunelleschi diseñara la de San Pedro de Roma»), la muralla de Antíoco, del siglo III, la gran estupa budista en ruinas, el depósito del hielo, el lugar donde, con la invasión de los mogoles, fueron asesinadas tal vez un millón de personas, las torres de los vigías ya desmoronadas...

Y masas de tamarindos con flores de color malva en lo alto de las torres de los vigías. Un halcón descendió desde lo alto y trazó varios círculos al acecho de una presa. A lo lejos, unos hombres apacentaban un rebaño de camellos. Se nos acercaron tres chiquillos. Iban montados en asnos, y daban gritos y galopaban por encima de un antiguo muro, dejando las huellas de los cascos. Iban sin ensillar, sujetos a un ronzal de tosca cuerda, azuzando a los animalejos grises y flacos.

—Son beluchistaníes, de Persia —dijo Evgenia—. Se instalaron aquí hace muchos años.

Estas pinceladas de vida humana dieron realidad a aquel lugar, al menos a mis ojos. Evgenia me dijo que los lugareños, temerosos y supersticiosos por el aura de matanzas y conquistas que encerraba, rehuían Merv y la usaban sólo para pastos, o para saquear ladrillos. Los rebaños de cabras se apiñaban en una sola de las partes existentes de la muralla que cercaba el complejo llamado Gyaur Kala. Se ponía el sol sobre Merv. En la fogata de los pastores se abrasaban los antiguos ladrillos mientras se preparaban algo de cenar.

En Mary, tomando otro montón de *plov*, un joven turcomano —que había sido estudiante en un intercambio en Estados Unidos, recién licenciado universitario, nuevo en Mary—, me enumeró los problemas del país.

—En primer lugar, es un estado policial —dijo—. Tenemos policía secreta, tenemos espías, es terrible. Además, el sistema es corrupto. Resulta imposible

prosperar en ningún trabajo a cargo del Estado si no es por medio de sobornos. Para ir a la universidad también hay que pagar sobornos en los departamentos de admisión. Y si no es uno turcomano, más vale que se olvide. Nunca conseguirá entrar.

El desempleo era elevado, la escasez de maestros aguda, los salarios bajos; un profesor de universidad que pedalease en su bicicleta por delante de las estatuas de oro ganaba unos ciento cincuenta dólares al mes. El salario mínimo era de veinte dólares al mes; un recolector de algodón como Selim no ganaba mucho más. Añádase a ello la escasez de viviendas, los baches que hay en todas las calles, los interminables controles de carreteras y los soldados malhumorados, los repugnantes cuartos de baño.

—Mucha gente está desesperada.

—Dame un ejemplo —dije.

—¡Las chicas se venden en las calles! ¿No las ha visto en Ashgabat?

Había visto chicas bonitas en las esquinas de las calles —y, por cierto, todas las calles importantes llevan por nombre los de los familiares de Turkmenbashi—, aunque ¿cómo iba a saber que se estaban vendiendo?

—Y en Estados Unidos... ¿dónde estuviste? —le pregunté, porque de vez en cuando me habló de su familia de acogida en América. Y me comentó que tenía veintidós años cuando fue a Estados Unidos, pero que aquella era su primera vez en Mary.

—En Spokane.

—Con todo lo que me has contado de Turkmenistán, ¿a veces no habrías preferido quedarte allí?

—No. Soy turcomano. Amo a mi país. Sólo volvería a Estados Unidos para ganar dinero y mandárselo a mis padres.

Conocí a otros estudiantes que habían hecho el mismo intercambio. Todos ellos fueron cautos al hablar conmigo, por temor a que cualquier cosa que dijeran pudiera exponerlos a las represalias.

Pero muchos de ellos sí dijeron que la vida era muy dura, y no sólo por los salarios bajos y la escasez de viviendas. Al hallarse Turkmenistán tan cerca de las zonas productoras de heroína, en Afganistán, las drogas duras constituían un grave problema en el país. Eran numerosos los heroinómanos, y su necesidad de contar con dinero rápido provocaba un incremento de la delincuencia. Turkmenistán era además una escala obligada en el transporte de las drogas de Afganistán a Rusia. El hachís afgano se podía encontrar con

facilidad e incluso era gratis.

En Mary me dijeron que el Ministerio de Asuntos Exteriores seguía pendiente de mí, y que seguramente era un buen momento para emprender viaje al este, a Turkmenabat y a la frontera uzbeca. Me enviarían a alguien para ayudarme en el viaje.

Y una mañana se presentó un hombre en mi hotel, el Margush. Lo llamaré Sedyk Ali. Dijo que lo habían designado para que me acompañase a la frontera. También había sido estudiante de intercambio.

—¿Qué fue lo que te gustó en Estados Unidos?

—Buena gente. Todo limpio. Nada de sobornos.

—Cuéntame qué fue lo que no te gustó.

—El modo en que los niños tratan a sus mayores. Mala cosa.

Lo que más le contrarió fue el descaro con que los adolescentes hablaban con sus padres, sin ningún respeto, con sarcasmo, hablando con ellos muchas veces, al marcharse, dándoles la espalda. Eso jamás pasaría en Turkmenistán.

—Mi familia de acogida me trató muy bien, aunque un día, al volver del colegio, la hija estaba fumando un cigarrillo. Le dije que a su madre no le haría gracia. «Mi madre es idiota», me dijo. «Tú no le hagas ni caso.» Imagínate.

—¿Qué pensaste?

—Me quedé atónito —dijo—. ¡Una madre es sagrada!

Atravesamos en coche las praderas hasta Turkmenabat, otra ciudad a la que se había cambiado el nombre; la mayoría de las personas con que traté en Mary aún la llamaban por su antiguo nombre, Charjou. En Ashgabat pregunté a un voluntario del Peace Corps norteamericano qué podía esperar de aquella parte del país. Me dijo que «se parece al oeste de Texas», y así era. Cuando llegamos al inevitable control de carreteras en medio de los matorrales y la llanura pedregosa, encontramos un pequeño asentamiento llamado Rawnina, en donde unas cuantas personas nos observaron con los capotes cerrados, porque el viento cortante levantaba el polvo de la tierra y lo lanzaba contra nosotros. El aire era caliente, el cielo gris opresivo. Para aligerar más mi bolso de viaje, regalé a Sedyk Ali una de mis camisas más abrigadas.

Me dio las gracias y señaló el asentamiento.

—Son kazakos —dijo.

Una anciana cubierta por un velo se había sentado junto a la carretera con un montón de quincalla. Allí, en medio de ninguna parte, había aparecido un

vendedor de amuletos contra el mal de ojo y la mala suerte en general. Se contaba que en aquellos parajes silvestres, desiertos, era fácil que a uno lo asaltaran los demonios.

Sedyk Ali me compró un amuleto de cordel multicolor para espantar a los demonios, por pensar que podría venirme muy bien.

Es posible que funcionase. El coche nos dejó en Turkmenabat, el conductor dijo que no podía seguir más allá. Pero cuando tomamos otro coche, en cuanto el viejo que lo conducía nos señaló el río Amu Darya —una de las maravillas de esta región, por su conexión con el fabuloso Oxus— apareció un control de carretera. Los soldados examinaron los papeles de Sedyk Ali y le dijeron que se volviera.

Sedyk Ali me deseó buena suerte. Lo vi por el cristal de atrás, de pie en la carretera desierta.

Llegamos a Farap, el puesto fronterizo de Turkmenistán. Me sentía aprensivo sólo de pensar en las formalidades de la aduana, pero no hubo problemas. Me registraron, me examinaron el bolso, comentaron algo sobre mi icono. Y sobre mi pasaporte.

—Usted vive en Gawái.

—Sí.

—¿Gonolulu?

—Eso es.

—¿Estuvo en Ashgabat?

—Sí.

—¿Vio edificio grande?

—Sí.

—¿Cuál gusta más?

Mi favorito, le dije con absurda ansiedad, era la gran estatua de Turkmenbashi sobre la gigantesca taza de váter.

—La que tiene el brazo en alto —y alcé el brazo en imitación de la estatua, como en un saludo nazi—. Y cuando el sol gira, la estatua de oro gira así. Magnífica. ¡De oro![\[7\]](#)

—Sí —dijo el guardia de la frontera, sonriendo con satisfacción. Concluido el interrogatorio, me indicó que pasara—. Puede pasar. *Nyet prablyema*.

Así que salí a pie y atravesé la valla de alambre de espino por un camino polvoriento, en pleno desierto, hacia Uzbekistán.

8. Tren nocturno a Tashkent

La mayoría de los viajes, y desde luego los que más compensan, implican una clara dependencia de la amabilidad de los desconocidos; uno ha de ponerse en manos de personas a las que no conoce de nada y ha de confiarles la vida. Esa arriesgada suspensión de la incredulidad es a menudo una experiencia que se vive con el lastre de la angustia. Ahora bien: ¿qué alternativa cabe? Por lo común, ninguna. Yo desde luego no tuve otra cuando me encontré en puertas del desierto de Kyzylkum, pateando la gravilla.

Al seguir camino entre los hierbajos y las piedras sueltas, en la tierra de nadie que se abría entre las dos fronteras, pasando de la deprimente Farap, en Turkmenistán, a la no menos deprimente Jalkym, en Uzbekistán, se puso a llover. No fue un chaparrón inclemente, sino lluvia del desierto, una llovizna mansa que sólo sirvió para humedecer el polvo y acrecentar las tinieblas. Llegué a la cancela de una alta valla, una de esas vallas de casi cinco metros de altura que se suelen ver alrededor de los aparcamientos de los estadios, con la particularidad de que ésta la remataba abundante alambre de espino y no cercaba más que unas cuantas casamatas en el pedregal del desierto. Ni un coche a la vista. La valla se prolongaba a lo lejos, límite nacional de Uzbekistán.

Junto a la cancela aguardaban algunas personas cabizbajas, descorazonadas, una veintena en total, los dedos enganchados en la trama oxidada de la valla, como cautivos o prisioneros que oteasen apesadumbrados el horizonte. Estaban muy mojados todos ellos. Interpreté que llevaban un buen rato allí. Evidentemente se hallaban a la espera de que se les franquease la entrada, pero la cancela estaba cerrada con un candado. No había coches, ni camiones, ni camellos, ni tráfico de ninguna especie en la carretera.

Como también los viajes más apasionantes y absorbentes entrañan algunos lapsos de tedio, es aburrido ponerse a relatar los agravios que a uno se le

acumulen en razón de los retrasos. Aquel trámite fronterizo al aire libre me llevó medio día, otro día de lluvia. Llegué a sentir preocupación, porque había confirmado mi salida de Turkmenistán y no podría volver a entrar en el país. En Uzbekistán sólo podría entrar cuando se me permitiese. Pero en el rato de espera bajo la lluvia que me costó atravesar la valla para llegar al puesto fronterizo de Jalkym trabé relación con un viejo turcomano que viajaba con su esposa y su hija. No hablaba ni palabra de inglés, yo no sé turcomano, y sin embargo se enteró de que mi intención era seguir por carretera a Bujara, además de darme a entender que él iba a una aldea llamada Qorakol, más o menos a mitad de camino. Mediante gestos y gruñidos me indicó que podíamos viajar juntos.

—Okay —le dije.

—Okay, okay.

Era un hombre de recia constitución, de cincuenta y tantos, con un gorro de piel de cordero y un pesado capote. Las dos mujeres llevaban sendas capas y pañoletas en la cabeza, bien ajustadas para protegerse de la lluvia, de modo que apenas pude verles la cara, aunque sí me di cuenta de que una era más joven que la otra. Estaban caladas hasta los huesos, las botas embarradas. En este grupo de personas que esperaban a entrar en Uzbekistán apenas se decía nada. Lo tomé por indicio de que unos eran uzbekos y los otros turcomanos. Tenían todos ellos la solemne paciencia de los pobres en presencia de los soldados, con bolsas de plástico por todo equipaje y la cabeza empapada por la lluvia.

Así pasaron horas. Mediada la tarde, no había ni rastro de vida al otro lado de la valla. Pero al cabo apareció un soldado. El turcomano lo llamó a voces. El soldado se alejó caminando a su casamata. Media hora después reapareció y recorrió los cincuenta metros que lo separaban de la valla.

Los turcomanos le dijeron algo, el soldado abrió la cancela con un chasquido, y entonces, en un gesto paternal, el turcomano ayudó a pasar a las dos mujeres, y por último me dio un empujón para que pasara mientras los demás nos miraban atentamente. Fuimos caminando a la casamata, pero antes de llegar vi aquella construcción abierta por uno de los costados, en donde dos soldados ocupaban una mesa. Les entregué mi pasaporte.

—América —dijo uno. Examinó mi pasaporte, pasando despacio las páginas, humedeciéndose el pulgar con saliva y transfiriendo la saliva a mi pasaporte.

El otro soldado se encogió de hombros y estampó un sello en una hoja y me indicó mediante gestos que abandonase la casamata en dirección a Bujara, por otra carretera desierta y pedregosa.

En la carretera, de pie junto a un cacharro que se caía a trozos, un Lada destartado con el parabrisas roto, estaba el turcomano con sus dos mujeres. Me indicó que me acercase. Me presentó al conductor, un hombrecillo menudo, tristón, con un jersey sucio.

—Bujara —dije.

—Qorakol —dijo el turcomano.

—Cinco dólar —dijo el uzbeko, y me mostró los cinco dedos.

Pagué el importe y, con el estrépito de las puertas al cerrarse, el crujir de los muelles, el baqueteo de los neumáticos, echamos a correr por el desierto, los regueros de llovizna marcados en el polvo acumulado del parabrisas roto.

El conductor se llamaba Farruj. No era taxista. Era uno de esos hombres que se suelen ver en esa clase de sitios: era dueño de aquel cachivache y sabía —todos los hombres como él lo saben— que en esa clase de fronteras es fácil encontrar a gente desamparada y necesitada de que la lleven a alguna parte. Como a muy pocos se les permite salir de Turkmenistán, y como nadie en su sano juicio desea entrar en el país, el negocio no le iba viento en popa.

Me consideré hasta cierto punto afortunado. Siempre existe la posibilidad —ya me había ocurrido antes— de que el conductor fuese un oportunista. La primera señal prometedora que dio Farruj fue pedir los cinco dólares por adelantado. Los conductores deshonestos suelen decir «Ya me pagará después», y al llegar a destino abundan las amenazas e incluso llega la hora de la extorsión. En otra maniobra clásica y no menos perversa, el conductor para el coche en mitad del trayecto, tras escoger una fantasmagórica arboleda, y me dice que o le pago más dinero o se acabó el periplo. Hay otras estratagemas más pavorosas, con amenazas terribles, con armas letales.

Pasada una hora llegamos a Qorakol, una localidad de casas de cemento, todas ellas bajas. Las bocacalles estaban repletas de pedruscos del tamaño de una pelota de béisbol. Nos miraban unos cuantos chicos, el nuestro era el único vehículo a la vista. Uno dio un tirón a la soga con que sujetaba a una cabra, otro dio una patada a una lata. Llovía. El turcomano, en el asiento de atrás, le dio varias indicaciones y le dejaron ante un portón en una tapia alta. Me indicó que saliera del coche, aunque ¿por qué? A pesar de todo bajé, y en ese momento me dio un abrazo como un oso, como si quisiera agradecerme

que hubiese pagado yo el trayecto, y me despidió con un *salaam* y se puso la mano en el corazón, el más conmovedor de los gestos que se pueden ver en Asia.

—Bujara —dijo Farruj.

Fueron otros sesenta kilómetros por el desierto. Farruj iba deprisa; no parecía que me fuese a desplumar. Mi bolso de viaje iba en el maletero, mi maletín sobre mis rodillas. Oí de pronto un zumbido familiar: mi BlackBerry, que no había funcionado desde Tbilisi, me avisaba de que tenía mensajes pendientes, ahora que estábamos en Uzbekistán y alejados del mundo hermético de Turkmenbashi.

Un mensaje de Penélope. Estaba preocupada. No había tenido noticias mías desde hacía ya tiempo. ¿En dónde estaba?

Pasábamos por un asentamiento de casas de estuco, de una sola planta, Farruj redujo la velocidad por la abundancia de baches. Hice un gesto de interrogación, para preguntar por el nombre.

—Jondor —me dijo.

Pasando por Jondor, camino de Bujara, tecleé un mensaje con los pulgares. Sucumbí entonces a la tentación narcisista de añadir dramatismo a mi e-mail, y escribí *a toda velocidad en un coche destartado, acabo de llegar a Uzbekistán...*

Las afueras de Bujara parecían más sórdidas, más pobres, más sucias, más desastradas, más ruinosas que Turkmenabat, al otro lado de la frontera, que tan sólo me resultó fea y extraña. Farruj me hacía preguntas con las manos.

—Hambre —dije, y acompañé la palabra con otros gestos.

Farruj indicó que él también tenía hambre. Seguimos por una callejuela y aparcó delante de un café.

Compartimos algo de comer: un cuenco de huevos de paloma pasados por agua, un cuenco de buñuelos de carne, que Farruj describió por medio de la palabra turca *manti*, aunque en esa región cada uno de los *manti* eran muy distintos, y una rueda de pan duro, con un puchero de té, y pensé: todo esto está muy bien. Creo que me quedaré en Bujara.

—La diferencia entre Turkmenistán y Uzbekistán es que Niyazov encarcela a sus adversarios y Karimov los asesina —me había dicho un norteamericano en Ashgabat. Así se refirió al modo en que el dictador uzbeko había reprimido un levantamiento en la ciudad de Andijon, en el que varios centenares de

manifestantes desarmados (nadie conocía con exactitud el número de las víctimas) fueron asesinados por los soldados. Sucedió en mayo de 2005. Poco más de un año después, en septiembre de 2006, la UNESCO otorgó a Islam Karimov la Medalla de Oro de Borobudur por «fortalecer la amistad y la cooperación entre las naciones, potenciar el desarrollo del diálogo cultural y religioso y apoyar las diversidades culturales». Aquel asesino de rostro endurecido y (hasta la masacre) sólido aliado de Estados Unidos lucía entonces una medalla de oro, galardón de las Naciones Unidas.

La restauración y reacondicionamiento en general de Bujara fue uno de los programas por los que se compensó a Karimov. Era un asesino, aunque, al contrario que Joseph Goebbels, cuando oía la palabra *cultura* no se llevaba la mano a la pistola. Tenía la misma obsesión que Bashi por las glorias del pasado, y también gozaba de abundantes ingresos gracias al petróleo. La mayor parte de la ciudad, bajo la llovizna de marzo, parecía pura congoja, pero la zona de Bujara que estaba ya restaurada conservaba un extraño ambiente en el que se mezclaba lo espurio con lo auténtico, a medias Disney, a medias Divanbegi: los bazares, las mezquitas, los mercados, las sinagogas, las madrasas, el estanque y los mausoleos del centro, la antigua fortaleza llamada Arq.

Me sentí inclinado a quedarme porque me gustó la comida y porque encontré un hotel barato, en el que las noticias que vi por televisión no eran sólo de Uzbekistán, sino también de la guerra de Irak. En temporada baja, con la lluvia, las tiendas desiertas, me pareció que era el único infiel en semejante pilar del islam.

Lo malo de ser el único viajero en la ciudad fue que los buhoneros desesperados me imploraban que les comprase alfombras o samovares o joyas y objetos de plata; como por lo común me alejaba caminando, clásica técnica del regateo, me ofrecían precios excelentes, me perseguían, me rebajaban aún más los artículos en venta.

—Cómprame esto. Es maravilla —me dijo un vendedor en el mercado al mostrarme una daga de plata hecha por él mismo. Me demostró lo afilada que estaba la hoja hundiéndola con facilidad en un mendrugo de pan uzbeko que estaba comiendo.

A mí no me interesó el objeto, pero no quise ofenderle.

—Nunca podría viajar con eso.

—¡No problema!

—¿En un avión?

—Yo envuelvo especial. Con metal plegado. Ponga en bolso. Cuando Rayos X no ven nada. ¡Y lleva cuchillo en avión!

Compré un icono pequeño y unas monedas antiguas. Traté de entablar conversación con varios uzbekos sobre la masacre de Andijon, pero ninguno dijo gran cosa. Y a primera hora de la noche las calles estaban desiertas. Bujara era una ciudad que se vaciaba con el atardecer: nadie por la calle, ni siquiera tráfico rodado.

Como Farruj cumplió su palabra con los cinco dólares que le di para que me llevara por penosos caminos, de la frontera hasta Bujara, le di otros cinco dólares para que me mostrase los alrededores de la ciudad, y para que al día siguiente me llevase a un lugar algo más alejado, a Kagan, para comprar el billete de tren.

Kagan, una localidad rusificada que se encontraba a unos quince kilómetros, era la estación de ferrocarril de Bujara, construida allí por un emir supersticioso que consideraba los ferrocarriles un peligro, una innovación seguramente satánica que era preciso mantener a distancia.

Me tranquilizó que la estación fuese normal y corriente, con ajetreo en el vestíbulo, con una sala de espera atestada, y me tranquilizó la vista de los que montaban en los trenes, y sobre todo me tranquilizó un gran tablón donde ponía «Salidas» en caracteres cirílicos, siendo los únicos destinos posibles Самарканд (Samarcanda) y Тошкент (Tashkent), porque ya estaba cerca del punto en que terminaba la vía férrea; rumbo a la India, sabía que no existe una ruta terrestre que atravesase la cordillera del Hindu Kush, o no al menos una ruta practicable en mi caso. Mi intención era llegar a Tashkent y buscar un avión que me llevase al norte de la India; tenía entendido que el vuelo a Amritsar, en el Punjab, no era demasiado largo, y por aquellos parajes ya pasé treinta y tres años antes, con lo que podría reanudar mi viaje sentimental.

—Tashkent —dije a la mujer en la ventanilla, y señalé en el calendario la fecha en que deseaba viajar, esto es, al día siguiente, a las cinco menos cuarto, en el tren nocturno a Samarcanda y Tashkent.

No había litera hasta Tashkent, sólo hasta Samarcanda, dijo la mujer.

Otros cuatro dólares por el billete. Aproveché el tiempo en Bujara para poner al día mis notas, y cuando Farruj me llevó a la estación estaba tan impresionado por su carácter fiable que le ofrecí una propina. Dijo que no, que se quedaba sólo con la cantidad que habíamos acordado, y entre sonrisas y

gestos me indicó que éramos amigos, y que cuando volviese a Bujara me llevaría a conocer a su familia, a su mujer y sus dos hijos pequeños, y que me invitaría a una buena comida casera. Ya sabía que me gustaban los *manti* y los huevos de paloma.

Nos dimos un abrazo, nos tocamos cada uno el corazón, intercambiamos *salaams* y me marché.

Antes incluso de que el tren nocturno, el Bujara Express, saliera de la estación de Bujara, los dos hombres que viajaban en mi compartimento ya se habían acomodado ante la mesita en la que estaba yo escribiendo y comenzaron a prepararse una cena a base de pollo torturado y vodka. Se instalaron sin quitarse los gruesos abrigos de cuero. Uno de los dos abrió el tapón de una botella grande de vodka, el otro desenvolvió un pollo asado, y sirviéndose de las manos como si estuviera rasgando un papel despedazó el pollo en fragmentos, esparciendo los huesos y la carne y la grasa encima de la mesa. También desenvolvió un paquete de zanahorias gratinadas y sacó un trozo de pan.

—*Woodka* —dijo el que tenía la botella, empujándola hasta ponérmela delante de la cara. Vi que ya estaban borrachos, y que sólo iban a seguir emborrachándose.

—No, gracias.

Pero insistió, así que por no ser descortés acepté un trago. Y luego salí del compartimento y vi que avanzábamos lentamente hacia las tinieblas.

El *provodnik* —¿por qué serán siempre tan bestias?— me exigió el billete. Sin dejar de pensar en los dos borrachos, le pregunté si no podría expenderme un billete a Tashkent. Estaba previsto que llegásemos a Samarcanda a las dos de la madrugada; cambiando de parecer, podría quedarme tal vez a bordo del tren.

Hablando en términos técnicos, el tren iba lleno; la vendedora de billetes de Bujara ya me lo había dicho. Pero los *provodniks* son pájaros caprichosos; son ellos quienes controlan todas las plazas del tren; todo está a la venta, a su entera discreción.

—Cinco dólares —dijo.

Le pagué y me extendió un billete.

De vuelta a mi compartimento, vi que los dos borrachines se habían zampado las zanahorias gratinadas y el pollo; habían masticado y escupido los

huesos al suelo. Prácticamente se habían ventilado la botella de vodka.

«De vez en cuando vienen a sentarse a mi lado y meten las narices en mi cuaderno, maravillándose ante una página llena de mis notas manuscritas», escribí. Y me miraban como dos dementes con los ojos llorosos y enrojecidos de los borrachos, concentrándose con dificultad. Iban tan bebidos que ni se tomaron la molestia de limpiarse la grasa de las mejillas, los rostros embadurnados de restos de comida.

Como el perverso *provodnik* había vendido más billetes que las plazas con que contaba el tren, de asiento o de litera, el compartimento empezó a llenarse de esperanzados viajeros. Además de los dos borrachos, cuyos abrigos de cuero relucían gracias a la grasa de pollo, había un joven paliducho, dos mujeres jóvenes, también con abrigos de cuero, y un adolescente con una gorra de béisbol.

«Farsa», escribí en el trozo de papel que tenía en la mano, un crucigrama de un *Herald Tribune* atrasado, de un viernes, uno de los crucigramas más difíciles, que había guardado para los tiempos muertos. Como iban otras seis personas en un compartimento con capacidad para cuatro, y como la botella de vodka seguía circulando, me excusé con remilgos y salí al pasillo, en donde permanecí asomado a la ventanilla, mirando los labrantíos, las vacas, las ovejas, las estepas de Gidjuvan.

Estudí la definición «Mantiene a raya a los donjuanes», y di con la solución: «Cierra el paso», y en ese momento me dio un codazo uno de los uzbekos borrachos, que me había seguido y me estaba mirando por encima del hombro. «Lengua del Asia Central» era otra de las definiciones, de cinco letras, y di con la clave: «Azerí». El hombre jadeaba, pero ¿qué otra cosa podía hacer yo? Dar la impresión de que estaba ocupado. «Rematar una vestimenta elegante». Ah, ya: mero cliché en forma de transposición cómica. Escribí «encorbatarse». El hombre seguía respirando con ruidosos resoplidos, con una halitosis alcohólica peor que el humo de un tubo de escape. «Azerí» no era correcto. Puse uzbeko y di con la solución.

—*Krussvort* —dijo el uzbeko, apretando casi la cara contra el trozo de papel.

La misma palabra que en ruso, según descubrí más adelante.

A eso de las diez volví al compartimento. Allí había ocho personas, tres de ellas durmiendo estiradas, otras cuatro apretadas en una de las literas de abajo (dos de ellas mujeres), y uno más se había acomodado en el estante de arriba

del compartimento, donde se dejaban los equipajes, encima de la puerta. Una de las literas de arriba, la mía, estaba vacía.

Ése era evidentemente el compartimento en el que el *provodnik* había apiñado a los pasajeros adicionales que le habían pagado el soborno correspondiente. Entró cuando me había tumbado en mi litera, y mediante señas me indicó que dentro de pocas paradas en otras tantas estaciones tendría que cambiar de sitio con el hombre que iba acurrucado en el estante de las maletas.

Los borrachos roncaban, las luces resplandecían en sus ojos. Las mujeres se habían quitado los abrigo de cuero y se habían envuelto en sendos echarpes. Pronto estuvieron todos dormidos. Todos menos yo.

Samarcanda fue una sacudida y una parada a las dos de la madrugada. Podría haberme bajado del tren y haber buscado a alguien que tuviera un destartalado cachivache, pero iba adormilado y tenía frío. Los borrachos, bebidos aún, se movieron perezosos, con torpeza, para salir del compartimento. Entraron otras dos mujeres. Miré al hombre que iba en el estante de las maletas y me hizo una seña para indicarme que estaba bien, tras lo cual ocultó la cabeza bajo un brazo, de modo que no tuvimos que cambiar de sitio.

Íbamos nueve en un compartimento con capacidad para cuatro personas, a pesar de lo cual no hubo desórdenes ni enfrentamientos entre los pasajeros. Estaba sucio, y era maloliente; todo el mundo dormía con la ropa puesta, las ventanas iban cerradas, de las botas húmedas emanaba el vapor, colocadas bajo los asientos, el equipaje era apestoso, las viejas chaquetas de cuero estaban todas apiladas en un rincón, la mesa seguía llena de grasa de pollo y de migas de pan y de trozos de zanahoria. Un compartimento asqueroso y lleno de gente amable, sin riñas ni fastidios: la experiencia habitual en un ferrocarril de la Estrella de Oriente.

Las mujeres se levantaron temprano a preparar el desayuno: huevos duros, col encurtida, trozos de pan duro. Me preguntaron si me apetecía algo, y dije que sí. Y seguimos sentados los nueve, pasando por Chinaz y Yangiyol, los nueve, amistosos de trato tras una larga noche, próximos a llegar a la gran ciudad.

La estación de Shimoly —Estación del Norte— era una de las estaciones de ferrocarril de mayor tamaño que vi a lo largo de mi viaje, seguramente la más grande, y era además de cierta belleza, grandiosa, y estaba limpia gracias a los

desvelos de unas cuantas mujeres de avanzada edad que iban provistas con sus escobas. Una cenefa de motivos decorativos uzbekos, en mosaicos de luminosos colores, recorría la totalidad de la fachada a la altura del primer piso de un edificio palaciego de verdad, que los soviéticos habían erigido para conmemorar su potencia y su influencia en la que era la tercera ciudad por tamaño y número de habitantes en la antigua Unión Soviética, hoy capital del Estado independiente de Uzbekistán.

Para mí fue el final de trayecto del primer tramo de mi viaje. De allí a la India o a Pakistán la única ruta terrestre debía atravesar uno de los pasos de montaña más aislados y escarpados del mundo, así como la antagónica precipitación de los valles islámicos en los que pululan los militantes de Al Qaeda y los cultivadores de opio: con toda seguridad era una ruta que más valía evitar, porque estaba en realidad fuera del mapa, fuera del alcance de cualquier gobierno y de cualquier ley que no fuera la suya, una zona llena de aldeas recelosas, en las que todas las mujeres vestían con velo y todos los hombres iban armados. Era con toda seguridad la peor de las zonas inaccesibles que hay en la Tierra: el valle del Pamir, Waziristán, la frontera del noroeste, en donde era dueño y señor de todo el Wali de Swat. A Osama bin Laden se le vio allí por última vez, aunque ¿cómo iba a saber un forastero algo más que eso? No existían carreteras, tan sólo una trama de caminos y sendas de montaña. El ferrocarril más cercano era la línea férrea de Tayikistán que va de Dushanbe a Termiz, en la frontera de Afganistán. Nada provechoso para mis intereses, para llegar de Tashkent hasta Amritsar, aunque existía un vuelo directo de corta duración.

En Tashkent había llegado la primavera: dientes de león en los jardines de la ciudad, un sol todavía pálido, cerezos en flor; al igual que en Georgia y Azerbaiyán, la gente se reunía en los parques y en las plazas, y los hombres parecían prestos a vender toda la plata de la familia, las postales coleccionadas a lo largo de una vida, y las mujeres parecían dispuestas a prostituirse.

—Tómeme —me dijo una joven, y frunció los labios simulando un beso.

—Mañana —le dije para no ser descortés.

En la siguiente esquina:

—¿Un *striptease*, señor?

—No, gracias.

—¿Copas?

—No, gracias.

Vendían también relojes, chicle, artículos de grifería y fontanería, recuerdos de la época soviética, palmatorias. Un hombre llegado de la remota localidad de Chukchi me ofreció un pene de león marino y unas tallas indígenas en marfil. Murat y Zahir estaban especializados en arte cristiano; parecía ser un hueco de mercado provechoso para los musulmanes emprendedores. Compré otro icono por cien dólares.

Rauf, en su puesto de vídeos piratas, estaba estudiando inglés. Al igual que Murat y Zahir y la mayoría de los uzbekos que conocí, estaba deseoso de emigrar a Estados Unidos; como todos ellos, detestaba la guerra de Irak. Convertirse en americano no era algo que interesara a Rauf gran cosa; parecía que América le desagradase, pero ardía en deseos de ir a América.

—Aquí el negocio muy mal, pero peor en Samarcanda —dijo.

Estaba rellenando los espacios en blanco de un cuaderno de ejercicios.

Al lado de «¿Sabes nadar?» escribió despacio «No, no sé nadar».

Tomé el cuaderno. Leí la siguiente pregunta:

—¿Te gusta ver la televisión?

—Sí, me gusta.

—¿Te gusta, el qué?

—Ver la televisión.

—Sí, me gusta ver la televisión.

—Sí, me gusta ver la televisión.

Me senté. Leí el siguiente:

—¿Qué hiciste anoche?

—Con mis amigos, escuchamos la música —dijo.

—¿Tienes coche?

—No, no soy tenido coche.

Fingí leer otra pregunta y le dije:

—¿Te cae bien George Bush?

—A mí no —dijo, y tartamudeó por la rabia—. No me gusta nada Mister Bush Presidente.

Rauf tenía una hermana en Miami que ya era titular de una tarjeta verde. Era lo que más ansiaba tener él, y aunque malvendía vídeos y CD baratos en un puesto al aire libre, quería marcharse de Uzbekistán e ir a trabajar a Estados Unidos. Esa ansiedad por emigrar a Occidente parecía suavizar las actitudes de la gente hacia mí: nunca fui objeto de una hostilidad personal, descontando

al ocasional oficial de aduanas.

Me dio la sensación de ser el único viajero extranjero en Tashkent. Era el único huésped de un hotel inmenso. No llegué a ver a otro turista en esta ciudad enorme. Y cuando por fin me dirigí al aeropuerto de Tashkent para tomar un avión con destino al Punjab, fui el único pasajero que se presentó en el mostrador de facturación, el único pasajero que subió a bordo. Era la única escala que hacía el avión, un vuelo de las líneas aéreas uzbecas de Birmingham a Amritsar, en el que todos los pasajeros varones eran sijs enturbantados y todas las mujeres vestían sari.

Me fui de Tashkent con la sensación de haber tenido suerte al llegar hasta allí desde Londres sin haber sufrido ningún perjuicio, afortunado por que mis tratos estrechos con los demás hubieran sido con personas amables. Forman parte de cualquier viaje las riñas, los fastidios, los retrasos. La revelación fue que el viejo mundo aún tenía existencia. El aeropuerto estaba desierto; en cambio, los andenes de la estación de Shimoly eran puro ajetreo, continuos cambios de trenes, y la propia estación estaba repleta de gente que viajaba por todo el país, y que tomaba el tren porque eran pobres.

En cuanto a mí, tanto allí como en muchas otras partes tuve la sensación de ser un viajero afortunado.

9. El expreso Shan-e-Punjab a Delhi

Por ser una ciudad sagrada, una turbamulta atronadora en su griterío, pero sorda a los de los demás, peregrinos en su mayor parte, recorría sin descanso las calles y callejuelas de Amritsar. Estas calles abrasadas por el sol eran un enjambre de polvo en suspensión y de tráfico maloliente, y al decir tráfico incluyo a las vacas sagradas, a los perros cojos, a los coches viejos, a las bicicletas combadas, a los mototaxis, a los bicitaxis, a las carretas tiradas por un caballejo al trote —*tongas* y *gharries*— y a los autobuses herrumbrosos. Había montones de desperdicios manoseados, en los que más de uno había rebuscado a saber qué; en las aceras menudeaban los chapuceros capaces de reparar cualquier cosa, cada cual con sus vetustas herramientas —raederas, cinceles, punzones de zapatero remendón, soldadores, máquinas de coser a pedal—; abundaban las humaredas de los tubos de escape, el olor a gasolina, la suciedad, las bostas recientes de las vacas, una fuente en medio de una calle deteriorada, sin que faltase su rótulo de rigor, «Consortio para la Mejora de Amritsar»; templos muy atractivos para los mendigos por ser recintos sagrados en los que se fomentaba la dádiva de limosnas; un ruido horrísimo que proclamaba a bombo y platillo la falsa creencia que se sostiene en toda la India, a saber, que los bocinazos aceleran el fluir del tráfico.

Lo más llamativo en las multitudes de emocionados peregrinos que se hallan en el lugar sagrado al que han ido ex profeso es que se sienten embriagados sólo por el hecho físico de estar allí. E incluso más que embriagados: charlan por los codos, se tocan unos a otros, ríen sin contenerse, se les salen los ojos de las órbitas de puro embeleso, como presencié en el centro de la cultura sij, en todos aquellos hombres enturbantados, en todas las mujeres que revoloteaban dándose buena prisa en llegar al Templo Dorado.

Bienvenido a la India, prueba de lo cual, como ya escribió Borges, es que «la India es más grande que el mundo». Superficialmente, no había cambiado

nada en Amritsar. Por lo que pude colegir, el país en modo alguno era distinto del que había visto treinta años antes. Esta perspectiva me entusiasmó. Me supuso un alivio, el reencuentro con ese sálvese quien pueda más o menos orquestado que es la India, una especie de manicomio con un toque de anarquía, de acuerdo, pero también un refugio en el que los extranjeros son bien recibidos, incluso los de carácter más inquisitivo, como es mi caso; un lugar en el que todo puede suceder, el clima a menudo es bonancible, la comida bien especiada a uno le despeja los senos nasales. La mayor parte de la India encarna aquello que dijo Blake: «La energía es eterno deleite». Tan sólo hace falta un estómago resistente, un poco de dinero y no poca tolerancia ante las aglomeraciones. Y cierta manera de alzar la mirada y de seguir camino, de modo que no vea uno lo que queda en primer plano, pues en la India los primeros planos suelen ser horrorosos. La realidad es que Amritsar, como todas las ciudades de la India, daba la impresión de estar hecha con las manos de un ser humano, unas manos delgadas, por lo que el resultado tenía las trazas de ser fruto de la improvisación, defectuoso, frágil y en cierto modo incompleto.

El horror posiblemente sea verdadero, o acaso sea tan sólo una ilusión, como todo, que es lo que creen algunos indios cuando sonrían y dicen: «Cierto y no cierto, sar. *Anekantavada*, sar. La pluralidad de las facetas que la realidad muestra, sar».

La austeridad aletargada de los sucesivos estados que terminan en *istán* había acabado por fatigarme, sobre todo por la falta de humor, por la paranoia de un estado policial, porque no había ningún indicio visible de lucha frente a la adversidad, por una especie de aceptación que sólo es propia de los derrotados. La aceptación no es un rasgo propio de la India. Allí nadie acepta un no por respuesta: se burlan de los policías, la autoridad tan sólo existe para desafiarla, se erigen muros en apariencia para emborronarlos de pintadas, y todo el mundo habla a todas horas, a menudo en inglés. Los limpiabotas, los *wallahs* de los *rickshaws*, los taxistas, los mendigos, los empresarios, los tenderos y los que son como Surinder Singh («Yo soy agente, señor»), con su cojera y su cháchara bien ensayada, demandan todos ellos la atención de quien esté a tiro. Surinder me había asegurado que dispondría de un billete hasta Delhi por más que el tren estuviera lleno. Tenía sus contactos, aunque los jirones de su vestimenta no inspirasen mucha confianza.

Cuando comentaba que Amritsar apenas había cambiado nada, los indios

chasqueaban la lengua o me mostraban los dientes arrugando la nariz para manifestar su contrariedad. Insistían en que se había modernizado mucho. Nunca atiné a ver ni dónde ni cómo. Es una ciudad fronteriza, a pocos kilómetros de la frontera con Pakistán, y no es, por consiguiente, un lugar idóneo para invertir en él.

Asimismo, al ser una ciudad sagrada en la India, suele estar llena a rebosar, puesto que los indios son peregrinos por instinto: les gusta el ritual, el subidón espiritual, la compañía de que se disfruta en un peregrinaje, que siempre entraña gran profusión de peregrinos, un largo viaje en tren, música a todo volumen, comida en abundancia.

Estaba en la principal estación de ferrocarril con Surinder.

—¿Qué edad tiene? —me preguntó.

—Adivine.

—Por favor, le ruego que me lo diga, señor.

—Adelante, adivínelo. ¿Qué edad le parece que tengo?

—No, no. Esto es muy serio, señor —dijo, reprendiéndome por mis ganas de bromear—. Tiene que decírmelo ahora mismo.

Se lo dije.

—Pues tiene suerte —dijo como si estuviera resentido—. Hoy tiene mucha suerte.

—¿Y eso por qué?

—Porque entra dentro de la excepción de la tercera edad.

Esto supuso un descuento de cien rupias de las cuatrocientas que costaba el billete a Delhi, siete dólares y medio en vez de diez, por ser mayor de sesenta años. Y un suplemento de veinticinco rupias por una plaza de asiento, por la cual tuve que rellenar por triplicado un enorme impreso, varias copias azules, pegajosas, con perforaciones. En la era de los ordenadores, campo en el que los indios destacan —según tengo entendido—, muchos de los impresos estatales seguían cumplimentándose a mano, por triplicado, en blocs gruesos, mal cosidos, de hojas finas y separadas por papel carbón, con lápices despuntados, aplicando la instrucción de turno, «apriete al escribir».

Traté de encontrar algunos cambios en lo social. El grasiento café y pastelería de Joginder era ahora el grasiento ciber-café y pastelería de Joginder, y daba la impresión de que tuviera doscientos años de antigüedad. Y la estación de ferrocarril, un edificio de ladrillo anterior a la guerra, que había visto por última vez en 1973, estaba gravemente desfigurada por las pintadas

de un metro de altura, en hindi y en inglés. Reconocí la palabra *Hartal*, «huelga», un vocablo que se oye a menudo en la India, y me contaron que las pintadas se habían hecho por todo el edificio durante la huelga que tuvo lugar el mes anterior, aunque estaban hechas de una manera tan profesional que las consignas parecían publicidad, cosa que en el fondo eran, convocando a una sentada en masa. Eso era agua pasada.

—Pero lo repetirán. Así que las pintadas seguirán ahí.

En un mundo en permanente cambio, la India es excepcional. Todos hablan del gran salto que ha dado la India, de la modernidad en la India, de los millonarios indios, y dicen «tiene usted que ver la transformación de Bangalore». «El milagro de la India» era uno de los estribillos que se repetían en todos los periódicos y revistas de Occidente, pero a la vista del estado de las cosas en Amritsar, esta afirmación era una rematada estupidez, y no sólo una broma de mal gusto, sino la más cruel de las sátiras. Me dio la impresión de que poca cosa había cambiado, además del tamaño de la población, que alcanzaba ya mil trescientos millones de almas imposibles de alimentar, de alojar, de contener, no muchas de las cuales, por cierto, tienden a decir «ahora ya somos modernos», porque más de la tercera parte trabaja por un dólar al día. Los indios se jactan del milagro indio, pero cuando comenté a algunos empresarios que cuatrocientos millones de personas viven por debajo del umbral de la pobreza se limitaron a agachar la testuz, a refunfuñar sin decir nada o bien a quedarse en silencio, ensombreciéndose con el resentimiento que les producía la pregunta formulada por mí, y negándose de plano a decirme cuál era el salario de sus empleados.

Pese a todo, el país seguía su camino aunque fuera a su manera, a trancas y barrancas, con todos los parches y remiendos a la vista; lo que en la India podría parecer el caos era en realidad una suerte de orden, semejante al de la furia con que giran los átomos. Surinder Singh parecía ser tan sólo un tipo a la caza de clientes y un oportunista. Lo cierto es que formaba parte del complejo sistema de venta de billetes que existe en la India. Cuando ya me felicitaba por haber conseguido una plaza por diez dólares en el expreso a Delhi, apareció de nuevo exigiéndome el equivalente a otros diez dólares.

—¿Y eso para qué?

—*Baksheesh*, señor —un soborno.

Pero había cumplido su palabra.

En la India nadie consigue nada sin explotar a otro, sin estafarle, ya sea sentándose encima de su cabeza, ya sea retorciéndole el brazo, poniéndolo a trabajar por doce centavos la hora. Todas las noticias versan sobre los ganadores: los grandes negocios, el telemarketing, las manufacturas, la producción textil y todo lo demás. Pero para que haya grandes ganadores en la India también ha de haber grandes perdedores. Así es el sistema. ¿Quién comparte la riqueza? En el Punjab tuve conocimiento de que había un poderoso abogado indio que ganaba un millón y medio de dólares al año y aún pagaba a su chófer veinte dólares por semana, además de pagar a su limpiabotas veinticinco centavos. Más avanzado mi periplo por la India conocí a una abogada, mujer, a la que había ofrecido una empresa norteamericana un millón de dólares al año garantizados, más un margen de beneficios sobre los contratos que gestionase, si bien ella aún exigió más y terminó por sumarse a una empresa rival que le ofreció casi dos millones de dólares. En eso no hay nada malo, dicen los indios; es buen ejemplo de cómo funcionan las fuerzas del mercado, y la respuesta convencional de los indios suele ser que tales magnates son grandes filántropos. Es la gran paradoja de la India: saber cómo conseguir lo que se quiere, imponer condiciones draconianas, pagar mal a los demás, convertirse en un tratante de esclavos dentro de una gran empresa, y que más adelante sus empleados, a la desesperada, reúnan las cualificaciones necesarias para recibir las migajas que sobren de su mesa.

En la India, los perdedores se cobran su venganza, siempre es así, como vi de hecho por todo Amritsar: no sólo con las huelgas y las sentadas y la lentitud con que hacen las cosas para atormentar a sus jefes, sino también en el hecho visible de que las limusinas más grandes y más veloces se ven forzadas a avanzar a paso de tortuga tras las carretas de las que tira un caballejo y tras los hombres flacos que pedalean en sus *rickshaws*. Ésa es la otra verdad acerca de la India, que gran parte de la misma es una lección moral, un conjunto de elementos visuales bien sencillos; gran parte de la misma está en el patente simbolismo, en las vacas y en los *rickshaws* y en los hombres que tiran de un carro, frenando el progreso de las limusinas y de las camionetas de reparto. La camioneta acaso esté repartiendo ordenadores, sabe Dios, pero los ordenadores no van a ir más deprisa que el hombre que carga diez sacos de alubias en su carretilla.

Por azar conocí a Amar Singh. Era dueño de un coche. Se había

desempeñado durante años como intermediario para los periodistas.

—Ahora somos una gran potencia —dijo.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Mucho mejor que antes. Mucho más fuertes.

—Deme un ejemplo.

—Ahora nos gusta Estados Unidos —dijo.

En Amritsar, esta afirmación era cuando menos discutible, si bien me impresionó la confianza en sí mismo con que la hizo. Eso no lo hubiera dicho nadie treinta años atrás. Sin embargo, con el fin de decir tales cosas era preciso olvidarse de las vacas malolientes, de los atascos del tráfico, de los mendigos, de la muchedumbre, de la suciedad, de la sordidez.

Me supuso un alivio que Amritsar no estuviera muy cambiada. Me gustaba cómo era, sus obvios progresos, claro está, aunque estaba al tiempo tan inmersa en su pasado y en sus prácticas piadosas que no era posible que cambiara mucho. Y es que se trataba de una ciudad sagrada, por lo cual los visitantes incrementaban las incomodidades inherentes a la ciudad: la suciedad y la distancia y el ruido eran el precio de la santidad y de las bendiciones.

Llevaba un rato caminando, pero entonces me dio por parar un taxi y resultó ser Amar Singh quien me llevó despacio entre el gentío apiñado en las calles. Pasamos por un rótulo que decía «El servicio a la humanidad es el verdadero servicio a Dios».

Lo anoté en mi cuaderno.

—¿Es usted periodista? —dijo Amar Singh.

—Más o menos.

Íbamos al Templo Dorado, pero tan ingente era la multitud que resultó imposible que el taxi se acercara gran cosa. Dejé a Amar Singh y recorrí a pie el último kilómetro con los peregrinos que iban dando brincos, *yatris* de buen humor, juguetones, porque ya estaban cerca del objetivo de su larga *yatra*. Algunos se quitaban el calzado y las sandalias y caminaban de puntillas sobre los ladrillos recalentados en un día caluroso, a la entrada del templo; otros dejaban las pañoletas en un gran tonel, o bien tomaban una pañoleta del mismo para cubrirse la cabeza.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es el sistema —me dijo un hombre.

—¿Qué es el sistema?

—Hay que cubrirse la cabeza para entrar en el templo.

—Nadie entra con la cabeza descubierta —comentó otro—. No hay excepciones.

Quiso decir: no se exceptúa a los *ferringhis*, a los extranjeros. Pero yo llevaba un sombrero.

Una mujer punjabí se entrometió para decir:

—Su sombrero es *aceptable*.

La etiqueta de mi sombrero, de un modelo llamado «el Viajero», indicaba que era de la Sombrería Locke, en St. James, Londres, W1: ¿seguro que sería adecuado para entrar en lo más sagrado de todo lo sagrado?

Seguí camino en medio de una muchedumbre densísima y atravesamos una acequia llena de agua para purificarnos los pies, aunque como ya se habían remojado los pies en ella miles de peregrinos, el agua estaba muy sucia, verde y viscosa, como el agua empantanada. Era lo habitual: si un estanque, un abrevadero o una acequia se consideran sagrados, igual da que el agua sea maloliente. Cuanto más sagrada sea el agua que contenga, tanto más hedionda resulta.

Da lo mismo. Ésa era la India que yo recordaba, y me sentí agradecido de estar allí otra vez. El Templo Dorado parecía más dorado, más luminoso, más refulgente. Avancé por el pasillo de mármol caliente con los felices peregrinos, pero por carecer yo de la fe para mí no pasaba de ser en el fondo más que un deslumbrante palacio lleno de sijs que estaban de parranda, algo realmente digno de verse: la muchedumbre revestía mucho mayor interés que las cúpulas doradas y los sacerdotes que entonaban sus cánticos.

—¡Mira, ven acá!

—¡Qué bonito, madre!

Había sijs que hablaban con acento norteamericano, sijs con el deje típico del oeste de Londres, sijs de California, sijs llegados de Escocia y de Canadá. Circulé por los pasillos recalentados durante un rato, di la vuelta alrededor del estanque sagrado, encontré el camino de regreso a la entrada y localicé mis zapatos, y volví a pie al taxi.

—¿Conoce usted a Mark Tully? —me preguntó el taxista, Amar Singh.

Mark Tully, al que en la India llaman Tully Sahib, fue durante muchos años el corresponsal de la BBC en la India, además de ser un hombre muy querido por sus reportajes comprensivos y sin embargo escrupulosos, por su veracidad, por su amor hacia el país.

—Lo vi una vez en persona —dije—. Un gran periodista, gran amigo de la India.

—Yo lo estuve llevando por la ciudad durante la actuación de la Estrella Azul —dijo Amar Singh.

Así pues, resultó que el taxista al que había conocido por casualidad en la estación de ferrocarril fue uno de los operativos en acción durante la crisis que se desencadenó en Amritsar en 1984.

La Operación Estrella Azul fue un asalto militar por parte del ejército de la India sobre el Templo Dorado, una impensable e injustificable profanación del santuario más sagrado de la religión sij, según apreciación de los propios sijs. Fue un desastre: se empleó artillería pesada en una ciudad relativamente pequeña y superpoblada. Tuvo lugar porque algunos militantes sijs habían ocupado las torres y los sótanos y los quioscos del templo. Formaban parte de un movimiento de revivificación que también abogaba por la creación de un estado sij separado del resto de la India, que habría de llamarse Jalistán («La tierra de los puros»). Encabezada por un sacerdote sij llamado Sant Jarnail Singh Bhindranwale, esta acción fue seguida con gran atención por los sijs del mundo entero. Bhindranwale (un profeta para algunos sijs, una plaga para todos los demás) supuso un grave trastorno; abogaba por el asesinato sin contemplaciones de los hindúes y de los sijs moderados. La barba le llegaba a la cintura, al parecer tenía un gran carisma, estaba bien armado, se negó en redondo a desalojar el templo que había ocupado con muchos de sus seguidores y con todo un arsenal de armamento en mayo de 1984.

En junio de aquel año, tras algunos días de negociaciones infructuosas, Indira Gandhi, entonces primera ministra, dio la orden de desalojar del templo a Bhindranwale y a sus hombres. El ejército ocupó Amritsar con un gran contingente, y los comandos vestidos de negro tomaron al asalto el complejo de edificios del templo. Cayeron abatidos por el fuego de las ametralladoras de los partidarios de Bhindranwale. Algunos soldados dispararon desde lejos, pero sólo consiguieron matar a civiles y destrozar algunas partes del templo. Los oficiales del ejército de la India pidieron refuerzos, e insistieron en que necesitaban tanques. Tras una negativa inicial —debido al peligro que representaba para la población civil— se les otorgó el permiso para emplear armamento pesado. Se alinearon trece carros de combate cuyos avances fueron contestados por andanadas de artillería antitanques y lanzacohetes. Murieron centenares de personas.

A pesar de todo, Bhindranwale estaba atrapado, y sólo era cuestión de tiempo hasta que se le agotaran las municiones. Decidió acabar con una llamarada de gloria. En el transcurso del asedio se había vuelto aún más mesiánico de lo que ya era, y según determinadas versiones de lo acontecido dijo a sus hombres: «Quienes quieran ser mártires, que vengan conmigo. Salió de su escondrijo disparando la ametralladora, y fue abatido con cincuenta de sus hombres. Entre ambos bandos, las pérdidas de vidas humanas ascendieron a seiscientas.

Pero no iba a terminar así la cosa. Los sijs montaron en cólera por la profanación del Templo Dorado con el asalto, y se culpó de todo a la señora Gandhi. Se corrieron los rumores de que los soldados indios que habían ocupado el templo bebieron alcohol estando allí; mucho peor, también fumaron tabaco. A los sijs les espantan de manera especial los cigarrillos. La señora Gandhi tuvo que agachar la cabeza, y tuvo que protegerse con unos cuantos guardaespaldas. Pero los sijs se vengaron cuatro meses después: en octubre, la señora Gandhi (que había hecho caso omiso de varias advertencias) fue asesinada por dos de sus guardaespaldas, dos sijs. Una mañana, estando en Delhi, so pretexto de velar por su seguridad, sacaron las armas reglamentarias y la mataron a tiros.

Por lo llamativo de sus turbantes, por lo poblado de sus luengas barbas, por sus característicos brazaletes de plata, los varones sijs son quizás los creyentes más fáciles de identificar del mundo entero. A raíz del asesinato de Indira Gandhi, los hindúes tuvieron por culpables a la totalidad de los sijs: los sacaban a rastras de los trenes y los autobuses, los apuñalaron en los bazares, les pegaron fuego cuando intentaron huir en sus coches. Es posible que perecieran unos tres mil; no hay cifras exactas, sino tan sólo aproximadas, de un trágico suceso que nadie ha olvidado.

—Fue terrible —dijo Amar Singh—. Cuánta gente fue asesinada.

—Pero así terminó el problema de Bhindranwale, ¿no?

—Terminó el problema, sí. Pero para nosotros el peligro rondaba por todas partes.

—¿Qué opinaba usted de la señora Gandhi?

—Una buena mujer —dijo, aunque fue por mera cortesía. Ni siquiera los amigos más íntimos de Indira Gandhi hubiesen llamado a esa demagoga y manipuladora «una buena mujer».

—¿Se sigue hablando de Jalistán?

—En las aldeas sí, algunos. No en las ciudades.

No obstante, Jalistán, «aspirante a nación de los sijs», cuenta con una oficina en Washington que emite comunicados de prensa, realiza campañas de información, genera enfurecidas salmodias y propaga las imágenes de la bandera de Jalistán.

Aquella noche, cuando estaba tomando mis notas en mi habitación de un hotel barato de Amritsar, donde no hay buenos hoteles, se me ocurrió cuál era la razón de que el Templo Dorado pareciera más dorado y más brillante que cuando lo vi por primera vez. Debido a los daños provocados durante el asedio y debido a la reafirmación de la identidad sij, el templo se había renovado, se había vuelto a dorar la cúpula hasta que fuera resplandeciente.

Llamé a Amar Singh al día siguiente para que me llevase a la estación y para despedirme de él. Me habló de los demás periodistas a los que había llevado en su coche. Además de Mark Tully, estaba Satish Jacob, al cual también había conocido yo muchos años atrás. Tully y Jacob habían escrito la crónica definitiva de la Operación Estrella Azul.

—Y también a David Brown, del *Guardian*. También lo he llevado. Ahora está en Jerusalén. Le serví de ayuda.

Amar Singh dijo que escuchaba habitualmente la BBC. Estaba al tanto de las noticias internacionales y siempre buscaba las informaciones de los periodistas a los que había llevado en su taxi. Le felicité por su curiosidad y por ser tan servicial.

—Mi objetivo es prestar un buen servicio —dijo.

Podría haber sonado a simple tópico, pero no lo era. Lo dijo con total seriedad, con sinceridad absoluta, y me conmovió oír tal cosa en labios de un viejo taxista que llevaba un libro y un periódico en el asiento de al lado, que vivía en la periferia del periodismo, que estaba al tanto de las noticias. Todo eso formó parte del placer que sentí al estar de regreso en la India, en donde todo el mundo parece tener sobradas cualificaciones para el trabajo que desempeña. Aunque pueden llegar a ser unos charlatanes enloquecedores, aunque sus exigencias pueden terminar por ser exasperantes, me encanta la manera de fluir que tienen los indios. La multitud parecía peor que nunca, pero me agradó estar de nuevo en medio de ese guiso tan variado que es la India.

La estación central de Amritsar se había construido en 1931; la fecha estaba tallada en los ladrillos rojos de la fachada. Otro de los placeres que encierra

la India es la extrañeza de lo antiguo. Al entrar en la estación, tuve la impresión de que pude haber ido caminando de espaldas hacia el pasado, dejando a un lado el lúgubre restaurante de la estación con sus ventiladores de techo, los pilluelos que se perseguían unos a los otros por el andén, el sij de traje marrón y turbante azul, el hombre vestido con un pijama polvoriento que dormía sobre unos cuantos sacos de arpillera. Y luego estaban los estafadores de la estación, niños sobre todo, que vendían botellas de refrescos que llevaban en un cubo enorme, o polos de helado que sacaban de un cajón de madera, o los limpiabotas con los trastos en una caja que llevaban colgada del hombro, todos los cuales hablaban un inglés fluido pese a ser analfabetos.

—¿Qué dice ese cartel?

El chaval tendría unos trece años, y yo le indiqué uno de los ejemplos más llamativos de las pintadas que tapizaban toda la estación.

—No lo sé. No voy a la escuela.

Sadhus semidesnudos, santones con unos tridentes de metal y todas sus pertenencias en una pequeña bolsa de tela; grupos de mujeres aseadas y serenas en medio de tanta sordidez; un hombre que se sonaba ruidosamente bajo un cartel que indicaba «Prohibido escupir»; matronas de fieros bigotazos y niñas pequeñas, casi todas las mujeres con sus saris o con la indumentaria del Punjab, todos los hombres enturbantados. Aquello podría haber transcurrido en los años treinta; podría haber sido 1973, cuando estuve allí en el viaje de *El gran bazar del ferrocarril*. En la superficie al menos no había cambiado nada: era como si se hubiera detenido el tiempo, como si también yo fuese joven de nuevo.

—¿Cuál es su vagón? —me dijo el revisor.

Se lo dije y me mostró dónde estaba mi asiento. Era un tren diurno, un trayecto de siete horas hasta Delhi, no tan moderno ni tan veloz como el Shatabdi Express, pero sí cómodo, puntual, con servicio de comidas, que pronto echó a rodar y a dar tumbos por los trigales del Punjab. Pakistán quedaba a pocos kilómetros hacia el oeste.

Había pensado en tomar el tren a Lahore, pero las noticias que llegaban de Pakistán me disuadieron. Se habían producido revueltas callejeras en muchas ciudades pakistaníes, entre ellas Lahore, después de que esa misma semana un hombre de la vecina Kabul, un tal Abdul Rahman, fuese juzgado por haberse convertido al cristianismo. El delito del que se le acusó fue «apostasía». Uno de los hadices específica que es la condena a muerte el castigo que

corresponde a un musulmán que renuncie a su fe. Pero cuando al individuo se le perdonó la vida estallaron las revueltas.

—¡Muerte a los cristianos! —clamaban las muchedumbres.

—¡Muerte a América! —era otro de los gritos habituales.

—¡Abdul Rahman debe ser ejecutado!

Entretanto, los funcionarios del tribunal que lo juzgó decretaron, al sopesar el bautismo de aquel hombre, que «hay que examinar la salud mental de Rahman».

Las leyes coránicas estaban vigentes en Afganistán y Pakistán, países que al menos en teoría eran nuestros aliados. Por todo ello comprendí que no tendría seguridad en aquellas tierras. Daniel Pearl, periodista, había sido recientemente secuestrado y decapitado en Pakistán, y a los occidentales de manera rutinaria se les hostigaba en los bazares. Tal era el resultado de los miles de millones de dólares invertidos, y de los muchos hombres y mujeres que perdieron la vida en el fútil empeño del gobierno estadounidense por respaldar a los gobiernos de estos países.

«Ésta es una democracia todavía muy joven», comentó el secretario de Estado norteamericano cuando la vida de Abdul Rahman pendía de un hilo debido a su delito de apostasía, y Afganistán necesitaba defensores que hicieran su apología sin descanso.

Por eso no volví a visitar Pakistán. Por el contrario, puse rumbo al sur con la intención de seguir ese camino hasta llegar al punto más austral de la India.

Mucha gente subió al tren en Ludhiana, y entre ellos estaban Kuldeep y Kumar, que ocuparon los asientos contiguos al mío. Ninguno de los dos llevaba turbante, aunque supuse que podrían ser sijs occidentalizados tras haber vivido en Inglaterra, en donde dijeron que residían, en Ilford, condado de Essex. Kuldeep se había ido a Inglaterra cuando tenía diez años; Kumar había nacido allí. Los dos habían ido a visitar a sus parientes en Ludhiana. Kuldeep era el más hablador de los dos.

—¿Podría usted vivir aquí? —le pregunté.

—Yo soy punjabí, podría vivir aquí con facilidad —dijo—. Pero mi esposa nació en Inglaterra. Le sería difícil adaptarse a la vida en una aldea.

—¿Cómo sería la vida para ella?

—Es probable que le pareciera demasiado tranquila. Pero le aseguro que en la aldea se vive bien. Hay comida en abundancia, el coste de la vida es bajo, no hay estrés. Yo no necesito los *nightclubs*. Me gustaría, sí —pareció un

tanto compungido al pensar que regresaba a Inglaterra—. Esta India es muy distinta de la India que yo dejé de niño. Hay gente que empieza a regresar.

—¿Construyen casas?

—Muchas. Casas grandes. Muchas no hay en Amritsar, porque es una ciudad fronteriza. Nadie quiere arriesgarse a vivir tan cerca de Pakistán. Pero Ludhiana es un lugar tranquilo y seguro. Jullundur, también. Está allí, ¿lo ve?

Pasábamos por delante de unas cuantas casas agrupadas dentro de un recinto tapiado.

—Aquí tenemos dos estaciones de recolección —dijo Kumar—. ¿Ve todo ese trigo? —lo veía, era imposible no verlo, verde y espléndido, sedoso a la luz del sol—. Se cosechará dentro de pocas semanas. Luego se planta arroz, y llega la estación de las lluvias y el agua llena los arrozales.

—Además, toda esta región está bien conectada —dijo Kuldeep—. Todos esos agricultores parecen unos rústicos y unos paletos, pero todos ellos tienen teléfonos móviles. Ya casi nadie usa las líneas fijas.

—Entonces, ¿qué es lo que les preocupa? —pregunté.

—Les preocupa la democracia, igual que a mí —dijo—. Las clases programadas, por ejemplo.

Al decir «clases programadas» se había referido a las castas inferiores de la India, a los Dalits, los llamados Intocables, a los que Mahatma Gandhi había llamado Hijos de Dios. Lo que Kuldeep quiso poner en tela de juicio fue un sistema que tiene su paralelismo en Estados Unidos no sólo en los programas de acción afirmativa para las minorías, sino también en la terca resistencia que opone el resto del populacho a la vía rápida de quienes gozan de preferencia.

—Ahora viven mejor que nosotros. Tienen muchísimas ventajas. Estas ventajas están aprobadas por ley, con el fin de beneficiar a los desfavorecidos, y esas leyes nunca se han suprimido de los libros. Esto empieza a ser un problema.

—¿De cuántas personas estamos hablando?

—Un grupo muy numeroso. Tal vez el treinta por ciento de la población.

—¿Qué otras cosas les preocupan?

—La división entre norte y sur... Hay muchas fricciones. El Punjab y Haryana dan de comer a la totalidad del país —dijo Kuldeep—. De toda el agua del país, una gran parte proviene de aquí. ¿Y qué se nos da a cambio?

No dejó de parecerme interesante que aquel hombre de Ilford, condado de

Essex, se mostrase apasionado e indignado con el uso que se da a los recursos del Punjab. No vivía allí, pero era allí donde estaba su corazón.

—Lo que da vergüenza en la India son las pésimas carreteras. Son malísimas por muchas razones. No estamos a la altura de otros países en lo que se refiere a las carreteras. Hay corrupción, hay una pésima administración. A veces se tardan horas en hacer un viaje corto y sencillo. Todo lo demás va para adelante, pero no la construcción de carreteras —dijo Kumar—. Y luego está la población. Fíjese bien.

El vagón del ferrocarril iba lleno, o más que lleno: estaban ocupados todos los asientos, había muchos pasajeros de pie, los equipajes se apilaban hasta el techo, y cada vez que tomábamos una curva o se producía una repentina detención, los pasajeros tropezaban unos con otros y más de uno caía. Los andenes de las estaciones por las que fuimos pasando estaban atestados. La gente se colgaba de las ventanillas, se empujaba, y es posible que hubiese muchos pasajeros en el techo del tren, cosa habitual. Todo el mundo se comportaba de manera civilizada, pero era imposible huir del apiñamiento.

Y a pesar de todo lo que se decía de la modernidad, el tren estaba en franco mal estado: muy sucio, los asientos rotos, los retretes repugnantes, los cables sueltos por los pasillos, la pintura desconchada, los hedores de costumbre.

Con todo y con eso, en medio del caos y de la muchedumbre, la vida seguía su curso, los revisores picaban los billetes, los pasajeros hacían llamadas telefónicas, los vendedores de comida iban pasando de un vagón a otro dando voces.

«¡Costillas! ¡Costillas!», gritaban, o «¡Ess krim! ¡Ess krim!», «¡Brotesoja! ¡Brotesoja!», o «¡Pollo con arroz!», o «¡Pani! ¡Vutta! ¡Pani! ¡Vutta!».

—¿Cuál es la mayor de sus preocupaciones?

—La distancia entre ricos y pobres va en aumento —dijo Kuldeep—. Ya es enorme, pero va a más. Hay mucha gente que tiene de todo, pero hay mucha gente que no tiene nada. ¿Cómo resolver eso?

Por cambiar de tema, dijo que estaba deseoso de ir a ver el partido de cricket entre Inglaterra e India en Delhi.

—Es mañana. No debería perdérselo.

—Es posible que vaya —dije—. ¿En quién debo fijarme?

—En el lanzador, Harbhajan Singh. Lo llaman Bhaji. Es fenomenal.

Fue entonces cuando tuve la certeza de que Kuldeep era sij. No llevaba barba, no llevaba turbante, no llevaba brazaletes de plata. Se había anglicizado,

pero seguía siendo partidario de India, leal a su raza y a su religión: señaló al único jugador sij que había en el equipo nacional.

Estirando las piernas en el andén entre dos vagones, tomando un poco de aire, me puse a conversar con Mohinder Singh. Era un hombre de negocios que residía en Ludhiana, pero que iba de viaje a Delhi. Le dije que acababa de estar en Uzbekistán.

—En Ludhiana vendemos muchas prendas de lana a esos estados... Uzbekistán, Kazajstán —dijo—. Jerséis, bufandas, guantes. Nos los compran a nosotros. Exportamos a todas partes. Piezas para bicicletas también. Ludhiana está en el Libro Guinness de los Récords por ser uno de los mercados de bicicletas más grandes del mundo. Gracias a lo bien que marcha la industria de las bicicletas, la marca de motos Hero Honda ha instalado una planta allí.

Jullundur también era un mercado en expansión, desde donde se exportaba material deportivo. Balones de fútbol, bates de cricket, pelotas de cricket, sticks de hockey. Por razones religiosas, muchos hindúes no hacen nada que tenga que ver con el cuero, que les parece algo impuro. Los sijs, que no tienen esa sanción en su credo, han acaparado el mercado.

—Muchas tierras de cultivo —dijo— se están convirtiendo en colonias. Hay un gran boom en la construcción de viviendas en el Punjab. No sólo para los lugareños, también para indios no residentes, de Canadá y del Reino Unido, que invierten en propiedad inmobiliaria. Los pequeños agricultores venden sus tierras y aprovechan las ganancias para mandar a un hijo al Reino Unido o a Canadá, para que emigre y saque buen partido. Con la esperanza de que las cosas le vayan bien y les mande dinero.

Me preguntó si había estado antes en la India. Le dije que había estado en el Punjab treinta y tres años atrás.

—¿Cuál le parece —preguntó— la mayor diferencia?

—Lo que está haciendo usted ahora mismo —dije—, hablar del progreso y elogiar la economía de la India. La confianza que tienen ustedes, la autoestima. Eso antes no existía.

Estuvo de acuerdo.

—Y los teléfonos. Cuando vivíamos en Simla, mi padre era militar. Hace veinte años era casi imposible tener un teléfono. Me acuerdo del día en que nos anunciaron que podíamos disponer de un teléfono. ¡Qué alegría!

—¿Cuánto tuvieron que esperar?

—¡Dos años! —dijo—. Ahora ya ni siquiera es una señal del estatus que

uno tenga. Hasta los *wallahs* de los *rickshaws* tienen sus teléfonos móviles.

Veíamos cómo quedaba atrás el paisaje del Punjab desde el aireado pasillo del expreso. Con los trigales, con las mujeres cubiertas por los chales, los hombres con turbante, las bicicletas en los caminos polvorientos, el paisaje no parecía haber cambiado con respecto a lo que vi tantos años antes. Lo novedoso era la seguridad con que hablaba Mohinder y el buen humor de Kuldeep y Kumar. Mi recuerdo de la India era el de gente que miraba al pasado. Lo que me sorprendió esta vez fue encontrarme con indios que miraban al futuro.

—¿Cuál le parece que es el problema más grave de la India?

—El problema crucial de la India —dijo Mohinder Singh— es la superpoblación. Tan pronto construimos cualquier clase de infraestructura resulta inadecuada, porque —se encogió de hombros— somos demasiados.

Sin embargo, después de las charlas a bordo del expreso Shan-e-Punjab (la Gloria del Punjab), tras tanto hablar de los éxitos de la India, de la riqueza del Punjab, de la renovación de la nación, todos los optimistas bajaron del tren en la oscuridad de la estación de Nueva Delhi y se toparon con la antigua India, que se aferraba con terquedad a la vida. Desembarcó un millar de pasajeros, todos cargados con bolsos, maletas, sacos, niños, abuelas y latas de *ghee*, para hallar millares de pasajeros que esperaban otros trenes bajo unas luces cegadoras, luces más intensas en la India que en ninguna otra parte, esa luz que deslumbra y que impide ver bien.

Los residentes permanentes de la estación estaban tumbados bajo sábanas y mantas. Mark Twain, que había visto a esos mismos viajeros y a esos mismos residentes, incluye su clásica y satírica descripción de una estación de ferrocarril en una gran ciudad de la India en *A lo largo del Ecuador* (1897). Y en ese momento pierde su talante jocundo de costumbre; queda desconcertado, trastornado por los mendigos que malviven allí: «Aquella multitud silenciosa permanecía sentada con sus humildes hatillos, sus cestos, sus aperos domésticos alrededor, pacientemente a la espera, sí, pero ¿de qué?». Los mendigos seguían allí, seguían a la espera, como si no hubiese cambiado el panorama y las palabras de Twain resultaban tan certeras como lo fueron un siglo antes. La gente dormía a centenares, cubiertos por completo los grandes y los pequeños por igual, como si fuesen cadáveres dentro de sus bolsas, unos como si hubiesen acampado, otros como momias; yacían en grupos de familia

bajo las luces cegadoras del lado de la estación que daba a la Puerta de Ajmeri.

Todos los optimistas del Punjab que se bajaron del tren conmigo echaron a caminar por delante de aquella horda de durmientes sin techo, de mendigos. Una escena tan inquietante, y tan característica de la vida en la India, que resultaba tan patente que nadie la comentó, nadie se dignó mirarla.

En la estación seca en que estábamos, el aire en Delhi era una nube de polvo y de humo de leña y de tubos de escape bien asentada, una bruma que causaba picor en los ojos, y era ante todo el hedor dulzón de tantísima gente apelotonada, la emanación de sus hábitos de exterior, una percepción que a uno le atasca las fosas nasales. No es un olor a ciudad, sino algo que hace pensar en la deforestación y en el desierto y en el ladrillo pulverizado y en los fuegos de leña para cocinar, el olor de la humanidad, que es asimismo el olor de la muerte. Incluso en la total oscuridad que sobrevino con uno de los habituales cortes de suministro eléctrico en Delhi, era posible saber que se encontraba uno en un lugar superpoblado que subsistía a duras penas en medio de una crisis que se remontaba a mucho tiempo atrás.

Me alojé en el mismo hotel de Delhi en el que estuve la otra vez. Era ahora un hotel de lujo. Con ánimo nostálgico y un tanto autocompasivo me acordé de que en aquella ocasión quise llamar por teléfono a mi mujer, a Londres, y que sólo hallé frustración: su voz tenue y evasiva, sin calidez de ninguna clase, y de pronto un ruido creciente en la línea. «Hable más alto», me dijo la operadora por encima de un ruido que era como las olas que rompiesen en la arena. En estos tiempos telefonar no suponía problema ninguno. Ya lo dijo el hombre del tren, «hasta los *wallahs* de los *rickshaws* tienen sus teléfonos móviles». Desde la ventana de la habitación vi que la polvareda de la noche se había resuelto en una bruma granulosa sobre la gran ciudad horizontal: no había rascacielos, sino muchas tumbas, cúpulas, monumentos, mezquitas, templos, fortificaciones a la orilla del río, antiguas murallas y obeliscos, envuelto todo ello en el vapor que despedía un olor humano.

Compré una caja e introduje la ropa de abrigo y los guantes, el chaleco de plumífero, los iconos que había comprado y los mapas de Georgia y de Turkmenistán. Lo envié todo por correo a casa, aligerándome así de equipaje. Con el cambio de trenes me había encontrado de lleno con el verano; se acabó el mal tiempo hasta que llegase a Japón. Con la bolsa aligerada, una muda y poco más, y mi maletín con los papeles, me entraron ganas de seguir camino.

Pensando por adelantado en los billetes de tren volví a la estación de Nueva Delhi y me encontré en el vestíbulo de las reservas internacionales. En el pasado, y como ya hice en Amritsar, tuve que pagar a un indio para que hiciera cola por mí. Pero aquello estaba bien organizado: apenas había cola, y pude pagar en dólares. Se reservaba una determinada porción de los asientos en los ferrocarriles para los extranjeros, una forma de estimular el turismo, que en la India es relativamente escaso. El estado de Hawái recibe más del doble de visitantes (siete millones) que toda la India.

Al ver mi solicitud, el señor Sharma dijo:

—Usted es el escritor.

—Ése soy yo. He vuelto después de todos estos años.

—¿En qué puedo servirle? —dijo poniéndose en pie de un brinco.

—Sólo estoy buscando plazas en varios trenes.

Le mostré un itinerario que me valdría para recorrer la antigua India, la nueva India, la India pobre, la India de los milagros, la India de los maharajás, la India de *El gran bazar del ferrocarril*: Delhi – Jodhpur – Jaipur – Bombay – Bangalore – Madras – Rameswaram, de norte a sur.

—Le presento a la señora Matta, mi jefa.

La señora Matta era una mujer de mediana edad que vestía un sari de color azulado. Estaba sentada ante una mesa, en un despacho al fondo, amueblado al estilo típico de la India: la bandeja de asuntos pendientes llena a rebosar, una taza de té, fotografías de niños sonrientes y otra, enmarcada, del primer ministro, así como un mapa de la India en la pared, en el que aparecían todas las líneas de ferrocarril, y una hornacina en honor de Ganesha, la diosa con cabeza de elefante, con una vela que titilaba sobre un plato amarillo.

—Es un famoso escritor —dijo el señor Sharma—. Ha vuelto.

La señora Matta me ofreció una taza de té y el libro de visitas.

—Por favor, añada su nombre, haga un comentario, reseñe su satisfacción con el servicio, por favor.

Escribí: «La India funciona porque el ferrocarril funciona».

Es lo que pensé en mi primera visita, y lo sigo pensando. Gracias a la muy extendida red de los ferrocarriles de la India pude ir a cualquier rincón del país. Pude dormir en el tren con comodidad; pude comer a bordo, leer, tomar mis notas, charlar con quien fuera. Hay autobuses en la India, hay taxis y limusinas. Pero ya me lo dijo Kuldeep en el tren, «lo que da vergüenza en la India son las pésimas carreteras... A veces se tardan horas en hacer un viaje

corto y sencillo». Había muchos vuelos domésticos, pero el retraso estaba prácticamente asegurado en todos ellos, los controles de seguridad eran un espanto, los aeropuertos eran como guarniciones, llenos de soldados y de pasajeros impacientes, con demasiados viajeros y escasez de personal. Por ser toda una institución, las estaciones de ferrocarril en la India estaban bien organizadas y eran eficaces. En la India, el tren era la única manera de tener certeza de salir en punto y de llegar sano y salvo. Los trenes son lentos, dicen algunos, pero es que en la India andar con prisas es una estupidez y es una forma de engañarse, además de que suele entrañar malos modales.

Estrechando la mano del señor Sharma y recibiendo un gesto de aprobación por parte de la señora Matta, dejé el vestíbulo de reservas con todos mis billetes, vales y justificantes, y con los recibos de los servicios suplementarios. El desorden y las columnas polvorientas que uno puede ver en el despacho de un indio no son indicio de su efectividad. En medio del caos de los blocs de facturas y billetes, del papel carbón, de los ordenadores que titilaban, de los gruesos archivadores sujetos por una cinta descolorida, surge la resolución y la claridad de los resultados, aun cuando no sepa uno leer lo que se lleva escrito y aunque se le queden los dedos manchados de tinta sólo por manejar los papeles.

Me maravilló lo que logré en una sola mañana en Delhi: los billetes de tren que necesitaba, el cuaderno exacto que estaba buscando, un medicamento para la gota (no se requiere receta en la India para comprar indometacina) y lo mejor de todo: una plaza para presenciar el partido entre Inglaterra e India.

Había subsistido a mis diecisiete años de exilio en Inglaterra justo por no ser anglófilo; los anglófilos no es que aguanten mucho en Inglaterra, y mi desafecto me impidió llegar a disfrutar con el cricket. Desconozco las reglas del juego, no tengo ni idea de cuáles son las sutilezas de los jugadores, aunque el lanzamiento y el golpeo de la bola son muestra de una destreza que no es difícil de apreciar y se contempla con entretenimiento. Sobre todo quise ir al partido de cricket porque era el acontecimiento de la semana y porque deseaba ver a cincuenta mil indios reunidos en un solo sitio. Los partidos de cricket en Inglaterra tienen fama por ser un asunto sosegado, que se caracteriza por los aplausos tibios, un grito o dos, el golpe seco del bate contra la bola y, de vez en cuando, el crujido del cesto al caer golpeado con un chasquido como el de los huesos rotos. Pero todo eso quedaba a años luz del pandemónium que se

armó en el campo de cricket de Ferozeshah Kotla, al norte de Delhi: los espectadores gritaban a voz en cuello, ondeaban las banderas de la India, los silbidos eran agudísimos, se oían las trompetas, las flautas, los cánticos. El público indio que va al cricket (según me dijeron) es famoso por sus abucheos, por silbar los errores, por chillar ante las decisiones discutibles del árbitro y por algún que otro despliegue de insensibilidad racial, gritando por ejemplo «¡Mono! ¡Mono!» («*Bandar! Bandar!*») a los jugadores negros de los equipos británicos o antillanos.

El hombre que tenía delante de mí se había hecho un poncho con una gran bandera de la India que lo cubría del todo. El que estaba a su lado tocaba una corneta. Todo el público daba alaridos. Yo había llegado después de almorzar. La selección de India había bateado 209 y había cambiado el turno: le tocaba batear a Inglaterra, y tenía que mejorar el marcador. Anotaron 124 con dos de sus mejores bateadores.

El hincha que me tocó al lado, Vikram —«Llámame Vicky»—, fue quien me explicó todo esto. Tenía diecinueve años y había llamado a su trabajo para decir que estaba enfermo, como todos los demás: en Delhi apenas se movía un alma por la escasez de personal resultante del partido. Comenté el gran aforo del estadio.

—Tiene buena cabida —dijo Vicky. Otro de los placeres que se experimentan en la India es oír esa clase de palabras en una conversación cualquiera—. Ése es Pietersen. Fue el gran héroe de las series Ash del verano pasado.

—¿Es bueno? —pregunté.

—Potencia en las manos tiene. Sincronización tiene —Vicky miraba a la otra punta del campo—. Aquél es Flintoff. Gran bateador.

—Entonces ¿Inglaterra tiene posibilidades?

—Para mí que no. Nuestros lanzadores tienen recursos. Mira a Bhaji Singh. Es sensacional.

Sin embargo, los bateadores ingleses lograban anotarse tantos. Vicky me tradujo los cánticos en hindi:

—¡India ganará! ¡El azul es una mierda! —los uniformes de los ingleses eran azules—. ¡Bhaji, Bhaji, Bhaji!

El estadio entero rugía, aunque hubo aplausos diseminados para reconocer un buen golpe de Flintoff. Ni siquiera los hinchas futboleros más gritones se podrían comparar con el griterío de aquella gente; los propios jugadores, para

celebrar la captura de una bola o la anotación de un tanto, se abrazaban y rodaban por la hierba.

—Es un gran día —dije.

—El cricket en la India es Dios —dijo Vicky—. Es más que Dios.

Y siguió narrándome el partido.

—¿Lo ves? Le ha pegado sin control, sin cuidado, sin darle de lleno... Ah, buena captura en lo hondo del cesto... Flintoff ha probado un dudoso lanzamiento recto... Queda fuera... Un pie fuera del cesto... Harbhajan va a ser el hombre del partido. ¿Lo ves? El jugador va a más.

—¿Eso ha sido un cesto pegajoso?

—Un lanzamiento troceado, más bien.

Con los cánticos de «¡India ganará!» empecé a pensar que aquello era una manifestación de la nueva India. La vastedad del estadio, la denuncia unánime de Inglaterra, el denso gentío, la confianza en sí mismos. Era también la grosería comercial del nuevo siglo, los uniformes con publicidad.

—India sí que puede ganar —dijo Vicky a medida que fue pasando la tarde—. Con cinco cestos más ya nos llega.

Pietersen arreó un batazo que mandó la bola a las gradas más altas.

—Eso es un más seis —dijo Vicky.

Pero otro de sus golpes con el bate lo cazó al vuelo un atlético jugador de campo.

—¡Que te vaya bonito! —exclamó Vicky.

Los nuevos bateadores fueron pasando deprisa: les colaban la bola, la pifiaban, adelantaban la pierna sobre el cesto, de modo que pareció claro bastante pronto que la victoria iba a ser para el equipo de India. Una vez seguro de que tenían el partido en el bolsillo, Vicky abordó otras cuestiones: me preguntó si tenía hijos, si jugábamos al cricket en Estados Unidos, si me gustaba la India. Cuando se dio por satisfecho con mis respuestas volvió a centrarse en el partido. Y vi entonces que la India iba a ganar, y que en cuestión de minutos cincuenta mil hinchas del cricket, entusiasmados con su equipo, saldrían en estampida del campo de cricket de Ferozeshah Kotla, en busca de pálidos *ferringhis* como yo, para tomarnos el pelo con su victoria. Por eso me decidí a salir deprisa; pasé entre el personal de seguridad, por las vallas metálicas, los detectores de metales y las hileras que formaban los policías con sus *lathis*, una porra alargada para apalear en la espalda a las multitudes, en lo que se conoce como una carga de *lathi*. Todos aquellos

individuos de aspecto inmisericorde se habían reunido en las salidas del estadio.

No fui el único en darse prisa: un indio robusto y bien vestido, con traje blanco, conducía en ese momento a su mujer por un detector de metales. Podría haber sido un magnate y ella una maharaní. Al cruzar ella se activó el detector, pero la hicieron pasar sin cachearla, camino de una limusina que los estaba esperando, con un chófer uniformado. Ella iba despacio, quizás por la gordura, aunque trataba de no perder el paso de su robusto marido. Llevaba aros de metal en los brazos, gran profusión de collares, pendientes que tintineaban. El diamante que lucía en la nariz era grande como una bellota.

Ya fuera del estadio aún se oía el rugir del público. En un país tan consciente de las divisiones de clase, todo el público que presenció el partido de cricket cantaba con una sola voz, como si aquello fuese más que solidaridad, una manifestación de autoestima, de alborozo, de afirmación, de gente contenta de ser lo que era, como en un eco enronquecido de lo que dijera Amar Singh en Amritsar: «Ahora somos una gran potencia».

Esa misma noche, como si actuase movida por una indicación, una mujer norteamericana entró en el vestíbulo del hotel con su marido, y me hice a un lado para dejarles paso libre. Acababan de volver de una excursión por los monumentos de Delhi, entre ellos la tumba de Humayun y el Fuerte Rojo y el Minarete de Qutub, además de haber visto sin duda a muchos de los indios que no habían percibido ni la menor parte en el milagro económico del país. Otro recordatorio de que viajar por la India no es para los débiles de corazón: la mujer tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, y sollozaba y se secaba los ojos hinchados. Me miró entre lágrimas y apartó la mirada.

—Me da igual —murmuró—. Mañana no salgo —y siguió a medias como una actriz, a medias sincera, pero sin duda molesta—. Walter, es que me rompe el corazón ver cómo vive esa gente.

10. Tren nocturno a Jodhpur

El expreso de Mandore

Supe, sin necesidad de que nadie me lo dijera, que el tren a Jodhpur saldría del andén dieciséis; bastaba con fijarse en el aspecto de los viajeros que estaban a la espera. La mayoría del mundo viste de la misma forma, con vaqueros, camisetas y deportivas. La India rural es una de las excepciones a esta monotonía indumentaria extendida por todo el planeta, y Rajastán aún sobresale de manera especial por su contención, su serenidad, su variedad de matices, de un modo que la convierte en algo único en el mundo. En la estación de la Vieja Delhi me fue posible entender, por los ropajes de las mujeres que aguardaban en el andén, que todas ellas esperaban el expreso de Mandore a Jodhpur.

¿Adónde iban a ir, si no, vestidas y pintadas de ese modo, con unos saris amarillos y rojos, con unos chales granates, con flecos y recamados de oro, u ocre, largas y ceñidas faldas de color azafrán, velos que apenas les cubrían la boca, grandes collares de perlas grandes como nudillos, ajorcas, brazaletes, las manos y los pies pintados con hena, el plumaje envejecido, brillante, con tanto colorido? Eran gentes llegadas del inmenso desierto del Rajastán, en el que las casas de Jodhpur son de un azul intenso, las fachadas y los palacios de Jaipur son rosas, los turbantes de los hombres son carmesíes. Como si pretendieran distanciarse de los polvorientos matices del entorno en que viven, los rajastaníes gustan decididamente de todo adorno, cuanto más vistoso mejor. Pero igual sucede en el caso de los habitantes del desierto en general, para los cuales las joyas y el oro significan la riqueza, además de tener un llamativo sentido del cromatismo que parece garantía para no perderse, para no terminar por ser indiscernibles.

El expreso de Mandore era un tren nocturno a Jodhpur —en donde nunca

había estado—, camino de Jaipur, ciudad sobre la que ya había escrito tiempo atrás. Jodhpur es una ciudad de tejedores y de ebanistas, de artesanos tradicionales, entre los que se incluyen los que copian y falsifican antigüedades. En la India Jodhpur tiene fama por su producción de engañosas reproducciones que se venden en todos los mercados y bazares y a los crédulos museos del extranjero: estatuillas de terracota, de porcelana, de bronce, además de ídolos, espadas y dagas. En Jodhpur también tenía el maharajá un palacio del tamaño del Vaticano, que se había reconvertido en un hotel aunque el maharajá seguía viviendo allí, y montaba sus caballos para jugar al polo y se regocijaba con su apodo, *Bapji*.

Pegado a uno de los tabiques del tren estaba la declaración, un listado de pasajeros y de literas de segunda clase. Allí encontré mi nombre, pero antes de que saliera el tren de la estación vi que había plazas libres en primera. Solicité el cambio al revisor. Aceptó mi dinero, redactó por triplicado un recibo por el exceso de tasas, me dio un montón de resguardos y me mostró un compartimento con cuatro literas. Ya había dos personas sentadas: un joven que leía la revista *Debonair* y, frente a él, una mujer joven que rebuznaba en una mezcla de hindi e inglés por su teléfono móvil. La mujer de voz tonante tenía unas facciones desprovistas del menor rastro de humor, un rostro ganchudo, y los ojos fríos de una arpía. Era buen ejemplo de lo físicamente fea que puede llegar a ser una persona cuando está quejándose a voz en cuello; era una gárgola con gafas de montura de concha.

Mientras seguía con sus alaridos, Rakesh, el hombre de enfrente, me dijo que era vendedor y que se dedicaba a la exportación de chales y pañoletas. Iba a Jodhpur, donde teñían y estampaban sus telas con los vívidos colores del Rajastán.

—Cada pocas semanas he de tomar el tren —dijo Rakesh—. Es la mejor manera de viajar. Llego temprano a Jodhpur, dedico el día entero a trabajar y regreso en el tren nocturno. Así me ahorro el pago de un vuelo caro y de una habitación de hotel.

Me ofreció entonces algo de la comida que llevaba: unos garbanzos especiados, una bolsa de anacardos, una especie de buñuelos oscuros, unos fritos.

—¿Es que te lo tengo que repetir? —dijo la mujer con los ojos centelleantes—. Voy en tren. Y estoy furiosa. ¡Están todos en contra de nosotros! ¡Tres ministerios, tres secretarios! El Ministerio de Hacienda es el peor de todos.

Una respuesta como si algo se rasgara en el teléfono la obligó a fruncir el ceño.

—¡Me importa una higa! ¡Tenemos que ser fuertes!

Más balbuceos, con los que puso los ojos en blanco y se rascó los brazos velludos.

—¿No viste el informe? ¡Pues era audaz!

Sonreí, impresionado, pues no recordaba haber oído esa palabra nunca, *audaz*, en una conversación entre hablantes ingleses, nunca en toda mi vida de escuchón.

Acto seguido empezó a hablar como una mariscal:

—¡Pero aún podemos ganar! ¡Hemos de imponernos! ¡Nos reagruparemos! Les contestaremos ojo por ojo. ¡Eso no importa, te lo digo yo!

Chasqueando la lengua ahogó la réplica.

—Basta, ya basta. Me encuentras en Jodhpur por el móvil —dijo, y terminó la conversación dándole fuerte con un dedo.

Fue un pasmoso despliegue de desinhibición. A menudo pienso que la gente grita cuando habla por el teléfono móvil sobre todo para avisar a cualquiera que los oiga por casualidad de que son gente de armas tomar; los gritos por el móvil son más una exhibición de agresividad para quienes estén cerca, o delante, que para quien esté al otro lado de la línea.

Errando por la India, me sentí agradecido por todo el que me saliera al paso, y todo lo que me encontrase, a medida que iba revisando a unos y otros desconocidos y pensando en los papeles que podría darles en mis narraciones. Aquí, por puro azar, me encontré en el mismo compartimento con un joven y simpático vendedor, que me ofreció de su comida, y con una mujer velluda y troglodítica que insultaba a gritos por su teléfono móvil.

—¿Le importa? —dijo con cara de malas pulgas, mirándome con gesto picudo—. He tenido un día malísimo.

Quiso darme a entender que la litera en que estaba sentado era la suya y que deseaba acostarse. A mí me habían asignado una de las de arriba. Ésta es una de las galanterías que se observan a rajatabla en los ferrocarriles de la India, en especial en los compartimentos mixtos: tuve que subirme a mi litera. La noche aún estaba lejos y teníamos por delante doce horas de viaje, a pesar de lo cual insistió en irse a dormir. Sin embargo, no deja de ser maravilloso que un viajero desocupado como yo, por el mero hecho de tomar el tren, pueda penetrar en el lugar en que duerme una mujer nativa de mediana edad y (si

quisiera) asomarse a observar cómo ronca y cómo frunce el entrecejo en sueños.

Hice lo que me pedía. Subí la escalerilla y me puse a leer la amplia y muy documentada crónica, además de fluida, que hace Christopher Hibbert sobre el motín de 1857, el llamado «Gran Motín». El levantamiento (tropas indias sedientas de sangre) y sus consecuencias (tropas británicas sedientas de sangre) abarcaban una de las convulsiones raciales más violentas que se han producido en la historia de la India, si bien la narración palpataba de vida y abundaba en placeres inesperados. Un notable inglés, residente en Delhi y llamado Thomas Metcalfe «no soportaba que las mujeres comieran queso en su presencia», y las mandaba fuera de la sala para que se hartasen de cheddar si así lo deseaban; Lord Macaulay resumió la baja estima en que tenía las cotas alcanzadas por los indios diciendo que disponían de «doctrinas médicas que serían una deshonra para un veterinario inglés; de una astronomía que se podría poner en ridículo en cualquier internado para señoritas de Inglaterra; de una historia en la que abundan los reyes de diez metros de estatura y los reinados de treinta mil años de duración; de una geografía compuesta de mares de caramelo y mantequilla».

En la oscuridad, el tren traqueteaba a buena velocidad en la fresca noche del desierto, con gran clangor de los raíles. Dormí como si estuviera en rotación constante, como una persona que experimentase lo que los escritores de ciencia ficción llaman «transferencia de la materia». Por la mañana, al ver de nuevo a la mujer de mal humor, que bostezaba con la boca abierta al máximo y la dentadura a la vista, como un chacal, recordé otra descripción que aparecía en *The Great Mutiny (El gran motín)* de Hibbert, de una mujer «de ojos grandes, e implacables».

Pero hallándome en Rajastán se me obsequió con una espléndida visión a primera hora de la mañana. Paramos en una estación en la que una mujer asombrosa, con un sari de color púrpura que aleteaba ceñido a su esbelto cuerpo —una mujer de belleza cinematográfica, con un enorme glamour, con una pose perfecta—, caminaba ligera, muy hermosos los pies, al pasar por el andén delante de mí, llevando una cesta de tomates frescos. Me asomé a mirarla mejor. La vi atravesar el andén e ir a otro tren a vender tomates, y una mujer mayor de edad, sonriente, se me acercó con una jarra de café con leche, me sirvió una taza y permanecí con la dorada luz de la mañana, envuelto y enaltecido por todo esto. Sonó el silbato del tren y nos pusimos otra vez en

marcha, pasando por delante de un cartel que decía «Por favor, no den limosna a los mendigos». Volví a mi compartimento.

El vendedor de chales seguía dormido, pero la mujer refunfuñona ya estaba despierta, sentada, mirando por la ventanilla, de espaldas a mí. El traqueteo y el clangor del tren al atravesar el desierto contrastaban con la escena: el sonido a todo volumen, el paisaje en silencio. Algunos árboles enclenques aquí y allá, como retoños muertos antes de tiempo, persistían en los pedregales, en la llanura polvorienta de una India en la que no había nada.

Me asomé a la ventana junto a la mujer.

—Esto es una maravilla. Después de Delhi —dije—, todo esto tan vacío.

—Esto no está vacío, ni mucho menos —dijo la mujer.

—Pues a mí me parece vacío del todo.

—Si mirase bien, vería gente por todas partes.

Miré y no vi a nadie.

Se rio con una risa forzada, desdeñosa, sobre todo con la impresionante nariz que tenía.

—A usted le parece que está vacío, ¡pero de eso nada!

En serio lo digo: estábamos en las lindes del desierto de Marusthali, en la zona de Rajastán en que más pega el sol, y estaba vacío.

—Esto se cultiva intensivamente —dijo ella—. Todo se cultiva.

—Hay una porción que sí —dije al ver los surcos abiertos en una vaguada y algunos brotes de hierba reseca, acaso trigo.

—¡Todo, todo, se lo estoy diciendo! ¿O es que no lo ve?

Era una mujer muy irritante, gruñona, que a las siete y media de la mañana ya estaba dando voces para contradecir a quien tenía delante.

—¿Qué es eso? ¿Trigo?

Resopló.

—La gente de por aquí no es tan tonta, no habrían plantado trigo. Plantan otra cosa que necesite menos agua. Cultivan mijo.

—Ya entiendo.

—Y tampoco se ha fijado usted en los árboles. Son los que mantienen el nitrógeno en la tierra. Son beneficiosos.

—Entiendo.

En un tono de altiva condescendencia, tan sólo supo sonar ruda y descortés, y su rudeza vino a ser una cómica parodia de sí misma. Lo que dijo pudo tal vez ser interesante, pero por el fastidio de su tono de voz me resultó un insulto.

Pensé que la razón era sencilla: esta mujer había supuesto que iba a compartir el compartimento con una sola persona, el vendedor de chales, y descubrió que había una tercera, un extranjero voluminoso y tatuado, de más allá de las tierras que conocía y estaba dispuesta a aceptar, que la miraba sin cesar protegido por las gafas de sol cuando no estaba garabateando en su cuaderno. Su intención consistía en que me sintiera yo rechazado, como reseñé en mis notas, no sin añadir que en el fondo era algo de esperar entre los nuevos burócratas de la India, vigorosos y necesitados de afirmarse en todo, malhumorados, obsesionados con el sistema de castas.

—¿Es usted abogada? —pregunté.

—Periodista. Especializada en medio ambiente. Voy a un congreso sobre el agua que hay en Jodhpur —dio la espalda a la ventana—. El príncipe Carlos va a dirigirnos un discurso sobre la conservación de los recursos hidrológicos.

—¿El príncipe Carlos está en Jodhpur?

—En Umaid Bhawan. Para tomar la palabra en nuestro congreso, como le acabo de decir.

No podía ser ése el motivo. Había visto su nombre en los periódicos de Delhi; se hallaba en viaje particular por la India acompañado de Camilla, duquesa de Cornualles, antes apellidada Parker Bowles, de soltera Shand, y en la actualidad señora de Carlos de Windsor. Era su primera visita al país.

—A lo mejor tiene ocasión de conocer al príncipe en persona.

—Me da igual —dijo encogiéndose de hombros y torciendo el gesto.

—No estaría mal, ¿eh?

Aunque estaba desaseada tras la noche en el tren y se encontraba sentada con el pijama arrugado, insistió en su altanería.

—Estoy más que harta de la realeza —dijo.

Me di cuenta de que tan sólo intentaba aplastar cualquier cosa que dijera yo, y eso empezó a fascinarme. No me importó que me tomara por un mochilero, por un vagabundo y un gorrón, por un viajero desocupado; todo eso era cierto en el fondo. Lo que no podía saber cuando me dio la espalda es que acababa de anotar en mi cuaderno: «Amargada – pijama arrugado – ojos hundidos en las cuencas – estoy más que harta de la realeza». Y como entre mis planes estaba el alojarme también en el Umaid Bhawan Palace, a lo mejor nos podíamos juntar todos a tomar una taza de té: la gruñona, el príncipe Carlos y yo.

—Qué coincidencia —le dije—. Yo también voy allí —y ni siquiera con esto conseguí una reacción—. ¿Para qué medio escribe?

Me miró por encima del hombro, me dio el nombre de su revista y volvió a mirar por la ventanilla, de modo que sólo alcancé a verle los hombros delgados, la ropa arrugada. Tal vez sospechara que me había asomado por la litera, de noche, para mirarla ovillada mientras emitía aflautados ronquidos preñados de halitosis.

Cuando despertó el vendedor de chales, miró por la ventana y sobre la base de lo que vio, el contorno de unos cuantos cerros polvorientos, dijo sentencioso:

—Media hora para llegar a Jodhpur.

Conversamos mientras la mujer se malhumoraba y mascullaba por el móvil. También él había presenciado el partido de cricket en Delhi.

—Los jugadores de cricket —le dije— antes daban una palmada, o parecían aburrirse, o se mostraban flemáticos. ¿Cuándo empezaron a abrazarse y a rodar por el césped?

—Hará unos diez o quince años —dijo—. Los primeros fueron los australianos. Le dieron al deporte un estilo más americano. Cambiaron los colores de los uniformes, les pusieron publicidad. Lo cambiaron todo.

—Si no les importa... —dijo la mujer, y se abrió paso entre nosotros. Entrábamos en la estación de Jodhpur, pero tenía tales prisas por salir del tren que ya se abría camino a codazos hasta llegar al fondo del vagón primero y a su congreso sobre recursos hidrológicos después, aunque mirándola cualquiera hubiese dicho que iba directa a un aquelarre de brujas.

Siempre se produce una escena multitudinaria cuando un tren llega a una gran estación en la India: los mozos de cuerda se abalanzan, al igual que los culis, hombres con sus carretillas y carros para el equipaje, aguadores, vendedores de comida, taxistas, *wallahs* de *rickshaws*, voceadores de los hoteles y las pensiones. Se amontonan en el andén y bloquean las puertas con tal de ser los primeros.

Les dejé que atrapasen en sus redes a la mujer gruñona y pasé de largo sigilosamente, avanzando veloz a la cola de los taxis con mi pequeño bolso, nada llamativo.

Casi en el centro de Jodhpur mi taxi quedó rodeado por hombretones de aspecto muy serio que ostentaban placas de latón. Las placas eran relucientes, gruesas, y los hombres las mostraban, parecían agitarlas delante de mí, a la

vez que me indicaron que bajase la ventanilla.

—¿Quiénes son éstos? —pregunté al taxista—. ¿Qué es lo que pretenden?

—Estamos en Navratri, señor. Son los celebrantes.

Abrí la ventanilla por suponer que querían unas rupias por las placas de latón, pero no fue así: una persona se adelantó y, tras embadurnarse el pulgar de polvo rojo, me lo aplicó en la frente.

De camino al Umaid Bhawan, el taxista me dijo que el Navratri acababa de comenzar, y que constaba de nueve noches de ayuno y oraciones dedicadas a la diosa Durga. Esta diosa madre es una de las más feroces del panteón de los dioses indios, fácil de reconocer por las armas que porta en sus muchos brazos y por el collar hecho de calaveras; es mucho más feroz que los dioses masculinos, y posee a la vez el poder de la creación y de la destrucción. Durga significa «la Inaccesible». Me recordó a la petulante mujer del tren, una encarnación de Durga que vociferaba por su teléfono móvil, y que a lo largo de todo el viaje se mostró inaccesible a mí.

—También Navratri muy importante para Surya —dijo el taxista.

Había estado con anterioridad en templos consagrados a Surya. Surya, el dios del sol en la cosmología hindú, cuenta con un culto más devoto en Rajastán que en otros lugares de la India, puesto que, según descubrí más adelante, la familia real de Rajput —el clan de los Rathore, gobernadores supremos de Rajastán— está considerada *suryavanshis*, descendientes del dios del sol.

Uno de los aspectos menos afortunados del Navratri de este año y de esta imaginaria solar consistía en que precisamente el día anterior se produjo un eclipse de sol en esta región de la India, y el oscurecimiento del sol fue visible a la perfección en Jaipur.

—No fue un día cargado de buenos auspicios —me dijo una mujer en el Umaid Bhawan Palace, lo cual tuvo que ser en Jodhpur una noticia de mayor calado que la llegada del príncipe Carlos y su duquesa consorte. Un eclipse de sol durante esta festividad religiosa no podía sino ser un mal presagio.

Estábamos en el vestíbulo del Umaid Bhawan (en cuyas paredes y pedestales había más leopardos y tigres disecados de los que nunca en la vida he visto juntos), adonde fui con la esperanza de poder conversar con el maharajá de Jodhpur. Su abuelo, el maharajá Umaid Singh, había encargado la construcción del palacio, que se terminó en 1928. Por entonces, esta parte del Rajastán, el reino desértico de Marwar, estaba castigada por la hambruna y la

sequía, y su idea consistió en que ese proyecto, que tardó quince años en culminarse, mantuviera entretenidos y empleados a sus súbditos, los desesperados y hambrientos marwaris. Fue uno de los últimos palacios, y sin duda el último gran palacio que se erigió en la India imperial. El edificio terminado, de arenisca rajastaní de color herrumbre y de mármol, se encuentra en un cerro, en las afueras de Jodhpur, y es un vastísimo palacio de tonalidades rosadas con una gran cúpula reluciente, adornado con detalles góticos y con remedos del *art déco*, con sus esbeltas y abigarradas torretas al estilo de los emperadores Mughal, porches elaboradísimos y los caprichos arquitectónicos más estrambóticos que hay en Rajputana. Acaso se construyera para dar empleo a los marwaris, pero seguía intacto e inspiraba un temor reverencial.

El maharajá vivía decorosamente en una de las alas, llamadas Reales Aposentos. El príncipe Carlos se encontraba en la planta superior, en una amplísima suite, con su duquesa y su séquito a mano. También en la planta superior se celebraba el congreso sobre el agua, expertos reunidos en busca de respuestas a la ineludible catástrofe ecológica que se estaba produciendo en la India, el aumento de las sequías y las hambrunas correspondientes. En el ala reservada al hotel de lujo estaban alojados otros huéspedes: parejas en luna de miel, turistas, indófilos, los más afortunados y, ligero de equipaje, desocupado salvo al tomar nota en el cuaderno, yo mismo, charlando con una servicial mujer india.

—Malos presagios. ¿Es hora de prender las varitas de incienso? — pregunté.

—No, no. Es mucho más grave que eso. «No mires al sol», me dijo uno de los miembros de la familia del maharajá. «No salgas.» «Pero es que tengo trabajo que hacer», le dije...

Dijo que si me interesaba podría asistir al complejo ritual del Navratri en el fuerte de Mehrangarh, en la otra punta de Jodhpur, desde el cual se domina toda la ciudad pintada de azul, un acuartelamiento en lo alto, tan impresionante que Rudyard Kipling lo llamó «obra de ángeles y gigantes». El *puja*, o ceremonia de la oración, estaría dirigida por los sacerdotes y los propios miembros de la familia del maharajá, la maharaní y el maharajá en persona.

—Es fundamental para que la diosa Durga nos sea propicia, debido al eclipse de sol —me dijo la mujer.

El ritual iba a señalar el comienzo de los nueve días de ayuno y oración.

Algunos («en las aldeas», como gustaban de subrayar los indios que habitaban en la comodidad de las ciudades) incluso sacrificaban un cabrito.

—¿Quemándolo?

—No. Lo degüellan. Dejan que se desangre del todo.

Un día de calor muy intenso en Jodhpur seguí la procesión de la familia real de Rajput con todo su séquito hasta las empinadas laderas del cerro que remataba el fuerte. El templo de Durga (el tradicional templo de familia entre los soberanos de Jodhpur) se encontraba en el fuerte y era antiguo; el fuerte en sí data de mediados del siglo xv. Y estaba atestado de devotos y de súbditos del maharajá al borde de la histeria, por tener éste relación directa y viva con la deidad solar.

Siguiéndole, bajo el calor brutal del fuerte en el que caía el sol a plomo, se encontraba una masa de gente que arrastraba los pies y tañía los gongs, los tambores, o tocaba las flautas, todos con guirnaldas, todos cantando «*Durga Mata ki jai!*». Alabad a la Madre Durga.

El ritual es algo que para mí tiene importancia, no por su más que dudosa santidad, sino por ser un conjunto de gestos que pone de relieve el estado interior de las personas que participan en él, además de sus sutiles protocolos. Bajo una marquesina agucé la vista para presenciar la ceremonia, los murmullos, las rociadas con agua, las postraciones. Los sacerdotes eran a un tiempo sumisos y pretenciosos, estando todos ellos pendientes del maharajá, que llevaba a cabo la *puja* bajo la mirada atenta de sus súbditos leales, todos los cuales entonaban los cánticos. A los elementos puramente devotos se había añadido un elemento teatral.

El momento más doloroso fue la llegada del hijo del maharajá, Shivraj Singh, yuvraj de Jodhpur y heredero del trono. Corrían rumores de que podría hacer acto de presencia, lo cual fomentó una gran ansia colectiva, de pura anticipación, pues sí se sabía que había sufrido lesiones graves.

El yuvraj tenía treinta y un años de edad y era en verdad un hombre apuesto; durante años había sido un jugador de polo de gran renombre —gran jinete, gran lanzador— y un adalid del deporte en el que Jodhpur se había distinguido desde siglos atrás. Pero un año antes, en febrero de 2005, el yuvraj había sufrido un accidente jugando al polo. Intentó volver la grupa de su caballo en una maniobra demasiado brusca, y el caballo tropezó y el yuvraj se fue al suelo con tan mala fortuna que el caballo le cayó encima. Tras pasar más de un

mes en coma profundo, el pobre hombre por fin recuperó la consciencia. Tras un período de intensa terapia psicológica —su terapeuta fue una joven norteamericana—, recuperó un uso más bien rudimentario de las extremidades y aquélla había de ser su primera aparición en público después del espantoso accidente.

Con un turbante, chaqueta y pantalones blancos, adornado con guirnaldas de margaritas, un asistente a cada lado, se esforzó visiblemente por permanecer erguido a la vez que avanzaba hacia el templo en medio del espesor de los pétalos de rosa que se habían esparcido desde los baluartes. Fue duro presenciar las dificultades con que se movía, si bien era a las claras un hombre que había regresado de entre los muertos.

Lo más conmovedor en el *puja* en honor de Durga fue que reseñara el ciclo de la vida y la muerte, que fuese una celebración del renacer, y que, por eso, todo lo que sucediera bajo el sol abrasador, en el recinto del fuerte, y el resonar de las campanas y los gongs y los cánticos en loor de Durga, importase tanto a ese joven semidestruido, símbolo vivo del modo en que la diosa madre podía interceder por sus fieles.

Los sacerdotes le aplicaron un polvillo en la frente, anudaron un hilo sagrado a su muñeca, lo rociaron con agua y distribuyeron dulces, todo ello en medio del griterío y los cánticos y el eco de las flautas y los gongs.

—*Durga Mata ki jai!*

Acompañaron al príncipe heredero a una silla sobredorada, bajo un dosel de algodón blanco cerca del templo, con el orondo maharajá a un lado y al otro la maharaní con sus sedas de color púrpura, el séquito con bandejas de dulces, los sacerdotes y los centenares, acaso millares de fieles, dándose codazos unos a otros por lograr ver siquiera un instante a su rey semidivino.

Estaba yo detrás del dosel, tratando de mantener los pies descalzos en la zona más fresca de los ladrillos, donde había sombra. El yuvraj indicó por gestos que deseaba agua. El calor era como un martillo resplandeciente. Lo vi hacer un enorme esfuerzo por sostener el vaso, inclinarlo y beber. Estaba en malas condiciones, se le notaba de lejos, si bien parecía resuelto a rematar esta actuación sin ayuda de nadie, y cuando por fin se lo llevaron, frágil y apagado, su determinación aún fue más patente en todos sus movimientos. Era un hombre dotado de una gran fuerza interior; comprendí que había hecho un largo recorrido y que su fuerza de voluntad aún podría llevarlo más lejos; en el transcurso de esta ceremonia fragante y armoniosa su postura había

resultado más decidida, más segura.

Hay algo especial en la presencia de la realeza —una especie de palpitación en el aire, una vibración, un zumbido— que a la gente le acelera el pulso. Es probable que no sea muy distinto de la excitación que se palpa en la alfombra roja en la noche de los Oscar, aunque ésta se incrementó por el fervor religioso que se asocia a la realeza verdaderamente antigua. Saltaba a la vista en el fuerte, donde toda la familia real y los notables de Jodhpur se habían mostrado a la vista de todos, piadosos y protectores, al tiempo que encantados de que los súbditos los vieran, una especie de embeleso que inspiraba el maharajá, tan voluminoso y tan seguro, a la vez que inspiraba seguridad, con su adorable reina, con su hijo herido, y la imagen de la diosa madre embadurnada de pasta ritual, las llamas que bailaban en las lámparas de aceite y el poderoso y armónico resonar de los gongs y las campanas.

Me alojé en el ala del Umaid Bhawan en que se encontraba el hotel, sin terminar de creer del todo la suerte que tuve por ser huésped en semejante lugar. Hice una excursión por el bazar de Jodhpur y por las tiendas de anticuarios en busca de tesoros, tratando de discriminar lo auténtico de lo falso. Pero tampoco era eso lo esencial; lo que más me gustaba de un mercado indio era ir de puesto en puesto, de una tienda a otra, avanzando entre los camellos y los *rickshaws* y las vacas que pacían en una ciudad en la que nada parecía moderno.

Pocos días más tarde, nuevas vibraciones emitidas por la presencia de la realeza difundieron ese zumbido por el Umaid Bhawan Palace: intensa actividad, abundante movimiento sin resuello, un brío y un dinamismo que antes no había detectado. Después de almorzar vi cómo desenrollaban una larga alfombra roja.

—Se marcha el príncipe Carlos —dijo uno de los empleados que desenrollaban la alfombra, de rodillas en el suelo de mármol pulido del vestíbulo, alisando los extremos de aquel cachivache.

Quise echar un detenido vistazo a la nueva esposa del príncipe Carlos, de modo que me quedé remoloneando junto al gran arco de entrada al palacio.

—¿Le puedo ayudar en algo, señor? —me dijo un empleado de seguridad.

—Estoy esperando al príncipe Carlos. Deseo saludarle —el empleado de seguridad llevaba una chapa identificativa y una porra—. Nos hemos conocido antes —añadí.

Ocupé mi sitio al final de una larguísima cola de personas que habían ido a

despedirle: mayordomos, empleados de la limpieza, *chowkidars*, barrenderos, mozos de cuadra, personal del hotel, secretarias, camareros... y yo.

Todos los huéspedes del hotel se habían reunido para la despedida oficial; allí estaban también todos los asistentes al congreso sobre la conservación de los recursos hidrológicos. Escruté sus rostros y descubrí a la mujer malhumorada del tren. Era menuda; tenía el aire de un troll, los hombros caídos; estaba en el otro extremo de la sala. No me llegó a ver hasta que el príncipe se acercó a la cola en la que me encontraba, y cuando se cruzaron nuestras miradas le guiñé el ojo. ¡Ja! Se ensombreció de un modo que poco a poco había empezado yo a reconocer. Recordé cómo había ladrado la palabra *audaz* hablando por el teléfono móvil.

El príncipe y la duquesa avanzaron a lo largo de la cola que formábamos, agradeciendo a cada una de las personas los servicios prestados. Al final me tocó el turno.

—Paul Theroux —dije—. Su Alteza vino al estreno de la película basada en mi novela, *La costa de los mosquitos*. Fue en Londres, hace veinte años. Seguro que no lo recuerda.

—Pues por supuesto que me acuerdo —dijo sonriendo y estrechándome la mano.

Tenía un tono de piel muy sonrosado y el cabello empezaba a escasearle, además de tener la corrección en la postura y el mohín de frustración que tendría alguien si creyera que jamás se le había tomado suficientemente en serio. Parecía juvenil y más bien tímido, mucho más que principesco.

La duquesa iba detrás de él, con aire desarreglado, mayor, un tanto maternal, aunque de ese modo algo subido de tono que prodigan algunas madres consentidoras a sus hijos, ya mayores y torpes: amistosa, anticuada, sin encanto, un tanto encorvada, más bien menuda, compacta, algo barrigona con su ceñida combinación de chaqueta y falda oscura, demasiado formal para el calor reinante en el desierto, más apropiada para la ceremonia del té en un jardín de Inglaterra, acaso por pensar que el banquete que les ofreciera el maharajá sería lo más semejante a un té en un jardín de Inglaterra. Me pareció al menos disculpable en una persona que nunca había estado en la India.

Tocó el brazo del príncipe y le habló de una manera difusa, agradable.

—Vaya, pues se me han olvidado las gafas de sol.

Alguien la oyó y salió caminando a paso veloz para dar la orden de que encontrasen las gafas de inmediato.

—¿Y qué le trae por aquí? —me dijo el príncipe Carlos.

—Sólo estoy de viaje, señor. Con rumbo sur.

—¿Está escribiendo algo?

—Lo intento, Alteza. No hago más que garabatear, ya sabe.

Esto le hizo reír.

—También yo garabateo. Aunque no son libros. Ni siquiera es para su publicación, aunque a veces quisiera... —y en vez de terminar la frase volvió a reír.

Durante el mes anterior se habían hecho públicos algunos fragmentos del diario que el príncipe llevó en Hong Kong. Había impreso una corta tirada, en privado, y circuló entre sus amistades. Estaban repletos de observaciones con mucho colorido y contenían algunas al menos llamativas, además de que la inesperada agudeza que revelaban llegó a los titulares de los periódicos londinenses. Se había mofado de la ceremonia de la transmisión de poderes, a algunos de los notables chinos los llamó «estatuas de cera», se refirió despectivamente al discurso del presidente de China, que tachó de «propaganda», y se burló del paso del ganso de los soldados chinos en el desfile. También se quejó por haber tenido que viajar en clase club, y no en primera, en el viaje de regreso: «Así se presencia el final del imperio», suspiré para mis adentros. Lo que esto vino a demostrar era que si bien tal vez nunca llegara a ser coronado rey de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, aún podría ganarse la vida con decencia como escritor de viajes. Se le daban bien esas despreocupadas generalizaciones.

—Viaje con cuidado —dijo.

Un fotógrafo me tomó una instantánea con él y luego posó para una fotografía de grupo con todo el personal. Cuando se estaban tomando las fotos, habló ante el resplandor del flash.

—¿Están absolutamente seguros de querer que yo haga esto?

Aparecieron entonces las gafas de la duquesa y se dirigió la pareja real con su séquito al avión privado. Los acompañaban veintiséis personas, incluido el chef particular del príncipe.

—Al príncipe aparentemente no le gusta la comida que preparan aquí —dije, bromeando con un hombre que me dijo que había contribuido en la organización de la visita real.

—Ah, es que Su Alteza es muy especial con las comidas —respondió, de pronto molesto y severo, como si recordase algo—. Se armó un revuelo de

cuidado para encontrar los ingredientes precisos para la preparación de un determinado tipo de pan integral que al príncipe le gusta comer. Ciertas especias. Al final las encontraron en el mercado, tengo entendido.

Otro día tomé el té con el maharajá Gai Singh II. Trigésimo octavo jefe Rathore de Marwar y maharajá de Jodhpur, tenía cincuenta y ocho años de edad, pero se me antojó más viejo, pues tenía el aire curtido de un guerrero envejecido antes de tiempo. Había ocupado el trono y ostentaba el título de maharajá desde que tenía cuatro años, cuando falleció su padre. Se le conocía por ser un hombre sin mayores pretensiones. Tal vez fuera descendiente directo de Surya, el dios del sol, pero insistía en que todo el mundo lo llamase Bapji, el equivalente de «papi querido». En fin. Los ingleses nunca se dejaron impresionar por las reclamaciones semidivinas de sus ancestros, que afirmaban descender de los dioses. En la época victoriana, el Colegio de Heráldica estatuyó lo siguiente: «El Aga Khan es tenido entre sus seguidores por descendiente directo de Dios. Los duques ingleses tienen prelación sobre él».

Bapji había permitido que una parte del palacio Umaid Bhawan se convirtiera en hotel y lo hizo con un espíritu similar al de la aristocracia inglesa más recalcitrante, cuando convirtieron sus castillos y suntuosas mansiones en museos y casas de té, abriendo los jardines y rosaledas a las visitas del público, al igual que sus cotos de caza y sus campos de croquet, con tal de seguir viviendo en una de las alas de sus residencias palaciegas y pagar las facturas. Con un gesto de fuerza, al enmendar la constitución de la India en 1969, Indira Gandhi despojó a toda la realeza de la India de sus arcas particulares. En reacción a esta medida, algunos maharajás se hicieron hombres de negocios, otros pasaron a ser terratenientes y muchos vendieron la plata de la familia. Los anticuarios de la India casi en todo momento desenvuelven dagas o copas de cristal adornadas con escudos heráldicos y dicen: «De la familia real de Cooch Behar, señor. Retirada de la colección particular. He obtenido un lote que es una maravilla, señor».

El propio Bapji había cosechado gran popularidad por ser miembro del Parlamento de la India y también embajador. Para recaudar fondos, había colaborado con el Grupo Taj en la creación de un hotel de lujo. Con el paso de los años, el hotel fue deteriorándose, pero se había restaurado poco antes, y exhibía toda la gloria que tuvo en el pasado. Era asimismo una especie de casa

de fieras para animales moribundos: había cabezas de tigre con afilados colmillos en casi todas las paredes, leopardos disecados en actitudes felinas, sobre un plinto, y en lo alto de las escaleras se veían búfalos y antílopes de grandes cornamentas, pares de colmillos de elefantes en la sala de caza e incluso en algunas de las habitaciones privadas, trofeos logrados por los machos alfa, que iban cubriéndose de polvo, y fotos de tiempos memorables: los cazadores muy ufanos, con la planta de la bota apoyada sobre los tigres y leopardos muertos.

—Bienvenido, siéntese, por favor —dijo Bapji cuando llegué a su despacho. Era un hombre rechoncho, pero recio, vestido con un traje tradicional del Rajastán que recordaba un pijama blanco, una camisa larga llamada *kurta* y unos pantalones ceñidos por la pernera y abombados en los muslos, de los que en inglés se llaman, cómo no, *jodhpurs*. Y estaba descalzo. La sala era una colección de fotografías de familia y de libros y archivadores, y sobre la mesa del café, delante de mí, había varios vídeos: *Godzilla*, *Grandes viajes* y *Sí, ministro*. En un televisor, al otro lado de la estancia, se retransmitía un partido de cricket, el televisor siguió encendido en todo momento; Bapji lo miraba de reojo de vez en cuando a lo largo de nuestra conversación.

—Por fin se han tranquilizado las cosas. Esto ha sido un ajetreo enorme, un sinvivir, con la visita de la realeza, como podrá suponer. Y eso que ha sido una visita particular.

—¿Qué otra clase de visita puede hacerse?

—Una visita formal, en cuyo caso la patrocina el Estado. El príncipe aún tendría un día libre, la parte informal de una visita formal, por así decir. Pero esta visita ha corrido de su bolsillo.

—Se le ve muy animado.

—Es feliz. Ella también es feliz.

Me pareció que Bapji y Carlos de Inglaterra debían de ser de la misma edad.

—¿Estudió usted con él, por casualidad?

—Estuve en Eton. Luego en Oxford, en Christ Church. Fui el primero de mi familia que estuvo estudiando en Oxford. Él estudió en un colegio de Gordonstoun —Bapji sonrió—. Un sitio poco acogedor, sumamente espartano. Habría sido más feliz en Eton. Sus hijos estudiaron allí.

—¿Conocía ya a la duquesa?

—Conocía a su hermano, Mark Shand. Y tiene una hermana llamada Annabel. Pero no la conozco.

Un criado trajo el té y unas pastas. Pregunté a Bapji por sus antepasados, y si era cierto, según tenía entendido, que su familia descendía de la deidad del sol.

—Es cierto, estamos emparentados con Surya —dijo—. No existe ya un culto al sol en cuanto tal, pero acaso conozca usted la postura de yoga, el *surya namaskar*. Nuestra familia se remonta al *Ramayana*. Somos *kshatriya*, es decir, de la casta de los guerreros.

Fue una manera delicada de expresarlo: la familia afirma ser descendiente del Señor Rama, que se relaciona con el sol. Por el contrario, el Señor Krishna se relaciona con la luna.

—¿Todo esto está bien documentado?

—Oh, desde luego. Nuestra historia familiar está bien registrada. Mis antepasados llegaron a esta región en 1211. Antes gobernaba el nieto de Jai Chand, de modo que nuestra familia tiene relación comprobada con la familia Rashtra Kuta, ya a comienzos del siglo x.

Hablaba de un árbol genealógico que se remontaba a mil años antes, desde las ramas hasta las raíces.

—Me parece que he estado alguna vez en un templo consagrado al sol.

—Hay uno en Jaipur.

Estaba en lo alto de la garganta de Galta, cerca de un templo que había visitado tiempo atrás en las afueras de la ciudad.

—¿Ayuna usted por el Navratri?

—Hago lo que puedo. El ayuno depende de la elección de cada cual. Hay personas que no comen nada en nueve días, sólo toman un poco de agua. Otros toman una comida al día, y hay otros que sólo comen fruta. Algunos nativos de Rajput sacrifican una cabra a manera de *prasad*, de ofrenda. También se sirve alcohol. Y sí, es cierto: algunos lo beben.

—No me había percatado de que cada cual hiciera algo diferente.

—Pues yo se lo aseguro —dijo.

—Espero que no le importe si pongo todo esto por escrito —dije—. Me resulta muy interesante.

Meneó la cabeza como lo hacen los indios para indicar que estaba de acuerdo. Y en ese momento entendí qué era lo que le daba ese aspecto tan

amable, qué era lo que le daba una solidez merecedora de toda confianza, y en modo alguno pedante: era el modo en que arrastraba las palabras, la ligera desmaña con que hablaba, además de tener los carrillos rollizos, detalle que a pesar de su bigote le daba el aspecto de un niño chico.

—Cada una de las comunidades asigna un valor especial a determinados alimentos. Aquello que nos da fuerza y nos hace más excitables está prohibido a los brahmines, porque pertenecen a una tradición de ascetas. En cambio, un *sadhu* podría fumar hachís —alzó la mano y dio una calada a un porro imaginario—. Pero no se fuma el *bhang*. Viene en polvo, por lo que se prepara en unos batidos que se llaman *thandhai*.

—¿En qué consiste la mezcla?

—Leche, agua, almendras molidas y otros ingredientes, claro. Y, por supuesto, el *bhang*. ¿Ustedes lo llaman cannabis? A uno le atonta bastante.

—Tengo que probarlo.

—Unos se echan a reír, otros vomitan —dijo Bapji—. El opio también forma parte de nuestra cultura. Eso ha empezado a ser un ritual en el oeste de Rajastán. En el pasado era muy corriente que la gente comiese opio.

—¿No hay una prohibición religiosa?

—No. Es una tradición. Nosotros, los *kshattriyas*, podemos comer carne y beber alcohol, aunque dentro de la propia casta de los *kshattriyas* existen algunas diferencias. Sobre todo, como si dijéramos, en los dos extremos del espectro, la casta más alta a un lado y las tribus en el otro.

—Yo creía que lo normal es ser vegetariano —dije.

—Hay una falsedad muy extendida en el extranjero, eso de que la mayoría de los indios somos vegetarianos —rió para refutar la idea y movió los dedos de los pies—. No es verdad. Un inglés una vez hizo un estudio, y descubrió que en general hay en la India más personas no vegetarianas que vegetarianas.

—¿Y usted come carne, señor?

—¡Nosotros, sí, somos comedores de carne! La caza era parte de nuestra tradición. Y existe la tradición del sacrificio de una cabra a la entrada del templo —hizo un gesto como si le rebanase el pescuezo con el canto de una mano—. El otro día le vi a usted en el *puja*, en el fuerte. Allí se habría sacrificado a la cabra hace tan sólo algunos años.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Yo ya vivía entonces —dijo—. No hace demasiado —había nacido en 1948—. De niño vi el sacrificio, la matanza de la cabra. Me resultó muy

sorprendente. Pero mi madre me dijo que eso formaba parte de la maduración. «Si la sangre te inquieta, es que no puedes ser un guerrero.»

Me gustó su cándida sinceridad, su capacidad de hablar de cualquier cosa, el interés que puso al explicarme los detalles del consumo de drogas y del sacrificio ritual de las cabras.

—Hay algunas sutilezas, compéndalo. Aparentemente, si la cabra no se estremece, no se le acepta para el sacrificio. Es necesario que el animal esté asustado, que esté todo lo aterrado que ha de estar, que permanezca quieto, pero que se le note el miedo. Si no es así, hay que llevárselo y ponerle un anillo en una oreja, porque ese animal es impuro.

Aunque Bapji no lo dijera, más adelante supe gracias a los peregrinos que en los templos consagrados a Kali —que se tenían por lo más sagrado— tanto en Kolkata como Gauhati, se decapita a las cabras (siempre negras) y se deja que se desangren en el sacrificio a diario, y que a veces se sacrifican en un solo día hasta quince o veinte. Los restos luego se despellejan y descuartizan y se preparan en las cocinas de los templos, y se sirven con curry a los pobres.

Detrás de su cabeza había un estante lleno de fotografías. En una reconocí a la rajmata de Jaipur, la difunta Gayatri Devi, que en su día fue una mujer de belleza enorme. *Rajmata* significa «reina madre». Había pasado por no pocas penurias y adversidades, no sólo la temprana muerte de su marido y de su primogénito, sino también un período de encarcelamiento bastante largo, producto de la venganza, decretado por la señora Gandhi cuando la rajmata se negó a pasar por el aro tras la arbitraria modificación de la Constitución. Fumadora empedernida, por lo visto gran experta en el whiskey de malta, la rajmata llevó en Jaipur una vida muy semejante a la que llevaba Bapji, en el anexo de su grandioso palacio.

Bapji me explicó cuál era la relación.

—La primera esposa del maharajá de Jaipur era hermana de mi padre. En el trato que hicieron se contemplaba que la sobrina de mi padre también se casara. Así pues, tía y sobrina —es decir, la hermana y la hija, deduje— se casaron con el mismo hombre. La tía era ocho o nueve años mayor que él, que sólo tenía quince.

Me perdí un poco con toda esta explicación, y no me quedaron nada claras las fechas, pero todo fue de una complejidad tan vaporosa que tampoco importó demasiado. Le apremié a que prosiguiera.

—El tutor británico que él tenía no le permitió cohabitar. Ella salió del

dormitorio hecha un basilisco. «¿Y qué sentido tiene casarse si no puedo dormir ahí, eh?» ¡Ja, ja, ja!

Se levantó y se estiró y fuimos paseando hasta la amplia balconada de color rosado desde la que se dominaban los jardines de palacio, un pabellón de mármol blanco que rebrillaba a lo lejos, sobre el verdor del césped.

—Yo nací en este palacio. Éste ha sido mi único hogar. ¿Qué edad tiene usted?

Se lo dije.

—Pues parece más joven que yo —dijo.

Claro es que su vida había sido algo más movida que la mía, y no sólo por su glorioso alumbramiento al ser descendiente del Señor Rama, los rituales incesantes, las cabras sacrificadas, la profética suposición de su madre, la maharaní entonces regente: «Debes llegar a ser un guerrero», sino también por haber llegado a ser maharajá a los cuatro años, cuando su padre, a los veintiocho, murió en un accidente de aviación. Su principesco mundo de privilegios había dado un vuelco por culpa de la señora Gandhi. Con veintitantos años fue diplomático, alto comisionado de la India en Trinidad. Y luego había que tener en cuenta el trágico accidente de su hijo, que también lo envejeció.

Como si todo eso no fueran conmociones suficientes, tenía un hermano menor bastante inestable —ilegítimo, reivindicativo— que había hecho sucesivos intentos por destronar a Bapji e incluso por decapitarlo. En cierta ocasión estuvo presente el cineasta Ismail Merchant, que había rodado una película en el palacio. Presenció horrorizado cómo entró el hermano loco en una cena de gala y amenazó a los invitados con una espada en la mano. Al final, según ha relatado Merchant, fue este hermano enloquecido y desheredado el que terminó por ser decapitado y descuartizado. Todo esto parecía sobrellevarlo Bapji con ecuanimidad.

—Tal vez debiera hacer yoga —dijo Bapji, palpándose la barriga por debajo de la *kurta*.

—¿Le gusta la vida de diplomático?

—Mucho. Me llevaba muy bien con los indios de Trinidad. Eran ellos los que mantenían el equilibrio, lo mismo que hice yo. Aquello era como andar sobre la cuerda floja. Pero yo les dije que no a su alto comisionado. Eran ciudadanos de Trinidad, ¿no es cierto? Les dejé bien claro que yo no bateaba en su equipo.

Probablemente fue el partido de cricket que estaba viendo por televisión lo que le devolvió el recuerdo y la metáfora.

—Mi antecesor fue un anciano caballero musulmán que escribió un informe expresando el deseo de que se prohibieran los partidos de cricket entre India y Trinidad porque despertaban fuertes pasiones —se rio al recordarlo—. Un negro de Trinidad vino a verme y me dijo: «¡Queremos que haya partidos de cricket! ¡Queremos ver a Gavaskar!, el gran bateador. ¡Lo que pase entre nosotros es asunto nuestro!».

Bapji se interrumpió para ver por el televisor el final del partido, y cuando fue evidente que la India no iba a perder se puso a hablar de la tradición militar de su estado. Celebrado en la India pese a tener héroes anónimos diseminados casi en cualquier parte del mundo, el ejército de la India había tenido un comportamiento ejemplar en las dos guerras mundiales. Bapji explicó que en una batalla decisiva que tuvo lugar en septiembre de 1918, los Reales Lanceros de Jodhpur encabezaron la ofensiva contra Haifa junto con los lanceros montados de Hyderabad y Mysore a uno y otro flanco, sorprendiendo y derrotando al combinado germano-turco que se había fortificado en el monte Carmel.

—Cargaron derechos contra las ametralladoras. Tuvieron que subir además al monte, con gran maestría ecuestre, con gran valor. Dalpat Singh dirigió la ofensiva y murió en acto de combate —Bapji había vuelto a gesticular—. Derechos fueron a la línea de fuego del enemigo. Como es lógico, perecieron muchos, pero el enemigo tuvo cuatrocientas bajas y perdió el control de Haifa. Fueron muy valientes.

Estaba mirando por la ventana a la gran extensión de césped, en la parte posterior de Umaid Bhawan. Se irguió y se atusó las guías del bigote.

—Mi pueblo es valeroso —asintió—. Héroes.

Me preguntó cuánto tiempo pensaba quedarme. Le dije que pronto me marcharía a la estación y que esa misma noche tomaría el tren.

—Allí verá usted a mi abuelo.

No fue un enigma. Se refería a la estatua ecuestre de Umaid Singh que se alzaba a la entrada de la estación de ferrocarril de Jodhpur.

11. Tren nocturno a Jaipur

Kapoorchand, un hombre de aspecto digno, de unos sesenta años, iba a hacer exactamente lo mismo que yo y por la misma razón. Vivía en Jodhpur; tenía que ir a Jaipur.

—El tren es lo mejor —dijo, con una ligera contorsión, sentado con las piernas cruzadas en su litera, y cuando me vio enredar con la ropa de cama me hizo una advertencia—. No haga eso. De eso se ocupa el culi. Tienen sus responsabilidades. Tienen que hacerle la cama. Tienen que despertarle con tiempo. Tienen que traerle el té.

Por su tono de voz me pareció un hombre dado a las improvisaciones pintorescas. Esperé a que hubiese algunas más. Me pareció que íbamos a estar solos en el compartimento. Puse mis cosas en orden: la botella de agua, la comida que había comprado en el hotel, el cuaderno, el *Hindustan Times* del día, mi ejemplar de *El gran motín* y el Horario Resumido de los Ferrocarriles de la India.

El horario impresionó a Kapoorchand.

—El avión a lo mejor no despegar —dijo—. O a lo mejor lo deja en Delhi, no en Jaipur. O a lo mejor tiene que esperar varias horas —sonrió mirando por la ventanilla en el andén de la estación de Jodhpur—. El tren saldrá a tiempo. Llegará a tiempo. Despacharé mis asuntos en una consultoría y volveré en el tren de la noche a Jodhpur.

Me dio su tarjeta de visita, en la que se indicaba que era contable de la empresa Jain & Jain.

—¿Mucho trabajo?

—Demasiado. He viajado por toda la India, pero siempre en tren.

—¿Conoce Gauhati? —que estaba en el muy lejano Assam.

—He estado allí.

—¿Manipur?

—Sí.

—¿Darjeeling?

Respondió afirmativamente a otros diez lugares muy lejanos por los que le pregunté. Mientras hablábamos de esas remotas estaciones, un hombre con uniforme de soldado se coló en el compartimento, saludó y encadenó su maleta al estante de la litera superior.

—¿Eso es necesario? —pregunté. Al decírselo, sonó el silbato del tren y nos pusimos en marcha.

—Es una precaución, por así decir —dijo Kapoorchand, y consultó el reloj, sonriendo al comprobar que el tren había salido a la hora exacta.

Cuando el soldado subió a su litera, la de encima de la mía —a los pasajeros de mayor edad, como era mi caso, nos adjudicaban las literas de abajo—, Kapoorchand me dio una cadena con candado que sacó de su maletín y que llevaba de repuesto. Pero no la utilicé. Llevaba muy poca cosa en mi bolso, y por lo común colocaba el maletín bajo la almohada, porque en él iban mi pasaporte y mis tarjetas de crédito y mis cuadernos y unos mil quinientos dólares en billetes pequeños.

—¿Conoce usted la religión jainita? —preguntó Kapoorchand—. Yo soy jainita. Medito tres horas al día. Pero aún he de hacer más cosas. Tengo dos hermanos que ya han renunciado al mundo. Vagabundean. No usan zapatos. Recorren muchos kilómetros juntos.

—¿Y le atrae esa clase de vida?

—Me atrae muchísimo, desde luego —era alto, de talante amistoso, con los cabellos plateados, y saltaba a la vista que era un hombre de negocios; los jainitas tienen fama por su inteligencia para las cuestiones de empresa y también por su espiritualidad. Iba bien vestido para ser un pasajero del ferrocarril, con una camisa blanca, de manga larga, almidonada, y unos pantalones azules; llevaba un reloj caro. Dijo que también aspiraba a renunciar al mundo—. Lo haré dentro de cinco o seis años. Me echaré a vagabundear por los caminos. Me descubriré a mí mismo.

—¿Dónde vivirá usted?

—Viviré en mi alma.

Me dio un folleto jainita titulado *Fraternidad universal*, que estuve hojeando mientras él se sentaba a comer lo que llevaba en una caja. El folleto estaba lleno de sabios consejos de tintes humanistas, sobre la hermandad de los hombres, sobre cómo obrar de manera correcta. Leí un trozo, leí el

periódico, tomé notas sobre mi conversación con Bapji. El soldado ya roncaba; había anochecido, aunque aún no era tarde. Kapoorchand parecía deseoso de conversar sobre la vida espiritual y el estado del alma.

Tal vez porque había terminado de comer se puso a hablar sobre los aspectos espirituales de la comida.

—Lo peor de todo son las cebollas y los ajos —dijo—. Inspiran el deseo de sexo. Y producen ira.

—Eso no lo sabía.

—Tengo un amigo que cuando viaja sin su mujer nunca come cebolla —enumeraba las diversas hortalizas contándolas con los dedos—. Zanahorias, raíces... eso no como, porque es matar a la planta viva. Sólo como lo que sobresale de la tierra.

—¿Patatas?

—Hay quien las come, pero no yo. Para mí no son. Demasiados seres vivos se pueden encontrar en una patata.

—Seres vivos, ¿como por ejemplo...?

—Bacterias y hongos. ¿Por qué motivo habrían de morir? ¿Por mí?

Por esta misma razón, los jainitas suelen llevar una máscara que les impide inhalar los microorganismos que puedan estar flotando delante de sus bocas abiertas, y también barren la superficie del agua para dispersar me pregunto el qué, si insectos acuáticos, o larvas de mosquitos, antes de beber. La suya es una interpretación muy estricta del principio del «no matarás»: es preciso no matar nada, ni siquiera las moscas y los hongos.

—La fruta es buena, aunque... los plátanos pueden ser arriesgados. Depende de la hora del día —alzó un dedo admonitorio—. El plátano es oro por la mañana, plata por la tarde, hierro por la noche. No conviene comer plátanos de noche. Tampoco se come yogur de noche, aunque el yogur por la mañana es beneficioso.

—La comida en la India es muy especiada —dije.

—Eso no es beneficioso. Las pimientas y los pimientos y los encurtidos y todos los picantes generan ira. Incrementan la naturaleza cruel.

Me percaté de que disfrutaba dándome toda esta información, porque en la vida típica de la India hay una verdadera sobrecarga de detalles, un cargamento omnipresente de dogmas, de normas de estricto cumplimiento, de lecciones, de distinciones, lo cual convierte a los indios en personas dadas a monologar. Parece que su motivo sea la pedantería, no la conversión del otro a

sus creencias, sino la exageración de lo poco que uno sabe de la vida.

Probé la comida que había traído y le ofrecí un poco de la mía. Pareció confuso, pero la aceptó.

—Me avergüenzo —dijo— de no haberle ofrecido nada porque estaba escribiendo, pero se lo ofrezco ahora. Ha sido culpa mía. Usted es mejor ejemplo.

—Le agradezco el cumplido.

—Deme la mano —dijo de pronto Kapoorchand. Me estiré de un lado a otro del compartimento del ferrocarril que se iba bamboleando y le tendí la mano—. Es usted generoso. Eso es bueno. Tengo muchas teorías sobre el gesto de darle la mano a alguien. Si se hace así —extendió una mano sin fuerza, lánguida—, es que no es uno generoso. Es más bien un tramposo. O tal vez quiera decir que sólo tiene hijas. Una vez le di la mano a un hombre que me la tendió así y le pregunté cuántas hijas tenía. Me dijo que una. Y me preguntó por qué no le había preguntado si tenía hijos —Kapoorchand hizo una pausa, y me permitió saborear el momento—. Le dije que fue porque no tenía hijos. Se quedó atónito. ¿Cómo podía yo saberlo?, me preguntó.

—¿Y cuál es la respuesta?

—La manera de dar la mano. La flojera. Un esperma flojo no engendra hijos.

—¿Alguna teoría más? —me acordé de que ese hombre era un contable que viajaba a Jaipur para pasar todo un día estudiando los libros de cuentas de una empresa.

—Sí, muchas más. Quienes se encolerizan y no expresan su ira suelen enfermar. Muchos mueren de cáncer. Contienen la ira dentro de su cuerpo, y eso los mata.

—Es posible.

—¿Tiene usted alguna teoría, señor Paul?

—Tengo la teoría de que ninguna casa debiera ser más alta que una palmera.

—Eso está bien. Yo tengo una *haveli* no muy lejos de aquí. De tamaño modesto.

—También tengo la teoría de que nada importa.

Kapoorchand se me quedó mirando como si hubiera quedado perplejo.

—Y a veces —le dije al darme cuenta de que lo había desconcertado (me limité a simplificar algo que había escrito Leonard Woolf)—, a veces me he dado cuenta de que cuando un hombre nos mira y miente, se toca el ojo o la

cara.

—¡Desde luego! —dijo Kapoorchand—. ¡Cuánta falsedad hay en el mundo! Ésa es otra de las razones por las que me haré *sadhu*. Así lo hicieron mis hermanos. Mi padre llegó a ser santón —rebuscó en la cartera y sacó una fotografía pequeña y desvaída—. Aquí tiene su foto.

Pese a estar en blanco y negro, en la foto aparecía un hombre de rostro afable, barba gris, turbante blanco.

—Primero esperó unos años. Cuando vio que por fin estaba bien acomodado, dijo que se iba a hacer santón. Vivió durante quince años como un santón.

—¿Y cómo comunicó su decisión?

—Vino a verme. Me dijo: «Cuida de tu madre». Así lo hice y así lo sigo haciendo. Entonces renunció a todas las cosas de este mundo. Renunció a los zapatos y decidió caminar siempre descalzo. Dormía en el suelo. No tenía ninguna pertenencia. Se hizo un *sadhu*, un hombre santo. Iba descalzo a todas partes. Vestía con sencillez, vivía en los ashrams, iba de un sitio a otro, a veces recorría veinte kilómetros al día. No podía visitarme, pero yo sí podía ir a verle si él me lo permitía.

—¿Fue feliz?

—Muy feliz.

Y Kapoorchand me explicó que otra rama de los jainitas, la secta Digambara, renunciaba también a llevar ropa de ninguna clase. Vivían en la jungla, desnudos, apareciendo en público sólo cada doce años más o menos para participar en una concurrida reunión de carácter espiritual, con baños rituales en el Ganges y en otros ríos. Dicha reunión se llamaba Kumbh Mela.

—Ha dicho usted que se dedica a meditar.

—Tres horas al día, por la mañana. Recito las escrituras jainitas, las plegarias.

—Dígame una. Quisiera anotarla por escrito.

Y dijo, o más bien entonó lo siguiente:

Perdono a todos los seres.

Ojalá todos los seres me perdonen.

Con todos tengo amistad,

y venganza de ninguno me cobro.

Poco después se fue a dormir, mientras yo seguía con mis notas y pensaba: este hombre es el perfecto compañero de viaje.

La estación del enlace de Jaipur estaba atestada en plena noche, aunque en la India es difícil distinguir a los viajeros de quienes se refugian en una estación. Incluso en las horas más negras, antes del alba, había gente que charlaba y tomaba té bajo las luces resplandecientes, grupos familiares apiñados en torno a una olla con comida, gente que dormía amontonada, estirados como momias, o como cadáveres ya introducidos en las bolsas de los forenses. Otros regateaban la compra de unos billetes, y mucho faltaba para que amaneciera.

—Búsquese un culi —fue lo que me dijo Kapoorchand al despedirse.

Lo dejé en su denodada búsqueda de la virtud. No necesitaba yo un culi; necesitaba un taxi. Una piña de individuos que andaban a la caza de clientes y unos cuantos conductores me fueron tirando de la manga, me siguieron al exterior, y terminé por elegir al más anciano de todos, con la suposición de que sería el más digno de confianza, y enseguida acordamos el precio de la carrera antes de montar en su viejo cacharro. Me llevó en la oscuridad, pero cumplió su palabra. E incluso a esas horas me dieron la bienvenida en el hotel, y un vaso de zumo, y una confortable habitación en la que dormí a pierna suelta.

Ya me había alojado antes en ese mismo hotel, el Rambagh Palace, aunque en aquel entonces estaba menos decorado y se propagaban los ecos por los salones de mármol. Por la mañana comprobé que era un hotel de lujo.

—No vi el interior de una estación de ferrocarril, no tomé un tren ni un autobús hasta que tuve casi veinte años —me dijo una mujer india en el Rambagh Palace.

Tendría cuarenta y pocos años y era una mujer bien educada, de buena familia, que había ido al colegio siempre en un coche con chófer particular.

—Nunca vi a un pobre, nunca vi un barrio humilde, nunca hice uso del transporte público. Ni siquiera sabía cómo se compraba un billete. De casa al colegio y del colegio a casa, ésa era la rutina. Pero un día me revelé. Tendría diecisiete o dieciocho años y le dije al chófer que pensaba ir a pie a casa. Me siguió en el coche. Tuvo miedo de lo que me pudiera pasar y de lo que pudiera decir mi padre. Pero al volver a pie a casa, y al tomar algunos trenes más adelante, por fin vi cómo era la India de verdad. Y me quedé perpleja. No

tenía ni idea de que existieran personas tan pobres en la India.

En el mercado y en las tiendas de anticuario de Jodhpur había visto un buen número de cuadros en los que el cristal estaba pintado por detrás, cuadros que me atrajeron, y uno en particular que me embrujó. Era un retrato de una muchacha india, una bailarina de Nautch —es decir, una bailarina típica de la India—, que aparecía efectuando un sinuoso movimiento, una incitación intencional, y que probablemente era de mediados o finales del siglo XIX, con caracteres chinos trazados a pinceladas negras sobre el dorso, hecho de láminas de madera, y con un marco medio descompuesto. Ni siquiera lo evalué. Me embrujó, me incitó, me enamoró a la primera. Fue una sensación de sobra conocida.

El instinto del coleccionista, que es asimismo un poderoso apetito, comienza con el atisbo de algo que resulta singular y con una sonrisa de reconocimiento. La técnica consistente en pintar el dorso de un panel de cristal genera un efecto que es visible cuando el cristal se ve de frente; es una técnica de origen europeo (una versión abaratada y veloz del cristal vidriado), pero el estilo de esa pieza era característicamente chino, el tema era laico y era insólitamente sensual. En el siglo XVIII, los europeos introdujeron esta técnica en la India, donde floreció. Los chinos aprendieron la pintura al dorso de un cristal con los primeros misioneros jesuitas más o menos en la misma época, tal vez un poco antes, y algunos artistas chinos, itinerantes, llegaron en su día a la India, donde produjeron muchos de estos cuadros de tema laico. Los retratos de la realeza y de las bailarinas y algunas escenas del *Ramayana* eran relativamente corrientes, y los artistas indios así comenzaron a crear sus propios cuadros al dorso de un cristal, sólo que los suyos representaban a Krishna y Shiva, a Ganesha y Hanuman, con colores más vivos, con filetes de oro y plata.

Lo que me embelesó es que, si bien estos cuadros eran soberbios, no se consideraban tesoros en el sentido clásico del término, y tampoco eran muy populares entre los compradores más acaudalados. Eran objetos amados en un hogar sencillo, producto de un artista individual, de una persona dotada de entusiasmo y de visión.

Compré el cuadro de la muchacha Nautch (casi seguro que era obra de un pintor chino de Gujarat) y aún busqué otros parecidos. No fue fácil encontrar otros, pero me encantó la variedad de los que sí encontré —religiosos,

mitológicos, eróticos— y por los lugares alejados de los caminos más trillados en los que los encontré.

Si uno viaja por ejemplo con algo como un cuadro de cristal en mente (pero también puede ser una vasija de arcilla, tejidos indígenas, pendientes tribales, dagas del Decán, o bien el bestiario de los pomos de latón moldeado con que se sujetaban los palanquines), es posible llevar a cabo un estudio a conciencia, aunque sea en calidad de mero aficionado, con sólo deambular por los bazares. Con todo, otro de los placeres que entraña el viajar por la India consiste en perder el tiempo en los anticuarios, los mercados, los museos, charlando con los marchantes, los coleccionistas, los expertos. Cuando uno ha visto cientos de cuadros, unos polvorientos, otros resquebrajados, que salen de los cajones, de las guardillas, de los armarios, comienza a desarrollar un buen ojo, a distinguir lo auténtico de lo falso, lo bueno de lo hecho con premura.

En la sofocante guardilla de una tienda del bazar de Jaipur, cerca de la fachada rosa del Hawa Mahal, erizada de ventanas —es el Palacio de los Vientos—, el señor Kailash me estaba mostrando algunos cuadros pintados en cristal. Estaban demasiado resquebrajados, sucios, descuidados; tenían que ser auténticos, pero cuando le comenté que estaban en mal estado el hombre comenzó a intimidarme.

—¡Igual que el cuerpo humano, señor! Usted tiene pies y tobillos y rodillas y codos, todos unidos, pero también separados. ¿No es cierto, señor?

—Cierto —dije.

—Así nos ha hecho Dios —dijo Kailash Sahib, sosteniendo el cuadro delante de mi cara—. El cuadro es como el cuerpo. Requiere... ¿cómo es? ¡Eso es, una operación! Es lo normal, señor. Y es una imagen poco corriente. Sin resquebrajadura valdría muchos *lajs* de rupias, pero estando así es bien poco lo que cuesta.

Tras regatear un rato se lo compré, y Kailash Sahib dijo que me lo enviaría dentro de unos meses.

—Suerte ha tenido de encontrar una pieza de pintura tan hermosa. Por favor, escríbame algo en el libro de visitas.

Le escribí mi nombre y también «regateamos. Ganamos los dos».

—Suerte tiene también de que hoy sea el primer día de los festejos de Gangaur. Cuando se marche podrá ver la procesión. Vaya al Palacio de la Ciudad, estará magnífico.

Los festejos de Gangaur celebran la unión de Shiva y Parvati, cuya dicha conyugal es una inspiración para las parejas hindúes, además de ser famosos los dos por «hacer el amor con tal intensidad que retiembla el cosmos y los dioses se amedrentan». Esta celebración iba a prolongarse durante dieciocho días en este mes de Chaitra (entre marzo y abril). La mayoría de las festividades en la India suelen ser tan poco ruidosas y molestas como lo es cualquier otro aspecto de la vida en la India, de modo que era difícil para un extranjero como yo saber cuándo comenzaba el desfile, el homenaje, o lo que fuera, y cuándo concluía. De todo esto, lo maravilloso fue que los coches y los caminos habían sido desviados para dejar despejada la ruta de la procesión, de manera que el desfile fluía sin interrupciones por delante del Palacio de los Vientos, el antiguo observatorio y las calles y bulevares de la ciudad porticada.

Cuarenta elefantes, engalanados con flores y pintados con símbolos hindúes en tizas de colores, aparecieron envueltos en rojos estandartes, con pañoletas de seda colgadas de los colmillos. Hubo bailarinas cuyos movimientos sensuales y meneos de caderas se apreciaban incluso a través de las faldas ondulantes; un chico de quince años encaramado a unos zancos de tres metros de altura; una charanga que tocaba música de metales sincopados con los platillos y timbales; bueyes en yuntas que tiraban de carros cargados con cañones; cuatro camellos con escopetas de largo alcance montadas en las jorobas. Y landós y carruajes decorados, con flautistas a bordo, y caballos que hacían cabriolas, y más elefantes y más bailarinas y más charangas, y al final un palanquín con una imagen de Parvati («la que habita en las montañas») en lo alto.

Los espectadores arrojaban monedas al paso de la imagen y a los portadores del palanquín, que era una litera de tres metros de longitud, con dos hombres que sostenían en alto cada uno de los cuatro soportes. Los hombres trataban de protegerse la cabeza de la rociada de monedas, y en cuanto pasaban de largo se armaba una rebatiña entre los espectadores para apoderarse de las monedas que hubieran rebotado en Parvati y en las cabezas de los portadores: una nueva escena de muchedumbres, los adultos que empujaban a los niños a un lado para adueñarse de las monedas esparcidas por la calzada.

Fue entonces cuando aproveché para escurrirme y eché a caminar con el resto del gentío que se dispersaba por las calles sin tráfico rodado. Fue un

paseo placentero y productivo. Hice un alto para beberme una cerveza Kingfisher cuando empezó a refrescar con el atardecer. Y por una calle bastante ancha vi una farmacia donde compré vitaminas y un frasco de somníferos y más cápsulas para la gota que ocasionalmente me incordiaba, por un total de ciento setenta rupias, es decir, cuatro dólares con veinte centavos.

Rara vez se necesita una receta en la India, donde los fármacos son más baratos que los caramelos.

Y al cabo de kilómetro y medio apareció a mi lado un mototaxi.

—Suba, señor —dijo el conductor—. Yo le llevo.

«Atardecía, y los edificios embutidos en la garganta de Galta se iban tornando oscuros. Un mono parloteaba y saltaba de rama en rama por un árbol del banyan, sobre la cabeza del señor Gopal, y sacudía la rama y de ese modo generaba un soplido como el de un *punkah*. Entramos por el portón y atravesamos el patio, camino de unos edificios en ruinas, cuyas fachadas estaban decoradas con unos frescos en colores que representaban árboles y personas. Algunos habían sido desfigurados por medio de pintadas indescifrables y vueltos a pintar; había paños enteros en los frescos que se habían arrancado a golpes de cincel... En los muros del templo, cubiertos de carteles, raspados con cinceles, meados y llenos de anuncios enormes de negocios de Jaipur, escritos en grandes caracteres *devanagari*, había un rótulo de esmalte que rezaba: “Prohibido profanar, raspar, ensuciar o dañar de cualquier otra manera las paredes”. El rótulo mismo había sido en parte destruido; parecía en parte devorado. Más adelante, el sendero de adoquines dio paso a un camino estrecho, al final del cual arrancaba una empinada escalera de peldaños tallados en la cara de la roca. En lo más alto se encontraba un templo que miraba a una laguna negra, de aguas quietadas...»

Este párrafo, copiado literalmente de *El gran bazar del ferrocarril*, no precisa de comillas, puesto que casi nada había cambiado en el templo de los monos de la garganta de Galta a lo largo de los treinta y tres años transcurridos desde que lo vi por primera vez. Era más grande, pero estaba igual de ruinoso, avejentado: así son las cosas en la India. En vez del señor Gopal, venía conmigo Mohan. Mohan quiso mostrarme una imagen milagrosa, impresa a saber cómo en la roca, en uno de los templos que se asomaban al precipicio.

Se había excavado una nueva laguna, con lo que ahora había dos, una para

los hombres y para los chicos, y la nueva una *zenana*, es decir, estrictamente para mujeres vestidas con sari, en aras de la modestia, aunque se empapaban de tal manera que la fina tela se les ceñía al cuerpo, causando el efecto opuesto. Salpicaban entre las niñas desnudas, de seis o siete años. Las dos charcas estaban llenas a rebosar de un agua de aspecto sucísimo en la que se bañaban los peregrinos, se refrescaban, bebían, como si aquello fuera más bien una tarde en una piscina pública que un día en un sagrado santuario, todos los chicos riendo sin cesar, salpicando, saltando, zambulléndose, algunos a nado, haciendo gárgaras bajo el chorro de agua que manaba de la boca de una vaca tallada en mármol.

Al verme escribir en el cuaderno, uno de los chiquillos salió del agua y vino a donde estaba.

—Por favor, señor —dijo—. Dame lápiz.

—¿Para qué lo quieres?

—Yo voy escuela, señor.

Le di un bolígrafo barato que había cogido en el hotel y subí por las escaleras siguiendo a Mohan.

—Monos —dije—. Odio a los monos.

—Son monos sagrados —dijo Mohan, como si sólo por eso cambiasen las cosas cuando me miraban y me enseñaban los dientes. Décadas atrás había supuesto que eran babuinos, pero eran monos rhesus, grandes y pequeños, con una piel costrosa y unos ojos perversos. Una vez, cuando vio unos monos como éstos, Paul Bowles escribió que «tenían los traseros como una puesta de sol en el calendario de un ultramarinos».

El templo del dios mono era como un refugio, una cueva en lo alto de la garganta. Subí igual que hice tantos años antes y vi a un sacerdote acucillado allí cerca, por lo que dejé el cuaderno y el bolígrafo fuera, al parecerme sacrílego entrar con útiles para escribir en el santuario.

—¡Sahib! ¡Sahib! —oí nada más entrar en el interior. El mayor de los monos se había largado con mi cuaderno y mi bolígrafo. Di un grito y el animal soltó el cuaderno, pero se escabulló a unos tres metros más lejos y se puso a roer la caperuza de goma de mi bolígrafo. Le lancé unos cacahuets. Arrojó el bolígrafo y fue a buscarlos.

—Buen karma —dijo Mohan al ver que había dado de comer al mono. Y me mostró una mancha en la pared del templo—. La imagen de Hanuman es milagrosa. Ya se ve que es natural, ha salido sola en la roca.

La roca abultada, que no era difícil identificar como la cabeza y el torso de un mono, estaba perfilada en naranja.

—Tiene seiscientos años —dijo Mohan—. Nada menos.

Desde la altura a la que me encontraba vi que Galta era mucho más grande que antaño; lo que me había parecido un santuario polvoriento a orillas de un arroyo era ahora un gran complejo, compuesto por varios templos. Bastante más lejos, en lo alto del precipicio, había un templo dedicado al sol, a los devotos de Surya. Retozar en el agua y escupir, actividades que antes estuvieron estrictamente prohibidas por medio de un cómico cartel, ahora se toleraban, al igual que los chillidos y los baños en las pozas, y también la visión de las mujeres con los saris húmedos, ceñidos, y las niñas desnudas que reían a la orilla del agua y adoptaban poses de ninfas acuáticas.

Al volver a pasar por donde estaban, las mujeres habían puesto a flote en el agua unos platillos en cada uno de los cuales ardía una vela, de acuerdo con la creencia hindú, o *deepak*, o llama sagrada, a la vez que una garza blanca y ocre rondaba por una repisa, remojando el pico en el agua a cada tanto.

—Hanuman es mi dios —dijo Mohan—. Todos los días hago el *puja* en el templo antes de ir a mis quehaceres. Mi mujer igual. Mi hija igual.

Los indios alardeaban de lo mucho que había cambiado su país. Era moderno, era más saludable —hasta los *wallahs* de los *rickshaws* llevan teléfonos móviles—, etcétera. Pero en la garganta de Galta entendí que no había cambiado nada. Era un lugar más grande, pero igual de sucio; había más gente, más monos, las mismas devociones de hacía tanto tiempo.

Un día, después de comer, decidí marchar de Jaipur. Gracias al tren no me fue difícil. Fui a la estación, donde el tren estaba esperando. Subí. Arrancó el tren. Sencillamente, me evaporé.

12. Tren nocturno a Bombay

El expreso «superrápido»

El delicioso corazón de Jaipur es lo que ve el turista, una ciudad rosada y principesca, de templos y palacios, elefantes pintados, el maravilloso fuerte, todo ello polvoriento y sin embargo hermoso, como las mujeres del Rajastán con sus magníficas sedas y sus velos recamados de oro. Pero el viajero que toma el ferrocarril ve un Jaipur diferente y comienza a entender cuál es el verdadero tamaño de la ciudad. Se extiende hasta el horizonte, una ciudad de tres millones de habitantes, la mayoría de los cuales viven en casas de una o dos plantas. A los treinta minutos de salir de la estación, y ya pasado el aeropuerto, todavía recorriamos los barrios más alejados de la ya lejana Sanganer, que pese a su decrepitud era una ciudad repleta de templos, en la que se entra por un triple portal. Pocas horas después, el tren corría por una llanura amarilla, plana y seca hasta donde la vista alcanzaba, con algunos árboles aquí y allá. En parte estaba arada, a la espera de la siembra, y los rebaños de cabras mordisqueaban la hierba, pero en realidad era una gran extensión de campo abierto. En este país de más de mil millones de habitantes, de pronto un vacío absoluto.

Superrápido seguramente fuese un nombre inapropiado para el tren: dieciocho horas de viaje, la salida a las dos en punto de Jaipur, la llegada a Bombay a las ocho de la mañana siguiente. Pero era un eufemismo consolador. Tuve que ponerme al día con las notas pendientes, y al mismo tiempo empezaba a leer cada vez más absorto *El gran motín*. Era un viaje de mil cien kilómetros de recorrido.

El señor Gupta, mi compañero de compartimento, había sido trasladado por la empresa para la que trabajaba, del sector de telecomunicaciones, a Bombay.

—Ha sido un traslado inesperado y muy estresante. Tomo el tren porque

necesito descansar —dijo el señor Gupta—. Los aviones son un problema. Uno va deprisa y luego tiene que esperar. A veces, el avión se queda dando vueltas durante media hora. Es ridículo.

—¿Tiene dónde alojarse en Bombay?

—Estaré un mes en un hotel. Luego buscaré un sitio y mi mujer y mis hijos podrán venir conmigo —mientras hablaba, estaba llamando a su mujer—. ¿Y qué le parece la India? —dijo al colgar—. ¿Le resulta acogedora en términos generales?

—Sí, desde luego. Ningún problema.

—Esto es Sawai Madhopur. Hay una zona acotada para tigres allí cerca, en Ranthambore.

Decir «zona acotada» posiblemente fuese una exageración, según descubrí más adelante: sólo había una veintena de tigres y la cifra disminuía por culpa de la caza furtiva y persistente. Era una zona que fue en sus buenos tiempos el coto de caza vedado para la realeza de Jaipur, y muchos de aquellos animales habían terminado disecados, con la mirada fría, decorando las paredes del Rambagh Palace y del Fuerte Amber.

Nos introdujimos por un paisaje de cerros alargados y bajos, ocres, secos, sin árboles, que flanqueaban los valles en los que sí había cultivos. Las mujeres, con bellos saris amarillos y anaranjados, faenaban en los huertos con pesadas azadas y portaban jarras de agua encima de la cabeza, igual que en las viejas aguatintas de tema pastoril, caminando con elegancia por las sendas estrechas, por delante de las cabras y las gallinas.

Más avanzada la tarde se habían congregado varios grupos de personas en los trigales para iniciar la siega, algunos ya doblados por la cintura y prestos para cortar a tajos los brotes mientras otros los ataban en fardos: ni rastro de la menor intervención mecánica en la tarea. Todo parecía antiguo. Y eso sucedía a no muchos kilómetros del nudo ferroviario de Kota, pues aunque las aldeas de los alrededores estaban entre las más sencillas y primitivas que hubiera visto en toda la India, Kota era una ciudad industrial, con una central nuclear no muy lejos, y tan moderna que sufría una intensa contaminación (según la guía, en 1992 «los niveles de radioactividad estaban por encima de los niveles “seguros”»). Formaban parte del panorama: una tarde larga y calurosa en la India rural, comprendidos los arados más antiguos, la siega de los trigales por métodos arcaicos, a mano, las jarras de agua transportadas desde el pozo de la aldea cercana, sobre la cabeza y, allí cerca, una central

nuclear de la que emanaba una elevada radioactividad.

No tardamos en pasar entre los que araban y los que segaban, y ya con el crepúsculo vi a un grupo de campesinos en la postura del *puja*, una versión al estilo indio del *Ángelus* de Millet.

—Aquí la gente trabaja muy duro —dijo el señor Gupta. Pasamos por delante de un hombre que araba el campo.

—Miran adelante —dije—. «Ninguno que poniendo su mano al arado mire atrás es hábil para entrar en el Reino de Dios.»

—¿Quién dijo eso?

—Jesús. Está en la Biblia.

—Pues está muy bien.

Se hizo de noche en los anchos valles; por aquí y por allá se veían las llamas de las velas en las pequeñas chozas. Un vendedor de comida entró en el compartimento y me ofreció un especial vegetariano por cuarenta y cinco rupias, un dólar. El señor Gupta y yo compramos cada uno una bandeja. Mientras comíamos y charlábamos se nos unió otro viajero, que ocupó una de las literas de arriba. Era un vendedor de chales que iba a Bombay a hacer acopio de pedidos.

El teléfono del señor Gupta sonaba sin parar.

—Disculpe. Lamento las molestias, pero mi hijita de cuatro años me echa mucho de menos. Tengo que darle tranquilidad y confianza.

Habló con su hija otras tres veces antes de acostarse. Era otro joven de provincias que iba a sumarse a los veinte millones de habitantes de Bombay.

A la lucecilla de la litera leí *El gran motín*, y me dormí y tuve agitados sueños inspirados en el motín, con abundancia de tumultos sangrientos, fanatismo religioso, venganza y anarquía.

Cuando amaneció, el señor Gupta y el vendedor de chales ya habían recogido sus cosas. Se bajaban en Santa Cruz, mientras yo continuaba hasta final de trayecto, hasta el corazón de la ciudad.

Los frenéticos arribistas de Bombay rara vez dejaban de hablar del tremendo boom que se vivía en la ciudad, casi como si una vez libre de su antiguo nombre, Bombay, y rebautizada con el nombre de Mumbai, se hubiese fundado una ciudad nueva. Semejante soberbia, tan obtusa, resultaba extraña en un país perdidamente enamorado de su pasado, obsesionado por su propia complejidad, en el que la nostalgia era la pasión dominante. Pero los indios

que anhelan sentirse de pleno derecho dentro de un mundo más amplio pasan del millar de millones, y no sólo tienen el deseo de pertenecer a ese mundo más amplio, sino que también aspiran a que el mundo los tenga en alta estima, tal como aspiran a impresionar al mundo exhibiendo su historia, sus moralejas, su naturaleza disquisitiva, su desvergonzado placer al hilar peroratas interminables, su amor por todo aquello que suene rotundo y sentencioso, la perdurable peculiaridad de sus hábitos: cómo evitan matar siquiera una mosca, cómo adoran los *lingams* («Quiere decir pene, señor»), cómo beben el agua del río de la Madre Ganges, cómo hacen votos propiciatorios a la diosa Lakshmi con el fin de adquirir riqueza, cómo dan su aprobación a la costumbre de incinerar a la viuda en la práctica del *suttee* y contraen matrimonios de conveniencia, al mismo tiempo que describen los progresos en el campo de los fondos de inversión estratégica, del software, de los reactores nucleares o de la astrofísica.

—Éste es mi marido, Arun —me dijo más adelante una mujer india, ya en Bombay, con un centelleo desafiante en la mirada—. No nos casamos por amor. Nuestros padres concertaron la boda. Apenas nos conocíamos. Hemos sido muy felices. Tenemos tres hijos. Nosotros concertaremos sus bodas, aunque antes, cómo no, habremos consultado con los astrólogos.

Se estaba dando pisto, intentaba que picase yo el anzuelo. Estuve a punto de decirle que tenía gracia, porque yo conocí a mi mujer en un bar, justo en el momento en que su marido empezó a alardear de que la India era el primer país del mundo en el campo de las absorciones y adquisiciones de empresas por medio de una opa hostil en el sector del acero. No me atreví a preguntar por qué contrataba la India a los analistas de mercado pudiendo contar con la ayuda de los adivinos y los astrólogos.

Bombay era el orgullo del que mayores alardes se hacía en la India, por representar todo lo que la India deseaba que el mundo admirase. Bien se veía que la ciudad había crecido. Los límites de Bombay se habían ampliado en varios kilómetros. En mi primera visita, la ciudad terminaba en Mahim; ahora alcanzaba hasta veinte kilómetros más al norte, hasta Thana y Mahisa. Sin embargo, la esplendorosa Bombay seguía albergando el mayor barrio de pobreza que existe en toda Asia. Los que viajaban de los alrededores de Bombay al centro a diario podían pasar varias horas en los autobuses y en los trenes. Los dos aeropuertos habían sido engullidos por un desarrollo urbano sin freno, de modo que su proximidad al centro de Bombay en realidad

distorsionaba el tamaño de la ciudad, que se extendía al norte y al este en inmensos arrabales de casuchas bajas, nacidas de las chozas de las afueras hasta llegar al atareado, atosigado barrio de Colaba, con sus altos edificios, sus iglesias, sus dependencias municipales, construidas al estilo peculiar de la arquitectura indosarracena del Raj, que en son de chanza se tildaba de «gótico decepcionado».

—Cuando regresé a Bombay de Nueva York, la semana pasada, vi que se había construido un nuevo edificio —me dijo un norteamericano, un hombre de negocios—. Esto no es Shangháí, pero crece a gran velocidad. Por decirlo con claridad, cada semana se levantaba un nuevo edificio.

Supone un sobresalto considerable viajar desde el campo, en especial desde las provincias del desierto, que se hallan más al norte, a la mayor ciudad de la India, una de las más grandes que hay en el mundo. Uno deja atrás las llanuras amarillentas y atraviesa la polvareda y las aldeas para llegar a este puerto descomunal, repleto de gente, a sus calles oscuras, a los atascos y los bocinazos. La población oficial se cifra en diecisiete millones; extraoficialmente sobrepasa con creces los veinte, y sigue en aumento; por ser tan calurosa, por desarrollarse la vida sobre todo en la calle, a la vista de todo el que acierte a pasar por allí, Bombay es como una ciudad sin paredes.

—Los extranjeros vienen y tan sólo hablan de los pobres —me dijo una mujer india. Era ejecutiva de una gran empresa—. A mí me dan ganas de decirles: «¿Y qué me dice usted de los pobres que hay en su país? En la India hay más cosas, no sólo hay pobres».

Eso es cierto, pero es que hay bastantes pobres en la India. Sea como fuere, las estadísticas en la India, como los números en China, son fenomenales e inasibles. Cuando un indio dice, y a mí me lo dijo uno, que «hay doscientos cincuenta millones de indios de clase media, lo cual está bastante bien, pero son cuatrocientos los que viven por debajo del umbral de la pobreza», ¿cómo se puede responder? Hace doscientos años, Chamfort describió París en uno de sus aforismos como «una ciudad de entretenimiento, de placeres, etcétera, en la que cuatro quintas partes de sus habitantes mueren por no tener lo indispensable para vivir». Lo mismo podría decirse de cualquier ciudad de la India.

Con sólo mirar desde uno de los hoteles nuevos o desde uno de los nuevos centros de teleoperadoras, la India tiene un aspecto de pobreza idéntico al que siempre ha tenido. Me acordé de lo que escribe V. S. Naipaul en *An area of*

darkness (*Una zona de oscuridad*, 1964): «La India es el país más pobre del mundo. Por lo tanto, presenciar su pobreza equivale a hacer una observación que no posee valor ninguno». Pero eso ha dejado de ser cierto.

Más veraz sería decir que la pobreza en la India hoy representa una clase de riqueza más bien perversa: los quinientos millones de personas que ganan un dólar al día son los que producen los excedentes alimentarios de la India; los trabajadores de fábricas y talleres que hacen jornadas a destajo son la columna vertebral de la industria textil; los empleados con bajísimos salarios son la mano de obra indispensable para el sector de la alta tecnología. La totalidad de la economía de la India está impulsada por los pobres, por los salarios ínfimos, por una tremenda ética del trabajo, que en la India es más bien un conocimiento instintivo y necesario para la supervivencia. «El elevado nivel de vida de que gozamos en Inglaterra depende de que se mantenga con mano firme el Imperio —escribió Orwell—. Con el fin de que Inglaterra viva en el desahogo, cien millones de habitantes de la India han de vivir al borde de la inanición». La desesperación de los habitantes de los arrabales puede llegar a ser un choque; cuando Naipaul visitó un *chawl*, o casa de alquiler en un arrabal, para documentarse de cara a un libro titulado *India: una civilización herida* (1990), escribió que «me sentí tan completamente desmoralizado, ahogado, a punto de tener arcadas debido al olor de la entrada, a la basura húmeda y revuelta en un pequeño patio interior, en la que escarbaban los gatos y sus crías, y luego, en la repentina oscuridad de un pasillo, debido al olor espeso y cálido de las cañerías y desagües atascados, que se me obturó la garganta...». Y así sigue, haciendo un festín de ese espectáculo. Se muestra abrumado, apesadumbrado, poco menos que deshecho por todo lo que ve, y parece haber cambiado de opinión a la hora de comentar algo sobre los pobres de la India. Pero es uno de los pocos escritores de viajes que en libros posteriores sobre la India volvió sobre sus pasos.

Al contrario que los pobres de Europa o de América e incluso de China, los pobres de la India son una presencia constante. ¿Dónde, si no, arma la gente chabolas de plástico en las aceras de una vía principal, y no una o dos, sino toda una subdivisión de montículos y tenderetes? Habitan en las estaciones de ferrocarril, duermen en los portales, se refugian bajo los puentes y las vías del tren. Lo hacen por seguridad y por conveniencia, ya que no se trata de parásitos, ni de perezosos, ni de camorristas, sino de trabajadores mal pagados, muchos de los cuales, pese a vivir en la calle, tienen un trabajo en

Bombay. Entre los más pobres se encuentran los de la etnia Koli, descendientes de los habitantes originales de la ciudad (que toma su nombre de su diosa y patrona, Mumbai-Devi). La mayoría de los Koli son pescadores que viven a la orilla del mar en unas chabolas negras y desvencijadas, cerca de uno de los barrios más caros y lujosos de Bombay.

Siendo la pobreza tan evidente, tan imposible de pasar por alto, los extranjeros a veces se echan a llorar sin poder contenerse, hasta que aprenden un truco propio de los indios que consiste en mirar sólo aquello que se encuentra al fondo, donde se van construyendo los edificios nuevos. Mientras estuve en Bombay, el ayuntamiento lanzó «la propuesta de despejar todos los asentamientos chabolistas de las vías principales y de las aceras y senderos». El primer día, un millar de estos refugios fueron derribados y se diseminó a los habitantes. En una sola mañana, más de seis mil personas pasaron a engrosar las listas de los que se habían quedado sin hogar.

—¿Adónde vamos a ir? La Corporación Municipal del Gran Bombay ha arrasado nuestras viviendas —dijo una de las víctimas.

«Nuestras viviendas» me pareció una expresión interesante. Las estructuras estaban hechas de ramas, de hojas, de maderos desechados, de cordel, de láminas de plástico unidas con cinta aislante, de telas de algodón, mantas, cartón, madera de contrachapado astillada, lienzos raídos; cada una tenía un farol que titilaba y una fogata en la que cocinar. Los sin techo están tan firmemente enraizados en todas las ciudades de la India que sus campamentos, en apariencia improvisados, son tan engañosos como los nidos de las aves, y están igual de camuflados, entretejidos, compactados, y son personas que tienen contrapartidas semejantes en cualquier ciudad del mundo. Como me dijo la mujer india, «¿Y qué me dice usted de los pobres que hay en su país?». Sí, desde luego. Nueva Orleans es un vívido ejemplo de un lugar en el que los pobres o bien estaban escondidos o bien eran inabordables. Fue como si hasta el momento en que los echó de sus viviendas la inundación producida por el huracán Katrina nadie supiera que allí hubiese ninguno, ni tampoco supiera qué hacer con ellos.

Existe un deprimente libro de viajes todavía por escribir sobre Norteamérica. El problema radica en la manera de penetrar en ese mundo. Es un libro prácticamente imposible de escribir, a no ser que lo haga alguien que en realidad resida en uno de esos lugares, aunque vivir en un barrio de pobreza extrema es algo que no autoriza a nadie a vivir ni a visitar siquiera

otro barrio semejante. En Norteamérica, los pobres viven en lugares peligrosos; sea por paranoia, sea por protección, sea por la negligencia con que los trata la policía, sea por el acoso a que los someten las bandas, son ellos mismos los que han ideado esa clase de peligro para aislarse de la autoridad, de los forasteros, de todo el que vaya con espíritu inquisitivo, pues (con razón) a todos ellos se les ha de tener por enemigos. Nunca he visto en la India ninguna comunidad tan desesperanzada ni tan hermética a su manera en la pobreza, tan flagrante en sus aires de amenaza, tan entristecida y hostil como, por ejemplo, el este de St. Louis, en el estado de Illinois, la pequeña ciudad en permanente estado de descomposición que se encuentra al otro lado del Mississippi, frente a la floreciente ciudad de St. Louis, en el estado de Missouri. Sin embargo, imagino que muchas personas residentes en St. Louis sin duda se echarían a llorar al ver la pobreza que hay en la India. No se atreven a cruzar el río ante el cual viven para presenciar la complaciente decrepitud y la penuria con que se vive en la otra orilla.

Los pobres de la India son accesibles, amigos de conversar, a menudo cordiales, amistosos, por regla general nada amenazantes. No se podría viajar entre los pobres de Norteamérica de la manera en que se viaja entre los pobres de la India, haciendo toda clase de preguntas, entrometiéndose uno en sus asuntos. ¿Cómo se llama, desde cuándo vive aquí, dónde trabaja, cuánto gana? Las preguntas habituales del visitante me valieron otras tantas respuestas e incluso me valieron hospitalidad. En una zona de la misma clase, pero en Estados Unidos, por ejemplo los sectores en decadencia que hay en Jackson, Mississippi, o el barrio de Roxbury, en Boston, o el distrito de Anacostia, en Washington, D. C., y en muchos otros lugares, me habrían amenazado o me habrían robado o me habrían despachado con viento fresco por hacer tales preguntas. ¿Qué se le ha perdido a usted aquí? Habría sido una respuesta comprensible. Pero en la India recibí una acogida inesperada y cálida en esa clase de sitios, en los arrabales, en los campamentos de chabolas, en los hediondos *chawls*, en los apestosos *bustees*.

—Éste es el arrabal más grande de Asia, lo dice el periódico —me dijo un joven llamado Kartik en la zona de Bombay que llaman Dharavi. El nombre es prácticamente sinónimo de la desesperación: doscientas hectáreas en lo más profundo de la ciudad, seiscientos mil habitantes y unas estadísticas pavorosas, aunque el célebre dicho que se predica de Dharavi —a saber, que hay un retrete público para cada ochocientas personas, con lo que uno

enseguida imagina una cola larguísima de gente que da saltitos de impaciencia — es engañoso, puesto que me resultó malolientemente claro, en mi visita, que muchos de los habitantes de Dharavi más bien consideraban un retrete público como poco más que una novedad superflua.

Dharavi era noticia en aquellos días, porque gracias a la nueva prosperidad de Bombay aquellos arrabales habían pasado a ser terrenos valiosos. Bombay es en esencia la gigantesca isla de Salsette, la mayor parte de la cual estaba ya construida. Se había lanzado al aire la iniciativa de arrasar Dharavi para construir viviendas caras, destinadas a la nueva clase adinerada de Bombay. La idea de la demolición de Dharavi era un buen ejemplo de la astuta codicia de los especuladores de la propiedad inmobiliaria, porque al decir *arrabal* no se termina de describir en verdad lo que era. Lejos de ser un fétido recinto de pura desesperación, era una parte autosuficiente del centro de la ciudad, más bien una ciudad por sí misma, partes de la cual no eran muy distintas de cualquier otra parte de Bombay. El barrio del bazar de Chor, por ejemplo, era igual de destartalado y lúgubre, aun cuando estuviera repleto de prósperos negocios y de ajetreadas viviendas y de multitudes de indios por las calles. La muchedumbre, allí como en cualquier otra parte, constaba de jóvenes y chicos que gritaban en todo momento y que parecían impulsados por una frenética represión sexual y por una gran animación, pero sobre todo por la represión sexual, como si anduvieran en busca de un alivio rápido, las manos deseosas de echarle el guante a lo que fuera, los ojos achispados, los rostros húmedos y ansiosos de los regañones y los onanistas.

La historia de la familia de Kartik era típica. Su padre había llegado desde un estado del sur, Tamil Nadu, cuando tenía quince años. Tenía parientes en Dharavi. Compartió una habitación con otros cinco chicos y trabajó en un hotel limpiando las mesas por el equivalente de dos dólares al mes; no deja de ser interesante que esto sucediera más o menos cuando hice el viaje de *El gran bazar del ferrocarril*, en 1973. Al cabo de un año más o menos, el padre de Kartik encontró trabajo en los Ferrocarriles de la India, limpiando los vagones, por lo que ganaba cuatro dólares al mes. Luego tuvo un trabajo con un aprendizaje previo de fontanero, ocupándose de los tanques de agua del ferrocarril. Comenzó ganando novecientas rupias al mes (unos veinte dólares) y ahora ganaba cerca de siete mil rupias (ciento cincuenta dólares). En aquella época, treinta años antes, se casó y mantuvo a una familia, aunque nunca dejó de vivir en el arrabal de Dharavi.

—Es feliz. Tiene comida. No tiene que mendigar —dijo Kartik—. Pero éramos pobres y seguimos siendo pobres. Mi hermano está en el paro. Yo encontré trabajo porque me las ingenié para sacar el carnet de conducir cuando tenía dieciséis años. Hay trabajo de sobra en Bombay para un conductor capaz y honesto y digno de confianza.

Estábamos sentados en unos taburetes, delante de la chabola que su padre había construido pegada a otra. Kartik no quiso mostrarme el interior. Dijo que estaba esperando a que llegasen unos hombres a arreglarlo, pero deduje que le cohibía el tamaño, poco mayor que un gallinero, y la sordidez circundante, y el ruido tremendo que hacían las planchas endeble al sacudirse.

—Pero también hay ingenieros informáticos que viven en el arrabal de Dharavi —dijo—. Trabajan para IBM y ganan cuarenta mil rupias al mes —es decir, unos novecientos dólares—. Mi amigo se va a casar con una chica que está en Estados Unidos. Él es tamil, se llama Shekhar. Ella es de una familia con dinero. Su dote es un kilo de oro y dos *lajs* de rupias —unos cuatro mil quinientos dólares— y una motocicleta.

—¿Y tú qué perspectivas tienes de casarte?

—Ninguna. Ya quisiera yo conocer a una chica así.

Vivir con tan grande proximidad unos con otros tiene ciertas consecuencias. Según el *Hindustan Times*, en un reciente estudio sobre tres mil seiscientas chicas residentes en Delhi se llegó a la conclusión de que la octava parte de ellas habían sido violadas por un familiar, y tres cuartas partes temían el momento de ser violadas por alguien de la familia.

Dejé a Kartik y fui caminando hacia la parte más salubre de Bombay, yendo por las bocacalles y las callejuelas para evitar el amontonamiento de la gente y el tráfico en las vías principales. Cuando llegué a la zona de la Puerta de la Iglesia, y atravesaba una calle ancha que estaba cerrada al tráfico, una anciana con un sari azul apretó el paso para ponerse a mi altura y preguntarme de dónde era. Cuando se lo dije, me dio la bienvenida.

Iban con ella tres chiquillos: una niña de unos diez años, un niño de unos catorce y una niña algo mayor, muy delgada, tal vez de dieciséis. Todos parecían desnutridos, era difícil precisar qué edad tendrían. La chica mayor me llamó la atención por la naturalidad y el gracejo que tenía y porque iba vestida con las faldas de gasa, tupidas, de una gitana. Más llamativo era que le faltase el antebrazo izquierdo.

—Tal vez pueda ayudarle —dijo la anciana—. ¿Cómo se llama usted?

—Paul. ¿Son sus hijos?

—No, son mis sobrinillos.

Me hice a la idea de lo que quiso decir con eso. Empezaba a atardecer, descendía cierta oscuridad, un tenue frescor, y quise saber qué era lo que me estaba ofreciendo. Si existe alguna diferencia entre ser un turista y ser un viajero, era ésta. Un turista habría estado en un templo o en un museo; yo había estado en un arrabal, y por pura curiosidad iba paseando con la solícita Señora Exagerada, la alcahueta, y sus tres jovencillos de aspecto depravado.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté.

—Nada más que hablar, señor.

—Adelante, hable.

—Mejor hablaremos allí —dijo, e indicó un salón de té.

Entró ella delante y me senté en una mesa al lado de la chica flaca y manca, con la anciana y los otros dos niños enfrente.

—*Chai, chai* —dijo al camarero.

—¿Queréis alguna cosa más?

La niña quiso un helado, el niño una samosa, la niña manca dijo que se conformaba con el té y lo sorbió con timidez, acomodándose a mi lado.

—Vivimos aquí cerca —dijo la anciana, y señaló por la ventana del salón de té—. A sólo cinco minutos.

Miré de reojo a la chica manca, que me estaba sonriendo con ansiedad. Sus ojos, hundidos, eran de una extraña tonalidad amarilla, como los de un animal nocturno, y la piel de su brazo, apretado contra el mío, era muy seca y velluda, indicio de la desnutrición.

Aquel lugar tan cerrado era perfecto, con las insinuaciones de la vieja, que era, no me cupo duda, la proxeneta de los tres niños. Aquél era uno de los barrios más apacibles de Bombay, y seguramente había tenido suerte cuando acorralaba a los extranjeros como yo, pues de lo contrario no se habría tomado tantas confianzas. Quise que me dijera con precisión qué era lo que tenía en mente, qué actividad, a qué precio, durante cuánto tiempo, qué clase de promesas era capaz de hacer.

Me había dicho que vivía cerca; se puso a decirme que la casa era muy limpia, que no había interferencias de nadie.

—Es todo muy tranquilo, señor. Muy buen edificio.

Quise hacer muchas preguntas, pero me impidió formularlas el flujo de gente que entraba en el salón de té. El establecimiento era más bien una

especie de snack bar, donde había platos de comida tras los cristales protectores, bollos y samosas y bocadillos. Estábamos sentados junto a la entrada, y todos los que entraban —sobre todo hombres— me miraban con dureza. Eran más o menos las seis y media de la tarde. Yo era el único extranjero en el local. Estaba en una mesa con una celestina, dos niños de aspecto cetrino y depravado y una furcia adolescente.

Quise preguntar cuánto y por qué, qué pasaba allí.

Les iba a preguntar por sus nombres, pero me di cuenta de que si lo hiciera todo el mundo me oiría y comprendería lo que se estaba cocinando. Quise fingir que ya nos conocíamos.

—¡Pues sí que tienes hambre, chaval! —dije—. ¿Quieres otro helado?

Tres hombres de rasgos hoscos pasaron de largo, y decidieron sentarse en la mesa contigua, donde lo verían y lo oirían todo.

Me acoquiné, pensé en la pinta que tenía que tener allí dentro. Quise decir que era un viajero, que estaba escribiendo un libro, que sólo quería hacer unas preguntas, que no tenía planes con aquellos chiquillos.

—Vámonos —dijo la vieja, tal vez al darse cuenta de que me sentía a disgusto.

—Mire —le dije—, voy a estar por aquí una semana más o menos. Ahora mismo ando bastante ocupado. Ya nos veremos.

—¿Cuándo? —dijo la vieja—. ¿Dónde?

—Donde sea —dije evasivamente.

—Mañana —dijo—. ¿A qué hora?

—A la hora que sea. Ya la buscaré yo... aquí mismo —y dejé doscientas rupias en la mesa—. Por la merienda —y susurré—: Tengo que marcharme.

—¡Señor Paul! —gritó la mujer cuando me escurrí entre las mesas. Todo el mundo me miraba, pensando todos, sin duda, que era un perverso, y apreté el paso murmurando «vámonos de aquí cuanto antes».

Durante varios días no dejé de pensar en los niños, en la niña manca, en el hambre que tenían, en cómo sorbieron el té y comieron cabizbajos, concentrados, famélicos, con deleite de animales. No los volví a ver, y eso que los busqué. Seguramente habrían encontrado a otro extranjero.

Pasando el rato en el bazar de Chor, el Mercado de los Ladrones, en busca de cuadros pintados al dorso de un cristal, por Mutton Street, donde los comerciantes que tratan el cristal y la porcelana, la plata, las lámparas, son

mayoritariamente musulmanes, me despisté por una callejuela para mirar unas monedas y me encontré con un hombre que dijo ser admirador de George Bush. Perder el tiempo, charlar, lograr que un anticuario se sienta cómodo, a menudo surte por efecto que abra cajones y armarios y muestre objetos no con afán de venderlos, sino sólo por el interés que puedan tener, por su valor de curiosidades: una pieza de cerámica antigua, un azulejo vidriado, una piedra lunar, una vasija de arcilla en forma de yoni, un colgante hecho con un cráneo de mono de Nagaland, un cráneo humano procedente del Tíbet.

—Mire, esto viene de Persia —dijo Rajendra, el marchante, retirando la tapa de un estuche muy estrecho.

Me mostró una daga de unos treinta centímetros de longitud, de plata, con incrustaciones de oro, en la que aparecía grabado un poema en farsi, muy elaborado, con una gruesa empuñadura de marfil. Al retirar una tapa de la empuñadura, Rajendra extrajo otra navaja de menor tamaño, una *shiv* también de empuñadura de marfil, también con incrustaciones de oro.

—La hoja es de acero de Damasco. Muy antigua. Extraordinaria. Muy cara.

Una de las trivialidades más aparatosas que se cuentan de las hojas de acero damasceno es que tras ponerlas al rojo y trabajarlas el herrero, se enfriaban hincándolas en las carnes de una persona, de un ser humano que moría para dar fuerza a la hoja. Se lo comenté a Rajendra.

—De eso no sé nada, pero... —dejó que la luz del sol arrancase un baile de destellos en los detalles de la hoja y en el oro de la empuñadura—. Es oro puro. El marfil es de ballena.

—¿Cuánto?

—*Crores! Crores!* [\[8\]](#) Pero no está en venta —dijo, y se inclinó hacia mí y habló como si estuviera molesto—. Mi deseo es ofrecérsela al embajador norteamericano en Delhi. La puede guardar en un museo o regalársela al presidente Bush o venderla y donar las ganancias a las familias de los soldados norteamericanos que han muerto en Irak.

—¿Quiere darle la daga a Bush?

—Bush es un gran hombre —dijo, y esgrimió la daga—. ¡Bush tenía toda la razón! La historia demostrará que ha acertado.

—¿Acertado? ¿En qué?

—¡El islam! ¡La brutalidad del islam! —señaló al exterior, al bazar de Chor, que estaba atestado de tiendas musulmanas y de comerciantes de segunda mano y de talleres de reparación de coches y de relojeros—. Bush

tenía que hacer lo que hizo. Fíjese cómo es la historia. Aurangzeb asesinó a su padre.

También asesinó a sus hermanos. Era un fanático temible, constructor de mezquitas, un rey guerrero.

—¿Eso no sucedió hace... hace unos cuatrocientos años?

—Matan a los animales. Se los comen. ¿Ha visto cómo matan a las cabras? Es horrible.

—Los hindúes de Jodhpur también matan cabras durante sus festejos religiosos. Hace pocas semanas así lo hicieron en el festejo de Navratri.

—¡Pero los musulmanes desangran al animal cuando aún está vivo! —dijo Rajendra—. Siempre hemos tenido problemas con los musulmanes. ¡Mire cómo es la historia de la India! Hace veinte años, un maharajá vino a verme para comprar unas cuantas cosas. Le dije que todo eso daba igual, que se lo podía quedar si ése era su deseo, pero insistí en decirle que el islam terminaría por ser el mayor problema del mundo. La principal causa de complicaciones del mundo entero.

—¿Qué dijo el maharajá?

—No me hizo caso. Pero Bush sí sabe lo que se trae entre manos. La gente, incluidos mis amigos, dicen que Bush está en un error, pero no es así, Bush está en lo cierto, tiene genuina razón, razón superior. ¡Sin Bush, este mundo se habría terminado! —sostuvo la daga en ambas manos, como si me la ofreciera—. Mi deseo es dársela por quienes han perdido la vida. A lo mejor puede usted hablar con alguien.

—Hay un cónsul general de los Estados Unidos en Bombay. Llámeme y cuénteles lo que desea hacer.

Rajendra colocó la daga en el estuche, forrado de seda por dentro.

—La gente montará en cólera conmigo si hago esto, por eso estoy vacilando aún. Me dirán: ¿quién te crees que eres? No eres más que un *bunniah* [comerciante], pero yo sé que tengo la razón, sé bien que Bush tiene toda la razón.

A lo largo de mi viaje, de unos cuarenta y cinco mil kilómetros de recorrido, tras cientos de encuentros con otras tantas personas, sólo encontré a dos que apoyasen al presidente de Estados Unidos: el hombre de Bakú que deseaba que Estados Unidos invadiera Irán y Rajendra. Aparte de estos dos, ni uno más.

En la India —como en Estados Unidos— todo el mundo hablaba de la deslocalización. En India se fabricaban camisas y zapatos y productos electrónicos, y su área de mayor crecimiento era la IT (o tecnología de la información), la BPO (externalización de procesos empresariales) y la KPO (externalización de conocimientos). Se trataba de sectores en los que el trabajo es intensivo; todos ellos habían contribuido a que Bombay se hinchase hasta alcanzar su tamaño actual, veinte millones de habitantes, que llenaban hasta los topes los trenes debido a la gran cantidad de personas que iban a diario al trabajo, y por eso mismo estaba repleto de hoteles y restaurantes, y también por eso resultaba tan atractivo para que los constructores empezasen a ver en el arrabal de Dharavi una oportunidad única de cara al desarrollo inmobiliario. Centenares de millones de indios vivían por debajo del umbral de la pobreza —la tasa de suicidios en las zonas rurales era insólitamente elevada—, pero otros centenares de millones en verdad ganaban bastante dinero.

—El milagro indio, se lo digo yo —me decían los indios al llevarme en sus taxis por las calles de Bombay, por delante de los arrabales, de la gente que dormía en la calle, de los tullidos, de los minusválidos. ¿Acaso el milagro era poco más que mera ilusión?, me pregunté.

Di la lata a algunos amigos para que me pusieran en contacto con personas que estuvieran ganando grandes sumas de dinero. La mayor de las empresas dedicadas a la tecnología de la información en la India era Tata Consultancy Services. Durante el mes en que visité la sede de la TCS en Bombay, la empresa alcanzó un valor de cuatro mil millones de dólares. Tenía más de ochenta mil empleados en setenta y cuatro ciudades repartidas por todo el mundo, aunque la sede de Bombay era una de las más grandes, y como la familia Tata es oriunda de Bombay esta sede era con toda seguridad el centro en el que convergían los radios de la rueda que era la empresa, tal vez el cuartel general.

En vez de tomar el tren, me convencí de que iría más deprisa en coche. Pero el coche tardó el doble que el tren, hora y media hasta Vikhroli, en los extensísimos alrededores de Bombay. La empresa se encontraba protegida por una tapia alta, atestada de tráfico, desesperada por fuera, serena en el interior, ordenada como un campus universitario. Era el llamado Parque Industrial de Godrej y Boyce, y si bien el Grupo Godrej se dedicaba a la fabricación de jabón, detergente, tintes y suavizantes para el pelo, pañales, «servilletas de

boda con gran estilo», herramientas, maquinaria de pequeño tamaño y muebles, al disponer de grandes terrenos recalificados para su uso industrial también disponía de espacio para abundantes plantas de deslocalización. Tras las tapias del complejo, a la sombra de los árboles del interior, se encontraban docenas de empresas de capital norteamericano.

—Bienvenido, señor —dijo el señor Burjor Randeria, director ejecutivo de esta rama de la TCS. Tenía sesenta y un años, era parsi, muy hospitalario y servicial. Era un zoroastra; una llama titilaba sobre un plato en la mesa de su despacho, donde había una imagen que me pareció de Ahura Mazda—. También lo llamamos Asho Farohar —dijo el señor Randeria.

Junto a ese guardián barbudo había un retrato de un gurú de cabello enmarañado, Sathya Sai Baba, una pequeña estatua del dios elefante, Ganesh, y una caja de mantras dedicados a Ganesh, del tamaño de una caja de cerillas grandes, que al accionarse los botones entonaba mantras durante el día y la noche entera si fuera preciso.

—Crea las vibraciones de Ganesha —dijo el señor Randeria—. La suelo tener puesta a todas horas.

—Pero usted es parsi.

—Ya, pero esto me sosiega.

Hablamos de los parsis. Los Tata eran una familia de parsis famosa por su dedicación a la filantropía: habían fundado hospitales, escuelas, centros de formación profesional y orfanatos. Según Randeria, no había más que setenta y tres mil parsis en todo el mundo, la mayoría residentes en Bombay. Eran una raza a punto de extinguirse.

—Nos casamos tarde. Rara vez tenemos más de uno o dos hijos. Y los zoroastras no se dedican a convertir a los demás. Hay que ser parsi de nacimiento.

Él había nacido en Sanjan, estado de Gujarat. Fue allí donde se ubicaron los primeros parsis tras la persecución a que los sometieron los musulmanes en sucesivas yihads, entre los siglos VIII y X, motivo por el cual terminaron casi todos ellos expulsados de Persia. *Parsi* significa persa.

Después de que el señor Randeria trabajase para Swissair durante unos cuantos años, buscando lugares en los que fuera posible deslocalizar los ingresos amasados por la compañía aérea —el coste de la mano de obra es desmesurado en Suiza—, en 1995 fundó una empresa para proporcionar

servicios de atención al cliente en productos financieros a diversas aerolíneas. Tata era dueña de una parte de las acciones, aunque Tata en realidad tiene parte o es dueña por completo de muchas empresas. La marca Tata iba estampada en la parte trasera de la inmensa mayoría de los autobuses, camiones y coches que circulaban por la India. Tata era dueña de los téis Tetley y de muchas tiendas al por mayor. Hoteles Taj era propiedad de Tata, una cadena hotelera entre los que se encontraba el Pierre de Nueva York y lo que había sido el Ritz-Carlton de Boston. Telecomunicaciones, acero, electrodomésticos, servidores de internet, compañías de seguros... eran otros tantos de los sectores en los que Tata tenía intereses.

Una de las curiosidades de la empresa, fundada por Jamsetji Nusserwanji Tata (1839-1904), es que una porción no desdeñable de los beneficios obtenidos por el inmenso consorcio de empresas Tata se destinaba a obras de caridad. Así había sido desde el comienzo: la empresa patrocina institutos de investigación y aporta fondos a los hospitales. Ratan Tata, actual presidente ejecutivo de todo el consorcio, es un hombre aún soltero a los sesenta y tantos años, del cual es muy poco lo que se sabe, al margen de que vive con bastante modestia. Sigue incrementando los activos de la empresa, construye altos hornos, acerías, gigantes de la telecomunicación, y más recientemente ha comenzado a producir coches familiares de bajo coste, buscando como siempre la fórmula idónea para donar sus ganancias a los más necesitados. En 2006, el año en que asomé la nariz en la sede de Tata Consultancy Services, las ventas totales del consorcio generaron unas ganancias de veinticuatro mil millones de dólares.

Recorriendo los pasillos revestidos de mármol del edificio, pregunté al señor Randeria quién era su competencia.

—Microsoft, Infosys, muchos otros —dijo—. Pero nuestro lema es sencillo: estaremos entre los diez mejores en 2010. Y llegaremos ahí de maneras muy variadas. Cultivamos productos tanto orgánicos como inorgánicos. Tenemos un estricto código de conducta. Cultura. Ética. Expansión. También las adquisiciones; hace poco hemos adquirido la compañía de seguros Pearl y un gigante de la banca, la financiera Chile Comicron. Vamos muy en serio. Tenemos una delegación en Budapest que se ocupa de todos los contactos en lenguas europeas distintas del inglés.

—Cuando pasé por Budapest me hice a la idea de que muchos húngaros están en busca de un empleo.

—Si están deseosos de trabajar y tienen la capacidad necesaria, nosotros los contrataremos.

—Tiene gracia oír una cosa así en una empresa india —dije.

—Considere las ventajas que tenemos. La lengua inglesa, legado del gobierno colonial británico —dijo el señor Randeria—. Una educación decente. En conjunto, somos un país con un buen nivel de educación.

—Así que todo parece de color de rosa.

Se dio cuenta de que le había echado un anzuelo, pero se lo tomó con buen humor.

—No. Yo obro con disciplina y respeto las normas, pero todo el mundo sabe que hay corrupción en la India y que se puede comprar hasta cierto punto lo que sea. Además, hay que tener en cuenta nuestra población. Aumenta a un ritmo frenético.

Eran seiscientos millones en 1973. Ahora son más del doble.

—¿Qué se puede hacer con eso?

—Sólo se puede controlar e incluso disminuir por medio de la educación —dijo el señor Randeria—. Alfabetizar a los adultos. Dese cuenta: si uno tiene una buena educación, dispone de muchas fuentes de placer y de estímulo intelectual. Dispone de otras formas de emplear el tiempo. Sin educación, en las zonas rurales sólo se tiene el sexo.

—¿Recuerda usted cómo era Bombay antes de la explosión demográfica?

—Oh, desde luego —sonrió al recordarlo—. Cuando yo era un niño en Jogeshwar, las calles estaban desiertas a las siete o las ocho de la noche, cuando oscurecía. Mis padres me exigían que estuviera en casa antes del anochecer. Veíamos zorros y hienas, y había muchas serpientes. Hoy es un lugar superpoblado.

Jogeshwar, que había sido en su día una zona alejada de Salsette y que contaba con una famosa cueva, era en cambio un centro de población grande y congestionado, a unos quince kilómetros del centro de Bombay. El señor Randeria dijo que emigraban a Bombay a diario unas cuatrocientas familias, con una media de cuatro personas por familia.

Pasó la tarjeta de seguridad por sucesivas puertas y me condujo al centro de llamadas telefónicas.

—Somos la teleoperadora de... —y me dio el nombre de un mayorista norteamericano de maquinaria y me hizo jurar que no lo revelaría—. Nos ocupamos de los niveles uno al cuatro. Si alguien tiene un problema con su

taladro eléctrico, nosotros se lo resolvemos.

Me mostró las aulas en las que se impartían clases de inglés a un nivel avanzado (incluida la debida entonación norteamericana) y las salas técnicas, en donde los empleados aprendían a fondo el funcionamiento de los productos, de modo que pudieran responder a las preguntas de un cliente que no supiera resolver su desconcierto con la máquina adquirida o bien darle los consejos oportunos.

Por favor, retire la broca de la funda, insértela en el portabrocas y gire en el sentido de las agujas del reloj para apretar los dientes en la matriz...

Esa clase de frase la ensayaban y la repetían hasta la saciedad en las aulas y luego la recitaban por teléfono los empleados indios, que se adjudicaban nombres de estilo norteamericano («Rick», «Andrea») y hablaban con un acento norteamericano impostado.

A través de unos cristales insonorizados vi los cubículos —setenta u ochenta por cada sala— en los que los empleados indios, con auriculares de teléfono provistos de micro, hablaban con los clientes norteamericanos que habían llamado para resolver algún problema con los productos adquiridos. Una gran pancarta en un extremo de una de las salas decía así: «¿En qué puedo ayudarle para resolver las complicaciones que pueda tener?».

Eran servicios de voz para atención al cliente, por lo que tanto el acento como la actitud tenían que inspirar confianza en quien hiciera una llamada.

Rote el producto hasta que la basa quede en verdigal y mire cuál es el número de serie, el que tiene diez dígitos. Debería empezar por B. Por la B de Bob.

En otros departamentos, el acento no tenía tanta importancia. Una de las salas estaba llena de médicos y de personal sanitario dedicado a responder a las preguntas que pudieran formular los afiliados a una organización de cobertura médica radicada en Dinamarca. Hablaban con los daneses de Esbjerg y Aalborg y Copenhague y resolvían sus preguntas sobre la diabetes y demás.

Otra de las zonas del TCS se dedicaba a desmenuzar intrincadas operaciones numéricas: eran varios miles de cubículos, cada uno con su teleoperador, que resolvían las preguntas de los clientes asiduos de una compañía aérea para ayudarles a cuantificar sus puntos o a evaluar un precio o a explicar otras cuestiones relativas a los billetes de vuelos internacionales.

—¿Ve a ese hombre? —dijo el señor Randeria—. Está hablando con una

agencia de viajes. Podría ser Nueva York, podría ser Dallas. Tienen un problema con un billete.

Los empleados de esta sala no tenían necesidad de impostar un acento norteamericano, ni tampoco usaban nombres norteamericanos; se limitaban a proporcionar apoyo, información, servicios de urgencia, atención al cliente. La sala era una algarabía de voces indiferenciadas, como si fuera una cueva llena de macacos.

—Las líneas aéreas seguramente son nuestros mejores clientes. Para que obtengan el máximo beneficio en un vuelo, necesitan asesoramiento sobre el control del espacio y anticiparse al comportamiento que vayan a tener sus clientes.

Desde la venta de billetes hasta el cálculo de los precios, pasando por la logística de la ocupación de un avión (es lo que entendí cuando habló de «control del espacio»), todo ello estaba administrado por aquellos técnicos de Vikhroli, que trabajaban todos los días y todas las noches del año.

—Es un trabajo estresante —dijo el señor Randeria. Por eso mismo, los empleados del TCS disponían de gimnasio, cafetería y servicios médicos en la propia empresa. Y todos los empleados acudían a sus puestos de trabajo en los microbuses de la empresa, que tenían parada en puntos estratégicos de la ciudad.

—¿Y si hubiera un corte en el suministro eléctrico? —pregunté. Semejantes incidencias eran bastante corrientes, y apenas se disimulaban tras algún eufemismo: «marrón», «apagón», «ahorro de carga»...—. ¿Qué sucede entonces?

—El pasado mes de julio tuvimos cortes de energía eléctrica. Noventa y tres centímetros de lluvia en dieciséis horas. Es decir, casi un metro cúbico en poco más de medio día —pero el señor Randeria estaba sonriente—. Tuvimos un dos por ciento de sobrante energético. Le enseñaré cómo.

Me llevó a un edificio altísimo, al fondo del complejo industrial.

—Éste es el SEI: el suministro energético ininterrumpido. Pero además contamos con generadores adicionales en la reserva. En la India, esto es fundamental.

—Todo esto parece un gran éxito —dije.

—Si no hubiesen tenido lugar la IT y la BPO, la India seguiría con veinte años de atraso. Fíjese en China. China ya es el número uno en hardware, y aspira a serlo también en software. Pero nosotros contamos con la gran ventaja

de la lengua.

—¿Podrá aprender China el inglés a la velocidad suficiente para ser competitiva frente a la India?

—Eso el tiempo lo dirá —dijo—. Nosotros hacemos un gran hincapié en el adiestramiento de la mano de obra.

Era manifiesto que semejante empresa tendría éxito: contaba con una muy nutrida mano de obra compuesta por hablantes con fluidez en inglés, inteligentes, bien educados y necesitados de ganar dinero; personas que no podían marcharse de la India, y que en una época anterior, como era el caso cuando yo visité el país por última vez, habrían buscado trabajo de maestros de escuela, funcionarios, plumillas o algo por el estilo, y que habían desempeñado las ocupaciones tradicionales en la India para las personas de cierta cultura: sabios que daban consejos, *bunniahs* y pequeños empresarios.

Aquéel era el edificio más limpio y ordenado que hasta la fecha había visto en la India; cuando ya me marchaba, pregunté al señor Randeria por el adiestramiento, las ampliaciones del negocio, los salarios, etcétera.

—Señor Paul —dijo con amabilidad—, tendría usted que ver nuestras instalaciones en Bangalore. Y la propia Bangalore. Se quedará atónito.

13. Tren nocturno a Bangalore

El expreso de Udyan

A primera hora de la mañana la luz del sol ya bañaba Bombay; la ciudad estaba húmeda e incluso algo viscosa por la condensación nocturna sobre las losas viejas y oscuras que forman un gran empedrado, una ciudad de calles desiertas antes de que los trabajadores y el tráfico se apoderasen de ella y el sol luciese con su máxima intensidad. En esos momentos, a las seis de la mañana más o menos, apreté el paso para llegar a la estación de Victoria, y lo resbaladizo de las losas me ayudó a recordar la ciudad que había visto mucho tiempo atrás, una ciudad de habitantes sin hogar, de barrenderos y *rickshaws*, provista de un olor dulzón y empalagoso, el olor del dinero y de la muerte.

La estación de Victoria tenía un nuevo nombre. El edificio, grandioso y catedralicio (más bien «gótico decepcionado»), conmemoración del jubileo de la Reina en 1887, que es una de las estaciones de ferrocarril más grandes del mundo, ahora se llama Terminal Chatrapathi Sivaji, en honor al astuto guerrero del Maratha, que unificó el estado de Maharashtra y batalló contra los Mughal en el siglo XVII.

Como había sacado el billete muy a última hora, sólo pude encontrar plaza en segunda clase, AC: un compartimento en un vagón destartado, literas con cortinas en vez de puertas, como uno de aquellos convoyes de transporte de tropas en las películas antiguas, o como el que sale en *Con faldas y a lo loco*, con las cortinas que aletean sin parar. Tras cada una de las cortinas asomaban los pasajeros como los nómadas que escrutasen el exterior desde sus tiendas de campaña. En el exterior del vagón siguiente, a lo largo del lateral, había una pintada de denuncia en letras altas y cuidadas, en blanco: «El más corrupto de todo el ferrocarril es Shyam Prakash». En un comentario al margen, en el libro de Hibbert sobre el motín de 1857, aparecía esta frase:

«Una de esas afirmaciones arcanas que tanto gustan a los que pintarrajean en las paredes, cuyo sentido por lo común sólo conocen los muy entendidos».

Quise ir a Bangalore porque todo el mundo me dijo que era allí donde estaba el motor económico de la alta tecnología que impulsaba la economía de la India. Y Bangalore era una de las paradas intermedias en la ruta a Madrás, donde ya estuve antes y adonde tenía ganas de regresar.

Estaba adormilado por haber madrugado más de la cuenta, y me dormí en la litera. Desperté al cabo de una hora más o menos y me encontré en un paisaje de colinas redondeadas, de tonos ocre, con profundos barrancos entre unas y otras, y pequeñas aldeas en aquella India desértica en la que se desviven por sobrevivir los campesinos.

Lejos del mar, el interior parecía un continente con todas las de la ley. Las noticias sobre la región agrícola del estado de Maharashtra indicaban que los campesinos, endeudados hasta el cuello y agobiados por las sequías, se suicidaban ingiriendo raticida; los suicidios habían alcanzado cifras nunca vistas (unos dos mil en los seis años anteriores, ochocientos en lo que iba de año, y la tasa de mortandad por esta causa se había disparado en el primer trimestre de 2006, al punto de llegar a «un suicidio cada ocho horas»).

Íbamos con rumbo sudeste por una región de templos excavados en la roca y de cuevas de gran profundidad, muy adornadas, que databan del primer y segundo siglo antes de Cristo, cercanas a la estación de Lonavale y de Malavli, a menos de ciento cincuenta kilómetros de Bombay, aunque estuviesen a años luz, por la que fluía un río fangoso poco más adelante, trazando sucesivos meandros entre las aldeas y procurando la posibilidad de que las mujeres hicieran la colada en sus aguas opacas. Entre cincuenta y ochenta mujeres lavaban la ropa a golpes contra las rocas de la orilla mientras sus maridos faenaban en los trigales y los niños arrodillados amasaban los excrementos de vaca en forma de discos del tamaño de un plato para secarlos y utilizarlos luego de combustible. No era ése el milagro de la India. A menos de tres horas de Bombay, de sus plutócratas y de sus jactanciosos, aquélla era la India de la choza, del fuego hecho con bostas de vaca, del campo sembrado de alubias, del búfalo, del carro de bueyes, de la bicicleta... y de la deuda y la sequía y la muerte.

Pasado Pune, a primera hora de la tarde llegamos al nudo ferroviario de Daund, donde un grupo de mujeres de cierta edad, aunque con abundantes adornos «tribales» esperaban otro tren que llegaría más tarde. Llevaban unos

espejuelos del tamaño de un dólar de plata cosidos en los corpiños de encaje, y cada una de las mujeres tenía un pequeño ornamento de filigrana, en forma de candelabro, colgado de la aleta izquierda de la nariz. Vestían chales del color de la herrumbre, o amarillos, y lucían velos y pulseras; todas ellas juntas, una veintena más o menos, con sus mejores galas, podrían haber sido gitanas. En la India son muy numerosas; de hecho, la India es el lugar de origen de la nación gitana. Emociona ver a gente que viste con sus prendas tradicionales, y más en un lugar en el que son muchos los que han optado por una vestimenta declaradamente occidental. Siempre tengo la sensación de que allí donde la gente viste con las prendas tradicionales es que mantienen vivo tanto el folclore como las sutilezas de su lengua.

Así las cosas, el tren lento a Bangalore («¡es como Silicon Valley!») puso de relieve ante mis propios ojos la India eterna y tozuda y en algunos lugares desesperada. Aldeas de aspecto aplastado en las que las mujeres se acuclillaban en los campos cultivados, entre las cebollas y el maíz ya recogido, plantando o arrancando malas hierbas. No había cambiado nada para aquellas gentes. Escribí lo siguiente en mi cuaderno: «De haber tomado un avión me habría perdido todo este esplendor y toda esta miseria. Cuando alguien dice *India* no veo una cosa, no veo siquiera cien, sino que más bien veo diez mil imágenes, y muchas permanecen en mi memoria. No dejo de fijarme en los niños pequeños que desempeñan trabajos bien arduos, cargando los burros con sacos de gravilla, limpiando, fregando los suelos; aquí, en Daund, hay niños de poco más de nueve años que van de acá para allá cargados con sacos enormes, vaciando cubos de basura».

Los indios de las ciudades a menudo se quejan: «¡Hay demasiada gente!». Sin embargo, los habitantes de las zonas rurales de Maharashtra cultivaban sus propios alimentos y extraían el agua para cubrir sus necesidades y construían sus propias casas y amasaban su propio combustible.

Sus tierras tenían el aspecto llano, desolado y reseco de tantas extensiones de tierra yerma que hay en África: árboles bajos y demasiado enclenques para dar ninguna sombra, hierbas ralas, muertas, caminos polvorientos. Había algo africano incluso en las aldeas de chozas de estuco, con sus porches y sus techos de hojalata, en los edificios de uso agrario, con techumbre de paja y paredes de ramas entretejidas.

Pasaron las horas, pero el paisaje de las llanuras y de los campos labrados no cambió. Se apoderó de mí una melancolía ya familiar, efecto de una tarde

larga y calurosa a bordo de un tren que seguía su camino por un paisaje de árboles escasos y de campos incultos. Poco antes de una parada en medio de ninguna parte, vi a un hombre acuclillado en un paso a nivel, en una carretera de campo, y a otros dos hombres en bicicleta, y un viejo autobús rojo, a la espera de que pasara de largo el tren. A medida que seguía el tren a través del gran abdomen de la India, pensé que quien no vea todo esto —la inmensidad, la pobreza, el vacío, la soledad antiquísima— no sabe nada de la India.

Las chozas no podrían haber sido más simples: hechas de cantos apilados, los techos los formaban meros fardales de paja. Del arado, tan tosco, tiraba un buey mientras un hombre guiaba al animal y lo azotaba con una vara. Decir que «Bombay está en el estado de Maharashtra» carece de todo sentido, porque no hay nada que se parezca menos a Bombay que esa inmensa llanura con sus plantaciones de lentejas, un pastor que contempla desde un alto una veintena de búfalos que se remojan en un río. Se revolcaban y se tumbaban, mojándose la testuz. Llevaban los cuernos pintados de rojo.

El día era muy caluroso, con casi 40° C, aunque el calor no frenó a los vendedores ambulantes de Sholapur.

—Yus... ¡Yus de fruit-fruta!

—¡Ristas, ristas!

—Pani, pani, pani, pani... ¡agua!

—¡Galletas, pa picar! ¡Galletas, pa picar!

—¿Comer? —me dijo un hombre al verme.

—¿Qué es lo que tiene?

Vendía *dahl* en vasos de plástico. Compré unos cuantos y una bolsa de pistachos y una botella de agua, y comí mientras veía la India pasar. Tras once horas de viaje, el paisaje apenas había cambiado, las llanuras hasta el horizonte, los campos que labraban los bueyes, una congregación de mujeres con jarras de latón, en un pozo, entre las cabras que pacían, como una litografía tomada del Antiguo Testamento, e incluso ya en el estado de Karnataka las aldeas parecían tan remotas y ruinosas como las más deterioradas que hubiera visto en la tierra, muchas de ellas perfectamente visibles para quien viajase a la modernísima y alabada ciudad de Bangalore.

Ya caía la tarde cuando entraron en mi compartimento dos jóvenes. Eran empleados de una empresa de tecnología de la información que trabajaban en Bangalore. Hablaban en lo que me pareció una lengua propia, en todo caso incomprensible para mí, y así siguieron durante quince minutos, hasta que me

di cuenta de que estaban hablando en inglés.

Rahul, el mayor de los dos, se quejó de que algunos trabajadores de la IT estuvieran ganando en Bangalore una cantidad inaudita, treinta mil dólares al año, lo cual aumentaba a diario los precios de la propiedad inmobiliaria.

El otro joven, Suresh, habló de sus viajes, pues se había dedicado a la formación profesional de futuros empleados de la IT en sitios como Singapur y Bangkok. Sostuvo que los indios eran objeto del acoso y los tormentos de la policía en ambas ciudades.

Al anoecer, en una parada en Dudhan, con las últimas luces del día, un hombre con un pie contrahecho y una pierna más corta que otra avanzó apoyándose en un bastón por el andén. El sol desapareció entonces en la polvareda, más allá de las chabolas. Una mujer se acercó al tren pidiendo limosna, sujetando por la mano a un niño flaco y desnudo, evidentemente enfermo, con moscas en la cara y moscas entre los labios.

La visión de esos espectros desesperados no me abandonó en la oscuridad de la noche. Dormí. Desperté cuando salió el sol y el tren atravesaba los palmerales, todas las ventanillas abiertas, la fragancia de la campiña en cada uno de los vagones.

Pequeña, soñolienta, a la sombra de los árboles, bungaloides, Bangalore era tan poca cosa cuando atravesé la India en *El gran bazar del ferrocarril* que ni siquiera hice un alto en el viaje a Madrás. Era una ciudad en la que residían los jubilados, muchos de ellos británicos, oficiales del ejército de la India, desvaídos y fastidiosos adoradores de Dios, con todo lo que eso comportaba: la jardinería, las partidas de bolos, los partidos de cricket, las visitas a la iglesia, la organización de las ventas de baratillo del Instituto de la Mujer entre las gentes de la buena sociedad y los que no tardarían en entrar en la decrepitud en el limbo de Staying On, equivalente indio de Cheltenham o Bognor Regis o Palm Beach. Podían sentarse en la veranda de su casa, o en la de los vecinos, a tomar una taza de té o unos cuantos *chota pegs*, vasitos enanos de un licor destilado en la localidad, que garantiza daños cerebrales irremediables, para quejarse de que la India se iba yendo al cuerno también sin remedio.

—Era el paraíso de los pensionistas, eso es seguro —me dijo un indio al poco de llegar.

Se llamaba Vishad Gupta y se rio al decirlo. Se reía porque unos cuatro o

cinco años atrás sucedió un acontecimiento espectacular: explotó Bangalore al convertirse en el centro industrial de la alta tecnología en la India. La plácida ciudad que tenía menos de un millón de habitantes pasó a ser de la noche a la mañana una ciudad de siete millones.

—Sucedió por tres razones —me dijo Vishad, contando con los dedos cada una de ellas.

Su puesto era el de director de Estrategias e Iniciativas Empresariales de una de las subsidiarias de Tata, radicada en una nueva zona de Bangalore dedicada sólo a la actividad empresarial y llamada Ciudad de la Electrónica Fase 2. La Fase 1 ya estaba llena. Se encontraba a escasa distancia del centro de Bangalore, aunque en coche se tardaba un buen rato por ser el tráfico una pesadilla, una sobreabundancia de bicicletas, mototaxis, *rickshaws*, carros tirados por bueyes, vacas sagradas y peatones apresurados, todos ellos por la carretera, por una vía bacheada, polvorienta, en construcción.

—La primera razón es el clima. Nueve meses de temperaturas moderadas —dijo Vishad, y alzó otro dedo—. La segunda, la abundancia de instituciones educativas. Hay muchos licenciados, mucho talento. Por último —alzó el tercer dedo—, la gente aquí es sosegada, más relajada. Aquí todo es más seguro. Delhi es agresiva. Bombay está superpoblada y es demasiado calurosa. Éste es el sitio idóneo.

Asimismo, el gobierno del estado de Karnataka, en el que se encuentra Bangalore, aprobó una serie de medidas para incentivar la fiscalidad a mediados de los años noventa, lo cual garantizó beneficios notables a las empresas que entonces empezaban y atrajo también a empresas extranjeras. La lengua era otro factor de peso. Como no existe una sola lengua en posición dominante dentro de una babel de lenguas en competencia constante (el coorg, el konkan, el tulu, el kanada, el hindi y aún otras), muchos de los habitantes de la región hablaban inglés. Los dos hombres que viajaron en el mismo compartimento que yo dijeron que hablaban inglés en sus casas, aunque el suyo fuese más bien un idiolecto, o en todo caso una variante del inglés que a mí no me resultaba fácil de entender, trufada de arcaísmos al uso, algunos de los cuales les oí decir: «sacamuélas», «temerón», «tripla».

Deduje que la elevada cantidad de iglesias cristianas que había en Bangalore (llegué a contar nueve sin tener que desviarme de mi camino) eran reflejo de la cultura de los residentes británicos, cuya jubilación en la ciudad habían tomado por penúltima parada en el camino hacia la salvación.

Sobrevivían algunas calles apacibles, jalonadas por abundantes árboles; esto no es lo acostumbrado en la India, donde la política habitual consiste en ensanchar todas las vías. Así pues, algo quedaba en pie de la antigua Bangalore, aunque abrumada por los edificios nuevos y los solares en construcción: comunidades valladas, hoteles nuevos, una súbita expansión de la edificación urbana, especulación inmobiliaria, esa clase de obras perpetuas, que nunca se acaban, y que vi en todas las ciudades de la India que visité.

—Aquí se levantará el nuevo paso elevado...

Era algo que se veía por todas partes. Todo estaba siempre en construcción. Bajo el futuro puente dormía toda clase de personas y se congregaban las vacas en busca de sombra, y había numerosas pintadas. Y tuve la sensación de que cuando por fin se terminase de construir el paso elevado, resultaría ya anticuado o superfluo.

Camino del Parque Tecnológico Internacional de Whitefield, en una de las esquinas de Bangalore, el conductor se dirigió a mí.

—¿Conoce usted a Sai Baba? Ése es su ashram.

Así que en vez de ir al Parque Tecnológico fui a visitar el ashram.

Bhagwan Sri Sathya Sai Baba había nacido cerca de allí, en Puttaparthi, en la vía férrea de Chennai; creó allí su ashram por la misma razón que el resto de las empresas: el tiempo bonancible, las calles con buena sombra, la naturaleza afable de la antigua Bangalore.

El ashram estaba protegido por una alta tapia, aunque los guardias de seguridad me dieron la bienvenida con los *namaste* al uso. En grandes letras, impreso en la pared interior del ashram, se leía un rótulo: «Amor en acción». Un gran salón abierto por los laterales, de techos muy altos, albergaba el estrado al aire libre en el que el Swami celebraba su *darshan* diario, su reunión espiritual con sus seguidores. Para comprender las enseñanzas del Swami bastaba con mirar su símbolo, un círculo que contiene los emblemas de los grandes credos universales: una cruz que representa el cristianismo, una luna creciente que representa el islam, la llama de los zoroastras y otro tanto en el caso del judaísmo, el budismo y el hinduismo. En una refundición de todos estos credos, Sai Baba había creado un sistema de creencias en el que estaba incluido prácticamente cualquiera. Al mismo tiempo, parecía rechazar la idea de que encabezase un culto religioso.

—«No hay religión, no hay oración», dice el Swami —el sermón me lo endilgó uno de los cuidadores voluntarios que ostentaba una chapa con un

dicho del Swami: «El trabajo es adoración»—. «Basta con seguir los preceptos de la religión que uno tenga. Ámate a ti mismo.»

La inequívoca imagen del Swami la había visto en muchos taxis, en muchos hogares, en muchos despachos y oficinas: la sonrisa afable, el cabello crespo.

El cuidador se llamaba Narayan.

—El Swami dice: «Corazón a corazón. Nada de prédicas. Basta con estar al servicio de la humanidad de todo corazón».

Me resultó agradable, de modo que decidí despedir al taxi y dar una vuelta por el ashram. El Swami no se encontraba en el recinto. Su residencia, de estilo *art déco*, estaba vacía en medio de unos deliciosos jardines, protegida por una alta valla.

Charlé con algunos de los devotos, pero se mostraron esquivos, nada amigos de pasar un rato conmigo, y ni siquiera me dijeron cómo se llamaban («No uso mi nombre, sólo el del Swami»). Sí hicieron hincapié en decir que Sai Baba no había tenido un gurú cuando era joven, aunque había tenido una encarnación previa, y que en el futuro aún habría de tener otra encarnación, seguramente hacia el año 2030.

En las fotografías recientes, el Swami era más menudo, más delgado, se le veía más envejecido de lo que parecía en sus fotos más célebres, el pelo menos simétrico, aunque en forma de bola, crespo, la sonrisa más fatigada que traviesa. Pero tenía ochenta años. Con su confrontación directa, sus consejos prácticos, su negativa a predicar ninguna enseñanza, el Swami en esencia tenía un atractivo irresistible para todas aquellas personas que le eran fieles.

—Abandonará su cuerpo a los noventa y seis años —dijo uno de los devotos—. Y pasados unos ocho años más, nacerá en su tercera y última encarnación. Se llamará Prema Sai. Deseo reseñarlo.

Los devotos que no eran indios fueron los menos pacientes con mis preguntas, pero uno de los indios que formaban parte del ashram me explicó algunas de las sutilezas del pensamiento de Sai Baba.

—Swami nos enseña que hay cuatro tipos de personas. Tipo *Artha*. Pobres en todos los sentidos, devastados por dentro. Tipo *Arthathee*. Desean cosas, aspiran a tener cosas. Tipo *Jidnyasu*. Sólo tienen preguntas que hacer, necesitan las respuestas. Y tipo *Jnani*, que son los esclarecidos. Todo lo saben. Ven una nube y ya saben si va a llover.

—Pues yo creo que debo de ser *Jidnyasu*. Sólo hago preguntas.

—Sí. Eso se le ve de lejos —yo estaba tomando notas, pues eran palabras

difíciles de deletrear—. Dice el Swami que «no estoy aquí para predicar pensamientos nuevos».

Me pareció un buen planteamiento.

—No busques a Dios ahí fuera. Búscalo en tu interior. Alcanza la felicidad. Busca el *Ananda*... la dicha, la serenidad.

—Lo he intentado —dije.

—«¿Qué es Dios?», pregunta el Swami. Y responde así: «Es la experiencia».

—Eso me gusta.

—Cree en ti mismo.

Dicho esto, el devoto me dejó que hallara yo mi camino. Me senté cerca de la estatua de la diosa Saraswati, tan musical, que aparecía tocando el sitar a un tamaño que duplicaba el natural. Recordé que alguien me había dicho que Sai Baba podía obrar milagros, aunque fueran milagros más bien deleitosos, de poca entidad, como por ejemplo que en su mano aparecieran chocolatinas para dárselas a los niños.

—Sí, obra milagros —dijo otro de los devotos—. Pero sólo para atraer a los analfabetos. *Chamatkara*, así es como los llaman. Tienen por misión asombrar a quien los presencie.

Había cientos, acaso miles de testimonios presenciales sobre los milagros de Sai Baba, en todos los cuales se afirmaba que eran prueba de su divinidad. Entre ellos constaba que había hecho aparecer objetos como crucifijos y Biblias, había obrado infinidad de sanaciones, mensajes milagrosos, ejemplos de translocación —la transferencia espacial de seres humanos, algunos ya muertos— y una célebre aparición del diamante Koh-i-Noor cuando Sai Baba criticó a su público por dejarse asombrar ante la gema: «¿Alguno de vosotros me ha mirado a mí, que soy quien la ha creado, cuando pedíais a gritos ese fragmento de la creación?». Muchos de sus antiguos acólitos habían terminado por denunciar a Sai Baba, a quien acusaban de falsear sus milagros.

Ahora bien, la filosofía básica de su credo hace hincapié en la luz interior que todas las personas pueden hallar en sus corazones, y también en el poder del trabajo práctico. «Unas manos que ayudan valen más que unos labios que rezan»: es uno de los dichos del Swami que no habrían sonado extraños en boca de Lenin, Mao, Jesucristo o Jimmy Carter.

—Aquí viene gente de todas partes —me dijo el vigilante de la entrada principal—. Vienen los imanes de Irak. Y Ravi Shankar. Hillary Clinton quiso

venir, pero las medidas de seguridad plantearon problemas, así que no vino al final.

Cerca de este recinto de renovación espiritual, poco más adelante, siguiendo una carretera ruidosa y congestionada, se encontraban nuevas muestras de la expansión que se había producido en Bangalore. Salí a pie por la puerta y tomé un taxi hasta el Parque Tecnológico Internacional. Los edificios nuevos destacan a lo lejos, visibles detrás de los puestos callejeros donde se vendían sandías, detrás de los *rickshaws* en fila, de las tiendas de reparación de todo tipo de objetos, de los puestos de alimentación.

Tras las tapias del Parque Tecnológico, entre los altos edificios de cristal y acero, cada uno con sus rótulos relucientes —Infosys, Oracle, Disa, Think Inc. y muchos más—, se encontraba el de Perot Systems. Recordé aquella ocasión en que un texano diminuto, con voz de charlatán y orejas de soplillo, llamado Ross Perot, se presentó a candidato a la presidencia de Estados Unidos, y recordé que aparecía en sus mítines con una pancarta que decía «Unidos soportamos América», y con un programa del que formaba parte el juramento de no deslocalizar empresas y trasladarlas a países como la India para que no disminuyeran así las posibilidades de tener un trabajo digno en Estados Unidos. Perot decía que le llegaba un gigantesco ruido de succión cada vez que tenía conocimiento de que se destruían más empleos en Estados Unidos. Tras fracasar en su carrera por la presidencia, el magnate y charlatán había descubierto que los indios de Bangalore trabajan por una parte infinitesimal de lo que gana un norteamericano.

Muchos de los trabajos que se desempeñaban en las teleoperadoras de Bangalore antiguamente se habían llevado a cabo en Estados Unidos, en general por parte de los estudiantes universitarios o las amas de casa, a tiempo parcial. Era un trabajo tedioso y mal pagado.

Pero más o menos en 2001 las empresas norteamericanas, y ya eran millares tan sólo en esa ciudad, descubrieron que los jóvenes indios provistos de una licenciatura, con un buen expediente académico y un buen dominio del inglés, con buenos modales, pacientes y perseverantes, estaban dispuestos a hacer esos mismos trabajos a cambio de un salario ínfimo. La ciudad gozaba de amplio reconocimiento internacional en calidad de firme alternativa de empresa, tanto que en un episodio de *Los Simpson* emitido en abril de 2006 la ciudad de Springfield deslocalizó el funcionamiento de su central nuclear, y Homer Simpson tuvo que ir a Bangalore a encontrar trabajadores indios.

Bangalore posiblemente era entonces el centro más famoso del mundo entero por su mano de obra barata y fácil de formar. Me pregunté cuál podría ser la razón hasta el momento en que visité la ciudad y me enteré de que, cuando fui a ver algunas teleoperadoras, el nivel inicial de los empleados (la mayoría licenciados universitarios) los situaba en un salario inferior a dos mil quinientos dólares al año. La prosperidad de Bangalore depende de estas personas: de su necesidad de tener un empleo, de su alta cualificación educativa, de su pericia, de su buen talante, de su prudencia y su austeridad, de su puntualidad, de su humildad, y sobre todo de su disponibilidad para trabajar por un salario muy exiguo.

—No está permitida la entrada —dijo el guardia de seguridad en la entrada del Parque Tecnológico al conductor de mi taxi. Así pues, hice algunas indagaciones y obtuve permiso para visitar otra de las teleoperadoras, ésta en otro de los polígonos industriales llenos de sedes de grandes empresas, en Ciudad de la Electrónica Fase 2. Esta fase tan sólo tenía dos años de antigüedad, pero ya estaba llena de empresas florecientes, esto es, empresas extranjeras con mano de obra india.

Fui a la caída de la tarde, porque a esa hora los operadores estarían atendiendo llamadas de la costa oeste de Estados Unidos, en especial de California. Me condujeron por otra puerta, pasé otra valla de seguridad y entré en un edificio moderno con algunos toques de estilo indio: un altar en honor de la diosa elefanta, Ganesha, diosa de los emprendedores, y una cascada artificial de la que manaba agua sin cesar. Me dieron una chapa de identificación por motivos de seguridad cuando firmé un documento a la entrada y me guiaron por los laberínticos pasillos del edificio.

—Bangalore antes era una ciudad tranquila y soñolienta —me dijo Hardeep, el gerente del turno de noche—. Ahora se trabaja las veinticuatro horas del día. Es una ciudad cosmopolita, hay gente de todas partes. Menos del treinta por ciento de los residentes en Bangalore son de aquí, y se debe al crecimiento de la IT.

—En Bombay, los que se dedican a la IT dicen que les preocupa la competencia de China.

—Sí, los chinos intentan competir, pero tienen una mentalidad muy distinta. Pídale a un obrero chino que le apriete una tuerca y le dará tres vueltas. El indio le dará una vuelta de más.

—Procuraré tenerlo en cuenta. ¿Y qué hay del dinero?

—Los costes de nuestro negocio van en aumento, pero seguimos estando entre el cuarenta y el cincuenta por ciento por encima en la relación coste-eficacia. Ahora mismo, la industria de la IT en la India tiene un valor de dieciséis o dieciocho mil millones de dólares. En 2008 alcanzará entre sesenta y ochenta mil millones.

—No, quería decir... ¿cuánto ganan los empleados de una teleoperadora?

Hardeep vaciló, calló, murmuró. Insistiendo, descubrí la respuesta: entre cincuenta y sesenta dólares por semana, a menudo de cincuenta horas laborales, en lo cual cabría incluir un turno de noche, acabando a las tres o a las cuatro de la madrugada.

—No pensamos apenas en China. China ya desempeña un papel. Más bien pensamos en cuál pueda ser la siguiente India.

—¿Y cuál es la respuesta?

—Puede que sea Filipinas. Pero hay que tener en cuenta la inestabilidad política. Algún intento se ha hecho en África. Se sondeó la posibilidad de Ghana, pero no dio buenos resultados.

Me sentía impaciente por ver y oír a los indios atender a los clientes por teléfono. Esto es algo de lo que apenas tuve oportunidad en Bombay. Hardeep dijo que me podría enseñar las salas, pero que no estaba autorizado a divulgar los nombres de las empresas para las cuales trabajaban. Dije que de acuerdo, aunque pude reconocer algunas: grupos de banca, créditos e hipotecas, y algunas líneas aéreas.

—En esta sala se dedican al soporte técnico de... —y nombró una de las mayores aerolíneas del mundo—. Digamos que alguien está tramitando su tarjeta de embarque en cualquier parte del mundo, está facturando su equipaje, y de pronto surge un problema, lo que sea. Nos llaman y la respuesta se la da uno de estos técnicos.

—¿Puedo escuchar?

Arrimé la cabeza a los auriculares de uno de los empleados y oí una voz con acento norteamericano al otro lado, tal vez desde Los Ángeles.

—Entonces —dijo—, ¿sólo tengo que introducir ese código de diez dígitos?

El técnico que atendía era un hombre de aspecto amistoso, de unos treinta años, que estudiaba su monitor a la vez que ayudaba a la empleada de la aerolínea, que estaba en un lejanísimo aeropuerto.

—Esto es organización interna —dijo Hardeep—, no se trata de un cliente final.

—¿Y cuál es la diferencia?

—El apoyo que se presta al cliente final se basa en la voz, por lo que hace falta un determinado acento, norteamericano o británico. Uno se identifica con un país en particular. «Hola, aquí John...».

—Pero en realidad se llama Mohun, ¿no es cierto?

—Para lo que aquí se pretende, es John.

Pasamos por un pasillo a una nueva sala en la que había un centenar de cubículos, y en cada uno lo indispensable para un puesto de trabajo. En cada uno de ellos estaba sentado un joven, hombre o mujer, todos ellos indios. Parecían estudiantes que se hubieran quedado metiendo horas en la biblioteca, con la salvedad de que estaban al teléfono y en la sala vibraba el eco de sus voces. Los empleados de las teleoperadoras trabajan de acuerdo con un guion establecido de antemano, y todas las llamadas se graban de manera que se pueda revisar la efectividad de cada uno.

—La imagen de marca, desde la perspectiva del consumidor, no debe cambiar; de lo contrario, quien llama por teléfono desde Estados Unidos pensará que esa marca está quitándoles un puesto de trabajo.

Y eso era exactamente lo que estaba ocurriendo: un indio estaba ayudando a un norteamericano a resolver un problema con su ordenador, con una solicitud o con una póliza de seguros.

Fue algo que me fascinó: los indios imitaban a los norteamericanos no sólo en la manera de vestir (camisetas de manga corta, vaqueros, calzado deportivo), sino también en los muy norteamericanos trabajos que estaban desempeñando y en el marcado acento norteamericano que impostaban. Todos se hacían llamar por un nombre y un apellido que resultaran genuinamente norteamericanos.

Conocí a «Lynn Hayes», en realidad Hasina, nacida en Kerala, en la costa del Índico. Tenía veintidós años y era soltera; trabajaba desde las cinco y media de la tarde hasta las dos y media de la madrugada en la teleoperadora, la mejor franja horaria para llamar a California. Llamaba por orden de lista a los contratistas de la zona de San Francisco para tratar de cerrar con ellos un trato en nombre de una empresa aseguradora de viviendas que deseaba contar con sus propios empleados para realizar los arreglos domésticos que precisaran sus clientes.

Agucé el oído.

—¿Quién llama? —oí que le contestaban a quemarropa.

—Lynn Hayes —dijo Hasina con un acento neutro, norteamericano, pero de ninguna región en especial—. ¿Puedo hablar con el gerente?

—Ha salido.

—¿Cuándo se le puede llamar al despacho, por favor?

El acento era norteamericano, pero su cortesía no lo era.

—Ni idea —dijo la mujer al otro lado del hilo.

—¿Puedo volver a intentarlo más tarde?

—Como quiera, pero anda muy liado.

Lynn Hayes perseveró hasta saber a qué hora podía localizar al gerente de dicha constructora.

—Tenemos que contratar hasta doscientos veinticinco contratistas al mes para esta empresa —dijo Hardeep—. Tienen que tener sólidos conocimientos de fontanería, de electricidad, de construcción, etcétera. Es casi imposible encontrarlos en algunos estados. Nueva York es muy duro. Arizona es más fácil. California cuesta esfuerzo.

—¿Cómo sabe ella a quién ha de llamar?

—Compramos los números de teléfono.

Ésas eran las sondas; me las imaginé como si fuesen las sondas de Glengarry, e imaginé que todos los trabajadores que hacían llamadas en la sala encajarían en la trama de la película de David Mamet, *Glengarry Glen Ross*, la mejor película sobre las ventas por teléfono, o ventas en frío, como las llaman, y sobre los muchos rechazos que hay que aguantar. Los trabajadores de Bangalore no rivalizaban por un sobresueldo ni por un juego de cuchillos, pero cada vez que uno lograba cerrar un contrato recibía una estrella dorada que aparecía en el tablero electrónico.

—Soy David Lewis —dijo Nitish Chandra—, y hago unas ciento treinta llamadas al día. La verdad es que es duro. De cada veinte llamadas que hacemos sólo una nos permite hablar con un contratista. De cada seis, a lo sumo cerramos el trato con uno.

—Hola, soy Tina —dijo Aisha con un acento agradable, nasal—. ¿Puedo dejarle mi número? —dijo tras una breve conversación. Le dio un número correspondiente al área 212, la ciudad de Nueva York. Cuando la otra persona le devolviera la llamada desde algún punto de Estados Unidos, sería desviada a Bangalore.

Mientras iba tomando nota, alguien soltó una exclamación.

—¡Chris ya tiene otra estrella en el tablero!

«Chris Carter», que para sus familiares y amigos se llamaba Subramaniam, había trabajado en la teleoperadora durante algo más de un año, y tenía una manera de hablar grata y convincente. Y lograba hablar con un acento norteamericano un poco forzado, pero pese a todo persuasivo. Todos ellos se habían adiestrado a fondo en este aspecto de su trabajo.

—¿Cómo lo dice? ¿Ruta o gruta? —pregunté—. ¿Tejado o dejado?

Dijeron «gruta» por «rutas» y «dejado» por «tejado». Y decían también «sí-guro». Y «ri-pita». Y «musho» por «mucho», e «inoloro» por «indoloro». Tenían esa pronunciación que a mí me resulta más bien enojosa.

—Aquí Sean Harris —dijo Ramesh a la vez que golpeaba con el lápiz en su libreta—. Necesitamos un contratista en la zona de Santa Rosa. Tenemos «musho» trabajo. ¿Tiene la bondad de ponerme con el gerente?

Esto seguía en estos términos hasta las dos o las tres de la madrugada: toda la sala llamaba a bote pronto a California para hacer una misión imposible, para contratar a fontaneros dispuestos a hacer un trabajo. Eran un centenar los empleados que hacían llamadas en esa sala, un millar los empleados por la empresa, diez mil los que hacían llamadas o las recibían en Bangalore, cifra que se contaba con triplicar en pocos años.

Me fue difícil conseguir la cuantía exacta de los salarios entre los gerentes: todos ellos rehuían esa clase de preguntas, pues era un asunto que posiblemente levantaba escozores. Dos mil quinientos dólares al año fue la cuantía más baja que me dieron en el caso de los recién llegados; algunos llegaban a ganar cuatro mil. Los que estaban en el tope más alto de la escala salarial podían contar con ganar treinta mil dólares o acaso cuarenta mil, un salario altísimo en la India; eran pocos los que lo lograban. La mayoría permanecía en el escalón inferior, con una media de unos cincuenta dólares a la semana, aunque debido a la naturaleza estresante del trabajo y a los horarios, tan poco dados a socializar en el trabajo y fuera de él, era elevada la tasa de los que dejaban pronto el empleo. Algunos técnicos y expertos en apoyo de informática a los que conocí en el gimnasio de la empresa me dijeron que ganaban seis o siete mil dólares al año, y algunos programadores ganaban diez mil dólares, más que suficiente para tentarlos a seguir, aunque esa cantidad fuese poco más que el alpiste del loro para un cliente norteamericano. Nunca había escasez de solicitantes: Hardeep dijo que estaba literalmente asediado por recién licenciados de la universidad en busca de un primer empleo. Volví a detectar la paradoja: los pobres de la India eran la

riqueza del país.

Desde los tiempos de la Compañía de las Indias Orientales, en los siglos XVII y XVIII, la mano de obra india había sido permanente objeto de explotación debido a lo barata que resultaba. El trabajo de los culis fue la base sobre la que se construyó y se sostuvo el Raj británico desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, ya se tratara de cultivar algodón para la industria textil o yute para la fabricación de cordajes o té para saciar la sed imperial o (en la década de 1850) opio de la India para debilitar a China, convirtiéndola en un país de adictos y enriqueciendo de paso a los británicos. A los indios aún se les explotaba, sólo que el trabajo a resoplidos y la fuerza del músculo habían dejado de tener la menor utilidad; ahora, los trabajadores eran inteligentes, educados, sobre todo jóvenes. Una ingente mano de obra compuesta por culis más cultos que sus antecesores.

Uno de los edificios municipales más antiguos de Bangalore era Mayo Hall, una estructura de aire eclesiástico, de dos plantas, construida a finales del siglo XIX y dedicada a la memoria del cuarto virrey británico de la India, Lord Mayo. Las pompas que se gastaba Lord Mayo lo llevaron a hacer una visita ceremonial a una colonia penal que estaba en las islas Andaman, a cierta distancia de la costa este de la India, y allí encontró la muerte: lo acuchilló un convicto enloquecido. Este mismo Lord Mayo había dicho en su día que «somos caballeros británicos dedicados en cuerpo y alma a gobernar sobre una raza inferior».

Durante los días que pasé en Bangalore conocí a algunos jóvenes que habían dejado su empleo. Vidiadhar y Vincent habían sido gerentes en una de las primeras teleoperadoras, dedicada al procesamiento de créditos hipotecarios para una compañía australiana, para la cual proporcionaban servicios de atención al cliente además de vender software.

—Fue divertido al principio, pero los horarios eran terribles —dijo Vidiadhar.

—El mayor problema eran los pervertidos —dijo Vincent—. ¡Los australianos! Oían por teléfono la voz de una mujer y le decían: «Tú sal conmigo una noche de éstas y te compro todo lo que quieras vender, mona».

—Algunos decían: «¿Cómo vas vestida?».

—¡Y eso no era más que el principio! —dijo Vincent—. La cosa se podía poner muy desagradable. Prefiero no repetirlo.

—A los clientes estadounidenses les decíamos que estábamos en California —dijo Vidiadhar—. Y la central de la empresa estaba en California, así que no era del todo mentira. Si les dijésemos que estábamos en la India, cualquiera habría dicho: «¿Y cómo va a entender un indio los problemas que tengo con mi producto?».

También dijeron que habían comprado números de teléfono y perfiles de ciertos clientes, lo cual me recordó a las sondas de Glengarry.

—Teníamos sondas de todo tipo, pistas calientes, pistas frías. Por ciertas informaciones pagamos mucho dinero, pero así llegábamos a saber mucho de los clientes: edad, dirección, si habían vuelto a financiar su hipoteca, su valor crediticio, su historial financiero...

Pero el estrés pudo con ellos en pocos años, y las mujeres se negaron a aguantar groserías. Así pues, Vidiadhar y Vincent entraron en la otra zona empresarial que está en plena expansión en Bangalore: cerraban tratos en el mercado norteamericano de la ropa.

—¿Alguna marca que pueda yo reconocer?

—¿Le suenan de algo Kenneth Cole, Banana Republic y Tommy Hilfiger? —dijo Vincent.

La rutina de costumbre consistía en que una de estas empresas les diera un patrón específico. El tejido, algodón o seda, por lo general se fabricaba en la India; los botones y las cinturas se hacían en Estados Unidos. Proponían una muestra, esperaban a que se aprobase y firmaban un contrato por un determinado número de unidades.

—Banana Republic —contesté— vende unos pantalones de pijama que suelo llevar cuando voy en tren. Se atan con un cordón y tienen bolsillos. Cuestan unos cuarenta dólares.

—Los fabricamos nosotros por siete.

—Cualquier empresa textil norteamericana —dijo Vidiadhar— podría comercializar las prendas que comercializa por el cincuenta por ciento de su precio y aún obtener ganancias considerables.

Los hombres y las mujeres que cortaban y cosían estas prendas, los sastres de nivel más bajo, ganaban mil dólares al año.

—Ese polo que lleva puesto —dijo Vincent—. Me resulta conocido. Estoy seguro de que está fabricado aquí.

Encontré en Bangalore algunas pinturas sobre vidrio y tuve cierto trato con

el hombre que me las vendió, el señor V. K. Reddy, quien dijo que sólo era un simple aficionado a las antigüedades. Era reaccionario y tenía aspecto de cavernícola, opiniones dogmáticas y presunciones muy graciosas, además de lucir un bigote enorme, tan estafalario que parecía postizo, y que se retorció continuamente con un índice y un pulgar romos. Era robusto, con el ceño fruncido de un dispéptico, y sus modales, en especial su voz atronadora, eran como los de un antiguo oficial del ejército de la India. Acaso lo hubiera sido.

—¡Eso no es más que un montón de paparruchas! —dijo cuando le dije que Bangalore estaba considerada como la muestra perfecta del milagro indio.

—¿Y qué le parece que es?

—¡Esta ciudad no era nada, se lo digo yo! Unos cuantos caballeros, unas cuantas damas, todos jubilados, viviendo aquí de sus pensiones. ¡Y ahora esto! ¡Y ya va para tres años!

—El tráfico es una pesadilla —insinué.

—Usted es un ingenuo, amigo mío. ¡Es mucho peor que una pesadilla!

—Ruidoso —dije.

—¡Ruidoso no es la mejor descripción, señor! —dijo el señor V. K. Reddy, y se retorció el bigote, afinando las guías en punta—. Es un estruendo infernal.

—Pero usted tiene su tienda de antigüedades.

—Esto no es más que un hobby —se adelantó y dijo—: Se da el caso de que tengo en mi poder el rosario personal de la Madre Teresa, con una carta escrita en su inimitable caligrafía, que atestigua su autenticidad. Se lo puedo ofrecer para que lo examine. Si decidiera adquirirlo, le aseguro que no lo lamentaría.

—Debe de ser un objeto único —dije.

—¡De un interés sin parangón! —dijo sin dejar de retorcerse el bigote—. Eso, por no hablar de su valor espiritual.

Caso de que regresara yo alguna vez a Bangalore, el señor Reddy me dijo que me llevaría a comer al Bangalore Club.

—Allí podrá ver usted el antiguo Bangalore. La India de antaño.

Se refirió así al Raj, y a las gentiles y polvorientas veladas anglo-indias después de la cacería del tigre, el té de gala, los partidos de polo y las soperas dentadas y llenas a rebosar de *mulligatawny*.^[9] Sin embargo, al cabo de un día o dos, cerca de donde me encontraba, desayunando en el hotel, con una taza de café en una mano y el *Times* de la India en la otra, me enteré de que a cuatro miembros de una misma familia los había condenado a cadena perpetua

un tribunal local por permitir la práctica de la autoinmolación. Dos eran hijos de la difunta. Dicho de otro modo, habían llevado a cabo la antigua (y proscrita) costumbre del *suttee*, arrojando a su madre, de sesenta años, a la pira fúnebre de su esposo, para que se uniera a su cadáver en la incineración y la muerte. Todo el mundo hablaba de la nueva India, pero la India antigua estaba a la vuelta de la esquina.

14. El expreso de Shatabdi a Chennai

Cuanto más tiempo pasé en Bangalore, menos me gustó. Muchos de los indios a los que conocí allí pretendieron que me sintiera anonadado por los cambios, pero más que asombro o admiración sentí verdadero horror. Lo que en Bangalore se llevaba a cabo en nombre de los negocios era una práctica semejante a la de los bucaneros, sólo que los piratas llevaban traje oscuro y teléfonos móviles en vez de alfanjes.

Aquello no había evolucionado; había sufrido una cruel y tosca transformación, que no era fruto de la planificación urbanística, sino más bien el equivalente urbano de una operación de cirugía estética que hubiera salido fatal. La ciudad orgullosa, ordenada, dotada de abundante arbolado y de buena sombra, tal como era en el pasado reciente, ahora era una ciudad enorme, inacabada y deforestada, que se vencía bajo el peso de sus más que dudosas mejoras, una ciudad por la que era imposible caminar sin caer en una alcantarilla abierta o en una zanja recién excavada. La mayoría de las aceras estaban levantadas y se habían talado los árboles para ensanchar las calles. Los pasos elevados y los pasos subterráneos estaban aún en construcción, todos ellos con aspecto de deterioro y abandono, y los hombres delgados que trabajaban en ellos, que arrancaban terrones con unas palas pequeñas, hacían pensar en que aquello no se terminaría nunca.

Dentro de unos cuantos años no lo reconocerá usted, decían los constructores. Pero me pregunto si eso a la fuerza había de ser bueno. Toda la ciudad parecía asfixiada por la polvareda que flota en suspenso sobre un solar en construcción. Me di cuenta de que lo que me había gustado en Amritsar y en Jaipur era que apenas habían cambiado desde la primera vez que las visité. Habían crecido, cómo no, pero eran ciudades terminadas y habitables. Bombay y Bangalore estaban siendo al mismo tiempo destruidas y construidas, con obras por todas partes, pero la distancia que Bangalore tiene del mar y de

cualquier masa de agua le daba un aspecto más sucio, más sufrido, más angustiado. Y aún había otra cosa: muchas veces intenté pasear por Bangalore, pero el tráfico era tan terrible que rara vez logré cruzar siquiera la calle.

Una mañana a las cinco, mientras la ciudad aún dormía, y cuando sólo los autobuses de las teleoperadoras y los monos de los templos y las vacas sagradas empezaban a desperezarse, me largué en el expreso de Chennai, que echó a andar entre arrozales y palmerales hacia la costa. Era un tren rápido: un viaje de ocho horas, breve si se tiene en cuenta cómo son estos trayectos en la India, y llegué a tiempo de almorzar, aunque algo tarde, comida tamil: unos bollos al vapor que se llaman *idlies*, *masala dosa* (una especie de crêpe), un curry caldoso y una patata con especias abundantes, y coco, y requesón, servido todo ello sobre una hoja de palmera recién cortada. La ciudad que había conocido yo mucho antes con el nombre de Madrás se había cuadruplicado, pero estaba igual: los edificios coloniales comidos por el moho, los jardines tropicales, las calles con mucho tráfico y, algo más al este, la costa, una larga playa de arena fina, la brisa fresca del Índico, un gran alivio.

Había planeado, al volver sobre mis pasos, tomar un tren desde allí hasta Rameswaram, que se encuentra en la punta más al sur de la India, y allí tomar el transbordador a Sri Lanka.

—Pero hay complicaciones en Sri Lanka —me dijeron en una agencia de viajes.

—¿Qué clase de complicaciones?

—Una nueva ofensiva.

Los tamiles estaban en contra de cualquier posible desarrollo que se pudiera dar en Sri Lanka, puesto que se hallaba en juego la guerrilla independentista. Se refirió de ese modo el empleado a los Tigres Tamiles; habían atacado a unos soldados de Sri Lanka. Treinta y tres años antes, el tren que conectaba con el sur y el ferry nocturno a Sri Lanka habían sido un medio de transporte bien simple, e incluso placentero, pero ahora en Chennai no se disponía de ninguna información fiable sobre esta ruta. Era un nuevo obstáculo, como ya lo fuera el visado iraní que no pude obtener, o la guerra (y los secuestros y asesinatos de viajeros occidentales) en Afganistán y la xenofobia en Pakistán. Intentaba seguir mis propias huellas, pero de vez en cuanto tuve que tomar algún desvío.

El Chennai que había conocido yo, cuando era una ciudad en torno a los dos

millones de habitantes, era ahora una extensión habitada por once millones de personas. Como en Chennai había pocos edificios altos, había tenido que crecer extendiéndose y engullendo las aldeas de los alrededores, devorando arrozales y trigales, llenándolos de personas y de vehículos y de casas edificadas con demasiadas prisas. Tiempo atrás había visitado un pueblo cercano, Tambaram, que se hallaba lejos del límite sur de la ciudad. Boscoso, con árboles altos y palmerales y jardines, una estación de ferrocarril y un pequeño colegio universitario, Tambaram era ahora un recinto atestado, urbanizado, perteneciente a Chennai, con un ambiente rural arruinado, alterado del todo. Era extraño: así como las ciudades de la India experimentaron un cambio de nombre, y Bombay pasó a ser Mumbai, y Madrás pasó a ser Chennai, también parecía que hubiese cambiado su carácter, como si ya no tuvieran que vivir a la altura de la gentil imagen que tuvieron antaño y pudieran resultar de pronto pesadillescas, pero de un modo novedoso.

—¿Adónde va, señor? —dijo el portero de mi hotel.

—A dar un paseo.

—Hágalo en coche, señor —dijo, y llamó un taxi.

—No se moleste.

—¡No se puede ir a pie, señor!

Mi hotel estaba cerca de Mount Road. Mi intención era caminar con rumbo al oeste, llegar tal vez al monte de Santo Tomás, un rasgo del paisaje que menciona Marco Polo, en el cual (según se cuenta) el apóstol que dudó de Cristo fue martirizado por un brahmin que esgrimía una lanza. Tanto la lanza en cuestión como los restos del santo se conservan a modo de reliquia en la Catedral de Santo Tomé. También tenía ganas de pasear por Beach Road y ver qué efectos eran aún visibles del tsunami que azotó la costa dos años antes.

—Voy a pie —dije, y seguí mi camino.

La carretera principal, con sus emporios y bazares, estaba a pocos minutos de distancia. Llegué hasta ella y comencé a negociar el camino, pero los empujones y los codazos de los peatones y el pésimo estado de las aceras me obligaron a caminar por la cuneta. A duras penas y dando tumbos iba entre la cuneta y el bordillo, sufriendo los golpes de los *rickshaws* y sobresaltado por los bocinazos de los coches. Así seguí por espacio de cien metros, con un aborrecimiento creciente, con una frustración cada vez mayor, abrumado por el ingente número de personas, por los empujones con que me apartaban del medio. Era yo de mayor envergadura que todos aquellos dravídicos

patizambos, pero a duras penas conseguí mantener el equilibrio a la vez que avanzaba.

Siempre me ha gustado considerarme imperturbable, pero ese sencillo recorrido me dio que pensar: el calor reinante, la muchedumbre, el humo pestilente de los coches, el hecho de que en realidad apenas había avanzado nada en lo que había previsto que fuera un sencillo paseo por Mount Road, un camino que recordaba bien. No es que buscara el placer en el viaje, y contaba de hecho con las molestias y los retrasos, pero aquello fue otra cosa, aquello fue un esfuerzo sin sentido ni compensación, una de esas tareas de las que nadie en su sano juicio tiene ganas de saber nada. Sólo gracias a la natural cortesía, al buen natural y a la cordialidad de los tameses salí ileso sin ser pisoteado, y esto fue todo un descubrimiento. La superpoblación es tolerable gracias a la cortesía. Ahora bien: por más que me empeñase en ir a pie, no iba a llegar a ninguna parte, no iba a ver nada, a lo sumo conseguiría protegerme con dificultad.

—¿Lo ve, señor? —dijo el portero, que vino a recibirme en cuanto me vio regresar de pronto—. Ya le dije que es difícil.

Difícil no es la palabra que hubiera aplicado yo a las atestadas calles de Chennai. Más bien era otra cosa: un horror imposible de soportar, un horror en estado puro, *cauchemardesque*. Me habían puesto nerviosísimo.

—No se puede ir a pie. Tome un taxi, señor.

Así pues, tomé un taxi hasta Beach Road, y por el camino reflexioné acerca de la vida que lleva el expatriado norteamericano en la India: las tareas múltiples del hombre de negocios o del abogado con su chófer, con su despacho y el aire acondicionado, con sus secretarias; la India es el país del séquito, de los acompañantes, los criados, los valets de cámara, los porteros, los camareros y los lacayos. El cónyuge de semejante expatriado del mismo modo se eleva, se transforma, deja de ser un alma sencilla, seguramente semianalfabeta, a la que le costaría esfuerzo poner a la India en el mapa, y asciende a la condición de *memsahib*, con lo que adquiere el estatus de una importante dama en sociedad, con su cocinera, limpiadora, *chowkidar*, *dhobi* o lavandera, y si tiene un jardín en su domicilio a la fuerza contará con dos jardineros a su servicio.

Es característico que esta pareja de expatriados tenga unos intereses bastante reducidos; no saben nada de la historia de la India, no hablan hindi. Sus hijos seguramente estudian en un colegio privado y exclusivo, al servicio

de los hijos de los indios más adinerados y de los diplomáticos, en cuyo caso el marido tomará parte en el consejo escolar y la mujer se dedicará a diversas actividades con el resto de las madres. Tal vez hablen entre sí de lo duro que es vivir en la India, pero es que la India les ha permitido paladear el sabor del poder, del poder de la riqueza y, de manera más cautivadora, del poder que se siente sobre los criados, con una vida regalada, que seguramente no tiene igual en el mundo entero. En el Bombay de 1860, un bostoniano que estuvo de visita, Richard Henry Dana, dejó por escrito en su diario la sorpresa que le causó la cantidad de siervos que había en los domicilios de los ingleses (visitó un hogar modesto en el que había diecisiete lacayos) y el asombro que tuvo al conocer sus ínfimos salarios. «La paga es muy escasa y los criados han de buscarse la comida, el alojamiento, la ropa.» No ha cambiado nada.

Aunque a veces la India parezca un cúmulo de inconveniencias y engorrosas situaciones para los expatriados, sigue siendo preferible a volver a sus lugares de origen, donde tendrían que conducir ellos el coche, prepararse ellos la comida, lavar los platos y encargarse de la colada. El papel que tiene la *burra memsahib* (la gran señora), las corruptelas en la búsqueda de mano de obra barata, la desocupación y la complacencia de esa clase de vida, los clubs y las fiestas privadas, todo esto ya se describió con satírico detalle hace tiempo, ya se tildó de naufragio del Raj británico, en las prosas de Kipling, Orwell y otros aguafiestas. En cambio, en este otro Raj que impulsa la alta tecnología, habían vuelto los sahibs; estaban en Delhi, en Bombay, en Bangalore, en Chennai y en muchos otros sitios. La mayoría eran indios que se habían enseñoreado de la mano de obra barata; algunos eran europeos, también había norteamericanos.

Las contrapartidas de todos ellos en el antiguo Raj no iban a pie a ninguna parte; estas gentes tampoco salían caminando a la calle. Y de pronto me vi convertido en uno de ellos, sentado en el asiento de un taxi con el fin de evitar el molesto contacto con el gentío. No me gustó nada en absoluto. No vi con buenos ojos lo que estaba haciendo.

Llegué a la playa: muy calurosa, muy sucia, como la ancha llanura que precede a la orilla del mar en Santa Mónica, sólo que en ésta se amontonaban las barcas que habían naufragado, los pescadores acuclillados ante ellas, liados con las redes en la línea que demarcaba la marea alta. Me costó imaginar una vida peor que la de un pescador en la playa de Madrás. Desplazados tras el tsunami, vivían en casamatas improvisadas —había

millares— con láminas de plástico que tableteaban con el viento, apoyadas por marcos a duras penas hechos con los maderos que arrojaba el mar a la playa, dos años después del seísmo. Muchos perecieron ahogados. Las lonas plastificadas de color azul llevaban el sello de los servicios de urgencia. Había hombres metidos hasta la rodilla en el mar, lanzando las redes; las mujeres vendían el pescado junto a la carretera; los niños jugaban al cricket con bates y cestas hechos con los restos de tantos naufragios.

No había sombra por ninguna parte. A pleno sol, la temperatura debía de rondar los 40° C. Y al mes siguiente el calor aumentaría bastante.

Hablé con varias personas que tenían memoria del tsunami.

—Agua alta hasta bien adentro, hasta St. Merv —dijo un anciano, y señaló a unos quinientos metros hacia el interior, bien pasado Beach Road.

—Y las barcas igual. Dañadas del todo —añadió su hijo.

Eran unas barcas de unos siete metros de eslora, sencillas, elementales, altas de proa, que la ola elevó como si fueran plumas y depositó lanzándolas al césped del colegio universitario de St. Merv.

—Amo —dijo un hombre que me tiró del brazo—. Ayúdenos.

—¿Quiere dinero?

—No, dinero no. Ayúdenos a tirar de la barca.

Los sorprendí al agarrar uno de los cabos, y se rieron cuando me sumé a ellos para empujar una de las barcas por la arena de la playa, hasta sacarla fuera del alcance de la marea alta.

Era una de las cinco barcas que se llamaban *Acts of Mercy*. Otras llevaban por nombre *SOS Aldeas Infantiles*. Los nombres eran reflejo de las ONG que las habían donado después del desastre.

Me quedé por allí un buen rato, para verlos descargar las capturas de aquella mañana: entre tres o cuatro barcas de pesca habían traído unos veinticinco kilos de unos pescados pequeños, alargados, una especie de sardinas algo mayores de lo habitual. Unos niños delgaduchos se me acercaron y me suplicaron indicando por gestos que tenían hambre, señalándose la boca, frotándose la barriga, y también algunos hombres pidieron dádivas a los pescadores.

—Yo les compro el pescado —dije. Mi intención era darles el dinero que valiese la captura del día y luego devolverles el pescado—. ¿Cuánto cuesta todo esto?

—No. Los compradores están allí —dijo el anciano.

—Dinero, dinero —dijeron los jóvenes.

Me eché atrás. No quise enseñarles ningún dinero.

—Ustedes tienen el pescado. El pescado es dinero.

—El pescado es poco dinero.

Seguramente era cierto.

—Ven conmigo —dije a uno de los niños, que me siguió a Beach Road. Le di unas cuantas rupias, un gesto bien simple para escapar de aquel gentío, de aquella veintena de hombres hambrientos y semidesnudos, empedañosos, sarmentosos, sobre la arena blanca y caliente.

Recorrí a pie la carretera abrasada, junto a la playa, y al cabo de un kilómetro y medio reconocí un extraño edificio cilíndrico que había visto en mi primer viaje, y que aparecía en una acuarela que había comprado. El estilo del cuadro, en lo artístico, no tenía mayores méritos; lo había comprado en Londres por casi nada, pero representaba una de las estructuras más insólitas de esta ciudad. Se titulaba *La Casa del Hielo, en Madrás*. Sabía muy poca cosa del edificio, además de que se había construido para almacenar el hielo que se mandaba por barco desde Nueva Inglaterra.

El edificio, con una torre única, como la de un castillo, lo vi por vez primera cuando se encontraba muy deteriorado, una ruina mal pintada de verde, desconchada, pero se había remozado y lo habían vuelto a pintar. Con sus amplios porches, sus ventanas en forma de arco, y con una fachada luminosa, de color crema, resultaba vistoso y estaba como nuevo, protegido por una tapia que lo circundaba. Alrededor crecía un jardín lleno de buganvillas, y en la entrada había una estatua adornada con flores abundantes. La placa, a un lado, decía *Vivekanandar Illam*.

Desde que tuve en mi poder una antigua imagen de esa no menos antigua «casa del hielo», el edificio me había intrigado a lo largo de treinta años. Ahora estaba abierto al público, era uno de los atractivos de Chennai, y desplegaba su historia en una serie de salas recién pintadas. Pagué el billete de entrada y fui a echar un vistazo. Se explicaba en parte su pasado, y el resto lo deduje. Lo había construido en 1842 Frederic Tudor, «el rey del hielo», un comerciante de Boston. Tudor llevó el primer cargamento de hielo de Massachusetts a Madrás en 1833 a bordo del clíper *Tuscany*, y después construyó esa torre de almacenamiento. Al principio, el hielo de Tudor procedía de las lagunas de los alrededores de Boston, en las que había patinado yo en invierno cuando era niño.

Desde su cabaña en el bosque, Henry David Thoreau había observado a los empleados de la Tudor Ice Company cortar los bloques de hielo de Walden Pond en el invierno de 1846-1847. Impresionado, Thoreau escribió en su diario, así como en el capítulo de *Walden* que se titula «Laguna en invierno», calculando que en un buen día los cortadores de hielo podrían llegar a extraer «mil toneladas» en grandes trozos. Al enterarse de que ese hielo se iba a mandar por barco a la India, Thoreau tuvo un arranque de lirismo en su diario: «Así, parece ser que los habitantes de... Madrás y Bombay y Calcuta, que tantos calores pasan, beben de mi pozo; el agua pura de Walden se mezcla con el agua sagrada del Ganges».

Tudor siguió transportando hielo a la India durante los treinta años siguientes, hasta que murió en 1864. Más adelante (según uno de los paneles informativos de la Casa del Hielo), «la invención del “proceso al vapor” para fabricar el hielo arruinó el negocio [del hielo importado]». La Casa del Hielo de Madrás dejó de servir para nada, y en la década de 1890 pasó a manos de un negociante indio, que amplió el edificio y lo denominó Castillo de Kernan.

Cuando el swami Vivekananda visitó Madrás en febrero de 1897, aquella estructura caprichosa, cilíndrica, extraña, se consideró idónea para acoger su sagrada presencia. El swami se alojó en el edificio, «impartió siete charlas electrizantes», y se le pidió que lo consagrara para que fuera un centro de espiritualidad. Se mostró de acuerdo y pocos meses después envió a su discípulo, el swami Ramakrishna, para que difundiera su palabra. Ramakrishna llevó allí una vida de gurú, meditando y predicando la renovación espiritual.

Un día de 1902, mientras oraba en la Casa del Hielo, el swami Ramakrishna oyó «una voz incorpórea, pero familiar, que declaró “Oh, Sasi [Swami R.], he escupido el cuerpo», y poco después Ramakrishna recibió la noticia de que Vivekananda había fallecido.

Con el paso del tiempo, la Casa del Hielo la adquirió el gobierno de la India. Primero fue un Hostal para Viudas de los Brahmanes, luego un hostel para maestros de primaria, y después se dejó que cayera en la ruina. Cuando lo vi en 1973 era un edificio deteriorado, en efecto. Ahora se había convertido en centro de espiritualidad y en museo en el que se exponía de forma permanente la vida y la obra del swami Vivekananda, además de ser una curiosidad arquitectónica y parte de la «herencia cultural» de la India, según se decía en un cartel, aunque también era, a su manera, una aportación

permanente al perfil que traza Chennai en el cielo, donada por un emprendedor de Nueva Inglaterra.

Este pequeño descubrimiento, con toda su historia, me puso de mejor ánimo, aunque nada más salir de la Casa del Hielo y encaminarme hacia el sur por Marina Beach, rumbo a Mylapore y a sus iglesias, me siguió un tropel de niños harapientos que me pidieron limosna, comida, lo que fuera, y para cuando pude dejarlos atrás estaba de nuevo inmerso en el gentío y en el tráfico.

En mi hotel de Bangalore había encontrado un ejemplar de *El guardián de los sueños*, de Margaret Salinger, libro en el que recoge sus recuerdos de infancia en la casa de J. D. Salinger, su padre. Era una crónica muy humana y perspicaz de un hombre sumamente inestable, cuyos cambios de ánimo dominaron a toda su familia. No era el adorable, el vulnerable Holden Caulfield, sino un individuo paranoico y convencido de su tremenda importancia, con una fácil propensión a contrariarse. Margaret describe de manera convincente a la familia Salinger, en la que se había instaurado un culto a J. D., el cual aparece con los severos atributos del dirigente de dicho culto.

En el transcurso del libro, Margaret comenta el interés de su padre por el yoga raj y por la figura de Sri Ramakrishna, que fue el gurú de Vivekananda. Cita este pasaje de *El evangelio de Ramakrishna*:

Un hombre puede vivir en una cueva en las montañas, embadurnarse el cuerpo de cenizas, cumplir ayunos, practicar una austera disciplina, que si en su ánimo sigue pendiente de los objetos de este mundo, de «las mujeres y el oro», por ejemplo, ¡más le valdría avergonzarse! Las mujeres y el oro son los más temibles enemigos de quien aspire al esclarecimiento, y las mujeres lo son más que el oro, por ser la mujer la que genera la necesidad de tener oro. Por la mujer, el hombre se convierte en esclavo de otro y pierde su libertad. No puede entonces actuar como desea.

«Lo único que valía la pena leer», ése era el juicio que hizo J. D. Salinger sobre este pomposo y misógino pasaje. El swami Vivekananda era harina de otro costal. Lo elogia Seymour Glass en uno de los cuentos de Salinger, el titulado «Hapworth 16, 1924». Uno de los escritos que encontré en la Casa del Hielo acaso explique por qué. Dijo el swami que «cada alma es potencialmente divina. El objetivo consiste en manifestar esta divinidad

interior por medio del control de la naturaleza, tanto externa como interna. Esto se hace por medio del trabajo, la adoración o el control psíquico o la filosofía, por uno o por varios de estos medios. En esto consiste en su totalidad la religión. Las doctrinas o los dogmas o los rituales o los libros o los templos no son sino detalles secundarios».

Seguí preguntándome si no podría tal vez tomar el transbordador a Sri Lanka. A menudo, hasta el momento mismo de emprender viaje no dispuse de información fidedigna. En Chennai era fácil informarse sobre los vuelos a Nueva York, pero era imposible que nadie respondiera con claridad a una pregunta sobre los transbordadores que salían de Rameswaram, a no demasiada distancia.

Chennai formaba parte de la lista en la que se enumeran las ciudades que funcionan como motores económicos de la nueva India. Las empresas extranjeras se han localizado allí para mejorar sus márgenes de beneficios, para fabricar ropa y productos de electrónica, para responder a consultas por teléfono, para deslocalizar la producción intensiva. Sin embargo, estando en Chennai sólo pude confirmar lo que había sentido en Bangalore, y es que la nueva India crecía sobre la espalda de los trabajadores mal pagados, pese a tener buena formación. Sí, eso era preferible a que muriesen de inanición, y no pude por menos que admirar su ética del trabajo. Pero ya había visto más que suficiente; fue otra transformación chocante e inacabada, y detesté tener que aguantar las pugnas continuas y los roces no consensuados en medio de aquella extensión hedionda y poblada por once millones de personas, sin que importase lo muy miradas que fueran todas ellas en el trato.

Lo más hermoso del tedio o la irritación en una ciudad de la India era que no resultaban difíciles de aliviar, pues bastaba con tomar un tren. Fui a la estación de Egmore y compré un billete para el tren de la mañana siguiente a Tiruchirappalli, o «Trichy», que es como la llaman casi todos los tamiles. Era un trayecto de menos de seis horas, con cocoteros y arrozales a lo largo de todo el camino. El hombre que ocupaba el asiento de al lado se presentó diciendo que era Sathymurthy. Era tamil. Le pregunté si sabía algo del transbordador a Sri Lanka.

—A pesar de la crisis en que nos encontramos inmersos —empezó a decir, y siguió y siguió de manera incontenible, y de pronto, en medio de las

melifluas generalidades que había terminado yo por relacionar con los indios cuando no tienen ni idea de lo que están diciendo, me describió la situación en el sur. No tardé en quedarme dormido. Cuando desperté, se había marchado. El tren entraba en Tiruchirappalli.

Trichy fue todo cuanto había esperado que fuera: pequeña, polvorienta, llena de *rickshaws*, elevada sobre los alrededores de un roquedo considerable, con un templo en la cima, y algo más allá un templo más antiguo, parcialmente pintado, cuyo terreno abarcaba muchas hectáreas. Sumado a esto lo barata que era la comida y el zumo de frutas, la población reducida, sin tráfico apenas, era el tipo de localidad campestre que apenas había cambiado en treinta, acaso en cien años. Nada de deslocalizaciones allí, nada de chácharas sobre la nueva India, nada de arribistas, de técnicos, de parques tecnológicos, de teleoperadoras, y el mejor hotel de la ciudad era muy barato.

Visité los templos, para lo cual me tomé mi tiempo —hacia 38° C a la sombra— e intenté hacer planes para seguir rumbo al sur. Rameswaram quedaba a medio día de camino.

—No hay ferry —me dijo el señor Sundrum, un escritor al que conocí en Trichy, y que había estado hacía poco en Rameswaram. Más generalizaciones melifluas—. Se han recrudecido los combates.

En aquellos momentos no lo sabía yo, pero esos combates eran tan sólo el inicio de una gran ofensiva que había comenzado en el norte de Sri Lanka el grupo que se hacía llamar Tigres de la Liberación del Eelam Tamil. Cuando terminase, habrían perdido la vida más de cuatro mil personas.

—Hay barcos a Sri Lanka —dijo Sundrum—. Pero son de los Tigres. Tienen su propio sistema de transporte. Lo podrían llevar.

Pero para eso tendría que encontrar en la oficina de inmigración de Rameswaram a alguien que se prestara a un soborno y me pusiera un sello de salida en el pasaporte. Y luego cruzar el estrecho de Palk, que estaba fuertemente vigilado por las patrullas debido a los recientes atentados. Por otra parte, estaría a salvo en el territorio ocupado por los tamiles, pero para entrar en territorio de Sri Lanka (yendo con sumo cuidado por los campos de minas), tendría que localizar a un funcionario de inmigración de Sri Lanka y sobornarlo para que me sellara el pasaporte, porque de ese modo habría entrado de manera ilegal en el país. Supuse que la travesía iba a resultar realmente complicada, pero el peligro de muerte era otra cosa bien distinta.

—Antes las cosas no eran así —dije.

—Hay combates ahora —dijo Sundrum—. ¿Por qué no viaja a Chennai y echa un vistazo a las teleoperadoras y al nuevo desarrollo en la IT? Trichy no es nada. Chennai es una ciudad puntera.

—Eso ya lo he hecho. Lo que quiero es tomar el transbordador.

Sundrum estaba orgulloso de que los Tigres tuvieran el control del estrecho de Palk, de que tuvieran un rudimentario servicio de ferry. En el fondo de su corazón, todos los tamiles a los que conocí deseaban que los Tigres triunfasen, aun cuando fueran una banda de asesinos que habían matado con una bomba a un primer ministro de la India y a muchos ciudadanos de Sri Lanka, además de provocar el desplazamiento forzoso de decenas de miles de personas, tamiles y singaleses por igual, violar los acuerdos de paz y armar un auténtico infierno en la isla.

Por el momento resolví quedarme en Trichy, poner mis notas al día, visitar los templos. Me agradó recorrer a pie la localidad, que no era muy populosa aunque abarcaba una extensión notable en ambas orillas del río Cauvery, ancho y seco del todo por estar en la estación en que no llovía. Y a pesar del calor disfruté casi en todo momento siendo un peatón más.

Los templos atraen a los mendigos. Lo había comprobado en mi primer día en la India, en Amritsar, con los fieles que pululaban por el Templo Dorado. Pero esto ya había sido así desde Turquía: donde hubiera una mezquita había mendigos; se amontonaban en torno a las iglesias, hacían cola en los templos. Los había vuelto a ver en Tbilisi, en Ashgabat, en Bujara y en Tashkent. Eran un rasgo característico en los templos de la India, los mendigos ansiosos por recibir unas rupias, unas veces entre gemidos, otras con exigencias e imperativos; allí donde fui se me arrojaron a los pies o me tiraron de la manga. Por norma general terminaba dándoles algo. Los indios son gente que hace donaciones por instinto, en especial los peregrinos y los penitentes, que con esas limosnas se construyen un buen karma.

Debido a la existencia en Trichy de templos abundantes, antiguos y bien conservados, muchos peregrinos visitaban la ciudad, por lo que eran numerosos los mendigos. Los pobres y sus súplicas forman parte de cualquier paisaje en la India: los tullidos y los lisiados, los ciegos, los mutilados, con la palma de la mano extendida, con un cuenco para recibir limosna, a veces con un niño inválido o babeante, un bebé de cara cenicienta y picado por la viruela.

No endurecí mi corazón ante ellos. Les di unas rupias y seguí mi camino, sin

dejar de intrigarme por el llamado milagro de la India.

Un chico sonriente, con un uniforme de colegial, se me acercó una vez.

—Buenas tardes, señor. ¿De dónde viene?

Se lo dije, y le elogí por lo bien que hablaba inglés.

—Hablo inglés bien porque estudio en el colegio —dijo.

Era un chico robusto, de unos doce o trece años, con un uniforme impecable, aunque no llevaba zapatos. Le pregunté cómo se llamaba.

—Me llamo Murugam. Soy de la India.

Le di las gracias y seguí mi camino hacia la entrada del templo.

—Deme diez rupias —dijo.

—Hoy no.

—Cómprame una Coca-Cola.

—Lo siento, pero no.

—De acuerdo, deme cinco rupias.

—Dime por qué.

—Soy de una familia muy numerosa. Deme una rupia, deme algo. Deme su bolígrafo.

Lo dijo porque yo estaba tomando nota en mi cuaderno: «Chico. Uniforme. Murugam».

Cuando me alejé, se puso a mascullar maldiciones contra mí, y terminó por insultarme a gritos cuando vio que daba algo de dinero a una mujer impedida que estaba hecha un guiñapo con la mano extendida.

Los mendigos los consideraba parte integral de la vida en la India. ¿Cómo van a existir mil trescientos millones de habitantes en un país sin que haya mendigos? Formaban parte de los templos, del paisaje; ni siquiera eran la peor parte de todo. Pero me dejaban hecho polvo. Se podría vivir mucho tiempo en la India siempre y cuando uno se quedara en su casa dando órdenes a la servidumbre, pero yo estuve en la calle la mayor parte del tiempo, por lo común en mi papel de peatón, y eran muchas las gentes que andaban por las calles.

Se me empezaba a agotar el tiempo: tenía que ir a Sri Lanka. Reconocí que estaba harto, asustado incluso, y que necesitaba un alivio.

Un día vi una fruta redonda, podrida, a la vera de un camino. Estaba repleta de insectos, bullían dentro las hormigas de gran tamaño, que la ennegrecían del todo. ¿Era un coco o era un durio? Al margen de lo que fuera, representaba todo un pequeño mundo de hambre que habían oscurecido los que lo

devoraban.

Por fin me fui de Trichy y de la India. Si me marché no fue por la pobreza, aunque fuese un rasgo patético y omnipresente. No fue por la suciedad, aunque a veces me diera la impresión de que en la India no había nada realmente limpio. No fue por el panteón de dioses grotescos, unos como simios, otros como elefantes, otros con calaveras por ornamentos, unos en posición de reposo bajo la protección de una cobra erguida, terroríficos o benignos para los creyentes que les rendían culto propiciatorio inundándolos de flores. No fue por la incineración de las viudas todavía en vida ni por los matrimonios concertados con niños de corta edad ni por la muchedumbre de tullidos, tuertos, mancos, por los silenciosos que apenas levantaban la mirada del suelo. La experiencia de la India es como ingresar en uno de los cuadros de El Bosco, internarse entre los deformes, los que tienen cara de pez, los que van a rastras, los que lo tocan todo, los picudos, los escamosos, los que se desgañitan, los que no tienen brazos, los que tienen unidos los dedos de los pies. No fue tampoco por el calor, aunque todos los días, en el sur, rondaba los 40° C. No fue por la jactancia de los indios sobre su boom económico, ni por sus socios extranjeros que joden a conciencia a los pobres y pagan pésimos salarios con tal de sacar tajada. No fue por las carreteras, aunque las carreteras eran un asco, e incluso imposibles de transitar muchas veces. No fue por el miedo a contraer una enfermedad ni por el asco que me produjeron los más obscenamente adinerados, aunque ver a los millonarios en la India puede ser mucho más descorazonador que ver al más desdichado de los mendigos.

No fue por nada de eso. Todo eso se puede racionalizar.

Lo que me terminó de decidir a marchar fue algo mucho más sencillo, pero mucho más amplio a la vez, y más ineludible. Fue lisa y llanamente la masificación del género humano, las ciudades espantosamente atestadas de gente, la colosal aglomeración de codazos, de indios que se hacen sitio unos a otros, los más de mil millones, el hecho de verlos, la percepción de su desesperación y su hambre, y el tener que competir con ellos por un sitio en las aceras, en la calle, en donde fuera. Por lo que había oído en el tren de Amritsar: «Somos demasiados. Demasiados». Y todos ellos necesitados de espacio, lo cual convierte gran parte de la vida en una monotonía de roces y frotamientos. En la India, la vida es una experiencia inagotable de frotamientos no consentidos.

Y no porque fuese la India —los indios tienen buen humor y son cordiales y corteses en su mayoría—, sino porque así era el mundo. La población de Estados Unidos se había duplicado a lo largo de mi vida, y el mundo antiguo y sencillo que había conocido yo de chico ya no existía. La India me recordó qué era lo que nos está esperando a todos, fue una manera de entrever el futuro. Se gastaban miles de millones de dólares en mantener a la gente con respiración, en curar enfermedades, en extender la duración de la vida de los hombres, pero no se hacía nada para aliviar al planeta de la carga de la superpoblación, de los miles de millones de seres humanos en competencia unos con otros, como las hormigas en aquella fruta podrida.

No había tenido esas sensaciones en la India cuando estuve allí hace tantos años, pero es que entonces era más joven. Tomé un avión, un corto vuelo sobre el estrecho de Palk para llegar a Sri Lanka, un mundo distinto.

15. La línea costera a Galle y Hambantota

Llegué a Colombo el día de mi cumpleaños. La bella señorita que me atendió en la recepción del hotel con un sari carmesí no sé cómo estaba al corriente.

—Feliz cumpleaños, señor —me dijo—. Por favor, no deje de avisarnos si desea que vengamos a cantarle.

Ese uso de la primera persona del plural le dio un aire más casto o más picante a su ofrecimiento.

Para dotar de sentido especial al día salí a dar un paseo, maravillándome de lo escasa que era la población de la ciudad por comparación con las que acababa de dejar atrás en la India. La población total de la República de Sri Lanka era semejante a la población de la ciudad de Bombay: veinte millones de habitantes. Y los plácidos singaleses, tan amigos de dejarlo todo para mañana, fueron buen recordatorio de lo frenéticos y locuaces que me habían resultado los indios, siempre enojados, o con ánimo de polemizar, o parlanchines. Encontré una barbería y pedí que me cortasen el pelo al uno, aunque terminé con un corte de pelo al estilo de un infante de marina. Luego me hice fotografiar con un fotógrafo que tenía el chiringuito en la acera. Compré un cuaderno singalés. El taxista que me llevó de vuelta al hotel me preguntó si tenía el deseo de ver algo especial, y cuando le pregunté qué quería decir con eso, me miró y sonrió con todos los dientes y dijo «Mujés». Le dije con mojigatería que no. Pero la palabra se me quedó grabada en la cabeza. Me acordé de que Colombo era una ciudad con fama por su vida disoluta. Tal vez más adelante pudiera encontrar a otro taxista y permitirme un poco de depravación a modo de regalo de cumpleaños entre voluptuosas singalesas y lotófagos.

Por considerar de buen augurio que fuera mi cumpleaños, y cuando aún lucía el sol, me senté en el jardín del hotel, a la sombra de una pérgola de

árboles fragantes, abrí el nuevo cuaderno y di comienzo a un relato, «El dios elefante»: algo para entretener las veladas a lo largo del resto del viaje, algo con lo cual dar rienda suelta a los sentimientos en torno a la India. Se hizo de noche cuando estaba escribiendo. En el jardín no había nadie, en el hotel no había nadie; nadie tenía ganas de ir a Sri Lanka en aquellos tiempos. La ofensiva de los Tigres Tameses había saltado a los titulares: el día anterior había estallado una mina en Trincomalee, a resultas de lo cual perdieron la vida siete personas, y hubo tiroteos en el norte, con cuatro muertos por resultado, y se contaba con la llegada de terroristas suicidas a Colombo en cualquier momento.

Ya en mi habitación vi una tarta pequeña, una botella de vino y una tarjeta de felicitación en la mesita del café. Descorché la botella y me serví una copa. Me senté a beberla despacio. El aire no se movía en la habitación, calurosa y casi del todo oscurecida. El vino era como la tinta de color púrpura. Bebí un poco más y pensé: depravación. ¿Quién sabe? ¡Es mi cumpleaños!

Me comí un pedazo de tarta y a punto estaba de servirme una tercera copa de vino cuando se me encogió el cuero cabelludo y noté que me ardía el cráneo. La primera copa me había producido un terrible dolor de cabeza. Me quedé dormido en el sofá; me despertaron mis ronquidos a medianoche, y seguí roncando y babeando; me quité la ropa de cualquier manera y me metí en la cama. A la mañana siguiente desperté siendo un año más viejo y me fui en busca de los billetes del tren.

En mi viaje de *El gran bazar del ferrocarril* quise hacerle una visita al extranjero residente en Sri Lanka más célebre de todos, Arthur C. Clarke, que se había ido a vivir allí en 1956. En aquel viaje, debido a la fama internacional que había cosechado con *2001* y a las muchas exigencias que recibía para atender a toda suerte de periodistas, no lo conseguí. Otra lección en el Tao del Viaje es ésta: aguarda el tiempo suficiente y todo será posible. Esta vez tenía un plan. Le envié un mensaje por medio de un común amigo y confié en que la respuesta fuese favorable.

Entretanto, me dirigí a la principal estación de ferrocarril a comprar un billete a Galle, que se encuentra más al sur, bajando por la costa que arrasó el tsunami.

—No se admiten reservas por adelantado —me dijo el funcionario a través de los barrotes de la ventanilla, tras los cuales parecía enjaulado.

—¿Cómo consigo un billete?

- Viniendo antes de que salga el tren.
—¿Es posible reservar asiento?
—No. Vale con empujar y hacerse un hueco.
—¿Cuánto cuesta un billete a Galle?
Puso cara rara.
—Ciento y pico por cualquier billete.
Un dólar por ir en tren a donde fuese.

Al día siguiente, recibí un mensaje: Sir Arthur estaba dispuesto a recibirme. Su secretaria me dijo que no estaba del todo bien, que aún no se había recuperado de lo que la secretaria denominó «síndrome post-polio», pero que podía acercarme a visitarle al día siguiente. Esto me obligó a pasar otro día en Colombo sin nada que hacer. Estaba ansioso por conocerle. Sir Arthur aparece en toda clase de contextos: en la ciencia ficción y en la ciencia real, en las revistas de usar y tirar y en las publicaciones científicas, en el campo de la astronomía y en la astrofísica, en las supercherías paranormales, en los primeros satélites, en un escándalo por pedofilia (en cual quedó sentenciado que había sido objeto de difamación), en la carrera espacial, cuando se habla de Stanley Kubrick, de los famosos en general, o cuando se le toma como reclamo de la cultura de Sri Lanka, como un pionero de la ecología, como cineasta que ha hecho documentales, como sabio infalible en la televisión. Era tan amigo de las peroratas como de los pronósticos, y había sido un prolífico escritor. Llevaba tanto tiempo en el candelero que muchas personas (incluidas algunas que conocí en Sri Lanka) se extrañaban de que siguiera vivo. Pero lo estaba, próximo a cumplir los ochenta y nueve años.

La guerra separatista de los Tigres Tamiles había logrado el extraño efecto de convertir Colombo en un lugar muy apacible, con pocos visitantes, sin turistas. Ni siquiera abundaban los nativos de Sri Lanka por las aceras, salvo en el bazar cercano a la principal estación de ferrocarril. La política consistente en fomentar el «uso exclusivo del singalés» se había hecho fuerte en las escuelas por intervención del gobierno ya en los años setenta, con lo cual muy pocos singaleses hablaban inglés, y justo por esta razón era imposible que los contratasen las empresas extranjeras que acudían a Sri Lanka en busca de mano de obra barata para la industria de la tecnología de la información. (Una vez, en los noventa, tres mil nativos de Sri Lanka con estudios superiores se presentaron a candidatos para trabajar en diversas teleoperadoras; menos de un centenar hablaba inglés.)

Rechazados por las empresas de alta tecnología, fueron en cambio contratados para que hicieran polos, camisetas, vaqueros y deportivas en los talleres de corte y confección de Sri Lanka. La economía del país estaba al borde del desastre, la guerra volvía a recrudecerse, el gobierno se tambaleaba; al igual que tantos países tropicales azotados por la pobreza, con un gobierno incompetente y un ejército obligado a defenderse en las provincias, Sri Lanka era un país anticuado; de no ser por las zonas en guerra, era un lugar bastante relajado, o tranquilo al menos, como si contuviera la respiración.

Almorcé con un diplomático que me informó acerca de los Tigres Tamiles. Me dijo que los tamiles secesionistas de Sri Lanka habían exigido la creación de un estado propio durante los últimos treinta años. Y no sólo mediante discursos y manifestaciones, sino también por medio de la lucha armada. Los Tigres luchaban con una determinación salvaje, encarnizada. En un determinado momento de la historia llegó a existir una docena de organizaciones tamiles resueltas a lograr la separación; eran grupos de todas las convicciones, unos moderados, otros conciliadores, otros contrarios a la lucha armada, abiertos al debate y a la negociación.

Uno por uno, los dirigentes de estos grupos fueron cayendo asesinados por los Tigres, y sus miembros sucumbieron en emboscadas, y ardieron sus chozas, sus mujeres fueron violadas, los soldados diseminados; sólo quedaban los Tigres en la lucha. En Trichy, un tamil jactancioso me había contado que los Tigres fueron los pioneros de los atentados suicidas.

Mi amigo el diplomático me dijo que era verdad.

Cuando lo desafié a que me diera una explicación, me dijo:

—El suicida llevaba un chaleco con bombas.

Dicho de otro modo, inventaron la bomba oculta.

La verdad es que la invención es anterior. Ese mismo y siniestro artilugio aparece descrito en la novela que Joseph Conrad dedica a los terroristas de Londres, *El agente secreto* (1907), en la que un terrorista suicida porta una bomba, además de ser un cínico al que llaman el Profesor, que alardea de que en cualquier momento puede estallar él mismo por los aires, llevándose por delante a quien esté cerca. Lo considera un artefacto liberador. Tiene la costumbre de «llevar la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón, agarrando ligeramente la goma de caucho, la garantía suprema de su siniestra libertad»; basta con que la apriete con fuerza para que la bomba explote y... Paraíso

Instantáneo. Como dice más adelante uno de sus colegas terroristas, «llevas en el bolsillo material suficiente para volar por los aires y llevarte pongamos que a una veintena de personas a la eternidad».

Sin embargo, según me dijeron, los Tigres Tamiles —mejor dicho, el Escuadrón Suicida «Tigre Negro», un grupúsculo de fanáticos, los que empezaron a emplear el chaleco autodestructivo— ostentan el récord mundial de atentados suicidas. La cifra oficial asciende a 1.680 en los veinte años que van de 1980 a 2000, mucho mayor que la cifra conjunta de Hamas y Hezbollah. Una de las víctimas más conocidas del Tigre Negro fue el primer ministro Rajiv Gandhi, que saltó por los aires en Chennai, en 1991, tras un atentado de una joven perteneciente al Tigre Negro, uno de los muchos miembros que no vieron con buenos ojos que los soldados del ejército de la India se sumasen a los efectivos del ejército de Sri Lanka para liberar a la isla de toda violencia étnica.

Los Tigres eran tenaces, reticentes ante cualquier posible negociación; cuando su dirigente, Velupillai Prabhakaran, me fue descrito como un hombre «despiadado y escurridizo», supuse que eso más bien quería decir estúpido y terco, las cualidades que alimentan la monomanía fanática en las aldeas. Había dejado los estudios cuando era muy joven, era famoso por su temple irracional, impermeable a toda lógica, inamovible a la hora de mandar incluso a los niños a una muerte segura. Un hombre mejor educado o más imaginativo habría renunciado o habría alcanzado un compromiso tiempo atrás. Prácticamente ni una sola vez había dado la cara. Salió a la luz en 1972, cuando acababa de cumplir dieciocho años; reavivó la energía de los Tigres y cometió su primer asesinato en 1975, abatiendo a tiros a un líder político tamil por ser demasiado moderado para su gusto. En las contadas fotografías que se tienen de él, Prabhakaran es un hombrecillo regordete, con bigote, con ropa de camuflaje demasiado limpia, demasiado ceñida, indiscernible a primera vista de cualquier tendero de sonrisa luminosa que venda sus mercancías en la sección de ultramarinos del bazar de Chennai. Lo único que se sabía de él es que padecía hipertensión, que vivía en un búnker en el subsuelo, al norte de la isla, y que no había estado en Colombo en toda su vida.

—¿Qué creencias defiende?

—Tan sólo tamil, tamil y tamil —dijo mi amigo.

Prabhakaran carecía de filosofía política, de ideas económicas, y no defendía nada más que la soberanía de los tamiles y la secesión. Los Tigres

estaban bien armados y contaban con fondos en abundancia. La comunidad tamil más grande que hay en el mundo, fuera de la India, se encuentra en Toronto, y a los tameses canadienses (así como a los tameses de Estados Unidos y Australia) se les exige un «impuesto de liberación» por medio de cobradores que llegan de su antiguo país. A unos se los somete a coerciones, amenazas a sus familias, etcétera, pero la mayoría paga sin poner reparos, con el mismo espíritu con que los irlandeses de Estados Unidos pagaron sus buenos dineros a Noraid para costear las bombas con las que luego asesinaron a no pocas mujeres y niños en el Ulster en los años setenta y en los ochenta.

Las convulsiones producidas por los tameses, así como las muertes, tuvieron lugar después de mi visita; como la violencia había causado un notable retraso en Sri Lanka, en el acto reconocí el lugar. Apenas había cambiado. Colombo era una ciudad olvidada a la que apenas llegaba la inversión extranjera, con una economía hecha trizas, de modo que si bien era patente que se caía a pedazos, no había sufrido la maldición de la modernidad más meretriz. Debido a la indiferencia al dinero y a los especuladores, los edificios coloniales de Colombo seguían intactos. Nadie podía permitirse el lujo de derribar nada ni de construir nada. Seguían en pie las piedras esculpidas de las fachadas de las tiendas, que databan de un Colombo victoriano y eduardiano ya erosionado por el paso del tiempo; los suelos de tarima, una vez dentro, seguían emitiendo crujidos; los ventiladores de techo, cubiertos por el polvo, seguían dando vueltas. La ciudad era casi la misma que había visto yo tres décadas antes, y me pasé el día anterior a mi visita a Arthur C. Clarke recorriendo sus calles y ojeando por los porches, además de solicitar visados para seguir mi viaje.

Llamé a la secretaria de Sir Arthur a la mañana siguiente, tal como me había indicado.

—Sir Arthur lo recibirá hoy mismo.

No me fue difícil encontrar la casa. Había estado cerca el día anterior, tratando de conseguir un visado para visitar Birmania; la embajada de Birmania se encontraba en una calle cercana, y los vecinos de Sir Arthur eran la embajada de Irak y un ashram de Sai Baba.

El barrio, muy tranquilo, se distinguía por las tapias altas y por las cancelas vigiladas y las cámaras de seguridad y el chapuzón que de vez en cuando se daba alguien en una piscina que no se alcanzaba a ver desde la calle.

Sir Arthur vivía tras unas tapias de tres metros de altura, rematadas por alambre de espino, en una casona grande, cuadrada, más confortable y

espaciosa que lujosa. Anuncié mi llegada, se abrió por sí sola la cancela y se me indicó que me dirigiera a las escaleras, cuyas ventanas estaban lúdicamente decoradas con pegatinas de la NASA, una de ellas con una larga flecha vertical y este rótulo: «Marte, 56.000.000 kilómetros». Entré por el ala de trabajo de la casa, crucé un rellano, vi a la secretaria en su despacho, con sus archivadores y su parafernalia, el fax, el ordenador, los teléfonos. Algunos documentos enmarcados y colgados en la pared certificaban que Sir Arthur era miembro de tal o cual sociedad, o que había ganado un premio; de éstos había muchos, pero también había placas, trofeos, cachivaches ceremoniales que le habían sido dedicados. La suya era una trayectoria que había encontrado compensaciones y reconocimiento. Era un escritor científico serio y un escritor ambicioso e imaginativo, que se había anticipado a los futuros posibles. Era una vieja tradición. Cuando escribió con entusiasmo sobre las *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury, Borges afirmó que Ludovico Ariosto y Johannes Kepler ya fueron los primeros soñadores y practicantes de la ciencia ficción. En sus memorias, Doris Lessing (escritora ocasional de ciencia ficción) elogió a los escritores de ciencia ficción en su condición de visionarios.

—¡Hola!

Apareció Sir Arthur en una silla de ruedas, el hombre de siempre, sonriente, con gafas; erguido, calvo, bastante frágil, a pesar del calor llevaba una manta por encima de las piernas delgadas. Parecía esa clase de extraterrestre que había descrito en sus fantasías en prosa. Algunos hombres y también mujeres de determinada edad tienen a menudo el aire vigilante, la mirada desorbitada y casi reptiliana, la cúpula reluciente del cráneo y la estructura ósea que atribuimos a los extraterrestres.

Su aspecto era venerable y un tanto ultraterreno. El aparataje de su silla de ruedas de tecnología punta sólo recalca el aire de marciano que tenía. Había sufrido una polio unos doce años antes, y padecía en esos momentos las serias secuelas que afectan a algunas víctimas de la polio con el paso de los años, la debilidad muscular, las dificultades respiratorias, la degeneración de las células. También eso le daba el aire de un *alien*, porque se le notaba animado y acogedor.

—Me siento un poco en el séptimo cielo, como en una nube —dijo al entrar en su estudio, en el que había muchas más placas y trofeos, cartas enmarcadas, de jefes de Estado, y fotografías autografiadas: ¿aquella hermosura no era

Elizabeth Taylor? ¿Aquel gordo sonriente no era el difunto Papa de Roma?

Los labios caídos de Sir Arthur y su pronunciación un tanto masticada de la palabra *nube* dieron la impresión de que procediera del oeste de Inglaterra. Le pregunté si en efecto era de esa región. Dijo que había nacido en Minehead, en la costa de Somerset.

—Una costa preciosa. Playas largas, muy bonitas —dijo. Hablaba despacio, con una voz que parecía caprichosa y vaga, agitando las manos y frunciendo el ceño de un modo expresivo, que hacía pensar en la pérdida de la memoria—. ¿Cómo ha llegado a Sri Lanka? —preguntó.

—He viajado a través de la India —dije, por ahorrarle los detalles sobre Georgia y Turkmenistán. No dijo nada—. ¿Tiene alguna opinión formada acerca de la India?

—La India. A punto de alcanzar la masa crítica.

—¿Se refiere a la población?

—Está fuera de control. Son demasiados —dijo.

Sacó una agenda grande como un libro de asiento y la abrió por la fecha en que estábamos. Estaba subrayado el 12 de abril, y debajo ponía, con letras grandes e infantiles, «el *Titanic* se hundió en 1912».

—Hoy es un día importante —dijo, y dio unos golpecitos sobre la página con la uña amarilla de un dedo delgado. Estaba pensando en el *Titanic*—. ¡Terrible! Pero... ¿seguro que éste es el día?

—Lo podemos verificar —dije. Pero él era un experto en aquel hundimiento: quince años antes había escrito una novela, *El espectro del Titanic*, a propósito de dos expediciones que compiten por reflotar el barco naufragado.

—Mire esto —dijo y empujó una bandeja de plata por encima de la mesa. Estaba llena de frascos pequeños, ampollas más bien. Tomó una—. Mire —la etiqueta decía «Polvo lunar»—. ¿Lo ve?

Era un polvillo pálido, como los residuos de la sal de apio ya revenida en un tarro que contuviese especias. Escogió otra.

—Mire —la etiqueta decía «Rustícula - Titanic». Una costra oscura, pequeña, de hierro mohoso, arañada del casco y obsequiada a Sir Arthur.

—¿Qué es esto? —me preguntó, y tomó otra ampolla en la que había un grumo blanquecino.

—Parece una palomita de maíz.

—¿Es un vaso de Styrofoam que se llevó en la inmersión del batiscafo!

Aplastado por la presión. Fíjese qué pequeño se ha quedado.

Sonrió desde la bandeja de plata y seleccionó otras ampollas y me desafió a que las identificara. Estaban llenas de grava de extrañas procedencias, de organismos en flotación, de recuerdos de otras tantas expediciones.

—¿Qué está escribiendo, Sir Arthur?

—Nada. Algunas notas sueltas. Ya he provocado la destrucción de árboles suficientes.

—¿Y sus memorias?

—De eso ya tengo más que suficiente —dijo—. Todos mis amigos han fallecido. Mire... —e indicó con un gesto la pared repleta de fotografías.

Así me dio ocasión de acercarme a examinar las fotografías, las firmas y las dedicatorias: un cariñoso saludo de Liz Taylor, un garabato del Papa, un apunte de Neil Armstrong y otro de Buzz Aldrin, bajo las sonrisas de quienes podrían haber sido actores, y también de Stanley Kubrick y de otros, incluido Darth Vader.

—Wernher von Braun —dije.

Pero había vuelto a dar golpecitos en la agenda voluminosa.

—Dese cuenta: el *Titanic* representó el triunfo y el desastre.

—Soberbia, digo yo.

—¿Qué es eso?

Cuando se lo repetí, con voz declamatoria citó las conocidas palabras:

—«¡Ni siquiera Dios podría hundir este barco!» Je, je, je.

Vi entonces el mensaje de la camiseta que llevaba bajo una camisa más abrigada. «Inventé el satélite y todo lo que me dieron fue esta asquerosa camiseta.» Era verdad que había concebido y había descrito los satélites que orbitan alrededor de la Tierra mucho antes de que se fabricasen y se pusieran en órbita.

—¿Conoce usted *Metropolis*? Es una película que me entusiasma —dijo de repente. Para entonces, empezaba yo a acostumbrarme a su estilo conversacional, una especie de habla extraterrestre: estallidos de conversación, impulsos inspirados, expresión con interferencias, recuerdos explosivos—. ¿Qué es, de los años treinta? La imagen del hombre que sujeta las manecillas de un reloj. Piense, piense... qué es lo que dice esa imagen.

—Ah, ya, ahora me acuerdo —dije. Nunca había visto la película, pero eso era lo de menos.

En realidad, no escuchaba; se limitaba a hablar. Y seguía jugueteando con la

bandeja de plata, examinando las ampollas de cristal.

—¿Le influyó alguna película cuando escribió el guion para *2001*?

—Me encantaba el cine. ¡Kubrick! Escribí el guion, sí. Kubrick, un gran tipo.

—¿No era difícil de trato?

—No recuerdo que hubiera manchas de sangre en la alfombra —dijo—. Tuvimos nuestras desavenencias, pero el trato fue amistoso. ¿Murió? No lo recuerdo.

—Murió hace unos cuantos años.

—¿Todavía vive Conrad Hilton? —golpeaba la ampolla del polvo lunar.

—Creo que Conrad Hilton ya murió.

—¿Juega usted al ping-pong? El tenis de mesa es el único deporte en el que llegué a destacar.

—Jugaría contra usted cuando quisiera, pero seguro que pierdo.

—Mire —dijo. Había dejado el polvo lunar y había tomado una vieja instantánea. Una mujer de cabello claro y vestido claro, en un día soleado, en un jardín probablemente inglés, rodeada por tres niños andróginos—. Ésa es mi madre. ¿Cuál cree que soy yo?

Me equivoqué al elegir. Era el más afeminado, el más sumiso, con un vestido de abundantes encajes.

—La foto está tomada en Taunton o en Minehead. Yo tenía unos seis años —sonrió ante esa escena de los años veinte, la luz del sol, las flores, la belleza de su madre.

—¿Hay una adaptación cinematográfica de *El día de mañana*? —pregunté.

—Me parece que sí. Creo que yo no tuve nada que ver.

—*El fin de la infancia* es una de mis preferidas.

—La mía es «Recuerdo a Babilonia» —dijo—. Un relato magnífico. Le dieron un premio en *Best Ever*. ¿Dónde está? —rebuscó en una pila de libros y encontró un ejemplar de sus *Relatos reunidos*—. Aquí, aquí debe de estar... «La estrella del perro» es otro cuento que también me gusta.

—Con *El fin de la infancia* se podría hacer una buena película —dije.

—Debería llevarse al cine, pero es demasiado deprimente desde el punto de vista humano —intentaba encontrar «Recuerdo a Babilonia» en el grueso libro de relatos. Delante de él, en medio de todo el desorden, tenía un poema mecanografiado, el «Ozymandias», de Shelley.

—Este poema me encanta —dije.

Dejó el volumen de los *Relatos reunidos* y tomó la hoja del poema.

—Tenía ganas de releerlo —lo miró con atención y leyó—. «¡Ved mis obras, vosotros los poderosos, y desesperad!» Je, je.

—Es posible que la Tierra termine como esa escena en «Ozymandias».

—Si uno espera lo suficiente, sí, sin duda —dijo. Me miró de frente a los ojos y siguió diciendo—: ¿Le he contado cómo le salvé la vida al hombre que inventó la bomba atómica? Espere, que recuerde los detalles. Y luego está este otro asunto —sacó la agenda del desorden de la mesa—. ¿Cuándo se hundió el *Titanic*? ¿Fue hoy? Creo que escribí algo al respecto.

Encontramos un libro de referencia y allí estaban los detalles: el *Titanic* chocó contra el iceberg en la noche del 14 de abril de 1912 y se hundió a primera hora de la mañana del 15.

Mientras se lo hice notar, Sir Arthur siguió hablando.

—El avión descendió sobre la pista de aterrizaje —me estaba describiendo cómo salvó la vida al hombre que inventó la bomba atómica. Tras ese recuerdo retomado al azar de la memoria, que me resultó difícil de visualizar, siguió como si nada—. Debiera estar en mi biografía. En alguno de mis escritos seguro que está. Es sobrecogedor, se lo aseguro. Y otra película que me gustaría volver a ver es *El mundo perdido*, más o menos de 1930. Es la primera película que vi.

El protagonista del relato de Conan Doyle en que se basa la película, y asimismo protagonista de algunos otros relatos («Cuando la Tierra lanzó alaridos») es el profesor Challenger, osado científico, hombre de acción, aventurero. Fue fácil imaginar a un profesor Challenger ya anciano e inválido como si fuera Sir Arthur, rodeado de libros y trofeos, con sus recuerdos fallidos, sus fugaces destellos de memoria.

—Conan Doyle, en fin, debía de estar bastante chalado —dijo Sir Arthur—. Por el espiritismo.

—¿No fue la muerte de su esposa lo que lo sacó de quicio?

Sir Arthur frunció el ceño.

—Estoy intentando acordarme —dijo— del nombre de aquel astrónomo que dijo que volar es imposible, e insistía en que lo había demostrado de forma concluyente. ¡Cuando los hermanos Wright ya habían despegado! Je, je.

—¿Cuál será el próximo tema crucial en las ciencias?

No vaciló al responder.

—La transferencia de la materia.

—«Viaje por cable» es uno de sus relatos. Ahí se habla de la transferencia de la materia.

—¿Yo he escrito eso? No lo recuerdo —golpeó en la mesa y se mostró severo de repente—. ¡Lo que tengo que hacer es trazar una cronología! Los acontecimientos de mayor peso, los libros, los lugares, las personas, los amigos, los guiones... Dese cuenta —y se apoyó en la mesa y me miró a la cara —, escribir guiones no es algo para lo que se necesite inspiración. Es trabajo puro y duro —condujo la silla de ruedas hacia el lateral de la mesa. En un montón de libros encontró el que estaba buscando—. Aquí está, *El espectro del Titanic*... Aquí está todo.

Dio la vuelta al libro con manos temblorosas.

—Si fuera posible reflotarlo... ¡vaya atracción turística! —dijo.

Sonreí ante su repentina excitación. Era un científico, pero también era un *showman*, y es el espectáculo, es lo insólito, lo sensacional, lo que explota el profesor Challenger: todos ellos eran aspectos esenciales de su imaginación literaria, y tal vez de sus posturas científicas, ese afán por asombrar al lector, por soñar lo que nadie ha soñado, en la literatura de lo maravilloso.

—Me obsesiona el hombre que entrega a su hijo a un bote salvavidas —dijo con tristeza, con el libro en las manos—. Adiós, hijito, le dice —hizo una pausa. Estaba al borde de las lágrimas—. Y el niño murió en el bote. El barco que acudió al rescate llegó demasiado tarde. ¡Qué desastre! —tragó saliva y al cabo dijo—: Usted ha escrito algunos libros.

—Sí. En uno de ellos, *La costa de los mosquitos*, hay una cita no atribuida, suya, sobre la tecnología y la magia.

—¡La tercera ley de Clarke! —dijo, y se frotó las manos—. Toda tecnología suficientemente avanzada no se puede distinguir de la magia.

—¿Y cuál es la primera ley de Clarke? —pregunté.

—La primera ley —dijo, sin titubear apenas—. La única forma de descubrir los límites de lo posible consiste en ir más allá de lo imposible.

—¿Y la segunda ley?

—No hay segunda ley. Sólo hay la primera y la tercera. Je, je —se tornó juguetón, animado. Se puso a recitar un poema que dijo haber escrito mucho tiempo atrás. Es posible que sus leyes numeradas se lo recordasen de pronto.

El lama de dos piernas, un sacerdote,
La llama de cuatro patas, un monigote.

¡Ay! Lo malo para el cósmico melodrama
es que no hay de tres patas un lama.

—No sabía que fuera usted poeta.

—Escribo poesía de vez en cuando —dijo, y asomó en sus facciones una expresión tensa. Ya la había visto a lo largo de mi visita, como si tratase de recordar algo determinado—. ¿Le he contado alguna vez —dijo con dificultad— cómo compartí cama y desayuno con el zar de Rusia?

Se dirigía a mí como si hablase con un viejo amigo al que tuviese en alta estima.

—No —le dije—, pero me encantaría.

—Pues sí —sonrió—. ¡Sólo teníamos unas semanas de vida! Verá... —se sujetó la cabeza entre las yemas de los dedos, como si fuese un adivino que tratara de conjurar una visión, y siguió hablando de manera convulsa—. Estaban exiliados en Inglaterra, era 1918. Teníamos una nodriza inglesa, una tal señorita Hinckley, y ella... —hizo una pausa, se oprimió de nuevo las sienes— ella había estado en Rusia —hablaba con un hilillo de voz, parecía tener dificultades al respirar—. La familia real, sí —había perdido el hilo de la historia, repetía en un murmullo el nombre de la señorita Hinckley—. Qué historias no podría contar ella —dijo al fin.

Permaneció en silencio, dejándose llevar por una ensoñación exclusivamente suya. Seguí sentado, preguntándome si no sería hora de excusarme y despedirme, pero Sir Arthur parecía satisfecho. De manera encubierta tomé unas cuantas notas, una especie de inventario de las fotos enmarcadas y de los trofeos que acerté a descifrar. En una estantería había maquetas de aviones y cohetes de juguete.

—Me ha preguntado si escribía poemas —dijo, y se animó—. Cuando era joven escribí un poema. Terminaba diciendo «me levanté y hui, temeroso de estar solo».

Se entristeció al recordar.

—¿En qué circunstancias?

—Cuando fui evacuado a Norteamérica. Me mandaron lejos —miraba sin ver. Con sentimiento, repitió el verso—: Me levanté y hui, temeroso de estar solo.

Su secretaria llamó a la puerta de estudio y la abrió.

—Ya es la hora —dijo. Y se dirigió a mí—. Sir Arthur está fatigado. Tiene

que almorzar y echar la siesta.

Sir Arthur sin embargo seguía en la postura de recitado, la espalda bien recta, la cabeza erguida. Pensé que iba a recitar algunos versos más de su poema.

—Se lo dediqué al chico del que estaba enamorado —dijo. La secretaria hizo una mueca. Había empezado a llevárselo en la silla de ruedas, pero Sir Arthur sonreía con melancolía, y me pareció que había atisbado aquella pasión, aquella tristeza.[\[10\]](#)

A la mañana siguiente fui a Fort Station, en Colombo. La estación no había cambiado, con la salvedad de que estaba llena hasta los topes porque era el Avurudu, el Año Nuevo del calendario singalés, con ocasión de la luna llena. Paul Bowles, que pasó un tiempo en estas costas, escribió que «aquí, Año Nuevo no es un día, sino una estación». Es cierto: al cabo de una semana seguían celebrándose los rituales con grandes jaranas, y se habían reducido los servicios en los autobuses y en los trenes, puesto que la mayoría de la población consideraba el festejo ocasión para quedarse en casa, comer determinados alimentos, obedecer las directrices astrológicas.

Se dio el caso de que también era éste un viaje de buenos augurios (siempre y cuando uno «se ungiera la cabeza con el jugo de las hojas del *nuga* a las 7:39 de la mañana, de pie sobre unas hojas de karanda»), y la cola para sacar billete era tan larga que sin más me subí al tren y me senté en el primer asiento libre. Nadie me pidió el billete. El tren no había cambiado en todos aquellos años. Salió de la estación y avanzó despacio por las afueras de Colombo, recorriendo la costa en la que había pegado con tanta fuerza el tsunami.

Recordaba que este tramo fue uno de los más bellos que recorrí en *El gran bazar del ferrocarril*, una de las vías férreas más hermosas del mundo, discurriendo al nivel del mar, pegada a las playas, a lo largo de la costa luminosa y los palmerales, con todas las ventanillas abiertas, la brisa del océano atravesando los vagones. Podría haber sido el mismo día de sol que pasé en este tren en octubre de 1973: la misma gente, monjes, monjas, familias, niños, mujeres ya mayores cubiertas por sus chales, hombres con corbata, otros hombres con sarong. «Se recomienda vestir de azul», habían aconsejado los astrólogos para el Avurudu.

En una mañana como ésta, el 26 de diciembre de 2004, en esta misma costa, la marea experimentó un descenso drástico. «La ola, al retirarse, llegó hasta el

horizonte —me dijeron los nativos de Sri Lanka—. Todo lo que vimos fue fango y arena y rocas esparcidas. No había ni gota de agua».

La extrañeza que supuso el ver el agua succionada del lecho oceánico, la arena expuesta de pronto a la brillante luz del sol, atrajo a los lugareños que vivían cerca de la orilla. Muchos de ellos bajaron corriendo al arenal, a aquella tierra nueva. Los pesqueros quedaron varados en medio de un extraño lugar en el que no había ni gota de agua.

Y entonces apareció la ola como un altísimo muro de espuma que se les echaba encima, y que pronto impactó contra ellos, contra todo, contra la tierra, reventando las casas, llevándose por delante las chozas, ahogando al ganado y a la gente, chocando contra un tren como éste y volcándolo de lado, pereciendo ahogados mil quinientos pasajeros, prácticamente todos los que iban a bordo.

Las vías del tren se desplazaron de su sitio, los edificios de ladrillo e incluso de cemento quedaron destruidos, algunos muros de treinta centímetros de grosor quedaron reducidos a escombros. Sin embargo, por una especie de milagro, la mayoría de los árboles —las palmeras, los pandanus arracimados, con grandes raíces al aire, los manglares— no sufrió alteración con esa misma ola que se llevó por delante muros de fortalezas y carreteras asfaltadas. Gracias a la tenacidad de aquellos árboles, la costa conservaba un aire de serenidad, sin presentar ese aspecto arrasado que suelo relacionar con los huracanes.

Se habían reconstruido muchas de las casas con ladrillos de color intenso, cemento fresco, techumbre de paja recién tejida, bambú. Había puentes nuevos y carreteras asfaltadas, y a lo largo de la vía férrea era evidente el esfuerzo de reconstruir en masa toda la zona. La propia vía fue reparada dos meses después del tsunami; ahora, dieciséis meses más tarde, vi que muchas personas seguían viviendo en refugios improvisados, y aquí y allá había carteles con flechas indicando «Campamento Tsunami». Cientos de miles de personas habían perdido sus hogares.

Lo más conmovedor, y era muy corriente, eran las muchas lápidas que marcaban las tumbas a lo largo de la orilla, como si en ese punto exacto se hubiese ahogado una persona —y es posible que así fuese—: eran lápidas en forma de estupas budistas, grandes y pequeñas, a veces apiñadas en una playa, bajo las palmeras, en algunos sitios por docenas. Comencé a relacionar las estupas de mayor tamaño con los adultos, las pequeñas con los niños, e

incluso estupas del tamaño correspondiente a un bebé, como si toda aquella pobre gente se hubiera quedado petrificada por el espanto que les causó el súbito impacto de la ola y allí siguieran, convertidas en piedra, en las playas.

El vagón en que viajaba iba atestado de gente, tanto sentada como de pie, balanceándose cuando el tren trazaba la curva siguiendo la orilla del mar, aunque con el frescor de la brisa marina.

—Me alegro mucho de verle —dijo el hombre que viajaba a mi lado—. A los turistas les da miedo venir por todo eso de los altercados, por lo de los tamiles, por el tsunami y tantas cosas más.

—Ya estuve aquí hace mucho tiempo —dije.

—Entonces todo era distinto —dijo.

—Yo creo que era igual.

—Quiero decir que era mejor.

—Es posible.

Todos viajábamos a Galle en un día muy hermoso, pero a lo largo del trayecto saltaba a la vista la evidencia de los daños causados por el tsunami. Allí donde las aldeas y las casas se habían reconstruido, allí donde se habían asfaltado las carreteras y reparado los puentes, había tumbas y estupas y placas con inscripciones a cincel, recientes, en las que se conmemoraba a los muchos miles de muertos.

Después de los palmerales y los manglares apareció Galle de repente, una ciudad asomada a una gran bahía azul, el viejo fuerte de los holandeses, y nada más salir de la estación la plaza del mercado. Había más gente, aunque todo estaba tal como estaba en mi recuerdo: el bazar, los baluartes, los mototaxis, los puestos de los vendedores de telas y de utensilios de cocina. En 1973 compré una antigua daga a uno de estos comerciantes, con una hoja de veinte centímetros de longitud y la efigie de un león asiático tallada en el mango de hueso. La llevé en mi bolso de viaje durante los dos meses que siguieron, por todo el sudeste asiático y Japón y aun a través de la Unión Soviética. Nadie cuestionó que la llevase. Todavía la tengo. Con los años, se ha vuelto algo herrumbrosa y se le apagó el brillo, pero mientras trabajaba en este libro compré una piedra de afilar y la afilé, la limpié y la restauré hasta que ha vuelto a tener el brillo que tuvo, como si fuera nueva, un recuerdo de otro tiempo.

—Todo esto quedó anegado por el agua —me dijo una de las mujeres en el mercado.

Vi algunas de las casas dañadas, pero el fuerte del siglo XVII estaba intacto. Jugaban los niños junto a las murallas.

Me habían dado el nombre de una pensión barata en Galle. Un hombre me llevó en un mototaxi por una carretera con muchas curvas, hasta lo alto de la colina más alta de la ciudad.

Esa noche me senté en la azotea del pequeño y tranquilo Lady Hill Hotel a escribir mi visita a Sir Arthur, la melancolía que sentí al verlo tan frágil, tan difuso, con la cabeza medio ida. Parpadeaban las luces de la ciudad entre los árboles y las estrellas inundaban el cielo; desde aquel mirador vi también las luces de los pesqueros en la bocana del puerto. El aire tenía la fragancia de las flores que se abren de noche.

Me pareció una de las mejores veladas de todo el viaje: el zumbido amortiguado de la pequeña ciudad costera en la noche, la blandura del aire, el perfume de las flores. No sucedió nada, ningún dramatismo, sólo el sosegado contento, como si hubiera salido de Londres y hubiese viajado durante meses únicamente para estar allí en ese instante, sentado bajo la luna llena con la que se abría el Año Nuevo lunar de los singaleses.

Durante toda la mañana siguiente sólo se hablaba de otras nuevas cinco víctimas de las emboscadas de los Tigres Tamiles, y de una nueva mina terrestre, y de un ataque a un acuartelamiento del ejército de Sri Lanka. Durante los tres años anteriores hubo un alto el fuego negociado por el gobierno de Noruega, pero el acuerdo claramente se estaba rompiendo, puesto que los Tigres reclamaban más muertes. Fueron muertes violentas e innecesarias. Era evidente que los tamiles con el tiempo llegarían a adueñarse de una parte del norte de Sri Lanka. Ya tenían un estado de facto, con sus escuelas y hospitales tamiles. Y en su ejército eran llamativos los niños soldados, chavales de edades comprendidas entre los trece y los diecisiete (UNICEF daba una cifra de casi dieciséis mil), que habían sido reclutados a la fuerza o bien secuestrados en las aldeas tamiles. Después de que golpease el tsunami la isla, muchos niños quedaron huérfanos, y se les dio armas y se les apremió por la fuerza para que ingresaran en las filas de los Tigres Tamiles.

La última vez que estuve en Galle se había declarado la hambruna en Sri Lanka. La cosecha había sido mala, escaseaban los alimentos. Escribí entonces: «Habían expulsado a los tamiles que habían plantado todos los

cultivos». También había escrito: «Pero Galle era un bello lugar, con guirnaldas de rojos hibiscos y perfumado por el océano bordeado de palmeras, con frescos interiores de estilo holandés y circundado por selvas de bambúes. Los luminosos ocasos doraban el cielo durante una hora y media todas las tardes, y por las noches rompían las olas contra los muros del fuerte». Y esa parte seguía siendo verdad.

Caminando por Galle con el sol de la mañana, recordé la última vez que había estado allí. Recordé que había querido ir a Hambantota. Al final no fui, pero ahora sí estaba en mis manos hacerlo.

Los combates se disputaban sobre todo en el norte y en la región norte del centro de Sri Lanka, así como en la zona más alta de la costa este. Me encontraba en la costa suroeste; Hambantota era un lugar seguro, en la punta más septentrional de la isla. Fue el último destino que tuvo Leonard Woolf, que había sido agente colonial británico en la ciudad y objeto de un insólito libro, de esos que siguen las huellas de alguien: *Woolf in Ceylon* (2005), de Christopher Ondaatje. Durante mi primer viaje había leído la lúgubre obra maestra de Woolf, *The Village in the Jungle (La aldea en la jungla)*, y al suponer que estaba ambientada en alguno de aquellos parajes quise ver esa parte de la isla. Ondaatje, también admirador de Woolf, había tenido la misma idea. Pero tenía mejores credenciales que yo. Hermano mayor del novelista Michael Ondaatje, había nacido en Ceilán, en el seno de una familia burguesa. Sus antepasados se contaban entre los primeros colonos de la isla, muchos de ellos eminentes. Su padre se dedicó al cultivo del té, y al igual que muchos hombres aislados en aquellas haciendas dedicadas al té se volvió excéntrico y acabó alcoholizado. En el libro en que sigue las huellas de Woolf, Ondaatje visitó los escenarios de su propia juventud así como los lugares clave de la trayectoria de Woolf al servicio de las colonias imperiales. Por el camino respondió a todas las preguntas que me había formulado yo en torno al conocimiento que tuviera Woolf sobre la vida de los singaleses, sus siete años de funcionario, el trasfondo de su obra literaria. El libro es el paseo de un desocupado por todo Sri Lanka, un paseo literario, arqueológico, político y autobiográfico. Ondaatje me ahorró la obligación de localizar los escenarios de la novela de Woolf, tan poco estimada, y de muchos de los cuentos.

Camino de Hambantota tomé el tren de Galle a Matara, otra línea costera, tan cercana de hecho a la orilla que la espuma de las olas llegadas desde África se levantaba hasta alcanzar las ventanillas rotas de los desvencijados

vagones. Las consecuencias del tsunami, la destrucción a gran escala y la reconstrucción a pequeña escala, seguían siendo visibles por el camino. Los restos de las casas, la plancha de cemento que sirvió de base o la hilera de cantos rodados en su caso, eran todo cuanto quedaba de muchos de los edificios en la orilla del mar: nada más, salvo las palmeras y los cocos de los que se había alimentado la familia.

Llegamos a Weligama, una ensenada con una isleta enfrente, una isleta de verdor, en la que se amontonaban las rocas esculpidas y los árboles con hojas como plumas, y una atractiva villa en medio, con un porche enyesado. La primera vez que oí hablar de Weligama fue con Paul Bowles, quien me contó que en los años cincuenta había viajado en barco de Tánger a Colombo, resuelto a vivir en esa isla llamada Taprobane.

«Taprobane es el nombre que dieron los antiguos griegos y romanos a Ceilán, aunque la moderna Taprobane es una isla de la que fue dueño el conde de Mauny, un francés un tanto turbio, que afirmaba haberla heredado de su abuela, aunque a muchos les pareció que era falso.» Tomo esto de Ondaatje, que describe al conde fraudulento como un pederasta al que perseguía el escándalo por dondequiera que fuese, y que allí encontró un feliz refugio en los años veinte.

Cualquiera habría deseado quedarse allí. La ensenada de Weligama tiene el mismo encanto que cualquier isla del Pacífico Sur, la misma belleza límpida, el mar azul y una playa de arena blanca que encierran los palmerales, chozas de bambú, la sensación de que el mundo está en otra parte. «Las posibilidades de llevar una vida de felicidad son mayores en Ceilán que en cualquier otro sitio que yo conozca», escribió Bowles en una carta a Gore Vidal en 1950. Y un mes más tarde anunció que era «el mejor país para quedarse, desde cualquier punto de vista que se mire». Elogió la cortesía exquisita de los habitantes, su limpieza, su hospitalidad, su desempeño en condición de criados domésticos. Le encantó «la omnipresente y triunfante vegetación de la costa». Y le embrujó la idea de vivir en una isla.

Bowles había visto Taprobane por vez primera en 1949, desde el mismo tren en que viajé, y logró comprar la isla pocos años después. Escribió allí su novela tangerina, *La casa de la araña*, pero poco más. Y tras una desdichada estancia en 1954, en compañía de Jane, su mujer, y su amante marroquí, resolvió venderla. A Jane le desagradaba: había murciélagos de gran tamaño en los árboles, o aleteando con unas alas de casi un metro de envergadura.

Bowles además necesitaba el dinero.

Unos veinte kilómetros más allá estaba la localidad de Matara, una vieja estación de ferrocarril y el final de la línea. Salí y fui caminando a la terminal de autobuses para tomar el autobús a Hambantota.

—Éste es el autobús. Saldrá pronto —me explicó un hombre que también viajaba a Hambantota—. Ésta es la peor época del año para viajar. Todo el mundo vuelve a casa por los festejos del Avurudu.

Me pareció en efecto que el tren estaba lleno, y ese autobús se iba llenando muy deprisa. Compré un billete por unos veinticinco centavos para hacer un viaje de ochenta kilómetros.

—Usted habla inglés —le dije—. No son muchos los que hablan inglés aquí.

—Ya no enseñan inglés en las escuelas. Pero yo lo estudié. Las personas mayores sí lo hablamos.

Esto fue algo que sucedió después de mi primera visita; la insurgencia de los tamiles también era posterior; como ya pude ver en Colombo, una y otra cosa habían detenido el crecimiento de Sri Lanka, privando a la isla de inversiones y de turistas, a la vez que la dotaba de la sensación pretérita de aquel Ceilán de antaño. Pero con una población reducida y anticuada eran en el fondo un alivio: por estar tan mal la economía, el país se había librado de la explotación extranjera y había mantenido intacto su espíritu.

El conductor del autobús tocó el claxon. Todos subimos al autobús, que rodeó la torre del reloj de Matara y se encaminó hacia el sur, por la costa. El hombre con el que había hablado en la estación se sentó a mi lado. Se llamaba Takil; me preguntó de dónde era.

—Yo he estado en Miami —dijo cuando se lo dije.

—¿Haciendo qué?

—Trabajar para un jeque saudí —cuyo nombre me dio. El jeque era uno de los mil príncipes de Arabia, pero tenía muy buenas relaciones: su hermano era ministro del gobierno saudí. El jeque era dueño de una mansión valorada en veinticinco millones de dólares en Golden Beach, otra finca en Los Ángeles, varias casas en otros lugares. Yo no había oído hablar de Golden Beach, pero Takil me aseguró que era una comunidad de gente muy adinerada, muy al norte de Miami, en la que sólo residían los multimillonarios. Por ejemplo, Bill Gates.

—Pero si vive en Seattle...

—Tenía una casa en Golden Beach, cerca de la de mi jeque.

Tuve que viajar a Dikwella (por donde pasábamos en esos momentos) en uno de los destartalados autobuses que recorren Sri Lanka para enterarme de esos detalles acerca de mi propio país.

—Necesitaba una casa muy grande —dijo Takil—. Tenía tres esposas y muchos hijos. Sólo con veintiocho años.

—¿Y en qué trabajaba para él?

—Era su camarero. Le servía la comida.

—¿Es usted musulmán?

—No. Budista. Y no hablo árabe. Tiene gracia, ¿eh? Me hablaba en inglés. Esto fue en los años ochenta, yo sólo tenía veinte años. Se fiaba de mí, y yo era bueno en mi trabajo. Cuatro años estuve con él.

—¿Era un playboy?

—No, la verdad es que no. Se casó con una actriz, pero ella se divorció de él. Estaba en busca de otra esposa.

—¿En Florida?

—En donde fuese. Viajaba mucho. Tenía muchos parientes residentes en Estados Unidos. Contratava vuelos chárter con British Airways para sus viajes.

—¿Petrodólares?

—Sí. A montones, a montañas. Pero no le interesaba nada en concreto. Llevaba a sus hijos a Disney World, los llevaba a Los Ángeles, a hacer turismo. No trabajaba. No hacía nada.

—Digo yo que rezaría.

—No. No era especialmente religioso.

—La gente —le dije— se pregunta por qué Osama bin Laden odia tanto a la familia real saudí y quiere castigar a Estados Unidos por ser su aliado. Ese jeque, y los que son como él, son la razón de sus actos, y todos pagamos un precio horrible por ello.

Habíamos pasado por Tangalla, cuya prisión aparece en *La aldea en la jungla*, de Woolf. Llegamos a un río. Takil dijo que era el Ambalantota, y que ya no faltaba mucho para llegar a Hambantota.

El terreno se hizo llano y con menos vegetación, menos poblado que hasta entonces. Me pareció como si el tsunami hubiese alcanzado hasta muy al interior de la isla y hubiese barrido las casas, pero Takil me aclaró que nos hallábamos en una llanura muy salina. Durante cientos de años se había

producido allí la sal por evaporación, en los grandes recintos de la llanura, en las lagunas que llamaban *lewayas*. Ondaatje explica que hace un siglo Leonard Woolf «revolucionó el método de recolectar la sal» al introducir un sistema de pagos justo y bien regulado, que él mismo se dedicó a supervisar muy de cerca.

Seguimos por una carretera sobre la cual inclinaban los árboles las ramas, jalonada por sucesivas aldeas, y no tardamos en llegar a la plaza de Hambantota. Takil se dirigió a su casa para celebrar el Avurudu, y yo busqué lugar donde hospedarme. No encontré nada, pero sólo estaba mediada la tarde, así que contemplé los barcos en el puerto y paseé por el pueblo, y luego tomé un mototaxi para que me llevase al bungalow que fue residencia oficial de Woolf, y que Ondaatje había localizado.

A lo largo de todo su libro, Ondaatje repite que el país había cambiado muy poco en los casi cien años transcurridos desde que Woolf fue funcionario colonial, y cita a un nativo de Sri Lanka que en un artículo de prensa de 2002 comentaba la aspereza y la ardua vida que llevaban los campesinos según se relata en *La aldea en la jungla*, diciendo que «aquella era una época en que la jungla gobernaba las vidas del humilde campesino, igual que sucede ahora en las aldeas más remotas de todo el país».

Lo insólito de la novela, lo que le presta una nobleza extraordinaria, es que la hubiera escrito un joven inglés que la publicó en 1913, siendo sus personajes principales los campesinos singaleses. La trama bascula sobre las costumbres matrimoniales de la aldea, las rivalidades tradicionales y el particular ánimo vengativo de los singaleses, sus pasiones, sus satisfacciones. La violación, los asesinatos múltiples y la explotación de los unos por los otros son temas capitales en el libro, que en mi memoria sobresale por tener quizás la trama más violenta y el final más deprimente de cuantas novelas he leído. Cuando ya pensaba uno que el último personaje que sobrevive representa la esperanza y la posibilidad del futuro, una noche mira por la ventana de su choza y ve los ojos centelleantes de un jabalí —o un demonio— que está a punto de devorarla.

Pese a sus desvelos, Leonard Woolf no tuvo compensación alguna por esta novela. Su amigo Lytton Strachey dijo que «me decepcionó ver que sólo trataba sobre negros, los cuales la verdad es que no me importan gran cosa». Y aunque se la dedicó a su esposa, a Virginia, ésta fue indiferente a sus méritos.

Cuando fui un emigrante despreciado y sobreexplotado por el gobierno de

Singapur, trabajando como profesor de universidad en los años sesenta, encontré los cinco volúmenes autobiográficos de Woolf en la biblioteca de la facultad y los leí enteros. El segundo tomo, *Creecer*, que trata sobre los años en que fue un funcionario colonial despreciado y sobreexplotado, me dio el ánimo necesario para armarme de paciencia y trabajar la empatía. En ese libro describe la necesidad de ser eficaz: contesta a las cartas el día mismo en que las recibe, lleva al día sus notas con toda exactitud, aprende a ser metódico, desarrolla su interés por la cultura... Me apliqué sus consejos, seguí también su ejemplo y empecé a ser productivo y algo más feliz cuando era un extranjero en Singapur.

—¿Dónde se queda? —me dijo el conductor del mototaxi.

No tenía ni idea. Estábamos a última hora de la tarde, no tardaría en caer la noche.

—¿Hay algún hotel?

—Hotel allí —dijo, y señaló la carretera en dirección este, por donde habíamos llegado.

De ese modo encontré un pequeño hotel de una sola planta, con las paredes incrustadas de salitre, enmohecidas a trozos, y al pasar una duna el batir de las olas y una playa salvaje. Un grupo de turistas alemanes que acababa de llegar ya había marcado su territorio depositando en las sillas del vestíbulo las toallas, aun cuando sólo las ocupasen precisamente con las toallas. Estos alemanes tal vez fueron los primeros turistas que vi en todo mi viaje, el primer grupo numeroso en todo caso; estaban en un retiro de medicina ayurvédica. Al parecer ni siquiera se inmutaron ante las noticias de las minas terrestres o los atentados.

Me quedé unos cuantos días, hice otro viaje a Hambantota y continué con mi relato titulado «El dios elefante», escribiendo así un día sobre el personaje central:

Ella había llegado a entender bien lo que aprende el viajero solitario que recorre largas distancias, lo que halla tras meses en el camino: que en el transcurso del tiempo un viaje deja de ser un interludio compuesto por distracciones y desvíos, por panorámicas que pretende uno contemplar, por placeres en pos de los cuales viaja, y se convierte en una serie de inconexiones en la que renuncia a toda comodidad, a la idea de abandonar a los amigos o ser abandonado por ellos, de pasar el tiempo en lugares

anodinos, inmune al concepto mismo del retraso, toda vez que el viaje es en sí mismo una sucesión de retrasos.

Solucionar problemas, encontrar algo de comer, comprar prendas nuevas de vestir, olvidar las viejas, hacer la colada, comprar billetes, localizar los hoteles baratos, estudiar los mapas, estar sola, pero sin pasar soledad. No se trataba de la felicidad, sino de la seguridad, de hallar la serenidad, de realizar descubrimientos en toda esta locomoción y de hallar una serenidad semejante allí donde encontrase un lugar en el que anidar, como el ave de paso que migra lentamente en una serie de tramos sucesivos.

—Tranquilo y agradable —me dijo un día el gerente del hotel al pasar a mi lado—. Aquí seguro que se puede relajar.

Pero yo no había viajado hasta un lugar tan lejano para relajarme. Le dije que me marchaba al día siguiente.

—Avurudu —dijo, y sonrió—. Imposible. No hay autobuses.

—Ya encontraré un coche.

—No hay coches, no hay nada. Todos en casa con sus familias. No es buen auspicio viajar.

Me mostró un artículo destacado en el periódico del día. Iban enumerados los momentos favorables en el Avurudu, incluido éste: «La hora de buen auspicio para salir de casa para trabajar es a las 6:35 de la madrugada del jueves 20 de abril... Conviene llevar ropa de color oro y salir de cara al norte tras consumir un desayuno a base de moru y arroz».

Tres días faltaban para eso. Todo el país estaba cerrado hasta ese momento. No funcionaba nada, ni autobuses, ni trenes.

—¿Adónde va, señor? —me preguntó el gerente cuando despaché la cuenta a la mañana siguiente.

Cuando le dije Colombo, se echó a reír, dando a entender que era imposible.

Salí hasta la carretera a hacer autostop. Me recogió una furgoneta llena hasta los topes y me llevó casi hasta Matara. Tuve que acuclillarme en una posición incómoda, con los codos de otros pasajeros en los riñones. Al cabo de cuatro horas no aguanté más. Salí y volví a hacer autoestop, y al cabo de media hora un hombre me recogió en un coche pequeño. Cerca de Galle, en una curva del camino, vi una gran pancarta: «Cálida acogida a la amistad USA - Sri Lanka», y una muchedumbre excitada que esperaba a sus visitantes

norteamericanos, a los cuales iban a obsequiar con la hospitalidad propia del Avurudu, con guirnaldas de flores, con cestos de fruta.

No vi ningún indicio de que los norteamericanos estuvieran cerca, pero más adelante oí el ruido inconfundible de un helicóptero que se posaba en tierra, en algún lugar fuera de mi alcance, en la jungla. Después me enteré de que en el helicóptero viajaban tres senadores estadounidenses y sus mujeres, que habían ido a visitar un campo de refugiados del tsunami. Una fiestecita: unos políticos en vacaciones de familia, a los que se agradece en persona y con creces por la generosidad del país al que representan. No hay mejor ejemplo de lo que es el viaje oficial y el no oficial: el ruido de las aspas del helicóptero con los senadores a bordo cuando yo iba por una carretera estrecha con la esperanza de que alguien me recogiera.

16. El tren lento a Kandy

Uno de los ilusorios engaños que más felices y más útiles resultan cuando uno viaja es la sensación de ir en busca de algo. Al finalizar el Avurudu, cuando por fin llegó el día de buenos auspicios para trabajar, para viajar —el día fijado por astrólogos y adivinos—, tomé el tren a Kandy, capital del antiguo reino que se encuentra en el centro de la isla y a una altitud considerable. Allí, en un templo famoso, se conserva como reliquia un diente de Buda en un estuche de oro. Era un lugar de peregrinaciones votivas.

Todos los trenes que tomé en Sri Lanka eran pequeños y lentos, casi con toda seguridad los mismos que había tomado tantos años antes, sólo que mucho más sucios. Sin embargo, las rutas eran espectaculares, tanto a la orilla del mar como por las verdes colinas, tanto que apenas reparé en las condiciones desastrosas del ferrocarril, o en la dureza del banco en que fui sentado. No había más que ciento veinte kilómetros hasta Kandy, a lo largo de los cuales la vía ascendía desde la costa, pasando por huertos, labrantíos y aldeas esparcidas por las laderas, el arroz cultivado en terrazas de aguas quietadas, argentinas, como espejos del cielo, y templos de piedra tallada en los acantilados, monasterios en las cotas más elevadas. Plantaciones de cocoteros, cultivos agrarios de todo tipo, campos llenos de piñas, mercadillos en los que abundaban los capullos en flor: el camino hacia Kandy estaba jalonado por infinidad de flores.

Llegué a una región en la que el aire era más fresco y los árboles más altos, pasada la estación de Ambepussa y el nudo ferroviario de Polgahawela, con su templo y monasterio budistas. En medio del pronunciado ascenso que se iniciaba en un lugar llamado Rambukkana empezó a llover, las primeras lluvias que vi desde Bujara, de las que habían pasado más de un mes. Las ventanillas del tren iban abiertas, la lluvia salpicaba en el interior, pero no éramos muchos los pasajeros y había sitio de sobra para desplazarnos a los

asientos más secos.

Un hombre de avanzada edad, con el paraguas enrollado y un sombrero de ala ancha y un maletín, me hizo sitio en uno de los bancos a resguardo.

—Bienvenido.

Era, me dijo, el señor Kumara. Había sido funcionario del Ministerio de Sanidad y estaba jubilado, con lo que vivía de su pensión.

—Y hay muchas cosas que me interesan.

Se le notaba una gran confianza en sí mismo. El sombrero, el paraguas y el maletín le daban aire de autoridad. Con su sonrisa apacible, parecía acoger de buen grado cualquier pregunta.

—¿Qué cosas le interesan?

—La quiromancia y la numerología. Hago predicciones.

—¿Cuál ha sido su predicción más acertada?

—Que Franklin Roosevelt habría de morir asesinado —dijo, y sin darme tiempo a que lo pusiera en duda añadió—: Y que una determinada mujer iba a abandonar a su esposo. Y lo hizo.

Me preguntó por diversas fechas relacionadas conmigo, los números de mi vida. Sacó un cuaderno e hizo una serie de cálculos basados en mi fecha de nacimiento, cubriendo toda la hoja de impenetrables operaciones matemáticas y de tachaduras, hasta dar con una sola cifra, que envolvió en un círculo.

—Su número es el dos —dijo—. Parece usted más joven de lo que es. Tiene una buena línea solar. No me hace falta verle la palma de la mano para decírselo.

Hizo entonces nuevos cálculos en otra hoja.

—Éstos son los años que el destino le ha otorgado, quiero decir los años significativos. Cuando tuviera usted veintitrés, treinta y dos, cuarenta y uno y cincuenta.

Me paré a pensarlo: África, el bazar del ferrocarril, una historia de amor desastrosa, el divorcio... de mal fario. El señor Kumara me estudiaba la palma de la mano.

—He aquí la línea solar, ya se lo decía yo.

Sin otra cosa que hacer, aparte de sujetarse a los montantes y las asas de la barra, el resto de los pasajeros se tomó cierto interés por aquello y estiró el cuello para ver qué sucedía, o como si quisiera verificar cómo eran las líneas de mi mano.

—Ésta es la línea de la vida. Puede usted llegar con toda facilidad a los

ochenta y dos o a los ochenta y cinco —dijo, manipulando al mismo tiempo la carne de mi pulgar—. Éste es el monte de Júpiter. Es usted tenaz, un hombre que se ha hecho a sí mismo. Resuelto. No cede ante nada, ante nadie. No admite interferencias ajenas. Usted vive la vida a su manera. Le gusta flirtear, pero no se le da bien la satisfacción de sus apetitos sexuales.

Esto provocó murmullos entre el resto de los pasajeros y yo negué con la cabeza, tratando de poner en duda semejante valoración.

—De hecho, usted es Júpiter, y está llamado a ser el líder entre otros hombres —dijo, aunque lo dijo como si fuese una realidad incontestable—. Tiene la vista relativamente mal, pero veo que no lleva gafas.

—Me han operado de cataratas en los dos ojos.

—¿Lo ve? ¿Qué decía yo? —en realidad lo dijo refiriéndose a los mirones—. Es usted un hombre caritativo, pero le jugó una mala pasada la mujer que más quería —dijo—. En el pasado hubo gente que se aprovechó de usted y de su manera de juzgar las cosas. ¿No es cierto?

—Todo eso es cierto, sí.

Había pasado a examinarme la mano izquierda.

—Tiene la mano izquierda más interesante que la derecha.

—¿En qué?

—Más irritada —dijo el señor Kumara—. Ha ganado usted las batallas contra el enemigo. En el futuro, no tiene que preocuparse del enemigo.

—Eso suena bien.

—Muchos viajes en el extranjero a lo largo de su vida —dijo.

—¿Eso lo dice porque ahora estoy en Sri Lanka?

—Su manera de vivir depende de sus viajes —dijo, y me retorció la mano, examinándome la palma muy a fondo—. Pronto le llegarán noticias inesperadas y de una manera inesperada. Y su trabajo va bien. No hay nada que le importune. Pero tiene usted problemas bronquiales y problemas respiratorios.

—Eso sí que no es cierto.

—Todo se andará —dijo muy seguro de sí mismo—. Antes de los treinta y cinco tuvo usted grandes trastornos. En el trabajo, en el matrimonio, en la vida... un desastre.

—Eso es una gran verdad.

—Se enamorará usted más de dos veces.

—¿Otras dos veces más?

—Eso parece —me miró de frente a la cara y me soltó la mano—. Usted es juez, abogado, escritor. Tal vez sea embajador.

—Si fuese embajador, ¿viajaría en este tren?

Los pasajeros que estaban más cerca me miraron en busca de confirmación. Sonreí. Aparte de la insultante insinuación de que pudiera yo ser un abogado, en la mayoría de sus suposiciones había acertado.

Me había habituado a los daños causados por el tsunami a lo largo de la costa, a las ruinas y a la reconstrucción. Tierra adentro, en cambio, en los montes, las casas estaban enteras, las aldeas intactas, brillantes bajo la lluvia mansa, las hojas verdes y densas del follaje más verdes aún con las gotas de lluvia.

—Esto es Peradeniya —dijo el señor Kumara, poniéndose en pie y soltando el broche con que cerraba su paraguas. Me dio su tarjeta de visita, con su nombre y dirección—. Cuando vuelva a Sri Lanka, por favor venga a visitarme. Le presentaré a mi familia. Mi esposa es una cocinera excelente.

—Así, cuando vuelva podrá usted verificar si ha acertado en sus predicciones. Eso de la «riqueza inesperada»...

—Yo nada más que digo lo que veo —dijo. Y salió del vagón—. Aquí hay jardines deliciosos. Tendría usted que verlos sin falta.

Así lo planeé, sólo que yendo desde Kandy, que distaba pocos kilómetros de allí. Me pareció que sería más difícil encontrar un taxi en los jardines.

Ya en Kandy fui caminando a la salida de la estación con una muchedumbre de peregrinos en continuo aumento, rumbo al Dalada Maligawa, el Templo del Diente, pensando en las profecías quirománticas del señor Kumara. Había supuesto que la población budista de Ceilán sería racional y compasiva. En ciertas de sus formas, el budismo es como un vapor, como un olor a santidad, el minimalismo de la abnegación, en modo alguno una religión, sino a lo sumo una filosofía de la generosidad y del perdón.

Qué raro, así las cosas, ver cómo observaban los singaleses, con suma atención, las anómalas restricciones del Avurudu («Para encender el fuego en el hogar se aconseja vestir ropas de colores y hacerlo mirando al sur... rociarse la cabeza con hojas de *nuga* a las 7:39 de la mañana... Empezar camino rumbo al norte...»), o dejarse embelesar por la numerología del señor Kumara, sus adiciones y sustracciones, sus predicciones confianzudas. Y, ya en Kandy, la panoplia de aquel templo decorado de un modo recargado, con columnas doradas, con cintas y piedras semipreciosas, con estatuas envueltas

en un velo, con la mirada de un centenar de budas haciendo gestos, siempre con los párpados entrecerrados, además de las flores y las velas, los frutos y las banderolas, las cenefas que flameaban con la brisa, toda la parafernalia que relacionaba yo con la sangre y el oro y los órganos de tubos que resumen los interiores decorados de las catedrales sudamericanas y los excesos más desatinados del catolicismo, además de la bruma arremolinada de incienso aún caliente: «... ese inmenso, armónico brocado apolillado / y creado para hacernos creer que no hemos de morir».[11]

Me quité los zapatos y me sumé a la cola de personas ansiosas por ver el diente de Buda, que en ese templo, en su funda de oro, era como la reliquia de un santo, el cráneo de San Francisco Javier, una momia en una catacumba, una astilla de la auténtica Cruz. La historia del diente de Buda se remonta al siglo IV a. C., y se pone en tela de juicio que sea uno de los caninos auténticos o más bien un sucedáneo de la pieza dental (un diente falso, dijeron los singaleses) que los portugueses más piadosos quemaron en Goa por ser objeto de una perversión idólatra. Los portugueses que veneraban las astillas de la Santa Cruz y los cráneos de los santos prácticamente destruyeron Kandy en su tiempo; lo que quedó tras aquello cuando los holandeses conquistaron la ciudad en el siglo XVI, lo habían demolido los propios holandeses, dejando poca cosa en pie para los británicos, que aparecieron en 1815.

En las salas interiores del templo no cabía un alfiler; el ambiente era sofocante, todo ello atestado de budistas en actitud propiciatoria ante las estatuas impasibles, prosternados, agitando cintas de colores, gesticulando con los brazos extendidos, como si ensayasen para ser cristianos de pro.

Salí del templo y estuve caminando a la orilla del lago; me agradó la limpidez del aire a quinientos metros de altitud, y encontré un sitio donde servían curry (un plato de arroz cubierto de una salsa muy sazónada, a setenta y cinco centavos) y allí me senté a leer en el periódico las noticias de los recientes actos terroristas de los Tigres Tamiles. En el sitio exacto en que había previsto pasar de la India a Sri Lanka, un ejército de motoras armadas de los Tigres, camufladas de botes de pesca, había atacado a varios navíos de la marina de Sri Lanka. Perecieron o desaparecieron once marineros de Sri Lanka; en la posterior represalia, se hundieron ocho de las motoras rebeldes y perdieron la vida treinta Tigres. En Colombo, fueron capturados tres comandos de los Tigres, con trajes de buceo, que habían ido a colocar minas;

dos de los integrantes se suicidaron ingiriendo cápsulas de cianuro que llevaban a mano con tal finalidad.

Un singalés que iba a mi lado pegó la hebra conmigo.

—En las últimas dos semanas —dijo al ver el artículo que estaba leyendo yo— han matado a sesenta y siete personas. ¡Y esto ha sido durante un alto el fuego!

Se llamaba Kaduwella. Había ido a Kandy a ver el diente sagrado. Dijo que los Tigres Tameses habían atacado el templo.

Naturalmente: siendo un lugar de tanta serenidad, de tal relumbro, de tal santidad, era inevitable que los Tigres lo violasen. ¿Por qué no? En un párrafo que se deja leer como si fuera un histórico «sálvese quien pueda», Christopher Ondaatje describe las escaramuzas que se han sucedido en torno al diente de Buda desde hace ya un millar de años; cuenta cómo fracasó Kublai Kan en su intento por apoderarse de la reliquia, cómo los indios lograron llevársela en el siglo XIII, aunque la perdieron ante un rey singalés. Cuando los chinos tampoco lograron el éxito en su intentona de robar el diente, se llevaron a unos rehenes de peso, a miembros de la familia real. Los portugueses se conformaron, engañados con un diente falso. Así las cosas, los Tigres Tameses no eran sino los últimos de una larga lista de depredadores, cazadores furtivos y violadores del Templo del Diente.

Kaduwella vivía en Colombo. Mientras su esposa y su hijo sonreían con timidez, el señor Kaduwella me invitó a su casa.

—Tenemos una comida muy buena —dijo a la vez que miraba mi plato como si lo desechase, por más que tanto él como su familia fuesen a comer algo similar.

Le pregunté cómo se llegaba a Peradeniya. Dijo que estaba demasiado lejos para ir a pie, y cuando terminamos de comer salió a buscarme un taxi y a negociar el precio. Y cuando nos despedimos me repitió su amable invitación.

En el pasado es posible que no quisiera ir a visitar los Jardines Botánicos de Peradeniya. Lo más probable es que hubiese visitado el bar de Peradeniya y que me hubiera pasado la noche entera delante de la barra. En cambio, en estos tiempos, cuando estoy de viaje rara vez salgo por la noche, y me levanto más temprano, y con frecuencia visito los jardines, en especial los jardines ideados por los británicos, muchos de cuyos árboles tienen considerable antigüedad, puesto que algunos de los especímenes se plantaron en el

siglo XIX. Me empezó a interesar la jardinería sólo cuando fui dueño de una casa, lo cual sucedió a resultas de la buena suerte que tuve con el éxito de *El gran bazar del ferrocarril*. Empleé las ganancias en comprar una casa, planté arbustos, flores, y más recientemente he plantado algunas variedades de bambú que no son invasivas.

Las arboledas de bambúes de Peradeniya eran densas, muchos de los juncos eran gigantescos, e incluso en las etiquetas aparecía la palabra *giganteus*. ¿Qué sucede con una arboleda de bambúes no invasivos al cabo de un siglo? Los brotes llegan a tener seis metros de altura y la planta en sí alcanza la altura de una casa de tres plantas.

Las cicadas eran enormes, plumosas, viejos árboles similares a las palmeras, aunque no están emparentados con ellas, de altura muy notable; en un lugar como es Sri Lanka, una tierra en la que todo se aplaza y todo decae, aquellos fenomenales jardines habían madurado y habían florecido. Me acordé de los palmerales y los manglares de la costa —Bowles los denominó «vegetación triunfante»— que habían resistido la acometida del tsunami y la furia de las inundaciones, aguantando, como aquellos árboles y helechales y bambúes de Peradeniya, no sólo intactos, sino más grandes, más bellos.

Leonard Woolf había paseado por allí, según refiere Ondaatje. Pasó un año en Kandy, en el tribunal de justicia, fascinado por los complejísimos casos de asesinato y las no menos complejas disputas matrimoniales. Tanto impresionó a sus superiores que obtuvo un puesto mejor en Hambantota, de la que llegó a decir que habría sido feliz en caso de pasar allí el resto de sus días.

No era difícil ver de qué modo podría Sri Lanka robarle a uno el corazón, como ya le sucediera a Sir Arthur. Era en especial gratificante estar en un lugar que apenas había cambiado. Con todo, era un lugar objeto de las violaciones: la guerra, el tsunami lo habían mantenido anclado en el pasado, impidiéndole mejorar. La guerra de secesión de los tamiles ha sido casi con toda seguridad lo que peores efectos ha tenido. La guerra, a su manera, es rara: se detiene el tiempo, nadie piensa en el futuro, sólo en la supervivencia o en la huida.

Me fui de Kandy. Y pocos días después de marcharme de Colombo, en la misma calle de mi hotel, cerca de un parque por el que pasé bastantes veces, un lugar muy placentero, se encontraba un nutrido grupo de mujeres embarazadas que esperaban turno para que las examinasen en una clínica de

maternidad por ser el día semanal de atención a las futuras madres que facilitaba el ejército de Sri Lanka. Sin previo aviso, una de las mujeres, miembro de la escuadrilla suicida de los Tigres Negros, haciéndose pasar por embarazada (bajo el abultado vestido llevaba una bomba), voló por los aires llevándose a otras seis personas consigo.

17. Tren fantasma a Mandalay

La primera reacción que tuve ante Rangún, que hoy es una ciudad triste y esquelética, a la que han rebautizado con el nombre de Yangón, fue de incredulidad. La irrealidad que se tiene al llegar a una ciudad remota y modernizada no se puede comparar con la irrealidad que se experimenta al ver una que apenas ha cambiado nada. Si un lugar, tras varias décadas, sigue siendo igual e incluso peor que antes, casi da vergüenza contemplarlo. Como una plegaria que uno lamenta que jamás haya sido atendida, su existencia es la de una imagen especular de uno mismo, del viajero, que es quien ha de reconocer: yo también soy igual, sólo que he envejecido, estoy más cansado, fracturado, más débil, he sido insultado, objeto de abusos, un ser más espectral. Se palpaba en la ciudad un patetismo intacto a lo largo de todos los años en que estuve ausente, algo anciano, algo casi senil. A la deriva, en manos de la futilidad que presupone el hallarse en una ciudad extranjera, aplatanada bajo el calor sofocante, en realidad un ser como yo encajaba a la perfección. Pasado un par de días empecé a sentir un pavoroso placer por el mero hecho de estar allí, de haber vuelto a tiempo a la ciudad que recordaba, y que en su día fue objeto de mis burlas y sátiras juveniles, una ciudad fantasmal que me hizo sentir fantasmal, envejecido.

La ciudad descuidada, desmoronada, parecía surreal, porque se trataba de un lugar aislado bajo la dictadura militar de Birmania, un lugar desvalido, tiranizado. Había soldados por todas partes, incluso en los callejones más sepulcrales. Se notaba a la legua el pesimismo, el infortunio, el mal gobierno. Carecía de vitalidad. Era una ciudad sin ambiciones visibles: no había desafíos, no había nadie que pareciera retar a nada. Allí, ser joven no era una ventaja, ni era la fuerza útil en nada; el que tuviera la cabeza en su sitio tan sólo podía ser infeliz, además de ser objetivo de la policía secreta. Los estudiantes y los periodistas eran odiados y estaban sujetos a toda clase de

abusos, al igual que los demócratas: quien allí gane unas elecciones terminará encarcelado por el ejército. Pero el reino del terror rara vez es el terror en el más puro sentido del término; es más bien el tedio y la ansiedad y cierto suspense, y una especie de resignación desesperanzada, rayana en la desesperación misma, como si fuese un hogar en el que impera la patología de unos padres alcohólicos o sumamente irritables.

Los birmanos con los que hablé fueron muy francos en lo referente a sus temores, a la intimidación política reinante. Su actitud era desafiante, aunque malhumorada, como suele ser la de las personas sometidas a abusos constantes.

—Gobiernan por medio de las armas. Se pueden presentar en tu casa cuando les dé la gana, llamar a la puerta y llevarte con ellos —esto me lo dijo un taxista, un hombre de unos treinta años o así, que hablaba en susurros.

—¿Y por qué se los llevan?

—¡Pues porque sí!

Y otro hombre, un comerciante en un mercado, me habló con el mismo susurro.

—Una condena a prisión es aquí cadena perpetua. A muchos de mis amigos se los han llevado. Sé que nunca volveré a verlos.

Los generales ya estaban en el poder en los años setenta, la última vez que estuve en el país. Seguían conservando el poder, reforzados por el control que tenían sobre el tráfico de drogas y financiados por el gobierno chino, el mayor socio comercial con el que cuentan, dedicándose a sustancias tan exóticas como la heroína y otras mucho más habituales, como las sandías. Estados Unidos y otros países se niegan a tener tratos comerciales con Birmania por razones éticas. Se trata de un estado paria que había socavado el proceso democrático al invalidar las elecciones generales de 1990 y condenar a prisión a la ganadora de las mismas, Aung San Suu Kyi. Desde entonces ha recibido toda clase de amenazas, ha estado en prisión, ha sufrido persecuciones y vejaciones, ha quedado viuda y ha estado continuamente sujeta a arresto domiciliario. Llegué a Birmania en un momento en el que su condena a arresto domiciliario se había prorrogado durante otro año, y la calle en que vivía estaba cortada por barricadas con centinelas permanentes. Ni siquiera el taxista que más hambre pasara se hubiera atrevido a llevarme a la calle en que vivía, y tampoco a pasar de largo a toda velocidad.

Pero Yangón me resultaba tan familiar, estaba tan igual que antaño en todos

los detalles, que no me fue difícil orientarme. Para hacerme una idea de dónde estaba, fui a la principal estación de ferrocarril, pregunté por un billete a Mandalay y luego estuve paseando por las calles, hacia el río, maravillándome ante los edificios que se caían a pedazos, los talleres viejos y resquebrajados, los vendedores ambulantes a la sombra de los porches, con sus puestos de naranjas y mangos, y los coches destartados, y las alcantarillas apestosas en previsión de los monzones... nada nuevo. Las pagodas estaban más luminosas, habían dado una mano de pintura dorada a las estupas, las paredes estaban recientemente enjalbegadas. Frustrada por la represión militar, la población parecía buscar refugio en el budismo, que no en vano predica la paciencia y la compasión. Al margen de las pagodas recién pintadas, la ciudad se hallaba en estado ruinoso, cosa de veras única en el sudeste asiático, que se ha reinventado casi por completo. Birmania era excepcional por su decrepitud y por su baja moral, siendo casi absoluta su ineficacia.

La ciudad imperial seguía en pie, de estilo victoriano en sus largas columnatas y en sus estrechos pasajes. Me maravilló la existencia de edificios amplios, imponentes, de altas ventanas, con balconadas y porches, todos ellos preservados por el sencillo procedimiento de no atenderlos. Cualquiera de los muchos residentes en Rangún en los tiempos coloniales, entre los más célebres, habían reconocido el lugar. Si por Dalhousie Street hubieran bajado Rudyard Kipling, George Orwell, y H. H. Munro (más conocido con el seudónimo de Saki), todos ellos antiguos residentes en la ciudad, camino de la Pagoda de Sule, y hubieran doblado por Strand Road, habrían reconocido la antigua Casa del Marino, la Central de Correos, el Strand Hotel. Y podrían haberse manejado por la ciudad, como hice yo, ayudándose de una de las primeras ediciones de la guía de Murray.

El Strand Hotel era prácticamente el único edificio restaurado, devuelto a su gloria de antaño, con una anchurosa entrada flanqueada por las palmeras, ventiladores en los techos, un vestíbulo adecentado y lacayos que ostentaban unas libreas inmaculadas, además de guantes blancos. En el espléndido restaurante del Strand se servía «solomillo de ternera a la plancha, estilo “Mulwara”, con hígado de pato», por treinta y cuatro dólares. El precio de ese plato me fascinó, porque resulta que en Birmania, país en el que se desprecia la educación y se considera sospechoso a quien la tenga, los profesores de primaria ganaban treinta y cuatro dólares al mes. Sólo en el ejército era posible enriquecerse; el resto de la población se las apañaba como mejor

podía, vendiendo cualquier cosa o entrometiéndose en el negocio del cambio de divisas: el cambio oficial era de trescientos kyats por dólar, pero en el mercado negro se pagaba cinco veces más.

En esa clase de tiranía, sin oposición de ningún tipo, todo el mundo se veía obligado a adular, sonsacar, lloriquear, negociar a la baja, aflojar la mosca, mentir. Pero así como los militares de Birmania eran detestables, la población con la que tuve algún contacto me pareció de buen temple, servicial; tal vez fuera éste el único país por el que pasé sin encontrar nada más que generosidad y amabilidad. Y los birmanos son los ciudadanos peor tratados, peor gobernados, más despreciados y perseguidos que jamás haya visto, mucho peor que los turcomanos, y eso ya es mucho decir.

No me alojé en el Strand, aunque en mi otra visita sí lo hiciera. Era una ridiculez pagar cuatrocientos cincuenta dólares la noche por una habitación individual. Encontré un hotel idóneo (es decir, un tanto desangelado, pero a buen precio) a cuarenta y cinco dólares la noche, y estaba cerca de la Pagoda de Shwe Dagon.

—El tren va lleno —me dijo el señor Nay Aung, agente de venta de billetes, cuando fui a la estación. Me sugirió que volviera al día siguiente.

Aguardé un día. Fui caminando a Shwe Dagon y di una vuelta por la ciudad. Apenas vi a ningún turista, no había casi tráfico, y estaban presentes todos los síntomas de una dictadura: el egoísmo y la paranoia propios de quienes se aferran con uñas y dientes al poder, resumidos en los soldados bien vestidos, con botas recias, mientras los ciudadanos apenas vestían unos andrajos y calzaban sandalias de goma. Me admiré por cómo era yo de joven. Yangón era entonces una ciudad maltrecha, pero yo no tenía dinero; me las ingenié improvisando, fiándome de la suerte y de la intuición. Una de las lecciones que aprendí en este segundo viaje fue que había sido un viajero resistente a todo, y sin embargo era consciente de que no fue tanto la resistencia cuanto más bien la desesperación lo que me ayudó a que el viaje fuese fructífero.

—Ha tenido usted suerte —me dijo el señor Nay Aung al día siguiente—. Hemos tenido una cancelación.

Me vendió un billete a Mandalay: de primera clase, pero con cuatro personas en el compartimento. El tren saldría hacia la una de la tarde para llegar a Mandalay a las tres de la madrugada. Ese horario tan improbable —sólo funcionaba un tren al día— no me lo supo explicar el señor Nay Aung.

—Sí, no es muy oportuno llegar a las tres de la madrugada. Será ya muy de

noche.

Mi recuerdo del tren a Mandalay era el de un tren elemental, y el viaje como una prueba de fuego. Este otro tren estaba en mejores condiciones, pero no dejaba de ser un tren fantasma, una desvencijada reliquia de un pasado ya lejano, en el que viajé desde la ciudad esquelética, cercada por los militares, a la no menos fantasmal ciudad del norte, Mandalay, de menor tamaño. Es algo que sentí con intensidad nada más arrancar. No tenía ni idea de que fuera o no exacta esa visión de Mandalay, una ciudad de apariciones y de muertos vivientes, de seres vivos a los que gritaban en todo momento unos soldados demoniacos.

En el compartimento del coche cama dormitaba un joven francés en su litera, con una sinuosa novia tailandesa, adolescente, pegada a él por completo. Saludé al entrar y salí al andén a comprar unas naranjas.

Un monje con un hatillo al hombro sufría las imprecaciones de un birmano andrajoso. El monje hablaba en inglés e intentaba dar al hombre algo de dinero, unos billetes arrugados y desgastados.

—No, dos dola —dijo el birmano.

—Es lo mismo, pero en kyats —dijo el monje.

—Dos dola —repitió el birmano.

—¿Qué problema tienen? —dije.

El hombre andrajoso era un conductor de un mototaxi que había llevado al monje a la estación. Insistía, como hacían muchos birmanos con los extranjeros, en que se le pagase en dólares.

—Tenga —dije, y di al hombre los dos dólares. El hombre los tomó con ambas manos, con los dedos extendidos, y luego se tocó con ellos la frente.

—Pero si usted es un desconocido —dijo el monje—. Usted no me conoce de nada.

Yo llevaba un tiempo leyendo un texto budista, el Sutra Diamante, pensando en utilizarlo como información de fondo para otra novela corta ambientada en la India que estaba escribiendo entonces, *La Puerta de la India*, y por eso le pude responder así:

—El Sutra Diamante dice que uno debe dar sin pensar en nada más. ¿No habla usted birmano?

—Soy de Corea.

Resultó que iba a tomar el tren a Mandalay, siendo la cuarta persona de mi compartimento. Saludó al francés y a la tailandesa y poco después, con el

estrépito de los enganches entre los vagones, el tren se puso en marcha.

Miré por la ventanilla y me volví a maravillar, como ya me sucediera cuando llegué a Yangón. Tampoco había cambiado nada en las afueras; después de los bungalows medio derruidos y de las aldeas a la orilla de un arroyo, todo fueron campos secos, cabras que pastaban cerca de la vía, patos en estanques cenagosos, mujeres cargadas y caminando, con aire altivo por llevar en equilibrio los fardos sobre la cabeza, birmanas esbeltas con sus sarongs, y muchas acequias malolientes.

Me adormilé, me desperté; el francés y su novia se habían separado y dormían en las literas de arriba. El monje iba sentado frente a mí. Era un monje zen y se llamaba Tapa Snim («*Snim* significa monje en coreano», me dijo). Acababa de llegar a Birmania. Tenía cincuenta años. Había dejado su hatillo en una esquina de su litera. Era un hombre delgado, más bien enclenque, muy aseado, con unos ropajes ocres, limpios, y la cabeza perfectamente afeitada, lo cual daba un tono grisáceo a su cuero cabelludo. No era el clásico monje, sonriente y evasivo, que ya me había acostumbrado a ver, de los que caminan a un palmo del suelo, sino un hombre animado y atento, que me miraba a los ojos al hablar y respondió a mis preguntas.

—¿Desde hace cuánto es usted monje? —le pregunté.

—Me hice monje a los veintinueve años —dijo Tapa Snim—. He meditado durante veintinueve años, pero también he viajado. He estado en un monasterio aquí en Yangón durante unos días, pero deseo quedarme en un monasterio en Mandalay.

—¿Cuánto tiempo pasará allí?

—Meditación durante seis meses, y luego iré a Laos y a Camboya... igual, para meditar en un monasterio.

—¿Y basta con que se presente allí y diga «aquí estoy»?

—Sí. Muestro algunos papeles para demostrar quién soy. Ellos son budistas Theravada. Yo soy Mahayana. Creemos que se puede alcanzar el pleno esclarecimiento.

—¿Como Buda?

—Podemos llegar a ser Buda de una manera total y completa.

—Su inglés es muy bueno —dije.

—He viajado por quince países budistas. Usted algo sabe del budismo... Antes habló del Sutra Diamante.

—La he leído hace poco. Me gusta la parte en que describe cómo es la vida

en la Tierra:

Una estrella que cae, una burbuja en un arroyo,
una llama al viento. La helada al sol.
El destello de un relámpago en una nube de verano.

—Un fantasma en un sueño —dijo Tapa Snim, el verso que había olvidado
—. Así termina el poema. ¿Ha leído usted el Sutra del Sexto Patriarca?

Le dije que no, y me anotó el nombre en el cuaderno.

—Esto es algo que conocen todos los budistas zen —dijo, y dio unos golpecitos en el nombre.

Viajamos un rato en silencio. Me vio garabatear en mi cuaderno.

—Usted debe de ser escritor —dijo el francés. Llevaba una caja con comida, sobre todo patatas fritas, pipas de calabaza, cacahuets. Compartió con nosotros una bolsa de pipas de calabaza.

Ascendimos por la gran llanura de la provincia de Pegu, blanquecina y polvorienta bajo el sol, un ancho valle fluvial que se cocía en la estación seca. Chozas sencillas, pequeñas, y aldeas; templos a lo lejos, vacas reclinadas a la escasa sombra de los árboles raquíuticos. Stupas altas y solitarias, algunas como si fueran enormes peones encalados en remotos tableros de ajedrez, otras como faroles de tamaño enorme, bajo un cielo azul y sin una sola nube.

Los bambúes tenían allí la forma de una cornamenta desmesurada, y a veces se veía trotar a los cerdos entre la maleza, para abreviar en las charcas llenas de flores de loto. Era una visión del pasado, subdesarrollado, sereno desde lejos y, de cerca, áspero e inmisericorde.

Millas y millas de arrozales ya secos y cosechados, los tallos del arroz cortados y atados en fardos, apilados a la espera de la recolección. Ninguna señal de que hubiese tractores ni mecanización de ninguna clase, tan sólo una mujer con un gran fardo sobre la cabeza, un par de bueyes en una yunta, apariciones dignas de nota por ser algo tan anticuado. Y luego un carro tirado por un par de bueyes, cargado de fardos de algodón y, pasada una extensión de arrozales, una estupa dorada.

Salí al vestíbulo del tren por hacer algo de ejercicio y conversé con un hombre viejo y desdentado que iba a Taungoo. Cuando le pregunté por el pasado me pareció un tanto difuso.

—Tengo cincuenta y dos años —dijo, y me acordé de que la pobreza es un

factor de envejecimiento prematuro.

Volví al compartimento y vi a Tapa Snim rebuscar algo en su hatillo. Lo vi sacar un sobre, y entonces empezó a anudar las dos hebras con las que un simple cuadrado de algodón se convertía en todo su equipaje.

—¿No lleva otro bolso? —le pregunté, porque ése me pareció inverosímilmente pequeño para alguien que fuese a recorrer grandes distancias.

—No. Éstas son todas mis pertenencias.

Llevaba encima todo, no sólo para un viaje de un año, sino todo lo que poseía en este mundo, un bolso que con facilidad se colgaba de un hombro. En efecto, el clima de aquella región es cálido, pero su bolso era más pequeño que una bolsa de supermercado.

—¿Puedo preguntarle qué lleva dentro?

Tapa Snim, aflojando el nudo, me mostró muy satisfecho todo el contenido.

—Mi cuenco, muy importante —dijo, y sacó el primer elemento. Era un pequeño plato soper, de plástico, con una tapa que encajaba a la perfección. Lo utilizaba para pedir limosna, pero también para comer el arroz.

En un bolso más pequeño llevaba un pedazo de jabón dentro de una funda, unas gafas de sol, una linterna, un tubo de repelente antimosquitos y un bote de aspirina.

En una cajita de plástico, un carrete de hilo gris, unas tijeras, un cortaúñas, tiritas, un dedal, agujas, gomas elásticas, un espejo diminuto, un tubo de pomada para tratarse los hongos de los pies, una barrita de cacao, spray nasal y cuchillas de afeitar.

—También muy importante —dijo, y me mostró las cuchillas—. Me afeito la cabeza cada quince días.

Doblado con toda pulcritud, un jersey de lana fina, un chal que llamó *kasaya*, una muda. En una carpeta pequeña, para guardar documentos, llevaba un cuaderno y unos papeles, una fotografía en la que posaba con una docena de monjes («para presentarme»), y un gran documento en caracteres chinos, al que llamó su certificado de *bhikkhu*, prueba oficial de que era monje, con varias firmas y sellos y pinceladas. También tenía un diccionario electrónico de la marca Sharp, que le permitía traducir de muchas lenguas, y un rosario de cuentas con un total de 108, por ser ésa la cifra espiritual.

Mientras confeccionaba yo la lista de sus pertenencias, añadió:

—Y esto otro —su sombrero de paja—. Y esto —su abanico.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y dinero?

—Ése es mi secreto.

Y con gran cuidado colocó todos los objetos sobre la tela y formó con ella un saco. Era todo lo que tenía en este mundo.

—Cuénteme cómo medita.

—Usted conoce la palabra japonesa *koan* —dijo. No fue una pregunta—. Por ejemplo, en la antigua China, un estudiante preguntó a un importante monje zen «¿qué es el buda?», y el monje contestó: «Un pino delante de un jardín».

Por la ventanilla del tren vi una aldea en un claro, en medio de una densa arboleda, que le daba sombra: plataneros diseminados, cocoteros, más estanques llenos de lotos, gente en bicicleta. Y delante de mí, sonriente, con la cabeza afeitada, Tapa Snim.

—Sobre eso medito. «Un pino delante de un jardín.» Es un árbol especial.

—¿Desde hace cuánto tiempo emplea ese koan?

—Desde hace años, muchos, muchos años —volvió a sonreír—. Doce horas al día.

—¿Funciona?

—Cuando llegue el momento lo entenderé. Todo el mundo tiene un espíritu del buda en su ánimo. Debido a los sufrimientos y los deseos y debido a la ira que nos embarga no acertamos a encontrarlo —se meció un poco en el asiento y siguió hablando—. Si nos libramos del sufrimiento y de los deseos y de la ira, podemos llegar a ser un buda.

—¿Cómo me libro yo de todo eso?

—Meditando. Se trata de vaciar el espíritu, de que su ánimo quede vacío del todo. De que no haya espíritu: ésa es la fase más profunda de la fase profunda —me pidió prestado el bolígrafo y el cuadernito en el que había anotado yo mis cosas—. Todas las noches tengo en mente una cuestión seria. Todos los días, todas las noches. Mire.

Trazó seis caracteres chinos, inscribiéndolos con lentitud, cada trazo, cada punto. Y los fue golpeando uno por uno a la vez que los traducía.

—El buda de la cara del sol, el buda de la cara de la luna —dijo—. Durante veintiséis años he pensado en esto. Si logro resolverlo, alcanzaré la verdad. Resolver este problema es mi destino, mi vida entera.

—¿Y de qué manera dio en escoger estas imágenes?

—Un día, a un monje famoso, llamado Ma Tsou, le preguntaron «¿cómo estás?». Y esto es lo que respondió.

—¿Por qué vino aquí a meditar? Podría haberse quedado en Corea.

—¡Es que Buda viajó! —dijo—. Por eso viajo yo. Voy en busca del esclarecimiento.

—¿Qué opina sobre Birmania?

Se echó a reír y me dijo que el día de su llegada fue a la estación de ferrocarril a comprar el billete, pero que la ventanilla estaba cerrada. Se sentó en un banco a esperar y se quedó dormido. Cuando despertó, descubrió que el monedero que llevaba cosido en la cintura se lo habían abierto con una navaja, y que le habían robado parte del dinero.

—¡Pero sólo la calderilla! El dinero de verdad va en lugar secreto.

—¿Ha estado usted en la India?

—La India puede ser peligrosa —dijo—. Pero sí tengo una teoría sobre la India —se adelantó en el asiento, ansioso por explicarse—. Allí veo que hay muchos pobres, y pienso... ¿qué karma tienen? Son los más pobres del mundo. ¿Por qué han de soportar tan grandes sufrimientos, eh?

Le dije que no tenía ni idea, y que la gente de allí mismo, bastaba con mirar por la ventana, era pobre de solemnidad, pues vivía en chozas de bambú y empuñaba un arado de madera del que tiraba un buey, o trasladaba de un lado a otro pesados fardos de algodón.

—La India es mucho peor —dijo—. He aquí mi ridículo pensamiento. Sé que es una tontería, pero... —con ese «pero» dio a entender que no era ni mucho menos ridículo, y que no me precipitase yo al juzgarlo—. En la India, la gente ha tenido muchos malos karmas. En su historia, crearon la violencia; destruyeron las estupas budistas y persiguieron a los monjes. En todo momento culpan a los musulmanes, pero los hindúes han sido igual de perniciosos. En mi viaje por la India he pensado que ésa es la razón más profunda de sus sufrimientos.

—¿Y en Corea? ¿También hay sufrimientos?

—¡Hay sufrimiento en todas partes! En Corea tenemos a unos cristianos enloquecidos, porque están bajo la influencia de los Estados Unidos.

—¿El reverendo Moon?

—¡Y muchos otros como él! —dijo Tapa Snim—. Me alegro de estar aquí.

Con el sol poniente, las tonalidades rosáceas y ocre matizadas por una luz apagada, las sombras alargadas de los jornaleros que seguían con la cosecha.

Y ya con el crepúsculo, el signo inconfundible de la pobreza rural: no había luces en las aldeas, sólo el remoto relumbre en una choza o la fogata apenas perceptible, hecha para cocinar algo en el suelo, el olor del humo de leña. Todas las ventanillas del tren estaban abiertas a los insectos y al humo; al pasar por un cenagal o un estanque, se abrían a la humedad del aire, a la avalancha maloliente de las aguas estancadas.

La última estación discernible antes de que oscureciera era Taungoo, una especie de límite: después de aquel punto entraríamos en la Alta Birmania. Mientras conversaba con Tapa Snim, el joven francés y su novia se habían ido fuera del compartimento. Le pedí a Tapa Snim que vigilase mi bolso y salí a recorrer tres o cuatro compartimentos, hasta el vagón restaurante.

Allí sentado, tomándome una botella de cerveza grande, hecha en Birmania, me invadió una dicha parecida a la que experimenté en Sri Lanka, también inefable, como la vivida en la pequeña pensión de Galle, como si hubiera hecho un viaje tan largo sólo para que me elevase el espíritu el aire de la noche, la brisa que corría por las ventanillas del tren, haciendo flamear las cortinillas mugrientas, acariciando las mesas manchadas de comida en la que los birmanos, apoyados sobre los codos, sorbían el arroz frito y los tallarines, riendo y bebiendo, la oscuridad exterior interrumpida sólo por un farol de vez en cuando, por el destello de un fuego, o de una vela, que iluminaba nada más que la propia luz, aunque «basta una vela para iluminar el mundo». Aparte de eso, nada de lo que dar cuenta. Me sentí afortunado por haber conocido a Tapa Snim, y estaba pensando que, en efecto, me alegraba de haber ido a aquel lugar.

—¿Puedo sentarme aquí?

Dije que sí, cómo no, pues había muy pocos asientos libres en el vagón restaurante. Era un hombre sonriente de unos cuarenta años, se llamaba Oo Mindon. Dijo que era comerciante.

—Me dedico a vender galletas, tallarines, cigarrillos —dijo—. Y ropa para niños.

Era dueño de un puesto en el bazar de Myoma, en Ye-u, una localidad al noroeste de Mandalay. Era un viaje de doscientos veinte kilómetros, seis horas en autobús por malas carreteras, dijo. Cualquier viaje por Birmania era lento y estaba lleno de suciedad, aunque él no se quejaba de las dificultades; al contrario, reía al relatar las distancias y las pésimas condiciones de las carreteras.

Tras las preguntas de rigor —país de origen, esposa, trabajo— se echó a reír.

—Me gusta la democracia —dijo.

Era el dueño de un puestecillo en un bazar de un rincón olvidado del país, en el centro de Birmania, más bien al norte, y se lanzó de pronto a una acalorada denuncia del gobierno, de los generales, de las carreteras, del desastroso estado de los trenes y los edificios. Viajaba bastante, surtía de género a las poblaciones cercanas, donde vendía galletas y tallarines, y dijo que la situación era terrible. Empleó siempre los nombres antiguos: Birmania, Rangún en vez de Yangón, Maymyo en vez de Pyin-Oo-Lwin.

—El ejército no vale para nada. Sólo causa complicaciones.

—¿Y cómo se puede responder a eso?

—Queremos elecciones —dijo.

—¿No fue Aung San Suu Kyi quien ganó las últimas?

—Sí. Ella sí que es buena. Ella debería estar en el gobierno. Nos cae bien.

—¿Y por qué quieren la democracia? —pregunté para cebarle.

—Porque viviremos mejor. Tendremos un buen desarrollo, y no... esto, todo esto que ve: los soldados ricos, la gente pobre.

Un chico de cierta edad se nos sumó en la mesa: el hijo de Oo Mindon, de dieciséis años. No hablaba ni palabra de inglés, aunque estudiaba en el instituto. La suya era la siguiente generación, la que había sido intimidada por los generales y había sufrido la injusticia de ver cómo se limitaban sus posibilidades educativas. El propio Oo Mindon sí había estudiado inglés y tenía una educación media más que aceptable.

—¿A qué se dedica? —pregunté a Oo Mindon a propósito de su hijo.

—Le gustan los videojuegos —dijo, y comenzó a mover con furia los pulgares para ilustrar la obsesión del hijo.

Aún no había probado bocado, pero pese a tener hambre no quise arriesgarme a tomar el arroz frito que seguramente removía el cocinero de camiseta resudada con una paleta de madera en un wok renegrido, el cigarrillo colgando entre los labios... ¿o fue tal vez por haber visto los platos sumergidos en agua sucia, en el fregadero?

Al volver al compartimento, el francés me vio aplicado de nuevo sobre el cuaderno.

—Usted debe de ser escritor —repitió como antes: las únicas palabras que me dirigió en quince horas.

Tapa Snim, el budista zen, dormía apaciblemente en su litera, envuelto en sus ropajes, acomodando la cabeza a modo de almohada en el hatillo que contenía sus pertenencias. Me adormilé, pero no pude conciliar el sueño. El problema estaba en las luces fluorescentes del techo del compartimento, demasiado brillantes e imposibles de apagar. Me despertaron a cada tanto, en pleno sueño o pesadilla agitada en la que era objeto de persecución.

Hacia las cuatro de la madrugada asomaron las luces fuera del tren, los primeros edificios de Mandalay. Mi recuerdo de la ciudad era el de un aire tan denso al amanecer que recordaba la neblina de un Londres muy concreto: bombillas anaranjadas en las que se formaba una bruma polvorienta, anaranjada, que las iba apagando; un aire que a uno le cerraba la tráquea; una pesadilla nebulosa de una densidad impenetrable, espesa, revuelta.

El aire era igual de asfixiante, cargado de polvo, cuando permanecí unos momentos en el andén de la estación para despedirme de Tapa Snim. Y al cabo salí de prisa a la calle, perseguido por los conductores de los *rickshaws*. Tenía el nombre de un hotel que no era caro. Escogí a un conductor ya entrado en años y me subí a la trasera de su mototaxi, y me condujo hacia las tinieblas.

Las calles de Mandalay estaban sin pavimentar, marcadas por las roderas, y eran irregulares. No había farolas, estaban cerradas las tiendas; en algunas casas se veían focos de luz intensa, por motivos de seguridad. El aire era repugnante, la noche calurosa, la oscuridad opresiva. La ciudad invisible hedía, e incluso al cabo de quince o veinte minutos el anciano conductor seguía conduciendo, dando tumbos con cada bache. Eran las cuatro de la madrugada.

La sensación que se tiene al saber que uno está por completo en manos de un desconocido no era nueva para mí. Me había sobrevenido en muchos momentos de mi viaje. Un hombre que se presentó diciendo que era conductor se ofreció a llevarme en un cacharro, y esto sucedió varias veces en Turquía; volvió a suceder en Georgia; de modo memorable, en la frontera entre Turkmenistán y Uzbekistán tuve que meterme por la ventanilla del copiloto antes de que me llevase un conductor dando tumbos a Bujara; en la India había ocurrido varias veces con los *wallahs* de los *rickshaws*. Y además tenía que contar mi humillante experiencia de autoestopista en Sri Lanka, las carracas en las que me había desplazado por Yangón, y ahora esto, el mototaxi en la oscuridad reinante en Mandalay, nadie más despierto en toda la ciudad. Todas

estas modalidades de transporte eran el auténtico equivalente del Orient Express.

Pero ésta fue la experiencia más fantasmagórica que había tenido hasta el momento. Las calles negras como la noche, en medio de una espesa polvareda, y las luces tenues, el olor de las fogatas apagadas y de las ascuas enfriándose, el petardeo y el bamboleo de la moto, el desconocido que conducía dándome la espalda... todo esto me colmó de la sensación surrealista de haber sido transportado a lo más oscuro por medio de un viejecillo flacucho, andrajoso, que me hubiera llevado por ensalmo a ese mundo. Pensé: no sé quién es. No sé ni dónde estoy ni adónde voy. No era capaz de leer un solo rótulo, no había un alma por ninguna parte.

Estaba solo y me iba ganando la aprensión, la conciencia que tiene el viajero de haber dado un salto a ciegas lanzándose a lo más oscuro. Esto agudizó mis percepciones, dio un especial relieve a cada uno de los momentos, los olores, a cada destello de una luz. Más adelante, cuando pensaba en mi viaje por la Alta Birmania, mi primer recuerdo era siempre el de esa noche, el calor en la cara. Es probable que la razón sea bien simple: estaba solo, con un desconocido, no tenía ni idea de adónde iba, me desplazaba en medio de una oscuridad hedionda, de un intenso olor a orines. Resumía a la perfección lo más vívido de toda mi vida de viajero, aunque en medio de todo ello destacaba esa visita espectral a un lugar ya conocido, el petardeo en medio de la noche, en un *rickshaw* fantasmal.

La lentitud de la moto exageró la distancia recorrida, pero es que incluso media hora en la oscuridad, en un sitio así, fue el no va más del suspense.

Me sorprendió ver el hotel allí delante, a la vera del camino, y más me sorprendió que el conductor hubiera cumplido su palabra. Antes de pagarle me aseguré de que hubiese una habitación libre. El edificio estaba cerrado, una cadena en la puerta, pero desperté al portero de noche, al vigilante quizás, que soltó la cadena y me acompañó a un mostrador. Un hombre tendido boca arriba en una manta, detrás del mostrador, oyó el ruido, y despertó entre bostezos.

En los días soleados que siguieron —la bruma sólo se formaba con la noche — vi que Mandalay tampoco había cambiado. Había más hoteles, eso sí, incluido uno de lujo, propiedad de una cadena de Singapur, a corta distancia del mío. Parecía vacío. Pero no había otros indicios de prosperidad o de novedad en la gran ciudad, en la llanura de las calles en trama de red. Una de

las bendiciones de semejante pobreza es la ausencia de tráfico. Había pocos vehículos motorizados, muchas motos y motocicletas, muchísimas bicicletas y esa reliquia de la antigua Birmania, el *rickshaw* a pedales.

Lo más bello del *rickshaw* a pedales es sentir la brisa en la cara, el aire fresco, la placidez del transporte, puesto que uno se desplaza como si fuese casi a pie por la arena de las callejuelas de Mandalay. Encontré a un hombre que me llevó al templo de Maha Muni, no tanto por la experiencia del templo en sí, sino más bien por viajar desde el rincón sudeste del fuerte en que me encontraba y visitar la parte más populosa de la ciudad, el complejo donde están los templos y los monasterios, mucho más al suroeste.

El conductor, un hombre de cierta edad, delgado y sin embargo recio, también hablaba inglés más que bien. Me dijo que la vida era un espanto, y al igual que muchos otros birmanos que me dijeron lo mismo, me lo dijo en un susurro, mirando a menudo en derredor.

—Miro atrás —dijo, y se volvió— porque alguien podría escucharme.

En Maha Muni, un grupo de hermosas muchachas me llamaron para que fuese a donde estaban acucilladas, en un jardín de un templo, bajo un árbol. Una tenía en las rodillas una cesta llena de gorriones temblorosos.

—Es buena suerte. Libere a uno. Quinientos kyats.

Por veinticinco centavos pude dar a un pájaro su debida libertad. Le di un dólar y me fue dando de uno en uno los pájaros estupefactos, y cada uno salió volando, trinando a la vez que alzaban el vuelo.

De todo lo que había que ver en Mandalay —los templos dorados, el bazar Zegyo, de varias alturas; la teca tallada del palacio de Shwe Nandaw, el ajeteo de los monasterios, el fuerte con sus baluartes y su foso, lleno de lirios de agua; la colina del norte, donde había más templos—, no hubo nada que realmente me llamara la atención tanto como el conductor del *rickshaw*.

Se llamaba Oo Nawng, y tenía el rostro ancho, en apariencia afable, algo polinesio, que tienen muchos birmanos. Tenía exactamente la misma edad que yo. Había pasado su vida laboral, casi cuarenta años, trabajando de maestro de una escuela primaria en las afueras de Mandalay, y se había jubilado a los sesenta y dos años. Tenía dos hijas, una casada con un carpintero, que tenía cinco hijos a su vez y vivía en una aldea en la carretera de Pyin-Oo-Lwin. La otra era sastra, costurera, de treinta y muchos años. Oo Nawng le había insistido en que se casara, pero si bien algunos hombres manifestaron un interés romántico por ella, se negó diciendo que «no me puedo casar. He de

cuidar de mi pobre padre y de mi pobre madre».

Con un pantalón corto y andrajoso, una camiseta descolorida y un casco de bambúes entretejidos, Oo Nawng era pobre, y lo era de manera visible y fácil de explicar. Tras jubilarse de la enseñanza perdió la choza que iba emparejada con el puesto de trabajo. Su pensión era el equivalente a dos dólares al mes. Había encontrado una choza de alquiler en las afueras de Mandalay, una casita de bambú. El alquiler le costaba cuatro dólares al mes. Una de las razones por las que se jubiló es que tenía un problema de riñón por el que precisó estar hospitalizado. El coste de las medicinas había acabado con sus ahorros, y aunque su hija le ayudase con sus labores de costura, pasaba grandes apuros para ir tirando.

El *rickshaw* a pedales en el que iba sentado con toda su dignidad había sido su último recurso. Era demasiado mayor para encontrar un trabajo de otra índole. Era dueño de la bicicleta, pero el *rickshaw* en sí, el asiento, las ruedas, el reposapiés, sujeto a la bicicleta por una abrazadera, era de alquiler y le costaba veinticinco centavos al día.

Todo esto y mucho más lo descubrí recorriendo con él medio Mandalay, porque sabía dónde estaba lo que había que ver, sabía dónde se comía bien, era de corazón abierto y era sincero. Quise encontrar la sopa de pescado que había probado tiempo atrás, una sopa especiada y cremosa, con tallarines. Se llamaba *mohingas*, me lo recordó él, y me llevó a un sitio en el que la servían. Él también tomó un poco. Me llevó a ver a un mercader musulmán que se llamaba Soe Moe, a un comerciante que vendía pesas para pesar el opio; a un birmano que hacía largos viajes a Nagaland, no a la Naga en que los cristianos eran numerosos, en el lado indio de la frontera, sino a donde vivían los animistas, los adoradores de los monos, los fetichistas, que llevaban una vida tradicional en los claros de la jungla. El birmano tenía montones de extraños artefactos: collares de cráneos de mono y dientes de bisonte y casquetes de bucero, cornamentas, máscaras, brazaletes de hueso, cuchillos, espadas, lanzas, productos textiles. A cambio, daba medicinas a los Naga, porque ninguna agencia del gobierno remontaba jamás los ríos ni se adentraba en las junglas que ya marcaban la frontera con la India.

Cuando hablé con Oo del futuro se echó a reír.

—¿Qué futuro? ¡Si soy viejo!

—Es usted de mi edad.

—Yo no quiero vivir mucho tiempo —dijo Oo Nawng arrugando la nariz.

—¿Por su problema de riñón?

—No. Porque no tengo dinero. ¿Cuánto tiempo podré aún seguir pedaleando? Tal vez dos años más. Si tuviera dinero sí me gustaría vivir mucho tiempo. Si no, prefiero morirme.

Todos sus años de estudio, de hacer tareas en casa, de impartir clase, le habían permitido manifestar esta afirmación tan fatalista en un perfecto inglés. Y a eso se reducía todo: su inteligencia y su fluidez le otorgaban la capacidad de expresar su propio y lastimoso epitafio.

Era uno de los muchos millones de personas que no importan. Era viejo, no era capaz de luchar, no podía trabajar, no era importante para la economía; era de hecho una gotera que mermaba los recursos disponibles. Los militares que detentaban el poder en Birmania hubieran dicho que Oo Nawng estaría mejor muerto. El propio Oo Nawng estaba de acuerdo. Al cabo de una vida de duro trabajo en la educación de los niños era pobre de solemnidad.

—El ochenta y cinco por ciento de la población —me dijo en un puesto en el que vendían zumos de frutas— está en contra del gobierno —sorbió su zumo—. El quince por ciento restante son parientes del gobierno. Y chinos, claro.

Ya en mi primer viaje había detectado ese odio hacia los chinos. En esta ocasión me salió al paso más a menudo, porque los chinos residentes eran capaces de hacer tratos comerciales con burócratas y mercaderes de la República Popular. Se dedicaban al comercio de las piedras preciosas, de las drogas, los alimentos y la exportación de madera. Las mansiones de Mandalay, en recintos amurallados, eran sobre todo propiedad de los comerciantes chinos. El gobierno de Singapur, sinocéntrico, así como la República Popular y la India, respaldaban la dictadura militar de Birmania, sosteniendo al régimen y avalando la detención de las personas por motivos puramente políticos. Algunos birmanos me dijeron en susurros que el país estaba repleto de colaboracionistas, de soplones, de espías. Desafiando todas las tendencias de liberalización en el siglo XXI, Birmania retrocedía de manera visible.

El gobierno que se había mantenido en el poder durante cuarenta años estaba resuelto a seguir en el poder. Era mucho el dinero que estaba en juego, ya que, como me dijo un birmano bastante educado que encontré en Mandalay, «el gobierno gana mucho dinero con las drogas, con el comercio del opio. Los generales están envueltos en oscuras relaciones con los cárteles de la droga que operan en todo el mundo».

Oí abundantes alabanzas a Estados Unidos por haberse distanciado del régimen, y abundantes acusaciones contra China y Rusia y Singapur, por respaldarlo; sobre todo contra China. Pero la prosperidad de China, su necesidad de petróleo y de alimentos y madera, había generado una nueva dinámica. China no tenía mayor interés por el desarrollo de ninguna institución democrática en ningún país del mundo; al contrario, era por su propia naturaleza un aliado de los regímenes represivos. Cuando el Banco Mundial congelaba los fondos a cualquier país africano, por ser corrupto y tirano, exigiendo que se celebrasen elecciones antes de ser candidato a recibir ayuda económica, China aparecía con el dinero necesario —«ayuda de un malhechor»—, sin ninguna complicación ni condición añadida, y se quedaba con la producción de teca, de alimentos y de drogas.

—Podría darse un golpe de Estado interno, pero eso no cambiaría mucho las cosas —me dijo un hombre—. No hay liberales en este gobierno.

Era un hombre que también había visto reducirse su nivel de vida.

—Mi familia tenía un Mercedes la última vez que estuvo usted aquí. Ahora, todo lo que tengo es una moto de fabricación china.

—¿Qué nos espera? —dijo Oo Nawng—. Más de lo mismo.

Dijo que no llegaban suficientes turistas, que los que llegaban no tenían interés por alquilar un *rickshaw* a pedales. Querían un taxi. Se gastaban el dinero en los hoteles. Estaba contento de que yo lo hubiera contratado tres días seguidos, pero yo también me marcharía, y entonces, ¿qué?

—Medito dos veces al día —dijo, como si de ese modo explicase cómo se le hacía la vida más o menos llevadera. Se levantaba a las cuatro y media de la mañana y pasaba una hora sentado. Después de cenar hacía lo mismo.

—Mi koan es «Buda medita al monje». Rezo y... —cerró los ojos y habló con gran intensidad—... Buda se sienta en mi cabeza.

Era demasiado complicado de explicar, dijo. Le faltaba casi toda la dentadura, tenía un incisivo de oro.

Parecía representar por sí solo la melancolía que sentí con mi regreso. No estaba descorazonado: era un hombre realista. No aspiraba a vivir bien, sino a disponer de dinero para pagar el alquiler de su choza de bambú y algo más para comida. ¿Qué sentido tiene vivir si no tiene uno comida?

Parecía que le resultase un tanto divertido mi asombro ante su insistencia en que antes prefería morir.

Oo Nawng me llegó a obsesionar. Pensando en él, no conciliaba el sueño.

Tuve visiones en las que aparecía con su desastrado casco de bambúes oscurecidos por el sol, pedaleando en *rickshaw* por las roderas de las callejas de Mandalay.

El hombrecillo delgado con su bicicleta oxidada y su *rickshaw* de alquiler y su cuaderno. Igual que yo, era un espectro, un fantasma invisible, envejecido, que se limitaba a mirar; una especie de aparición desvalida.

La gente daba dinero a los niños del Tercer Mundo, a los orfanatos, o para dar mayores posibilidades a las mujeres, a los hospitales, las escuelas, los gobiernos, pero jamás se daba dinero a las personas ya tan mayores que les bastaría con vivir un poco más y morir con dignidad. Oo Nawng no era viejo, era de mi edad. En Birmania, contaba como un anciano más.

El día anterior a marchar de viaje al norte, a Pyin-Oo-Lwin, lo busqué en la esquina de costumbre, a la sombra de un gran árbol. No había ni rastro de él.

Hice el viaje a Pyin-Oo-Lwin. A mi regreso, volví a buscar a Oo Nawng en la esquina de siempre. Los otros conductores de *rickshaws* me dijeron que no lo habían visto. Pensé que podría tal vez encontrarlo en el mercado, donde algún comerciante acaso supiera algo de su paradero; Oo Nawng me había llevado allí a ver los instrumentos que se emplean en los tatuajes, las finas agujas que la etnia Karen empleaba para inyectarse la tinta de los tatuajes. Pregunté a Soe Moe, el comerciante musulmán al que había conocido antes (su verdadero nombre era Hajji Ali; el nombre birmano era mero capricho), si había visto a Oo Nawng.

—¿El viejo que lo trajo a usted aquí? Pues no. Qué pobre es —añadió sin necesidad de que le insistiera en nada.

—He estado pensando en él.

—Es un buen hombre —dijo Soe—. Tiene un gran corazón. Me trae a la gente. Le doy algo de las ganancias.

Soe Moe me dio a entender que si alguien le compraba algo, a él le daba una propinilla.

Esa noche volví a pensar en Oo Nawng, y me lo imaginé como un fantasma de un orden superior, un *nat*, una de las figuras birmanas que ejercen la función de custodios, vestido con una larga túnica dorada, sonriente, complaciente, irradiante de bondad, protector. Me recordó a mi padre, el espíritu mismo de la bondad. Y a la mañana siguiente aún acudí otra vez a la esquina de Oo Nawng y volví a esperarlo. No lo había visto nadie. Era extraño, teniendo en cuenta su puntualidad.

—Hoy no vendrá —dijo un hombre—. Es sábado.

Me marché con el temor de que hubiera muerto. Más avanzada la mañana volví a buscarlo: ni rastro de Oo Nawng. Eché a caminar por una bocacalle en la que había vendedores de naranjas con sus carretillas, y otros que vendían cebollas y plátanos. Seguí caminando con el calor de mediodía, bajo un sol de plomo, pensando en el desastrado casco de Oo Nawng.

Al cabo de tres cuartos de hora de recorrer las calles sin fruto, de patear la arena amontonada, la gravilla, me di la vuelta y, como si fuera un sueño, vi a Oo Nawng pedaleando hacia mí, sonriendo.

—Suba, señor.

Me monté en el asiento del *rickshaw*.

—¿Hoy adónde vamos?

—Lléveme a un lugar tranquilo, donde no nos vea nadie.

Pedaleó un rato, hasta llegar a un árbol del banyan en la entrada de un callejón.

—¿Suficiente tranquilidad aquí?

—Perfecto.

Le di entonces un sobre sin cerrar. Miró el contenido. No pareció que le sorprendiera, aunque lo tocó y se lo llevó a la frente. Y frunció el ceño.

—Tenemos que ir a cambiarlo. Usted tiene que cambiarlo. Si no, no me creerán. Dirán que lo he robado.

Así que fuimos a un cambista y el grueso sobre lleno de dólares se transformó en un ladrillo gordo y sucio de kyats, moneda de Birmania, asegurado por gomas elásticas.

—Vayamos a tomar algo.

Bebimos una limonada y me dijo cuál era su nombre completo, Oo Ng Nawng. Me escribió su dirección, y después puso conductor de *trishaw* y «hombre silla». Como si pensara en voz alta añadió:

—Pagaré el alquiler de un año, tal vez dos. Compraré un *rickshaw* de segunda mano. Luego la podré vender. Sí, eso es.

—Me alegro.

—Soy feliz —dijo. Su sonrisa me pareció casi ultraterrena, beatífica, una sonrisa espectral, de plena tranquilidad—. ¿Y adónde quiere ir ahora, Mister Baw?

18. El tren a Pyin-Oo-Lwin

A primera hora de la mañana, en la oscuridad reinante en la clase turista del tren, nada era visible salvo el perfil desdibujado de los edificios bajos, a pesar de hallarse todas las ventanas abiertas. Mandalay, como si de una ciudad bosquejada al carboncillo se tratara, apenas era poco más que aquellos trazos suaves y aunados a su complejo olor: una mezcla de fogatas de leña, pelo de perro, flores, escombros, incienso, humo de motor diésel, aguas estancadas y el aroma de las pequeñas empanadillas fritas que los pasajeros devoraban, envueltas en papel de periódico empapado de grasa.

El camino a Pyin-Oo-Lwin era la ruta hacia China. Nueve horas más al norte se encontraba la ciudad de Mong Yu, en la frontera, y la ciudad china de Wanding nada más cruzarla. Y tras otro día de viaje, tras casi quinientos kilómetros en autobús por las montañas de Yunnan, se encontraba la capital de la provincia, Kunming. La estrecha relación que mantienen Birmania y China hace que la frontera esté siempre abierta por completo. Los camiones birmanos van al norte cargados de verduras, enormes troncos de madera de teca, preciosos rubíes y fardos de opio. Los camiones chinos viajan al sur cargados de sandalias de plástico, tarros de loza, bicicletas baratas, armas y municiones.

El tren iba tan lento que salió el sol antes de que comenzáramos a dejar atrás el valle del río Mandalay. Nada más remontar las primeras colinas refrescó el aire llenándose de aromas vegetales: las campanudas flores amarillas del árbol de la caseína y los hedores de los canales llenos de jacintos, con los que los birmanos alimentan a sus cerdos. Los estanques se hallaban literalmente cubiertos de lotos blancos. Había adorables plantaciones de ciruelos que se extendían a lo largo de muchos kilómetros, y campos enteros repletos de cebollas. La lluvia reciente había dejado un centelleo en el aire, cuya dulzura aún perduraba.

Las tecas jóvenes, numerosas junto a las vías del tren, tenían los troncos aún flacuchos y las hojas grandes, como aspas de ventilador.

—Tienen veintidós años —dijo Ko Tin.

Estaba sentado junto a mí, estirado, rodeado de cojines que le aislaban como si estuviera en el reservado de un restaurante. Iba demasiado tieso para ir cómodo, demasiado apretado para echar el asiento hacia atrás. Pero claro, Pyin-Oo-Lwin sólo estaba a cinco horas de camino.

—En Kachin hay bosques de teca que tienen trescientos años de antigüedad. La madera la compran los chinos.

A lo lejos se veía una gran montaña jorobada, azul, que se prolongaba en una sierra de varios kilómetros de longitud, con las cumbres pegadas unas a las otras.

—Llamamos a esa montaña «el Búfalo» —dijo Ko Tin. El nombre estaba muy bien puesto. Nada más oírsele decir, desapareció la montaña y sólo acerté a ver el musculoso animal.

Me resultaba indeciblemente agradable viajar en aquella dirección y en aquel tren chirriante. Me sentía también agradecido de que apenas hubiera cambiado nada, aunque aborrecía tener que recordar que la detención en el curso del tiempo era achacable a la dictadura militar, que era lo que había mantenido a Birmania en punto muerto. Las transformaciones se reducían a que las cárceles eran mayores y el ejército era tan numeroso que había terminado por constituir una especie de población paralela, más sana, mejor vestida, mejor educada, temida y odiada a partes iguales («¡Aquí los soldados no tienen que pagar impuestos!»). En un lugar en el que todo el mundo vivía en precario, el ejército no tenía el menor problema. Sin embargo, debido a su situación, los birmanos estaban ansiosos de hablar, de ayudar y de trabajar; a pesar de las amenazas y los peligros, también estaban dispuestos a confiar en un extranjero.

Mencioné al ejército y la gente, sin que hiciera falta tirarles de la lengua, me decía: los odiamos. Mencioné al gobierno y decían: son corruptos, son malos, están destruyendo el país. Mencioné a Aung San Suu Kyi y sus catorce años de arresto domiciliario y decían: a ella sí que la queremos. O: queremos democracia. Formulé preguntas sobre el budismo y me dijeron: ¡los monjes también están muy enojados! Cuando saqué a colación todas estas cuestiones, siempre obtuve las mismas respuestas.

Ko Tin no fue una excepción. Me dijo que odiaba al ejército.

—Me gusta la democracia.

Me contó que metían en la cárcel a todo el que criticase al gobierno.

—¿Conoces a alguien al que hayan metido en la cárcel?

—Conozco a mucha gente que de repente desaparece. En un visto y no visto. Desaparecen de repente. Eso es lo que pasa. Nunca te enteras de dónde han ido. Se van y no regresan. Nunca ves a la policía. Todo sucede por la noche.

En aquel momento, en las escarpadas laderas de las montañas, el tren entraba y salía de túneles. Se cruzaba también con la carretera, por la que avanzaban con pesadez los convoyes de camiones cuyas lonas golpeaban la mercancía.

Pude ver el interior de un camión relleno de paja.

—Sandías. Van para China —dijo Ko Tin.

Luego vimos un camión con enormes figuras envueltas.

—Tallas de Buda. Las hacemos muy bien. Los chinos las compran para sus templos.

Vi más camiones cargados con arroz, tomates, judías, cebollas, plátanos, naranjas, limones, pimientos... la pobre y hambrienta Birmania exportaba alimentos a la rica China, como un vasallo que pagase tributo para que China pudiera abandonar sus granjas, construir fábricas en sus arrozales y emplear su tiempo en desarrollar su industria manufacturera y su tecnología.

Había estado bastante espabilado cuando salimos, a las cinco de la madrugada, pero unas horas después me quedé amodorrado, hundido en mi asiento. Me desperté con el frío que provocaba la altura —algo más de novecientos metros sobre el nivel del mar— y vi por la ventanilla las plantaciones de café, los puestos de flores y unas plantas de pascua de más de dos metros de alto.

También había campamentos militares, muchos: grandes recintos fortificados, casas sólidas, edificios de oficinas y barracones, todo muy limpio. Uno de los campamentos tenía incluso su propio aeropuerto. Con toda seguridad, si había tantos en aquella zona era por lo saludable del clima en las laderas bajas del estado de Shan.

Justo antes de llegar a Pyin-Oo-Lwin el tren pasó junto a lo que bien podría haber sido un campus universitario —portales, arcos, césped, arriates de flores—, aunque en realidad era, según me dijo Ko Tin, una gigantesca academia militar. Había un cartel en birmano e inglés: «La triunfante élite del futuro».

Conocí Pyin-Oo-Lwin cuando aún se llamaba Maymyo. Lo único que había cambiado en treinta y tres años era el nombre. Una de las primeras cosas que vi fueron los carritos tirados por unos caballejos, pintados con alegres colores, parecidos a pequeñas diligencias de madera. Hacía mucho tiempo había cogido uno para llegar hasta la antigua casa de huéspedes de Candacraig. En cualquier otro país, los carritos y los caballejos hubieran estado al servicio de los turistas, por ser aquél un lugar pintoresco donde el visitante puede sentarse y hacerse una foto. Pero no, aquí aún eran utilizados como medio de transporte —el más barato— para trasladarse al bazar.

La estación de tren era la misma. Un birmano me dijo que con toda probabilidad era de los años treinta, aunque por su sencillez parecía anterior. Tenía una sola planta, estaba construida con ladrillos y madera, con el techo de hojalata y los horarios de los trenes pintados directamente en los muros. Junto a su nuevo nombre se veía un cartel: «3.506 sobre el nivel del mar».[\[12\]](#)

Había un tren en la estación que saldría en breve hacia Lashio, cerca de la frontera china, a unas once horas de viaje. Yo estaba contento por bajarme en Pyin-Oo-Lwin y volver a familiarizarme con el lugar. No tenía ganas de seguir más allá. Tampoco tenía estómago para tal cosa. Una vez más me sentí algo sobrecogido al pensar en cómo era cuando era más joven, al pensar en aquel individuo de treinta y dos años que, sentado en bancos de madera de trenes de tercera clase, recorrió todo el camino hasta Nuan Peng, sólo para ver el viaducto de Gokteik, que cruza una garganta al norte del estado de Shan. Entonces estaba sin blanca y echaba de menos mi casa, no tenía ni idea de lo que me esperaba más adelante, estaba preocupado por la escasez de dinero y no conocía la ruta que habría de seguir. En aquella ocasión estuve aislado por completo y echaba en falta a mi mujer y a mis hijos mientras iba dando tumbos a través de los fangales de Maymyo y llamaba a un carrito tirado por un caballejo para que me llevara a Candacraig.

—¿Conoce Candacraig? —le pregunté a un hombre que estaba en la estación.

—Yo le llevo.

Tenía un Datsun de treinta años de antigüedad. Siempre había recordado Birmania como un país repleto de coches viejos, en algunos casos auténticas antiguallas y cascarrias increíbles.

El conductor se llamaba Abdul Hamid. Tendría probablemente más de

setenta años. Me preguntó de dónde era y le encantó la respuesta que le di.

—Me gusta Texas —dijo.

—¿Por qué Texas?

—Los vaqueros. John Wayne —condujo durante un rato, murmurando—. Gary Cooper. Por las películas.

Pyin-Oo-Lwin estaba congelada en el tiempo, es decir, parecía más grande y más destartada que antes: el mercado, las tiendas, los soportales, los bungalows, la torre del reloj en el centro de la ciudad con la hora atrasada y un cartel que decía «Torre de Purcell - 1936». 1936 fue acaso el año de máximo apogeo en Maymyo.

Había sido diseñada por el coronel James May para que fuese un puesto de avanzadilla británico ya en las montañas. Por el esfuerzo que le llevó y también porque él la diseñó, el británico May había impuesto su nombre a la ciudad. Con buen criterio, los birmanos cambiaron el nombre para ponerle de nuevo el de la aldea que había sido. Lo malo es que Pyin-Oo-Lwin resulta difícil de pronunciar sin atrancarse.

Pero las mansiones británicas, maravillosos y gigantescos bungalows, aún siguen en pie. Tienen los techos de metal y muchos de ellos también una torre o cúpula, galerías y una puerta cochera para los carruajes. Debido a que la ciudad es bastante fría en enero, también tienen altas chimeneas. Estas casas son de madera y tienen fachadas de ladrillos rojos o pintados de colores. Siguen pareciendo elegantes y bastante estrambóticas. En Inglaterra habrían sido algo así como versiones satíricas de rectorías, vicarías o cabañas de caza, pero aquí eran extravagantes, agresivamente hermosas y espaciosas.

Algunas tenían nombres cursis, como tomados de las casas de los Cotswolds, por ejemplo, «Los Setos» o «Mansión Rosa». Otras tenían nombres birmanos. Muchos sitios tenían dos nombres: Maymyo y Pyin-Oo-Lwin eran intercambiables. Tapsy Road era ahora Thiksar Road. Candacraig era el hotel Thiri Myaing.

Sin embargo, se trataba del mismo lugar: una gran mansión imperial con dos fachadas y una torre. La única diferencia estaba en que en vez de encontrarse al final de una carretera embarrada, en un húmedo prado lleno de arbustos enmarañados, el edificio —recién pintado— estaba rodeado de jardines. El conjunto constaba también de algunos esperanzadores setos y arriates de flores, un camino de gravilla y una pista de tenis en buenas condiciones. La avenida de acceso estaba jalonada por setos recortados y macizos de alegrías

rosas y blancas. En mitad de la galería de la fachada estaba la primera piedra del edificio, con la inscripción consiguiente: «Candacraig, 1904».

Era una especie de colegio mayor o de club universitario, semejante a las casas de las fraternidades universitarias norteamericanas, pero en versión imperial británica. Era el típico sitio donde los solteros jóvenes —por ejemplo, George Orwell, que fue policía en Birmania, o H. H. Munro, que también estuvo en la policía imperial— irían a pasar un mes de permiso. Los funcionarios del imperio mejor situados, con esposa e hijos, disponían de sus propias mansiones o bungalows. La ciudad siempre tuvo una nutrida población de origen indio, y también había muchos nepalíes, descendientes de los valientes gurkhas, los soldados adiestrados de maravilla que los británicos habían llevado a Birmania.

Caminé por el sendero hasta la galería y entré por la puerta abierta adentrándome en el pasado.

No hubo decepciones. Todo había sido restaurado: la gran escalera barnizada con su pasamanos en curva, el enrejado de teca a lo largo de la galería superior, como en las casas de campo inglesas; la gran entrada de dos pisos de altura, con el techo lleno de vigas; la cabeza de búfalo disecada y el resto de trofeos de caza, pequeñas y afiladas cornamentas de ciervo montadas en placas dispuestas unas al lado de las otras en una larga fila.

Me quedé ante el mostrador vacío con el libro de invitados abierto. El suelo había sido encerado, todo estaba limpio, con el olor característico del barniz nuevo. No se veía a ningún huésped, a nadie en absoluto en realidad, y aun así era un destino tan cálido y acogedor como lo fue hace treinta y tres años, o más incluso, ya que aquello para mí fue, al igual que algunos otros lugares a los que había ido, una especie de vuelta al hogar, a lo ya conocido. La casa estaba llena de recuerdos: un lugar repleto de fantasmas que no inspiraban ningún miedo.

Aunque en *El gran bazar del ferrocarril* dije que me había encontrado con él en el tren —quise darle un poco de dramatismo a mi pequeño viaje— fue aquí, en Candacraig, donde me encontré con el hospitalario señor Bernard.

Este amable y digno señor me desafió a que adivinara su edad y, cuando me equivoqué, me dijo que tenía ochenta.

—Nací en 1894, en Rangún. Mi padre era indio, pero católico. Por eso me llamo Bernard. Mi padre era soldado en el ejército indio. Fue un soldado toda su vida, supongo que se alistó en Madrás más o menos en 1870. Estaba en el

vigésimo sexto regimiento de infantería de Madrás y vino con su unidad a Rangún en el ochenta y ocho. Tenía una fotografía suya, pero cuando los japoneses ocuparon Birmania... todas nuestras pertenencias se dispersaron y perdimos muchas cosas.

El señor Bernard, un colono perteneciente a una familia trasplantada (nunca había estado en la India), era un eslabón con el siglo XIX. Su memoria era maravillosamente precisa. Me contó con todo detalle cómo había trabajado en el ferrocarril, su carrera en el ejército, su vida como chef y mayordomo. Había conocido a Chiang Kai Chek, a Lord Curzon y al duque de Kent, todo ello en Mandalay, donde les había servido una cena compuesta por seis platos en el comedor de oficiales. Recordaba el día en el que murió la reina Victoria. También recordaba el día en el que los japoneses invadieron Maymyo. Me habló de sus numerosos hijos. Conocí a dos de ellos cuando vinieron a mi habitación para traerme cubos de agua caliente para mi baño y a encender el fuego en la chimenea de mi habitación.

Ahora estaba de regreso en aquella suntuosa mansión, encantado de que siguiera existiendo y funcionando.

—¿Sí?

Un hombre se deslizó tras el mostrador y le dio la vuelta al libro de invitados para que firmara.

—Bienvenido, señor.

Era un indio elegante y sonriente, de unos cincuenta más o menos, con una gorra de béisbol y una chaqueta; acababa de volver de supervisar los trabajos de los jardineros, que estaban repavimentando uno de los senderos. Su modo de vestir le prestaba un aire atlético.

—Estuve aquí una vez hace ya mucho tiempo. Parece que el lugar sigue en estupendas condiciones.

—Lo hemos renovado hace poco —dijo el joven—. Pintura nueva. Barniz nuevo. Mejor fontanería. ¿Cuándo estuvo aquí, señor?

—Hace treinta y tantos años.

—De eso hace mucho, señor.

—Escribí sobre aquella experiencia... haber estado aquí y haber conocido al señor Bernard.

—Mi padre —dijo. Me miró con detenimiento y esbozó una sonrisa. Tenía una dentadura cuidada y un rostro de facciones amistosas—. Usted es el señor

Paul Theroux.

—Ése soy yo, en efecto.

—Yo soy Peter Bernard —me dio la mano—. Ahora yo soy el director. Encantado de conocerle. Hablamos de usted todo el rato. Tenemos un ejemplar de su libro. Usted se alojó en la habitación once. Déjeme que le acompañe, le daremos la misma de entonces.

No sucede muchas veces en la vida que uno trace un plan de viaje más o menos general y que luego todo salga a pedir de boca. Aquélla fue una de estas ocasiones. Y lo mejor es que, como la perfección es algo inimaginable, las esperanzas tienen sus límites. Todo lo demás vino por sorpresa, sin pedirlo, sin soñarlo.

—¡Me acuerdo de usted! —me dijo.

Fue más de lo que hubiese esperado, y fue un auténtico placer, una vuelta al pasado sin el menor átomo de decepción: el pasado recobrado, el pasado convertido en una suerte de refugio, con todo lo que uno hubiera deseado de un regreso, salvedad hecha de que (al menos en mi caso) no fue exactamente un regreso a casa. Fue una maravillosa manera de volver, como si aquel hombre de unos cincuenta años, que había sido un adolescente entonces, hubiera estado esperando mi retorno.

—Usted vino desde Lashio en el tren, en un carrito tirado por un caballejo desde la estación —dijo—. Fumaba en pipa. Llevaba una camisa negra. Tenía una bolsa muy pequeña.

Estábamos en la habitación, espaciosa, con su chimenea y su panorámica de los jardines.

—Yo le vi escribiendo en esa mesa.

Así pues, allí tenía por fin a un testigo de mis pasadas desdichas, de mis soledades, mis garabatos.

—Su padre... ¿cómo le ha ido? —le pregunté.

—Murió, señor. Hace ya algunos años —volvió a sonreír enseguida—. Leyó su libro. Un huésped le trajo un ejemplar. Se puso muy contento de leer en un libro algo que trataba acerca de él. Todo el mundo lo sabía. Se hizo muy conocido. Por lo que usted escribió en el libro, mucha gente vino a hospedarse aquí. Le mencionaban a usted.

Peter Bernard me enseñó la mansión: los suelos estaban encerados, las camas hechas, las chimeneas impolutas, las flores en los jarrones, las mesas puestas en el comedor. La luz era excepcional, ya que todas las habitaciones

tenían ventanas grandes y su propio balcón. Allí, la arquitectura imperial —las mansiones y bungalows de los funcionarios británicos y del ejército de la India— resultaba espaciosa y confortable, intentando ser fiel reflejo de la pretensión de que se los considerase de clase alta, e incluso aristócratas. Ésa fue la estratagema imperialista: tan pronto llegaban los británicos a las colonias, ascendían de golpe una o dos clases en el escalafón social y se daban aires de grandeza y tiranizaban a los de abajo, al servicio y a los trabajadores, a los que llamaban sirvientes y criados o gañanes. Kipling trató toda esta situación de forma espectacular y dramática; Saki le dio tintes de sátira; Orwell puso violentas objeciones al sistema; E. M. Forster lo traspuso al terreno de la ficción y J. R. Ackerley se rio con disimulo de todo ello. En cambio, el señor Bernard se mantuvo firme y al servicio del sistema imperial; a fin de cuentas, era un victoriano de una familia trasplantada, un leal súbdito de la corona británica.

Su nombre de pila era Albert. De haberlo sabido en su día, me habría acordado. Mi padre también se llamaba igual. El señor Bernard había sido el administrador de Candacraig, nombrado a tal efecto en 1962, cuando ya tenía sesenta y seis años, al licenciarse del ejército con el cometido de que pusiera el lugar en óptimas condiciones de uso. Era tan viejo cuando le conocí (contaba historias de la Primera Guerra Mundial) que podría haber atendido a la mesa a un policía colonial llamado Eric Blair, que muy posiblemente se alojó alguna vez en la mansión antes de volver a Londres y convertirse en George Orwell. El señor Bernard murió a los noventa años.

Mi retrato del señor Bernard en el libro había hecho lo que la palabra escrita a veces logra: algo semejante a la magia. Había atraído a los turistas y le había dado «una cara», detalle de suma importancia en Birmania, y más tratándose de un extranjero de origen indio. Mencioné en mi libro que su padre había formado parte del ejército de la India. Peter me dijo que su abuelo había sido el director de la banda militar de la infantería de Madrás y que nunca había vuelto a la India. Tampoco ningún miembro de la familia había estado jamás allí, ni siquiera para hacer una rápida visita.

—¿Qué pinta le parece que tienen las cosas en India? —me preguntó—. Mucha gente, ¿eh?

Más tarde me invitó a su casa, la residencia familiar, construida por el señor Bernard para sus nueve hijos.

Era un bungalow llamado «Newlands», que había crecido de manera

desordenada y se encontraba situado al fondo de una larga senda de acceso. Tenía el típico muro que lo rodeaba. La casa estaba resguardada bajo un gran árbol del banyan. Al entrar me saludaron dos hombres de unos sesenta años, Vincent y John, que se mostraron muy contentos en cuanto les dijo Peter quién era, tanto que fueron a una habitación de la parte de atrás para coger un ejemplar del libro y enseñármelo. La firma del señor Bernard estaba en la portadilla.

—Le gustaba leerlo con frecuencia —dijo Vincent—. Le hacía muy feliz.

De los nueve hijos de Bernard, sólo dos estaban casados, John y Margaret. Victor —nacido en 1945 y así bautizado por la victoria sobre los japoneses— había muerto de un ataque al corazón.

—Era sacerdote, padre salesiano en una parroquia en el campo, en el estado de Wa.

El estado de Wa era una región remota y aislada, situada en la meseta de Shan, la zona donde se cosechaba y exportaba el opio, en las brumosas montañas del Triángulo Dorado. Pero el padre Victor Bernard no se había dejado amilanar, y llegó a gozar de gran popularidad en su parroquia, en la que se encontraba la ciudad de Pang Wai. Los habitantes del pueblo Wa vivían en la jungla y eran animistas. Se trataba de un pueblo de tez más oscura que los birmanos. La mayoría cultivaban amapolas y entre ellos era muy elevado el porcentaje de fumadores de opio. Lo que los hacía atractivos de una manera especial para los misioneros católicos y baptistas era su paganismo de vivos colores. Tenían fama por su costumbre de comer carne de perro y disecar las cabezas de sus enemigos. Era tan habitual entre ellos clavar las cabezas en lo alto de unas estacas que habían llegado a crear (como el señor Kurtz en la Estación Interior) auténticas avenidas llenas de calaveras destinadas a la purificación y a mantener a raya a los malos espíritus.

Thant Myint-U, historiador birmano, afirma que los Wa niegan de manera tajante que se practique el canibalismo entre ellos. Con su denuedo en la práctica de la decapitación sólo aspiran a conjurar la buena suerte: «Una buena calavera o dos a lo sumo eran garantía de tener el maíz, la carne de perro y el licor (vino fuerte de arroz) que necesitaban para ser felices». El estado de Wa bordea China, y Pang Wai está convenientemente cerca de la ciudad china de Cangyuan, en plena ruta de transporte del opio. Pese a ser este mundo cada vez más pequeño, el estado de Wa, al este del río Salween, no sólo seguía siendo distante, sino también punto menos que inaccesible.

Me senté en la sala de estar de los Bernard a tomar el té y a ponernos al día. Margaret vivía ahora en Berlín. Un médico doctor alemán, viudo, había leído mi libro e hizo una visita a Candacraig. Había hecho ese viaje para templar sus nervios y conoció a Margaret, que era la recepcionista en el hotel. Se enamoró de ella. Allí se casaron, con abundantes guirnaldas de flores.

En un país lleno de mujeres esbeltas, de bellezas de voz suave, de piel cremosa, la más encantadora de las sonrisas y los modales más gentiles, el resto de los hermanos Bernard seguían estando solteros con auténtica testarudez. Esto me desconcertó. Con la excepción de Margaret, el resto de las hermanas habían preferido también seguir solteras. Cuanto más los conocía, más me parecía que era justo por la felicidad de que disfrutaban en su hogar, por los apoyos mutuos que se brindaban unos a otros en el seno de la familia que el señor Bernard había engendrado. También acaso fuera un indicio de cómo habían vivido en aquel paraje, en una cultura cerrada, siendo católicos de origen indio en medio de Birmania, de abrumadora mayoría budista. Las imágenes de Jesús, de María y de los santos decoraban las paredes de la sala de estar. Sobre la chimenea brillaba un cáliz dorado entre otros objetos votivos de su religión.

La madre, Theresa Bernard, fue una mujer amada por todos y por todos mimada. Había muerto tan sólo algunos años antes, también a los noventa. Parecía que todos se encontraban allí tan a gusto que no eran capaces de soportar siquiera la idea de abandonar la serenidad reinante en la casa. Margaret había dejado el país. Jane la había visitado hacía poco en Alemania y les había dicho que era feliz en Berlín. Del resto, ninguno había salido de Birmania. Seguían llevando la tranquila vida provinciana de aquella pequeña ciudad, con alguna que otra visita ocasional a Mandalay.

—Aún espero a que me llegue el día de suerte —dijo Vincent sobre un posible matrimonio. Era un hombre fornido que, junto a un socio holandés, dirigía una plantación de maíz de ochocientas hectáreas, situada a cierta distancia de Pyin-Oo-Lwin.

John, al que llamaban Sunny, era un hombre delgado y de ojos vigilantes. Se sentaba de lado en una silla de respaldo recto, temblando debido a las primeras etapas de la enfermedad de Parkinson.

—Me acuerdo de usted muy bien, señor Paul. Usted estaba en la habitación de la esquina. Usted hablaba con nosotros —dijo.

—Su padre se mostraba muy orgulloso de usted —dije.

—¿Usted escribió nuestros nombres en el libro! —dijo Vincent.

—¿Era su señor padre un hombre muy estricto?

—Me pegaba dos veces a la semana—dijo Sunny sin asomo de rencor, sonriendo y abriendo los ojos.

Peter estaba de acuerdo: yo había descrito la interesante carrera de su padre en tanto funcionario colonial, pero no había dicho nada acerca de su severidad. Claro que... ¿cómo lo iba yo a saber? Su padre había sido puntual, metódico, exigente y madrugador. Candacraig era de su entera responsabilidad, y aquel encargo le había llegado al final de su carrera. Había supervisado el funcionamiento de aquel lugar hasta que se retiró. Y aunque se trataba de una propiedad del gobierno, él lo había transformado en una empresa familiar: todos los hijos habían trabajado allí en un momento u otro de sus vidas.

—Los huéspedes venían con el libro en la mano, deseosos de conocer a mi padre. Turistas llegados de Inglaterra, de Estados Unidos, australianos también. Mi padre hablaba con todos ellos y les contaba sus historias —dijo Vincent.

—Tenía ochenta y un años cuando se retiró —dijo Peter.

—Después, cuando siguieron viniendo los turistas, les decíamos que había muerto —dijo Sunny—. Algunos lloraban. Se marchaban bastante entristecidos.

Me enseñaron álbumes familiares, recuerdos, una foto grande de su padre, un retrato de estudio, en el que aparecía muy solemne, con sus gafas de pasta. Y así estuve sentado con ellos, tomando el té y sintiéndome feliz. Aquél fue un retorno a lo conocido con el que no había contado, una especie de visita a unos familiares generosos y agradecidos, a los que no había visto en varias décadas. Nunca me había ocurrido una cosa así con mi propia familia. ¿Era ésta una de las razones que me habían convertido en un viajero empedernido, la acogida que me deparaban los extraños? Todo era positivo y placentero, tanto los hombres que yo recordaba como los chicos bien dispuestos y mejor educados, al igual que las mujeres que sólo eran meros nombres en aquella visita anterior, ya tan lejana. Lo maravilloso de todo aquello era la continuidad, es decir, que la vida hubiera seguido su curso. Sin atreverme a anticipar un suceso como aquél, era sin duda el tipo de reunión que había esperado que se produjera cuando emprendí la repetición de este viaje.

Fui a ver el bazar y las iglesias cristianas —de estilo gótico, construidas

con ladrillo rojo— y pasé un día en Kandawgyi, los jardines botánicos que databan de la época del primer asentamiento estable de la ciudad, de cuando se terminó de construir el ferrocarril en 1900. Era una preciosa zona ajardinada de más de ciento sesenta hectáreas, con un estanque, bosquecillos de bambú, ciervos en peligro de extinción y un centro de investigación dedicado tanto al cultivo de moreras para gusanos de seda como a los gusanos de seda en sí. Mientras caminaba por los senderos bordeados por las flores rememoré que la vez anterior en que estuve allí sin duda hubiese pedido al conductor del *rickshaw* que se olvidase de los jardines de Kandawgyi y se dirigiera derecho al bar de Kandawgyi, si es que existía tal lugar, y allí me hubiese quedado, medio emborrachándome y echando de menos mi propia casa.

La noche anterior a mi despedida sí que estuve a punto de emborracharme en el Aung Padamyar, un restaurante indio que me recomendó Vincent. Lo llevaba una de sus primas, ya que el hermano del señor Bernard también vivió durante muchos años en Maymyo.

Se me presentó Dennis Bernard, otro primo: otro simpático espectro del pasado más remoto.

—¿Se acuerda de mí? Yo preparé la mesa para usted en Candacraig —me dijo.

También tenía unos cincuenta años y se había jubilado. Me dijo que trabajó para el señor Bernard como camarero y limpiando.

—No era fácil —me dijo—. Nos teníamos que levantar a las cuatro de la mañana para limpiar el comedor y poner las mesas. Vaciábamos los ceniceros y barríamos. El tío Bernard insistía en que estuviéramos allí a esa hora. «Silencio total, los huéspedes están durmiendo», decía. Era muy estricto. Comprobaba todas las mesas. «No tengáis prisa», decía. «Aunque se tarde más, hay que hacer las cosas bien.» A veces se enfadaba mucho.

—¿Qué le hacía enfadarse?

—Que dejáramos la cucharilla del azúcar fuera del azucarero.

Volví a Mandalay. Fue entonces cuando busqué y encontré a Oo Nawng y le di el dinero.

—Soy feliz — me dijo.

Antes de irme hice una visita a Irrawaddy sólo por ver el río, los barcos y la pasarela del embarcadero. Estaba lejos, demasiado para que Oo Nawng me

llevara pedaleando en su *rickshaw*, así que cogí un taxi. De camino pasamos junto a un cartel muy grande: «El Tatmadaw nunca traicionará la causa nacional».

—¿Qué es el Tatmadaw?

—Damadaw —dijo el taxista pronunciando con toda corrección la palabra

—. Es el ejército.

—¿Sí?

—Ejército estúpido.

19. Tren nocturno a Nong Kai

El gran reto al viajar no es llegar a una ciudad extranjera que deslumbra por su glamour, sino resolver el problema de la salida, encontrar una forma de marcharse sin tomar el avión. Los autobuses son por lo general desagradables y las estaciones de autobuses, a lo largo y ancho del mundo, son covachuelas de ladrones, carteristas, intimidadores, charlatanes y atracadores. Alquilar un coche es útil, pero casi siempre un despilfarro, y... ¿quién quiere escuchar la historia que le cuente el conductor? El tren sigue siendo ideal: aparece y uno se sube a él, sin más.

Los expresos que salían de Bangkok estaban nuevecitos y eran confortables, pero resultaba difícil salir de la ciudad. Creí que me podría largar sin mayores complicaciones, pero me encontré de repente en una sala fresca y en penumbra, con una música de gong a bajo volumen y una tailandesa que me estaba lavando los pies. Dijo llamarse Sky, porque su verdadero nombre era demasiado difícil para que yo lo pronunciara. Tanto me conmovió que me lavase los pies que poco me faltó para echarme a llorar. Luego me tumbó en la camilla y se arrodilló en la parte posterior de mis muslos para suprimir con vigorosos masajes los nudos musculares que tuviera en los brazos. Los tenía doloridos de tanto ir de un lado a otro por Birmania en los sucesivos trenes fantasma. Me aplicó sus codos en la parte baja de la espalda y comenzó a bailar una especie de samba a lo largo de la columna, hundiéndome los dedos de los pies en las vértebras al tiempo que yo me acordaba del viaje desde Colombo hasta Galle. Me agarró por la parte superior de la espalda y me frotó los nudillos entre los músculos mientras me acordaba de los dos borrachos en el tren de Bujara, con los dedos gruesos y sucios de restos de un pollo hecho pedazos, con los ojos vidriosos por el vodka, mientras yo procuraba permanecer derecho en el pasillo del tren. Siguió trabajándome los brazos, flexionando primero uno y luego el otro, retorciéndolos, y rememoré la rigidez

de la postura del orgulloso musulmán que vi en el tren de Ashgabat a Mary.

Se sentó a horcajadas encima de mí como si jugáramos al caballito. Era el cielo tenerla sentada sobre mi espalda, como si fuera un niño a horcajadas de un pony, con las rodillas hacia delante, usándolas para masajearme los riñones y quitarme los nudos de la espalda con el balanceo. Había visto jinetes sentados así en las desoladas praderas de Rumania, pero ahora el pony era yo. Y ella era la amazona.

Se deslizó hacia atrás, atenazó mis piernas con las suyas y presionó. Aquello parecía un combate de lucha libre: me masajeaba las pantorrillas con los talones. Entonces me sujetó por los pies con ambas manos. Recorrió cada articulación, cada músculo, estirándome un dedo tras otro. ¿Quién ha visto que otro venere sus pies, que los pellizque y los frote de esta manera, aun tratándose de su amante? Tuve una visión de todas las personas, en la India, en Sri Lanka y en Birmania, a las que había visto caminar con los pies agrietados y torturados, calzados con zapatos rotos y sandalias hechas pedazos.

—Vuelta, por favor.

Entonces me di la vuelta y me quedé boca arriba, con un paño a modo de máscara sobre los ojos. Sky, mientras, me masajeaba las piernas con los nudillos haciendo movimientos circulares y con la mano abierta en el interior de los muslos, siguiendo el mismo ritmo. Todo esto duró cerca de dos horas: un auténtico éxtasis. A veces me dolía bastante, pero cada vez que paraba siempre quería que siguiera. ¿Qué amante ha dedicado tanto tiempo a aliviar la tensión del cuerpo de su amado?

Ya casi al final me sujetó por la mano derecha. Es la mano con la que escribo. Casi siempre la tengo agarrotada, tensa de tanto empuñar la pluma. Utilizó los dedos para fisgar entre los huesos de mi mano, masajeando la palma, doblándola entera hacia atrás; luego, dedo a dedo, me hizo crujir las articulaciones. Me presionó en cada falange hasta que la mano fue adquiriendo elasticidad, dejó de ser un instrumento embotado y se abrió como una flor.

—Las manos de los niños sangran, señor —me había dicho un vendedor de alfombras en Jaipur—. ¡Mire qué pequeños son los nudos!

Luego, el zumo de frutas bajo las estrellas y yo pensando que quizá pudiera quedarme un poco más.

La última vez me había alojado en el hotel Erawan: famoso, venerable, con ambiente. En aquel entonces, debido a la guerra de Vietnam, estaba lleno de oficiales del ejército norteamericano y todo tipo de acompañantes civiles y

ayudas de campo. En aquel entonces sólo había dos grandes hoteles en Bangkok. El otro era el Oriental, tan lujoso y venerable como el Erawan. Ahora, sin embargo, había muchos hoteles más bien pijos. Bangkok era por lo visto un destino turístico especializado en balnearios. El Grand Hyatt Erawan, erigido sobre el viejo hotel, tenía toda la planta superior repleta de bungalows equipados con baños y saunas, como si fuera una aldea para sibaritas y lotófagos situada en la azotea. Mi bungalow tenía su propia sala de masajes, su baño de vapor, su galería y su jardín de bambú. Había una piscina al lado. ¿Desea el señor otro masaje? ¿Tiene hambre? ¿Quiere una taza de té? ¿Y qué tal un plátano?

El hotel se había convertido en el destino turístico por antonomasia en Bangkok, una ciudad demasiado grande y de clima demasiado húmedo, que seguía padeciendo serios problemas de tráfico, incluso con la mayoría de los *klongs* (canales) y arroyos ya pavimentados por encima. Tampoco ayudaban en nada las nuevas panorámicas, bastante cuestionables, como eran los templos recién pintados y el turbio río Chao Phraya. La gente llegaba al hotel y no salía de allí en una semana, mientras todo el personal les sirviera y los mimara. El Oriental, al otro lado del río, era más palaciego, con su balneario y su escuela de gastronomía. Dispone de cinco restaurantes de alta cocina. El director, Kurt Wachtveitl, no había cambiado desde la última vez que estuve allí.

—Aquí recibimos diez millones de turistas —me dijo—. Pero pronto serán veinte. Los chinos están empezando a llegar. Vienen a comprar... sobre todo piedras preciosas.

La ciudad sigue siendo animada y luminosa, con sus callejas sórdidas, los bares mugrientos y los burdeles en los mismos barrios que antes. Los turistas vienen a comprar sedas y a comer a lo grande. También libros: en el centro comercial de Paragon, de cinco plantas, se encontraba la mejor librería que vi desde que salí de Londres. Bangkok fue en el pasado un destino turístico para aficionados al turismo sexual y para los soldados de permiso. Aunque la ciudad es ahora próspera por la industria manufacturera (fábricas y talleres de productos textiles, a menudo subcontratas en las que los trabajadores son tratados como esclavos, y plantas fruto de la deslocalización), la nota risueña que siempre tuvo sigue viva. Pat Pong Road, que tenía en tiempos un turbio encanto, con sus proxenetas de trato afable, es ahora una calle mugrienta y estridente, llena de putas que compiten a gritos.

—¿Le gustan los sándwiches? —me preguntó un taxista que me llevaba a

ver a un sastre.

—No tengo hambre.

—No, no. Quiero decir sexo: dos mujeres.

—¿Sándwich?

—Una delante, otra detrás. Muy rico —me buscó los ojos en el espejo retrovisor—. ¿O prefiere un chico?

Lo que yo quería era comprar un billete de tren, que me tomaran medidas para un par de camisas, revelar unas fotos, comprarle un regalo a mi mujer por su cumpleaños y que me hicieran la colada. Le dije a un profesor americano que vivía en Bangkok que, para mi sorpresa, conseguí hacer todas estas cosas en algo menos de una hora.

—Te lo resolvieron todo en el mismo sitio, ¿verdad?

Era más o menos de mi edad, y aquel día tenía prisa porque debía llegar a tiempo a la fiesta de cumpleaños de su novia.

—Cumple veinte —me dijo, adelantándose a mi siguiente pregunta.

—Así que estás en el cielo, ¿no?

—Te voy a contar una historia —me dijo como si tuviera miedo de que le oyese alguien—. Un *farang* conoce a una mujer tailandesa y se enamora de ella. Se casan. Cuando ella consigue el visado de entrada se mudan a los Estados Unidos, a la ciudad en la que nació el tipo. La tailandesa aprende inglés, consigue un trabajo y es la esposa perfecta, la mujer ideal, el sueño del tipo este. Como tú dices: el cielo. Aquello duró cinco años. Un buen día la mujer le dice que tiene que volver a Tailandia porque su marido está muy enfermo y tiene que estar a su lado. ¿*Marido*? Sí, le dice, estaba casada y no se había divorciado. Pero eso era un detalle sin importancia. «¿Cuándo vas a volver?», le pregunta el tipo. «Puede que nunca vuelva. No sé cuánto tiempo va a estar enfermo. Es mejor que nos despedamos ahora. Si muere, tendré que cuidar de su familia.»

—¿Y la moraleja es...? —le dije.

—Era una chica joven, pero había muchas cosas que el *farang* no sabía de ella.

La juventud de Bangkok es sorprendente: las caras luminosas, las sílfides sonrientes que trabajan de dependientas en las tiendas, las empleadas de hoteles y restaurantes, los que llenan el nuevo metro y el monorraíl. Es una ciudad llena de escuelas y facultades, y también una ciudad llena de bellas alumnas. A veces me quedaba embobado mirándolas. La mujer encargada del

wok en el más pequeño de los puestos de tallarines podía perfectamente ser una mujer de una belleza deslumbrante, tanto más encantadora por la manera estrepitosa que tiene de remover los tallarines con la piel brillante por el esfuerzo, empapada e iluminada por los fogones de un modo extraño.

Las mujeres en los bares tenían el rostro tan fresco como las universitarias, aunque la mayoría eran un poco más jóvenes, más bien como las colegialas astutas, y vestían exactamente igual, con sus pequeños pechos marcándose en la camiseta. Las masajistas de los burdeles, con su eficacia y encanto, eran casi indistinguibles de las masajistas terapéuticas de los balnearios. Las putas no tenían aspecto de putas; por su aspecto podían ser dependientas en la librería del Pentagon o en los grandes almacenes Robinson. Y hablaban bien inglés. Las camareras del más salvaje de los garitos eran tan recatadas como las camareras de las cafeterías de los grandes hoteles. Las reverencias y los modales eran igual de comedidos en ambas, y no una muestra de sumisión sino de respeto hacia los demás y hacia sí mismas. Sea cual sea su profesión, las mujeres caminaban erguidas y con una maravillosa gracia, con elegancia: los budistas piensan que la cabeza es sagrada y debe mantenerse bien derecha.

—¿Masaje?

Ésa era la primera pregunta que a uno le hacían todos los taxistas. Era la pregunta que iba a escuchar cientos de veces durante el mes siguiente y a lo largo y ancho de todo el sudeste asiático en labios de los taxistas, los conductores de *rickshaw* o de mototaxis, de los chicos de la calle, de la gente que hablaba en susurros en los bares y de los proxenetas en las recepciones de los hoteles. Pero no se referían al tipo de masaje que me dieron en el Erawan o en el Oriental. *Masaje* era un eufemismo para decir sexo, de cualquier tipo que fuese, de ese que se acuerda primero en la recepción y se negocia después en la habitación.

Nokh —«pájaro» en tailandés— había trabajado en Robinson. A su familia le seguía diciendo que trabajaba allí. Su padre era agricultor. Iba todos los meses a la casa familiar, celebraban una comida ritual, presentaba sus respetos y visitaba el templo. Llevaba dos años viviendo en Bangkok. Era la mayor de cuatro hermanos y acababa de cumplir veinticinco. Tenía responsabilidades.

Una de sus responsabilidades consistía en pagar la educación de su hermana Boonmah, que (a diferencia de Nokh) había acabado los estudios en el colegio y estaba ahora en la universidad. Nokh y Boonmah vivían juntas en una habitación pequeña, en un barrio al norte de Bangkok. Nokh pagaba todas las

facturas.

Nokh ganaba tan poco en el departamento de ropa de señoras que no llegaba a fin de mes.

—Es poco dinero —me dijo.

Muchas chicas tailandesas trabajan en Robinson con la finalidad de casarse con un *farang*, o al menos eso me dijo un *farang*, un norteamericano. Un amigo de Nokh le dijo que podría ganar más dinero en una casa de masajes y ella decidió probar suerte.

—Deberías hablar con ella —me dijo un amigo.

—¿Tiene algo de especial?

—No. Por eso precisamente deberías hablar con ella. Es el caso típico. Hay decenas de miles como ella.

Nokh era menuda, delgada, como una muñequita frágil. Lo primero que me llamó la atención fue que estuviera leyendo una revista cuando me encontré con ella para concertar nuestra cita. Leía con el mismo ensimismamiento que la chica que vi leyendo en Estambul. No levantó la mirada de la revista. Las asalariadas del amor son sobre todo una raza avispada, inquieta, siempre alerta, como los pájaros, en parte por avistar cuanto antes el objetivo, en parte también por precaución. Leer no es sólo una actividad improductiva, sino que también, al obligarle a uno a bajar la guardia, es peligrosa. Se había sobresaltado y soltaba risitas nerviosas cuando la interrumpí. Le dije que le pagaría la tarifa básica sólo por hablar con ella.

Se rió.

—Los clientes pagan jefe seis mil bahts. Jefe da mil bahts a mí.

Eso eran veinticinco dólares, así que lo doblé y ella se puso en el acto contenta y comunicativa.

—¿Sabe tu hermana dónde trabajas?

—Le digo que trabajo en un karaoke.

—¿Y a tus padres?

—Les digo que trabajo en Robinson. Se pondrían tristes si supieran dónde trabajo.

—¿Por qué tu hermana no trabaja?

—Hace algún trabajillo, pero tiene que estudiar.

—¿Es bonita como tú?

—¡Es muy gorda!

—Cuando ella acabe la carrera, ¿qué vas a hacer?

—Ahorrar. Quiero poner una cafetería en Chon Buri.

Nokh miró su reloj y se sintió avergonzada cuando le pregunté si tenía que irse. Eran las cinco de la tarde. Debía empezar a trabajar a las seis, es decir, ponerse una chapa en la blusa con su número correspondiente, sentarse tras una mampara de cristal en una especie de pecera, dentro de un burdel, y esperar a que un hombre la eligiera. Así pasaba el rato hasta las dos de la madrugada. El hombre que la escogiera podía ir luego a un restaurante y escoger un pescado para la cena de la misma manera.

—¡Si leo revista! —me dijo como si quisiera dejar claro que no perdía el tiempo.

Su situación me pareció deprimente. Nokh estaba malgastando su juventud en una casa de putas y no por su bien: al contrario, al ser la hija mayor lo hacía para apoyar a su hermana. Era pequeña, educada, agradable. E inteligente también. Le hice otro par de preguntas insustanciales y allá se fue, al mundo cruel.

Intentando resolver el problema de cómo salir de la gran ciudad, una noche cogí un taxi hasta la estación de tren del centro de Bangkok. Compré un billete para el tren nocturno de las 20:45 con destino a Nong Kai, ya en la frontera con Laos. En la estación no hubo formalidades de ningún tipo, ni controles de seguridad, ni revisores que verificasen los billetes, ni advertencias de ninguna clase, ni registros. Me compré una botella de agua grande y un par de cervezas, comprobé que mi tren saldría del andén número tres, encontré mi sitio y subí al tren. Todo esto me llevó unos treinta minutos antes de salir. Estaba sentado, bebiéndome una cerveza, cuando el revisor llamó a la puerta de mi compartimento, me saludó y me picó el billete. Luego se puso a prepararme la cama. Poco después salimos sin demasiado ruido de la estación, ya con dirección norte.

Había encontrado un ejemplar de bolsillo de una novela de Simenon —*El hombre que miraba pasar los trenes*— en una de las grandes librerías de Bangkok. Me metí en la cama y disfruté de una de las sensaciones más placenteras que he tenido viajando: ir acurrucado en la ancha litera de un tren asiático, en un compartimento individual, leyendo mientras el tren traquetea con suavidad, sabiendo además que no iba a tener que moverme en las próximas doce horas, tras las cuales estaría a punto de conocer otro país, una nueva frontera.

Cuando amaneció levanté la persiana y vi los arrozales inundados, el gran paisaje que forma la llanura del norte de Tailandia. Abrí la ventana y el tren paró en una estación pequeña en la que había familias de buen ver, un sonriente monje envuelto en su túnica de color ocre y guapas muchachas con camiseta y pantalón corto, blanco; fue en Tailandia donde vi por vez primera las piernas de una mujer desde que comenzó mi viaje. La estación estaba bien barrida, limpia, ordenada, sin desperdicios de ninguna clase. La gente vestía con ropa limpia, los niños jugaban como si tal cosa; acentuando la sensación de calma y serenidad, había bastantes bancos y sillas donde la gente esperaba el siguiente tren. Tanta limpieza parecía encarnar cierto optimismo y amor propio. Todo aquel orden quedaba enmarcado por el verde de los campos y las polifónicas canciones de los pájaros.

Tiendo a evaluar los lugares por donde paso por su habitabilidad, pensando si podría vivir en ellos o no. Al pasar por un idílico claro, visualicé una hamaca sujeta a dos palmeras y me imaginé balanceándome en ella. Este egocéntrico impulso lo achaco a mis fantasías escapistas, que me suelen provocar los lugares lejanos, pero en realidad es sólo la búsqueda típicamente humana del lugar ideal en el que vivir, el rincón que todos buscamos. Un bonito paisaje, pensé, pero si soy capaz de visualizarme en él será mucho más bonito.

De camino a Nong Kai, en aquel tren, vi un bungalow iluminado por el sol, sostenido sobre unos postes al lado de una carretera. Más abajo una hamaca, bananos y algunas aves de corral, un huerto detrás y arrozales más allá, un buey en un prado y la jungla rodeándolo todo. Miré todo aquello y pensé: sí, sería bonito vivir allí. Salvo por un fugaz momento en Sri Lanka, nunca había tenido pensamientos semejantes en lo que llevaba de viaje. Pero en el norte de Tailandia jugué con la idea de dejarlo todo y establecerme en aquel bucólico paraje, sin vestir otra cosa en todo el día que la parte de abajo del pijama.

Cuando llegué a Nong Kai, a orillas del Mekong, como si se tratara de corroborar la validez de mis impresiones, vi bajar del tren, resollando, a dos *farangs* robustos, grandullones, con la cara colorada y fumando sin parar, con sus esposas tailandesas y una cuñada. Habían subido al tren en alguna estación anterior, quizá en el mismo sitio donde yo me imaginé capaz de dejarlo todo.

Miles era inglés. Vestía chaqueta y corbata a pesar del calor. Rudi, lleno de tatuajes, gordo, con una camiseta negra y botas, era de Róterdam.

—Hemos tomado el tren en Kohn Kaen.

—¿De visita por allí?

—No. Vivimos allí —dijo Rudi.

—Aquello es el paraíso —dijo Miles—. Somos como unos cien expatriados, todos buena gente. Cuidamos los unos de los otros. Todos somos hermanos en Khon Kaen.

—Pero yo me vuelvo a Holanda —dijo Rudi.

Miles sólo nos escuchaba a medias. Estaba conversando con las tres tailandesas y parecía que las reprendiera por algo.

—*Bumpity-bump-bop-bop* —parecía decir.

—¿Qué está diciendo? —le pregunté.

—Debería aprender el idioma, amigo. En serio: la vida resulta mucho más fácil. *Kon-kap. Bop-bop. Bumpity-bip.*

Miles logró sin proponérselo que aquello me sonara a chino; fruncía los labios, asentía, abría mucho los ojos. Tenía la cara bañada en sudor.

Las mujeres sonreían con paciencia y murmuraban entre ellas.

Me volví a encontrar con los *farangs* aquella misma mañana cerca del río, en el porche de un cobertizo llamado Alex's Travel Service, donde tramitaban y vendían visados para entrar en Laos. Eran bastante eficientes: era posible hacerse la foto, enviar un fax e incluso comer algo, pues había un puesto de venta de tallarines adosado al cobertizo. Desayuné mientras me sellaban el visado. Luego paseé un poco por los alrededores.

—¿Es ésa su esposa? —pregunté a Rudi.

—Sí —dijo—. Bueno, no exactamente mi esposa, sino la mujer con la que vivo.

Aquellas tres mujeres tenían unos cuarenta y tantos y estaban empezando a engordar de manera visible, pero tenían la cálida sonrisa de las tailandesas y su característica serenidad, placida y contenida. Hablaban entre ellas sin quejarse y respondiendo de vez en cuando a lo que Miles decía en su peculiar versión del tailandés.

—Tenemos de todo en Khon Kaen —me dijo Miles—. Hasta un hospital.

—Tengo que volver a Holanda cada mes o poco más o menos para cobrar mi pensión —dijo Rudi—. No me la mandan aquí. Aprovecho para ver a mis nietos. Pero siempre vuelvo.

—*Bumpity-bump* —decía Miles sofocándose.

—La cerveza es barata en Laos —dijo Rudi—. Así que vamos para allá. Bajamos por el río, bebemos cerveza, comemos *sumsing*. El transbordador es

agradable.

—*Pip-pip* —dijo Miles. Iba vestido como si fuese en una excursión a Brighton organizada por un club de bolos, sudando profusamente, con el humo saliéndole por las orejas y la nariz. Era el típico gracioso con don de gentes que cuenta chistes imitando voces—. *Sap-songg!*

Hacía guiños con los ojos al pronunciar en tono gangoso las palabras, retorciendo y frunciendo los labios. ¿Era aquello tailandés? Si lo era, su mujer, o novia, no le entendía. Sonreía y volvía la cara avergonzada.

—*Sip-bip-bip!*

La mujer de pronto escondió la cara entre las manos.

Pero Miles soltó un bufido y apagó la colilla de su cigarrillo.

—Es inmejorable. Hace las cosas mucho más fáciles. *Kap-ko!*

Hizo una mueca por el calor, llevándose a la frente un pañuelo gris. Tenía empapado el ajustado cuello de la camisa. También el holandés tenía sudadas la camiseta negra y los vaqueros del mismo color. Cuando Miles comenzó otra vez a parlotear y piar con sílabas explosivas, las tres mujeres se marcharon de allí y se refugiaron bajo la sombra de un mango.

—Hágame caso... ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Paul.

—Paul. No llegará a ninguna parte, se lo digo yo, si no se pone a *bip-kai, kap-ko*.

Me había terminado los tallarines y estaba esperando el pasaporte. Alex, el de la agencia, me lo devolvió pronto.

—¿Ese *farang* está hablando tailandés? —le pregunté.

—Más o menos. Pero es de mala educación decir *kap-ko*.

La última vez que había estado allí fui caminando por un sendero hasta el Mekong y me llevaron a la otra orilla en un pequeño sampán impulsado por un motor fueraborda que petardeaba sin parar. Me sellaron el pasaporte debajo de un árbol, al otro lado del río. Esta vez, sin embargo, cruzamos el Puente de la Amistad en la furgoneta de Alex, de Tailandia a Laos, pasando por encima del ancho río hasta el puesto fronterizo. Apenas había tráfico.

La decadente Vientián de la época de la guerra de Vietnam, que se había especializado en atender las necesidades de los soldados de permiso, se había convertido en un lugar somnoliento, una capital que apenas podía llamarse ciudad, un lugar más de mala muerte incluso de lo que pudo haber sido hace cien años. La recordaba como una ciudad completamente abierta: las putas

llenaban las recepciones de los hoteles y saludaban a los nuevos clientes con sonrisitas y metiéndoles mano. En Vientián, la palabra *hotel* era un eufemismo para designar un burdel, y el libertinaje era bienvenido a todas horas, igual que en el resto del sudeste asiático: había espectáculos sexuales en directo, bailarinas desnudas, camareras en pelota picada y capaces de hacer proezas increíbles con cigarrillos. En el White Rose, el bar más famoso, vi cómo un borracho encendía su Zippo y prendía fuego al vello púbico de una camarera. Ella apagó el fuego con una mano y apartó al borracho con la otra, exigió una propina y continuó atendiendo a la mesa siguiente.

Vientián no había crecido pero el contraste aun así no podía ser mayor. El cambio era la viva prueba de lo que la guerra de Vietnam había supuesto para Laos. En aquella época vi Vientián (y la describí) como si fuese el lugar más corrupto y disoluto al que nunca hubiera viajado. Las putas diminutas y los soldados norteamericanos, grandullones, gritones, dominaban el lugar. Las drogas eran fáciles de conseguir, igual que el porno. «¿Qué quieres, Joe? Di lo que quieras, que te lo consigo», decían a troche y moche los conductores de los taxis bici.

Pero los vándalos norteamericanos que habían convertido Vientián en un burdel se habían ido tiempo atrás, y ahora era una ciudad medio dormida, acunada en el fango de la ribera, célebre entre los mochileros por su cerveza barata. Una de las características de los mochileros —gente atenta con el dinero y, por lo general, bastante cívica— es que sólo practican el sexo entre ellos, sin acercarse a los lugareños. Las calles de Vientián estaban casi vacías, lo mismo que las tiendas, y los bares no podían resultar más anestesiados. Las cervezas estaban a veinticinco céntimos, las habitaciones de hotel a tres dólares. Aunque los lugareños eran amistosos, tranquilos y hospitalarios, parecían apagados de una manera extraña, como si no tuvieran color.

—¿Señor?

Dos chicas se me acercaron una tarde mientras me daba un paseo junto al río. Tenían las caderas tan finas y estaban tan mugrientas que bien hubieran podido ser dos chicos. No sabían ni palabra de inglés, salvo un inequívoco verbo.

—¿Dónde vivís?

Se rieron y me achucharon los brazos señalándome un bosquecillo junto al río, con seguridad infestado de ratas y serpientes.

Se dieron cuenta de lo inútil de sus intentos y no insistieron. Seguí

caminando. Vientián seguía proclamándose la capital, pero apenas era más que una polvorienta ciudad ribereña, reseñable por su clima caluroso, sus gentes amistosas, y por ser la sede de un gobierno con oscuras intenciones. Su gloria son sus templos: datan de comienzos del siglo XIX, y no son por tanto demasiado antiguos, pero están contruidos al estilo antiguo, con unos tejados de tres picos, como unos bonetes picudos y superpuestos, a veces hasta cinco o seis, y unos murales interiores un tanto chapuceros, en unos patios forrados de baldosas vidriadas. Los niños jugaban fuera mientras dentro sus padres, postrados con devoción, imploraban a los budas de oro y les ponían varillas de incienso y pétalos de flores.

Llevaba allí dos días. Tras haber puesto en orden mis notas y haber terminado la novela de Simenon, estaba pensando en pasarme por el museo de Vientián cuando conocí a Fiona, una mochilera. Tenía treinta años, viajaba sola y, como muchos viajeros solitarios, se sabía valer bien por sí misma; era astuta, directa, con opiniones dogmáticas y repleta de todo tipo de informaciones erróneas. No leía mucho, me dijo; se enteraba de las cosas por otros viajeros como ella, en los autobuses, en los moteles, esperando a que la lluvia pasara a resguardo de los árboles. Acababa de llegar a Laos.

—Soy una viajera. Es lo único que me gusta hacer. Pero me he quedado sin dinero —me dijo—. Tengo que volver a Inglaterra, aunque sólo sea para conseguir dinero. Quiero volver aquí, o a cualquier otro sitio. Sólo quiero viajar. No quiero hacer otra cosa.

Estábamos en un puesto de tallarines. Quise invitarla a una cerveza, pero me dijo que el té era suficiente.

—El caso es que si quieres ahorrar dinero, necesitas un compañero de piso. Mi último compañero de piso, Roger, era gay. Y cuando digo gay no me refiero a que sólo era gay, sino, eh... ¿sabes algo del sado?

—Un poco —dije—. ¿Le iba eso a Roger?

—Lo que le iba a Roger eran las fiestas. Hay fiestas sado por todo Londres. Fui a algunas. La gente era bastante maja: abogados, directivos, gente de la City, agentes de bolsa. Roger era pasante en un bufete. Pero todos tienen esa cosilla en común...

—¿El dolor?

—No sólo el dolor: azotes, latigazos.

—A mí eso no me va —dije, pero ella no me estaba escuchando.

—Roger tenía dos amigos. Uno era muy alto y tenía un pincho de metal que le atravesaba la nariz, además de tatuajes y piercings. Todo un tipo. La otra era una pequeña con el pelo encrespado y gafas a lo Deirdre Barlow. Era la más rara del grupo.

—¿En qué sentido?

—Se iban a la cama todos juntos. Yo les llamaba la gente del circo. «¿Viene gente del circo este fin de semana, Roger?», solía decirle. Cuando se presentaban, el piso empezaba a apestar. No se lavaban.

—Pero... ¿en qué sentido era rara?

—Metieron a Roger en el rollo de los cortes y la escarificación. Cogieron un cuchillo afilado y le cortaron por toda la pierna. Roger decía: «Cuando me echaron el agua salada, estaba en la gloria».

—Se me está quitando el hambre —dije.

—Pero eso me dio que pensar. ¿Qué hay de la gente que de veras sufre? Los pobres, los que están en la cárcel. Lo que hacían era realmente un insulto a todo el que sufra de veras.

—Bien pensado —dije, pero no había pensado en ello. Intenté cambiar de tema—. ¿Así que quieres seguir viajando?

—Sí. Mi ídolo es Michael Palin, el de la BBC. Viaja por todo el mundo.

—Con un equipo de cámaras y alguien que le maquilla y le compra los billetes. ¡Viaja con gente que le dice por dónde debe ir! —señalé.

—Es un verdadero viajero. Y también es divertido.

—Sí, en eso tienes razón, hace buenos chistes.

—¡Y es inteligente! —se inclinó hacia delante—. Yo ni había oído hablar de Lhasa hasta que él fue allí.

—Es la capital del Tíbet, Fiona. Yo he estado allí.

No le importó.

—Me juego lo que quieras a que Michael Palin ha estado aquí, en Laos.

—Puede que no.

—Eso es lo que quiero hacer.

—¿Ser Michael Palin? ¿Ése es tu sueño?

—¿A ti no te gustaría ser Michael Palin?

Al día siguiente, mientras almorzaba en una terraza en Vientián, una mujer americana mayor apareció acompañada de dos hombres jóvenes. Se sentaron cerca de mí y por su conversación deduje que uno de ellos era su hijo y el otro su amante indio. La mujer se apartó un poco y los dos jóvenes hablaron en bao

entre ellos, hablando de sus cosas. Entonces un camarero se acercó a la mujer.

—Pregúnteles a ellos. Ellos toman todas las decisiones. Yo sólo me dejo llevar.

Esa clase de momentos fugaces que alcancé a ver por un instante mientras viajaba eran como pequeñas y extrañas obras de teatro: no llegaban a ser relatos, se quedaban en meros atisbos fugitivos, breves visiones de otras realidades. Siempre supe que había mucho más, y por eso mismo esa clase de gente parecían otros tantos personajes que me estuvieran esperando, como algunos norteamericanos que vi en la India, para que les asignara sus papeles en una historia más amplia.

Me alegré de que el Vientián de las putas y los drogadictos que había conocido hubiera desaparecido para dejar sitio a un Vientián de viajeros con poco presupuesto y mochileros. Mientras, los laosianos hacían lo posible para cruzar el río hasta Tailandia, donde había más oportunidades de trabajo y de ganar algún dinero.

Un carrito, de los que allí llaman *tuk-tuks*, me adelantó mientras caminaba por la calle.

—¿Dónde? —me preguntó el conductor.

Me dije que podría ir al museo o a ver algún otro templo. Pero lo pensé mejor.

—¿Cuánto hasta el puente?

Me dijo el precio y poco después estaba de vuelta en la estación de Nong Kai, esperando el tren de Bangkok, pensando en las «pequeñas y extrañas obras teatrales». Una mujer me sonrió.

—¿Está libre?

—Síntese, por favor.

Era norteamericana, rechoncha y bajita, culona, de unos cincuenta años o así. Llevaba unos pantalones negros hasta media pernera y el pelo echado hacia atrás, aunque la mayor parte se arremolinaba alrededor de su cara sudorosa. Estaba pálida, extrañamente pálida con todo aquel sol. Llevaba un petate deforme. Lo abrió y sacó una baguette de veinticinco centímetros envuelta en papel. La desenvolvió, la cogió con las dos manos —como si fuera una herramienta—, inclinó la cabeza y empezó a comer, comenzando por el pico.

—Muy bueno —dijo masticando.

—¿Qué lleva?

—Lo de siempre. Carne misteriosa y ensalada —rió. Parecía segura de sí misma y, en verdad, ahí estaba: sola en una estación de tren desierta en la frontera entre Laos y Tailandia en aquella calurosa tarde.

—¿Eres americana?

—De Missouri. Pero vivo en Khon Kaen.

Otra más del grupo. No dije nada durante un rato. Estaba de buen humor. Acababa de comerme unos tallarines al otro lado de la calle de la estación, y el vendedor tailandés me había dicho que debería quedarme allí, que muchos *farangs* lo habían hecho y eran muy felices. Comer tallarines en una terraza junto a la frontera, mientras uno espera el tren de Bangkok, era un auténtico éxtasis. Muchas mujeres querrían vivir conmigo, me dijo, prometiéndome incluso que me enamoraría. Ahora estaba en el andén con aquella gorda de Missouri que engullía su bocadillo.

Nong Kai era quizá la estación de tren más limpia que había visto desde que dejé Londres. Ni una mota de suciedad en el andén o en las vías, nadie escupiendo, ni una sola pintada en las paredes, ningún vagabundo o mendigo. La estación entera había sido barrida y fregada. Todo resplandecía a la luz del atardecer.

Este orden, y la educación y la eficacia de la persona que me atendió en la ventanilla, me pusieron de buen humor. De veras: me pareció un país inmejorable lleno de familias felices, buenas carreteras y gente con ropa limpia. Y el respeto y el decoro innato que se observaba en ellos daban a entender que no tenían ninguna necesidad de una tiranía, ni de multas que les obligasen a ser organizados y limpios.

La mujer seguía masticando de una manera ruidosa, de un modo que habría sorprendido a un tailandés. Sudaba envuelta en su jersey ajustado. Se le había soltado el cabello. Tenía una gota de mayonesa en la nariz y una mancha en la mejilla.

—¿A qué te dedicas en Khon Kaen?

—Oficialmente no me dedico a nada —me miró con intención mientras seguía masticando—. Extraoficialmente soy misionera.

—¿Anuncias la buena nueva?

—Eso es.

—Citando la Biblia.

—Por supuesto.

—«La letra mata.» ¿Quién dijo eso? —le pregunté.

—Pablo. Corintios. «El espíritu da vida.»

—Ellos tienen espíritu de sobra.

—Pero no tienen espíritu cristiano.

—¿Crees que en Tailandia alguien necesita que vayan a darles lecciones de piedad? —dije, y noté la impaciencia en mi voz. Pensé en todos los tailandeses a los que había visto llevar flores e incienso a los templos, en sus inclinaciones y postraciones, en el resplandor de sus rostros a la luz de las velas, en la especial belleza que los envolvía mientras rezaban.

—Necesitan a Jesús.

—Pero... ¿se puede saber qué os pasa? —dije después de respirar hondo.

Masticó con aire desafiante.

—Necesitan a Dios Todopoderoso, eso es.

—Si Dios Todopoderoso fuera un inmenso pato capaz de emitir un «cuac» eterno, todos habríamos nacido con membranas entre los dedos y seríamos tan infalibles como el Papa, sin necesidad de tener que aprender a nadar.

Es una cita del padre de Henry James que me resulta muy útil en ocasiones como ésta.

Los ojos se le salían de las órbitas con la boca llena, y movía toda la cara al masticar.

—Tengo una misión que cumplir —dijo después de tragar.

Ya no era una misión cristiana, sino pura avaricia. Le pegó otro bocado al bocadillo meneando la cabeza, moviendo las mandíbulas como un chucho con sobrepeso que royera un hueso.

Poco después llegó el tren de Bangkok. Encontré mi compartimento y me senté. Entró un viejo. Meditó durante un largo rato, como si se tratara de un reproche viviente a la misionera. Se llamaba Vajara. Cayó la noche. Se subió a la litera de arriba. Se había marchado cuando desperté en Bangkok.

20. Tren nocturno al nudo de Hat Yai

Expreso especial

Un enorme retrato multicolor de Rama V, el rey Chulalongkorn, grandioso por las reformas que introdujo, decoraba la sala de espera de la estación principal de Bangkok, Hua Lamphong, construida en 1910, el mismo año en que murió el monarca tan amado por su pueblo. Este rey fue la fuerza motriz de la modernización de Tailandia al introducir diversas reformas políticas, mejorar la educación y adecuar las carreteras y los trenes a partir de 1891. También fue el rey cuyo retrato se traza en el libro que inspiró una mediocre película musical, *El rey y yo*. Tanto el libro como el musical son objeto de aborrecimiento entre todos los tailandeses, que los consideran insultantes falsificaciones y ridiculizaciones de su venerado monarca. Los tailandeses ven en el rey una figura semidivina, y a Rama V lo consideran (con acierto) un monarca especialmente benévolo y sabio, una persona de la que no se puede hablar a la ligera, y mucho menos menospreciarla o criticarla como si fuera un irrisorio personaje de la realeza de Siam, que se dedicara a bailar valeses o a perder el tiempo con una impertinente *farang*.

En mi anterior viaje formulé una pregunta sin importancia sobre el actual rey. Me encontraba en un sampán con un joven tailandés y una mujer tailandesa, él fotógrafo, ella periodista. El hombre me estaba enseñando a remar con pértiga, como los gondoleros. Estábamos en un *klong*, un canal de unos dos metros de anchura, lejos de otros botes o personas. Mi inofensiva pregunta provocó un silencio tan profundo que fue como si no hubiera dicho nada en absoluto.

Entonces la tailandesa bajó la mirada a la cubierta del largo bote y emitió un resoplido por su bonita nariz, como si dijera *oh-oh...*

—Dices una sola palabra sobre el rey —me dijo el tailandés con una voz

más aterrada que reprobadora— y te la juegas.

Había preguntado sobre el rey Bhumibol Adulyadej, Rama IX, circunspecto, tuerto, multimillonario, también mitad dios y mitad hombre, el que ha gobernado durante más años en toda la historia de Tailandia. Reinaba desde 1950 y ahora, en mi segunda visita, estaba próximo a cumplir ochenta años. Su imagen se veía por todas partes y muchos tailandeses llevaban camisetas y pulseras amarillas, el color de la realeza.

Era domingo. Descendía sobre Bangkok una modorra brillante y caliente, con un matiz de tristeza, recordándome el agobio de los desolados domingos de mi temprana juventud. Si me quedaba en la ciudad (razoné) me dejaría llevar sin hacer nada de nada hasta terminar atrapado, abandonándome del modo más delicioso, feliz, al meneo que me dieran las delicadas princesitas en los salones de masaje, con suave música de gong y unas velas consumiéndose. Quién sabe, quizás me quedara allí para siempre.

Contento de que Bangkok hubiera crecido sin dejar de ser fiel a su espíritu, me armé de valor para tomar un expreso con rumbo sur.

Se rumoreaban noticias sobre la insurrección de los musulmanes en el sur, sobre las bombas que colocaban los separatistas en los mercados, sobre los ajustes de cuentas entre diversas facciones, los grupos de la milicia local, los muyahidines. Se hablaba de Al Qaeda y de los Hermanos Musulmanes. Recientemente se produjeron siete incidentes, algunas muertes e incendios de comercios tailandeses. Las provincias del sur, fronterizas con Malasia, son de mayoría musulmana, y se hablaba de sus aspiraciones soberanistas, de la aplicación de la sharia y otras represiones y arcaísmos. El gobierno no había tenido mucho éxito en sus intentos por imponer la paz en el sur, ni tampoco había conseguido el ejército contener a los terroristas, cuyo número había crecido en los últimos años.

—Quizá deberíamos dejar que los musulmanes tengan su propia provincia allá abajo —me había dicho una mujer tailandesa durante una cena en Bangkok, hablando en plan fatalista—. Quizá así dejen de matar a la gente.

Al salir de Bangkok hacia el sur me sentí más que nunca como un mirón romántico en un mundo a punto de ahogarse. El tren describió una gran curva entre asentamientos de chabolas. «Allí estaba, extendiéndose a lo lejos a ambos lados del río la capital del Oriente —escribió Conrad en *La línea de sombra*, y pese a estar publicada hace más de cien años su descripción aún sonaba acertada—, con un estilo arquitectónico vegetal y brotado de la tierra

marronácea, en las orillas fangosas del río». El tren cruzó el río traqueteando por un puente oxidado. «Algunas de las viviendas de palitroques y yerbajos, como los nidos de una especie acuática, se aferraban a las orillas bajas y encharcadas.» Vi los templos construidos sobre el dique de contención («esplendorosos y en ruinas») y las embarcaciones a motor, renqueantes, y los sampanes que se manejaban por medio de pértigas; más allá, las palmeras y los cocoteros, las plantaciones de bananos, los manglares, unos estanques atestados de lotos. La luz vertical del sol —verde, derrotada— centelleaba en las ciénagas y los pantanos; las mujeres esbeltas cargaban pesados fardos... Todo aquello me entristeció.

Fue más bien el tedio del mirón, el sentimiento que invade al viajero por ser superfluo, pues sólo va boquiabierto y sigue adelante; fue la tristeza de ver a todas aquellas gentes llenas de gracia en una gran ciudad —otra gran ciudad—, cada cual en su lucha cotidiana, cada cual con todas sus esperanzas. Pasamos con estruendo por una estación a las afueras, Bang Bamru, donde las mujeres lavaban la ropa junto a una bomba de agua mientras sus hijos chapoteaban alrededor. Las mujeres parecían elegantes aun realizando una tarea tan pesada. Y más adelante, en Nakhon Pathom, la aparición de dos niños pequeños, de unos siete u ocho años, uno rodeando con el brazo los hombros del otro, me hizo sentir melancólico en un grado indecible. Los dos iban descalzos y vestían camisetas y pantalones cortos, bien limpios. ¿Por qué me pareció tan triste esa pobreza pulcra, arreglada, digna, obediente y formal?

Al fin, tras una hora o más de jungla —granjas, arrozales, bungalows, una familia de cuatro personas montada en un ciclomotor, las vacas que curioseaban, una piscifactoría donde se criaban gambas, una escuela cristiana, un templo alto y dorado, un hombre que encendía petardos frente a una multitud— no me sentí tan mal.

Luego, el trinar de los pájaros, el ladrido de los perros en las carreteras polvorientas, los árboles altos y rodeados de plantaciones de hierba limón, y los huertos en los que había mangos plantados, me hicieron sentir aún mejor.

Y el resto del día, hasta el anochecer, mientras continuaba escribiendo mi novela corta, *La puerta de la India*, contemplé los arrozales que se extendían hasta el horizonte, cuadrados de una tonalidad verde clara, con los bordes levantados, algunos de ellos recién plantados, recién encharcados.

En el compartimento de al lado había dos chicas que no llegaban a los veinte y una mujer mayor que me pareció china. La mujer tenía la cara más

ancha que la mayoría de los tailandeses y llevaba pulseras y un collar de oro. Lo extraño era que, aunque se pasaban el día durmiendo, dejaban la puerta del compartimento abierta. La mujer siempre sonreía cuando yo pasaba por allí, y yo lo hacía a propósito precisamente por su sonrisa.

—¿Dónde ir?

—A Penang —dije.

—Nosotras ir Penang también.

Como suele ocurrir en los trenes de larga distancia, seguí tropezándome con ellas casi a cada paso: en la ventana del pasillo, perdiendo el tiempo en el ruidoso espacio que hay entre los vagones, esperando para entrar en el baño...

—¿Dónde estamos? —pregunté a la mujer al ver un templo al final de una carretera.

—No sé.

Pero ya había roto el hielo. La siguiente vez que la vi me dijo:

—¿Tú negocios?

—Yo negocios.

—¿Cómo llamas?

—Paul.

—Bol —dijo. Sonrió e inclinó la cabeza hacia su compartimento—. Yo Lily. Ésas mis pequeñas.

Entonces supuse que sería una alcahueta y quise hablar más con ella, pero la siguiente vez que pasé por delante de su compartimento la puerta estaba cerrada.

Se hizo de noche con rapidez, como siempre en el Ecuador, y a la mañana siguiente desperté y vi las nubes doradas, un cielo azul, tintado de rosa, y la jungla intercalada de arrozales inundados: el sur profundo de Tailandia, cerca ya de la frontera con Malasia; exuberante, verde oscuro, poco poblado y con zonas en estado de sitio.

En el nudo de Hat Yai me bajé y me indicaron una cabina donde podría comprar un billete para continuar el viaje. Luego me volví a subir. Sólo la mitad delantera del tren continuaría hasta Butterworth y la frontera. Busqué a la alcahueta y a sus dos chicas, pero no las vi por ninguna parte. Casi todos los asientos estaban libres. Escogí uno en el vagón sin compartimentos y eché una cabezadita. Desperté veinte minutos después, cuando el tren entró en un túnel al pasar de repente por unas colinas rocosas.

Dos mujeres jóvenes —inglesas, a juzgar por su acento— se sentaron junto

a mí al otro lado del pasillo central, cada una con una mochila enorme, muy abultada. Ambas leían absortas, la más oscura de piel una novela de John Irving, mientras la flaca que se rascaba la cabeza de vez en cuando leía *La costa de los mosquitos*. Durante una hora de lo más agradable, poco más o menos, observé a la segunda embelesada —o casi— y mordiéndose los labios mientras leía.

De vez en cuando dejaban de leer y hablaban.

—¿Has visto el váter? —dijo la primera.

—Los baños aquí son un asco.

—¿Deberíamos esperar hasta más tarde?

—Creo que te equivocas...

—¡Tiene que haber servicios en la frontera!

—¿Servicios limpios? ¿Aquí? No lo creo...

Siguieron leyendo. Al rato, la primera bostezó y retorció el lomo de la novela de John Irving con las manos.

—Este libro es tan denso... —dijo.

Esperé una respuesta, pero la otra no aventuró nada sobre mí. Estaba cerca del final. Esperé a que acabara el libro; cuando lo hizo, lo colocó sobre las rodillas y se llenó de aire los pulmones.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté.

—¿El libro? —hizo una mueca—. Pues no era lo que me esperaba.

Manoseó el libro de bolsillo como intentando captar un pensamiento.

—Todos esos bichos... toda la jungla... me recordó a cuando estuvimos en Vietnam.

—Pero la familia del libro... —dije—. ¿Son creíbles... o es sólo una historia más?

Asintió con vehemencia.

—Son bastante creíbles. Sí, bastante.

Satisfecho, me presenté y le dije que era el autor.

—¿Fue un viaje que hiciste? —preguntó dando golpecitos en el libro.

—No. Es una novela, un relato. Es... es ficción.

Ella sonreía como si hubiera descubierto mi secreto.

—Así que supongo que escribir es tu hobby.

Esto me desconcertó, pero yo también estaba sonriendo.

—¿Qué haces el resto del tiempo? —dijo.

—Pues la verdad es que eso es casi todo: garabatear y garabatear.

—¿Te influyó *La biblia envenenada*? —dijo la otra chica.

—No. En realidad mi libro se publicó en 1981.

—Yo ni siquiera había nacido —dijo la primera.

—No puedo creer que estés sentado ahí mismo —dijo la segunda—. ¡Eh, Doug!

Un joven que estaba sentado unos asientos más allá se dio la vuelta y se acercó. Era bajo, robusto, y parecía manejable. Adoptó un aire un tanto satírico al ser presentado por aquellas bonitas chicas a un tipo que había escrito un libro del que nunca había oído hablar. La chica le enseñó el maltratado ejemplar de bolsillo que dijo haber robado de una estantería en un albergue para jóvenes en Phuket. Doug llevaba una bolsa pequeña y vestía ropas gastadas por el sol y unas sandalias. Dijo que llevaba tres meses viajando. Aparte de eso, sus respuestas fueron evasivas.

—¿Dónde vas? —pregunté.

—No voy a ninguna parte —dijo. Me miró a los ojos—. A ninguna parte.

Me gustó por su vaguedad. El bolígrafo en el bolsillo de su camisa era elocuente. Me recordó a la persona que fui yo hace tantos años en este tren de Bangkok a Penang.

Doug no hablaba y las mochileras sólo tenían preguntas que hacerme, así que les pedí que me disculparan y, al marcharme del vagón, vi a Lily, la alcahueta, con sus dos chicas en el último asiento. Las chicas, a su derecha e izquierda, iban dormidas. Ella condescendía a hacer de almohada para sus cabezas, como si fueran un par de gatitas.

—Bol —dijo Lily, y me hizo un gesto para que me sentara enfrente—. Sienta. ¿Qué tipo negocio? —dijo en cuanto me senté.

—Libros.

—¡Eso bien! —sonrió. Tenía dientes de oro a juego con sus joyas—. ¿Qué país tú, Bol?

Se lo dije.

—¡América bien! —abrazó a las chicas—. ¿Te gustan?

—Sí —dije.

—Duermen demasiado.

Era verdad. Sólo las había visto despiertas una vez, la noche antes en el pasillo.

—Bonita, ¿eh? Lica, ¿eh?

—Muy ricas.

Una de ellas se estiró y bostezó. La mujer le pellizcó las mejillas con cariño y ella abrió los ojos un segundo.

—Él negocios —dijo Lily. La chica arrugó la nariz y volvió a dormirse. Luego ella me guiñó el ojo—. Penang sitio bueno. Bol, ¿tú visita mí?

Aquella mañana, algo más tarde, paramos en la estación fronteriza. Era la frontera ideal: un largo andén, Tailandia a un lado, Malasia al otro. Unos veinte pasajeros entraron, presentaron sus pasaportes para que los sellaran en el mostrador de cada país y atravesaron el último torno de paso.

En un puesto donde vendían tallarines, en el lado malayo de la frontera, compré un bol de *laksa*, uno de los mejores platos típicos del estrecho de Malacca. Es una sopa picante, con curry, a base de coco, con fideos y brotes de judía. Es espesa y de color rojizo por el chile y sus muchos ingredientes: *laksa* viene del sánscrito *lakh* que significa (como me había explicado en Jaipur el señor Kailash) cien mil, y es una forma coloquial de decir «muchos» que se usa en todo el estrecho.

Un hombre blanco vacilante, con camisa gastada y zapatillas de deporte, arrastraba los pies detrás de mí. Tenía los cordones desatados y la bragueta medio bajada. Podría tener ochenta años. Llevaba un petate pequeño. Estaba solo, medio sordo (el funcionario de inmigración tuvo que gritarle) y sus ojos bizqueaban tras sus gruesas gafas. ¿Qué estaba haciendo en aquel paso fronterizo en mitad de la jungla? Me preocupó y lo observé hasta que encontró su asiento en el siguiente tren, donde se sentó con la cabeza en la mano. Que los chicos viajaran era muy normal; pero era raro, casi inaudito, ver a un hombre tan frágil y tan solo.

Doug me había parecido la persona que había sido yo, así que sentí afecto por él. Pero sólo sentí tristeza cuando vi a aquel anciano. Me sentí protector. Y atemorizado también. En cuestión de años, aquel viejo raro y vagabundo, un fantasma en el que nadie había reparado, bien podría ser yo mismo.

21. Tren nocturno a Singapur El expreso de Lankawi

Cuando el tren llegó a la estación de Butterworth, empecé a sentirme mal. Por el *laksa*, supuse. Había repetido por pura glotonería. No paré en Penang cuando hice mi primer viaje. Hubiera pasado de largo también esta vez de no ser porque se me retorcían las tripas. Estaba mareado y no podía soportar siquiera la idea de seguir adelante. Así pues, doblado sobre mí mismo, cogí el ferry que cruza el puerto hasta Georgetown, y luego tomé un taxi hasta el Eastern & Oriental Hotel, donde me hice un ovillo, levantándome sólo para rehidratarme con vasos de agua reforzados con una pizca de sal y otra de azúcar. Me sentí tan espantosamente mal al día siguiente que me tomé una pastilla. Y al no producir ningún resultado fui a un herbolario chino que había en un callejón lateral y adquirí un preparado. Me quedé en la cama. Tras tres meses de viaje estaba fuera de combate.

Durante la segunda noche escuché la música a todo volumen en las calles cercanas: bares, clubs, callejones estrechos llenos de casas de masajes y anuncios de neón. Había estado varias veces enfermo durante el viaje, pero ésta fue con mucho la peor de todas por los calambres y las náuseas. Mi método habitual de lidiar con la enfermedad consistía en suspender toda actividad, encontrar un buen hotel y dormir, ayunar y beber agua con un poco de sal. Y eso fue lo que hice en el E & O.

Al final me sentí en condiciones de arrastrar al menos los pies por la ciudad con el paso y el mareo típico de los convalecientes. Con sus casas coloniales y senderos cubiertos, sus sumideros para las aguas torrenciales del monzón y sus estrechas tiendas chinas atestadas de mercancía, Georgetown (así llamada por Jorge III) era un milagro de la conservación urbanística. Se parecía bastante al Singapur en que estuve trabajando durante los años sesenta. Había

estado en Georgetown una vez, en 1970, de camino a una remota aldea de pescadores llamada Batu Ferringhi («la roca del extranjero»). Por curiosidad me di una vuelta por allí en taxi y descubrí que se había convertido en una cornisa costera de altísimos hoteles y apartamentos; mansiones, grandes centros turísticos y sombríos bloques que atestaban la primera línea de la playa. Un lugar de una fealdad inigualable.

Chandra, el taxista, era de extracción tamil, pero nació en Penang. Nunca había estado en la India. Le pregunté por qué.

—Demasiada gente —dijo.

Estaba casado con una mujer china que había sido su vecina y amiga de la infancia. Tenían dos hijos. Su sentido de la hospitalidad era tal que me invitó a su casa a tomar té, y cuando le pregunté cómo es que se dirigía a su mujer en tamil, me dijo que siempre habían hablado tamil en casa. Su mujer hablaba hokkien y la lengua oficial era el malayo; además, hablaba bien el inglés y sabía «un poco de alemán. *Danke. Guten morgen*».

Me dijo que muchos alemanes tenían su segunda casa aquí. Pero en general era un destino turístico para los árabes.

—Los saudíes, éstos sí que tienen dinero —dijo—. Pero también los jordanos y los sirios. Sus países son demasiado calurosos, tienen que marcharse de vez en cuando, pero no les gusta ir ni a Europa ni a Norteamérica. Saben que allí se les odia. Los norteamericanos dicen que son terroristas. Los registran dos veces en los aeropuertos. Y no quieren vivir en un país en el que las mujeres tienen que ir por la calle sin velo.

—¿Aquí llevan velo? —me pareció extraño en un país en el que las mujeres musulmanas iban vestidas con elegancia, con sus sarongs y sus blusas ajustadas.

—Las mujeres comen así —dijo Chandra, e hizo gesto como levantando un velo imaginario y sorbiendo una bebida imaginaria—. Ningún hombre puede ver a sus mujeres. Sólo ellos.

—¿Muchos árabes?

—Miles. Muchos miles. Grandes aviones llenos de familias. Las mujeres de negro, los hombres de traje. Niños. Pueden llegar a ser muy groseros. Rompen cosas en los hoteles y se nos encaran cuando les pedimos que las paguen. Y son groseros cuando hablan contigo. Algunas veces me dicen: «Vamos» —y Chandra aleteó con ambos brazos— porque no saben pronunciar la palabra *aeropuerto*.

—¿Y tú qué piensas?

—Yo creo que si eres una buena persona no necesitas religión.

—Ellos son muy religiosos.

—Rezan cinco veces al día y aun así son espantosos. ¡Qué maleducados!

Chandra me llevó al jardín botánico de Penang y pude ver todas las variedades de bambú. Sopesé la posibilidad de buscar a Lily, la alcahueta, pero aún estaba convaleciente. Me sentía demasiado débil para deambular por la calle de noche. Encontré una vieja edición de bolsillo de *El gran bazar del ferrocarril* en una librería de Georgetown y leí un poco mientras pensaba que ya no soy ese hombre, que ya no existen esos lugares. Estaba impaciente por llegar a Singapur, así que compré un billete y regresé a Butterworth en el ferry para tomar un tren nocturno hasta Kuala Lumpur. Mi compartimento estaba tan lleno de cajas de cartón que apenas había espacio para mí. El que viajaba conmigo allí era un vendedor malayo que trabajaba para una marca de ventiladores de mesa.

—¡Muestras-lah! —explicó, pero ya se había ido, junto con todas sus cajas, cuando me desperté.

Incluso a la tenue luz del amanecer vi que la estación principal de Kuala Lumpur era una maravilla: racionalmente diseñada, con suelos de mármol, funcionarios eficaces y trenes en abundancia para elegir. Cualquiera ciudad de Estados Unidos se habría sentido orgullosa de tener una estación así. Compré un billete en uno de los últimos trenes para llegar cuanto antes a Singapur y poder tomarme allí los tallarines.

Saliendo de Kuala Lumpur, la ciudad me pareció un espejismo que flotase en el aire a la altura de las copas de los árboles, un capricho de agujas y torres con la jungla y las palmeras de fondo. Los rascacielos, que parecían pertenecer a otro mundo, recortaban una silueta fantástica en la niebla, plateada junto a tanto verde. El espectáculo recordaba que Malasia es un país productor de petróleo; la bella estación y aquel tren eran otras tantas pruebas de la prosperidad de que gozaba.

Durante las siete horas a través de las junglas del sur de Malasia (*kampongs* de elegantes casas, plantaciones de palma para aceite) avancé en la escritura de mi relato sobre la India. La masa verde era relajante y tranquilizadora. Al acercarnos a Jahore Bahru y la frontera, vi que lo único que había escrito en mi cuaderno de notas era «jungla - palmeras - río embarrado».

«Bienvenidos a Singapur» rezaba un cartel en la estación aduanera de Woodlands. Y, debajo, un cartel de aviso: «Las drogas se castigan con la pena de muerte».

La pequeña Singapur estaba irreconocible, la ciudad más transformada que he visto en toda mi vida, un lugar retorcido del todo, hasta terminar por convertirse en otra cosa completamente nueva. Y la gente también había cambiado, como si fueran plantas obligadas a crecer bajo una luz artificial que produjera extrañas florescencias e incluso extraños frutos. Pero me rendí ante la belleza felina de las mujeres: suaves, pálidas gatitas con brazos delgados y huesos frágiles; mujeres astutas, con rasgos de zorro, de ojos rápidos, tensas, frustradas por su demasiada inteligencia. En contraste, los hombres dentados se apresuraban con torpeza tras ellas cuando iban por calles futuristas, emitiendo risitas sin cesar, pegados a sus teléfonos móviles, metiendo las puntas de los pies hacia dentro al andar.

No había nadie que estuviese gordo. Nadie era pobre. Nadie estaba mal vestido. Pero muchos habitantes de Singapur (al menos así me pareció) tenían esa cara que es a medias de niño y a medias de demonio, una cara de haber sido tratados como niños más tiempo del debido, sobreprotegidos por un gobierno apabullante y manipulador. Toda la clase dirigente de Singapur está personificada en el gruñón e insaciable Lee Kwan Yew. Este gruñón terco y descontento, por lo visto, se negaba a jubilarse: tras cuarenta y un años en el gobierno, a los ochenta y tres, seguía controlando hasta el más mínimo detalle. La ciudad estado también ostentaba el aire manoseado y chapucero de su máximo dirigente, lo mismo que la gente. Yo había vivido y me había ganado la vida allí, en la Universidad de Singapur, durante tres años, en la década de los sesenta. Luego volví a visitarla en mi primer viaje en tren, en 1973. Ahora había vuelto y nada me resultaba familiar.

Me desorienté nada más salir de mi hotel, cerca del centro de la ciudad, por un lugar que en el pasado yo había conocido muy bien, al final de Orchard Road. Pero ya no se parecía en nada a Orchard Road. Los nombres de las calles eran los mismos, lo cual contribuía a que todo resultara más confuso aún, pues hasta las calles tenían un nuevo trazado. Singapur fue en el pasado una diminuta ciudad colonial sita en una diminuta isla, con una pequeña zona interior dedicada a los cultivos. Ahora era un único objeto geográfico: la ciudad, la isla y las áreas rurales se habían combinado para formar una ciudad

estado que se hallaba rodeada de playas fangosas. Era una isla urbanizada de manera muy densa, de unos setecientos kilómetros cuadrados, del tamaño aproximado de Menorca, pero mucho más pequeña que Nueva York.

Era un lugar en el que la soledad no era posible. Cámaras por todas partes, soplones también. Cabía la posibilidad de que a uno lo detuvieran y lo multaran por estar desnudo en su propia casa si alguien alcanzase a ver algo a través de la ventana e informase de ello a las autoridades. Ésta es una ley poco práctica, porque al ser un lugar sin privacidad, Singapur también es un lugar en el que reina el desamparo y el miedo: el sentimiento de aprensión propio de la gente que se sabe observada a todas horas. A los habitantes de Singapur se les anima a espiar, los chivatos obtienen recompensa.

Joseph Conrad hubiera sido capaz de moverse con soltura por el Singapur de los sesenta. Describe un paseo por la ciudad en una novela corta titulada *Con la soga al cuello*. Sin embargo, aquella ciudad horizontal con tiendas y bungalows se había convertido en una ciudad vertical de edificios altos y, debido a una continua recuperación de terreno, Singapur mismo era setenta kilómetros cuadrados más extenso que antes. Lo que fue en el pasado la primera línea de playa se situaba ahora lejos del mar. Beach Road no estaba ni de lejos en la playa. Las restricciones y los pasos subterráneos limitaban el tráfico en esta isla repleta de mercancías a la venta, calles organizadas, racimos de fincas urbanas e innumerables mansiones. Los pasos elevados habían sustituido a los estrechos callejones, los parques a los antiguos barrios deprimidos, formados por tiendas con una vivienda en la primera planta. Era una ciudad de restaurantes y grandes almacenes, una ciudad de compradores frenéticos, la mayoría de ellos jóvenes. Lo que más me chocó fue que los habitantes de Singapur, justo por vivir en esta ciudad, fueran gente extraña sin darse cuenta de que lo eran.

—Has venido en un momento prometedor —me dijo un amigo de Singapur.

—Eso es algo que suelo oír a menudo.

—No, en serio. Acaban de levantar la prohibición a *San Jack*.

Mi novela sobre Singapur, publicada en 1972, estaba por fin disponible en las librerías. Y la película basada en ella, dirigida por Peter Bogdanovich en 1978, estaba en cartelera. Era la única película de Hollywood rodada íntegramente en Singapur, cierto es que con trampas, como ha revelado un escritor residente en Singapur, Ben Slater, en su reciente libro, *Kinda Hot: The Making of Saint Jack in Singapore*. Bogdanovich no comunicó a las

autoridades que estaba rodando mi libro prohibido, y por este engaño, además de la descripción que se hace en la película del comercio sexual, el crimen organizado de las mafias chinas y los vecindarios de más colorido —como es Burgis Street, la calle de los travestis—, el film había sido prohibido. Como la prohibición había sido levantada y yo acababa de llegar, mis amigos alertaron a la prensa. Me hicieron entrevistas. Fue la primera y única vez que mi cara apareció en la prensa del lugar en que me encontraba durante mi viaje.

Fueron cuatro entrevistas, y en todas ellas se planteó, entre muchas otras, esta pregunta: «¿Qué opina usted de Singapur?».

Los habitantes de Singapur, conscientes por completo de que viven en una ciudad estado que es segura, limpia, organizada y en general represiva, necesitan que les confirmen que aquello es Shangri-la. No importaba que sólo llevara dos días en Singapur.

—Todo tiene una pinta estupenda —dije.

Los entrevistadores pueden provocar en sus entrevistados una inofensiva autoglorificación o pueden mostrarse obstinados y poco impresionables, e incluso arteros. Pero también sirven para algo: la mejor manera de reencontrar viejos amigos en una ciudad extranjera es que te entreviste la prensa. En Singapur encontré a mucha gente que no hubiera podido encontrar de otra manera: viejos amigos que habían envejecido allí, e incluso viejos enemigos... ¡enemigos, tras tantos años! Pero un gobierno cruel e implacable también puede convertir a sus ciudadanos en seres crueles e implacables. Varias personas que dieron documentación de fondo a los entrevistadores describieron, locuazmente, hasta qué punto había sido un auténtico pelmazo y hasta qué punto me habían detestado.

—He hablado con dos o tres de sus antiguos alumnos —dijo una entrevistadora dando golpecitos sobre su cuaderno de notas. La página visible estaba cubierta por completo con su pulcra escritura.

—Permítame decirle una cosa —dije interrumpiéndola—. Los estudiantes universitarios que tuve en Singapur fueron los más inteligentes, los mejores, los más trabajadores de cuantos he tenido a mi cargo. Y me mimaban. No he encontrado estudiantes así de buenos jamás, por eso dejé de dar clase.

—Eso es todo un cumplido. ¿Qué enseñaba usted?

—Contemporáneos de Shakespeare, como Middleton y Tourneur. Las tragedias de venganza típicas de la época del rey Jacobo. Además, di una serie de conferencias sobre *El cuento de invierno* e introducciones a las obras de

Conrad, Henry James y D. H. Lawrence... todo el programa de estudios de Cambridge. *Grandes esperanzas*.

Ella no paraba de escribir.

—Bueno, ¿y qué le han dicho?

—No fueron muy benévolos.

—¿En serio?

Me sorprendió. El jefe del departamento de literatura, D. J. Enright, poeta y crítico literario muy apreciado en los medios ingleses, adorado por sus alumnos, fingía un aire de bonhomía con ellos, comportándose al mismo tiempo como un negrero con los profesores que tenía en plantilla. Trabajaba duro y a mí me consideraba un oportunista. Su necesidad de reafirmarse había hecho de él un cotilla empedernido y su veta puritana le convirtió en una especie de vendedor al por menor de rumores eróticos. Era el centro de atención en el club de profesores, donde íbamos todos a tomar una cerveza, a quejarnos del gobierno y del mal tiempo, y a especular sobre los adulterios entre universitarios. Al ser el primer norteamericano que dio clase en el departamento en que mandaba Enright, tuve que demostrar que era todo un erudito. Y como necesitaba el trabajo me esforcé por impresionarle. Me cayeron bien los alumnos diligentes, así que pensé que hice un esfuerzo por una buena causa.

—Uno de sus alumnos me dijo: «Si no puedes decir nada agradable, no digas nada. Así que no diré nada».

Tragué saliva.

—Continúe —le dije.

—Otro dijo que usted era arrogante. ¿Eso le molesta?

—No —respondí, pero la verdad es que sí que me molestaba. Me imaginé aquella antigua versión de mí mismo en el despacho, corrigiendo sin descanso una torre de trabajos universitarios sobre *The Changeling* (*No es mi hijo*, la obra teatral del isabelino Thomas Middleton). Tenía veintisiete años. Mi salario era el más bajo de todos los profesores, el equivalente a cincuenta dólares a la semana. Estaba casado y tenía dos hijos que mantener. Intentaba escribir *San Jack*. No es que fuera arrogante, es que estaba desesperado.

Mi novela trataba sobre un hombre en Singapur, de cincuenta años, pobre, que sueña con la felicidad. Yo también era pobre, me sentía como si tuviera cincuenta. Y también tenía mis propios sueños.

—Y otro...

—Oh —dije, porque tanto menosprecio me ayudó a recordar—, vivía en una diminuta casa sin aire acondicionado.

—Este otro dijo que usted era inaccesible.

—Estaba en el despacho de nueve a cinco. Enright insistía en que estuviéramos en el despacho. «¿Dónde está Paul?», solía decir también cuando no tenía que impartir una clase. Los alumnos se pasaban por el despacho a todas horas. Creía que les caía bien.

Ella seguía estudiando su cuaderno.

—Uno lo describió diciendo que era usted un profesor «imperfecto».

—¡Imperfecto! ¡Ah! Es probable que sea cierto.

—¿Recuerda a un alumno llamado Kirpal Singh?

—Perfectamente. Un muchacho agradable. Recuerdo que era pobre y estudioso. Contrastaba con el resto porque era una especie de sij entre los chinos. Y el gobierno le retiró la beca. La opinión del gobierno consistía en que estudiar literatura inglesa no ayudaba a construir una nación. Querían que se formasen sólo ingenieros y economistas. Así que jodieron a Kirpal y a muchos otros estudiantes becados. Una intromisión más de Lee Kwan Yew.

—Singh recuerda —siguió leyendo la entrevistadora— que Theroux era impuntual, no entregaba los trabajos corregidos a tiempo y nunca le proporcionó atención individual, lo cual le hizo sentirse estafado en su condición de alumno.

—¿Va usted a publicar eso?

—Voy a escribir un artículo equilibrado.

—¿Estafado? —dije. Se me agudizaba la voz por momentos—. ¡Me jugué el cuello quejándome al vicerrector cuando le retiraron la beca!

Se publicaron varias entrevistas, incluidos los insultos y las insinuaciones anónimos. La entrevista con la crítica de Kirpal Singh también se publicó. En el artículo se le describía como un «poeta y profesor adjunto que imparte pensamiento creativo en la Universidad Administrativa de Singapur».

Llamé a su despacho.

—Kirpal —le dije—, soy Paul Theroux. ¿Por qué estás diciendo todas esas cosas tan terribles sobre mí?

—Han tergiversado mis palabras —me dijo y farfulló durante un rato sobre su inocencia—. ¿Quieres que nos tomemos una cerveza?

—Es hora de tomarse una Tiger —dije.

En un restaurante al aire libre, frente a un plato de curry con cabezas de un

pescado típico de Singapur y abundantes verduras, Kirpal se presentó con aspecto azorado y conciliador. Sonreí cuando me explicó que había dicho a la periodista que yo había sido impuntual sólo algunas veces, y que no había devuelto los trabajos corregidos a tiempo de vez en cuando. Tenía barba y peinaba canas. Seguía llevando un turbante. Sonrosado, jovial y rellenito. Su mujer, la segunda, era china. Tenían un niño pequeño. Fue maravilloso oír a Kirpal hablando de su poesía, vivito y coleando, intentando convencerme de que no me había calumniado, mientras yo reía y bebía una buena cerveza Tiger.

—Tendrían que publicar una retracción —dijo mesándose la barba.

En otras entrevistas me vapulearon no por ser un mal escritor, sino por haber sido un profesor mediocre y por mi personalidad sospechosa. En Singapur, un lugar que exige de sus ciudadanos una lealtad absoluta, acusar a alguien de ser poco fiable o desleal es mucho peor que denunciarle por escribir mal.

Un antiguo compañero que se puso en contacto conmigo por las entrevistas me invitó a su club.

—Fueron tan injustos... Debes de estar muy enfadado —dijo.

—Enfadado no. Fascinado.

Una de las características de los gobiernos autárquicos, incluso los más inofensivos y bienintencionados, como es la Singapur de Lee, consiste en que los susurros y las traiciones —meras técnicas de supervivencia— se convierten en un modo de vida. Los ciudadanos de conducta desviada sufren castigo sin compasión: cualquiera que sea sorprendido con drogas es condenado a la horca. Incluso los delincuentes menores son azotados con un *rotan* —una vara de roatán fina— a veces hasta treinta o cuarenta veces, en la espalda o en el trasero. Lo que llevo escrito hasta ahora en este libro es suficiente para que me fustiguen el culo en Singapur.

Conque extrañas florescencias, ¿eh? Conque gobierno cruel e implacable, ¿eh? ¡Bájese los pantalones y adopte la posición, señor *Terú!* ¡Se ha ganado cincuenta azotes con el *rotan!*

¿Una exageración? La verdad es que no. Mi amigo Christopher Lingle, erudito y periodista, escribió en 1994 un editorial para el *International Herald Tribune* en el que mencionaba «ciertos países del sudeste asiático... que hundían a la oposición con la ayuda de algún juez complaciente». No mencionó expresamente a Singapur, pero el gobierno se sintió agraviado. Lingle perdió su trabajo en la Universidad Nacional de Singapur y fue acusado

de desacato al tribunal, así como inculpado de violar una ley contra la «difamación del sistema judicial». Fue puesto bajo arresto domiciliario, y tras distraer con habilidad a sus vigilantes escapó una noche del país.

Por pura casualidad vi a Lingle en Bangkok. Es un respetado economista político y profesor universitario que publica abundantes libros.

—Lee se pone demasiadas medallas él solito por el mérito del éxito de Singapur —me había dicho Lingle—. Pero, digo yo, ¿qué es lo que de veras ha conseguido? El setenta por ciento de los negocios que se hacen en Singapur está en manos extranjeras.

—Sin embargo, Singapur es un éxito.

—Las ciudades son siempre lugares de alta productividad. No hubiera sido capaz de dirigir Malasia.

—Dime por qué.

—Porque tiene labia, pero es incoherente.

—¿Qué nota le pondrías?

—No le pongo ninguna nota en absoluto. Singapur es un ejemplo de teoría económica banal —señaló Lingle—. Hasta un mono podría hacer lo que él ha hecho.

En la mentalidad del nativo medio de Singapur siempre está presente el posible castigo por no plegarse a la línea gubernamental. Es algo que se nota en la cara típica de los habitantes singapurenses, por lo general ansiosa. Las mujeres, con sus mohínes gatunos, los hombres que fruncen el ceño medio idiotizados. Cuando viví en Singapur —por las cosas que escribía y por decir lo que se me pasaba por la cabeza cuando estaba en clase— no le caía nada bien al gobierno... y el gobierno no había cambiado. Al tercer año, el director del departamento —un ñoño e inquieto lugareño con conexiones políticas— me dijo que no me renovarían el contrato. Me despidieron por ser un riesgo político. «Hablas demasiado —me decían mis colegas—. Sueltas demasiadas bromas». Publicaba relatos en la revista *Playboy*. Así que me fui de la universidad en medio de una oleada de creciente xenofobia. Ése fue el modo en que me convertí en una persona que un leal habitante de Singapur jamás podría elogiar; ésa era también la razón de que, décadas después, me siguieran vapuleando.

—Si les sigues el juego, prosperas y vas adelante —me dijo un sindicalista de origen indio. Me vi con él en el distrito indio, en Serangoon Road. Me estaba poniendo al día—. Pero si los criticas, el primer ministro te aplastará

como a una cucaracha.

—No hay un sitio igual en el mundo —me dijo mi viejo amigo del club, al que llamaré Wang. Lo dijo en todos los sentidos posibles. Tenía la nacionalidad y hablaba con los habituales dobles sentidos que da a sus palabras el típico nativo de Singapur.

Nominalmente, Singapur es una democracia. En realidad no lo es. Todo el que critique al gobierno es sometido a procedimientos judiciales, fuertes multas, demandas por difamación, amenazas o la cárcel. El líder del partido de la oposición dijo una vez, y es un eufemismo, que el gobierno estaba involucrado en asuntos sospechosos. Fue juzgado de inmediato. La táctica de los habitantes de Singapur es de una eficacia diabólica. Los críticos extranjeros, como Chris Lingle, son deportados o puestos bajo arresto domiciliario y, si son periodistas, los periódicos o las revistas en los que publican son denunciados. Esto ha sucedido numerosas veces en el *Far Eastern Economic Review*, el *International Herald Tribune*, Bloomberg.com y otros canales de noticias. Los habitantes de Singapur más críticos, o los que aspiran a convertirse en políticos, son perseguidos en los tribunales con un frenesí fanático y, al ser denunciados con tanta severidad, acaban en la indigencia. Los jueces son nombrados a dedo por el gobierno, y a la hora de la verdad son complacientes con quienes los ha designado. Destruído en lo financiero, un opositor no puede aspirar a ningún cargo, y de hecho apenas le queda lo suficiente para sobrevivir.

—Pero él no apalea gente en las calles —dijo Wang, refiriéndose a Lee Kwan Yew, que entonces ocupaba el cargo de «ministro mentor», siendo el primer ministro su propio hijo. En Singapur, *él* siempre significa Lee.

Le recordé a Wang la memorable ocasión en la que Lee había alabado a los chinos, en 1989, por reprimir con brutalidad, por disparar y encarcelar a los manifestantes en la plaza de Tiananmen, respaldando así la represión del gobierno chino cuando éste había masacrado a miles de personas. La inflexible aprobación de Lee ante este tipo de crueldad había aterrorizado a los habitantes de Singapur de tal manera que nunca se llegaron a producir allí manifestaciones similares. En cualquier caso, los detractores del régimen eran enjuiciados de uno en uno.

—Él es muy astuto —dijo Wang. Pero también el propio Wang era astuto—. Piensa en la frase de Maquiavelo sobre la «economía de la violencia».

«Conviene matar un pollo para asustar a los monos, dicen los chinos para

imponer su disciplina.»

Lee dio una extraña rueda de prensa estando yo en Singapur. La vi por televisión. Había envejecido de una manera chocante: no sólo tenía todo el pelo blanco, sino que también se le habían marchitado las facciones, y tenía un mayor parecido con un simio. Ya no lucía aquel semblante airado, enojado, de la Tríada, el que tenía la última vez que le vi, sino que la suya era la expresión crispada e implacable que siempre he asociado a los cautivos más infelices, a una criatura atrapada que gesticula tras unos barrotes.

—No puedo jubilarme —declaró Lee al principio de la rueda de prensa. Y todo el rato mantuvo el tono típico de un viejo entrometido, como diciendo «mirad lo que me obligáis a hacer». Y siguió—: Hay cosas en Singapur que no puede hacer ningún otro ministro —pese a tener ochenta y tres se negaba a jubilarse y a dedicarse a jugar al golf—. Aún se me ocurren ideas. Aún quiero seguir haciendo unos cuantos ajustes más.

Cuando Lee usa la expresión «hacer ajustes» siempre quiere decir entrometerse, controlar y manosear la vida de los demás.

—¿Por qué no delegar en políticos y líderes más jóvenes? —preguntó alguien.

—Soy el único que entiende lo que Singapur necesita —contestó con brusquedad—. Siguiente pregunta.

Un periodista extranjero sugirió de un modo indirecto que ésa podría ser una manera arrogante de gobernar, ya que al fin y al cabo él había estado apartado del cargo durante algunos años.

—¿Le parece que si fuese un arrogante estaría hablando con usted? —preguntó Lee. Acto seguido dijo al periodista que se sentara—. Hay muy pocas cosas —añadió— que puedan decirme ustedes sobre Singapur y que yo no sepa. Mi contribución al gobierno precisamente estriba en decirles lo que va a funcionar y lo que no va a funcionar —estaba molesto por haber sido objeto de un desafío—. Sé lo que va a funcionar aquí —dijo antes de marcharse— porque han sido mis pequeños ajustes los que nos han permitido llegar hasta aquí.

—Goza de respeto y, de alguna manera, goza de admiración, pero nadie le tiene aprecio —dijo mi amigo Wang—. Y él lo sabe. Le entristece bastante que nadie le tenga el menor aprecio.

Lee, por descontado, es un tipo frío y determinado, enfermo con tal de mantener el control a toda costa, un puritano y dominante sabelotodo al que se

nota extrañamente resentido cuando se le oye hablar. Y su personalidad se refleja en toda la sociedad de Singapur. Como es lógico, el padre de Lee era un tirano severísimo que le obligaba a hablar inglés en casa. Lee es un hombre muy emotivo, que para su propia vergüenza y la de su estoico electorado ha llegado a lloriquear en público. Y yo que pensaba, se decía la gente, que ése era precisamente su punto fuerte, que nunca lloraba... Pero eso es justo lo que hizo: llorar a moco tendido por televisión.

Cuidado con el autócrata llorón, porque te hará llorar. Durante su etapa de liderazgo, Lee permitió que sus agónicos dramas personales corroyeran la vida de los ciudadanos, convirtiendo Singapur en un espejo de sus ansiedades. Es conocido su odio por el chicle, el tabaco, la suciedad en las calles o el nudismo. Mascar chicle está prohibido en Singapur, casi nadie fuma y nadie ensucia las calles (las multas son muy elevadas). *Playboy* ha estado prohibida durante décadas. Lee sospecha en todo momento que hay una conspiración contra él, así que ha creado una sociedad en la que no existe la privacidad y en la que, en la práctica, no hay oposición. Lee es xenófobo y, del mismo modo, los habitantes de Singapur tienden a ser desdeñosos o sarcásticos con los extranjeros, considerándolos individuos decadentes o turbulentos. Lee es puritano. La sociedad también. Las películas son censuradas habitualmente. También las series de televisión. *Los Soprano* fue reeditada a conciencia. Y en *Deadwood* grabaron en la banda sonora tantos pitidos para eliminar las palabras malsonantes que la serie era incomprensible y se suspendió su emisión. *A dos metros bajo tierra* fue cortada en trocitos por sus indirectas sexuales. Lee se niega a ser objeto de ningún desafío, y menos aún cuestionado o siquiera criticado. Además de otras muchas cosas, esta condescendencia y esta censura parecen extrañas en un país muy culto, con uno de los índices de alfabetización más elevados del mundo.

En la práctica, la única que se ha atrevido a contestar de un modo abierto al gobierno es una escritora de libros de ficción y antigua profesora de Lingüística, Catherine Lim, una valiente mujer de más de sesenta años. Al contrario que sus imaginativas e ingeniosas novelas, sus artículos de opinión tienen el estilo de un severo informe. Pide más transparencia, más idealismo, más corazón, más sentimiento. En un ensayo publicado en 2007 en el *Straits Times*, escribió lo siguiente: «Incluso en una sociedad que por costumbre se tacha de agresiva, materialista, fría y eficaz, aún existen por fortuna algunos ciudadanos que creen que el idealismo importa, y que el fuego, la pasión y el

compromiso de la vieja guardia, de los que vivieron los primeros años de la existencia de Singapur con pocas esperanzas de hallar compensaciones financieras, aún perviven en algunos jóvenes de Singapur».

Al poco de ser publicados, los artículos de Lim siempre son objeto de mofa por parte de algún funcionario del gobierno. Así es como la llaman al orden. En cualquier otro país se la consideraría una figura maternal y bondadosa. Sus críticas sólo llegan al extremo de describir cuál es el ambiente que se respira en la nación y de sugerir modestas proposiciones, pero con todo y con eso semejante temeridad, en Singapur, basta para que suene como si fuera Thomas Paine.

Pese a despreciar y ningunear a los votantes, pese a mostrarse intolerante con la oposición política, a la que considera mera chusma, Lee seguía teniendo tanta prominencia como cuando llegué por primera vez para dar clase en la Universidad de Singapur y el vicerrector me dijo que me cortara el pelo. Corría 1968, un año memorable, pero no precisamente por la cifra total de cortes de pelo entre la población veinteañera.

En este nuevo viaje intenté hablar con mis entrevistadores y amigos sobre Lee, su partido y las tendencias políticas dominantes en Singapur, pero nadie, con la excepción de mi amigo Wang, quiso hablar conmigo de estos temas. Y éste sólo habló en susurros. Por miedo a las malinterpretaciones, erróneas o intencionales, y por miedo a ser objeto de espionaje, nadie mencionaba siquiera el nombre de Lee Kwan Yew de manera explícita. Era como el capo de la mafia al que nunca se nombra. En la mafia genovesa, los soldados se referían al jefe —Vincent «Barbilla» Gigante— tan sólo tocándose la barbilla, sin pronunciar su nombre. Era raro oír a alguien diciendo «Lee». Decían «él», o «LKY», a veces «el Viejo» o «el tío Harry», o tan sólo guiñaban un ojo.

Al ser Lee quien dio forma a Singapur, el país posee sus mismas características y lleva el sello de su personalidad, sus rarezas y sus anomalías. Él es el causante de que los habitantes de Singapur se hayan aficionado al golf. No tiene sentido del humor: la risa es rara en la ciudad estado. La personalidad de los habitantes de Singapur refleja la del único líder que la mayoría de ellos ha conocido y, por tanto, son cáusticos de una manera especial, bruscos, hipersensibles, secos, groseros, puritanos, mandones, egoístas y en absoluto espirituales. Como no pueden criticar al gobierno, se critican entre ellos o se meten con los extranjeros. Y además —precisamente en esta decaída y apaleada sociedad— azotan en público a sus hijos.

Una expatriada europea que lleva viviendo muchos años en Singapur me dijo lo siguiente: «Aquí nadie tiene piedad. Son la gente más grosera que he conocido en mi vida. Estando embarazada de mi segundo hijo, y con un niño pequeño de la mano, nadie se levantaba para cederme el sitio en los autobuses». Un momento después añadió: «Pero me encanta vivir aquí. Tengo una casa cómoda. Mis hijos van a buenos colegios. Es una ciudad muy ordenada. Es segura».

Lee, que estudió en Cambridge, es un gran admirador de todo lo británico. Ha tenido experiencias delicadas con Estados Unidos. Sus proclamas socialistas en los años sesenta llevaron a la CIA a corromper a algunos miembros de su partido mediante sobornos e infiltraciones. Nunca ha perdonado por ello a Estados Unidos.

—Es un abierto admirador del presidente Bush —me dijo uno de mis amigos de Singapur—. Pero no le gusta Clinton por su inadmisible vida privada. ¿Recuerdas cuando aquel chico americano estropeó el coche y lo metieron en el trullo?

Se refería a Michael Fay, un chico de dieciocho años al que desnudaron, maniataron, echaron sobre un caballete y azotaron en el culo seis veces. También le cayeron cuatro meses de prisión y una fuerte multa. Todo esto por hacer pintadas en los coches de un aparcamiento de Singapur. Fay era un gamberro que merecía ser castigado, pero ¿con azotes? Y eso que su castigo fue leve, casi una ridiculez si se compara con las torturas aplicadas a muchos otros en las cárceles de Singapur, a muchos cuyos casos nunca salen en los periódicos: muchos más latigazos, largas condenas de cárcel por razones políticas o presuntos delitos. Por no hablar de las ejecuciones en la horca por delitos de drogas.

Wang dijo que «a Fay no le habrían dado unos azotes si Reagan hubiera estado en el poder. Lee quiso darle una lección a Clinton, demostrarle que Singapur no tenía buen concepto de él, y por eso ordenó que azotaran al chico».

Algunos senadores estadounidenses elevaron una protesta. El presidente Clinton calificó el castigo de «excesivo», aunque su indignación por los azotes debe compararse con la indigna prisa con que, dos años antes, en 1992, interrumpió su campaña electoral para tomar un vuelto de vuelta a Arkansas y autorizar con su firma la ejecución de Ricky Ray Rector, un deficiente mental de color.

La reacción de los norteamericanos al castigo de Fay hizo que Lee revelara, en un pronto, lo que de verdad pensaba sobre la sociedad norteamericana y su propia opinión sobre Singapur: «El gobierno, el Senado y los medios de comunicación de Estados Unidos nos ridiculizan diciendo que la sentencia fue muy severa», dijo en una entrevista en televisión. En los Estados Unidos «no paran los pies o castigan a nadie; otorgan el perdón, no importa lo que hagan. Por eso el país entero es un caos: drogas, violencia, paro y pobreza extrema».

Así como el líder de una secta aislacionista que catequiza a sus seguidores diciéndoles que sólo ellos son puros en este depravado mundo, Lee realmente cree que Estados Unidos es «un caos» e impone a los habitantes de Singapur la creencia firme en este sinsentido, logrando que además se sientan afortunados. Nosotros, los norteamericanos, somos indisciplinados y bestiales, descontrolados y delincuentes. Singapur es todo lo contrario: orden, seguridad, paz y trabajo, y así continuará siendo bajo el liderazgo de Lee.

Hace algún tiempo, en un extraño viaje a París —así me lo contó un amigo mío bien situado—, a Lee se le concedió una reunión con François Mitterrand. Lee empezó a explicar al presidente de la República Francesa cómo hay que gobernar. Cuando salió de la habitación en que estaban, Mitterrand dijo lo siguiente: «¿Quién es ese ridículo personaje que me ha hecho perder el tiempo? Gobernar Singapur es como gobernar Marsella. ¡Yo gobierno un país entero!».

En Singapur está muy extendida la anglofilia, a imagen de Lee, pero más bien se basa en una idea un tanto trasnochada del modo de vida inglés, un conjunto de esnobismos —tomar el té, ver el cricket y alguna afectación inofensiva— y, asimismo, una manera de vestir demasiado formal para el calor tropical de Singapur. Ponen al máximo el aire acondicionado para ponerse chaquetas de *tweed* y jerséis Burberry. Al igual que Lee, los habitantes de Singapur son trabajadores, honestos, pulcros hasta la obsesión y eficientes. También tienden a ser inflexibles y severos. Hablan con fluidez el inglés —aunque con un vocabulario reducido— y, a base de pronunciación y confusiones idiomáticas, han acomodado el idioma a sus necesidades. Sus retorcidos gallitos y sus oclusiones glotales son tan repentinas y gorgoteantes que hay palabras cuyo sonido se parece a una arcada.

Lee es un patriarca vanidoso y dominante y, con los años, su discurso suena más a líder de secta que a dirigente político. Su hijo, Lee Hsien Loong, es el primer ministro. Y de tal palo tal astilla. La mujer de Hsien Loong, Ho Ching,

es directora ejecutiva de Temasek Holdings, compañía con varias conexiones gubernamentales. La familia Lee es lo más parecido a una dinastía política. Pero aun así Lee nunca sonríe. Nunca se da por satisfecho.

—Aquí, nadie hace jamás un cumplido —me dijo una mujer de Singapur—. No hay adulación. La gente no se fía de los halagos ni de cualquier otra expresión de afecto. Lo que se lleva es la dureza. Los buenos modales son sospechosos.

Hay un chiste en Singapur en el que un hombre entra en una tienda de antigüedades y ve una imagen bonita junto a una fea.

—Sé que ésa es Kwan Yin, la diosa de la piedad —dice el hombre—. Pero ¿quién es ése, el de la imagen tan fea?

Y el dueño de la tienda de antigüedades le responde:

—Ése es Kwan Yew, el dios sin piedad.

En Singapur, la gente es plenamente consciente de vivir como conejillos de Indias en un gigantesco experimento social. Y esto inspira melancolía, cohibición, desconfianza.

Singapur es un experimento que recuerda a un vestido con demasiados remiendos. No es como la estafa política de Turkmenistán, ni como el desbarajuste total de la India, ni como la tiranía imperante en Birmania, ni como el follón constante y la provisionalidad de Sri Lanka, ni como la dejadez de Laos. Tailandia me pareció una excepción, un éxito debido a su orgullo de ser tailandeses, a que amaban a su rey, se sentían unidos y nunca habían sido colonizados. Singapur comenzó a existir porque a los británicos les dio por colonizar aquella jungla. La convirtieron en una isla orgullosa de su clase y de su raza y la mantuvieron como un artefacto imperialista hasta que los japoneses la invadieron en la Segunda Guerra Mundial: unos cuantos soldaditos delgados y montados en bicicletas conquistaron la isla y humillaron a los británicos durante cuatro años en diabólicas prisiones.

Los japoneses demostraron que el dominio británico era vano, interesado y débil. Después de la guerra, los británicos parecían impotentes y perdieron ambición de dominio. Singapur estaba en manos de la Federación Malaya —islámica y enfrentada a China—, que se convirtió en la República de Malasia en 1963. Por último, en 1965, en una lacrimosa interpretación, sollozando en televisión (puesto que es un hombre de lágrima fácil), Lee proclamó la independencia de la isla. Se sintió humillado, pues había creído que su destino era ser primer ministro de Malasia y no consejero delegado de aquella isla

diminuta, más parecida a una corporación o a una secta que a un país de verdad. Pero recordó a los habitantes de Singapur que estaban rodeados de enemigos e invitó al mundo entero a hacer negocios en la ciudad estado. Las compañías extranjeras se instalaron allá, invirtieron su capital y ayudaron a que Singapur se convirtiera en un éxito económico sin precedentes. Ha florecido porque supo ser útil a los grandes poderes y al comercio global.

Ya que toda iniciativa es peligrosa para la autocracia, los habitantes de Singapur son asalariados, no innovadores. Y debido a que el espacio es un lujo y el coste de la vida es elevado, se casan tarde y, por pesimismo o dejadez, tienden a no tener hijos. El índice de natalidad cayó tan bruscamente a principios de los ochenta que en 1984 se fundó una agencia de contactos estatal para organizar guateques donde se conociera la gente, promover los matrimonios y los nacimientos. Dicha agencia, denominada Grupo de Desarrollo Social, o GDS (llamada por los graciosillos de Singapur «Grotescos Desesperados y Solteros»), fue un sonado fracaso. Cuando estuve en Singapur en 2006 ya había sido desmantelada.

Durante la semana que pasé allí me reencontré con muchos antiguos amigos singapurenses y escuché sus historias.

Uno me dijo: «Mi mujer se marchó a Australia. Estaba estudiando para sacarse un título, pero al terminar decidió que no regresaría. Me fui allá e intenté convencerla. Me dijo que nunca podría volver a vivir en Singapur, a pesar de que ha nacido aquí. No es que hubiera conocido a alguien. Lisa y llanamente no podía soportar la idea de volver a vivir en Singapur. Así que nos divorciamos».

Otro: «Tu alumno [dijo su nombre] se suicidó. Tu alumna [dijo su nombre] también se suicidó. El suicidio es una solución en Singapur».

Otro: «Nunca vamos a Malasia ni a Indonesia, aunque están a la vuelta de la esquina. Los musulmanes están locos. Nos quieren aplastar. Nos aíslan a propósito».

Otro: «La vida aquí consiste en comprar y comer. Cosas en plan “¿qué coche tienes?” o “¿dónde vas a ir de vacaciones?”. Cuando las mujeres salen juntas hablan de clubs de campo, inversiones, dinero, soplos de la bolsa y del servicio doméstico».

Otro: «¿Te acuerdas de [y nombró a dos alumnos]? Se casaron, pero cuando se separaron ella se convirtió en una católica fanática. Nunca sale. Se queda en su piso y reza».

Otro: «Me compré un coche hace unos años. Me costó cuarenta y cinco mil dólares. Primero tuve que solicitar un permiso para poder comprarlo. Dentro de diez años tendré que renovar ese permiso y me va a costar dinero. Todo está regulado: comprar un coche, conducir, entrar en la ciudad, aparcar. Es una fortuna, y eso que sólo es un Nissan pequeño. Pero en realidad aquí nadie necesita un coche».

Otro: «No hablamos de política, raza o religión. Nunca hablamos del primer ministro. Nunca contamos chistes racistas. La verdad es que apenas contamos chistes. Bromear puede ser peligroso».

Otro: «Sí, somos prepotentes. Pero hay una razón para ello: esa expresión en hokkien que dice *kia su*, “miedo a perder”. Nadie quiere que le pillen cogiendo la pajita más corta».

Otro: «¿Te acuerdas de [y nombró a un nativo de Singapur]? ¡Aún te odia!».

Otro: «Sí, es una vida insípida».

Otro: «El gran hombre [Lee] ha borrado del mapa el viejo Singapur. Singapur empieza con él. Ha arrasado el pasado. Aunque bien se ve que la ciudad tiene sus raíces coloniales, ha intentado arrancarlas de cuajo. Ése es el problema que tienes aquí, Paul. Eres un fantasma del pasado».

Y ahí radica la contradicción. En Singapur, todo el mundo me trató con la mayor de las cortesías. Me dieron a probar lo mejor de su cocina: chile de cangrejo, buñuelos, pescado al vapor y cuencos de *laksa*. Me invitaron a dar una conferencia en la nueva Biblioteca Nacional, a la que acudieron cuatrocientas personas. Me llevaron en coche a todas partes, la gente fue la más servicial y dulce que he tratado en todo este viaje. Me allanaban el camino. ¿Necesita algo? ¿Puedo ayudarle en algo? ¿Desea leer algo? ¿Quiere ver a alguien en especial? ¿Tiene hambre? ¿Está cansado? ¿Está usted pasándolo bien?

Juré que no sería un criticón. Había estado enfermo en el viaje, había soportado gobiernos desagradables, hoteles horribles; había bebido agua repugnante en trenes sucios, había comido cosas asquerosas y había lidiado con borrachos, ladrones y pelmazos. Y allí estaba, en el país donde todo funciona, donde todo está limpio, donde todo el mundo es puntual.

Cuando escribía las notas por la noche me temblaba la mano. Parecía una ingratitud criticar, pero al mismo tiempo era horriblemente injusto que existiera allí tan poco espacio para que la gente creciera y fuera feliz. El

interés del gobierno en las artes o en la cultura era una absoluta falacia, a lo sumo otra forma de control. A pesar de toda la cháchara deslumbrante, se respiraba un ambiente de pesimismo cuando se intentaba pasar de las palabras a los hechos. Nadie quería tener hijos en Singapur, muchos ni siquiera estaban deseosos de casarse. La ciudad estado seguía evolucionando, pero al ser la consigna «resígnate o lárgate», los habitantes de Singapur se encuentran en una situación en la que su propia realización de continuo topa con toda clase de estorbos, aunque en todo momento, cómo no, se insiste en la suerte que tienen de ser gobernados por líderes tan brillantes: la familia Lee, obvio es decirlo.

Lee ha igualado a las clases sociales; sin embargo, y al igual que todos los que han nivelado una sociedad, se ha elevado él mismo, ha introducido variadas contradicciones, ha creado una sociedad en la que unos pocos gozan de privilegios y la mayoría soporta el tedio. Lee y su equipo de planificadores tienen muchas ideas. El problema —y éste me parece que es el defecto de casi todos los sujetos represivos y sedientos de poder— es que nunca saben cuándo ha llegado la hora de parar.

Pero existe otro Singapur. Cuesta un poco encontrarlo y hace falta la ayuda de alguien que lo conozca. Uno de mis amigos, «Jason Tan», me escuchó denunciar a Lee por haber saneado la ciudad.

—Dame un par de días —me dijo luego— y te enseñaré cosas que la mayoría nunca llega a ver.

Lo primero que vi, en el distrito de Geylang, ya en las afueras, fue a una prostituta flacucha con un vestido ceñido, rojo, que rezaba mientras quemaba el llamado papel dorado (*kim chwa*, en hokkien) en un brasero en la acera. Se trataba de un grueso fajó de billetes falsos estampados en dorado, y la fogata era de tamaño considerable. Allí cerca había un ruidoso garito en el que otras prostitutas (gatunas, astutas) metían mano a los hombres que estaban de pie, acodados en la barra.

—Está transfiriendo oro —dijo Jason— desde este mundo a las almas que habitan en el otro para que se lo gasten ellas... una especie de Western Union de ultratumba.

Me gustó esta perspectiva tan poco habitual de Singapur: su belleza decadente, la obviedad del vicio, las viejas supersticiones, la suciedad desafiante, la veneración, el humo y las cenizas. Algo había en esa intensa ceremonia —llevada a cabo por una sombría mujer dragón, con un vestido

escarlata y la cara blanca por exceso de maquillaje, los labios muy rojos, las uñas largas y unos tacones de aguja—, algo que la hizo inolvidable.

En un Singapur que ha dado la espalda al pasado, que no menciona el hecho de haber sido parte del imperio británico, ni tampoco haber sido durante cuatro años esclava despreciada por los japoneses, ni haber sido el escenario de varios libros escritos por Conrad, Somerset Maugham, Anthony Burgess e incluso por mí mismo; en un Singapur, en definitiva, que empezó con Lee Kwan Yew, esta prostituta que rezaba a cielo abierto, quemando dinero de mentira con fuego de verdad, era algo extraño y maravilloso.

Había algo más extraño aún detrás de ella: doce largas calles llenas de prostíbulos, casas de masajes, bares, burdeles y hoteles de una sola noche. Los chicos jóvenes, con la cara llena de maquillaje, merodeaban guiñando el ojo a cualquiera, y lo mismo hacían los travestis. Las putas se apoyaban decorosamente en los bancos o en las motos aparcadas, e invitaban a los transeúntes lanzándoles besos sonoros.

—¿Cuánto?

—Ochenta dólares. Ven conmigo.

Cincuenta dólares norteamericanos al cambio, el precio habitual de un rato no muy largo.

—¿Quieres que voy a tu hotel? Cien dólares. Voy contigo.

Unas chinas esbeltas, con rasgos de serpiente y largas piernas, se limitaban a tocarse los pechos con delicada elocuencia.

—No hablar inglés —decían.

Aquél era el viejo Singapur de siempre, sólo que ahora estaba mucho más extendido que antes. A ese lado salvaje de Singapur no se le daba publicidad, y tampoco escribía nadie sobre todo aquello, más que nada por dos razones: en primer lugar, a los habitantes de Singapur se les incita siempre a presentar el lado más amable de la ciudad estado; asimismo, según supe más tarde, ninguna de aquellas trabajadoras del sexo era nativa de Singapur.

—¿Ves? ¿Ves? —dijo Jason Tan—. Éstas son «las cuatro de Lorong». Todas las calles con número par, hasta Lorong Veinticuatro o Veintiséis, están dedicadas exclusivamente al sexo.

Lorong es una palabra malaya que significa «callejón» o «calleja». Íbamos caminando por East Coast Road, que cortaba todas las calles numeradas, mirando los *lorongs* que se abrían hacia el este, en los que cada uno de los burdeles daban cabida a diez o quince prostitutas, unas repantingadas en sofás,

otras sentadas dentro de los escaparates acristalados, como si fueran acuarios. Cada chica llevaba un número y gesticulaba con auténtico frenesí cuando nos acercábamos.

—¿Sabe el gobierno que existe esto?

—¿Estás de broma? Todos estos burdeles tienen permiso del gobierno. Las chicas tienen cartillas médicas. Tienen que hacerse revisiones con regularidad.

Aquello era algo más que un par de calles licenciosas. Era un distrito entero de avenidas abarrotadas, versiones todas ellas de la mítica Gin Lane del Londres licencioso en el siglo XVIII, que pintara William Hogarth: tiendas donde vendían tallarines, bares al aire libre, burdeles, hoteles baratos, mujeres sentadas en el bordillo de la acera, adolescentes abriéndose paso, grupos de jóvenes que reían y bebían cerveza... todo ello muy alborotado en aquella noche calurosa, muy ruidoso, muy animado. Los peatones y los mirones que pasaban por allí eran sobre todo lugareños, chinos, malayos, indios y un puñado de deslumbrados *ang moh*, expresión de Singapur con la que se refieren a los blancos, y que literalmente significa «demonio pelirrojo». Debido a que Singapur contaba con una buena policía, el distrito era bastante seguro. Como en Singapur reina la psicología de la pulcritud, las calles estaban limpias. Y debido a las restricciones de tráfico apenas había coches. Lo que sí había eran paseantes, merodeadores, revendedores y chulos, así como los carteristas de rigor. El distrito estaba bien organizado y, al mismo tiempo, permitía una total libertad de movimientos. No vi ningún policía, aunque todo estaba en orden. Es probable que se regularan a sí mismos, tal vez por medio de esas bandas llamadas Tríadas, una especie de sociedades secretas chinas que llevaban haciendo de las suyas en Singapur desde el siglo XIX.

Los llamados «hoteles del amor», el Hotel 81, el Hotel Fragancia y otros por el estilo, estaban nuevечitos y siempre había varios para elegir en cada calle. Tenían los precios expuestos a la entrada: veinticinco dólares por dos horas. Estaban llenos hasta los topes de jóvenes oficinistas uniformados que contrastaban con los chulos y los dueños de los burdeles, adornados con tatuajes y con pinta de tipos duros y bien conectados con las bandas.

—Si sólo vas a mirar, *lah*, fuera de aquí. Me haces perder el tiempo —me dijo un matón mandándome que me retirara de una pecera repleta de bellezas numeradas.

—La mayoría han estado en la cárcel —me dijo Jason—. No los cabrees. Te pueden pegar una buena.

En la entrada de todos los burdeles había un pequeño santuario chino, un altar taoísta, con su dios enfurecido, uno de los Inmortales, una vasija con palitos de incienso que se quemaban despacio, un poco de fruta fresca y un platillo con dinero.

—¿Tú vienes a bla, bla, bla, *lah*?

—En realidad me estaba preguntando si...

Era un hombre bajo pero musculoso, con un corte de pelo brutal, cicatrices en la cara y rudimentarios tatuajes carcelarios.

—¡Largo de aquí!

La industria del sexo está obsesionada con el tiempo, mucho más incluso que el resto de las industrias. El minuto, no la hora, es la unidad de medida. Nadie es más minucioso con el tiempo que un chulo o una puta, aunque si se tiene en cuenta la cantidad de tiempo que pasan de brazos cruzados, esperando al próximo cliente, esta afirmación acaso pueda parecer poco razonable.

—¿Son de Singapur las chicas?

Jason me dijo que no. Tenía el sutil ojo que tienen los nativos de Singapur para las distinciones étnicas y raciales. Las chicas, me dijo, eran tailandesas, birmanas, malayas, indias, camboyanas, vietnamitas, de la China continental, indonesias, de Mongolia o de Filipinas. Eran también éstas las nacionalidades que llevaban a cabo las tareas más ingratas en Singapur: barrenderos, asistentes, cuidadoras de niños, limpiadores de coches. La consigna era que ningún nativo de Singapur trabajara en las labores domésticas. Las mismas nacionalidades extranjeras eran también las que vivían del sexo.

Al igual que los burdeles y los baños del Londres isabelino, que rebosaban de putas y clientes que deambulan de un lado para otro, borrachos y merodeando, escupiendo y vomitando, trasegando cerveza y engullendo ostras, esta parte de Geylang, pletórica de sudorosa vitalidad, estaba también poblada por el vicio: las mujeres eran como los animales del zoo, gesticulando y suplicando desde las jaulas, prometiendo pasar un buen rato, algo especial, un baño, un jacuzzi, un masaje, haciendo gestos explícitos y moviendo los labios sin llegar a pronunciar palabras obscenas.

—Elige una —decían los chulos—. Rápido.

Lo extraño de todo aquello era que aquellas mujeres no estaban en los bares, no bailaban, no estaban borrachas. Allí no había locales de *striptease*.

No había preliminares. Los burdeles eran regentados como las tiendas de los chinos, donde en vez de género —aunque por supuesto fueran ellas una forma de género— había mujeres sentadas a la espera de los clientes, a los que susurraban: «Ven conmigo», «Elígeme».

Hacia el final de un *lorong* vimos a un grupo de prostitutas jóvenes, con zapatos de tacón alto, aferradas a sus bolsos, sonrientes, repartidas bajo los aleros de las casas, junto a los árboles o cerca de los coches. Cuando me acerqué a ellas, unos chicos de aspecto fiero aparecieron para escudarlas.

—No hablar a chicas. ¡Hablar nosotros!

—¿Tienes ganas de comer algo? —me preguntó Jason—. ¿Te apetecen unos tallarines?

Nos sentamos en una esquina con nuestros respectivos cuencos de tallarines y nuestras cervezas, como si estuviéramos al borde de aquel mundo flotante.

—Ahí está Gerrie Lim —dijo Jason. Anteriormente me había comentado que a lo mejor Gerrie se acercaba a vernos.

Había oído hablar de Lim. Nativo de Singapur, era el autor de *Invisible Trade (Comercio invisible)*, un libro sobre la industria del sexo en la ciudad estado, en el que no sólo hablaba de prostíbulos y señoritas de compañía de lujo, sino también de jovencitos de alquiler, chaperos y prostitución masculina. En el pasado había escrito una columna sobre películas porno en la revista *Penthouse*. Gerrie me contó allí mismo, en la tienda de tallarines, que era una especie de autoridad, tal vez el máximo experto sobre una famosa actriz porno de Singapur llamada Grace Quek, que en 1995, bajo el sobrenombre artístico de Annabel Chong, había practicado sexo con 251 hombres durante más o menos diez horas sin parar, estableciendo un nuevo récord (que fue batido posteriormente). La gesta de Annabel había sido filmada.

—Su madre vio la película. La pobre mujer se echó a llorar.

Aquella atleta sexual de veintitrés años tenía cara de pillina y era tan rebelde como extraordinaria en su competitividad. También se había formado una opinión propia sobre su ciudad: en una película sobre su vida dijo estar rebelándose contra la típica restricción singapurense, restricción que podría resumirse con un lema, «ciérrate al mundo». Y en una entrevista que concedió en 2000 hizo esta reflexión: «Contemplo mi vida pasada en Singapur y me doy cuenta de que durante toda mi vida he estado dirigida en contra de mi voluntad». Es posible que la represión de Singapur le inspirase ese penoso

exhibicionismo desprovisto de alegría, pero a mí más bien me parece que el rasgo más genuino de Singapur que se aprecia en Grace Quek está en su acto reflejo de culpar a la pequeña isla de su ninfomanía voluntaria. Culpar a otro era un auténtico vicio nacional. Los habitantes de Singapur no se consideran individuos, sino meros peones en la maquinaria experimental de Lee Kwan Yew.

Gerrie Lim respondió con evasivas cuando expuse este parecer. Su ambigüedad era también un rasgo típico de Singapur, una táctica de supervivencia. No abultaba gran cosa, pero había verdadera intensidad en aquel hombre de cuarenta años. Sus gigantescas gafas le hacían parecer un erudito visto desde un lado, un rijoso visto por el otro.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó Gerrie haciendo un gesto con el que quiso abarcar la actividad que nos rodeaba.

—No me lo esperaba. Quizá el viejo Singapur no haya cambiado. Quizá sólo se ha mudado a Geylang.

—Éste es el otro Singapur —dijo Gerrie—. ¡La gente no se lo cree! ¿Le has llevado al Paramount Shopping Center? —añadió mirando a Jason.

—Iremos después.

—¿Le has llevado a Orchard Towers?

—Luego iremos.

—¿Qué es Orchard Towers? —pregunté.

—Cuatro pisos llenos de putas —dijo Gerrie—. ¿Quieres ver un servicio de señoritas de verdad? Rusas, inglesas... carísimo.

—A lo mejor más tarde —dije. Me había acabado los tallarines—. Creo que prefiero limitarme a pasear un poco por aquí.

Escogí un *lorong* al azar y eché a caminar mirando a izquierda y derecha las resplandecientes casas de dos pisos, todas recién pintadas, todas con la puerta delantera abierta. Se veían atisbos de las chicas sentadas en el interior. Algunas casas tenían peceras llenas de chicas. Más adelante se estrechaba el *lorong*. Allí había menos luz y las casas parecían más lóbregas. Pero tras las ventanas se veían luces y se apreciaba el característico movimiento de mujeres en el piso de arriba.

—Eso es todo —dijo Jason.

Llegamos al final del *lorong*, donde se cruzaba con un callejón oscuro. No había farolas, ni casas; tan sólo sombras.

—Deberíamos volver —dijo Jason.

Pero ya había visto la brasa de un cigarrillo que avanzaba hacia nosotros y vi entonces a quien lo sostenía, un hombre con una camisa blanca que parecía un vestido.

—Buenas noches, caballeros. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Qué nos ofrece?

—Sígueme —dijo. Casi desapareció en la oscuridad, pero al ser su camisa blanca pudimos seguirle. Allí no había ni una sola luz. De vez en cuando atiné a ver la brasa roja de su cigarrillo cuando daba una calada. Cuando se me acostumbraron los ojos a la luz, vi que nos dirigía hacia una puerta de madera por un pasillo flanqueado que flanqueaban dos edificios con un techo de chapa. Seguí el sonido de sus sandalias. Estaba muy oscuro para tomar notas, así que me dije en voz alta, para recordar lo que veía, «un gallinero». A mi espalda, Jason resoplaba y emitía ruiditos ansiosos. El hombre nos hacía gestos.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Me llamo King. Pasen por aquí.

Nos hizo entrar en un lugar aún más lóbrego. Ni cielo, ni estrellas, ni luna había allí: sólo los muros que nos rodeaban y una techumbre de hojalata.

—Aquí dentro —dijo King.

No se veía absolutamente nada. Corrió el cerrojo de una puerta y buscó a tientas la pequeña cuerda de la que se tiraba para encender la luz. De un tirón King la encendió y vi a cuatro niñas despertándose de repente y sentándose en un colchón sin sábanas. Llevaban camisetas y pantalones cortos. Debido al crudo brillo de la bombilla entrecerraron los ojos y gesticularon para protegerse. Eran unas adolescentes. Aquella habitación parecía un burdo dormitorio. Las niñas parpadeaban y se tapaban la cara con las manos.

—¿Cuál quieres?

Yo estaba tan sorprendido como las niñas. Pero ellas parecían preocupadas y poco acogedoras, ¿y quién podía culparlas?

—Quizá en otro momento.

Suspirando, King apagó la luz y volvió a cerrar la puerta con cerrojo.

—A lo mejor quieres alguna más joven todavía —dijo cuando estuvimos de nuevo a oscuras—. ¿Es eso?

Caminaba delante de nosotros. Arrastró los pies hasta otra cabaña baja, cubierta con chapa, forcejeó con otro cerrojo, empujó la puerta y encendió una luz brillante.

Allí había más niñas que en el acto guiñaron los ojos como una aparición espectral bajo la luz intensa de la bombilla; eran seis o siete, apretadas todas juntas en un jergón tirado en el suelo. El parpadeo que les causó la luz repentina les dio aspecto de estar aterradas, y es muy probable que lo estuvieran, pues ninguna tenía más de catorce o quince años. Eran tailandesas, todas con un semblante sencillo y digno, muy delgadas, frágiles. También llevaban camisetas y pantalones cortos, y se apretaban más unas con otras.

King dijo algo en su lengua. En cuanto terminó estaban todas en pie y formaban un grupo cuya intranquilidad era palpable, hombro con hombro, temblorosas todas ellas. Estaban al tiempo atemorizadas y ansiosas, tímidas y agobiadas, apremiadas, como las colegialas en la clase de gimnasia cuando las intimida un fiero entrenador.

—¿Cuál quieres?

Una niña seria y de cuello delgado, piel clara y cuerpo frágil, con los hombros muy estrechos y sin turgencia ninguna en los pechos, intentó con timidez llamar mi atención volviéndose de lado. Trató de sonreír, pero la delataron los ojos: aunque intentara hacerse la coqueta, parecía temerosa de que la eligiera. Era una criatura suave y pálida, con músculos de crema. ¿Me inventé el detalle de que estuviera retorciendo una muñequita de trapo entre las manos?

—A lo mejor más tarde...

—Pues aquí estaré —dijo King.

Antes de que apagara la luz volví a verle el rostro durante un segundo. Su cara infantil me acompañó toda la noche y me llenó de tristeza.

Nos reunimos con Gerrie en la tienda donde compramos los tallarines. Dejamos Geylang y cogimos un taxi para ir a Katong y al Paramount Shopping Center, donde un grupo de enérgicas filipinas aulló nada más vernos. Esa horda de chicas chillonas cayó sobre nosotros e intentó arrastrarnos a uno de los bares que había a la entrada. Luego volvimos a Orchard Road, donde Gerrie me llevó a una agencia de señoritas regentada por un indio poco amistoso que ceceaba al enseñarnos un grueso álbum de fotografías.

—Ruza... ucraniana... rumana... —decía. Eran mujeres de expresión endurecida, en poses seductoras, con vestidos caros. Podría haber sido un catálogo de alta costura—. Éza trabaja de día en agencia estatal... éza profesora... éza en tienda. Hace receva cuezta trecientos. Luego tú negocia lo demá.

Cuando salimos, Gerrie me dijo que había muchas agencias como aquella. Veinticuatro páginas del listín telefónico de Singapur estaban llenas de agencias de señoritas. Dimos un breve paseo por Orchard Road hasta la animada esquina donde se cruza con Scotts Road. Hace años solía ir a un cine que había cerca. Allí vi *Cowboy de medianoche*.

—¿Qué es esto? —pregunté. Estábamos en medio de Orchard Road, uno de los grandes barrios comerciales de Singapur. Había pasado por aquel edificio unas veinte veces sin saber qué había allí dentro.

—Orchard Towers —dijo Gerrie—. Cuatro plantas llenas de putas.

Subimos a la planta de arriba y fuimos bajando de bar en bar: tailandesas, birmanas, chicas de Mongolia, laosianas y todas las demás. Los bares eran temáticos. Uno era roquero, otro tropical. El favorito de Gerrie estaba decorado como el Oeste americano: la mayoría de las chicas eran vietnamitas.

Invité a algunas chicas a copas. Sonrieron.

—Por favor —decían—. Elígeme a mí. ¿Vamos?

Di las buenas noches a Gerrie y Jason. Solo, fui caminando de vuelta a mi hotel y me sorprendió lo cerca que estaba. Me acompañaba aún la cara de la niña que se había levantado de su jergón bajo la cruda luz de la bombilla en el harén de King. Triste, atemorizada, frágil, con su cuerpo quebradizo y sus ojos relucientes. Lo que más me atormentaba era que se trataba casi con toda seguridad de una recién llegada, aún sin corromper, con una inocencia luminosa, con el resplandor que se ve en el semblante de un niño.

Al día siguiente fui en taxi a una librería con la esperanza de abastecerme de libros para el siguiente tramo del viaje. Leí el nombre del taxista en el disco de identificación que tenía en el salpicadero: Wally Thumboo.

—Wally, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Vale —dijo con la parquedad habitual en Singapur.

Le mencioné los sitios donde había estado merodeando: Geylang, Katong, Orchard Towers, e incluso Serangoon Road, donde hasta los taxistas pagaban por sexo (chicas indias por unos pocos dólares, el más turbio y rastroso de los garitos de Singapur).

—¡Ninguna chica de Singapur! —le dijo a mi reflejo en el espejo retrovisor. Lo dijo presumiendo, y quizá no fuera más que un esfuerzo por racionalizar todo aquel asunto.

—¿Por qué no? —pregunté.

—¡Nosotros no, *lah!*

Y empezó a leerme la cartilla sobre los vicios de los extranjeros. Era la voz de su amo, igual que escuchar a Lee Kwan Yew cuando denunciaba la dudosa moral de los norteamericanos al mismo tiempo que justificaba la existencia del barrio dedicado a la prostitución. Aquel lugar, repleto de cochambrosos *lorongs*, estaba regulado, no era peligroso y, aún mejor, contaba con la bendición de todos porque no corrompía a las mujeres de Singapur. Todas esas fulanas eran extranjeras. Sólo las extranjeras hacían ese tipo de cosas. Las chicas de Singapur tenían educación de sobra y eran demasiado puras para hacer eso.

—Es una vergüenza para nuestras chicas hacer esas cosas.

Y sonó sentencioso y se puso a chillar, sermoneándome y alardeando de la virtud en Singapur.

22. El tren lento a la Estrella de Oriente

De vuelta a Bangkok, mientras compraba un billete para ir hasta la frontera, me encontré con un *farang* que me aconsejó coger el autobús. Podría incluso comprar el billete allí mismo, en la principal estación de tren. Sonrió cuando le dije que una vez quise coger el tren a Camboya, y que no me fue posible.

—¿Cuándo fue aquello?

—Hace treinta y tres años.

—El autobús es más rápido.

—Yo intento ser coherente.

El viaje hasta la frontera con Camboya no era largo, tan sólo medio día. Su belleza —y su peculiaridad— radicaba en que las vías del ferrocarril van exactamente en dirección este, trazando una línea casi del todo recta hacia otra de las puntas titilantes de la Estrella de Oriente.

El tren salía a las seis de la mañana y tenía previsto llegar a la ciudad fronteriza de Aranyaprathet a primera hora de la tarde, con tiempo de sobra para salvar con bien todo el papeleo de la aduana y seguir camino hasta Siem Reap. Ésa era la otra cosa que deseaba hacer treinta y tres años antes: visitar las ruinas de Angkor.

Ese viaje fue imposible en aquel entonces debido a que el lado tailandés de la frontera estaba plagado de refugiados: toda Camboya estaba en poder del Jemer Rojo, encabezado por Pol Pot, el tirano recluido y solitario. Aquella pesadilla había concluido a finales de los ochenta, pero mucha gente aún afirmaba que Camboya seguía tiranizada y sin salida ni esperanza. Ahora al menos podría tomar un tren hasta la frontera y después seguramente un autobús.

Estaba medio cegado por el sueño y la oscuridad crepuscular cuando subí al tren, casi del todo vacío, excepto por una familia tailandesa y algunas mujeres que iban acurrucadas. Al final del vagón había también un indio, sin duda

comerciante, que viajaba rodeado de cajas de cartón.

A los indios se les odia en Tailandia. Me lo había dicho un tailandés al ver a un indio en la esquina de una calle. Le pregunté por qué.

—Porque es un *kaek*.

—¿Qué es un *kaek*?

—Un *kaek* es un indio. O un pakistaní. Árabe. Sri Lanka —dijo el tailandés—. Cara oscura, ojo redondo.

En la tierra de las sonrisas, las razas no se mezclaban tanto como parece.

—Tenemos un dicho. Si ves a una serpiente y a un *kaek* a la vez... mata primero al *kaek*.

El indio se bajó en el nudo ferroviario de Chachoengsao, más o menos una hora después de salir. El tren traqueteaba en dirección este, adentrándose en el calor, entre cultivos de mangos y plantaciones de caña. Me alegró estar en marcha otra vez, con la feliz perspectiva de llegar a Camboya aquel mismo día. Durante todo el viaje hasta la frontera pude ver pueblos ordenados, con pequeñas tiendas, banderas con el amarillo real y retratos del rey en los que se conmemoraba su sexagésimo año de reinado. En contraste con la elevada densidad del aire en Singapur y Bangkok, aquellas tierras eran soleadas, de campos abiertos y aire fresco. Aquí y allí vi algunas aldeas rurales parecidas a las aldeas asiáticas de mis sueños: bonitos bungalows rodeados de árboles frutales, bananos, palmas, huertos y vacas que pacían en un paisaje inabarcable que me refrescó el ánimo.

No necesité que nadie me dijera que habíamos llegado a Aranyaprathet: todo sugería que aquello era el final de la línea. La pequeña estación estaba desierta. La carretera que la unía a un puñado de calles con tiendas estaba también desierta, con la excepción de algunos *tuk-tuks*. La localidad misma, como todas las localidades fronterizas, tenía aspecto de no estar terminada del todo, tal vez como si se hallara fuera de la ley, fatigada, provisional, empobrecida; exactamente igual que se siente el viajero cuando llega a esa clase de lugares: cansado, evasivo. El comercio se alimentaba más con la gente de paso que con los que allí residían. Nadie planea quedarse en las ciudades fronterizas, y eso es justo lo que les da un gran atractivo para el viajero, puesto que reflejan su propia inquietud.

En el sudeste asiático parece que siempre exista una tienda donde venden tallarines y que hace las veces de agencia que se encarga de los pesados trámites que hay que negociar al cruzar la frontera. Hacen fotos de pasaporte,

proporcionan formularios para el visado, venden refrescos —y arroz frito y cerveza y pollo grasiento— y tienen una furgoneta para llevar gente a la frontera. Seguro que también hacen la colada a quien se lo encargue. Y tienen camareras que flirtean con los viajeros porque es un pasatiempo inofensivo, un gesto gratuito: pasarán de largo en una hora o poco más.

Encontré la tienda de tallarines que proporcionaba en Aranyaprathet todos estos servicios. Me tomé mis tallarines y cogí la siguiente furgoneta hasta el puesto fronterizo, a menos de dos kilómetros de la ciudad. Trabé conversación con un mochilero americano, un universitario recién licenciado, en torno a las siguientes etapas del viaje y en torno a Angkor. De algún modo salió el tema de la India.

—Tengo entendido que la India es una mierda.

En la frontera, en aquel día caluroso, varios niños y chicos jóvenes esperaban a los viajeros con sus grandes carros de ruedas de goma. Como en la mayoría de las fronteras, los puestos de los dos países se hallaban alejados el uno del otro, cada uno en un pueblo, a uno y otro lado de la frontera. En este caso, el de la saludable Aranyaprathet se encontraba de este lado, y más allá estaba el de Poipet, una desordenada localidad con vocación de ser un paraíso del juego en pleno crecimiento, un puñado de casinos nuevos y rodeados por la cochambrosa localidad: una masa de escombros y chabolas.

Caminé con mi pequeño bolso a cuestas, maravillándome del parecido de esta frontera rural con otras que había cruzado en otros puntos subdesarrollados del planeta. Vi el típico arroyo repleto de residuos y basura, los típicos vendedores, los cambistas, los pelmas, las almas perdidas, las mujeres agobiadas de trabajo y cargadas de niños pequeños, los tipos de aspecto inquietante.

Luego, la cola para pasar la inmigración tailandesa, un poco de papeleo, un sello en el pasaporte y un largo paseo hasta la inmigración camboyana, más papeleo, otro sello, y un pasillo flanqueado a ambos lados por los vendedores ambulantes y los cambistas. El lado camboyano era bastante impresionante: más polvoriento, pobre, ruidoso y mucho más caótico que el lado tailandés.

Pocas veces es necesario buscar transporte en sitios así. En la mayoría de las fronteras de este tipo es el transporte el que le busca a uno: los autobuses necesitan pasajeros.

—¡Battambang! ¡Siem Reap! Phnom Penh!

—Siem Reap —dije.

A empujones me llevaron a un autobús parado, una cascarría, a cuyas ventanas se asomaban los rostros fatigados de los pasajeros. Di un billete de cinco dólares. Dentro hacía mucho calor.

—No hay aire, pero se pueden abrir las ventanas —dijo el que pregonaba el servicio en autobús.

Cuando el vehículo empezó a descender por aquella carretera de tierra bacheada pensé que si era así de mala tan cerca de la población, tenía que ser mucho peor más adelante. No me equivoqué. Los doscientos cuarenta kilómetros siguientes, desde la frontera hasta Siem Reap, nos costaron seis horas. Los lugareños decían que en la estación de las lluvias podían llegar a tardar doce horas. La carretera, al no estar pavimentada, se convertía en barro al paso de los grandes camiones; los autobuses se enfangaban y se atascaban detrás, precipitándose a veces por la cuneta hasta la zanja abierta en la riera por las aguas de las tormentas. Aquel día tan sólo hubo polvo, parsimonia y el reventón de una rueda que tuvo lugar cerca de una tienda donde vendían tallarines, con lo que la pausa me sirvió para comer. En un muro de esta tienda vi un póster que habría de ver más tarde en más de cincuenta sitios diferentes en Camboya: la foto de un adulto con un niño de la mano y, en grandes letras negras, «El sexo con menores es delito».

Bamboleándome sin parar por aquella carretera bacheada, sin descanso, contemplando los deprimidos pueblos por los que pasábamos —chozas que se caían a pedazos, senderos sucios de despojos, jornaleros que trabajaban en los arrozales encharcados, carros de bueyes que nos bloqueaban el paso, tipos en bicicletas viejas— recordé el norte de Malawi, en África central: las mismas pésimas carreteras, las mismas bicicletas oxidadas, el mismo sol, el mismo cansancio. Y algo más: una molesta sensación que achaqué a las malas vibraciones.

«Paisaje africano», garabateé en mi libreta. Es imposible escribir en un autobús, así que eso fue todo lo que anoté hasta que anocheció.

Las vibraciones negativas que percibí no eran imaginaciones mías. Eran el efecto que tuvo en mí la visión de los campos destrozados y de las chozas deterioradas. Y, sobre todo, el efecto de las caras de la gente, trastornadas de una manera particular. A menudo, en los países pobres, los ojos de la gente mayor contienen un fondo de horror. Puede tratarse también de una mirada de cansancio y resignación y, por debajo de todo ello, asoma una expresión torturada: unos ojos que han visto de cerca el espanto. En las caras de las

ancianas también se percibe esto mismo, pero las mujeres son estoicas y se resignan con facilidad a la violencia en ese tipo de lugares; los hombres parecen más débiles y más profundamente heridos.

Esta sensación no la tuve a posteriori, aunque más tarde supe que media docena de los 167 centros de tortura y exterminio del régimen del Jemer Rojo se encontraban situados a lo largo de aquella carretera. El libro que me informó de esto, y de muchas otras cosas que me ayudaron a entender Camboya, es *Pol Pot: Anatomy of a Nightmare* (*Pol Pot: anatomía de una pesadilla*), de Philip Short, que compré y leí después de llegar a Phnom Penh.

«El paisaje... y el modo de vida [de la Camboya rural] eran, y siguen siendo, más parecidos a África que a China», dice Short en su libro. No deja de ser una coincidencia que él haya sido corresponsal en Malawi durante algunos años. Yo trabajé en Malawi más o menos durante la misma época.

«El parecido con África es asombroso —continúa—. Todos los pueblos tienen su bruja, o *ap*, y su *k'ruu*, o curandero; cada aldea tiene su *neak ta*, la figura ancestral... que vive en una roca o en un árbol centenario y debe ser venerado con incienso y agua perfumada. En el campo hay más asesinatos a causa de la brujería que por cualquier otro motivo».

Como en los más apartados rincones de África, en Camboya también era útil ir protegido por un talismán. La llamada «máscara pasaporte» —un objeto bordado con cuentas, la garra seca de un mono, un diente de león o una pulsera de pelo de elefante— sirve en África para defenderse de cualquier monstruo pavoroso. En Camboya, el talismán más poderoso es un feto arrancado entero del vientre de la madre, con posterioridad asesinado y momificado. Estos macabros *kun krak*, niños de humo, son el más valioso de los talismanes mágicos. Los han utilizado por igual el Jemer Rojo y los campesinos.

En este viaje vi con claridad por qué escribe Short en su libro que «la vida rural en la mayor parte de Camboya es en esencia la misma que hace cinco siglos». Viajar por aquella carretera era como ir dando tumbos por África y, cuando cayó la noche, era como ir dando tumbos por África en la más absoluta oscuridad.

—¿Ve esas luces azules? —me dijo el joven camboyano que iba sentado a mi lado. Señaló unos tubos fluorescentes que pendían cerca de las cabañas de los pueblos (no muchos) que tenían electricidad—. ¿Sabe para qué son?

Le dije que no tenía ni idea.

—Son para atrapar cucarachas y grillos —dijo.

—Buena idea.

—Luego se los comen —dijo.

Algo después del episodio de las luces azules que parpadeaban en la oscuridad llegamos a un cruce con una carretera buena.

—Ésta es la carretera que va al aeropuerto —dijo el joven.

Por supuesto. La única carretera asfaltada de toda la provincia occidental era la que utilizaban los turistas, casi todos extranjeros. El resto, las masas, rebotaba y se tambaleaba por las pésimas carreteras o bien circulaba en carros de bueyes, o en bicicleta, esquivando los socavones. Y si no hubiera venido de esta manera incómoda pero esclarecedora, nunca me habría enterado.

Y entonces —tras los campos solemnes y arrasados, tras los fatigados campesinos—, de pronto luces brillantes, hoteles de lujo, casinos, bares de chicas, clubs de *striptease*, restaurantes de diseño: Siem Reap y el antiguo Angkor.

El autobús seguía en marcha. Le pregunté al camboyano su nombre.

—Saty —dijo.

—Saty, busco un hotel agradable que no sea muy caro.

—Conozco uno —me dijo.

Recordé las palabras de Henry T.: «Prefiero sentarme en una calabaza y tenerla para mí solo que sentarme en un cojín de seda abarrotado de gente». Así fue como me sentí en el Green Town House, un edificio de aspecto chino en una urbanización que había detrás de una valla, con su puesto de tallarines en el patio, todo ello por diez dólares la noche.

Si por lujo entendemos ante todo la comodidad, aquel hotel fue todo un lujo. El inmueble estaba limpio, era tranquilo, agradable y bien organizado. Siempre me fue fácil encontrar una mesa vacía en la que escribir mis notas. No padecí ni las sugerencias innecesarias ni las interrupciones obsequiosas que, en los hoteles más caros, son meras excusas para ganarse una propina.

Me llevó un día entero recuperarme de la excursioncita que había hecho desde Bangkok. Me levanté tarde, tomé apuntes y me lavaron la ropa: un kilo de colada, un dólar. La temperatura rondaba los 35° C y había mucha humedad. Fui a una barbería y me afeité y, sentado allí con toda tranquilidad, en una calleja de Siem Reap, me acordé de aquella mañana en la lluviosa Trabzon, cuando me afeitó un turco con una centelleante navaja, y de cómo aquello me levantó la moral para emprender el camino que me quedaba por delante.

Y paseé. Siem Reap era una ciudad muy pequeña hasta hace unos años,

cuando la gente empezó a acudir en masa a visitar las ruinas de Angkor, que se encuentran unos kilómetros más al norte. Ahora es una ciudad en expansión, que tiene un millón de habitantes, espantosos hoteles y restaurantes caros, un local de dudosa reputación en mitad de la jungla.

Daba igual adónde fuera en aquel lugar: por todas partes tenía la impresión de que aquel paraje estaba embrujado. Daba miedo. Es probable que fuese por ser tan consciente de la violencia que se ha dado en la historia reciente de Camboya, y eso que aún no había leído la biografía de Pol Pot. La ciudad era fantasmagórica incluso en las partes más soleadas. Se palpaba la sombra horrible de su pasado, de la sangre y de los cuerpos sin enterrar, de la tortura, el engaño, las mentiras y el castigo, como la lúgubre oscuridad que percibí elevarse de la tierra cuando paseé por Dachau: el hedor del mal.

La mayoría de los camboyanos aún recuerdan los malos tiempos. Quizá transmiten esa sensación de trauma psíquico, quizá la llevan a su alrededor. El daño sufrido era visible en sus posturas, en sus voces, en sus ojos. Era un nuevo paisaje embrujado, que concordaba a la perfección con mi decisión de volver al escenario de los espectros de antaño a bordo del tren fantasma.

Este aire omnipresente, pesado, opresivo y embrujado era más intenso en la jungla de los alrededores de Siem Reap, entre las retorcidas lianas, las hojas oscuras y las sombras moteadas por la luz del sol. Flotaba como un vapor hediondo junto al enorme lago que había allí cerca, llamado Tonle Sap. Era palpable en Angkor, lugar de ruinas y jungla violadas.

Angkor no es sólo un templo, y tampoco es un conjunto monumental. Es una ciudad entera en ruinas. El nombre Angkor deriva del sánscrito *nagar*, que significa «ciudad». Contiene un palacio real, varios recintos sagrados, monasterios y residencias, rodeado todo ello por un foso ancho y lleno de agua estancada y por una muralla. Alrededor hay árboles altos, torres esculpidas con destreza, muros enormes, muchas de las estructuras de piedra estranguladas por las plantas trepadoras. Parece como si los templos se hubieran construido en imitación de una cadena de montañas simétricas. Su ominoso aspecto, como un agresivo gótico asiático, les otorga un poderío tremendo, un poderío magnificado por la manera en que los ha ido devorando el paso del tiempo, agujereados por siglos de tormentas y descuido. Su textura rugosa es como la de la roca volcánica en las costas del Pacífico, azotada por las olas, carcomida, afilada como el coral, dotada de arcos y de formas de

gran delicadeza. Obras maestras de la arquitectura jemer —adornadas con flores, velas y palitos de incienso— siguen en pie bajo sus resguardados porches, claustros y aleros. Las ruinas son la definición perfecta de santidad, armonía y resplandor, a pesar incluso de los turistas de estúpidos sombreros que corretean por las empinadas escalinatas, gritándose los unos a los otros de una cúpula a otra. En su momento de máximo esplendor, a comienzos del siglo XIII, Angkor abarcaba ciento sesenta kilómetros cuadrados.

La jungla es casi tan impresionante como los monasterios, los muros y los templos: altísimos árboles, kilómetros de senderos sombreados, frescas arboledas. La vegetación se ha hecho una con las ermitas de piedra, de manera que parece que creciera desde dentro de los lugares sagrados, con las raíces —gruesas, desarrolladas por completo, flexibles como tentáculos— enroscándose en los muros y bajorrelieves. Los árboles son parte integral de Angkor. Unos destruyen, otros contribuyen a que los frágiles muros se mantengan de una pieza. Estrechos senderos conducen a aislados santuarios con imágenes de elefantes y con el que parece ser el tótem dominante en Angkor: Naga, el rey cobra. Había cobras con forma de balaustradas, cobras deslizándose por las cornisas, cobras con su capucha extendida para proteger la imagen de Buda.

Angkor es también un catálogo de sonrisas esculpidas en piedra. La más enigmática —aunque serena a primera vista, suavizándose hasta la burla, haciéndose ambigua— es la sonrisa que se pinta en los labios de la gran imagen de Buda en el templo de Bayon, en Angkor Thom. Miles de imágenes de sonrisas adornan los muros: desde las finas sonrisas de los monjes que rezan hasta las alegres sonrisas de las *apsaras*, las bailarinas con pechos en forma de bulbos, semidesnudas, que demuestran hasta qué punto era el baile parte de los rituales en Angkor.

El aspecto de aquellas seductoras mujeres en el *wat* era un eco de las coquetas chicas que vendían sedas, postales y frescos en los muros ruinosos, mientras gritaban: «Vuelve, llévame contigo», «Seré tu novia», «Llévame». Eran tan sólo bromas para hacer sonreír al resto de las chicas.

La sonrisa de los jemer no sólo es una expresión de alegría, sino también la representación de varios estados de ánimo, así como cierta refutación indescifrable. Esa gran variedad de sonrisas está codificada en Angkor y ha sido muy estudiada. Philip Short cita a Charles Meyer, un asesor francés del

príncipe Sihanuk, en referencia a las sutilezas de la sonrisa jemer, y habla de «esa media sonrisa indefinible que flota sobre los labios de piedra de los dioses de Angkor, que se encuentra hoy repetida exactamente en los labios de los camboyanos». Sirve de máscara «ambigua y amigable», pero es también una sonrisa que «uno levanta entre sí mismo y los demás (...) [como] un biombo que esconde un vacío que ha sido creado a propósito, a modo de última defensa frente a todo el que desee romper el secreto de sus pensamientos más profundos».

Buena parte de Angkor estaba destrozada —se podían ver los remiendos—, lo cual daba a entender la posibilidad no sólo del paso del tiempo, quizá siete u ocho siglos de erosión, sino también épocas de graves traumas. Fue construido en diferentes períodos históricos; fue dañado y, con el tiempo, casi destruido por completo: hecho pedazos por los siameses en el siglo XV, luego arrasado por los buscadores de antigüedades y, por último, hace tan sólo veinticinco años, asediado por el Jemer Rojo, cuando la ciudad sagrada se convirtió en un campo de batalla.

Angkor es también un lugar en el que se respira el dolor humano, cruelmente a la altura de las desmembradas y machacadas estatuas e imágenes. Alquilé un *tuk-tuk*; éste era un ciclomotor que tiraba de un pequeño carruaje de dos ruedas. Era benéfico para tener el ánimo sosegado, fresco, lento. El que lo conducía, Ong, no sabía gran cosa sobre Angkor, pero tenía paciencia y me llevó a todos lados durante aquel día. Disponía de mi propio mapa y de una guía, así que fui por donde quise.

Me crucé a menudo con las víctimas de la reciente y violenta historia de Camboya. Los mutilados, víctimas de las minas, se mezclaban con las estatuas a las que se les habían amputado las extremidades. (En la guía leí: «En Camboya hay más de cuarenta mil mutilados, la mayor cifra per cápita de todo el mundo».)

Adentrándome en la jungla por un estrecho sendero, en el templo de Ta Prohm una orquesta entera, compuesta por víctimas de las minas, tocaba una música con gongs, flautas e instrumentos de cuerda, una música que me desgarró el corazón por su belleza y por el hecho de que la interpretasen personas ciegas, cojas, hombres a los que les faltaban dedos o tenían los brazos quemados y vendados. Con sus prótesis pulcramente colocadas a un lado, su música vibrante se elevaba como un contrapunto a los chillidos de la

jungla, al quejido de las cigarras, a los agudos zumbidos de los insectos y a la algarabía de los murciélagos.

Cerca de otro templo laberíntico, Banteay Kdei, mientras paseaba encontré a un grupo de niños que estaban posando para una fotografía... ¿o era un coro infantil? Había unos treinta en tres filas diferentes, los más altos detrás, aunque ninguno era muy grande. Estaban de pie, firmes, mirando al frente, sonriendo.

Saludé al hombre que estaba con ellos y le pregunté quiénes eran.

—Huérfanos, señor.

El hombre, Sean Samnang, estaba al cargo de un orfanato en Siem Reap. Buscaba chicos sin hogar, o huérfanos, y los recogía, los alimentaba y les daba una educación.

Me había encontrado con ingentes cantidades de mendigos desde que llegué al norte de la India. Era como si fueran en sí mismos una subclase de la población, millones de seres humanos que dependían de la mendicidad para vivir. Me pregunté por qué razón aquellos niños me resultaron en concreto tan conmovedores, y no sólo ellos, sino también los mutilados y una solemne mujer sentada en cuclillas cerca de una cesta en la que había unas monedas. ¿Era porque parecían tan reacios, tan inseguros al mendigar? Desafiaría a cualquiera que pasara por allí a que se resistiera a vaciar su cartera frente a la sonrisa de tristeza de una treintena de niños, hombro con hombro al borde del camino, presentados con la indicación «huérfanos, señor».

Los camboyanos, influidos por su violento pasado reciente, pueden ser directos, maleducados. Todo eso son tácticas de supervivencia aprendidas durante los años de tiranía. Pero ni siquiera este pueblo tan endurecido es nada en comparación con las oleadas de visitantes, de turistas sexuales y depredadores, los causantes de todos aquellos carteles que prohibían el sexo con menores y amenazaban con duros castigos en caso de violación de menores. Por todo Angkor, en cada rincón de Siem Reap, había carteles que decían «Denuncie la explotación sexual».

Le pregunté a Ong, el conductor de mi *tuk-tuk*, si sabía algo sobre aquel asunto.

De vez en cuando, me dijo, algunos turistas europeos le contrataban como conductor y le pedían que les encontrara niños jóvenes.

—¿Cómo de jóvenes?

—Chavales, niños pequeños —dijo Ong—. Pero eso está mal. Y yo no

conozco ninguno.

—¿Y qué hay de los camboyanos? ¿Ellos también...?

—Nunca. Pero un señor de Suiza me dijo que quería que le llevara en mi moto. Se sentó detrás de mí y me toca aquí y aquí. ¡Tuve mucho miedo! No sé qué hacer. Me dice: «Ven a la habitación de mi hotel. Te daré dinero». Yo digo no. No me gusta pensar en eso. Mucho miedo.

No estaba preparado para ver gente tan pobre y tan hermosa a la vez. Quizá me acordaba sólo de las prostitutas infantiles, acorraladas en el sórdido burdel de Singapur. Había empezado a asociar como un estúpido la pobreza con la ruina y la mala salud. Los camboyanos eran tan trabajadores que me pareció un escándalo que tuvieran que luchar tanto y sólo para llevarse algo a la boca.

Y una cosa más sobre su belleza: hasta los mendigos tenían dignidad. No se arrastraban, no se humillaban, no eran rapaces. Miraban fijamente a quien pasara por delante y lo miraban con solemnidad, sin hablar apenas. Pero sobre todo resultaban familiares. Se parecían a sus propias estatuas. La expresión camboyana es también la expresión de las estatuas *jemer*. Sus cuerpos son esculturales y finos. Parecen iconos auténticos, parte de la cultura. Los esbeltos chicos como los apuestos budas, las mujeres como las *apsaras* y los ángeles.

Algunas de estas *apsaras* y ángeles, esculturas vivientes, vivían en el distrito del Mercado Viejo, en la orilla este del río Siem Reap, donde perdí el tiempo en pantalones de pijama, bajo los árboles, en mi apacible casa de huéspedes por diez dólares al día, tallarines incluidos. No era lascivia; fue la gentileza de aquella gente lo que me animó a quedarme. Los paseos por el perfumado aire de la ribera eran un placer. Y de vez en cuando, al verme caminar con toda despreocupación, los conductores de *tuk-tuk* me preguntaban: «¿Jubilado aquí?», porque muchos hombres canosos como yo, con sus gastadas camisetas y pijamas, habían ido a dar con sus huesos en Camboya. Con estos precios podría quedarme allí durante meses hasta que se me agotara el crédito de la Visa. Es algo que a veces pasa cuando uno viaja: el viaje se convierte precisamente en todo lo contrario, uno da vueltas y más vueltas y de repente se para en medio de ninguna parte. Más que tomar una decisión consciente, uno se limita a dejar de dar vueltas.

Me había pasado antes, y sabía cuál era la razón. «En una determinada temporada de la vida nos acostumbramos a considerar cualquier lugar como el

posible emplazamiento de una casa», escribió Henry T. en *Walden*. Para el viajero, esa temporada no acaba nunca. Pero yo sabía lo que tenía que hacer.

23. El barco *Sontepheap* a Phnom Penh

En el centro de Camboya, en su inmensa llanura aluvial, hay un mar interior, el lago Tonle Sap, tan anchuroso en la época de lluvias que cuando uno navega en sus aguas tiene la sensación de estar en un océano sin orillas a la vista. Pero no es un océano azul, sino marrón, con sus pequeñas olas batidas por la brisa fresca como la espuma de un café con leche. No es profundo. Está plagado, incluso en su zona central, de bancos de fango y bajíos pedregosos. En donde menos se espera hay presas para pescar e incluso un estrecho sampán, posado en el agua, con dos o tres hombres o chicos a bordo, con sus sombreros como las pantallas de una lámpara. Toda la escena aparece en perfil, como una elegante imagen trazada a finas pinceladas en una vasija antigua.

Tomé un jeep hasta una aldea de pescadores, Phnom Krom, a unos doce kilómetros de Siem Reap, en la embarrada costa norte del lago; allí, a primera hora de la mañana, una o dos motoras zarpaban con rumbo a Phnom Penh, por lo común llenas de pasajeros y mercancía a rebosar. Van hacia el sudeste por el lago hasta el arranque del río Tonle Sap, y continúan por el cauce del río hasta los embarcaderos de Phnom Penh. El viaje completo hasta la capital dura seis horas.

La salida de los barcos es todo un acontecimiento en Phnom Krom y en la aldea cercana de Chong Khneas, donde las familias de pescadores viven en cabañas de mimbres entrelazados encima de la orilla. Son lugares que están más llenos de gente a las seis de la mañana que la mayoría de las ciudades del interior al mediodía. Salvo por los motores fueraborda de algunos sampanes, la escena no había cambiado en cientos de años: niños desnudos que chapoteaban en charcos de barro, mujeres que vendían bananas y arroz, gente que remendaba las redes, que prendía fogatas para cocinar o separaba el pescado en varias cestas.

Aquí se pesca el pez cabeza de serpiente. Con un ligero hervor en leche de coco y especias, es el ingrediente principal del *amok*, uno de los más deliciosos platos típicos de Camboya. Como el pez de cabeza de serpiente tiene enemigos naturales allí, sólo crece hasta que alcanza más o menos un metro, y no llega a ser el monstruo que es corriente en algunos lugares de Estados Unidos donde se ha introducido.

Ya había encontrado la pasarela de acceso a mi barco y estaba a punto de entrar en la cabina cuando me habló un hombre voluminoso, con una camisa hawaiana. Era norteamericano, saltaba a la vista.

—Yo que tú no me metería ahí dentro.

Le sonreí porque lo había dicho con total seguridad en sí mismo. Di un paso atrás y dejé que subieran a bordo y entrasen en la cabina los demás pasajeros.

—Mira. Sólo hay una salida —dijo—. Si este armatoste vuelca, ¿cómo vas a salir? Cuando uno se entera de que hay transbordadores que se hunden en sitios como éste, se pregunta cómo puede haber tantas víctimas —y meneó la cabeza—. Ahora ya lo sé.

Así que nos sentamos juntos en el techo de la cabina y se presentó: Mark Lane. Me explicó que trabajaba en un transbordador en Homer, Alaska, que efectuaba la ruta de las islas Aleutianas. Estaba tomándose un respiro de varias semanas de descanso en aquellos parajes soleados, lejos del frío.

Nos habíamos separado del muelle de bambúes y ya estábamos fuera de la ensenada, a unos quinientos metros en el interior del lago, cuando el barco viró con brusquedad y se escoró hasta casi tirarnos al agua. Oímos las quejas de gente atrapada debajo, en la cabina. El barco había varado en un banco de fango. Durante unos quince minutos más o menos, escorado, apenas se movió un palmo: se limitó a lanzar por los aires barro y burbujas removidas con palas de las hélices.

—Puede que estemos aquí para rato —dijo Mark.

Pero cuando arrancamos de nuevo cogimos velocidad a buen ritmo. La única vez que volvimos a quedarnos varados fue en otro banco de fango en medio del lago, cuando no se veía la orilla: otro viraje brusco, otro retraso.

A lo largo de algunos tramos, todavía en el lago, vimos pueblos flotantes, comunidades acuáticas compuestas de casas barco y chozas construidas en palafitos: un ecosistema de seres acuáticos, contenido por el perímetro de sus redes y sus oscilantes flotadores.

Aquellas comunidades de pescadores parecían autosuficientes, bien

organizadas, repartidas territorialmente y alejadas de cualquier intrusión o regulación gubernamental. Antes incluso de Pol Pot, los gobiernos camboyanos —ya fuera el mandato colonial francés o las administraciones títere de los norteamericanos— sólo habían provocado guerras, destrucción, torturas y muerte. Abandonados a sus propios recursos en medio del lago, aquel pueblo acuático funcionaba a la perfección.

Sentados el uno junto al otro en el techo del barco, usando nuestros pequeños bolsos de viaje a modo de cojines, Mark y yo hablamos de Angkor y comentamos lo que habíamos visto.

—En Siem Reap he hecho algo que nunca había hecho. Nunca en la vida —dijo.

—Gran manera de comenzar una historia —dije.

—No, en serio —dijo—. Conocí a un conductor de *tuk-tuk*. Era tuerto. Veinticinco años. Vive con su tía. Un chico muy simpático. Lo típico: pasas unos días con esta gente y acabas escuchando su historia.

»Se llamaba Sar. No es que hablara gran cosa de su pasado, pero sí de su futuro. Lo tenía todo planeado al detalle. Su objetivo era llegar a ser contable. ¿Has oído alguna vez una cosa así? Yo he oído decir... “Quiero ser médico”, o piloto, o astronauta, pero... ¿contable? El caso es que me pareció un tipo sensato. Había estudiado en el instituto y había hecho algunos cursillos, pero para conseguir el título de contable necesitaba educación superior. Me dijo que había un hombre en Siem Reap que tiene buena fama como profesor de contabilidad y economía. Sar, el conductor de *tuk-tuk*, quería que este hombre fuera su profesor y su mentor. “¿Y cuál es el plan, Sar?”, le pregunté. “El plan es ganar suficiente dinero conduciendo el *tuk-tuk* para pagarme los estudios. Vivo con mi tía. Estudio con ese hombre. Luego consigo el título de contable y después un trabajo en Siem Reap. Todos los hoteles nuevos necesitan contables. Los negocios nuevos también. Es un plan perfecto, ya lo creo. Salvo por una cosa, un detalle... En realidad es imposible.”

»Me miraba fijamente con su único ojo, sonriendo. Le pregunté por qué era imposible.

»“Porque tengo que alquilar esta moto. No gano lo suficiente al día para pagar el alquiler y ahorrar dinero. Así que seguiré conduciendo y primero ganaré lo suficiente para comprar una moto. Luego usaré la moto para ganar más dinero, y ahorraré una parte. Cuando tenga suficiente estudiaré para ser un contable. Pero para eso aún queda mucho.”

»Le dije: “Que tengas mucha suerte”, y me llevó a Angkor. Luego me llevó varias veces de paseo por toda la ciudad. Yo seguía pensando en su plan. Por cierto: nunca me pidió dinero. Le pagué lo típico, diez dólares al día.

»Pasaron un par de días. Solía pasear por la noche: no tenía sueño. Pensaba en Sar y en su plan. También pensaba en que mi padre, cuando yo tenía dieciséis años, me echó de casa. “Vete de aquí, no te quiero volver a ver nunca más”, me dijo. Mi padre era un auténtico cabrón. Un vecino del barrio me dejó quedarme con él y me trató como a un hijo. Él es mi verdadero padre. Era del cuerpo de operaciones especiales de la armada. Si no me hubiera acogido, yo habría acabado siendo un drogadicto, un perdido. Esa ayuda marcó la diferencia. No paraba de pensar en ello.

»Al día siguiente vi a Sar, como de costumbre. Le dije: “Vamos a ver al vendedor de motos”. Me dieron el listado de precios y los comparé. Pagué mil cien dólares y se llevó la moto, una Suzuki 110, justo lo que necesita para ganarse la vida como conductor de *tuk-tuk* en Siem Reap.

»Le dije: “Ahora todo depende de ti. Ya no es imposible”. Y le di mi dirección de e-mail. Veremos qué pasa. Puede ser interesante. Era el último dinero que me quedaba, pero en realidad no lo necesitaba. Y, en cambio, para él puede ser lo que determine la diferencia entre el fracaso o el triunfo en su vida».

—Es una buena historia —le dije. Mark no alardeaba. Había sucedido exactamente así y aún le estaba dando vueltas en la cabeza. Era un tipo agradable, de buen corazón. No era rico. Era sólo un marinero al que le quedaba poco para jubilarse, que trabajaba duro en un transbordador, en Alaska, por un salario que no era nada del otro mundo. Parecía algo solitario, pero se le notaba entusiasmado por su buena acción y ansioso por ver en qué quedaba todo aquello.

—Lo mejor —me dijo cuando le conté mi experiencia con el conductor del *rickshaw* de Mandalay— es que esto no tiene nada que ver con la ayuda internacional. Se emplea hasta el último dólar en lo que se pretende. Sin intermediarios.

Mientras tanto, habíamos seguido navegando por aquel ancho mar interior de color marrón, bajo un cielo sin nubes en el que el sol brillaba tanto que me salieron ampollas en la cara y en los brazos. Pegaba tanto el sol en el techo de la cabina, y hacía tanto viento, que renuncié a seguir leyendo el *Alejandro Magno* de Robin Lane Fox, que llevaba encima. Apareció una playa al sur y, a

medida que nos acercábamos a ella, se hizo también visible otra al norte, como una línea negra a lo lejos. Más adelante se fueron cerrando las playas por ambos lados, cada vez más cerca. Las casas construidas sobre pilotes se balanceaban un tanto sobre los bancos de barro en los que se apoyaban. Había un gran templo dorado a lo lejos. Después pasamos por un entrante en la costa que se estrechaba hasta formar un río. Era el Tonle Sap, que nace en el lago y vierte su caudal en el Mekong ya a la altura de Phnom Penh, para seguir después su curso hacia el sur, atravesando Vietnam.

Mientras el sol nos machacaba la cabeza, friéndonos en el techo de metal del barco como si fuera una sartén, Mark me estuvo contando historias sobre sus viajes a las Aleutianas en el transbordador, los días de niebla, o cuando el barco entero se congelaba y arrufaba por la sobrecarga, con lo que amenazaba resultar inestable. A lo lejos se veían hombres semidesnudos que lanzaban y arrastraban las redes y aún más allá otros que sacaban las nasas para la captura de cangrejos.

Llevados por la corriente, pasamos junto a orillas más elevadas, casas cada vez más grandes, asentamientos junto a la ribera, barcos de pesca, motoras y diques fortificados. Las casas se apilaban unas encima de otras y cada vez había más, hasta que al cabo apareció la ciudad al acercarnos a los muelles de atraque.

Phnom Penh tiene un aspecto desaliñado, destartalado, como un rostro lleno de cicatrices en el que resulta muy evidente un pasado plagado de violencia. Es una ciudad que ha sufrido castigos de una extremidad tal que se ha hecho imposible ocultar sus secuelas, una ciudad que se intenta reparar, razón por la cual también tiene todas las trazas de caerse a pedazos. Había barrios muy pobres, aunque a diferencia de la India se trataba de una pobreza sin sordidez. Hay maravillas arquitectónicas en Phnom Penh —el palacio real, residencia del sucesor de Sihanuk, el príncipe Ranariddh (Camboya ha vuelto a adoptar como forma de gobierno la monarquía); el museo nacional, con su impresionante colección de estatuas y tesoros de Angkor, algunas mansiones de la época colonial, la oficina central de correos, el Gran Mercado, algunos templos—, pero en vez de elevar el aspecto general de la ciudad, estos majestuosos edificios sólo conseguían que el resto tuviera peor pinta aún.

Escrito con guijarros en el fondo de un estanque, cerca de un templo, encontré este lema: «Si quieres una buena reencarnación debes liberarte de las

ilusiones vanas». Me dio la impresión de que los camboyanos tenían pocas o más bien ninguna ilusión vana. Sólo en el pasado más reciente han vivido de todo: el terror, la inanición, el exterminio. Han tenido que endurecerse para sobrevivir, así que carecen de la cordialidad típica de los tailandeses, de esa oblicuidad ensoñadora que es propia de los birmanos, o del espíritu práctico de los habitantes de Singapur. Sin embargo, hasta los lince callejeros de Camboya, que pueden ser muy directos e incluso exigentes, agotadores, eran capaces de gestos llenos de elegancia. Con buen criterio, han perdido toda confianza en las promesas del gobierno y la justicia. Una vez, hablando con un camboyanos, le dije que me gustaría volver algún día. Me miró con incredulidad.

—¿Por qué querrías volver aquí?

Le parecía increíble que alguien quisiera volver a un país angustiado, asediado por la muerte. Él desde luego quería marcharse de allí. Todos sus conocidos querían marcharse cuanto antes. Phnom Penh estaba atestada de peatones, *rickshaws* a pedales y motocicletas. Nadie tenía dinero para un coche. Sólo con eso bastó para que la ciudad me pareciera pintoresca. Me esforcé en no comportarme como un mirón romántico, pues era obvio que la ciudad era un infierno para todos ellos.

Por razones puramente superficiales me sentía feliz. Feliz, claro está, al modo en que los rosados hombretones blancos de mediana edad se sienten felices en Camboya, aunque la mayoría visitaran las localidades costeras, como Sihanukville. Era el sitio perfecto para salir de juerga. Cerveza barata, buena comida, buen tiempo y un gran número de compañeros afables: otros juerguistas y bellas mujeres que, según parece, no tienen otra cosa que hacer, aparte de observarle a uno cómo bebe y sonreírle de continuo.

En una calle de Phnom Penh, en un bar llamado Sharkey —uno de tantos—, varios machotes feos y occidentales trasegaban cerveza y jugaban al billar en compañía de pequeñas preciosidades camboyanas que les metían mano y les servían las bebidas. Este tipo de actividad es para muchos hombres el paraíso. Era el mismo ambiente de cerveza barata y moderado libertinaje que había visto años antes en Vientián. No es que hubiera pasado de moda: simplemente se había trasladado por el río Mekong, un poco más abajo.

—¿Qué desea usted? —me preguntaban sonriendo los conductores de los *tuk-tuks* en Phnom Penh, seguros de que podrían darme todo lo que quisiera: heroína, un masaje, una mujer, un hombre, alguien con quien casarme, un niño

en adopción, un cuenco lleno de tallarines o una camiseta de recuerdo, con motivos camboyanos estampados.

Igual que en Siem Reap, los hoteles en Phnom Penh iban desde el lujo hasta lo más básico. Las grandes mansiones afrancesadas, como Le Royal —suntuosamente amuebladas y situadas dentro de recintos amurallados, con guardias de seguridad apostados en el exterior— tenían habitaciones por quinientos dólares la noche. En el extremo opuesto, la pequeña posada situada en una bocacalle, en la que se alojaba Mark Lane, costaba quince dólares. Pero su habitación no tenía ventanas. Yo encontré un hotel con vistas al río por veinticinco dólares la noche, desayuno incluido. Desde Birmania, mi primera comida del día había sido tallarines o un montón de arroz con un huevo a la plancha encima.

Tenía ganas de leer algo sobre Pol Pot. Encontré una librería cerca del museo nacional y cambié mi ejemplar de la vida de *Alejandro Magno*, de Robin Lane Fox, por la vida de Pol Pot que había escrito Philip Short. En las estanterías, para mi sorpresa, encontré ejemplares de mis libros: ejemplares piratas, emborronados, con pinta de ser de fabricación casera.

—¿Dónde se ha impreso este libro? —pregunté cogiendo un ejemplar de *El safari de la estrella negra*.

—En una fotocopia —me dijo el dependiente, aunque era un mazacote de libro, más parecido a unas galeradas mal encuadernadas que a un libro acabado.

—¿Por qué se toma alguien la molestia de fotocopiar todo este libro?

—Porque es un *best seller*.

—¿La gente lee a este tipo?

—Oh sí, señor —empezó a decir, pero antes de que acabara saqué mi carné de conducir y se lo enseñé. Lo sostuvo con las dos manos, estudiándolo cuidadosamente, y dio un grito: una reacción muy gratificante. Luego se puso nervioso—. ¿Está usted enfadado conmigo? —preguntó.

—Claro que no.

Se llamaba Cheah Sopheap. Me preguntó qué hacía en Camboya. Cogí un ejemplar pirateado de *El gran bazar del ferrocarril* que tenía en la misma estantería y le enseñé el mapa de las guardas. Le dije que había querido viajar desde Tailandia hasta Camboya a principios de los setenta, pero que me había sido imposible.

—Aquéllos fueron malos tiempos —dijo Sopheap—. La ciudad estaba

desierta. Todo el mundo había sido expulsado al campo.

—¿Entonces no había nada aquí?

—Sólo prisiones.

—¿Y Pol Pot te causaba problemas a ti?

—Pol Pot era lo de menos —dijo. Hizo una mueca y movió el dedo en el aire.

Para el resto del mundo, Pol Pot era un monstruo con cara de luna, por lo que esta respuesta me sorprendió. Sopheap me lo explicó contándome que antes de la llegada del Jemer Rojo, la sociedad camboyana había evolucionado de tal manera que los ricos eran inmensamente prósperos y los pobres del campo estaban sencillamente desesperados. El campo, sobre todo en las regiones del este del país, se había arruinado por la guerra en Vietnam, que se había extendido a Camboya. Jemer Rojo era la denominación que daban a la organización de Pol Pot los que no pertenecían a ella. En Camboya eran conocidos con el nombre de Angkar, el Partido.

Sopheap no me lo dijo, pero Nixon y Kissinger aprobaron en secreto la invasión y el atroz bombardeo a gran escala que se produjo en 1969 sobre objetivos indiscriminados, con el convencimiento, despiadado e irracional, de que ayudaría a lograr la victoria en la guerra de Vietnam. Hasta varios años después, y sin que mediara ninguna autorización del Congreso, los B-52 despegaron millares de veces desde la isla de Guam, territorio norteamericano en el Pacífico, para bombardear Camboya. Este escándalo, documentado con precisión por el periodista Seymour Hersh, también comprendió el lanzamiento de medio millón de toneladas de bombas y el gasto de cientos de millones de dólares para apoyar el régimen títere de Lon Nol. La ofensiva sólo sirvió para que el Vietcong operase con mayor resolución que antes. Las bombas sembraron el caos en Camboya, acabando, se estima, con la vida de seiscientos mil personas, y empujando a los campesinos a unirse al Jemer Rojo.

—Los pobres odiaban a los ricos y odiaban a los norteamericanos que los estaban masacrando —me dijo Sopheap—. ¡Cuánta ira! Y cuando vinieron a Phnom Penh hicieron lo que les dio la gana.

Se refería a aquellos hombres con uniformes que parecían pijamas negras, que aparecieron en la capital en abril de 1975, se hicieron con el control, expulsaron a todos los habitantes y los enviaron al campo. Estos guerrilleros habían estado viviendo en algunos casos durante años en la jungla,

combatiendo y hurgando en la basura para encontrar algo que llevarse a la boca. Estaban hambrientos, cansados de luchar y resentidos. Muchos de los reclutados más recientes apenas tenían quince años.

—Les gustaba estar en el poder y asesinar. Pol Pot no fue la única razón. El pueblo mismo creó y extendió el terror.

—¿Qué fue de tu familia?

—Mi padre sobrevivió porque era agricultor. Tuvo suerte. Sabía hacer azúcar de palma.

Al padre de Sopheap le hubieran pegado un tiro. Pero en pleno terror, en mitad de la hambruna, el régimen instauró el «día del postre». La sopa de arroz era la única comida disponible, pero en el día del postre —tres días al mes— se decretó que la sopa se endulzara con azúcar de palma (el azúcar de caña era imposible de encontrar en aquellos tiempos). El padre de Sopheap era capaz de elaborar azúcar de palma. Por eso no le pegaron un tiro.

—Yo estaba enfermo —dijo Sopheap—. Se me hinchó todo el cuerpo. Por poco me muero. Fueron tiempos terribles. ¿Ha visto el museo y los campos donde se ejecutaban las matanzas?

Los campos de las matanzas, los llamados campos del silencio a los que se refería Sopheap, estaban tan sólo a quince kilómetros de la ciudad. Aquel lugar era conocido entre los lugareños con el nombre de Choeung Ek. Era uno entre tantos otros. Durante la época del Jemer Rojo, entre 1974 y 1979, hubo otros 343 campos de exterminio a lo largo y ancho de Camboya, y también numerosas cárceles donde practicaban las torturas. En aquella época, Estados Unidos apoyaba tácitamente al gobierno del Jemer Rojo debido a nuestra humillación por haber sido expulsados de Vietnam. Permitiendo que los chinos facilitaran armas a Pol Pot pudimos limitar la movilidad de los vietnamitas, que atacaban al Jemer Rojo con artillería soviética a lo largo de la frontera entre Camboya y Vietnam.

Bajo la luminosa luz del sol, atravesando arrozales, llegué en un *tuk-tuk* hasta un bosquecillo donde trinaban los pájaros. En ese lugar apacible, que anteriormente había sido un jardín y un cementerio chino, fueron asesinadas veinte mil personas a lo largo de tres años. En aquel museo al aire libre, al que daban buena sombra árboles altos, la estructura de mayor tamaño era una torre con estantes escalonados que contenían más o menos nueve mil calaveras humanas. Muchas de las fosas comunes estaban aún cubiertas por restos de las

ropas que vestían las víctimas. La mayoría de los prisioneros fueron asesinados a golpes, con palas, azadones y picos; es una de las muertes más crueles y dolorosas que se pueda imaginar. En muchas de las calaveras aún eran observables los boquetes y fracturas producidos por el impacto de un hacha roma o una azada. Los cráneos —de jóvenes, de viejos, de hombres, de mujeres— hablaban por sí solos de quiénes habían sido y de cómo habían muerto.

Cuando los soldados vietnamitas liberaron Phnom Penh —en contra de los deseos de Estados Unidos— encontraron 129 fosas comunes en Choeung Ek. Una de ellas contenía cuatrocientos cincuenta cadáveres.

Las víctimas fueron sobre todo los prisioneros de la cárcel de Tuol Sleng, que antes fueron torturados hasta confesar que eran espías o contrarrevolucionarios. Muchos fueron soldados del Jemer Rojo que habían despertado sospechas, o que fueron acusados de cualquier cosa, o que tan sólo tuvieron mala suerte. Eran profesores, oficinistas, pequeños terratenientes —una mediana educación se equiparaba en aquel entonces a la riqueza («Éstos eran los que oprimen a los pobres»)— o desafortunados transeúntes sobre los que se abalanzaron los asesinos sin razón aparente. La mayoría eran gentes de ciudad, a los que se denominaba «pueblo nuevo». Se les tenía por inferiores a los campesinos porque no habían participado en la lucha ni habían pasado sufrimientos. Según David Chandler en su obra *Brother Number One* (otro de los libros pirateados que compré en una calleja de Phnom Penh), se burlaban de ellos con esta frase: «Manteneros con vida no es una ganancia, perderos no es una pérdida». Aquellos enemigos del estado eran conducidos en camiones hasta la prisión; eran camiones con veinte o treinta personas aterrorizadas, muertas de hambre, con los ojos vendados, enfermas por las torturas.

«Cuando llegaba el camión, las víctimas eran conducidas directamente a su ejecución en las zanjas y las fosas», decía un pequeño cartel en Choeung Ek. Debido a que los métodos de ejecución eran tan brutales —era imposible matar a palos a más de trescientas personas y además enterrarlas en un solo día—, se acumulaba un remanente de condenados y muchos prisioneros debían esperar encerrados en chozas a que les llegara el momento de morir, mientras escuchaban los gritos que les llegaban por encima del borde de las fosas.

Un cartel clavado en un árbol decía así: «El árbol asesino, contra el cual los ejecutores golpeaban a los niños». Y explicaba que los niños —los descendientes de la detestada clase de los médicos, abogados y profesores—

eran colgados de los talones y se les machacaba el cráneo a golpes contra el tronco del árbol.

Había senderos que unían las fosas comunes con los árboles y los altares —pequeñas plataformas apoyadas en unos postes, que parecían comederos para las aves— donde las ropas de las víctimas, y a veces los huesos, eran apilados. En un día soleado y caluroso como aquél, exactamente el tipo de día en que tuvieron lugar las masacres, estas plataformas estaban cubiertas de moscas que no dejaban de zumbear.

«En este árbol se colgaba un micrófono que emitía un sonido estridente con el fin de evitar que se oyeran los gemidos de las víctimas mientras eran ejecutadas», decía otro cartel clavado en un árbol que se encontraba al borde de una de las fosas comunes. De ahí «los gritos del silencio».

Me impresionó y me deprimió la visita a Choeung Ek. También había empezado a leer el libro de Philip Short, que no sólo era una biografía de Pol Pot, sino también una crónica de la historia reciente de Camboya. Una de las ideas recurrentes de Short era que, hoy en día, el genocidio se suele presentar para que brillen más las virtudes del actual gobierno, que en realidad no tiene nada de virtuoso. También hace hincapié en que no hay que estudiar la cultura jemer para comprender las raíces profundas de este tipo de violencia. Aquella aparente anarquía fue «una amalgama de idealismo y carnicería, de exultación y horror, de compasión y brutalidad, que desafía cualquier intento de generalización».

Al escribir sobre «la eterna dicotomía entre la serenidad y la violencia descontrolada, sin que medien pasos intermedios», Short explica que los campos de exterminio son antes bien una muestra del comportamiento endémico en la sociedad jemer, que un ejemplo de los excesos de Pol Pot. «La forma específicamente abominable que tomó [la ideología] vino determinada por modelos preexistentes en la cultura jemer —escribe—. Todas las atrocidades que cometió el Jemer Rojo... pueden encontrarse esculpidas en los frisos de piedra de Angkor [y] en las representaciones pictóricas del infierno budista».

A Estados Unidos le vino de perlas denominar genocidio a lo que allí pasó, ya que al fin y al cabo nosotros ayudamos a Pol Pot a tomar el poder. Y la existencia de museos sobre las matanzas del Jemer Rojo era también un modo de sugerir que Camboya se había reformado, cosa que dista mucho de ser cierta. El gobierno actual está «podrido» y «totalmente corrupto». Muchos de

sus miembros estuvieron con el Jemer Rojo y no han repudiado sus crímenes del pasado.

Por espeluznantes que fueran los campos de exterminio, en el fondo constituían una maniobra de distracción con respecto a las corruptelas del régimen actual. Lejos de ser una aberración, los campos eran un ejemplo de la cultura jemer en un estado de máximo descontrol. Un misionero francés dijo que el terror fue «una explosión de la identidad jemer».

Sin embargo, fue Pol Pot quien prendió la mecha. Durante toda su vida la sonrisa jemer no abandonó su rostro. Pocos sabían su verdadero nombre. Nació llamándose Saloth Sar, pero se cambió de nombre una docena de veces. «Cuanto más te cambias de nombre, más confundes a tu enemigo», decía. Lo que no decía era que esos constantes cambios de nombre denotan una personalidad múltiple. Tuvo una educación privilegiada: parte de su infancia la pasó en el palacio real. Su cultura colonial le permitió viajar a Francia en 1949, donde se le tuvo por un vividor, algo reservado, y por un ideólogo del anticolonialismo. Allí descubrió el estalinismo. Se convirtió en socialista utópico, igualitario, sin sentimentalismos al modo jemer, perfectamente capaz de predicar la violencia extrema.

Cuando regresó a Camboya, en la década de los cincuenta, se alió con los movimientos antifranceses y se regocijó cuando las fuerzas de ocupación francesas procedieron a retirarse del país. La guerra de Vietnam le envalentonó; los bombardeos norteamericanos le valieron nuevos adeptos para su causa. Al contar con el apoyo de los chinos, tenía poderosas razones para ser antivietnamita. Permaneció en las zonas rurales, fortaleciendo su ejército mientras Estados Unidos trataba de congraciarse con China. Durante unos cinco años luchó contra un gobierno debilitado, desprestigiado y deshonesto. Medio millón de personas perdieron la vida en esta guerra de desgaste. Cuando comprendió que el final de la guerra estaba cercano, el títere de los norteamericanos, Lon Nol, huyó a Hawái con un millón de dólares del banco central camboyano. El pueblo respiró aliviado creyendo que al fin iba a tener un gobierno estable e independiente. No hubo ninguna marcha triunfal cuando los nuevos líderes entraron en la capital capturada. Pol Pot esperó durante días y luego se coló dentro de la ciudad en mitad de la noche.

Manifestando su extraño idealismo, Pol Pot declaró el comienzo del Año Cero —borrón y cuenta nueva— y abolió el dinero. Esta medida fue por sí sola causa de gran parte del caos que sobrevino entonces, ya que los alimentos

ocuparon el lugar de la moneda y, por tanto, fueron acaparados y objeto de peleas. Los víveres empezaron a escasear y pronto la desnutrición afectó a la población entera. Se quemaron libros; los archivos de los ministerios fueron arrojados a las calles. Phnom Penh se vació de habitantes. Los urbanitas, al ser enviados al campo sin estar acostumbrados a aquella forma de vida, murieron en gran número antes de llegar incluso a sus destinos rurales. Muchos abandonaron sus hogares sólo con las pertenencias que pudieron acarrear. La nación entera se sumió en el caos: una locura y un primitivismo caracterizado por las ejecuciones masivas y la esclavitud. Casi nadie veía a Pol Pot, ya que era tan obsesivamente reservado que se convirtió en un enigma incluso para sus propios seguidores.

No existió con Pol Pot un culto a la personalidad. Ningún retrato suyo colgaba en ninguna parte. No hubo canción, poema, dicho o anécdota sobre su vida. Turkmenbashi, en Turkmenistán, era omnipresente. Pol Pot en Camboya era inencontrable. Nadie sabía dónde vivía. No daba discursos y apenas publicó nada con su nombre. No poseía nada. No tenía riquezas personales. Los actos del gobierno se contagiaron de su austeridad personal. La conmemoración de un aniversario del partido consistió en un zumo de naranja; las celebraciones se limitaron a la proyección de algunas películas albanesas.

Los oponentes demonizaron y denunciaron a Pol Pot, al que entonces se llamaba «Hermano Número Uno», pero en realidad nadie sabía ni quién era ni qué quería. En cierto modo era un bicho raro; como tantos bichos raros, era un paranoico.

Sus ideas eran impenetrables y simplistas, pero su paranoia caló hondo entre su grupo de colaboradores más cercanos: soldados, policías, guardias de las prisiones, torturadores y todo el que tuviera algún cupo de poder. Su secretismo e indecisión contribuyeron a crear una tiranía que terminó siendo aleatoria e improvisada. Nadie, entre la aterrada población y entre los soldados, sabía qué tenía que hacer. Tener un arma servía de ayuda, ya que tener un arma significaba tener el poder. Un arma podía ser algo tan sencillo como un hacha, una azada o una horca. Kampuchea, como se llamaba el país en aquel entonces, se convirtió en un estado de esclavos donde, en menos de cuatro años, un millón y medio de personas fueron asesinadas por haber cometido crímenes contra el estado.

Pol Pot fue derrocado por la invasión vietnamita que colocó en el poder a su propio títere, Heng Samrin, en 1979. Ese mismo año, Estados Unidos —que

debido a la llamada guerra subsidiaria querían debilitar a Vietnam, aliado de la Unión Soviética— apoyó a la delegación en el exilio del sangriento gobierno de Pol Pot para que obtuviera un puesto en las Naciones Unidas.

Me puso los pelos de punta leer todo esto mientras estaba en Phnom Penh. Parte de los más terribles asesinatos habían tenido lugar mientras yo hice mi primer viaje y también poco después, mientras escribía *El gran bazar del ferrocarril*, en el que me quejaba de que no haber podido visitar Camboya. Mal podía yo saber entonces qué estaba sucediendo allí. Y tampoco muchas personas fuera del país lo sabían, aunque lo cierto es que entonces no importaba a nadie.

Había leído toda esta información sobre Pol Pot cuando visité la prisión de Tuol Sleng, conocida como S-21. Un antiguo instituto de enseñanza media, el Ponhea Yat, situado en una respetable zona residencial de Phnom Penh, fue convertido en cárcel: una transformación bastante razonable, ya que las - escuelas y las aulas son diseñadas para confinar a las personas.

El edificio en sí recordaba a cualquier otro instituto de tres plantas. Los mismos ladrillos, las mismas proporciones. Dentro, algunas aulas habían sido divididas en pequeños cubículos de madera o ladrillo para los prisioneros que esperaban su turno para ser torturados. Otras aulas servían de cámaras de tortura. Una de las torturas consistía en maniatar al prisionero a un somier de hierro. Allí, a él —o a ella— se le sometía a descargas eléctricas, se le apaleaba, se le apuñalaba y se le obligaba a confesar crímenes contra el estado.

«El papel que desempeñaba el S-21 no consistía en asesinar, sino en lograr confesiones —escribe Philip Short—. Matar era la finalidad última, claro, pero en sí mismo era algo casi accesorio».

Siguiendo un obsesivo y macabro sentido del orden, y también para dejar constancia documental de la traición, todos los prisioneros en Tuol Sleng eran fotografiados antes de la tortura. Se anotaba su nombre, edad e historial: dónde había vivido y trabajado, detalles sobre su familia y educación, nombres de sus amistades. Lejos de ser meros números o estadísticas, eran presentados de los pies a la cabeza como totalmente humanos. Sus rostros estaban traspasados de terror, aparecían sobrecogidos, cansados, enfermos; algunos eran extrañamente serenos o inexpresivos; había mujeres de edad avanzada y mujeres jóvenes, hombres ya viejos, niños con los ojos muy

abiertos, jóvenes aún en la adolescencia. También había madres, muchas madres con el bebé en brazos, como una *pietà* agonizante, ambos a punto de morir.

Las catorce mil personas que pasaron por esta prisión fueron torturadas. Todas ellas, salvo doce, perdieron la vida. El horror de su situación es evidente en los pisos de arriba, donde por fuera de los cubículos de las aulas se ve aún el alambre de espino. Un cartel explicaba así: «El alambre de espino evitaba que las víctimas desesperadas se suicidaran».

Ni siquiera a sabiendas de que aquella prisión había sido convertida en museo por decisión de un gobierno que violaba los derechos humanos (corrupción, malversación, tortura bajo custodia policial, expropiación de tierras y asesinatos sin juicio previo) pude evitar que me abrumara el horror —¿y quién no estaría horrorizado?— ante los rostros cargados de patetismo de aquellos millares de seres humanos que habían sido asesinados.

En un día caluroso recorrí aquellas lúgubres estancias, aquellos cubículos astillados. Vi las fotografías de aquellos rostros condenados y de los niños soldado, algunos con tan sólo diez años. Vi las vitrinas de cristal con «instrumentos de tortura», la mayoría de ellos herramientas de labranza: azadas, hachas, mazas, machetes, palas. Al igual que Dachau, se trataba de un cruel ejemplo de inhumanidad, de asesinato sádico y despiadado. «Ningún otro país ha perdido una proporción tan grande de su población en una sola hecatombe de inspiración política llevada a cabo por sus propios líderes», escribe Short.

Aunque todo fuera por sí espantoso, el peor momento llegó cuando salí a la luz del sol, al patio de la cárcel que antes había sido el patio de recreo del instituto. Allí había un patíbulo dividido en tres secciones, cada una con varios ganchos, debajo de los cuales había tres barriles de cerámica llenos de agua, con la boca muy grande. El cartel decía así: «Los prisioneros eran colgados boca abajo [por los pies, con cuerdas atadas a los ganchos] hasta que perdían el sentido. En ese momento se les introducía la cabeza en los barriles de agua. Las víctimas recuperaban la consciencia inmediatamente y de ese modo podían continuar los interrogatorios».

Una semana después de que visitara Tuol Sleng, el vicepresidente Dick Cheney fue interpelado sobre la existencia de prácticas similares en América, denominadas con el risible eufemismo «técnicas de interrogatorio avanzadas». Estas técnicas estaban utilizándose con los sospechosos de actos terroristas en

las prisiones militares americanas. Una técnica de tortura llamada «ahogamiento parcial», que también fue utilizada en Tuol Sleng, consiste en lanzar sobre la cara de un prisionero encapuchado, atado con correas a un tablón inclinado boca abajo, un chorro de agua con una presión tal que el prisionero se asfixia durante unos momentos, en los que se convence de que está ahogándose. Y Cheney fue interpelado simplemente por el presunto empleo de la inmersión, como la que se llevaba a cabo en los barriles que estaba contemplando atónito en aquel preciso momento.

¿Y qué opinaba el segundo político más poderoso de Estados Unidos sobre esta manera de arrancar las confesiones a los detenidos, sobre este «chapuzón»?

«Yo no me rompo la cabeza con esas cosas —dijo Cheney, y el presidente le respaldó—. Es una herramienta muy importante».

Es presunción típica del viajero considerar la barbarie como algo singular y propio de extranjeros, algo que uno se encuentra por el mundo en algún rincón mísero y provinciano. El viajero llega a ese remoto lugar y se le ofrece a la vista un atisbo de las peores atrocidades que pueda cometer un gobierno sádico. Y luego, para su vergüenza, se da cuenta de que son idénticas a las que su propio gobierno defiende y aplica con diligencia. En cuanto a todos esos mojigatos que parecen estar ciegos ante el hecho de que los exterminios son aún algo que se produce todos los años, bastaría con que echasen un vistazo a Camboya, Ruanda, Darfur, Tíbet, Birmania y otros lugres. El grito real y verdadero no es el conocido «nunca más», sino más bien «una y otra vez».

Buena parte de mis conocimientos sobre la reciente historia de Camboya me había sido facilitada por los libros, así que decidí encontrar algún testigo presencial de los hechos en Phnom Penh.

Heng era un hombre de unos cuarenta y cinco años que hablaba inglés bastante bien. Antes de que el Jemer Rojo se hiciera con el poder, su padre había sido teniente del ejército y su madre regentaba un pequeño negocio en Kampot, unos cien kilómetros al sur de Phnom Penh, en la costa. Vivían bien y tenían una casa cómoda. Cuando el Jemer Rojo invadió Kampot en 1972, Heng, que no era más que un niño, se mudó con sus padres a la capital. Dos años después, Phnom Penh cedió también ante el empuje de la guerrilla jemer.

—Al principio, ¿la gente estaba atemorizada? ¿O acaso pensaban que aquello sólo iba a durar un suspiro? —pregunté.

—Mi padre dijo que había oído que el Jemer Rojo quería que todos fuésemos iguales —dijo Heng—. Otros decían que los soldados del Jemer Rojo eran como bestias salvajes. Eso nos dio miedo. Cuando llegaron a Phnom Penh, los soldados dijeron a todo el mundo que se fuera sin llevarse ninguna pertenencia, porque sólo sería cosa de algunos días. Mis padres preguntaron que dónde debían irse. Los soldados les dijeron: «A donde sea. Eso es asunto de ustedes».

—¿A sus padres les amenazaron?

—Sí. Al que no se marchase lo mataban los soldados. Mis padres decidieron volver a Kampot, a casa. Nos llevó un día entero recorrer sólo quince kilómetros y vimos cadáveres en la carretera casi a cada paso. Olían muy mal. Es muy difícil encontrar palabras para explicarlo. Cuando ya casi estábamos en Takeo, a unos cincuenta kilómetros de Phnom Penh, una mujer le dijo a mi madre: «Por favor, córtese el pelo». Mi madre tenía el pelo muy largo. «Y tiren todo el dinero. Si los soldados del Jemer Rojo los ven con ese pelo y con el dinero, los matarán.»

—¿Qué pensaban los camboyanos de los soldados?

—Tenían mucho miedo, porque los soldados podían matarlos en cualquier momento, en cualquier lugar. Los soldados del Jemer Rojo creían que el pueblo era el enemigo —hizo una pausa y bajó un poco la voz—. Todavía ahora, el noventa por ciento de la población tiene miedo de los soldados... me refiero a los soldados del gobierno.

—¿Sabía usted o sus padres algo de las terribles cosas que estaban pasando en la cárcel de Tuol Sleng o en los campos de exterminio de Choeung Ek?

—No, de todo eso no sabíamos nada —dijo Heng—. Ni siquiera sabíamos el día, el mes o el año en el que estábamos. Había cientos de cárceles como ésas repartidas por todo el país.

—¿Qué tipo de persona era Pol Pot?

—Tenía un título de licenciado universitario. De haber sido un estudiante más bien flojo, no se le habría concedido una beca, lo cual significa que era listo. Es difícil juzgar a Pol Pot. Yo creo que la situación durante aquel tiempo era parecida a la situación en Irak. La situación en Irak antes de la invasión americana era... bueno, había cosas buenas y cosas malas. Pero después de que los americanos invadieran el país la situación se ha vuelto mucho peor.

—¿Quiere decir que Bush es como Pol Pot?

—Puede ser. Pero no quiero decir que Bush sea una mala persona. El

problema es que no entendió lo que quería el pueblo de Irak. Él no puede gobernar a esa gente. Cuando Pol Pot se hizo con el poder, la situación degeneró en el caos. Para mí no hubo casi ni una sola persona que fuese única responsable por lo que ocurrió en Camboya durante aquella pesadilla.

—¿Piensa que era un desalmado, que era cruel o vengativo?

—No lo creo. Creo que era un gran mandatario que no tenía influencia entre su personal subalterno. Quiero decir que los suyos podían hacer lo que les viniera en gana.

—¿Cuál es el mejor recuerdo que guarda de aquellos años?

—No guardo ni un solo recuerdo bueno.

—¿Cuál es su peor recuerdo?

—Lo peor era cuando la Kang Chhlorp [la milicia armada municipal] venía a registrar nuestra casa. Si encontrasen arroz, patatas dulces, azúcar o cualquier hortaliza, mis padres y yo seríamos arrestados. Y eso significaba entonces la pena de muerte.

—¿Sólo por tener comida?

—Sí. El que tuviera algún alimento en aquel entonces era el enemigo —dijo Heng—. A uno lo mataban y se llevaban sus alimentos.

Cuanto más iba sabiendo sobre las amarguras e infiernos de Camboya, más angustioso me parecía el país y más triste me ponía. Al final —como muchos camboyanos hartos y desilusionados que conocí—, tan sólo tuve ganas de marcharme de allí.

24. El Mekong Express

Viajar nunca es más gratificante que cuando ya no consiste en llegar a un destino y empieza entonces a ser algo que no se diferencia de la vida normal que uno lleve.

Una mañana a eso de las ocho, estando aún en Phnom Penh, dejé mi hotel y eché a andar por el dique, en paralelo al río —por la calle A Cha Xao—, hasta llegar a cierta esquina en donde cogí el autobús a Saigón. El viaje era de doscientos cuarenta kilómetros tan sólo, pero nos llevó todo el día, porque tuvimos que cruzar el Mekong en un lento transbordador de pasajeros, además de los clásicos retrasos de varias horas para atravesar la frontera de Vietnam, donde nos registraron dos veces. En un costado del autobús iba un cartel pintado con alegres colores: *Mekong Express*. Los pasajeros eran en su mayoría vietnamitas y camboyanos. También había un matrimonio de mochileros ingleses —muy sonrientes— y cuatro viajeros franceses de mediana edad, que iban mosqueados porque tenían que hablar inglés (casi ningún camboyano habla francés ya) y pagar todo con dólares americanos.

En Phnom Penh confluyen dos ríos que vienen del norte, el Tonle Sap y el Mekong. Algo más al sur se separan los cauces de nuevo, con lo que se forma el Bassac y la continuación del Mekong. Phnom Penh está en el borde más al oeste de la equis en que se intersectan estos ríos, en un punto que los franceses llamaban Quatre-Bras por las cuatro corrientes que allí se bifurcan.

Cruzamos el río Bassac por el puente Monivong en dirección sur, hacia la frontera. Nada más pasar el río vi barriadas pobres. Más adelante el campo era ancho y llano, lleno de aldeas, de casas construidas sobre pilotes clavados en las tierras que los ríos anegaban, de vacas, de niños que apacentaban el ganado, de perros cojos. Luego, una ininterrumpida sucesión de arrozales. No pude ni leer ni tomar una sola nota en el autobús. Observé faenar a los camboyanos, con tanta injusticia castigados durante décadas por sucesivos

regímenes e intereses extranjeros, gentes sin suerte que aún perseveraban en la lucha por subsistir. Por sus esmerados modales en el trato aún eran más tristes.

Tras unas cuantas horas de mala carretera volvimos a la orilla del Mekong y esperamos el transbordador de Neak Luong (poco más grande que el de Edgartown, con cabida para tres coches). Al fin subimos a bordo y cruzamos las turbias aguas del río. Horas después la carretera mejoró al acercarnos a la ciudad de Bavet, todavía en el lado camboyano de la frontera. Pasamos a pie por un pretencioso portal donde estaban las dependencias de inmigración y la aduana, cada cual cargado con su propio equipaje. Nada de registros: podía haber llevado un tesoro conmigo. Luego, otro largo paseo hasta atravesar la frontera y llegar a las dependencias de inmigración y la aduana del lado vietnamita, en la ciudad de Moc Bai, cuando ya se ponía el sol. Y más allá otro portal y un mundo completamente diferente.

Del otro lado, la sensación de confianza era inmediata. La carretera vietnamita estaba bien asfaltada y las casas estaban en mejor estado, además de ser más grandes. Había mejor iluminación, más actividad y, a la postre, como un aullido de esperanza, una gran riada de motocicletas y ciclomotores, como si el autobús de pronto llevase una escolta a todo zumbiar, deprisa, en zigzag. Nadie llevaba casco. Las motos iban trazando eses de un lado a otro de la carretera, hasta ocho juntas y en paralelo, con escasos centímetros de separación entre una y otra. La aplastante densidad del flujo de motos parecía que arrastrase nuestro pequeño autobús hacia el centro de la ciudad. A lo largo de la hora que nos costó llegar al centro de Saigón, la ininterrumpida sucesión de tiendas, mercados y fábricas me obligó a dar la razón a muchos tailandeses que me habían dicho: «Estamos preocupados por que los vietnamitas se lleven nuestros negocios».

Al ser éste un viaje de naturaleza sentimental, y también por tener puntos de referencia, pedí que me llevaran a un determinado lugar cercano al río Saigón. Una vez allí fui caminando en dirección oeste, hacia un barrio que me resultó familiar: el hotel Continental, el Rex, el Caravelle, un pequeño parque y la oficina central de correos.

Lo que recordaba del Saigón de 1973 eran las calles vacías en las que se acumulaba la basura, las fachadas coloniales de la oficina de correos y el ayuntamiento de aspecto francés, el ladrillo rosáceo de la catedral de Notre Dame con sus torres gemelas, rematada en sendas agujas, algunas personas en bicicleta y, por la noche, las calles del todo desiertas, excepción hecha de

unas cuantas prostitutas optimistas que se demoraban bajo el alumbrado público en los bordillos rotos de las esquinas. Además de eso, el miedo a la guerra, el cansancio de la guerra, que apestaba en el aire renegrido por el humo.

Aquello era todo lo contrario: hordas de gente y el bramar del tráfico a las diez de la noche. Una de las primeras cosas que vi fue una gran cantidad de gente en la acera, padres y niños pequeños con las caras deslumbrantes, haciendo cola para entrar en Candyland, un resplandeciente escaparate lleno de todo tipo de productos, en unos grandes almacenes; niños disfrazados de duendes, chucherías, música, mamás felices, padres sonrientes que no paraban de hablar con sus teléfonos móviles. Todo el mundo iba bien vestido. Si existe una imagen contraria en todo a la guerra de Vietnam —o a cualquier guerra— era precisamente aquélla: paz, prosperidad, rejuvenecimiento.

Camboya era ya un polvoriento recuerdo de caos apagado y, al contrario que los camboyanos, que habían sido un poco pesados y con cierta tendencia a importunar, los vietnamitas eran indiferentes a mi presencia. Tenían otras cosas que hacer.

Ésa fue mi primera impresión. Pero la noche siguiente, cuando paseaba de vuelta al hotel por una calle animada, un joven en moto frenó cerca de mí.

—Señor —me dijo—, ¿quiere masaje? ¿Quiere chica? ¿Chica guapa? —y entonces supe que había cosas que no habían cambiado.

Después de aquello, muchos chulos en moto me ofrecieron mujeres y masajes. Parecían ansiosos por llevarme a que me masajearan, o quizá a que me atracaran.

Saigón, revitalizada, febril, sin belleza, pero con energía, era una ciudad impulsada por el trabajo, el dinero y la gente joven; un lugar de oportunidades, grande, brillante y ruidoso, aunque ordenado de un modo extraño. Yo la había visto antes bajo una luna adversa; bien podía decir que había renacido. Puede que lo mejor del nuevo Vietnam sea su compasión, su ausencia de maldad o reproches. Culpar, quejarse y buscar compasión son actitudes consideradas signos de debilidad en la cultura vietnamita: la venganza es una pérdida de tiempo. Ganaron su guerra contra nosotros por ser tenaces, por estar unidos y por ser gente de recursos, y justo así estaban construyendo su economía.

Eran patentes los efectos del pensamiento positivo que impregna su filosofía de trabajo y su visión de futuro. Siendo en teoría budistas, los vietnamitas no parecían más religiosos que los demás pueblos que vi, pero eran prácticos,

eficientes y trabajaban bien juntos. Al viajar por todo el país y presentarme en todo momento como norteamericano (es habitual que los vietnamitas a uno le pregunten por su nacionalidad), no me encontré con nadie que me dijera: «Mira lo que nos hicisteis». Con eso y con todo, las heridas de la guerra eran visibles por todas partes: las minas esparcidas por la jungla, los cráteres abiertos por bombas, los mutilados que cojeaban por las calles y las miles de víctimas del cáncer que morían en silencio, en los pueblos y en los hospitales, envenenadas por los millones de litros de Agente Naranja que se habían rociado sobre sus árboles y sobre ellos mismos.

Los vietnamitas de mayor edad lo recordaban todo. Quise conocer a uno y lo logré. Un día, caminando por la ciudad con aspecto conspicuo —un norteamericano que paseaba con toda tranquilidad entre vietnamitas presurosos—, me encontré con un hombre de cabellos grises que me saludó con un «hola».

—¿Adónde va? —preguntó. Era vietnamita, pero hablaba con marcado acento norteamericano. Robusto, directo, despreocupadamente brusco, me dijo que tenía una moto y me preguntó si quería que me llevara a alguna parte.

Le dije que quería encontrar el bar donde servían «cerveza fresca».

—¿No quiere ver el museo de la guerra y todo lo demás?

—En otro momento.

No se lo dije, pero como me pareció de mi edad quise oír su historia. Me llevó a Trung Tam Bia Tuoi, un bar en un edificio que parecía un barracón, en el interior de un recinto vallado, donde tomamos cerveza y comimos rollitos de primavera hasta que apenas podía mantenerme en pie.

No me dijo su nombre vietnamita. Me dijo que todo el mundo le conocía por Omar, un nombre que él se había puesto «por Omar Sharif, en *Doctor Zhivago*, que tenía una esposa y una novia».

—Y yo también —me dijo—. Tres novias tengo: una de cuarenta y cuatro, otra de treinta y uno y otra de veintiuno. ¿Y sabe cómo lo hago?

Yo no le había preguntado nada.

—El diamante azul, ¿sabe? ¡Viagra!

—¿Combatió usted en la guerra?

—Sí. Con los norteamericanos. Fui infante de marina. Del noveno de infantería, en el Delta. Luego me destinaron a Danang.

—Yo estuve en Danang después de la retirada. Un lugar espeluznante.

—Como si no lo supiera... —dijo Omar—. Cuando cayó Saigón me

arrestaron y me metieron en la cárcel. Mi hija enfermó de cáncer por culpa del Agente Naranja. Quise irme a Estados Unidos, pero en la embajada me dijeron que no había estado en la cárcel suficiente tiempo, sólo unos meses. Mi cuñado estuvo en la cárcel de 1975 a 1984.

—¿Qué le pasó?

—Los norteamericanos se cuidan de los que son como él. Mantienen su promesa, dicen «okay» y le dan visado. Está en Houston. Tengo un primo en Portland. Otro en L. A. Tengo cuarenta y siete familiares en Estados Unidos. Pero yo no he ido. Y ahora ya soy demasiado viejo.

—¿Por qué le metieron en la cárcel?

—Me echaron el guante porque había sido soldado norteamericano. Me destinaron a un campo cerca de la frontera con Camboya. Menuda mierda. Trabajábamos todo el día y estudiábamos toda la noche —y empezó a canturrear—. Lenin, Marx, Ho Chi Minh; Lenin, Marx, Ho Chi Minh.

Asentía con la cabeza al cantar, con un vaso grande de cerveza en una mano y un rollito de primavera en la otra.

—Decían: «Tienes el cerebro bien jodido, muchacho. Ven con nosotros. Te lo vamos a arreglar».

—¿Así que le reeducaron?

—Si lo quiere llamar así... —estaba achispado y se reía—. Uno se cree que va a pasar allí unos cuantos días, que luego son semanas. Luego son meses. Para algunos son años. Mi cuñado trabajó para la CIA. Por eso le cayeron nueve años.

Todo aquello fue tras la caída de Saigón, dijo, cuando la embajada fue abandonada y los últimos norteamericanos se marcharon en los helicópteros con mucha gente agarrada a duras penas a los patines de aterrizaje.

—Se enteraron de quién era —dijo refiriéndose a los Vietcong que habían ocupado la ciudad—. Me dijeron: «Para ti la cárcel, muchacho». Fue como en *Río sin retorno*. ¿Conoce la película? Muy buena... Gary Cooper... o John Wayne.

En realidad, ninguno de los dos. Lo comprobé después: la película está protagonizada por Robert Mitchum y Marilyn Monroe. Es extraño que un mujeriego confeso como Omar olvidara a Marilyn.

Aún quedaban algunos en la cárcel, dijo. Había empezado a pasear la mirada por la gran cervecería, donde tenían puesta la música alta, en un televisor daban sin cesar vídeos musicales y los clientes trasegaban cerveza y

fumaban.

—Pero esto no es como Camboya. En Camboya a cualquiera lo mataban en la cárcel. Aquí nos hacían trabajar y estudiar política. Pero no nos mataban.

Se tornó cauteloso, demasiado confidencial, como suelen hacer los borrachos, pero siempre de manera llamativa, hablando en susurros, pero con pompa y teatralidad, poniendo una cara ridícula cuando creen que están siendo la discreción en persona.

—Vámonos. Tengo que andar con cuidado —señaló con la cabeza al camarero, que estaba limpiando ceniceros—. Hasta las paredes tienen oídos.

Ahora estaba bastante más borracho; al igual que tantos borrachos, se tornó algo ofensivo, aunque en plan de compañerismo, y me dio la brasa para que me tomara otra cerveza y fuera con él a Cholon a buscar chicas. También despotricó a propósito de George W. Bush, que había visitado poco antes Vietnam con la secretaria de Estado, Condoleezza Rice.

—¡Es su novia! ¡Lo sé! ¡Estoy seguro: conozco a las mujeres!

Entretanto, en el bar se había armado una algarabía constante y se había llenado de clientes. Para completar el cuadro de desorden, en el televisor aparecieron las imágenes de un tifón que había arrasado las costas de Filipinas, dejando un millar de muertos, y que se acercaba hacia Vietnam.

Al día siguiente Omar estuvo más tranquilo, aunque siguió exagerando y aludiendo, con expresiones faciales dramáticas, a las siniestras mañas del actual gobierno vietnamita. Era bastante peculiar en esto. La mayoría de los vietnamitas se encogían de hombros cuando oían hablar de filosofía política y preferían seguir sin más con sus quehaceres.

Estando a la entrada de una pequeña tienda de antigüedades, pregunté a la mujer que me estaba enseñando una talla qué pensaba del gobierno.

—¡Política! —dijo Omar—. ¡No diga nada! ¡Hasta las paredes tienen oídos!

Lo dijo tan alto que lo oyeron, seguro, en la manzana de al lado.

De camino al Museo de Reliquias de la Guerra (por iniciativa mía; él dijo que aquello era «nada más que propaganda»), me contó que había nacido en Hanói y que le llevaron al sur siendo niño porque su padre había sido soldado en el ejército francés. Pasamos volando por el consulado americano, donde una gran masa de vietnamitas hacía cola para conseguir visados de entrada en Estados Unidos. Allí cerca había un monumento dedicado a la memoria de 168 soldados del Vietcong muertos en aquel lugar en una escaramuza en enero de

1968.

—Ahora todo el mundo debe respetarlos por ser héroes —dijo Omar—. Eso es lo que dice en el monumento.

—¿Puede decirme lo que pone exactamente?

—No podemos pararnos aquí. Hay policías por todas partes. Me pedirán la documentación si le ven apuntando cosas en el cuaderno.

Esa actitud era habitual: los vietnamitas de la edad de Omar eran un poco paranoicos y celosos. Los más jóvenes desconocían las fechas y los nombres, no les interesaba nada de aquello.

El Museo de Reliquias de la Guerra era una historia visual del camino recorrido por Vietnam en pos de su independencia, un camino sembrado de sangre, cadáveres y minas, que abarca la mayor parte del siglo XX y que empezó con la guerra contra Francia. Ho Chi Minh escribió que «Vietnam tiene derecho a disfrutar de su libertad e independencia». Esto mismo fue lo que gritó también a las enfervorizadas masas que se congregaron en la plaza de Ba Dinh en 1945. Este acto de rebeldía bastó para que los franceses engrasaran la guillotina (expuesta también en el museo), aunque en menos de diez años el ejército francés fue humillado y destruido en Dien Bien Phu. Y luego nos tocó el turno a nosotros.

Esta espantosa descripción gráfica de las torturas, las masacres, los bombardeos masivos, los herbicidas, los defoliantes, las dioxinas con que se fumigó desde los aviones, los soldados del Vietcong arrojados a la fuerza desde los helicópteros o arrastrados hasta morir, los asesinatos de civiles y los camiones cisterna conducidos por sonrientes soldados norteamericanos con un cartel donde se podía leer *The Purple People Eater...*^[13] Esta galería de los horrores, de espantosas condenas en forma de fotografía, expuesta a lo largo de diez salas, era aún más impactante por ser en su mayoría obra de fotógrafos norteamericanos y extranjeros. Estos profesionales —Larry Burrows, Robert Ellison, Sean Flynn, Oliver Noonan, Kyoishi Sawada y Henri Huet, entre otros— lograron fotografías mucho más escalofriantes que los fotógrafos oficiales vietnamitas. En sus fotografías los soldados del ejército estadounidense aparecían aislados, atormentados o heridos en acciones de retaguardia, mientras que los fotógrafos del Vietcong quisieron mostrar grupos de soldados con la moral alta, en maniobras, hombres de equipo, pocos individuos.

Varias de las salas del museo estaban dedicadas a las manifestaciones de protesta contra la guerra de Vietnam, no sólo en Estados Unidos (incluido el tiroteo de Kent State), sino también en Gran Bretaña, Holanda, Alemania Occidental, Suecia y otros lugares.

—Ya se lo dije. Pura propaganda —dijo Omar.

Señalé una fotografía y dije:

—Ése soy yo.

No era yo, pero podría haberlo sido: los mismos pelos de loco, las mismas gafas con montura de pasta, la misma cara pálida de frío con la que yo, y algunos cientos más, nos manifestamos bajo la lluvia frente a la Casa Blanca. En mi memoria se formó el recuerdo de una escena vívida y frustrante.

Estás perdiendo el tiempo, me decía mi avergonzado hermano mayor. *Deberías haberte quedado en Amherst.*

¿Has oído lo que acaba de decir Paul?, gritó su mujer, burlándose con cara de halcón, tras lo cual se echó a reír a voz en cuello, no sin antes haberme oído citar un verso del libro de poemas de Ho Chi Minh, *Diario de la prisión*: «El poeta debe saber también encabezar un ataque».

En aquella Norteamérica de principios y mediados de los sesenta, estar en contra de la guerra era considerado traición. Pero aquella época tenía su crónica en detalle, y con agradecimiento, en el Museo de Reliquias de la Guerra. Me agradó estar en aquella sala que conmemoraba el recuerdo de los manifestantes, de los que portaban pancartas, de los que gritaron y cantaron ante la fuerza policial para decir alto y claro que aquella guerra no era sino la masacre de vietnamitas y el envío de soldados norteamericanos a una muerte segura. Me recordó que, en respuesta a todo aquello, me enrolé en el Peace Corps y fui a África como profesor. No tenía nada de qué arrepentirme.

—Vamos a tomar una cerveza —dijo Omar—. Es usted un tipo raro, ¿lo sabe? —me confesó en el garito al que fuimos.

—Explíqueme por qué.

—En el museo ha estado todo el rato apuntando cosas en su cuaderno.

—¿Y qué?

—¿Le parece que a la gente de aquí les interesa todo eso? —dijo riendo—. Pues no, señor. Nadie quiere oír hablar del tema.

Bebió otro trago y se quedó mirando el vaso vacío como si hubiera una araña en el fondo.

—Quizá por eso me cae usted bien. Fue terrible, se lo aseguro. Terrible.

Me dijo que ya era demasiado viejo para irse de allí. No quise recordarle que al final todo había salido bien.

—He leído en algún sitio que se lanzaron siete millones de toneladas de bombas sobre Vietnam—dije.

—Fue terrible—repitió, pero seguía mirando el fondo del vaso—. Podría irme a Bangkok. Podría vivir allí. Pero sería como en *Río sin retorno*.

Envejecía en un país en el que los jóvenes no guardaban memoria de la guerra, ni amargura, ni memoria histórica, y en el que esos jóvenes eran la fuerza que hacía avanzar el país. Omar tenía razón. Los visitantes de los museos de la guerra (había otro, el museo municipal, en el que se exponía la caída de la ciudad) eran en su mayoría extranjeros, no vietnamitas. Omar, como muchos otros de su edad, había sido consumido por el esfuerzo de guerra norteamericano, y también por el francés, aún antes, al servicio del cual estuvo su padre. Y mientras él pensaba en la derrota y la traición, los jóvenes pensaban en el futuro.

En las fotografías era bastante fácil ver que uno de los objetivos de los generales norteamericanos fue arrasar Vietnam, quemarlo hasta los cimientos para obligar al Vietcong a salir del país: la furia, el afán de venganza, la desesperación, la irracionalidad, el nihilismo que se adueña del guerrero desmoralizado cuando comprende que no hay salida. Y fracasamos.

Los vietnamitas tienen una especial forma de cobrarse venganza: han optado por el capitalismo más salvaje, egoísta y oportunista de todos los que existen. Violaciones de derechos de autor, Mickey Mouse pirateados, Rolex falsos, ropa de marca de imitación, libros, música y películas pirateados: todo estaba a la venta, como también lo estaba la imitación y la fabricación al por mayor de prácticamente todo lo que alguna vez nosotros hemos intentado hacer. Es una asombrosa paradoja que, después de fracasar en nuestros intentos por destruir sus sueños de lograr un paraíso socialista, de dividirlos y arruinarlos en aras de nuestros propios intereses, ellos se hayan levantado—a despecho de todos nuestros intentos por destruirlos— y se hayan convertido en emprendedores hombres de negocios. Saigón era un bazar gigantesco de capitalismo implacable, de negocios frenéticos. Nos ganan en nuestro propio juego.

Fui a Cholon sólo a echar un vistazo. Y otro día comí en el hotel Continental, donde estaba la «plataforma continental», la galería porticada en que me emborraché antes de la caída de Saigón, viendo cómo el humo se

elevaba en los alrededores de la ciudad. El establecimiento había cerrado y en su lugar había ahora un restaurante italiano.

El Vietnam que vi en 1973 ya no existía. Y para casi todos los jóvenes del sur la guerra no era siquiera un recuerdo. Uno de los motivos es que en todos los años de la guerra, desde nuestra primera intervención como asesores militares (en 1961) hasta la caída de Saigón (en 1975), no levantamos ni una sola estructura permanente. Los franceses han dejado algunas elegantes iglesias, escuelas coloniales, preciosas mansiones y grandes edificios municipales. Pero tras catorce años y mil millones de dólares malgastados, Estados Unidos no ha dejado ni un edificio utilizable. Al margen de las minas, los cráteres abiertos por las bombas y los mutilados, era como si nunca hubiéramos estado allí.

Una mañana en Saigón, después de desayunar, leí una sección en un periódico (en inglés), el *Vietnam News*, que se titulaba «Tal día como hoy». «En 1976, el ferrocarril transvietnamita se reinaugura oficialmente tras treinta años de división en el país. La construcción de los mil setecientos kilómetros de vía férrea se completó en 1936».

En 1973 fui en tren al norte y llegué hasta donde pude, aunque algunos tramos habían sido reventados por los bombardeos. Llegué al final de la línea, en la sombría y sitiada ciudad de Hue, cercana a la costa. Más allá sólo estaban destacadas algunas unidades de artillería y la zona desmilitarizada, la zona donde no se podía ni poner el pie.

Después de desayunar compré dos billetes. Me ayudó el señor Lien, que hablaba bien inglés. Nació en 1973, en noviembre, justo el mes en el que estuve allí. Era inteligente, eficaz, optimista y divertido. Ni pizca de resentimiento. Uno de los billetes era para el coche cama hasta Hue, donde ya había estado. El otro, de Hue a Hanói, donde nunca había estado.

25. Tren nocturno a Hue

La noticia de la semana había sido el tifón, una ominosa mancha en el mapa del tiempo, cuatro días antes, que por fin azotó Vietnam el día en que me fui. La densa lluvia caía sesgada formando relucientes ráfagas sobre el desgarnecido andén de la estación de Saigón, repicando sobre el viejo cemento ennegrecido y empapando los puestos de comida instalados para surtir a los viajeros. Pero yo sonreía. Nada como un tiempo de perros para convertir una simple partida en algo memorable y espectacular.

A pesar del viento racheado, de la lluvia y de los charcos rebosantes, la estación estaba en orden. En los puestos se podía comprar arroz, pollo, empanadillas y salchichas, fruta, agua mineral, galletas y cerveza. Compré una bolsa de comida y reparé en que había ocho periódicos diarios en vietnamita. También reparé en que apenas había presencia policial, ni registro de equipajes, ni ningún tipo de retrasos ni molestias, ni la menor intrusión en la soledad y privacidad del viajero. Mi revisora era una educada y atractiva mujer de unos treinta años, con un elegante uniforme azul. Toda esa prosperidad, toda esa eficacia, todo ese orden que los vietnamitas han conseguido introducir tras décadas de guerra, y a pesar de nosotros, es mérito de ellos; no podríamos atribuirnoslo.

Para un norteamericano, viajar por Vietnam es una cura de humildad. Han perdido dos millones de civiles y un millón de soldados. Nosotros perdimos más de cincuenta y ocho mil hombres y mujeres. No hablan de aquello en plan personal, ni tampoco cargan a nadie la culpa. «No fuisteis vosotros —dicen—, fue vuestro gobierno».

En mi compartimento del coche cama había dos veinteañeros conversando: el señor Pham Van Hai se despedía de su mujer. Estaban sentados en la litera de ella, frente a la mía, haciendo manitas.

—Se bajará en Qui Nhon —dijo el señor Pham—. Yo no voy con ella. Va a

visitar a su familia.

Vi en el mapa que Qui Nhon estaba a mitad de camino. Era la capital de la provincia de Binh Dinh, donde en el pasado hubo encarnizados combates. Pero el señor Pham no dijo nada de aquello. Dijo que se había criado allí y que, al no haber muchas oportunidades en Qui Nhon, su mujer y él se habían marchado para buscar trabajo.

—Por eso vinimos a Saigón.

Nadie utilizaba el nombre de Ho Chi Minh para referirse a la ciudad. El señor Pham se dedicaba a las inversiones inmobiliarias, dijo.

—Tenemos mucho trabajo. Todo el mundo busca casas.

—Es una ciudad bulliciosa.

El señor Pham se encogió de hombros.

—Saigón no es una ciudad bonita. Pero terminará siéndolo. He estado en Singapur y en Bangkok. Necesitamos más capital extranjero, como ellos. Más empresas que se establezcan aquí. Haremos que se convierta en una ciudad bonita.

El mercado inmobiliario estaba en expansión, me dijo. Los bloques de apartamentos estaban en alza para atender la demanda existente de nuevas viviendas. Lo sabía porque también estaba metido en constructoras. Mientras hablaba, su mujer le escuchaba plácidamente. Era alta y esbelta. Tenía un aire atlético, vestida con un chándal en el que se leía *Gymnast*.

—Le deseo un buen viaje —me dijo el señor Pham dándome su tarjeta de visita. Se bajó del tren cuando sonó el silbato. Ésa es sin duda una de las rarezas que tiene viajar en tren tanto allí como en cualquier otro lugar: el esposo que deja a su joven esposa y a un extranjero desconocido juntos en un pequeño compartimento. Él dice adiós con la mano mientras ellos se sientan en sus literas. La mujer bonita y el velludo forastero están a punto de pasar doce horas juntos en amistosa proximidad, traqueteando el uno al lado del otro. Sin embargo, el señor Pham no parecía preocupado.

Ella se llamaba Phuong. Era joven, tímida y muy dulce. Más tarde me dijo encantada que estaba embarazada de un mes y que se dirigía a casa para compartir con su familia la buena noticia. Hizo la cama mientras el tren dejaba atrás las afueras de Saigón. Se durmió mientras yo observaba el final de la ciudad deslizarse por la ventanilla. Los bloques de apartamentos se convirtieron en bungalows y éstos dejaron paso a las cabañas, los canales y los arrozales. Seguía lloviendo y Phuong dormía con los labios algo

entreabiertos y esa atractiva palidez, ese color de la cera que ilumina el rostro de quien duerme profundamente. Me esforcé en mirar la ventana.

Todo era apacible: los prados verdes, los niños que jugaban entre los árboles frutales, las pequeñas estaciones con techos de tejas rojas, los pantanos y maizales, los cerdos que hozaban en tierra, las gallinas que se pavoneaban en los huertos. Yo iba meditando. Aquello era idílico.

Recordaba Saigón tensa y desierta, el campo gris y lleno de trincheras y fortificaciones; muy pocos campesinos sembraban nada entonces, y grandes parcelas de todo el país eran de acceso restringido. En mi memoria, Vietnam era muy oscuro, como si existiera en una penumbra de terror, un mar de minas que era impensable franquear, a la vez que muchos de los puentes estaban provistos de bombas listas para ser detonadas por control remoto.

Aquel mundo sombrío no era producto de mi imaginación. La guerra —con sus apañes y urgencias— había convertido todo el sur en un mar de barro y carreteras destruidas por el paso de los camiones pesados y los tanques. Debido a los implacables defoliantes químicos que vertimos en cantidades inmensas, los árboles no eran ni muy viejos ni muy grandes.

Pasamos Bien Hoa, donde ya había estado, y luego durante varias horas, sólo el campo abierto. Ese paisaje anchuroso y muy verde es el verdadero Vietnam. Saigón es excepcional por su alta densidad de población, por su tamaño y por sus cacofonías. El resto del país son los bananos y los búfalos, los agricultores que se afanan encorvados en sus arrozales.

Estaba leyendo una novela titulada *El dolor de la guerra*, del vietnamita Bao Ninh, que fue soldado. La acción de la novela se desarrolla en un distrito llamado «la jungla de las almas que gritan», cerca de Kontum, un poco más al noreste del lugar al que se dirigía Phuong. La novela es una historia de amor, pero también trataba sobre una batalla: era la historia de los diez únicos supervivientes (Bao Ninh fue uno de ellos) de una brigada de quinientos soldados que fue masacrada poco antes de la caída de Saigón, en 1974. Dicho de otro modo, una batalla que tuvo lugar poco después de que yo estuviera allí.

Phuong se despertó, bostezó y me vio leyendo. Dijo que no conocía el libro. Dijo además, como si se justificara, que no se encontraba bien debido al embarazo, que era también la razón por la que volvía a casa.

—Mi familia me cuidará.

—¿Qué tipo de trabajo haces en Saigón?

—Soy inspectora en una fábrica —dijo—. Fabricamos zapatos de piel para señora.

Dibujé la imagen de un zapato de tacón alto en una página de mi cuaderno. Lo miró y sonrió.

—¡Sí, eso es! —dijo.

Los exportaban a Europa y Estados Unidos.

Con el atrevimiento que caracteriza al viajero en un país como aquél — nunca me hubiera atrevido a formular una pregunta así en Estados Unidos— le pregunté cuánto dinero ganaba y le pedí que me diera más detalles sobre su trabajo. Me dijo que tanto ella como sus compañeros ganaban cuatrocientos dólares al mes. ¿Sería cierto? Su marido ganaba setecientos al mes. Estas cifras eran bastante más elevadas que los salarios de trabajadores por el estilo que había conocido en Rumania o Turquía.

Después de anochecer, en Cam Ranh —donde también había estado cuando la ciudad estaba sitiada— dos hombres de unos cuarenta años ocuparon las literas de arriba. Eran obreros, ambos llevaban casco. Se quedaron en las literas hasta que la revisora del uniforme azul nos sirvió la cena. Cada uno de nosotros recibió una bandeja de plástico, una caja con arroz y bolsitas de encurtidos.

—¿Bebe? —me preguntó uno de los obreros. Me ofreció su cantimplora de vino de plátano. Era como marrón, del color del té flojo. Lo olisqueé y por pura educación tomé un sorbo. Sabía a formaldehído.

La siguiente parada era Nha Trang, en mi recuerdo no menos sitiada.

—Ésta es una ciudad turística —dijo Phuong.

Llovía a cántaros. El tifón se arremolinaba sobre nuestras cabezas y la lluvia azotaba las cabañas cercanas. Phuong corrió bajo la lluvia y volvió al compartimento con dos gruesas mazorcas de maíz hervido, una de las cuales me ofreció con su pálida mano. Sonrió y me preparó la mazorca, pelando la cáscara con sus delicados dedos.

—¿Cómo llamáis a esto?

—Palomitas —dijo.

Estuve leyendo otro poco más de *El dolor de la guerra* y luego dormité hasta despertar cuando llegó el tren a Qui Nhon, sobre la medianoche. Phuong estrechó mi mano y se bajó del tren. Un hombre voluminoso y asmático entró en el compartimento y ocupó de inmediato su litera. Se sentó bebiendo cerveza y mirándome fijamente con ojos enturbiados. Me preocupó la posibilidad de

perder el maletín, así que lo metí debajo de la almohada y dormí hasta el amanecer.

El mar picado, barrido por la tormenta, se extendía a menos de cuatro metros de las vías, que bordeaban la costa. Los últimos retazos del tifón encharcaban las playas. Me había despertado en Danang, donde también había estado tiempo atrás: otra ciudad sitiada, a la que un insolente empleado del ferrocarril me había llevado en locomotora por dirección prohibida sólo para demostrar que tenía razón. Sonriendo de una manera un poco desquiciada, me había dicho que era casi seguro que hubiera minas en las vías, pero que a pesar de todo «el Vietcong no podrá pararnos». Aquello me pareció aterrador, y era todavía un recuerdo imborrable por el miedo que pasé. Sin embargo, ahora era todo lo contrario, era casi soporífero. Pasamos junto a los palmerales de la orilla, y en la costa deformada había centros turísticos y chiringuitos en vez de nidos de ametralladoras.

Chorreaban los bananos, las dunas grises estaban empapadas, los esbeltos sampanes eran arrastrados por la fuerza del mar muy por encima de la cota de la marea alta, las ventanillas del compartimento estaban cubiertas de riachuelos de lluvia. El bebedor de cerveza había desaparecido en Danang. La revisora nos trajo a los tres que quedábamos sendos cuencos de tallarines. Pelé las mandarinas que había comprado en la estación de Saigón y las compartí con los dos obreros, que iban sentados frente a mí.

Aunque chapurreaban inglés no hablamos mucho al principio. Oanh, el más bajito y nervudo de los dos, acabó los tallarines y bebió vino de plátano en el tapón de la cantimplora. Su amigo, Thanh, me dio un buen susto cuando se arrodilló de repente y echó el cerrojo del compartimento.

—¿Por qué cierras? —le pregunté.

Thanh sonrió e hizo un gesto con el dedo en la mejilla como si dijera «yo ya sé lo que me hago». Sacó una bolsa de plástico del bolsillo del pantalón y percibí el olor afrutado de la marihuana húmeda.

Thanh enrolló una tira de papel de periódico formando un tubo tieso y estrecho de veinte centímetros de longitud. Lo relleno de hierba para terminar la clásica trompeta. Luego lo encendió, le dio una calada, inhaló y, entrecerrando los ojos, expulsó despacio el humo de sus burbujeantes pulmones. Oanh le tomó la trompeta e inspiró ruidosamente, contento. Y luego me tocó el turno a mí: una puñalada ardiendo a las siete de la mañana.

Cuando terminamos este ritual matutino, Thanh abrió la ventanilla para

eliminar las pruebas del delito y descorrió el cerrojo de la puerta.

—¿Qué era eso? —pregunté arrastrando las palabras.

—*Phien* —dijo, pronunciándolo como *fyeh*.

Los dos sonreían en silencio, con evidente contento, mientras el tren corría a lo largo de la costa, dejando atrás los arrozales arrasados por la lluvia y los prados inundados. Algunas casas estaban inundadas también, con las galerías y el primer piso bajo el agua. La carretera de la costa era una vía pública bien asfaltada, con barreras de seguridad y buen drenaje. Una carretera, en definitiva, mejor hecha que, digamos, la autopista de Kamehameha, en la costa de Oahu. No había apenas tráfico, tan sólo unos cuantos coches y un puñado de hombres con chubasqueros de plástico en unas motos que petardeaban a lo lejos. Una alegre valla publicitaria que anunciaba una marca de arroz se levantaba donde en el pasado hubo un nido de ametralladoras, en la embocadura de un puente, junto a una alcantarilla.

Las noticias del momento se centraban en la guerra de Irak, y por ello (aunque las noticias fueran deprimentes) era esperanzador ver toda aquella coherencia y serenidad: había vida después de la guerra, vida sin resentimiento, sin culpas. El pasado estaba enterrado, la gente miraba de cara al futuro.

Para aligerar mi carga de libros, me dediqué a copiar citas de la biografía de Pol Pot en mi cuaderno de notas. Al ver su retrato en la portada del libro, Oanh lo señaló.

—Pol Pot —dije.

—Hombre malo —dijo.

Habló brevemente en vietnamita con Thanh.

—Nosotros luchar —dijo este último dando golpecitos con el dedo en la cara de Pol Pot. Cogió mi bolígrafo y escribió «1976» y «1978» en el cuaderno. Me enseñó dos dedos para indicar que había pasado dos años en Camboya.

—Él también —dijo señalando a Oanh.

Con la sonrisa típica del que está colocado, Thanh me comentó, ayudándose con gestos y palabras murmuradas, que Oanh y él habían combatido en la primera ofensiva vietnamita para derrocar a Pol Pot y al gobierno del Jemer Rojo. Ésta fue la llamada guerra subsidiaria de la administración Carter, en la que nos involucramos apoyando a China y sobre todo con la esperanza de que Vietnam se debilitara.

—¿También habéis combatido aquí? ¿Vietcong?

—Sí, claro. En el sesenta y nueve, y aún después. Él también.

Su estoicismo y dureza recordaban las cualidades de los personajes descritos en la novela de Bao Ninh. Habían transportado alimentos y suministros a lo largo de la ruta Ho Chi Minh, dijeron. Ambos habían sufrido los bombardeos de los aviones norteamericanos en un lugar llamado Con Meo («la ladera del gato»). Habían combatido durante doce años, primero contra los norteamericanos, luego contra los camboyanos. Ahora eran obreros en Hanói, se dedicaban a construir edificios nuevos.

—¿Qué país tú? —me preguntó Oanh.

—América.

Se sorprendió un poco y sonrió. Me estrechó la mano. Todos nos estrechamos la mano. Igual que la noche anterior con el señor Pham, sólo hubo amabilidad en este encuentro, nada de sermones, ni malas caras, ni rencor. Casi todos los vietnamitas con los que me crucé eran así. No seguían pendientes del pasado, no murmuraban con inquina. No olvidaban, pero eran almas compasivas que seguían adelante con esperanza y con humanidad.

Kien, el protagonista de *El dolor de la guerra*, escucha a algunos soldados en Hanói hablando de una victoria en Camboya. «Pero él sabía que no era verdad que los jóvenes vietnamitas amaran la guerra. No era verdad en absoluto. Si llegara la guerra, lucharían, lucharían con valor, cómo no. Pero no por eso les gustaba la lucha. No. Los que amaban la guerra no eran los jóvenes, sino los otros, los políticos.»

El tren llegaba a Hue. La última vez que estuve allí, la ciudad estaba invadida por soldados norteamericanos tan coléricos como atemorizados, con pinta de haber salido del infierno. Barro, ruina y fuego: la ciudad, apestosa, se extinguía. El infierno de la guerra que no era esta vez una vacua metáfora, sino el infierno real.

Recordaba Hue como una ciudad aplastada, arrasada por la guerra y casi desierta, llena de calles embarradas y casas cerradas. Había un hotel llamado Morin Brothers, luces débiles, patrullas del ejército de Vietnam del Sur en todoterrenos que avanzaban sobre carreteras agujereadas como coladores. Los proxenetas prometían el éxtasis en cruceros de drogas y putas por el río Perfume en pequeños barcos iluminados por linternas colgantes. Todo lo que quedaba eran prostitutas y soldados en aquella ciudad hecha pedazos tras la

ofensiva del Tet, de 1968, cuando el Vietcong logró mantener el control de la ciudadela de Hue durante veinticuatro días, haciendo ondear su bandera. Y allí seguía ondeando, en una ciudadela reconstruida con su palacio real: la Ciudad Púrpura Prohibida, nombre que entonces había sido mera hipérbole y ahora era una realidad.

Me volví a alojar en el Morin, junto al río, aunque era un lugar reencarnado. Toda la ciudad había sido restaurada y ensanchada: los edificios municipales, las iglesias y las escuelas construidos por los franceses, la *chinoiserie* de la otra orilla, las barriadas llenas de pequeños comercios, los bungalows con jardines vallados y patios, las estrechas callejas, los bares y pequeños restaurantes. El alquiler de *rickshaws* había revivido, los llamados *cyclos*, y también su cantinela habitual: «¿Masaje, señor? ¿Quiere una chica? ¡Chica guapa! ¡Yo llevar!».

Lo que más me cautivó de Hue no era su conexión con la monarquía, ni su prepotencia indochina, ni sus templos, sino más bien sus cocinas a la vista y la manera en la que —debido al calor, pero también por tratarse de una ciudad tranquila— se veía a la gente, mujeres por lo general, que cocinaban la cena (los tallarines en una olla, o la carne en la parrilla, o las empanadillas en el wok), y a las familias sentadas a cenar en taburetes bajos. Nada demuestra la placidez de un lugar mejor que ver a la gente sin prisa, comiendo en abundancia: la vida doméstica que se vive en parte de puertas afuera, las mujeres de cierta edad y los niños pequeños sentados en los umbrales, mirando la lluvia caer.

Apenas había diferencias entre una cocina privada y un restaurante público. El porche de la casa servía para ambas funciones: la mujer que echaba los tallarines en la sopera con verduras, cotorreaba con sus amigas, cuidaba de sus hijos y servía a los clientes al mismo tiempo.

Recordando la ansiedad que allí me había atenazado durante la guerra, cuando nunca iba a pie a ninguna parte, pues me llevaban en coche a toda prisa de un lugar a otro, fui caminando al otro lado del río, a la orilla norte y al mercado de Dong Ba, para admirar las grandes pirámides de fruta y verduras, las torres de ollas y sartenes, los puestos de té, los cortes de pez gato, anguila y atún, el bazar de las especias, los quioscos de hierbas medicinales, los estantes con vino de serpiente (cada una de las botellas con una cobra enroscada dentro), la ropa a montones. Fuera, donde el mercado daba al río, una grácil joven con un sombrero de paja de forma cónica impulsaba un

sampán con la pértiga desde la popa, como un gondolero. En el terraplén de la orilla una mujer hacía la colada. Algunos hombres cargaban fardos en una barcaza, y había familias acomodándose en los barcos para hacer el largo recorrido de regreso a sus pueblos de origen. Los barcos se movían por el río como los zapateros, pasando la vieja fábrica de cerveza, los templos que se caían a trozos, los montones de bambúes apilados en las orillas, las casas barco abarloadas en grupo hasta formar una aldea flotante.

Todo aquello representaba la vitalidad, la riqueza y el colorido de la antigua Asia. Pero junto al vino de serpiente, el cuerno pulverizado como afrodisíaco y los perfumados bloques de té, estaba la ingeniosa piratería de la nueva Asia: Nikes piratas, relojes Tag Heuer falsos por quince dólares, polos Lacoste, mecheros Zippo y montañas de discos pirateados. Y quizá también haya una nueva y molesta Asia en la manera en que los vendedores vietnamitas fastidiaban al transeúnte, gritando a voz en cuello «¡Compra, cómpralo!», del mismo modo que los conductores de *cyclos* aullaban «¡Masaje, chicas!». Resultaban una auténtica pesadez, unos pelmazos, pero... ¿quién podría culparles por ello?

—Yo trabajé para los norteamericanos —me dijo un viejo vendedor ambulante.

—Yo fui soldado de los norteamericanos —me dijo en otro momento el conductor de un *cyclo*. Esto es algo que oí muy a menudo en Hue.

En una calle apartada me paré a descansar en una tienda con el porche abierto, resguardándome de la lluvia en un taburete. Una mujer apareció con un cuenco de sopa de pescado y un plato de huevos de codorniz cocidos. Me tomé el té y poco después su hija adolescente volvió del colegio y me tradujo sus preguntas. ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? ¿Me había gustado la sopa de pescado? (la hija la llamó *banh canh ca loc*) ¿De dónde era?

—Oh, sí. América. ¡Bienvenido! ¡Tome un poco más de sopa de pescado!

En Hue hubo una cosa que me sorprendió por encima de todo lo demás. Hasta el momento no me había acordado de la desolación, la aprensión y las rarezas de la guerra: un minuto de frenesí y el aburrimiento al minuto siguiente, la burocracia y las embarazosas formalidades, el suspense que también forma parte del terror. La diferencia con lo que veía era tan grande que se borró casi del todo ese recuerdo.

Había sido consciente de ese detalle desde que entré en el país, aunque no me di cuenta ni lo consigné en mis notas. Me refiero a la ropa de la gente: la

blancura de los vestidos blancos, los cuellos almidonados, los decorosos *ao dais*, los hombres en mangas de camisa o con traje, la delicadeza de los conjuntos de los niños —no por nuevos, sino por lo limpios que estaban—, una fresca y elegante población que hablaba con confianza en sí misma y con respeto por los demás. Hasta en los distritos más enfangados de Hue, todos vestían ropas recién lavadas.

Todo esto era nuevo para mí. La Hue de los tiempos de paz no se parecía en nada a la Hue de la guerra. Los nidos de ametralladoras del Vietcong y los fortines de la ciudad vieja parecían más bien disparates anticuados, y no restos reales de la guerra. Con la sola excepción de la ciudadela, se trataba más de una reencarnación que de una reconstrucción o rehabilitación. Hue, como tantas otras cosas en Vietnam, era una ciudad que había resurgido por entero de las cenizas de la guerra.

—Tienes que probar la sopa de anguila —me dijo un hombre al que había elogiado por su sopa de pescado.

Buscando la sopa de anguila encontré al señor Son, cuya tienda, en una esquina en la parte sudeste de la ciudad, era también una de esas cocinas abiertas que podría haber sido una cocina familiar, ya que contaba sólo con dos mesas y algunos taburetes. En un cartel escrito a mano se podía leer «Chao Luon»: sopa de anguila. Yo era el único cliente. También servía cerveza, whisky, carne en conserva y tallarines secos. Su mujer era lavandera. Tenía sopa de pescado, pero no de anguila.

—El negocio está flojo —dijo el señor Son—. Si vienen más clientes, me agenciaré una mesa más.

—Habla bien el inglés.

—Trabajé para el ejército norteamericano. Ésa es la razón.

—¿En qué años?

—Los peores años. Desde el sesenta y ocho hasta que se fueron. Fui cocinero en el campamento Eagle. Primera aerotransportada.

Me explicó que aquel campamento estuvo a unos quince kilómetros de Hue. Las tropas norteamericanas se emplazaron fuera de la ciudad.

Cuando terminé de comer me dijo que si volvía al día siguiente tendría sopa de anguila para mí. Nada menos que la receta de su abuela.

El señor Son me esperaba a la noche siguiente. Estaba impaciente por hablar con él: era de mi edad, hablaba bien inglés y había estado en Hue cuando yo visité la ciudad por primera vez, en aquel angustiado y excitante

período entre la retirada, en 1972, y la caída de Saigón, tres años después.

Volví a ser el único cliente. Me bebí una cerveza y el señor Son se sentó conmigo, me trajo la sopa de anguila y me detalló la receta de su abuela. Había sido cocinera en el palacio real desde 1917 en adelante, cuando reinaban los emperadores de la dinastía Nguyen.

Ésta es la sopa de anguila de *madame* Son: en una olla grande se hierven a fuego lento varios huesos de cerdo y verduras durante cinco horas. Colar y reservar el caldo. Saltear cebolla y ajos en otra olla grande. Añadir delicadas setas, pimientos, especias (cardamomo y anís), judías verdes y judías blancas y anguila troceada. Añadir el caldo reservado. Poner a punto de ebullición y cocer a fuego lento durante otra hora.

Hablamos de la guerra mientras cenaba. Me dijo que era raro que nadie la mencionara ya. Muchos eran demasiado jóvenes para acordarse, e incluso nacieron cuando ya todo había terminado. La guerra, me dijo, fue un tiempo de desdichas, pero él había aprendido a cocinar y había disfrutado de su trabajo.

—Me caían bien los norteamericanos —dijo—. Conmigo se portaron bien.

Había empezado desde abajo en la cocina, con un salario de treinta dólares al mes; en realidad, trescientos dólares de los que puso en circulación el propio ejército en Vietnam, que imprimía su dinero.

—Al principio, como sabía escribir inglés, hacía listas. Judías, pan, carne, harina... Y también preparaba algunos platos fáciles. Los espaguetis son fáciles. Las hamburguesas también. Los hombres se lo comían todo.

Tomó té mientras yo me tomaba la sopa de anguila, que era especiada, un punto picante y densa por las judías y la anguila troceada.

—Muchos de esos hombres murieron —dijo—. Y muchos de mis amigos también murieron.

—¿Qué pensaba entonces? —le pregunté.

—Fue terrible —hizo una mueca—. Y no había nada aquí, en Hue. ¡Nada! Sólo problemas. Ni un alma. Combates de vez en cuando. Y bombas.

—Los soldados norteamericanos ya se habían ido cuando yo llegué aquí.

—Se acababan de ir —dijo sonriendo, pero no con alegría, sino con el horror del recuerdo—. Eso fue en el setenta y dos, cuando dejé de trabajar. No sabía qué hacer. Nos limitamos a esperar. Y luego vino el Vietcong.

—¿Dónde estaba entonces?

—Aquí, pero no me quedé. Huí. Tenía una motocicleta y me escondí en el campo. Destruyeron mi casa en la ciudad. No había ni rastro de mí en los

archivos. Nadie sabía qué había estado haciendo. Cuando volví a Hue me encontraron los soldados.

—¿Pasó miedo?

—Sí. Les dije que quería la paz, que me gustaba la paz. Y era verdad.

—¿No pasó tiempo en la cárcel?

—No, no estuve en la cárcel.

Se levantó y abrió otra botella de cerveza para mí.

—Los años siguientes fueron muy malos —dijo sentándose de nuevo en su taburete—. Desde el setenta y cinco hasta el setenta y ocho apenas tuvimos nada que comer, ni dinero, ni ropa, ni nada. Aquello fue casi peor que la guerra.

Fueron los tiempos del embargo impuesto por Estados Unidos, que duró hasta 1994. Mezquinos en la derrota, tuvimos la esperanza de que los vietnamitas lamentasen el día que ganaron la guerra, y para ello los castigamos mediante el bloqueo de todo envío de ayuda humanitaria y alimentos. También nos quedamos cruzados de brazos cuando China invadió el norte del país y se convirtió en un ejército de ocupación. Aquéllos fueron los primeros años de amistad norteamericana con China, eterna amenaza y enemiga perpetua de Vietnam.

Mientras hablábamos, el anciano padre del señor Son llegó de la calle. Era menudo y de rasgos finos, con una barbita rala y manos huesudas. Era un hombre enclenque, pero parecía gozar de buena salud.

—Nada de tabaco y nada de alcohol —dijo el señor Son refiriéndose a su padre.

Aquel hombre tenía ochenta y tantos años y, al haber vivido toda su vida en Hue, había visto bastante: un emperador de la dinastía Nguyen en el palacio real, el dominio colonial francés, los japoneses y la agitación de numerosas batallas, entre ellas las masacres y decapitaciones del Tet en 1968, que para él no eran sino un episodio entre tantos.

—Se parece al tío Ho —dije.

—Ho fue un hombre bueno —dijo el señor Son—. Se crio cerca de aquí. Hasta cuando fue un hombre importante vistió ropas sencillas, no de las caras —se echó a reír con ademán pensativo—. ¡Igual que usted y que yo!

Su anciano padre sonreía. Hice un comentario a propósito.

—Mi padre trabajó con los norteamericanos. Les cayó bien —dijo el señor Son—. Las cosas han mejorado. Ahora todo va bien. Estamos contentos.

26. Tren diurno a Hanói

En plena guerra, cuando viajé por allí, me dio por pensar que si Vietnam no fuera tan hermoso, no lo habríamos arrasado. Tampoco los franceses se hubieran tomado la molestia de colonizarlo y saquearlo. Sus montañas con forma de joroba, frescas y escarpadas; sus valles selváticos y sus bosques envueltos por la bruma se convertían al descender hacia la costa en fértiles campos, y éstos en playas de arena blanca entre los palmerales. Los vietnamitas son corteses, trabajadores y serviciales. La calidez de su envolvente clima tropical hace que aquello parezca el jardín del Edén. Era lógico que los extranjeros intentaran hacerse con las tierras y someter a sus pobladores, aunque ello supusiera bombardearlos hasta hacerlos pedazos. Pero los vietnamitas fueron tenaces y nunca dejaron de tener fe en sí mismos. Y triunfaron.

Hasta ese momento no había visto Hanói, que era tan majestuosa como un distrito de París, no en vano estuvo llamada a ser la capital de la Indochina francesa. Los franceses fueron humillados en combate, se rindieron por millares, fueron hechos prisioneros y expulsados, pero al menos han dejado largos y anchurosos bulevares jalonados por edificios imponentes. Y nosotros no hemos dejado nada más que cicatrices y trauma: diez años de terror y siete millones de toneladas de bombas.

Ocupamos Hue, pero no hicimos ninguna mejora en la ciudad. La pequeña estación de tren de color rosa y blanco, como si fuese una tarta de cumpleaños rancia en mitad de la avenida, es de factura colonial, francesa. Estaba en ruinas la primera vez que la vi. Ahora volvía a estar abierta, abarrotada de gente, eficiente, con la sala de espera limpia y los trenes que entraban y salían con gran frecuencia. Compré un billete para Hanói, el viaje en tren de doce horas que tanto deseé realizar hace años.

Ahora estaba en un asiento en el vagón que traqueteaba hacia el norte por

unas vías que corrían en paralelo a la Calle Sin Alegría, así llamada por los franceses cuando se retiraron, atravesando colinas arenosas y pantanos grises cerca del mar. Lo que había sido la zona desmilitarizada a lo largo del río Ben Hai, en la provincia de Quang Tri, justo al norte de Hue, era ahora un vertedero de bombas y minas sin explotar. Había tantos tanques hechos pedazos y casquillos de bala que la gente seguía escarbando para vender el metal como chatarra.

Dong Hoy era una población de casas nuevas con tejados luminosos, y lo era por una sencilla razón: había sido completamente arrasada y reconstruida del todo. (Guía de viaje: «Fue borrada de la faz de la tierra por los bombardeos norteamericanos».) Entre las casas rosadas y los bungalows de tonos pálidos se veía de vez en cuando a la gente que vigilaba el fuego de los hornos en los que se cocían los ladrillos mientras otros los apilaban: la ciudad seguía en plena reconstrucción. Y lo mismo cabe decir de Vinh, una ciudad pulverizada por los bombardeos, que ahora se vuelve a levantar. Muchas de las casas que vi más allá del paralelo 17 eran nuevas. Las viejas habían ardido o explotado.

Sin embargo, el antiguo Vietnam seguía vivo en medio de tantas novedades. Vi a hombres embarrados hasta las rodillas en los arrozales, conduciendo búfalos de agua, y esa especie de armonía que se plasma en la geometría de sus prados, en sus sombreros cónicos y en las líneas rectas de los caminos encharcados.

Más tarde pasamos junto a esas montañas que aparecen de repente como jorobas en la roca, de laderas verticales y cumbres redondeadas. El encargado del tren me dijo que se llamaban Ouanh Binh. Se extendían a lo largo de muchos kilómetros. Cuando vimos a lo lejos la cúpula de una catedral, el revisor se santiguó para indicarme que se trataba de una iglesia cristiana.

Al oírnos hablar, un hombre joven me saludó y me cogió las gafas de sol. Se las puso y empezó a hacer el payaso y a burlarse de mí ante sus amigos.

—¡CIA! ¡CIA! —canturreaba.

—¿Eso te parece? —le dije.

—Sí. ¡Tú CIA! —y me señaló con el dedo. Pero reía. Luego se puso las gafas al revés y siguió haciendo el tonto un rato más mientras sus amigos reían sus gracias.

Mientras sus amigos se probaban mis gafas y hacían muecas, el revisor me preguntó de dónde era.

—¿Cómo se siente estando en Vietnam? —quiso saber cuando le dije que era norteamericano.

—Me siento feliz, porque éste es un país próspero, y me siento triste porque nosotros lo bombardeamos.

—Yo también pienso eso mismo —dijo. Se había puesto más bien serio. Sabía que en cualquier punto de esa línea, sin importar dónde estuviésemos y hasta llegar a Hanói, había un cráter cerca de las vías. Otro hecho visible: la pantalla de vídeo del vagón emitía dibujos animados de Tom y Jerry doblados al vietnamita.

El tren iba lleno de viajeros vietnamitas, y aunque muchos se bajaron en las estaciones intermedias, la inmensa mayoría se dirigía a la capital. Miraban los dibujos animados, dormitaban, leían y charlaban. Se repartieron a cada pasajero cajas de comida con arroz, ensalada de col, tofu y algo gomoso y gris que podría haber sido carne o también servir para hacer un parche en la cámara de una rueda de bicicleta. Fuera, siempre que pasábamos junto a un prado, se veía a los lugareños faenar encorvados, arando la tierra. Todo lo que veía era la encarnación de la paz y la esperanza.

Hasta el joven que se había reído de mí jugando con las gafas me hizo albergar esperanzas. «¡CIA!» me decía cuando pasaba junto a su asiento para estirar las piernas. Pero era inofensivo. Habitualmente me tomo cualquier burla como una expresión de confianza y de afecto. Cuando ya nos acercábamos a Hanói, el joven me informó de ciertas cosas que no debía dejar de ver: las marionetas de agua, los lagos, el Barrio Viejo y el mausoleo de Ho.

Se había extinguido casi del todo la luz diurna cuando el tren llegó a Hanói, pero el resplandor de las farolas y la iluminación de los bulevares aportaban a la ciudad una dignidad mayor, el misterio de las sombras nocturnas, en el que dominaban los gloriosos lagos y el gigantesco teatro de la ópera. Fue entonces cuando me di cuenta de lo asombroso que era aquel lugar, una especie de París asiático.

No tenía ni idea de que fuera así, aunque ¿cómo iba a saberlo? Aquella noble ciudad se había presentado a los norteamericanos como la capital del enemigo, un nido de ratas repleto de seres perversos, vituperada por nuestra propaganda, hasta el punto de hacernos creer que más valdría borrarla del mapa a base de bombas. Ésa es otra lección en la retorcida justificación de la guerra: las poblaciones demonizadas merecen más la muerte, las ciudades

indeseables merecen más la destrucción total. Se las tacha de inferiores, ridículas y patológicamente hostiles con el fin de que nadie las considere una pérdida cuando hayan desaparecido del mapa.

El glamour parisino tiene otra dimensión. Encontré un hotel en una calleja de la parte francesa de la ciudad, cerca del famoso Metropole, que era demasiado caro. Salí para dar un paseo nocturno y caí en la cuenta de que entre los cafés, restaurantes y elegantes mansiones afrancesadas había también puestos de tallarines y vendedores ambulantes que se apiñaban junto a unos garitos en los que se servía cerveza fresca y pescado ahumado. La inmensa y en apariencia sencilla ciudad europeizada contenía otra ciudad en su interior, más abarrotada, más compleja y genuinamente asiática. Y bastante más barata.

En el camino de vuelta a mi hotel, sintiéndome feliz, me paré bajo un árbol para ver pasar las bicicletas y las motos. De repente, un ciclomotor se subió al bordillo y vino directo hacia mí. Con los brazos bien separados sobre el manillar, una mujer joven, lasciva y con rasgos felinos, con el pelo largo, guantes blancos y botas altas y ajustadas, pegaba acelerones y me lanzaba besos frunciendo los labios.

—¡Sube! ¡Tú vienes con mí! —se echó adelante para dejarme sitio en el asiento de la moto.

—¿Que vaya contigo?

—Yo madam. Tú viene mi hotel. ¡Sube!

Existe una estereotipada fantasía femenina en la que la mujer es raptada por un atractivo caballero que la sube a la grupa del corcel que monta. Aquello era algo semejante, una fantasía masculina con la que nunca se atrevería uno a soñar: que lo raptase en una calleja oscura una mujer de pelo largo a horcajadas de una moto. Con todo, titubeé.

—¿Tú quiere bum-bum?

—Sí —dije echándome a reír de admiración por lo repentino e ingenuo que me sonó aquello—, pero esta noche no puedo.

—Cuarenta dólares —dijo. Más bien dijo «cuena dola», sin apenas pronunciar las consonantes, como si fuera de Boston.

Tuve que declinar su invitación no porque no quisiera, sino porque soy un hombre mayor, felizmente casado, y más interesado en encontrar un cibercafé para enviarle a mi mujer un e-mail que en subirme en una moto y ser transportado por los oníricos portales del amor. Esto me sucedió dos veces más: sendas bellezas que, sin llamarlas yo, se montaron a la acera en sus

motos, pegaron acelerones, sonrieron ansiosas y se me ofrecieron a salir pitando de allí. Siempre prometían lo mismo.

—¡Sube! ¿Tú quiere bum-bum?

Hanói es una ciudad convencional, de anchas avenidas, jardines en los que abundan los setos podados con formas extravagantes, pretenciosas mansiones coloniales con sus cúpulas, pintorescas residencias rematadas en mansardas, imponentes edificios ministeriales —todo un arsenal de pomposas fachadas de estilo francés, entre ellas, cómo no, el típico teatro de la ópera del siglo XIX—; también abundaban los restaurantes buenos. Pero al mismo tiempo es una ciudad improvisada de barrios malolientes, calles laberínticas, puestos de tallarines y mercados al aire libre donde se apiña el griterío de los vendedores y la fruta exprimida y pisoteada. También es una ciudad de majestuosos parques en torno a los suntuosos lagos. Tras ser la capital francesa se había transformado en la capital vietnamita, sin el menor indicio de que los americanos hubieran pasado por allí. Lo cierto, por supuesto, es que nosotros no pasamos por allí: nos limitamos a bombardear Hanói y minar el puerto de Haiphong. De esa manera, nuestra historia en Hanói no fue más que una larga serie de infames y malintencionados ultrajes perpetrados desde el aire.

Me sorprendía continuamente la manera que tenían los vietnamitas de perdonar o cambiar de tema cuando el asunto de la guerra salía en la conversación. Una excepción a este comportamiento era el recuerdo, para quienes lo soportaron, de lo que luego habría de conocerse como el bombardeo navideño de Hanói. Este incontrovertible acto de pura maldad genocida tuvo lugar en diciembre de 1972, semanas antes de la firma del tratado de alto el fuego, como si fuera una rencorosa bofetada final, con la precisión de que no fue una bofetada, sino una lluvia intensa de bombas incendiarias, lanzadas con el objeto de incinerar y acobardar a los vietnamitas.

Nixon ordenó ese ataque aéreo a mediados de diciembre. A lo largo de once días, el cielo de la capital se ennegreció por los bombarderos B-52. Trazando sucesivos círculos lanzaron cuarenta mil toneladas de bombas y minas aéreas desde Hanói hasta el puerto de Haiphong, matando, según se estima, a mil seiscientas personas. Veintitrés aviones norteamericanos fueron derribados y

nos escandalizamos cuando los pilotos supervivientes fueron encarcelados. «Objetivos militares», fue la justificación que dieron en aquel momento Nixon y Kissinger, pero aquella mentira no fue más que mera propaganda. Por ejemplo, en un viejo barrio de Hanói, todas las casas de la calle Kham Thien fueron destruidas con grandes pérdidas de vidas humanas, la mayoría de ellas mujeres y niños, pues sus maridos y sus padres estaban luchando lejos de allí.

De esto me habló un hombre durante el segundo día que pasé en Hanói. Tenía algo más de cincuenta años y se acordaba de ello, pero lo único que dijo fue: «Muy malo».

Encontré fotografías de aquel bombardeo y de muchos otros en el Museo del Ejército. Una vez más, las fotos tomadas por los fotógrafos norteamericanos eran mucho más sobrecogedoras que las de los vietnamitas.

En el patio del museo, como si fuera una instalación de artista, había restos de aviones norteamericanos. Uno de ellos estaba puesto en vertical, con una altura como la de un edificio de cuatro plantas, el morro semejante a la torre de una iglesia. El amasijo de fuselajes, alas, colas e insignias había sido modelado hasta formar un todo voluminoso. Una placa cercana informaba de que cuarenta mil aviones norteamericanos habían sido derribados en Vietnam del Norte entre 1961 y 1973. El mensaje era de tono tendencioso y las cifras quizá estuvieran engordadas, pero era indudable el poder de aquella escultura como reliquia en memoria de los aviones derribados y de la futilidad de aquella guerra.

Qué familiar era todo para mí y para cualquier norteamericano de mi generación. Los cascos, botas, medallas y demás parafernalia requisada a los soldados capturados; el pasaje del diario del presidente Johnson en el que expresa su desánimo por la marcha de la guerra; una foto, al lado, en la que se puede ver la aflicción plasmada en sus carnosas facciones y cómica nariz; los rostros de los occidentales que aparecían en las fotografías de prensa expuestas en la sala dedicada al movimiento pacifista. En definitiva, el tipo de fotografías que se pueden ver en los museos norteamericanos con áreas dedicadas a la década de los sesenta: imágenes de estudiantes con pancartas, discursos, piquetes y confrontaciones. Y todo resultaba más ofensivo por el hecho de que fuera la dimensión humana, y no la militar, la que se mostraba sin ningún regodeo.

Una gran pieza de tela impresa con las barras y estrellas de la bandera americana contenía el siguiente mensaje en ocho idiomas, entre ellos

vietnamita, chino, laosiano y camboyano: «Soy ciudadano de los Estados Unidos. No hablo su idioma. La mala suerte me fuerza a buscar su ayuda para obtener alimentos, refugio y protección. Por favor lléveme hasta alguien que pueda mantenerme a salvo y devolverme con mi gente. Mi gobierno le recompensará».

Este ruego tenía la intención de ayudar a los soldados de infantería aislados y a los pilotos de bombarderos abatidos en Vietnam. Con ese tono desvalido y ese sabor desesperado pretendía conmover a los extraños e incluso al enemigo. Intenté imaginar el efecto que un mensaje como ése, con las mismas peticiones lastimeras y con una bandera enemiga, podría tener hoy en cualquier lugar de Norteamérica: «Soy ciudadano de Irán...», o «Soy un miembro de Al Qaeda...», o «Soy palestino...».

La mayoría de los visitantes del museo eran vietnamitas. Tanto ellos como los vigilantes del museo, al verme, me saludaban sonrientes y me preguntaban de dónde era.

—América.

—Bienvenido.

Quise conocer a alguien que hubiera vivido en Hanói durante los bombardeos. Se trata de una ciudad muy cómoda para pasear. Vagué durante varios días por el Barrio Viejo y el mercado grande, entre las tiendas y los templos apiñados. Vi las marionetas de agua, el mausoleo de Ho y el museo dedicado a su vida y a sus logros.

Por no comer solo en un restaurante normal —comer mirando al techo es una actividad deprimente—, deambulé y merodeé tomando bocados consistentes en tallarines y cuencos de sopa, charlando con unos y con otros en los bares y cafeterías, buscando testigos.

Invariablemente, mientras caminaba, se paraba bruscamente a mi lado una moto con un bombón a horcajadas y me daba la orden de montar tras ella.

—¡Tú viene! ¡Tú bum-bum!

Esto sucedía incluso en la zona de las mansiones, los templos y las embajadas cercanas al Museo Nacional de Bellas Artes, por el que me pasé un día para echar un vistazo a las pinturas en seda y los bronce.

Allí encontré al testigo que había buscado: una mujer que tenía poco más de diez años cuando se produjo el bombardeo navideño. Ahora tenía dos niñas. Llevaba un pañuelo de seda que le sentaba de maravilla con sus finos rasgos faciales y los ojos luminosos. Era hermosa al modo en que lo son las

vietnamitas, menuda, con cuerpo de bailarina, esbelta, casi esquelética, pero con aspecto de ser indestructible. La delicadeza de sus rasgos —y esto es extensible a todas las mujeres vietnamitas que conocí— contrastaba de manera acusada con su poderoso espíritu y sus ademanes provocadores y atentos al mismo tiempo. Esto me hizo ver hasta qué punto aquellos treinta años de guerra, defendiendo con éxito su país, han dotado a los vietnamitas de una inamovible fe en sí mismos, transformándolos en un pueblo ingenioso y despierto de una manera tal como pocos lo son.

Se llamaba Vuong Hoa Binh y era la hija de Vuong Nhu Chiem, que fue el conservador del museo hasta su muerte. Trabajaba en el museo, donde la conocí por pura casualidad. Sonreía y se expresaba con facilidad. Había vivido en Hanói, o en los alrededores de la ciudad, durante toda la guerra.

—¿De dónde es usted? —me preguntó. Se lo dije y me dio la bienvenida.

—¿Sufrió daños el museo durante la guerra?

—Fue bombardeado. La ciudad entera fue bombardeada, claro.

Su padre, el conservador en aquel momento, ideó un plan para trasladar a un lugar seguro los antiguos budas, las estelas, las pinturas en seda, las porcelanas, la orfebrería y los manuscritos del museo.

—Lo escondió todo bajo tierra para que nada sufriese daños por las bombas norteamericanas —dijo—. Mi padre supervisó la distribución y el ocultamiento de todas las piezas. Las repartió entre muchos lugares distintos, de modo que si un lugar fuese bombardeado, el resto siguiera intacto.

El señor Vuong siguió el mismo procedimiento para dispersar a su familia, repartiendo a sus cinco hijos en cinco localizaciones diferentes por todo Hanói y dar así a su familia mayores posibilidades de sobrevivir.

—Si hubiéramos estado todos en el mismo y las bombas nos hubieran alcanzado, habría perdido a todos sus hijos. Hanói era bombardeada a todas horas por los B-52. ¡Pero todos sobrevivimos!

—¿Sabía ya entonces qué era un B-52? —le dije, pues quedé impresionado de que una chica vietnamita de doce años supiera distinguir un avión de otro. Era difícil imaginar a una adolescente en Estados Unidos que supiera esas cosas.

—Todo el mundo conocía ese avión —dijo—. Y teníamos miedo, incluso en los refugios.

—¿Recuerda el bombardeo de Navidad?

—Lo recuerdo todo. Recuerdo el día que cayeron las bombas en la calle

Kham Thien —dijo ajustándose el pañuelo con sus elegantes dedos—. Fue el 19 de diciembre. Mil personas murieron allí entonces, la mayoría mujeres y niños. Todas las casas fueron destruidas. Fue terrible ver aquello.

—¿Lo vio usted?

—Sí. Mi tía y mi madre me llevaron a verlo —dijo—. Vimos muchos *cratères*... sí, eso es, cráteres: grandes agujeros en la carretera. Y los muertos, y el fuego. Tuve mucho miedo. Pero mi tía y mi madre dijeron que debíamos ver todo aquello, todo lo que nos habían hecho. Ahora hay un monumento en esa calle.

—¿Vivía cerca de allí?

—Vivía justo a las afueras de Hanói —dudó un instante, y continuó como si estuviera recordando—. Apenas teníamos nada que comer. Hubo muy pocos alimentos durante toda la guerra. Siempre teníamos hambre. Después de la guerra había muy poco arroz. Y estaba rancio, era arroz viejo.

—¿Por la destrucción?

—No. Por el embargo americano y la invasión china.

Nosotros les negamos la comida. No se lo dije, pero la señora Vuong seguramente sabía que los chinos habían invadido las provincias del norte en una época en la que Estados Unidos y China se empezaban a hacer señales de amistad. Los americanos miramos con placer cómo recibían los vietnamitas una paliza estando hambrientos y debilitados.

—Nos dijeron que los objetivos habían sido bases militares.

Sonrió con tristeza cuando escuchó aquello.

—Todo era un objetivo. La ciudad entera. Especialmente las carreteras y los puentes. Nuestro puente fue bombardeado por los B-52 —se refería al puente de Chuong Duong, que comunicaba la ciudad con Haiphong, salvando el cauce del río Rojo—. Pero lo reparamos. Las fábricas eran objetivos especiales. No importaba qué fabricaran. Los bombardeos duraron años. Todo fue bombardeado.

Se refería a que no sólo la calle Kham Thien había sido bombardeada, sino también las vías del tren, los lagos, las pagodas, las mansiones, las casas de vecinos, las cabañas, los museos, la biblioteca Van Mien del siglo XI, la catedral católica del XVIII, el teatro de la ópera, la vetusta universidad de Quoc Tu Giam con sus estelas, estatuas y su templo en honor de Confucio; los mercados y los barrios de las afueras: todo. Del millón de toneladas de

bombas que lanzamos, muchas habían caído en su ciudad. En 1968, cuando había medio millón de soldados estadounidenses combatiendo en Vietnam, el historiador británico J. M. Roberts escribió lo siguiente: «Se ha lanzado mayor tonelaje de bombas en Vietnam del Norte que en Alemania y Japón juntos durante toda la Segunda Guerra Mundial».

Había empezado a llover. Hanói es famosa por el clima, a menudo desapacible, con días nublados y llovizna. Las gotas de lluvia repicaban en las ventanas y corrían por los cristales, soplaban el viento y rechinaban las bisagras de las ventanas.

—Mi madre tenía una amiga cuyo marido trabajaba en una fábrica que fue bombardeada —dijo la señora Vuong—. Esta mujer salió corriendo a la fábrica en cuanto se enteró. Vio que se había quemado y que aún humeaba. No pudo ver nada más, pero quiso encontrar a su marido aunque estuviera muerto. No estaba allí, sólo había ruinas. Caminó entre el humo y las cenizas y vio, cubierto entre los restos del fuego, un dedo. Era un dedo humano con un anillo: su anillo de bodas. Así supo que su marido había muerto. Cogió el dedo y lo enterró en casa. Se quedó con el anillo. Este mismo año se lo dio a su hijo cuando se casó.

—Menuda historia —dije.

—Hay muchas historias de aquellos días —dijo sonriendo de nuevo—. Uno de mis hermanos fue a la oficina de reclutamiento del ejército. Volvió llorando a casa porque no tenía ni la edad ni el peso suficiente. Era un chico pequeño, demasiado joven. Lloraba diciendo: «¡Yo quiero ser soldado!». Mi otro hermano sí fue aceptado. Estaba muy contento de que le dieran la oportunidad de luchar.

—¿Qué pensaban sus padres?

—Estaban contentos. Mi madre estaba tan contenta que se tomó muchas molestias para encontrar los ingredientes adecuados y hacerle sus rollitos de primavera. ¡No era fácil en el Hanói de entonces! Tuvo que buscar por todas partes. Hicimos una fiesta. Todo el mundo estaba muy feliz, mi hermano el que más, celebrando que al fin era soldado. Tenía sólo diecisiete años.

Estábamos tras los grandes ventanales del museo, con los budas y las figuras de porcelana detrás de nosotros. Allí fuera se veía un barrio de aspecto totalmente europeo, uno de los más elegantes de la ciudad. Los cristales salpicados de lluvia daban a aquellos edificios franceses, al otro lado del patio, el aura y los colores de los cuadros impresionistas.

—Qué ciudad tan bonita —dije.

—Hanói pierde su belleza. Era muy tranquila antes. Más pequeña. Sólo bicicletas, sin motos. Ahora es ruidosa y la gente ya no es de aquí. Son del campo. No conocen bien la ciudad —reflexionó durante un segundo—. Y estamos cambiando. Éramos pobres, pero teníamos fuerza. Yo conocía a mi padre. Conocía su vida. Mis hijos no saben por lo que hemos tenido que pasar. Yo intento contárselo, pero es imposible que lo entiendan. Es imposible explicarlo.

—Pero ¿no corren ahora buenos tiempos? —estaba pensando en los mercados, repletos de productos y comida. También pensaba en la vitalidad del país, en su tremendo sentido del orgullo, en la ausencia de pobreza: nada parecido al naufragio camboyano, a la población del todo desmoralizada.

—Sí, tenemos dinero y comida. Pero menos fuerzas. Yo leo libros, pero mis dos hijas están todo el día delante del ordenador. No leen. Les encantan las películas americanas. Se quieren marchar a Estados Unidos —dijo al fin con una mezcla de asombro y resignación.

—Hoy en día es fácil entrar en el país —dije, pero fue por decir. Estaba pensando en los bombardeos, el hambre, la muerte, el dedo cortado con el anillo puesto, la fiesta de alistamiento con rollitos de primavera especiales para celebrar la despedida de un adolescente que se iba a luchar contra los norteamericanos.

—El mundo es pequeño —dijo la señora Vuong.

—¿Me odia? —dije, y me di cuenta de que los ojos se me llenaban de lágrimas, a la vez que me embargaba una especie de náusea, supongo que por una absurda repugnancia hacia mí mismo.

—No, no le odio —dijo, pero aquello me hizo sentir aún peor.

Parecía serena, como la primera vez que la vi, la menuda y liviana empleada del museo, como una bailarina. Pero ahora parecía un poco alterada, pensando acaso en sus hijas sentadas delante del ordenador.

—Eran otros tiempos.

La víspera del día en que me fui de Hanói, paseando junto al teatro de la ópera, vi a la gente aglomerarse a la entrada para asistir a la representación de una obra llamada *Huyen Thoai Song*, «El mito de los vivos», del dramaturgo vietnamita Le Quy Duong.

Cuando encontré la taquilla cerrada, recorrí los alrededores del edificio en

busca de una explicación. La única persona que hablaba inglés de todas las que encontré era un joven alto y sonriente, vestido con chaqueta y corbata. Sonreía desde lo alto de las escaleras de entrada del teatro de la ópera, iluminado con unos focos por la noche.

—¿Cómo puedo conseguir una entrada para ver la obra? —le pregunté.

—No se puede. Es sólo con invitación.

—Qué pena. ¿Es un musical?

—Parte musical, parte película. Se mezclan diversos formatos.

—¿Es en vietnamita?

—No. Es lenguaje corporal.

—Me hubiera encantado verla. ¿Quién es Le Quy Duong?

—Le Quy Duong soy yo —dijo.

—Entonces ¿por qué no me invitas a tu obra? Yo también soy escritor.

Sonrió divertido ante mi atrevimiento y me dio un sobre con una invitación.

En su obra, como él mismo me dijo, se mezclaban varios formatos. Hubo gongs y tambores, luces deslumbrantes, mimos, máscaras y humo. El teatro de la ópera estaba lleno. Me recosté en mi butaca e intenté dilucidar dónde estaba el mito de la creación entre todo aquello: esgrima, esqueletos saltarines y una historia de amor. La obra estaba montada con tanto entusiasmo y tan llena de vida, tan repleta de sucesos sorprendentes y de música sonora, que no precisaba de ninguna explicación.

Cuando terminó la función, mientras me dirigía a la salida, un tipo se acercó y me preguntó si podía entrevistarme.

—¿Sabe usted quién soy?

—Usted es el que... —titubeó—. Le Quy Duong dice que usted habla inglés.

—Sí, soy yo. Sé inglés.

Alabé la obra y me dirigí a la calle. A unos veinte metros del teatro de la ópera, una moto derrapó frenando junto a mí. La preciosidad que la montaba, pegando acelerones, se arrastró hacia delante para dejarme sitio en el asiento.

—¿Tú quiere bum-bum? —me preguntó.

Le di las gracias y seguí caminando.

En 1973 soñé con seguir en tren hacia el norte, hasta China. Pero los graves trastornos de la época me lo impidieron. La guerra de Vietnam no era más que uno de tantos. En China, la Revolución Cultural había convulsionado hasta el último rincón del país. Viajar por allí era imposible, así que tuve que tomar un

avión de Saigón a Tokio, donde reanudé mi *Bazar del ferrocarril*.

Pero los países se cierran y se abren. Pasó el tiempo, terminó la guerra de Vietnam. Y poco después de la muerte de Mao en 1976, la Revolución Cultural también finalizó. China abrió sus fronteras a los viajeros curiosos más o menos en 1980, el año en que navegué a vela por el río Yangtze. El levantamiento del embargo comercial norteamericano en 1994 marcó el comienzo del resurgir económico de Vietnam. Todas las fronteras estaban abiertas.

Obtuve un visado para entrar en China. Compré un billete para el tren nocturno a Lao Cai, la última estación vietnamita de la línea desde Hanói a la frontera con China. Era un viaje sencillo: tomé el coche cama en Hanói a las diez de la noche. Aparte de los vietnamitas, vi a algunos mochileros y turistas que se dirigían a Sapa, una ciudad turística en las colinas cercanas a Lao Cai, donde aún viven algunas tribus primitivas: los negros Hmong, los rojos Zao y los Tay.

En un puesto de tallarines en Lao Cai, a la mañana siguiente, me tomé el desayuno habitual, una montaña de arroz frito con un huevo encima. Un tipo en motocicleta que pasaba por allí me preguntó si quería que me acercara a la frontera. Le dije que sí y, poniéndose mi bolso de viaje en el regazo, me llevó a través de la ciudad hasta un arco de entrada a orillas del río Rojo, donde había un edificio adyacente. Entré, me sellaron el pasaporte y seguí caminando hasta otro arco semejante, ya en el lado chino.

El frenesí de China fue inmediato, incluso siendo tan temprano, lo aprecié nada más poner el pie en aquella ciudad fronteriza, en Hekou. Todas las mercancías se transportaban hacia el sur por el puente. Las calles estaban atestadas de camiones. Desde Hekou aún pude ver el humo que se elevaba en los bungalows vietnamitas. Lao Cai es una villa campestre y amistosa. Hekou era una ciudad moderna y llena de buscavidas.

Me subí en el autobús de Kunming. El viaje me llevó un día entero, en el que atravesamos las junglas de la provincia de Yunnan, donde vi cómo construían una autopista de ocho carriles entre las aldeas de la tribu Miao — con sus sombreros y delantales rosas— y otros pueblos nativos de vistosa indumentaria. La autopista en construcción se levantaba sobre pilares de cemento que recorrían valles, plantaciones de caucho y bosquecillos de bambú. Los ingenieros chinos habían desbrozado un gran surco a través de las selvas del sur de Yunnan, dejando una mancha más en el paisaje, desplazando

a la gente, levantando señales y arrasando bosques vírgenes. Las tropas habían pasado justo por allí hacía treinta años, camino de la guerra contra los vietnamitas, pero esta otra manera de destrucción era aún peor que la guerra, pues duraría para siempre.

Kunming, una pequeña y acogedora ciudad que ya había visitado y sobre la que había escrito, era ahora una desoladora extensión de cursis edificios de estilo chino, con cuatro millones de habitantes. Conseguí llegar por tierra a Kunming: desde Singapur, habían sido más de tres mil doscientos kilómetros. La ciudad se había enriquecido por el cultivo del tabaco y las industrias manufactureras. Ahora en Kunming había una enorme tienda de Louis Vuitton, un concesionario de Maserati, problemas de tráfico y prostitutas insistentes. *Gai*, gallina, es la palabra china que significa «puta».

—¿Eres *gai* porque te gustan los hombres?

—No. No me gustan los hombres. Me gusta el dinero.

China es como es en la actualidad porque los chinos quieren amasar dinero. Hubo un tiempo en que así era Norteamérica. Quizá fuera ésta la causa de que me entrasen ganas de marcharme cuanto antes. No fue repulsión, sino tedio, además de la irritación creciente que provoca el escuchar a la gente expresar su deseo de amasar dinero, cuanto más mejor, y decir que harían lo que fuera para conseguir más. ¿Quién quiere escuchar a quien alardea de su avaricia y su promiscuidad? Me marché a Japón, dándole vueltas a la idea de que había terminado con China, de que no tenía ganas de volver a saber nada más de China, del paisaje apestado de fábricas, el aire irrespirable, los inflexibles comisarios, el griterío de los habitantes recién convertidos al capitalismo. Fea y sin alma, China representa el horror de los deseos cumplidos, la codicia con que sueña un campesino con hacerse rico. Me encantó irme de allí.

27. Tokio Andaguraundo

La grisácea extensión de Tokio era una versión intimidante del futuro, no del suyo, lector, ni del mío, sino del que espera a nuestros hijos. Las centelleantes láminas de cemento convierten en amontonamientos de enanos a las multitudes de seres humanos que, decididos, vienen y van como las hormigas en un hormiguero, con los brazos pegados a los costados, como si todos hubieran recibido un mismo mensaje: camina deprisa y aparenta preocupación. La gente aún se empequeñece más cuando se homogeneiza tanto. Las luces son intensas, pero no cálidas, muy aseadas, como si todo aquello fuese más bien una máquina que una ciudad. Tuve ganas de salir huyendo de inmediato a la campiña, pero ¿quedaba algo de campiña en Japón?

Desde aquel armario para escobas que tenía por habitación de hotel alcanzaba a ver la fachada y la cúpula de la estación de Ueno. En esa maciza encrucijada de vías de ferrocarril brillantadas y apiñadas podría tomar un tren hacia cualquier parte de Japón, incluida la isla de Hokkaido, en el norte. Delante de mi hotel había un estanque en un parque, y en el parque dos santuarios asentados en sendas pasarelas sobre el agua, y algunos árboles en derredor; a espaldas del hotel, nada más traspasar la puerta de atrás, estaba el distrito de las luces rojas, un mundo flotante y repleto de *nightclubs* y salones de masaje. La blandura y la formalidad por un lado, la frivolidad por el otro, ofreciendo cada una de las dos diversas vías para superar el síndrome de soledad intensa que se da en una ciudad cuya población real pasa con mucho de los veinte millones de habitantes.

Odio las grandes ciudades, probablemente por las mismas razones por las que muchos habitantes de la gran ciudad odian la naturaleza (que yo adoro): porque me resultan vertiginosas, amenazantes, monocromas, aislantes, agotadoras, llenas de gérmenes, erizadas de sombras afanosas y de olores ambiguos. Y las multitudes, y todo el espacio común.

Las ciudades me resultan cementerios monstruosos, los edificios como lápidas tristes y meditabundas. Me suelo sentir solo y perdido en esas necrópolis de alumbrado artificial, asqueado por las humaredas del tráfico, repelido por los olores de la comida, atónito por los rostros que pasan y por la banalidad del frenesí.

Cuando los utopistas urbanitas elogian sus ciudades me dan ganas de reír. Entran y salen veloces de los museos, de las cenas, de las diversiones trepidantes, de los zoos, y hablan de todo ello con la boca llena, y también de la energía que se palpa en las calles, y de que es posible comprar una pizza a las tres de la mañana. Me encanta oírles competir: mi gran ciudad es mejor que tu gran ciudad. Nunca dicen nada del espanto de las multitudes, del aire contaminado, del ruido incesante, de las huellas de la debilidad, de la pesadumbre y la penuria, ni tampoco dicen que una gran ciudad jamás está del todo a oscuras, ni del todo en silencio. Y anidan como pequeñas aves implumes en el confinamiento de sus viviendas raquíticas, a gran altura sobre el suelo, siempre asomados a las aceras, capaces de moverse tan sólo en el maloliente asiento de atrás de un taxi lentísimo que conduce un taxista estafalario y cabreado.

Así era Tokio, un país de las maravillas rutilante de una vulgaridad mal que bien dignificada, capaz de derrotar a la primera toda mi imaginación. En el estanque de Shinobazu, delante de mi hotel, un muestrario mínimo de la naturaleza, los patos imperiales y los ánades de cabeza roja que asomaban el pico entre los juncos, los sauces pelados que hundían las ramas en la orilla, y la gente que paseaba de un santuario a otro, por el parque Ueno, o devoraban un helado, o bien daban la impresión de estar muy ajetreados, y de una manera que me resultó desalentadora. Por las calles estrechas y apartadas, llenas de bares, cervecerías, puestos donde venden tallarines, salones de masaje, hoteluchos para pasar un rato, mafiosos tatuados, prostitutas en las esquinas y clubs donde se sacian las necesidades de todos los fetichistas. En unos clubs las camareras iban vestidas de criadas al estilo francés, en otros de colegialas, en otros de enfermeras, en otros de aterradoras fulanas con los labios pintados de negro y un látigo en la mano. Las muchachitas de dulces facciones, con trajes de marinerito, también estaban entre las más populares trabajadoras del sexo. Muchos de los establecimientos se denominaban «bares de lencería», y el personal femenino vestía en ropa interior; uno de ellos se llamaba de hecho «Bar Ropa Interior». Con el anochecer, las mujeres se apostaban en los

callejones con la esperanza de que alguien les pagase unos treinta y siete dólares por sentarse junto a él en un bar, mientras el individuo se emborrachaba y la manoseaba. «Y si además le gustas —me aseguró un hombre en mi hotel—, ella también te acariciará».

Todo viaje es un viaje en el tiempo. Nada más llegar a Japón tuve la impresión de haber viajado al futuro, a una versión acabada de todas las ciudades por las que hubiera pasado a lo largo de este viaje. Con el tiempo, si hiciesen los debidos planes, las grandes ciudades de Norteamérica también evolucionarían hasta llegar a ser la misma clase de metrópolis, igual de grandes, igual de eficaces, igual de intimidantes: Los Ángeles y Seattle y Nueva York ya tienen la hechura, la forma general de Tokio, y no tardarán en ser ciudades igual de desalmadas.

Hace ya mucho tiempo Japón me parecía el futuro al menos en una de sus versiones posibles, aquella en la que los más graves problemas sociales se resuelven, la pobreza escasea, el analfabetismo apenas existe, las expectativas de vida son elevadas, las cortesías rituales se ensayan y se practican con una formalidad que desarma, no hay mendicidad, y el transporte público es bueno. El otro futuro es la distopía de Turkmenistán, la melancolía de los medios rurales en la India, las cárceles abiertas de Birmania, el laboratorio social de Singapur. El precio que se ha de pagar por el éxito en el futuro no es otro que la renuncia al espacio y a la intimidad. Las soluciones de Japón eran minimalistas: calles buenas, pero estrechas; habitaciones diseñadas para enanos; un metro congestionado, restaurantes minúsculos, todo el paisaje miniaturizado y cubierto de cemento.

Para bien o para mal, ese futuro a la nipona es la solución más probable al enigma de la supervivencia en un mundo superpoblado: una obediencia casi robotizada, el decoro, la rigidez, el orden impuesto con total sencillez, la reducción del espacio, las cortesías convenidas (para vivir en lugares de alta densidad se requiere una gran cortesía), la desaparición virtual de los coches particulares, una intimidante presencia policial, y nada de balancear los brazos al andar. Un coche de gran tamaño en una callejuela de Tokio era un acontecimiento asombroso, como la llegada de un carruaje propio de un aristócrata a una callejuela medieval, y casi seguro que era un coche de la mafia. He ahí otra certeza: en una ciudad controlada se insinúa un elemento criminal altamente sofisticado y en total connivencia con el mantenimiento del orden, como es el caso de la Yakuza —la mafia japonesa— en Tokio y en

Japón en general. «Lo único que aterra a los japoneses es el crimen no organizado —dice un criminólogo al que se cita en *Yakuza*, el libro definitivo sobre la materia, obra de David Kaplan y Alec Dubro—. Por eso hay tan poca delincuencia callejera. Los gánsters controlan todo el territorio y proporcionan seguridad... La policía japonesa prefiere la existencia del crimen organizado antes que su ausencia».

La otra novedad de Tokio es su vida interior, como hecho físico y como metáfora: los túneles del ferrocarril bajo la ciudad, el cavernoso metro al que dan por nombre *andaguraundo*, que significa «subterráneo», la vida en la sombra que existe con plenitud crepuscular dentro de la ciudad. Llegué a Tokio de noche. La ciudad, rara de día, lo es aún más de noche. La noche es asimismo una metáfora del metro: una negrura que todo lo abarca, una negrura soterrada, al tiempo que la inmensidad de los carteles publicitarios, luminosos, deslumbrantes, y los rótulos de luz, dan un aire más tenebroso a las tinieblas.

—Ve a Shibuya —me había dicho un amigo japonés—. Es todo muy extraño.

Son características de Shibuya las callejas oscuras llenas de bares mal iluminados, por las que se paseaban chicas bonitas y disfrazadas de Betty Boop. Fui y me quedé atónito. Lo que me asombró fue que aquellas chicas jovencitas, guapas, tan peripuestas, recordasen tantísimo a las chicas de los cómics que salían en los carteles y en los rótulos de los bares: caritas de hada o de duende simplificadas con mucho maquillaje blanco, el cabello revuelto y rizado, animalillos escuchimizados, de ojos grandes, piernas delgadas, posturas artificiosas, a medias colegialas, a medias hadas del bosque. Imitaban los dibujos animados japoneses que llaman *manga*, palabra que significa «esbozo».

Muchos de los libros de manga que vi estaban al servicio de las fantasías eróticas masculinas más cercanas a la violación. Esas fantasías pictóricas son tan antiguas como las imágenes eróticas clásicas de Japón, como es el caso de algunas de las xilografías más antiguas, los *ukiyo-e*, a partir de las cuales ha evolucionado el manga. La palabra ya aparece en el *Hokusai Manga*, un libro de esbozos del gran maestro Katsushika Hokusai, del siglo XIX, que se dedicaba a dibujar sensacionales paisajes y estampas porno cuando tenía noventa años. Las estampas eróticas de este estilo se llaman *shunga* en

japonés: imágenes saltarinas. Toda una autoridad en el arte japonés, como es Richard Lane, ha escrito que «las escenas de violación son muy corrientes en el shunga». Las estampas de Hokusai aún tienen la capacidad de sorprendernos, y no sólo los episodios de violación por la fuerza, sino también aquellos en los que la víctima de la violación aparece abierta de piernas a la vera de un camino, e incluso, en uno de los pornos más estrafalarios, un pulpo con los ojos saltones y en actitud amorosa practica el sexo oral con una mujer desnuda y embelesada, una buceadora en busca de perlas que ha encontrado otra cosa.

Los dibujos manga, en su versión moderna, están por todas partes. En todas las revistas hay una sección de tiras cómicas de estilo manga: en las de aventuras, fantasía, ciencia ficción, en las de tema escolar, en las de ambiente de oficina, en los cuentos de héroes, en las épicas de los samuráis, en los dramas de ninjas, en las sagas de mutantes y, cómo no, en las pornográficas. El grado de alfabetización de los japoneses es probablemente el más elevado del mundo, si bien la mayoría de los libros y las revistas están repletos de tiras cómicas. Es como si los japoneses no madurasen y no dejaran atrás estas frivolidades pueriles, aunque, como en un sentido muy profundo existe un elemento propenso a la puerilidad en la sociedad japonesa, éste es un placer previsible. Una fotografía que muestre una violación real es una perversión inadmisibles, pero una imagen dibujada a todo color, que represente una violación, resulta permisible. La violación es el elemento porno más corriente en los manga, «imágenes graciosas» de chicas que están siendo violadas o ya lo han sido. En esta forma de manga aparecen chicas muy jovencitas, muy sumisas, delgadas, con los ojos muy grandes, de acuerdo con el estereotipo de la fémica en el manga. Las colegialas son objeto de deseo para la mayoría de los hombres, o al menos así lo parece, y no sólo en el manga, sino también en las callejuelas de Shibuya, en donde las chicas de morritos fruncidos y disfrazadas de cualquier fantasía recorren las calles a su aire, y en donde hay clubs en los que se puede ver a mujeres jóvenes con uniformes de colegiala.

A plena luz del día la ciudad era puro ajeteo, pura eficacia, un ambiente de ostentosa deferencia, de continuos saludos e inclinaciones de cabeza, donde los peatones se movían como hormigas, los bares de lencería sexy y los clubs fetichistas estaban desiertos, llenas en cambio las tiendas de fruta, los mercados de pescado, los puestos donde vendían tallarines. Alarmado por los rumores que me habían llegado sobre los elevadísimos precios de los trenes,

fui en cuanto pude, por la mañana, a la oficina de los Ferrocarriles de Japón que hay en Ueno provisto de mi tarjeta de usuario de ferrocarril, y compré billetes para visitar todos los rincones del archipiélago, Sapporo en el norte, Wakkanai aún más al norte, Kioto al sur, Niigata en la costa oeste. Apenas vi otros turistas. El país era un dechado de cortesía, de orden, de pulcra organización, tal como lo era treinta y tres años antes, y era exactamente igual de alienante.

No era capaz de leer un solo rótulo ni de entender una sola palabra y ¿por qué iba a prestar nadie atención a mi desconcierto? La raza de hombres y mujeres menudos y esbeltos que quiso conquistar medio mundo por la fuerza militar, y que vio desbaratada esa ambición, había intentado hacer lo mismo mediante la fabricación de aparatos y vio desbaratado ese afán por la intervención de China. Las cámaras de fotos y los ordenadores de las marcas japonesas se fabrican hoy en la República Popular, y también los trajes de látex a cien dólares y la lencería sexy y las máscaras eróticas y las esposas forradas de terciopelo que vi en Shibuya llevaban la etiqueta *Made in China*.

Eché a caminar por Tokio como si fuera un extraterrestre llegado de otro planeta, un planeta mucho más sencillo. Ser un marciano en una ciudad tan inmensa y sobrecogedora era además como ser un niño, o alguien inmerso en un sueño extraño, en el cual todas las luces titilantes y todos los rostros alegres que aparecían en los carteles indujeran una sensación de honda alineación y de melancolía. Sólo sabía decir «por favor» y «gracias». Aunque a veces sentí (no sin razón) que era el ser humano de mayor estatura en todo Tokio, también me sentí monstruoso y confundido, y tan insustancial como si fuese un enano, de nuevo un fantasma. La insólita ciudad del siglo XXI, una ciudad de una sola lengua, un solo pueblo, una sola cultura, un solo conjunto de normas, me excluía de continuo, me inspiraba el deseo de ocultarme en el subsuelo.

Como Japón parece un mundo de orden, pulcritud, decencia y contención, encontrar un libro en el que se evoque el caos y la ira en Japón es como atisbar el lado oscuro, la inseguridad que subyace bajo tierra. Ese libro, *Andaguraundo*, de Haruki Murakami, trata sobre los atentados con gas venenoso que se produjeron en 1995 en el metro de Tokio. Murakami escribió que «otro de los motivos personales por los que me interesaron los atentados

con gas venenoso en Tokio es que se produjeron en el metro. Los mundos subterráneos —los pozos, los pasos bajo tierra, las cuevas, los manantiales y los ríos en el subsuelo, los oscuros pasadizos, el metro— me han fascinado siempre y son motivo importante en mis novelas. La imagen, la mera idea de que exista un camino oculto, rápidamente me llena la cabeza de relatos posibles».

El atentado con gas sarín contra los usuarios del metro a primera hora de la mañana de un día laborable, ha escrito Murakami, fue un momento crucial en la historia de la posguerra en Japón, un trauma causado por una fuerza tremenda en el alma de la nación. El atentado lo perpetraron miembros de una secta pseudobudista llamada Aum Shinrikyo, cuyo gurú, un paranoico semiciego, llamado Shoko Asahara, había convertido a sus fieles en integrantes de sus comandos. Un día, diez en total entraron en el metro de Tokio y perforaron los envases sellados que contenían el gas venenoso en un total de ocho trenes que hacían sus recorridos por la red metropolitana. Una pizca tan sólo de sarín es letal para un ser humano. Murieron doce personas y hubo miles de perjudicados, algunos de por vida. De golpe, el orden que prevalece en todo Japón había sido vulnerado, y toda la nación se sintió insegura.

Murakami lo interpretó como un cataclismo equiparable al terremoto que aquel mismo año asoló la isla de Kobe. «Ambos sucesos fueron erupciones pesadillescas acaecidas bajo el suelo que pisamos, procedentes del subsuelo.» De ahí el título de su libro, *Underground*, «subterráneo», una crónica del atentado con gas sarín que era en sí misma como «una explosión en masa». Relata la historia de muchas de las personas implicadas: las víctimas, los fieles de la secta, los meros testigos. Dijo que había escrito el libro por haber vivido muchos años en el extranjero, y «siempre he querido comprender Japón a un nivel más profundo».

Ése era mi caso. Por eso leí el libro y por eso quise ver a Haruki Murakami durante mi visita a Tokio. Un hombre tan considerado, tan serio y reflexivo sería sin duda el mejor de los guías, y verle también sería, para mí, una manera perfecta de trabar conexión con esa ciudad de desconocidos.

Los japoneses tienden a no hablar de los fracasos, y tampoco ponen en tela de juicio el sistema, ni menos aún se niegan a formar parte de una empresa, ni se quedan sentados silbando «Epistrophe» o «Crepuscule with Nellie», temas de Thelonious Monk, ni se marchan a un exilio que ellos mismos se han

impuesto. Haruki Murakami ha llevado siempre una vida opuesta en todo a la del asalariado, y ha tomado esos caminos prohibidos, si bien este hombre compacto, sumamente sano, me pareció (según lo que estuviera diciendo en cada momento) a la vez el más japonés y el menos japonés de cuantos había conocido en mi vida. Un escritor sano ya es un oxímoron. A pesar de los pesares, Murakami ha corrido veintinueve maratones y ha competido en numerosos triatlones. Una vez corrió en una carrera de cien kilómetros. Le llevó once horas y media.

—¿Has corrido cien kilómetros sin descanso? —pregunté—. ¿Y cómo te encontrabas al día siguiente?

Cuando sonrío, lo cual no es frecuente, Murakami tiene un semblante seráfico. Sonrió.

—No demasiado mal —dijo.

Nunca dio publicidad a esta hazaña, como tampoco hace giras de promoción de sus libros en Japón. Es tan adverso a la publicidad que nunca había salido en la televisión japonesa, no daba conferencias, no firmaba ejemplares, apenas se dejaba ver en Japón, aunque había dado clases en Estados Unidos, en Harvard y en Princeton, y a veces sí promocionaba allí sus libros. Pero no deseaba que su rostro fuese reconocible en Japón.

Otro de los aspectos menos japoneses de la trayectoria de Murakami es que ha preferido vivir gran parte de su vida adulta fuera de Japón, en Grecia o en Italia o en Estados Unidos (en donde lo conocí). Regresa a Japón de vez en cuando y pasa el tiempo en su casa de Oisu, donde una de sus aficiones consiste en oír música de jazz: tiene una colección de seis mil discos, todos en vinilo. En este sentido es especialmente japonés, por ser éste un país en el que los pasatiempos o las creencias llegan a ser pasiones muy intensas, igual da que sea el jazz, Thomas Hardy, Elvis, el ukelele o las marcas de diseño. El cristianismo llegó a ser una afición tan intensa a nivel nacional en el Japón del siglo XVII, cuando se produjeron conversiones y bautismos en masa, que el *shogun* prohibió el culto religioso. En vez de aceptar la imposición, los cristianos japoneses optaron por el martirio, el tema de una sombría novela de Shusaku Endo, *Silencio*.

Me puse en contacto con Murakami. Es el escritor más reservado que conozco, y también el más enérgico, y tiene una mentalidad en constante ebullición. Casi se le podría tomar por una persona normal. Se levanta todos

los días a las cuatro de la madrugada («antes era a las cinco») para comenzar su jornada de trabajo, y escribe hasta mediada la mañana; pasa el resto del día haciendo lo que le gusta, por lo general correr. Poco después de las diez de la mañana se encoge de hombros y dice: «Ya he cumplido con lo que me tocaba hacer hoy».

Anthony Trollope seguía una rutina similar. Lo despertaba a las cuatro de la madrugada su criado irlandés, llevándole una vela y una taza de té. Escribía hasta la hora del desayuno y se iba a trabajar a la estafeta de correos, donde era funcionario.

Aunque sea de constitución menuda y delicada por comparación con las trazas de oso que se gastaba Trollope, Murakami tiene un buen humor y una energía tan desbordante como la de Trollope, además de tener la misma afición al trabajo. Su curiosidad y su conocimiento de la cultura occidental y de la literatura norteamericana son ilimitados. Además de sus doce obras de ficción y de *Underground*, de no ficción, Murakami también ha traducido a muchos escritores norteamericanos al japonés, entre ellos Faulkner, Fitzgerald, Raymond Chandler, Truman Capote y yo (*World's End; El fin del mundo*).

Murakami se rebeló a temprana edad. En *Underground*, hablando de la conformidad de los japoneses, cita un refrán japonés: «Al clavo que sobresale se le da un martillazo». Él no se inmutó. No siguió el camino más trillado para ingresar en una empresa y tener un puesto de trabajo de por vida. Se casó con la novia que tenía en la universidad, Yoko, a los veintidós años («con la consiguiente decepción de mis padres»), tuvo varios trabajos a tiempo parcial («gran decepción de ambos»), vivió en casa de su suegro y puso en marcha un club de jazz al que puso el nombre de su gato, Peter Cat.

—Fue divertidísimo.

Pero no tenía una idea clara de su futuro, salvo que estaba seguro de que iría a contracorriente. Su padre era profesor de literatura japonesa. Haruki no leía literatura japonesa. Por el contrario, leyó a Truman Capote y a Chejov y a Dostoievski mientras escuchaba a Thelonious Monk.

Pasaron siete años. Un día tuvo una revelación, una epifanía. Fue en primavera, cuando comienza la temporada de béisbol. Fue en 1978. Tenía veintinueve años y estaba en el Jingu Stadium viendo un partido.

Se le ocurrió una idea (según me dijo): «Voy a escribir algo. Voy a ser escritor. Tuve la sensación de haber sido bendecido».

Nunca había escrito una sola palabra. En la Universidad de Waseda se

licenció en artes teatrales.

—Así que me fui a casa y me puse a escribir una novela.

Y con el tiempo la terminó. Se titula *Escucha cantar al viento* y se publicó en 1979. La anécdota de la epifanía en pleno partido de béisbol la ha contado en muchas entrevistas. Contiene los elementos de un mito tradicional en cuanto a la creación: lo repentino de la combustión espontánea, la devastación de lo que era una absoluta incertidumbre. Pero la calidad mística que posee se halla en consonancia con el estilo de Murakami cuando escribe ficción, que muchas veces contiene una serenidad imposible de aprehender en los desplazamientos narrativos, los personajes con un pie en el jardín del Edén y el otro en Japón, lo enigmático de los motivos por los que actúan. El otro aspecto esencial de esta anécdota sobre la inspiración repentina en las gradas —el descenso del hálito creador, un Sutra Diamante en el sentido en que es un diamante el campo de béisbol— es que Murakami se lo cree.

—El libro... Bueno, el libro no es de lo mejorcito. Luego escribí *Pinball*. Y luego escribí mi primer libro bueno, *La caza del carnero salvaje*. Después ya no he parado. Es lo que me apasiona, es mi amor. Nunca he sufrido eso que llaman el bloqueo del escritor. Nunca he querido hacer otra cosa.

Es el escritor más conocido y más traducido de Japón. Rebosante de salud, rebosante de ideas, sumamente curioso, en Japón se le tiene un gran aprecio. Sin embargo, es invisible; nunca lo reconocen, o al menos eso me dijo; otra figura fantasmal.

El gélido día en que nos vimos en Tokio llevaba vaqueros y una chaqueta de cuero, una bufanda de lana y calzado deportivo. De mediana estatura, de natural sosegado, atento y lacónico, irradiaba tanta inocencia como dureza. En una profesión que es notable por las dudas que siempre inspira en quien la practica, la fe que tiene Murakami en sí mismo —su idea de que su vocación literaria es en parte una misión, en parte una historia de amor— es uno de sus rasgos más notorios. Tan seguro está de sí mismo que es fácil confundir su confianza con la arrogancia, pero es en realidad dureza mental, y lo es de la clase de dureza que permite a una persona correr subiendo y bajando cerros a lo largo de cien kilómetros y sin rendirse, para levantarse al día siguiente y continuar una larga ficción narrativa.

—Hoy seguramente ya has escrito un capítulo —le dije cuando nos encontramos. Eran las diez de la mañana.

—No, entero no —dijo Murakami, y sonrió—. ¿Qué te apetece hacer?

—Pasear.

Una vez, tiempo atrás, le había dicho, en un aparte, que tenía curiosidad por los utensilios japoneses: los cacharros de cocina, las herramientas para trabajar la madera, los cuchillos. Esa parafernalia que es única de la cultura japonesa —los cuencos y cacerolas *soba*, los escoplos, los cuchillos de trinchar— se siguen fabricando en Japón. Esas sierras de formas tan extrañas, sumamente específicas para la talla de tablones de cedro, para ajustar los cantos de los cajones y los *tansus*, nunca se ven en ninguna otra parte del mundo. Son las últimas muestras del diseño tradicional de las herramientas.

Murakami se acordó y me lo trajo a la memoria. Dijo que algunos de esos útiles se vendían en una calle determinada. Me mostró la calle en un mapa que se había bajado de internet. Lo llevaba en una carpeta con otros mapas de itinerarios que había planeado para hacer un recorrido alternativo por Tokio, un recorrido clandestino, o *underground*, en todos los sentidos del término.

Examinar esa cultura material es algo que le agrada, precisamente porque las herramientas eran peculiares de Japón y por estar tan bien hechas. Murakami niega que sus libros tengan un significado profundo, y ha dicho que está en contra de la interpretación de sus textos, si bien sobrevuela su obra, y en especial *Underground*, la idea de que Japón ha perdido el norte y se ha extraviado.

Se lo comenté cuando paseábamos por el parque de delante de mi hotel, rodeando la estación de Ueno.

—A lo largo de la guerra tuvimos orgullo y tuvimos angustia —dijo—. Los primeros éxitos... y luego la derrota. La ocupación fue muy dura, los soldados estadounidenses...

Movió la mano como si quisiera hacerme ver a los infantes de marina entre los cedros y los sauces, a orillas del estanque de Shinobazu, los norteamericanos con uniformes de camuflaje y grandes botas militares que nos mirasen con sus gafas de sol. El recordatorio de la rendición de Japón fue una humillación, pero la elegancia con que la aceptaba Murakami me recordó a Borges, quien dijo que «la derrota tiene una dignidad que el estruendo de la victoria no conoce».

La manera de hablar de Murakami resultaba brusca, casi telegráfica. Decía algo, se interrumpía y terminaba por callar. Sus reconcentrados silencios los tomé por prueba más de su confianza en sí mismo que de timidez. Hizo algunas preguntas. Estuvo ausente en ocasiones, como si estuviese en medio de una

sombra de cautela y vigilancia.

—Admirábamos a MacArthur. Aún le admiramos. Es como una especie de figura paterna.

—No muchos norteamericanos piensan en él —dije—. Fue despedido y fue olvidado.

—Nos ayudó en la reconstrucción. Y hubo que trabajar muy duro en la reconstrucción del país. Las bombas destruyeron muchísimo, sobre todo allí.

Señaló una calle ancha y ajetreada hacia Kappa Bashi, la calle de las ferreterías en que se vendían los cacharros de cocina o las cesterías de los objetos lacados, o los cuchillos, los coladores, las teteras, o las herramientas para trabajar la madera. Se refería a las bombas incendiarias que se lanzaron sobre Tokio, a resultas de las cuales perecieron más personas que con las bombas atómicas. En 1945 Japón quedó destruido. Todas las ciudades, salvo Kioto, quedaron arrasadas. La mitad de los edificios de Tokio fueron reducidos a cenizas. Las órdenes de MacArthur, entonces comandante supremo de las potencias aliadas, fueron bien claras: «Reconstruyamos Japón».

La voz con que habló Murakami fue tan insólitamente trémula y sonó tan agraviada que no comenté lo más evidente, que Japón nos había arrastrado a la guerra mediante el ataque, sin provocación previa, contra Pearl Harbor. Pero pensar en las adversidades y las penurias de la posguerra le recordó el ambiente del momento.

—Ahora nos encontramos en un estado de derrota y postración —dijo—. Nos iba hasta hace poco muy bien, se ganaba dinero. Ya conoces la historia. Las máquinas de fotos, los coches, los televisores. Los bancos prestaban dinero a todo el mundo.

Y de pronto se acabó. Describió cómo el estallido del *baburu keizei*, de la burbuja económica, en los años 1991 y 1992, dejó a todo el mundo aturdido y en muchos casos en la quiebra. A este período de incertidumbre siguieron en 1995 dos acontecimientos que hicieron trizas la imagen que de sí mismos tenían los japoneses, la sensación de solidez inmutable: el terremoto de Kobe y el atentado con gas sarín, en enero y en marzo. Murakami había pasado una década viajando, primero por Italia y Grecia —es en una isla griega donde se desarrolla el drama de su novela *Sputnik, mi amor*— y luego por Estados Unidos, donde dio clases en Harvard, en Princeton, en el MIT y en Stanford. Las pasmosas noticias despertaron la conciencia de Murakami, que se encontraba muy lejos.

—Quise volver, quise hacer algo por mi pueblo —dijo. De pronto se sintió cohibido al decirlo, tal vez al darse cuenta de que sonó a vanidad—. No el país. El país no es nada. Pero el pueblo de Japón es su tesoro.

Íbamos caminando por la calle ancha de Kappa Bashi, por delante de las tiendas, que no eran las que tenía intención de enseñarme.

—Antes del noventa y cinco, enriquecerse era lo más importante —dijo—. Y lo conseguimos, lo conseguimos a base de ingenio y de trabajar con ahínco. Creímos que con eso seríamos felices —su postura era la de un atleta, muy erguido, con los hombros cuadrados y el paso ágil, y avanzaba con rapidez.

—¿Y así fue? ¿Tú fuiste feliz?

No respondió. Hablaba igual que caminaba, a su propio ritmo. Era un rasgo típico de Murakami: no se dejaba ni apresurar ni interrumpir; siempre completaba lo que estuviera pensando.

—Creímos que el dinero podía resolver cualquier cosa.

Llegamos a una esquina y esperamos a que cambiase el semáforo para cruzar. Mientras cruzamos la calle no dijo nada, pero en la otra acera prosiguió donde lo había dejado.

—Pero trabajar con ahínco no nos llevó a una mejor situación. Descubrimos que el dinero no es la respuesta —calló; se percató de que yo estaba tomando notas, y al cabo de un rato siguió—. Teníamos nuestros objetivos. Los logramos, pero esos logros no nos trajeron la felicidad.

—Entonces, ¿cuáles son ahora los objetivos? —pregunté.

—Nuestro objetivo sigue siendo ser felices y estar orgullosos de nosotros —dijo—. Y también buscamos objetivos nuevos.

—Siempre he pensado que la cultura japonesa es un conjunto de tradiciones y símbolos inamovibles. Como el santuario de Yasukuni.

Tenía en mente ese santuario porque era un tanto polémico (se le ha comparado con un monumento nazi), porque su presencia era otra victoria para la Yakuza («que conduce a Japón hacia atrás y hacia la derecha», como ha señalado un comentarista cualificado) y porque aparece mencionado en *Underground*, en una pregunta que formula Murakami a uno de los fieles de la secta Aum. «Los que creían en el emperador pensaban que si uno muere por él, su alma descansa en el santuario de Yasukuni y hallará la paz», había escrito Murakami. Allí estaban los recuerdos glorificados de los asesinos y violadores de Nanking, de los que habían torturado a los prisioneros de guerra enemigos, de los que habían saqueado Singapur, de los sádicos de la Marcha

de la Muerte de Bataan, de los suicidas del ataque a Pearl Harbor, de los que habían secuestrado a las mujeres coreanas y abusaron de ellas, obligándolas a ser esclavas sexuales del ejército imperial, y de muchos otros a los que los japoneses consideraban criminales de guerra.

—El santuario de Yasukuni es para los políticos. Quieren dar muestras de su patriotismo —dijo Murakami cuando se lo pregunté.

Y es muy cierto que todos los primeros ministros han visitado el santuario —en recuerdo de las almas de los soldados— en primavera y en otoño y el 15 de agosto, aniversario de la rendición japonesa.

—Antes de 1945 éramos un país militarista —dijo—. Después hemos sido un país pacifista. Pero éramos los mismos en un momento y otro. Los soldados que masacraron a los chinos en Nanking volvieron a casa y se comportaron pacíficamente. Paremos aquí. ¿Quieres tomar una taza de café?

El pequeño café era de diseño tradicional japonés, revestido de paneles y de mesas y taburetes de madera. Murakami dijo que lo había elegido porque esos sitios tan familiares estaban desapareciendo a ojos vistas, expulsados por los cafés de las grandes cadenas, sobre todo norteamericanas. Y el café allí también era mejor.

—¿Es un sitio antiguo? —pregunté.

—Debido a los bombardeos norteamericanos —dijo—, todos los edificios de los alrededores tienen menos de sesenta años.

—¿La gente echa de menos los viejos tiempos?

—Mi madre decía que Osaka ahora está mejor que antes —dijo—. Que vivimos en un mundo mejor. Más apacible que antes.

—¿Y tú qué opinas?

—Nos dieron la libertad. Nos dieron el sistema capitalista. Date cuenta de que en Japón nunca hubo una revolución.

También estaba yo pensando, aunque no lo dije, que se les libró de la idea de conquistar Asia y el Pacífico para anexionarlos al imperio japonés. Se ahorraron de ese modo un complejo destino, y sin imperio y sin ejército Japón pudo concentrar todos sus esfuerzos en su prosperidad. Murakami tal vez se hubiese mostrado de acuerdo, aunque es probable que hubiese añadido: nos cayó encima la bomba atómica y fuimos humillados. Lo cual era cierto.

—Tú estabas en la universidad en el año 68 —dije—. Fueron tiempos de tremendas protestas estudiantiles. ¿Tomaste parte en las manifestaciones?

—Fui un rebelde en Waseda, así es. Los soldados norteamericanos venían

aquí de permiso cuando estaban en Vietnam. Nos manifestamos. Ocupamos la universidad.

—¿Ahora hay manifestaciones contrarias a la guerra de Irak?

—No.

—¿Porque el gobierno no las ve con buenos ojos?

—No. Seguramente, por apatía estudiantil.

—Pero en Japón existe en cierto modo una represión cultural, ¿no es así?

Asintió. Nos había servido los cafés una mujer menuda, con un delantal azul y una cofia blanca. Éramos los únicos clientes del café. Y era fácil tomar nota en mi cuaderno en aquella mesa de madera.

—Siempre se tiene la sensación de que uno está vigilado —dijo.

—¿Te sentías así, como si llamaras la atención?

—Sí. Uno tenía que decidirse a ser diferente.

—Pero tu padre era un hombre de libros —dije—. ¿Eso no te sirvió de ayuda?

—Mi padre y yo nunca hablamos de libros. Lo que yo quería era huir de Kioto.

—Hay un pasaje en un ensayo de Henry James sobre Inglaterra en el que dice que todos los ingleses encajan muy por los pelos en su sociedad. ¿Eso también es cierto en Japón?

—También es cierto aquí, aunque las cosas están cambiando. Yo me rebelé contra esa estrechez.

—¿Cómo?

—Al terminar mis estudios me convertí en nada. Mi padre se llevó una gran decepción. Se agriaron nuestras relaciones.

—Pero tú ya querías ser escritor.

—No. Yo no tenía las cosas nada claras —me miró fijamente por encima de la taza de café—. Me había casado. Sólo quería escuchar música.

Fue entonces cuando me dijo que puso en marcha su club de jazz y me contó cómo durante varios años se dedicó a escuchar música casi a todas horas, pero también a la lectura. Se había casado muy joven, a los veintidós, y sus padres llegaron a pensar que se había echado a perder. Se fue a vivir a casa de Yoko, con cuyo padre se llevaba bien. Era un tendero que no le planteó ninguna exigencia.

—Amaba a Yoko. Eso era lo único que me importaba.

Murakami hizo todas estas sencillas afirmaciones con mucho sentimiento,

con una intensidad tan inesperada que me pareció atisbar al menos en parte tanto la pasión como la profunda soledad a la que el amor dio una vía de escape.

Y después nos lanzamos a las tiendas de Kappa Bashi. En un puesto donde vendían cubiertos me mostró los cuchillos especiales, los cuchillos de carnicero y las dagas y los cuchillos de trinchar, todos de acero templado, oscuro, y un cuchillo alargado y estrecho, como una espada, para trocear los peces de gran tamaño y preparar el *sashimi*. En las paredes y en las vitrinas había escoplos y sierras para dar forma a los bloques de hielo.

En otra tienda que vendía objetos lacados compré un cuenco en forma de gran tetera cuadrada para servir el caldo de *soba*. En esa misma tienda vendían fuentes, platos y bandejas. Ninguno de los cuchillos especiales, ninguno de los objetos lacados parecían tener aplicación en la cultura occidental, cuando en cambio son fundamentales en la cultura japonesa. Sólo las bandejas, sin ir más lejos, eran elementos esenciales en la vida cotidiana en Japón. Las había grandes y pequeñas, de plástico, de madera, lacadas. En un banco, por ejemplo, el dinero jamás pasaba de mano en mano, sino que se colocaba en una bandeja para ofrecérselo al empleado o al cliente. Había bandejas para alimentos, para llevar tazas o cuencos, bandejas para tarjetas y papeles, para los palillos, para los zapatos, para las zapatillas de andar por casa.

Recorrimos tiendas en las que se vendían herramientas y examinamos sierras y martillos, utensilios de cocina, y vimos después algunas cesterías. Algunos de los diseños eran antiguos, aunque aún se vendían y se seguían utilizando; no los habían desplazado las novedades. La cultura japonesa es seguramente la más avanzada del mundo en lo referente a los ordenadores y demás artilugios electrónicos, si bien todas las innovaciones funcionan a la par que siguen usándose estas herramientas anticuadas. En cierto modo, todo aquello eran residuos heredados de un mundo antiguo, periclitado, más tranquilizador.

Era la cultura que había pervivido en el Namiki Yabu Soba, el restaurante especializado en tallarines adonde fuimos después. La acogida formal que nos dieron, con una pronunciada reverencia, la cortesía en el trato, resultaron inesperadas en una ciudad tan frenética. Y así como nuestra mesa era una novedad, el pasado seguía presente en toda la sala, donde había una docena de comensales sentados con las piernas cruzadas sobre los tatamis.

—Este sitio sí parece antiguo.

Murakami sonrió forzosamente.

—De la posguerra. Como todo lo demás.

Murakami sacó una fotografía que formaba parte del dossier que había preparado para nuestro paseo por la ciudad. La panorámica mostraba unos treinta kilómetros cuadrados de Tokio arrasados; no sólo arrasados, sino también abrasados, calcinados por completo.

—Así estaba la ciudad el 9 de mayo de 1945.

Un erial, un cúmulo de escombros y cenizas, tierra baldía, uno o dos edificios a duras penas en pie, renegridos, y el frío brillo del río.

—Allí se refugió la gente —dijo, recorriendo el río con el dedo—, pero es que hasta el río ardía. Todo quedó abrasado por el napalm.

Estábamos los dos encorvados sobre la fotografía cuando nos trajeron los cuencos de tallarines calientes, *soba*, en sendas bandejas: una para cada uno, otra para los palillos, un platillo de verduras aliñadas en una bandeja más pequeña.

—Los B-29 orquestaron los bombardeos. Todo ello fue planeado y dirigido por Curtis LeMay.

Si hubiese preguntado a algunos de mis amigos más cultos quién había sido el autor de los bombardeos de Tokio con bombas incendiarias, dudo mucho que alguno hubiera sabido dar con el nombre exacto.

—Aquella noche perecieron cien mil personas, en su mayor parte civiles —dijo Murakami. Pasaba el dedo de un montón de cenizas a otro, por toda la fotografía—. Fue una muralla de llamaradas. Ahora estamos aquí —y con el dedo señaló un trozo de cenizas del que no destacaba nada—. Se habla mucho de Dresde, pero esto fue mucho peor que Dresde, donde perecieron treinta mil personas. No hubo forma humana de escapar con vida.

Mientras miraba la fotografía estaba pensando en que cuatro años antes de los bombardeos hubo otro bombardeo, los aviones japoneses que levantaron el vuelo protegidos por el sol de la mañana, las bombas que lanzaron sobre la flota anclada en Pearl Harbor. Sin embargo, en el documental titulado *La bruma de la guerra*, Robert McNamara, secretario de defensa durante la guerra de Vietnam, dijo que basándose en los bombardeos que habían ordenado desencadenar LeMay y él existían todas las razones para que a los dos los colgaran por crímenes de guerra. Una de las paupérrimas justificaciones que dimos por nuestros bombardeos en todo Japón fue que

ningún japonés podía ser considerado estrictamente civil, pues todos ellos, mujeres y niños incluidos, habían sido adiestrados para la guerra, de modo que eran objetivos legítimos para nuestra aviación.

—Un bombardeo así es terrible —dije—, pero en la guerra obedece a una intención. Se trata de desmoralizar a la población, de socavar el respaldo de un gobierno que tal vez les hubiera contado una historia muy distinta de la realidad. Fue espantoso, pero la intención era obligar al enemigo a rendirse.

Murakami se detuvo a sopesarlo. Era un hombre reflexivo, que nunca se precipitaba, que siempre hablaba con gran cuidado.

—Sí. Como dices, aquí la gente se desmoralizó —dijo—. El emperador visitó la ciudad pocos días después. Eso no había ocurrido nunca. La población estaba atónita. Fue como si hubiesen visto a un dios. El emperador quedó conmovido. Había cambiado algo. Estaba del todo sobrecogido. Hizo un discurso. Todos se dieron cuenta, de repente, de que era de carne y hueso.

Lo dijo despacio, como si quisiera ayudarme a que no lo olvidase, como si quisiera dejármelo muy claro, aunque yo estaba pensando en otra cosa que había dicho antes: *hasta el río ardía*.

Cuando nos fuimos del restaurante, echamos a andar hacia un mercado y vi a algunos extranjeros, blancos y grandes, *gaijin*, y hablamos de los forasteros, un tema que puede llegar a ser obsesivo en un país como Japón, racialmente singular. Me sentía como un inepto, un pazguato, le dije; cuando viajaba prefería el anonimato. Sí, dijo Murakami, eso era evidente: todos los extranjeros llaman la atención en Japón.

—Pero yo llamaba la atención en Estados Unidos —dijo.

—Estuviste en universidades importantes, y esos lugares suelen ser multirraciales en gran medida.

—No, quiero decir cuando atravesé en coche Estados Unidos.

—¿Cuándo fue eso?

—En el noventa y cinco, con un amigo japonés —dijo Murakami—. Nos paraban cinco o seis veces al día cuando pasamos por Minnesota, Dakota del Sur, Montana...

—¿En serio?

—¡Sí! —el recuerdo se agitó en él—. Yo era un japonés al volante de un Volvo nuevo y reluciente. «A ver, enséñeme el permiso de conducir y los papeles del coche.» Nos pasaba a diario —imitó el tosco acento de un policía norteamericano para decir—: «No es más que una advertencia.» «¿Por qué una

advertencia? ¿Qué he hecho, eh?» «A ver, caballero: ¿he dicho yo que haya hecho algo? No es más que una advertencia.»

Me eché a reír al oírle imitar a un policía del Medio Oeste, pero fue una risa forzada, porque había oído contar anécdotas similares a otros extranjeros que atravesaron el país en coche.

—Lo peor de todo fue Utah. Allí nos paraban a todas horas —dijo—. Y en Dakota del Sur hay una localidad que se llama Welcome. Vi el rótulo y le dije a mi amigo: «Paremos aquí» —adoptó un gesto de tristeza, exagerando la curva descendente de los labios—. Nadie nos dio la bienvenida.

Contó otra historia. Una vez, estando en Washington D. C. para dar una conferencia, se dirigió a su hotel a registrarse. Había alguien delante de él en el mostrador, de modo que mantuvo una distancia respetuosa. Apareció entonces un hombre blanco y robusto («probablemente de un lobby, de un grupo de presión») y se plantó delante de Murakami. Al verlo, otro hombre señaló a Murakami y reprendió al individuo, diciéndole que él estaba primero. El hombretón dijo que de eso nada, que él había llegado antes, una mentira como una catedral.

A pesar de todo, dijo Murakami, guardaba gratos recuerdos de Estados Unidos. Las creaciones culturales de Norteamérica —canciones, comida, expresiones, nombres de lugares— son notas de adorno en sus obras; su conocimiento de la sociedad norteamericana es un rasgo excepcional de su ficción.

—Vayamos al metro —dijo.

Bajamos por un ascensor en Kasumigaseki, en la línea Hibiya. Me dio un billete, pero cuando pasé por el tornó me volví a mirar y vi que el suyo lo había rechazado la máquina. Al intentarlo más veces se formó una cola. La gente lo miraba de reojo y se dirigía a los otros tornos. Se acercó a un revisor, que estudió el billete y le explicó un detalle, indicándole el remedio con una mano enfundada en un guante blanco; todo el personal de los ferrocarriles en Japón, y muchos trabajadores, llevan guantes blancos.

Lo que más me impresionó es que en todo este tiempo, mientras obstruía el tornó, con aire de estar confuso entre docenas de usuarios del metro, o consultando con el revisor, ni una sola persona se paró a decir «¡Haruki Murakami! ¡Me encantan sus libros!». No sólo era el escritor más conocido y el más leído de todo Japón, sino que llevaba casi treinta años publicando. El autor de *Underground*, la historia del atentado en el metro, se encontraba en

una de las estaciones subterráneas sobre las que había escrito. Al no ser más llamativo que ningún otro japonés, pasaba meramente por un espectro, imposible de identificar como un escritor famoso.

Se lo comenté.

—Sí, nadie sabe qué cara tengo. Aquí no he salido nunca por televisión. Siempre digo que no. Me lo suelen pedir, pero siempre me niego.

—¿Por qué?

—Para poder vivir así.

Se refirió a que se encontraba en el metro, a que podía pasear sin que nadie se fijase en él, con toda paz, con una chaqueta de cuero y unos guantes de lana, una bufanda roja y unos vaqueros.

Me explicó entonces cómo entraron en la estación, por parejas, los terroristas del Aum Shinrikyo, cómo montaron en los trenes, se pusieron las máscaras antigás, perforaron los envases de gas sarín con la punta de los paraguas, y salieron a toda prisa de los trenes. Cronometraron las acciones, de manera que el gas se liberase simultáneamente, causando todo el daño que pudieron.

Más adelante, una de las víctimas del gas dijo a Murakami: «Desde que terminó la guerra, la economía de Japón ha tenido un crecimiento muy veloz, hasta el punto de que hemos perdido toda sensación de posible crisis, y las cosas materiales son lo único que importa. La idea de que sea malo hacer daño a los demás ha ido desapareciendo gradualmente».

Y uno de los fieles le dijo lo siguiente: «Lo que más me gustaba de los libros de culto del Aum es que claramente se afirmaba en ellos que el mundo es malvado. Me alegré mucho cuando leí eso. Siempre había pensado que el mundo era una injusticia y que bien podría destruirse».

En ese lugar inocente y ordenado, entre el flujo continuo de los pasajeros por la estación, no menos ordenados, sin que nadie se quedara parado, sin que nadie mirase a nadie, era fácil entender cómo pudo operar alguien deseoso de colocar una bomba, e incluso un terrorista suicida, o, como en el caso del atentado de la secta Aum, cómo pudo introducir envases llenos de un gas mortal y perforarlos con la punta afilada de un paraguas. Aunque no fuera evidente la presencia de los descontentos en una cultura aparentemente monocroma, había personas suficientemente enojadas para causar estragos. Murakami lo había entendido. Escribió que «no llegaremos a ninguna parte mientras los japoneses sigan despreciando el fenómeno de la secta Aum,

considerándolo algo extraño a nosotros, una presencia ajena que se observa a través de prismáticos, en la orilla más lejana. Por desagradable que sea la perspectiva, es importante que los incorporemos “a ellos”, hasta cierto punto, dentro de esa construcción que llamamos “nosotros”, o al menos dentro de la sociedad japonesa».

Viajamos en la línea Hibiya hasta la estación de Nakaokachimachi, en el barrio de Akihabara.

—Un barrio de zoquetes —dijo Murakami.

Pero parecía exactamente igual que cualquiera de las otras zonas de Tokio en las que había estado: edificios altos como lápidas, rótulos luminosos que titilaban con frenesí, calles atascadas por el tráfico, las aceras llenas de gente, las sombras inclinadas. Caminando por una ranura abierta entre los edificios, muy próximos unos a otros, tuve la sensación de estar en un interior, que es otro de los rasgos más raros de las ciudades, el modo en que a uno lo oprimen, lo atrapan, lo encierran en un aire irrespirable.

—Todos esos tipos trabajan en oficinas —dijo Murakami—. Son todos unos zoquetes. ¿Y qué nos encontramos aquí?

Iba caminando por la acera con la vivacidad de costumbre, indicando los carteles de las agencias y las oficinas.

—Pop Life. Seis pisos de porno —dijo—. Además, hay salones de masaje. ¿Ves esos letreros? Y allí hay cabinas de vídeo. Y ese otro sitio, Corazón Puro, y ese que dice Criadas Francesas.

—¿Hay criadas francesas en Japón?

—No. Del manga.

Las fantasías sexuales de las criadas francesas con sus atrayentes uniformes, las medias de rejilla y los zapatos de tacón de aguja, con un plumero en la mano, se habían originado en los cómics del manga. Es un detalle que dice mucho del poder que tienen los cómics a la hora de influir en la vida interior de los japoneses, y que evoca también bastante de la soledad en que viven.

Murakami hizo una pausa en un cruce y miró alrededor, en busca de algo que mostrarme. De nuevo apretaban el paso las multitudes apiñadas, el famoso escritor como una presencia invisible entre sus lectores.

—Echemos un vistazo a Pop Life —dije.

—¿Qué dirían mis lectores si me vieses aquí? —dijo en un susurro ya dentro, rodeados de pornografía.

El japonés es adicto a los eufemismos. Los eufemismos son característicos

de una cultura de la represión o del secreto; el inglés, el irlandés, el chino y el submundo de la delincuencia no son menos propensos al eufemismo. En vez de «retrete», un japonés probablemente diga «el honorable sitio que no está limpio» (*gofujo*), y la respuesta «me lo pensaré» (*kangaete okimasu*) quiere decir «de ninguna manera». Tales eufemismos los comentó un lingüista que vive en Tokio, Roger Pulvers, en un artículo que casualmente leí en el *Japan Times*. Pulvers afirma que «el eufemismo más corriente para designar lo caliente, lo picante y lo escabroso es *ecchi*. Es una palabra que deriva de la inicial de *hentai*, la hache, y *hentai* significa anormal o pervertido».

Ecchi es buen resumen de Pop Life. Aunque Murakami no se altera fácilmente, hasta él parecía un tanto sorprendido ante lo que encontramos en aquellas seis plantas de bullicio continuo, llenas de artículos relacionados con el sexo.

—DVD, lociones, imágenes —murmuró Murakami cuando recorrimos la primera planta y subimos por la escalera a la segunda, donde se exponían en una pared entera cuerdas para *bondage* de todos los colores y grosores—. *Bondage* se dice *shibari* —explicó Murakami mientras yo tomaba notas—. Pero el japonés es una lengua sutil y específica. Éstas representan el *kin-baku*, *bondage* severo.

—Entendido.

La tercera planta estaba llena de vibradores, consoladores y artilugios de extrañas formas para siniestras penetraciones. Estaban dispuestos por tamaños y colores, todos perfectamente envueltos en sus cajas. Murakami estaba fascinado al recorrer todo el muestrario.

—Mira, vienen con manual de instrucciones —dijo, y apretó una bolsa de plástico y leyó las instrucciones.

En una sala adyacente había abundantes máscaras eróticas, mordazas de todo tipo, látigos, cadenas, esposas. Trajes de látex y botas de plástico.

—«Made in China» —tradujo Murakami.

—Así que este sector también fabrica fuera del país.

Murakami sostuvo en alto otra etiqueta.

—¡Diseñado en Japón! —dijo fingiendo un gran contento.

La lencería y los uniformes estaban colgados en multitud de perchas en la cuarta planta. Un enorme letrero, en japonés, coreano, chino e inglés, decía «30% de descuento si posa usted para una Polaroid». Allí mismo había un centenar de Polaroids de muchachas japonesas —clientas satisfechas—

ataviadas con exiguas prendas de lencería o con estrafalarios disfraces, la mayoría sonrientes e intentando adoptar poses *sexies*, más juguetonas que viciosas, como sus explicaciones escritas a mano.

«Esto me lo pondré en una fiesta de Halloween», rezaba una inscripción. Otra: «Esto me lo pondré el sábado». Una tercera, con ropa interior de piel: «Es una sorpresa». Una japonesa con uniforme de criada francesa: «Soy la chica de Larry». El disfraz de criada costaba ochenta y cinco dólares. El uniforme de colegiala, más bien tedioso, era más barato. Había hileras de uniformes de animadora, de enfermera, de bruja, medias de duende, etcétera.

—¿Y esto?

Murakami tradujo la etiqueta de un mono ajustado de color rojo.

—La diablesa.

Uniformes de azafatas de vuelo, camuflajes militares, incluso una «anfitriona a la hora del té», que parecía tomado de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Éste es un traje de *miko* —dijo Murakami, y sostuvo en alto una especie de kimono de muchos colores—. Estas mujeres acuden a los santuarios.

—¿Y esto resulta erótico?

—Puede ser. La *miko* ha de ser virgen.

La dulce camarera era otra opción, parecido al uniforme de una camarera de restaurante barato en Estados Unidos o en un auto-restaurante.

Subimos a la siguiente planta: vídeos. Estaban ordenados por categorías en los anaqueles, y muchos eran de voyeurs, «vídeos secretos», que es como Murakami tradujo *tousatsu*: imágenes captadas por un agujero en un vestuario, en un cuarto de baño, en un baño público, en una sala de sauna, o bien tomas por debajo de las faldas y tomas de muchachas desnudas y semidesnudas. Las otras secciones se explicaban por sí solas, con etiquetas como «*Bondage* a lo grande», «Maduritas», «El rincón de Lolita».

—Mira éste —dijo Murakami con una sonrisa perversa, tomando un DVD titulado *La mujer de tu hermano*.

En la funda del DVD aparecía una fotografía de una mujer ansiosa y de un hombre atormentado. Había una estantería entera, llena de cosas por el estilo.

—Otra clase de sueño —dijo Murakami.

A menudo, más avanzado mi viaje, me paré a pensar en nuestra visita a Pop Life, y me sonreí ante este recuerdo, Murakami con su chaqueta de cuero y su bufanda roja, con el envoltorio en la mano, murmurando... «Otra clase de

sueño».

En cambio, el sueño de la dominación era el más corriente de todos. Me pareció un tema recurrente. La mayoría de los DVD eran fantasías de poder: violación, intimidación, sumisión en los niveles más abyectos. Los uniformes representaban de nuevo a doncellas, criadas, colegialas... las débiles, las que más se avienen, las que más fácil resulta explotar, mujeres que estaban al servicio de otros: éstos eran los roles que excitaban la imaginación masculina en Japón. No vi ninguna figura maternal, ninguna mujer poderosa, ninguna rubia de gran tamaño, ningún bombón de senos generosos, ninguna belleza deslumbrante y sonriente: sólo las débiles, las vulnerables, las colegialas como sílfides y las jovencitas dulces con cara de hada, pequeños, flacuchos objetos sexuales, el tipo de chica que se veía deambular por todo Tokio, jovencitas a las que (ya lo había insinuado Murakami) sólo un zoquete podría dominar.

Los uniformes son corrientes entre los trabajadores japoneses, no sólo los conductores de autobuses y las camareras, sino también los barrenderos y las dependientas y los revisores de tren con sus trajes azules y sus guantes blancos. Como son muchas las personas que en la sociedad japonesa eligen un rol, o bien viven con un rol asignado, el sexo adquiere la forma de los juegos de rol. Igual sucede con el ocio, igual sucede con el trabajo, con sus atuendos particulares.

Habíamos llegado a la última planta y estábamos mirando el libro de invitados y los comentarios que contenía. En medio de una página destacaba una afirmación de un visitante de Pop Life, escrita en grandes caracteres.

—¿Qué es lo que dice?

—«Antes que mirar todo esto prefiero comer mierda» —tradujo Murakami.

—Muy bien, vámonos.

Sacó otro mapa. Tomamos el metro hasta otra estación, nos bajamos y echamos a caminar. Tras bastantes complicaciones —la numeración de la calle no seguía un orden lógico— encontramos el @home Café, donde (confirmación de lo que ya había supuesto que era una fantasía bastante común) las camareras iban vestidas de doncellas domésticas con uniformes de puntillas y todas ellas afirmaban tener diecisiete años. Nada más entrar se arrodillaron tres delante de nosotros.

—Bienvenido a casa, querido amo —dijo una de las chicas, y Murakami tradujo.

—*Danna-sama* significa «señor» —dijo—. *Master*, que es señor y también es amo, suena mejor en inglés.

Murakami tradujo cuando la chica se dirigió a mí:

—Soy Saki, querido señor —y con una sonrisa de complicidad añadió—: Como el escritor.

Se nos dio un menú.

—Yo quiero un café —dije.

Murakami también pidió café. Hice mis cuentas: los dos cafés costaban dieciocho dólares. La sumisión tiene un precio.

—Sí, querido amo.

Pasamos allí un rato charlando con las obsequiosas doncellas, mientras algunos hombres joviales, en otras mesas, mangoneaban a las otras doncellas de la casa. Algunos se hicieron fotos con ellas, los hombres como dueños y señores de la casa entre sus adulatoras criadas.

—A mí esto no me dice nada —dije.

—No es gran cosa —dijo Murakami—. Pero hay sitios más oscuros que éste, del mismo estilo, donde los clientes son más exigentes.

—¿No prefieres tomar una cerveza?

Encontramos un bar tranquilo, uno de esos bares en la última planta de un edificio, con vistas a las luces de la ciudad, y nos sentamos a charlar en unos sillones bien tapizados. Le pregunté por Yukio Mishima. Fue un novelista insólito, culturista y líder de un movimiento militarista y ultranacionalista. Una mañana, nada más terminar de escribir una de sus novelas, Mishima y sus hombres, de acuerdo con un plan bien elaborado, asaltaron el despacho de un general, lo ataron a una silla y desde el balcón arengaron a sus soldados formados en el patio. Luego, mientras el general los contemplaba horrorizado, todos ellos se suicidaron al estilo japonés, decapitándose unos a otros, hasta que los últimos que quedaban con vida se abrieron con las espadas el abdomen, desparramándose los intestinos por la alfombra.

—Fue su amante quien lo decapitó —dijo Murakami—. Era un narcisista y era muy bajito. Seguramente necesitaba una compensación por su escaso tamaño. Su obra no me parece gran cosa.

—A mí me gusta *Confesiones de una máscara*.

—Cuando Truman Capote estuvo aquí, tuvo relaciones sexuales con Mishima.

—Eso no sale en la biografía de Capote.

—Que yo sepa, eso no está en ningún libro. Pero así fue.

Hablamos de los autores que han escrito un solo libro, del atletismo, de los viajes por carretera, de Italia y de Hawái y de los viajes en general.

—¿Habías estado antes en Tokio? —preguntó Murakami.

—Hace mucho tiempo —dije—. Aquí me sentí muy perdido, y tuve una gran nostalgia. Echaba de menos a mis hijos, tanto que fui a una tienda de juguetes en Roppongi. Kiddyland, a lo mejor todavía existe. Les compré juguetes y los llevé por todo el camino de vuelta hasta Londres, en el transiberiano.

Murakami me escuchó con paciencia. Él no tiene hijos. Terminé mi cerveza, pedí otra y contemplamos por los amplios ventanales las luces de la ciudad.

—Llamé desde aquí a mi mujer —dije—. La comunicación era bastante mala, pero la oí bien. Estuvo muy hostil. Le dije que la echaba muchísimo de menos. Pese a todo, ella apenas dijo nada. Me di cuenta de que estaba con otro hombre —me estaba tomando la cerveza, rememorando todo aquello—. Después del largo viaje en tren, de regreso a Londres, estaba agotado y estaba medio loco. Tenía que escribir un libro. Y aquel individuo seguía mariposeando sobre mi matrimonio. Yo estaba celoso, estaba colérico. No lograba que ella me prestase atención, ¿sabes? Le llegué a decir a mi mujer que la iba a matar.

Fue un recuerdo espantoso. Me produjo una gran vergüenza. Pero allí estaba, en un bar en la última planta de un hotel de Tokio, con el cordial y atento Haruki Murakami, que algo sabía de cómo es la vida. ¿Cuántas cervezas me había tomado? ¿Tres, cuatro? Me estaba preguntando si el lago que se veía a lo lejos estaría helado en aquella noche de enero. Olvidé lo que acababa de decir. Miré de reojo a Murakami y vi que me miraba con cierta impaciencia.

—¿Lo hiciste? —se había incorporado en su sillón.

—¿Que si hice el qué?

—Matar a tu mujer.

—Oh, no. Sólo fue una amenaza. También amenacé a aquel individuo. Le dije que lo iba a matar si volvía a verlo.

Pero Murakami seguía impaciente, ansioso.

—¿Cómo escribiste el libro? —preguntó.

—Ahí está la cosa. El libro fue lo que me curó. Escribir el libro me ayudó a volver a mis cabales.

Murakami asintió y pareció más tranquilo.

—El dolor es inevitable. El sufrimiento es opcional. No sé quién lo dijo,

pero estoy de acuerdo.

—Ya, Haruki, pero tú eres un tío sano. Corres a diario, estás en gran forma.

—Lo que yo digo es que hace falta estar sano para saber ver la parte insana de uno mismo.

—A lo mejor tendría que buscarme una esposa japonesa que adorase hasta el suelo que piso.

—Llegas con un retraso de unos sesenta años —dijo Murakami, y dio un sorbo a su cerveza. Esbozó una breve sonrisa y pareció de pronto apenado. Acababa de recordar algo—. Mi mujer lee mis libros antes que nadie. Es muy crítica. A veces, cuando sus críticas son duras, me irrita muchísimo.

Pensé en decir que te critica porque le importas, pero me contuve, porque habría sido un lugar común. Lo cierto es que en esos momentos Murakami parecía inconsolable.

Hablamos de nuestros planes para el fin de semana y dije que iba a tomar el tren a Sapporo y aún más al norte, a Wakkanai.

—Wakkanai es aburridísimo.

—Entonces seguro que me gusta —dije—. ¿Y tú qué haces el fin de semana?

—Trabajar en mi novela —dijo Murakami—. Y luego correr la maratón de Chiba.

28. Tren nocturno a Hokkaido

El superexprés de Hayate

El tren de alta velocidad salió como una bala de la estación de Ueno, rumbo al norte a través de setenta kilómetros de sucesivos bungalows, pequeños y grises, apiñados en las tierras llanas y anodinas, las montañas a lo lejos, el cielo bajo del invierno llorando mansamente. Pocas horas después, en Ninohe, al norte de Honshu, la nieve salpicaba el terreno. En un helado Hachinohe tomé un tren más pequeño, que salió diez minutos después y se internó por los campos nevados: hileras de árboles pelados, pinos altos en los márgenes. Cada uno de los árboles parecía plantado a propósito en medio de la alta nieve.

Con la penumbra de la tarde, la tormenta de nieve que cayó en Noheji fue una delicia, como una profusión de plumas de almohada que volasen sobre una gran bahía azulada como un glaciar. El tren recorría la costa salpicada de islas amontonadas, marrones, junto a un mar invernal en el que dos aves grandes, como cisnes, cabeceaban de un lado a otro. Luego, la ciudad de Aomori y un túnel bajo el estrecho de Tsugaru, hasta la isla de Hokkaido, del que emergió el tren al cabo de cuarenta y cinco minutos, ante unos montes escarpados y cubiertos de nieve, como servilletas de lino bien dobladas, y por fin el campo abierto y despoblado con que había estado soñando, mejor incluso que en mis sueños, pues estaba cubierto de nieve espesa que relucía con la luz escasa del crepúsculo.

Al cambiar de trenes en Hakodate, a los pasajeros en tránsito —no éramos muchos— nos recibió con elaboradas muestras de cortesía una joven con un uniforme azul e impoluto, con medias negras y tacones altos y un pañuelo de seda al cuello, encarnación de una de las fantasías de la cuarta planta de Pop Life, en Tokio. Prácticamente todas las trabajadoras del sector público en

Japón llevan un uniforme que las distingue, y éstas eran las recatadas y sumisas mujeres que inflamaban las pasiones de los hombres, los objetos de deseo que enloquecen a los hombres cuando les dan los cambios, les emiten un recibo o les pican los billetes.

Al cabo de pocas horas más de luz teñida de nieve en plena noche llegamos a Sapporo. El viaje que tiempo atrás me había llevado un día y medio, sin olvidar la larga y heladora travesía en ferry por el estrecho en el que estaba bravo el mar, era ahora una inapreciable transición desde Tokio, en sólo diez horas, con un túnel bajo el mar que unía una isla con otra. Aún nevaba cuando llegamos a Sapporo, y la nieve se había acumulado en la ciudad, apelmazada y surcada por las huellas de los coches incluso en las calles principales. Sapporo tenía ya su propia línea de metro y una orquesta sinfónica, una nueva estación de ferrocarril dentro de un centro comercial y, por encima de la estación, varios hoteles. Tomé la escalera mecánica desde el andén de llegada y atravesé la zona comercial hasta el vestíbulo del hotel, en donde con otra reverencia me recibió la inevitable joven de uniforme gris, traje sastre de buen corte y sombrerito y guantes, toda ella buena disposición y sumisión incluso.

Constituía otro aspecto de la cultura de lo bonito que se practica en Japón, análogo a la imaginaria de los ositos de peluche y las gatitas, suave, nada amenazante, nada sofisticada, como la chica que repartía panfletos publicitarios de teléfonos móviles en el centro comercial, que iba vestida como una colegiala, con falda plisada, y peinada con dos trenzas. Era fácil encontrar ejemplares del mismo estilo en los cómics manga, especialmente en los que relataban los amoríos de las colegialas y, al cabo de unas cuantas páginas, se convertían en participantes en descomunales y vistosos actos sexuales. Esas caricaturas de caritas de ángel evidentemente tranquilizaban a los japoneses, les hacían sentirse menos solos, ansiosos de encontrar a esas agentes de ventas o distribuidoras de publicidad de carita de ángel en forma de ser humano.

Había visto libros de cómics japoneses ya en mi viaje de *El gran bazar del ferrocarril* y me habían afectado un tanto, en especial por las imágenes de vómitos y ventosidades y rocambolescos actos sexuales. Las singulares representaciones de las vomitonas y los pedos les habían otorgado un lugar aparte en mi experiencia lectora. Estaba reflexionando sobre todo esto en un cibercafé de Sapporo cuando vi a un hombre al otro lado del pasillo: pasaba con ademán cansino las páginas de una gruesa revista que era sobre todo de

cómics, no una historieta, sino una novela gráfica.

Estos cómics venían a ser una mayor elaboración de la vida japonesa, mayor de lo que había visto antes, y no en profundidad, sino en extensión, con lo que producían una superabundancia de superficialidad. En cambio, las librerías no estaban bien surtidas. El manga y la novela gráfica parecía que representasen un abotargado y desafiante antiintelectualismo, aunque no eran pocos los que defendían que se trata de un arte a la par del *ukiyo-e*. De todos modos, por bien dibujados que estén, los modernos manga resultan banales, tontuelos, fantasiosos a lo sumo, trazados con premura, con tosquedad, por comparación con la obra de los grandes grabadores del pasado. Los grabados eróticos de Hokusai me resultan mucho más poderosos, con una mayor carga sexual, que estos absurdos cómics.

El cibercafé era justo esa clase de pasatiempo futurista, esa cúpula del placer que han imaginado Orwell o Huxley. Muy pocos de los usuarios estábamos bajándonos el correo. La mayoría del centenar de cabinas y cubículos eran como despachos abiertos, tabicados por un lado y otro, de altas paredes, para que ni siquiera un japonés de alta estatura pudiera asomarse a ver si la persona de al lado, con las piernas cruzadas, con auriculares, estaba mirando fotos, jugando a algo, viendo vídeos u ojeando pornografía.

Muchos de los cubículos contaban con un sofá o un sillón; quien lo alquilase podía estar durmiendo, roncando sonoramente, comiéndose unos tallarines, sorbiendo una sopa de *miso* o tomándose un té; casi toda la comida del cibercafé de Sapporo era gratis. En una sociedad en la que existe tan poca intimidad, un lugar como ése seguramente es esencial, y era posible pasar allí el día entero por unos veinte dólares. Muchos de los usuarios estaban sentados sin más en un sillón de mullidos cojines, leyendo uno de sus gruesos cómics.

Pero decir «libros de cómics» no les hace justicia. Se publican en secuencias seriales, como aquellas revistas victorianas —*Household Words* o *All the Year Round*— en las que se publicó por entregas *David Copperfield* a lo largo de muchos meses. Una de ellas era *Nana*, no la novela de Zola, sino los treinta y cinco números dedicados a un personaje de cómic y a sus picarescas aventuras, a menudo de carácter sexual. Otras narraciones por entregas eran las dedicadas a las bandas de malhechores, los colegiales, los violadores en grupo, los mafiosos, los aventureros, o bien a los deportes, la moda, las carreras de coches y, por supuesto, el porno duro: violaciones, secuestros, estrangulamientos. A pesar incluso de un descenso en las ventas,

que han caído del mayor pico alcanzado, rondando los cinco mil millones de dólares al año, las novelas gráficas de una y otra forma son probablemente el futuro de la literatura popular; cada vez se descargan más en los teléfonos móviles. Puro placer visual, sin exigencias por parte del consumidor, sin ideas, sin desafíos, si bien resultan evidentemente estimulantes, un subidón de azúcar como el de la comida basura, otro factor que reblandece el cerebro; indican el fin de la novela en su sentido tradicional, tal vez el fin de la escritura misma.

—¿A qué hora cierran? —pregunté a la encantadora chica estilo manga, con vistoso pelo pincho, que atendía en la caja.

—No cerramos nunca. Abierto todo el día y toda la noche.

El salón de los placeres bien iluminado, con sus cómics y sus ordenadores, su sopa y sus tallarines gratis, sus silencios, su privacidad, estaba disponible al público en todo momento; estaba lleno de personas que jamás cruzaban una palabra entre sí.

Con toda la nieve que había en Sapporo me entraron ganas de ir a esquiar. Las pistas estaban a un cuarto de hora de la ciudad; había pistas de esquí de fondo a menos de una hora. Hace ya tiempo que renuncié al esquí alpino, por estar las pistas llenas de jóvenes con *snowboards* y por pasar demasiado frío en los arrastres y las sillas. El esquí de fondo es más trabajoso, pero no hay que esperar en una cola, y tampoco se corre el riesgo de llevarse uno el impacto de un comedor de salchichas que baja en su tabla sin ningún control. Tomé el metro y luego un autobús a Takino, en los montes nevados del sur de Sapporo, donde pronto se iban a celebrar unos campeonatos mundiales de esquí de fondo. Las ramas de los abetos estaban vencidas por el peso de la nieve; la nieve estaba apisonada, sólida en las angostas carreteras.

Quería hacer algo útil para retomar el contacto con un lugar que no había vuelto a ver desde treinta y tres años antes. Con la nieve que caía suavemente, en un paraje delicioso, arbolado, que parecía casi justo lo contrario del estereotipo que se tiene de Japón, encontré la soledad, los bancos de nieve immaculada, una cabaña de troncos, pinares y abetales en los que graznaban los grajos en medio de la nada, sacudiéndose el polvillo de la nieve. Alquilé unos esquíes y unas botas por doce dólares. Aparte de un puñado de familias que habían ido a esquiar en un día laborable, las pistas estaban desiertas.

Por los bosques habitados sólo por los grajos, siguiendo mi mapa, jadeando

en las pendientes más duras, respiré el aire helado, cortante, y pensé lo mismo que había pensado tantas veces a lo largo de este viaje: en 1973 en cambio me habría dedicado a rondar por las calles de bar en bar, dramatizando yo sólo mi juventud y mi soledad, y ahora en cambio había ido a esquiar hecho un monstruo del aire libre, con la idea de acostarme más bien temprano.

Caldeándose en una plataforma de pinos, en una de las curvas de la Pista del Zorro, encontré a la señorita Ishii y al señor Miyamoto. La señorita Ishii era de Nagoya y trabajaba en Toyota City, en donde traducía textos técnicos del inglés al japonés.

—Puedo leer cualquier cosa, hasta Shakespeare, pero mi inglés oral es cada vez peor —dijo.

El señor Miyamoto era de Sapporo. Le dije que había visitado la ciudad muchos años antes.

—Entonces yo aún estaba en la escuela primaria —dijo—. Sapporo era una ciudad de un millón de habitantes. Ahora somos dos millones.

—Pero sigue siendo una ciudad agradable —dije.

Torció el gesto. Hizo el esfuerzo de decir algo, pero pidió a la señorita Ishii que le tradujera.

—Dice que no, que ahora es muchísimo peor. Entonces había más árboles, más aves, más espacio. Ahora Sapporo es grande, es un trájín constante, ¿y para qué? Sólo para comprar más. Hemos perdido mucho.

—Pero siguen teniendo toda esta nieve.

—No. Ésa es otra diferencia. Ahora hay menos nieve. La tercera parte que antes. Por culpa del clima. En aquellos años, quince bajo cero era normal. Ahora nunca se llega a ese extremo. Llegamos a diez bajo cero como mucho tres veces al mes.

—El calentamiento global —dijo la señorita Ishii entre paréntesis. Seguía traduciendo.

—El calentamiento global es una realidad en Japón. Yo lo he visto, por algo me he criado aquí. Para nosotros es fácil de ver, por las estaciones y las nieves. Antes hacía más frío en invierno. Nevaba mucho más.

—Me acuerdo —dije— de que había muchísima nieve en donde se celebraron los Juegos Olímpicos de invierno.

—Es que antes teníamos cuatro estaciones bien diferenciadas, pero ahora es más confuso. Los inviernos son cálidos y los veranos son fríos. A veces nieva muy poco en invierno y mucho en primavera. Es muy extraño. Usted estuvo

aquí en 1973. Entonces teníamos un clima muy distinto.

Esquiamos juntos un buen rato, según el día se iba oscureciendo. También me dio por pensar que en aquel entonces no hubiese encontrado yo a dos japoneses amistosos con los cuales esquiar. El señor Miyamoto llevaba una máquina de fotos colgada del cuello. Alardeó de que era de las antiguas. «¡No es digital!» La señorita Ishii dijo que en 1986 pasó un curso académico dando clase en Tanzania, en Morogoro. Aún se acordaba de palabras como *jambo* y *habari gani* y *mzuri sana*. Tendría cuarenta y pocos años y era alta y angulosa, con ese rostro ovalado que tienen las elegantes mujeres en los grabados de Utamaro.

De vuelta a la cabaña les pregunté por los japoneses que habían regresado tras vivir durante generaciones en Brasil (São Paulo tiene la comunidad japonesa más numerosa que hay fuera de Japón). Había leído que se les hacía muy difícil adaptarse. Uno de los brasileños japoneses había dicho en un periódico que «no trabajamos y somos ruidosos, y eso no les gusta a los de aquí».

—En el siglo XIX —dijo la señorita Ishii— éramos un país pobre. El emperador ordenó a sus súbditos que se fuesen a encontrar trabajo en otros lugares. La gente emigró a Perú, a Brasil, a Estados Unidos. Y algunos sí volvieron.

—¿Y qué pasó?

—Nada bueno.

La última visita que hice en Sapporo fue para ver un busto de bronce sobre un pedestal que hay en los terrenos de la Universidad de Hokkaido. Representa a William S. Clark, un norteamericano que contribuyó a la fundación del instituto agropecuario que con el tiempo llegaría a ser la universidad. Tiempo atrás me llevó allí un estudiante japonés para decirme que aquel norteamericano había enseñado a los japoneses los modernos métodos agropecuarios, técnicas que tuvieron éxito porque Hokkaido y su Massachusetts natal comparten un clima similar.

—¡Mire, mire! ¡El señor Crack! —dijo el estudiante.

Clark estuvo allí menos de un año, de julio de 1876 a abril de 1877, pero aún se le recordaba, y el vehemente discurso que hizo ante los estudiantes cuando se despidió formaba parte de los estatutos en los que la universidad

afirma cuál era su misión.

«Muchachos, sed ambiciosos —les dijo—. Sed ambiciosos no de dinero, no de grandeza propia, no de esa cosa tan evanescente que los hombres llaman fama. Sed ambiciosos en vuestros intentos por lograr todo aquello que un hombre ha de ser».

Me había burlado un poco de semejante pronunciamiento, pero aquel hombre tenía bien merecida su credibilidad. En menos de un año había contribuido a crear la primera institución académica moderna que hubo en Japón, y que tras algunos cambios de nombre, pasando de Institución Agropecuaria de Sapporo a Universidad Imperial Tohoku, ha llegado a ser la Universidad de Hokkaido. Ciento veinte años después de la llegada de Clark, los turistas japoneses aún se hacían fotografías junto a su busto. A algunos les pregunté por qué.

—Fue un gran hombre. Nos ayudó mucho.

Examiné más a fondo el busto. Era digno, respetuoso, pero no me pareció muy antiguo. En un folleto de la universidad encontré la explicación: «La estatua que hoy se ve fue erigida en 1948 de acuerdo con el modelo original, que fue fundido durante la Segunda Guerra Mundial».

Así que el viejo busto de bronce, el de aquel hombre que proclamó la máxima que servía de inspiración a la universidad («Muchachos, sed ambiciosos»), el norteamericano William Clark, lo habían convertido los japoneses en un proyectil que fue lanzado sobre los soldados estadounidenses. Me acordé de un poema de guerra escrito por E. E. Cummings, en el que cuenta que un hombre, aunque se lo dijeron repetidas veces, se negaba a creer que la guerra sea el infierno. Los japoneses compraron la chatarra del ferrocarril elevado de Nueva York, con la que fabricaron bombas, y

... bastó
un trozo niponizado del
viejo elevado de la sexta

avenida
en toda la cabeza: para

decírselo claro

29. El expreso limitado De Sarobetsu a Wakkanai

En los trenes pequeños, como en los puestos donde se vendían tallarines, en los más sencillos, todos los viajeros efectuaban un saludo similar al más formal que existe en la cultura japonesa, un saludo llamado *kangei-kai*: una marcada reverencial, abundantes agradecimientos, la acogida ceremonial del *irassahi mase*. Tales rituales de pacificación, de cortesía y gratitud, tan profusos en la concesión de honores y parabienes, parecen más bien arcaicos en el mundo de hoy en día, tan abiertamente familiar, tan insistente en su despreocupación con respecto a las formas. Pero son con toda probabilidad los modales tan estructurados los que han mantenido unido a Japón, permitiendo que una sociedad masificada conviva en tan poco espacio; en esta cultura del anonimato y el orden, eran el reconocimiento de que uno existe. Esa cortesía impide que se maten unos a los otros.

Así fue en el Sarobetsu Express, rumbo a la costa situada más al norte de las islas, por unas vías férreas pegadas a las orillas heladas del inmenso Sarobetsu, del lago de Hokkaido. Era como un tren de cercanías, con sólo cuatro vagones, sin locomotora, un simple conductor que iba de pie, con su uniforme y su gorra de plato, visible en su cabina de cristal, y el revisor, el guardia, y los que picaban los billetes, ajetreados todos ellos en efectuar y pronunciar las fórmulas de rigor y acoger con reverencias a todos los pasajeros.

Honjitsu wa gojoshu itadaki arigatou gozaimasu. «Gracias por la cortesía de tomar hoy el tren», me tradujo Murakami.

Wakkanai era un aburrimiento, según dijo Murakami, y hasta la guía que llevaba yo advertía que allí no había nada que ver. Me imaginé una ciudad portuaria, asomada a una costa barrida por el viento. Era exactamente eso y

era más; era el paisaje de mis sueños, la auténtica tierra de nadie en Japón. Y el viaje bajo la tormenta de nieve en aquel tren tan modesto fue uno de los más placenteros que nunca haya hecho. A mitad de camino a Wakkanai, el tren iba casi vacío, sólo cuatro pasajeros en el primer vagón. Y los pocos que íbamos continuamos por las extensiones desiertas que cubría la nieve al norte de Hokkaido, siguiendo el curso de un río oscuro, angosto, durante la mayor parte del trayecto.

Recorrimos pequeñas estaciones nevadas, como Takikawa, donde las calles del pueblo estaban repletas de nieve compactada, los bosques y los labrantíos desdibujados por las rachas de nieve, los carámbanos colgados de los aleros en las casas. Algunos bungalows estaban cubiertos de nieve hasta el techo.

Allí la gente vivía mejor, o al menos lo parecía. Disponían de más espacio, de huertos y jardines, incluso en la pequeña ciudad de Asahikawa, que estaba a un tercio del trayecto a Wakkanai. El tren avanzaba despacio por el bosque, donde se vencían las ramas de los pinos cargadas de nieve, y en la aldea de Shibetsu vi granjas y graneros y silos. Las pocas carreteras que alcancé a ver eran estrechas y parecían impracticables, sin un solo coche en ellas. En medio de un invierno en el que no soplaban ni un ápice de viento, la nieve al caer se acumulaba y vendaba los árboles, los pinares y los abetales, las choperas y los olmedos. Cuando se abrieron las nubes y la tormenta brevemente amainó, la nieve acumulada se tornó de una tonalidad rosácea al dar el sol de refilón en las nubes y colarse en el valle fluvial.

En los pueblos y aldeas en miniatura de las zonas rurales de Hokkaido, la gente vivía en casitas de muñecas, como en Otoineppu, donde la penumbra vespertina pareció convocar de nuevo la nieve. Y en Teshio-Nakagama, una hora al sur de Wakkanai, se encontraba el lugar más nevado que vi en todo Japón, las casas de muñecas enterradas en medio de lomas redondeadas, las calles como conductos subterráneos y forrados de nieve, algunas incluso túneles del estilo de los que se ven en esos poblados del norte de Maine que tanto se suelen vilipendiar.

Todo parecía pura bienaventuranza hasta que entablé conversación con el hombre que iba sentado pocos sitios delante de mí, en el vagón casi desierto. Se llamaba Ohashi. Había nacido allí cerca. Dijo que esa región de Hokkaido estaba perdiendo población, que se iba volviendo gris, que envejecía más deprisa que el resto de Japón, y que ya no quedaba ninguna industria, y que hasta las granjas dejaban de producir e iban cerrando.

—En mi familia tenemos sesenta vacas. No es suficiente —explicó—. Tenemos demasiada competencia en las grandes plantas lecheras.

Ohashi había encontrado una solución personal. Había hecho frente a una realidad: se encontraba más cerca de Rusia que de Tokio. Había resuelto ir a Sajalin, un corto trayecto en transbordador desde Wakkanai, para aprender ruso, y después estudió económicas en una universidad en Kamchatka. Las zonas más remotas de Rusia —las más lejanas de Moscú— eran de fácil acceso desde Japón.

—Quise dejar la granja de mi familia —dijo— para vivir por mi cuenta. Al terminar mis estudios vi que en Hokkaido no encontraría trabajo.

Encontró trabajo en Tokio, con una empresa ruso-japonesa. La mitad de los empleados eran rusos, pero de las regiones más orientales de Rusia, de aquellos mismos lugares, Sajalin y Kamchatka.

—Voy a casa unos días tan sólo, a visitar a mi familia —dijo—. Y luego vuelvo a Tokio.

Así me vi reducido de nuevo a la condición del mirón romántico. Donde yo veía pinares y bancales de nieve y pistas de esquí de fondo y casitas de muñecas, Ohashi veía sólo la huella del fracaso, una economía rural en declive, ancianos.

Al atravesar los altos páramos de Hokkaido, el sol se desembarazó de una hinchida nube de tormenta y se iluminó de pronto, cambiando de color y ganando en calidez, pasando del pasmoso naranja de la lava hirviendo, y se tornó al cabo una cúpula amarilla y baja cerca de los cerros helados que definían el horizonte. Vi menguar la cúpula: se deslizó al final entre la nieve, dejando un relumbre en la nube de tormenta, un sonrojo rosa sobre las lomas, hasta no ser más que una difusa mancha rosada que viraba al gris.

Después, los árboles negros y pelados quedaron convertidos en nervios expuestos en la blancura cenicienta del paisaje desolador de campos nevados al anochecer. En ese mundo redondeado, matizado y acolchado de nieve espesa, las copas de los pinos pasaron de ser encaje deshilachado a ser pinceles en un frasco y luego hojas de sierra, a medida que el tren viraba con los meandros del río y el ángulo de la luz se iba alterando.

Cinco horas y media después de salir de Sapporo, el tren entró en la pequeña estación de la ciudad más norteña de Japón.

Fue como una llegada mágica: la estación minúscula, las calles nevadas, los bancales de nieve que centelleaban a la luz de las farolas, los cristales helados

y suspendidos en el aire y un intenso olor a mar. Cuando desaparecieron los pasajeros no vi a nadie más. Casi todas las tiendas estaban cerradas, aunque había algunos bares abiertos, y por algunas callejuelas vi rótulos luminosos que se encendían y se apagaban: Happy Room y Fun Parlor, y un rótulo de neón azul encima de un balcón en un segundo piso, Love Doll.

Recorrí la calle nevada hacia mi hotel y me recibió una nueva reverencia. A lo largo de los días siguientes, al salir a dar una vuelta o a tomar una copa, terminaba por lo general en el barrio de los rótulos titilantes, y el que siempre me llamaba la atención era Love Doll. Eran dos palabras que parecían prometer cualquier cosa: dulzura, simplicidad, comodidad, placer, calidez de trato. Imposible encontrar dos palabras mejores para expresar la seguridad sexual pasiva, dos palabras que tiraban de mi corazón mientras seguía plantado en medio de la nieve, mirando el balcón, la puerta. Nunca vi a nadie entrar o salir de Love Doll. Y eso era nuevo motivo de atracción. Pero al poco seguía caminando.

Wakkanai a fin de cuentas era un puerto de mar. Sus pescadores navegan en sus arrastreros por el Mar de Japón, y los rusos iban y venían de Sajalin, que en un día despejado se ve al otro lado del estrecho de Soya. Los rusos venían a hacer compras. Muchos de los supermercados y de las tiendecitas ostentaban carteles en ruso, en caracteres cirílicos pintados con esmero. Era como si fuese yo el único *gaijin* en todo Wakkanai —al menos, no vi a otro—, aunque era evidente que los rusos acudían en busca de ropa o de utensilios o de artes de pesca o de sexo. En la calle mayor había un par de casinos de luces intensas. Pero estaban vacíos.

Probablemente fuese por el tiempo, por la nieve y el viento intenso. No zarparon los barcos del puerto de Wakkanai mientras estuve allí.

Hasta los bares estaban vacíos. Los más confortables, con maderas de roble y el dueño que asaba pescado en un *hibachi*, se sucedían en las calles nevadas. Nunca vi más que a un puñado de hombres en cada uno de ellos, por lo general clientes asiduos que habían ido a emborracharse bebiendo sake y a comer sushi.

En Wakkanai, la hospitalidad era casi una carga. A primera hora de la noche, sentado al calor de un bar, con la intención de poner al día las notas tomadas, siempre se me daba la bienvenida, se me ofrecía algo de beber —en uno de los bares un hombre me obsequió una sardina recién asada— y durante una hora más o menos manteníamos la conversación imposible que podría

mantener un japonés en una noche de invierno en un bar de Eastport, Maine, a la que Wakkanai recordaba mucho. El alcohol no sirve para superar la barrera del lenguaje, pero la hace más llevadera.

—¡Tú América!

—Yo América.

—¡América muy bien!

Brindábamos, bebíamos, comíamos sushi; en contra de mi buen juicio me emborrachaba y no escribía; pronto éramos buenos amigos. Esto me sucedió en los bares cuya entrada casi bloqueaba la nieve. Al término de la vía férrea, Wakkanai era una población sin un cibercafé, sin un cine. Tampoco me importó. El clima era puro dramatismo, los lugareños eran afables y Wakkanai tenía sus propios balnearios.

Cuando amainaba el viento y salía el sol, caminar por una Wakkanai helada, sobre la nieve crujiente, atravesando los amontonamientos de nieve que parecían pilas de tuberías blancas, era como ir medio borracho de un lado a otro de una tarta de boda. La mordida costa de Japón, las islas angulosas, le daban un aspecto distinto al de cualquier otro país de la tierra, y su silueta de lagarto más parecía una serie de tallas que un conjunto de islas, sugerencia de su propia complejidad cultural.

En algunos parajes resulta tan imperial como lo fueron sus pretensiones en el pasado, un castillo que se eleva en el mar, una fortaleza oceánica. Alardeaba en su día de no haber sido jamás pasto de una invasión extranjera; de los mogoles lo salvó el Viento Divino (*Kamikaze*) que repelió los barcos enemigos en el siglo XIII. Ésa es otra de las razones por las cuales los bombardeos norteamericanos en la Segunda Guerra Mundial fueron tan traumáticos, capaces de conmover al imperturbable Haruki Murakami e inspirarle una trémula indignación ante violación semejante.

Monumento al vulcanismo, Japón se halla asentado sobre una veta de lava fundida y de agua calentada en exceso. Es un archipiélago de conos volcánicos, y el símbolo nacional, el Fujiyama, acaso el volcán más fácil de reconocer que hay en todo el planeta, sigue siendo una montaña sagrada. Debido a esas grietas y esos conos, prácticamente no hay en todo Japón un solo sitio en el que no emanen los manantiales de aguas calientes.

Por debajo de Wakkanai pasa una veta geotérmica tan caliente que uno de

los esparcimientos recreativos más populares en la ciudad helada era el *onsen*, o manantial colectivo. No es sólo que el agua abrasara, sino que además manaba cargada de sales y minerales beneficiosos para la salud.

Por la experiencia en sí, y porque estaba dolorido tras el viaje, tomé un autobús y en un cuarto de hora llegué al balneario del Centro Onsen, en la costa nevada, al oeste de la ciudad. Era domingo. Descubrí que pasar el rato en el *onsen* era la actividad principal de ocio durante el invierno. Y en Wakkanai, como en el resto de Japón y en tantas otras cosas —la hora de las comidas, la hora de los juegos, la hospitalidad, el hecho de hacer un obsequio—, estaba formalizado en una secuencia de rituales: el vestuario, la ducha, la casa de baños, el balneario en sí, los manantiales de agua caliente, el paso de una piscina a otra, y, al fin, el reposo en una tumbona. Para algunos, esta actividad post-balnearia entrañaba después el consumo de unas cervezas y unos cigarrillos.

Alquilé una toalla. Me dieron unas zapatillas y un albornoz. Pagué una entrada. Todo ello por unos cinco dólares más o menos. Fui a la sección de hombres del *onsen*. La principal atracción era la gran sala termal, con cuatro piscinas muy calientes, algunas de ellas de agua rojiza por los minerales, una de ellas humeante al aire libre, en la nieve.

Los japoneses desnudos: jóvenes, viejos, de mediana edad, de piel lisa, como el papel de crepe; sin vello, inclinados, musculosos, unos muy gordos, muy delgados otros, de toda clase y condición. En cierto modo, fue como la impresión popular que se tiene de un baño romano, es decir, que no sólo era una actividad saludable, sino también social, como un club en que además se estuviese a remojo, los hombres charlando y yendo de un lado a otro, de buen humor, o sentados hasta el cuello en el agua caliente, una toalla húmeda bien colocada sobre la cabeza. Los amplios ventanales de uno de los lados daban a la costa nevada, al mar, y por el otro a las heladas montañas de Wakkanai.

Un hombre desnudo en un baño burbujeante me sonrió y me dijo «*Horosho?*», tomándome por ruso.

En la piscina humeante del exterior el agua burbujeaba y expulsaba tal volumen de sales minerales que se acumulaban en un grueso anillo por los bordes, una sopera enorme y encastrada en la nieve. La temperatura del aire estaba muy por debajo de cero, pero el agua era tan caliente que no importaba.

Me encontraba en la piscina exterior cuando se abrió la puerta y dos niños, niña y niño, atravesaron a la carrera la nieve y se lanzaron riendo y

salpicando. Un joven que tenía que ser su padre los siguió. Me pareció interesante. Aunque el balneario estaba dividido en secciones —los hombres a un lado, las mujeres al otro—, los niños de uno y otro sexo tenían acceso a los dos lados. Y la niña, una chiquilla que se movía como pez en el agua, de unos ocho o nueve años, no daba la menor muestra de vergüenza jugando con su hermano, entrando y saliendo de la piscina, mientras el padre les daba voces de ánimo.

La niña se acercaba a esa edad, y sin duda tenía ya la apariencia, en que sería objeto de deseo en los cómics manga, una niña con pinta de duende y ojos grandes y coletas. Pero no hubo nadie —en la piscina habría ocho hombres— que pareciera fijarse en ella: su belleza, su manera de saltar por la nieve y lanzarse al agua burbujeante; su agilidad al trepar y salir humeando del agua, el vapor que ascendía de su cuerpo de querubín, las nalgas enrojecidas, la cara enmarcada por los rizos empapados, sus risas penetrantes.

Pensé: así son los japoneses al máximo de su encanto, un domingo de invierno con sol, el día de libranza, que deciden pasar en un balneario que costaba cinco dólares y darse largos chapuzones, con la cara colorada, restregándose, cociéndose vivos, y charlando en todo momento sin prisas. Era como el ritual religioso que describe Philip Larkin en «Agua»:

Si se me convocase
a construir una religión
haría uso del agua.

Ir a la iglesia
entrañaría vadear un río,
poner la ropa a secar;

Mi liturgia emplearía
imágenes de encharcamiento,
empaparse con furia y devoción...[\[14\]](#)

Y dando vueltas alrededor (a Larkin le hubiera gustado) el aspecto más feliz y más humano de todo ello, la chiquilla —desnuda, sonrosada— que entraba y salía de la piscina, jugando al corre que te pillo con su hermano, en el sol y la nieve y el vapor, entre los hombres adultos.

El medio día que pasé allí, escaldado en el agua, traspasado por los minerales, me dejó agotado. Me tumbé en la zona de descanso, me relajé, bebí agua en abundancia y volví a Wakkanai, a la nieve, pasando por delante de Love Doll, mirando el balcón y siguiendo mi camino.

Con una poderosa sensación de embriaguez y relajamiento, dormí como un tronco, entretenido con un sueño en el que participaba en una carrera de obstáculos a la japonesa, con túneles y escaleras. A pesar de pasarlo francamente mal, no dejé de tener en mente el mensaje de que «esto es un sueño».

Por la mañana, refortalecido, quise probar de nuevo la experiencia de los manantiales de agua caliente. Ante todo quise recobrar la dicha física y mental que había sentido el día anterior. Hice algunas indagaciones, yendo de un lado a otro por Wakkanai bajo una fina nevada.

—Vaya a Toyotomi —me dijeron dos personas.

Toyotomi estaba a tres cuartos de hora en tren, y se decía que los manantiales de agua mineral de su *onsen* comunitario, además de relajantes, eran beneficiosos para la piel. Me llevé el bolso de viaje, por si acaso Toyotomi fuese un sitio excelente para pasar la noche.

Había visto Toyotomi desde el tren, las calles nevadas a la luz de las farolas, las casas apiñadas, un andén en la estación. El relumbre de la nieve y las farolas le daba cierta grandeza en la noche. De día parecía diminuto, las casas enterradas, ni un solo coche por las calles, una aldea de chimeneas humeantes.

Sólo yo me bajé del tren. Me quedé ante la estación, preguntándome dónde podía estar el balneario. Una mujer que barría la nieve me hizo un gesto.

—¿*Onsen*? ¿Taxi? —le dije.

—Vaya allá —dijo en japonés, señalando bajo la nieve la puerta abierta de un garaje.

A esas alturas, mi desconocimiento de la lengua ya no era un impedimento en la comunicación. La gente me hablaba en japonés haciendo gestos que servían de gran ayuda, y yo entendía en el acto. El japonés es una lengua tan llena de términos afines que a veces me parecía una versión del inglés, y cuando alguien decía *puratto-homu*, entendía que me estaba diciendo «el andén», así como *byuffe* no podía ser otra cosa que «bufet», el vagón restaurante.

—*Onsen* —dije a un hombre en el garaje. Llevaba un traje de tweed,

corbata de punto y guantes blancos: el uniforme de un taxista rural. Habló rápidamente en japonés.

No sé por qué pulsaciones en el aire entendí lo que me había dicho: «Lo puedo llevar en mi taxi por dos mil yenes. Otros dos mil para volver. El *onsen* le costará unos quinientos yenes».

Tomó mi bolso y lo colocó en un estante.

—¿Vamos? —dijo.

Caí en la cuenta de que había olvidado cambiar dinero en Wakkanai. Me quedaban pocos miles de yenes y el resto en dólares. Le mostré mis dólares.

—¿A cómo se cambia hoy el dólar? —preguntó.

Hizo unas cuantas llamadas de teléfono, pero nadie le supo decir exactamente la equivalencia del yen al dólar, y sólo le dieron la general, de unos ciento diez.

—¿Dónde hay un banco?

—No tenemos banco en Toyotomi. ¡Esto es pequeño!

Se quedó mirando fuera del garaje, a la nieve que caía despacio.

—Ah, ya sé —dijo todavía en japonés, que me pareció entender—. Hay una americana aquí en Toyotomi. Iremos a buscar a la americana. La americana nos sabrá ayudar.

—¿La americana?

—En la escuela —dijo—. Suba al taxi. Ahora no pondré el taxímetro. Vayamos a buscar a la americana.

Bajo la nieve, circulando despacio por las calles blancas de Toyotomi, me dijo que se llamaba Miyagi, que había nacido allí, que era mejor visitar el pueblo en verano, no con la nieve y el frío.

—Pero el *onsen*... —dije.

—Sí, el *onsen*. Sano, muy sano.

Entró por la cancela de lo que parecía un edificio municipal, de ladrillo, poco halagüeño. Era el instituto de enseñanza media de Toyotomi, lleno de nieve apilada hasta los alféizares. Al igual que todos los edificios que había visto en Japón, estaba muy limpio, muy ordenado, y era un tanto espartano.

En un recinto acristalado, tras un mostrador, vi a una mujer de aspecto occidental. Era la primera *gaijin* que había visto durante los cuatro días que llevaba en la región. Saludó al señor Miyagi en japonés. Vi en la chapa que llevaba en la solapa que era Roz Leaver. La americana. Tenía un aire acogedor, una risa atractiva y una derechura muy poco corriente en Japón.

Sobresalía menos por ser occidental que por ser mucho más voluminosa que todos los japoneses que había visto.

—¿Qué problema tenemos?

Le expliqué que necesitaba cambiar algo de dinero.

—Entiendo. Aquí no hay banco —dijo—. Yo no llevo mucho encima —se palpó los bolsillos del vestido holgado—. Llevo encima unos treinta dólares en yenes.

Era afable, dijo que se alegraba de echar una mano, y parecía imperturbable, aparentemente impertérrita por la nevada, por lo lejos de todo que estaba la aldea, por el japonés mismo, que hablaba con convincente facilidad. Me dijo que era de Billings, Montana.

—Esta mañana me han dicho que hacía frío, pero ya les dije yo que esto no es frío, que si quieren saber lo que es el frío, se lo enseñó yo cuando quieran.

Formaba parte de un programa que patrocinaba el envío de profesores a distintos países; había dado clase en muchos otros.

—Me encantan los estudiantes de Toyotomi —dijo Roz—. Trabajan de verdad, estudian de verdad, sin poner excusas. Son muy activos en toda la comunidad. Y aspiran a salir del pueblo. Como cualquier niño de cualquier pueblo del mundo. ¡Vaya, igual que yo!

—Éste parece un buen sitio.

Roz se echó a reír. Reía a carcajadas, con una sonoridad que retumbó en el despacho severo del instituto.

—Esto no es más que un punto en el camino. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido al *onsen*. A los famosos balnearios de agua caliente.

Se encogió de hombros y sopló como si quisiera dar a entender que no le impresionaba, sin dejar de contar en ningún momento los billetes de cien yenes sobre la mesa.

—Seguro que tú vas a menudo —dije.

—No —dijo sin levantar la mirada—, yo no voy al *onsen*.

—Se supone que es muy sano.

—Mírame bien —dijo, alzando la cabeza con una sonrisa forzada. Se palpó los brazos robustos y se dio una palmada en el vientre—. ¿Tengo yo pinta de que me interese estar sana?

Pronunció la palabra como si la despreciara, con un gruñido, encantada de mi equivocación.

Uno de sus compañeros dijo algo en japonés.

—No le hagas ni caso —dijo ella—. Ése todo lo que hace es jugar a la máquina del millón.

—Dicen que el agua de los manantiales es beneficiosa para la piel.

—Llevo año y medio en Toyotomi y aún no me he acercado por allí. No me interesa.

Yo llevaba menos de una hora en Toyotomi y sólo había planeado ir al balneario. Se lo señalé.

—Lo que pasa —dijo— es que yo no me desnudo para nadie.

—Entiendo.

—A menos que sea con alguien que se viene a casa conmigo —y me miró con picardía y me pareció que me guiñaba un ojo.

—Es una buena norma —dije.

—Ah, desde luego —Roz volvió a reír sacudiendo su corpachón mientras sus compañeros, cuatro en total, diminutos y muy atentos, permanecían en pie con las manos juntas. A juzgar por aquel breve encuentro entendí que su comportamiento los asombraba, pero también los agradaba, puesto que confirmaba su estereotipo de la mujer occidental: el apetito enorme, la franqueza, la voz sonora, las posturas casuales, su fuerza y su sentido del humor. Acabábamos de conocernos y bromeaba conmigo y me miraba a los ojos de una manera que en Japón es inaudita.

Empujó el dinero japonés y yo le di los dólares.

—Supongo que con esto me alcanza para desnudarme —dije.

—Buena suerte —dijo, y me miró de hito en hito.

—¿Cuánto tiempo piensas pasar aquí?

Se animó de nuevo y me miró a fondo y pareció esperanzada.

—¿Quieres que nos veamos luego... a tomar unas cervezas?

—No, ejem, decía que cuánto tiempo piensas estar en Toyotomi.

—Ah —dijo sin ningún entusiasmo. Hizo un gesto—. Me marcho en julio.

—Ya tiene dinero —dijo el señor Miyagi—. Vamos.

Me llevó en el taxi bajo la tormenta de nieve y me dejó a la entrada de un grupo de edificios de estuco que había en las afueras de la ciudad, el balneario Toyotomi *Onsen*. No era un spa de lujo, ni un complejo hotelero, sino un centro público situado al pie de unas colinas. Los edificios estaban pegados a las empinadas laderas, con algunas ventanas panorámicas que miraban a las cuestas por las que esquiaban algunas personas, mientras las demás ventanas miraban a una llanura arbolada y cubierta por la nieve. Muchas de las ventanas

estaban opacas por el vapor.

Ya sabía cuál era la rutina: había que dejar el calzado a la entrada, encontrar unas babuchas, pagar quinientos yenes por el billete, alquilar una toalla y buscar una taquilla en el vestuario de hombres. Después, desnudarse, ducharse y meterse en una piscina humeante.

En un día laborable, por la mañana, sólo había otro hombre en el balneario, sentado y metido hasta el cuello en el agua caliente. Tenía el rostro de color rosa, una toalla húmeda doblada encima de la cabeza. Estaba sentado en el agua que bullía sin cesar, en el extremo más alejado.

Prueba de que circulaban las sales minerales en la piscina eran las incrustaciones del borde, en donde se acumulaba la sal y se solidificaba en una masa que recordaba el fluir apilado de la lava volcánica.

El agua hirviendo del manantial subterráneo de Toyotomi —más oscura, más espumosa que en Wakkanai— manaba en la piscina de una tubería; fuera, los copos de nieve grandes y algodonosos caían dulcemente.

Sólo nosotros dos, el viejo y yo, nos estábamos remojando, cociéndonos, salpicándonos a ratos con furia, descansando a ratos para refrescarnos. Me sentí dichoso, soñoliento y a medias cocido. Me encantó estar allí, con todo el calor, viendo la nieve caer despacio. El viejo me miró desde la otra punta de la piscina, de unos diez metros de largo.

—¿Le gusta?

—Sí, me gusta.

—¿De qué país?

—Estados Unidos. Hawái. ¿Ha estado en Hawái?

—No. Pero sí en Saipan. Muy bonito. ¿Tienen *onsen* en Hawái?

—No.

—Pero tienen volcanes. Podrían tener *onsen*, agua caliente de la roca volcánica.

—Bien dicho.

—Toyotomi tiene fama por sus productos lácteos —dijo, aunque no le había preguntado nada—. Una leche especial.

Salí a refrescarme; bebí agua; entré de nuevo a cocerme y a salpicarme. Al cabo de una hora o algo más empecé a sentirme entumecido. Me vestí y encontré un tatami en el que me tendí como un cadáver, los músculos resplandecientes, y me adormilé.

Mediada la tarde apareció el señor Miyagi —traje, corbata, guantes blancos

— para recogerme. Me llevó a la estación, donde me tomé un cacao caliente, de máquina, esperando a tomar el tren de regreso por los pinares y las aldeas. Estuve mirando unas xilografías que representaban panoramas nevados de Japón, las imágenes de Hiroshige en las que aparecían unos campesinos pequeños, cargados con fardos, metidos hasta la rodilla en la nieve, o bien con paraguas, en las aldeas rurales, y pensé en qué improbable parecía la nieve, tan gruesa, tan espesa, como nata montada, como la costra de azúcar de una tarta, los árboles cubiertos de nieve y las chozas semienterradas. Pero es que en Japón la nieve es llamativa por la abundancia, resultado del viento del oeste, de Siberia, que adquiere mayor humedad al pasar por el Mar de Japón, al cristalizar y precipitarse en ventiscas en el norte. Incluso en su aparente extravagancia, casi de tebeo, los grabados de Hiroshige representan con exactitud cómo es la nieve en Hokkaido. Mientras viajaba bajo la tormenta de nieve en un tren con rumbo sur, el de Sarobetsu, de regreso a Sapporo, cada colina, cada monte y cada aldea parecían estar recubiertas por una capa de azúcar espolvoreado.

30. Tren nocturno a Kioto

El Expreso del Crepúsculo

De la nieve constante de Sapporo en invierno viajé a los capullos en flor de la primavera en Kioto sin bajarme del tren, transitando hacia el sur de Hokkaido y atravesando el túnel de Tsugaru, para seguir la línea de la costa de Honshu hasta la ciudad imperial y sus jardines de bambú y sus templos de madera, una ciudad que, debido a su belleza, no fue bombardeada durante la guerra. Era un viaje de veintidós horas en un tren recién estrenado, con unos cien dólares extra por un compartimento individual, aunque el proceso de embarque no podía ser más sencillo: bastaba con personarse y subir, sin pasar controles de seguridad, sin policía, sin inspección de equipajes, sin avisos, sin preguntas, sin detectores de metal, sin retrasos. Llegué a la estación diez minutos antes de que saliera el tren, subí de un salto y me dieron las gracias con la formalidad habitual. En muy poco tiempo circulaba el tren por las desoladoras costas y las playas de arena negra, por delante de feos edificios en medio de un aguanieve sucio por el hollín.

Éste era el Expreso del Crepúsculo, con un restaurante llamado Las Pléyades y un espacio llamado Salon du Nord. Por xenófobos que puedan parecer los japoneses, altivos en sus prácticas piadosas y ancestrales ante los extranjeros grandullones y velludos, adoptan sin rechistar toda clase de términos extranjeros: el Hotel Clubby y Hearty Land y Funny Place eran locales de Sapporo; el Green Coach, o Green-Sha, era la manera habitual de describir el coche de primera clase en un tren.

La cultura popular japonesa estaba penetrada por toda clase de extranjerismos. A sabiendas de que iba a tomar el Crepúsculo, confeccioné una lista con todas las cabeceras de revistas japonesas que vi en una librería de la estación de Sapporo. En la lista se encontraban *Honey*, *Popteen*, *With*,

Pinky, More, Spring, Vivi, Tiara Girl, Lee, Orange Pages, Seventeen, Cancan, Lightning, Get On, Mono y Trendy. Aunque los títulos figurasen en inglés, el contenido de las revistas estaba en japonés. Una de ellas, llamada «Nudillos de hombre», anunciaba «Moda nueva para los fuera de la ley», pero estaba en japonés, como también lo estaba un artículo titulado «Cómo tener sexo». Es una de las confusiones que se dan en esta cultura. El mayor error en que puede incurrir un visitante en Japón consiste en llegar a la conclusión de que el muy extenso empleo de estas palabras en inglés, casi todas tirando a cursis —Hello Kitty es otra marca de sobra conocida—, es indicio de que los japoneses se han occidentalizado. Esto es como llegar a la conclusión de que una mujer de la etnia quechua, en los Andes, por llevar un sombrero hongo tiene propensiones anglófilas.

Iba sentado en mi compartimento, mirando por la ventanilla las grandes olas que llegaban rizadas a la orilla cubierta por la nieve en Tomakomai, donde la espuma golpeaba el aguanieve que se había formado y ascendía hasta alcanzar la cota de la marea alta. El mar estaba feo bajo un cielo gris, bajo, cuando ya entrábamos en el largo túnel submarino; los pesqueros cabeceaban en sus anclajes, en todos los puertos que vi.

Llegó entonces la inmersión en el túnel en un día de luz fría y aire viscoso. En 1973, en ese mismo punto de mi viaje, me sentía hundido en la desdicha; me sentía atenazado por una prueba de fuego que me empezaba a resultar insuperable. Prácticamente no me quedaba dinero. La nostalgia me corroía por dentro, sabía que mi mujer estaba enojada, que nuestro matrimonio estaba a punto de irse al garete. Me sentía alienado en Japón, muy solo, harto de tanto viajar, temeroso. Me quedaba por delante el transiberiano, el lento trayecto de vuelta a casa, donde ya sospechaba que no iba a ser bien recibido.

Imaginé que alguien me preguntase: ¿y cuál es la mayor de las diferencias entre aquel entonces y este momento de ahora? Era consciente de que no tenía nada que ver con los cambios que había presenciado, grandes y pequeños, en Turquía o en la India, en Singapur o en Vietnam. No tenía nada que ver con los ordenadores, con internet, con los trenes de alta velocidad, con la comida rápida, los relojes baratos o el hecho de que todo el mundo vistiera con vaqueros. La mayor de las diferencias estaba en mí. Había sobrevivido a un largo trayecto, el que me había conducido hasta el presente. Me sentí afortunado, me sentí agradecido. No deseaba nada que no fuera eso a lo largo del viaje, a la vez que oía el estruendo del tren en el túnel; no deseaba una

vida distinta. Tenía un libro que leer, un libro por escribir, soledad suficiente. Sobre todo, había alguien que me echaba de menos y que me estaba esperando, alguien a quien yo amaba. Como dijo Murakami de su propia historia de amor con Yoko, eso lo era todo.

Garabateé unas notas al respecto y el tren explotó al salir del túnel.

La velocidad del tren, el chirrido de las ruedas en los raíles, la ligera inclinación que tomaba en las curvas, me produjo pesadillas, luego las interrumpió, me asfixió sumido en sueños en los que era objeto de persecuciones. Sueño más cuando viajo; sueño sobre todo en una cama desconocida. Al cabo de diez horas en mi compartimento, en el Expreso del Crepúsculo, desperté exhausto.

Nos acercábamos a la localidad de Uozu, en la falda de las negras montañas, entonces espolvoreadas de nieve de color púrpura, el Mar de Japón visible al otro lado de la vía, todo un panorama despojado, melancólico. La irregularidad de la geografía japonesa —un país que tiene la silueta de un geco disecado— y la solemne geometría de sus edificios sin duda han de tener una influencia profunda en el carácter nacional y en el modo en que los japoneses consideran el mundo, pensando (si mal no sospecho) que no hay en la Tierra nadie como ellos.

Las casas estaban apiñadas, no quedaba sitio para los árboles. Las aldeas parecían opresivas por su monotonía, pero esto obedecía al carácter pragmático de Japón, concomitante con su severidad. Un visitante puede ser indiferente a todo esto; siempre tendrá que escoger entre ser extranjero o incorporarse a la cultura nativa, tomándose muy en serio el hecho de vivir como un nativo, como hizo Lafcadio Hearn o, ya en nuestro tiempo, el estudioso Donald Richie. Mi amigo Pico Iyer, viajero y escritor, había vivido en Nara, cerca de Kyoto, durante muchos años. Me picaba la curiosidad por saber cómo se las había ingeniado.

Desayunando un *sashimi*, un huevo pasado por agua y unas verduras de color rosa en el restaurante Las Pléyades —¿eh?—, me dio por pensar que toda esa parte de la costa era en cierto modo un eco visual de Holanda. Las tierras bajas con los diques de contención parecían incluso demasiado llanas, a lo sumo un pedazo de tierra arrebatado al mar. La llanura de aquellas marismas era la razón por la cual la ciudad de Wajima, a unos sesenta kilómetros más al norte, y muchos pueblos de la costa, sufrieron un temblor de tierra (6,9 en la escala de Richter) y, a resultas de ello, graves inundaciones

pocos meses después de que pasara yo por allí. Tembló la tierra y se elevó el nivel del mar («un pequeño tsunami»), engullendo algunos de estos pueblos, derruyendo edificios, provocando corrimientos de tierra y numerosos heridos. Volví a recordar que Japón se encuentra a caballo de una de las zonas de mayor actividad sísmica que hay en el mundo. Allí era evidente, a medida que el Expreso del Crepúsculo se adentraba hacia el interior, hacia la espina dorsal de Japón, pasando al pie de montañas escarpadas que eran volcanes, unos inactivos, otros aún con calor.

Me sentí desorientado y temeroso en la primera visita que hice a Kioto y a Osaka, y describí esta confusión en *El gran bazar del ferrocarril*. En este segundo viaje también estuve desorientado, y no comprendí gran cosa, pero en cambio estuve muy tranquilo. Ahora consideré que mi desconcierto era el precio que debía pagar por estar allí. No era posible que un extranjero en Japón se sintiera de otro modo que perteneciente a una especie extraterrestre, no sólo distinta, sino también atrasada, como si uno fuese la torpeza en persona, un paleta llegado de un pasado colorido, pero también decrepito.

Después de encontrar hotel (barato, cercano a la estación de Kioto), tomé un tren al distrito de las tiendas de antigüedades sólo por echar un vistazo, porque no había encontrado antigüedades en Hokkaido. Los anticuarios japoneses tienen fama de ser escrupulosos y honrados, y ésas fueron las principales razones de que iniciase la búsqueda con la intención de contemplar piezas realmente antiguas: viejos budas, objetos lacados, porcelana, tallas que eran réplicas de las de los templos. Estuve mirando, cayó la noche, me perdí y sentí cierta emoción, como si descendiera a las tinieblas interiores de la ciudad.

Al darme cuenta de que había regresado a un cruce cercano a la estación de Sanjo, pregunté a dos colegialas por el camino de la estación de la que había salido, la de Tofukuji.

Sirviéndose de un ordenador con traducción instantánea, como el que llevaba el monje Tapa Snim, me contestó una de las dos, llamada Kiko.

—Nosotras vamos en dirección a la estación de Tofukuji. Venga con nosotras, por favor.

Con sus chaquetas cruzadas, azul marino, sus blusas blancas y desabrochadas, la corbata medio suelta, sus faldas blancas, de tablas, y sus medias hasta la rodilla, eran el objeto del deseo de muchos japoneses si es

que las imágenes vistas en Pop Life servían de orientación. «La preferida del profe» era uno de los papeles habituales en la imaginería sexual de los japoneses.

Cuando subieron por las escaleras mecánicas, Kiko y su amiga Mitsuko alargaron la mano y con gran discreción se apretaron las falditas cortas contra las nalgas. Se trataba de disuadir a los mirones que pudieran ir tras ellas; las escaleras tenían una pendiente considerable, las faldas eran minúsculas, el ángulo de la escalera muy agudo. ¿Qué tragedias, qué azoramientos quedaban tras ese gesto disuasorio? Las mujeres a las que entrevistó Murakami en su libro *Underground* a menudo comentaban que habían sido objetos de tocamientos y de miradas lascivas en el metro.

Mitsuko, que hablaba algo de inglés, fue la que tomó la palabra.

—Nunca he estado en Hokkaido. No tengo dinero para ir, pero me gustaría ir a ver los *onsen*.

—¿Así que nunca has viajado fuera de Japón? —pregunté.

—Una vez estuve en Ohio.

—¿Ohio, en Estados Unidos?

—Sí, en Akron. Fue hace dos años, sólo un mes. Un intercambio en el extranjero. Estuve con una familia.

—¿Te cayó bien la familia?

—Una familia muy simpática. Con cuatro hijos —y me dio los nombres y las edades de todos ellos.

—¿Qué fue lo que te gustó de Estados Unidos?

—Me gustó la naturaleza. Los árboles y las aves. Y también los grandes campos de maíz.

—¿Y la comida?

—La comida... —dijo Mitsuko, y sonrió con inquietud—. No tomaban arroz. Pero antes de ir yo, mi familia envió un saco de arroz para que durase todo el mes que estuve. Preparaba yo el arroz para mí y para la familia. Yo creo que les gustó.

Aunque las dos colegialas dijeron que iban hasta Osaka, se bajaron del tren en la estación de Tofukuji, a la vez que yo. Les pregunté por qué. Mitsuko trató de explicármelo, se puso colorada, sacó el pequeño ordenador, tecleó unas frases y me mostró la ventanilla.

«Voy a enviar un paquete a Osaka», decía. Lo leí en voz alta.

—No, no, es ésta —Mitsuko volvió a teclear y bajó la pantalla.

«Para despedirte», decía.

Nueva lección de modales por parte de los japoneses. Despedirse en un tren en marcha era una descortesía, excesivamente familiar. Una despedida como corresponde ha de hacerse en el andén, con las saluciones y los honores y las respectivas inclinaciones de cabeza.

Encontré el camino de vuelta a la estación de Kioto y a mi hotel, y caminé un buen trecho. Eché de menos la nieve de Hokkaido, el clima espectacular, las tormentas de nieve, los grandes copos, húmedos, las calles nevadas. El mal tiempo parecía dotar de un sentido especial a mi viaje, dar al lugar un trasfondo señalado, lograr por sí solo que fuese memorable. Kyoto era un plácido lugar, con un tiempo primaveral y templado.

Busqué un cibercafé para tranquilizar a mi Penélope allá en casa, que seguía con sus labores de costura, tricotando con todo su corazón del derecho y del revés. Había pasado algún tiempo desde que estuve en contacto con ella; la BlackBerry no funcionaba en Japón. Y me costó trabajo encontrar un ordenador: en el hotel no había ordenadores para los clientes. Una de las paradojas de Japón es que está tan bien cableado —todo el mundo se manda sms a todas horas, se envían textos como haikus por teléfono, todos están conectados de un modo u otro por ordenador— que era difícil encontrar un cibercafé. Di con el único en Sapporo, pero no había ninguno en Wakkanai y en Toyotomi.

Sin embargo al cabo de una larga caminata, pidiendo indicaciones, localicé un ordenador en un cubículo del Top Café. Y me estaba esperando un mensaje urgente. El director de una revista, en Nueva York, se preguntaba si podría enviarle un texto de dos mil palabras sobre un tema concreto, «La violencia en África», para un número especial dedicado al continente.

Mi Tao del Viaje estipula que conviene desechar esa clase de peticiones. Concéntrate en lo que estás y en donde estás; no te ocupes de las tareas que se hacen en casa; no aceptes encargos, permanece incomunicado; no te prodigues. En un viaje, la desconexión es una condición indispensable. Es bueno que nadie sepa dónde está uno, ni cómo localizarlo. Conviene centrarse en el país en que uno esté. Ésa es la teoría.

Pero no tenía yo mayor ocupación, y el asunto del artículo me atrajo, porque ni siquiera en la paz de Kioto pensé que África fuese de forma inherente más violenta que ningún otro lugar de la Tierra. Así que dije sí, y la experiencia fue un desastre. Claro que, como casi todos los desastres, contenía una lección

que me estaba esperando.

Con tiempo libre en Kioto, volví al Top Café y pagué por uno de los cubículos. El joven que tenía a mi izquierda hojeaba un manga porno, la mujer a mi derecha sorbía tallarines de cocción instantánea en una taza. Me puse a reflexionar sobre la violencia en África. Escribí:

En África, una de las reglas que hay que observar a rajatabla —no está escrita, pero es inmutable— es que si uno choca con alguien y lo hace caer de la bicicleta, o lo atropella, o atropella a una cabra ajena, debe ir de inmediato a la comisaría de policía más cercana, ante todo por seguridad. De lo contrario, la muchedumbre que irremediablemente se agrupará en torno al accidente lo tomará por cautivo, lo intimidará, le exigirá todo el dinero que lleve encima. Si se produce lo peor y uno mata a un peatón, debe marcharse del lugar del accidente cuanto antes; si se queda allí, lo linchará el gentío, que se quedará con todas sus pertenencias, con el coche. Esto es algo que supe en 1964, en Nyasaland, y que recientemente he vuelto a saber en el este de África.

Me paré a pensar: los pésimos gobiernos que hay en África, empezando por el dominio colonial, han engañado a la población y han creado una grieta que ha ido abriéndose más y más. En esa grieta se cuelan las bandas violentas, los ladrones y los entrometidos: los mitómanos, las estrellas del rock, los famosos, los ex presidentes, los políticos, los magnates, gente que pretende expiar alguna debilidad personal, algún acto de libertinaje, o tan sólo la trivialidad de sus vidas, o sus canciones pop. Por supuesto que África era violenta, porque había sido desestabilizada por obra de los oportunistas de toda laya, en especial las estrellas del rock y los multimillonarios que pretenden expiar un pecado y que al final aspiran a ser dictadores.

Escribí con la intención de dar voz a estos pensamientos, a rachas —me tomé algún descanso para comer unos tallarines—, hasta que estuvo mediada la tarde. Tan absorto llegué a estar que se me olvidó que estaba en Japón, y me sorprendió ver una pared de cómics manga, y delante de mí a las empleadas de la caja registradora meneando sus largas melenas. Me desorientó el hecho de haber escrito con tanta intensidad sobre África, aunque al repasar el artículo me di cuenta de que era sutil, de que había dado en el clavo, de que estaba, y esto fue lo mejor de todo, terminado a la primera. Me levanté y, con esa

sensación de euforia rayana en el embeleso que se tiene cuando uno ha terminado un encargo, hice un gesto a la empleada.

—¿Me puede imprimir esto, por favor?

La dependienta, una chica muy guapa, me dijo que sí. Me hice a un lado y se coló en mi cubículo. En vez de sentarse en la silla, se inclinó, echó un vistazo a la pantalla y tecleó con total confianza. La pantalla se quedó a oscuras.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

El miedo se apoderó de ella y la dejó sin habla. Tecleó algo más y se quedó mirando, atónita. La pantalla seguía negra, impávida ante sus ojos.

Todo el que tenga un ordenador ha padecido esta descorazonadora experiencia, el borrado accidental de lo hecho. No tiene ningún sentido que explique lo que sentí, que fue como una patada en la boca del estómago, a la vez que me iba poniendo pálido y la ira y la pena me llevaban a pensar de manera irracional. Me sentí físicamente enfermo.

Mi aire de locura desoladora debió de alarmar a la dependienta, que en el acto perdió toda su belleza y se tornó, presa del pánico, un espectro.

—¡Lo has borrado!

No atinó a decir «lo siento». «Lo siento» es lo que decían los japoneses con sólo haberse rozado con uno en un ascensor. Sonreía atemorizada. También se había quedado pálida del todo.

Me peleé con el cortavientos al ponérmelo. La furia me hizo moverme con torpeza. Fui a la registradora. Marcó el cero. Me entregó el recibo.

—No se le cobra nada —susurró.

Me dieron ganas de llorar. También me dieron ganas de mandar la caja registradora a patadas a la calle Shiokoji. Por el contrario, salí caminando despacio, con dolor de garganta, con los ojos ardiendo. Me fui a la habitación del hotel y, con auténtico miedo, trabajando muy despacio, sin abreviaciones, comencé a reescribir una nueva versión de mi artículo volatilizado.

Para desahogarme tras tanta frustración llamé por teléfono a Pico Iyer, que vivía no muy lejos de allí, en una ciudad japonesa antigua, en Nara. Nos encontramos y estuve despotricando una hora, o algo más. Él fue el perfecto oyente de mis desdichas: simpático, sereno, atento, nada crítico, hostil a los ordenadores.

—¿No viajas con ordenador portátil? —me dijo cuando terminé—. Yo tampoco.

Utilizaba un cuaderno de notas, como yo, y también tenía una marca de bolígrafos preferida. Llevaba nueve años viviendo en Japón, aunque afirmó no conocer gran cosa del país y dijo no hablar japonés. Para mí, era un viajero completo: sumamente educado, con gran sentido del humor, sin apego por nada en especial, portátil, positivo, alerta, sutil, gran observador y gran oyente, sosegado, humano, y capaz de escribir una prosa de gran fluidez. Y había estado en todas partes. Se le conoce por su libro titulado *Noche de vídeo en Katmandú*, pero también ha escrito un libro sobre Cuba que está muy bien considerado. Aunque es reservado, su libro titulado *El alma global* es el más revelador de los suyos. Es un examen a fondo de los sin techo de una determinada clase: los que no tienen un país propio, los que viven con sentimientos de residente, pero sin raíces de ninguna clase, en ese estado de «extranjería perpetua»: no los exiliados, ni los expatriados al uso, sino las almas globales.

De complexión más bien delgada, Pico ocupa tan poco espacio que a veces resulta casi del todo invisible, lo cual es una gran cualidad para un viajero. Nació en la India y de niño vivió en Inglaterra; su padre era profesor en Oxford, y se educó en Eton y en Oxford y después en la Universidad de Harvard. Mientras tanto, sus padres habían emigrado a California, en donde su padre dio clases una temporada, y luego (según tenía entendido) se convirtió en gurú en Santa Bárbara.

Cuando nos encontramos en Kioto le dije que necesitaba desahogarme. Casi siempre he sido más feliz cuando viajo solo, pero me sirvió de gran ayuda, en un momento crucial de mi viaje en solitario, tener a Pico y contar con que me escuchase y me aguantase despotricar sobre el archivo que se había borrado del ordenador.

—A mí también me ha ocurrido —dijo—. Entiendo cómo te sientes.

Me desahogué despotricando mientras paseábamos por los templos, los jardines y las casas de té del antiquísimo parque de Maruyama, por el cual tiene Kioto fama justificada. Me sosegó la simpatía de Pico y el orden de los jardines del templo de Shoren-in, el olor de santidad de las arboledas sagradas.

Aunque pasamos casi todo el día y buena parte de la velada paseando por la zona histórica, se fue desplegando una narración en paralelo. Hablamos de los templos, de los santuarios, de las casas de té, y de los edificios cuadrados, de madera, de las callejuelas, de las estatuas de Buda y de los *bodhisattvas*, de

las laderas pobladas por pinos muy puntiagudos y de las arboledas de bambú. Pero también hablamos de las cosas que teníamos en común: los viajes, Inglaterra, el matrimonio, Hawái y el Pacífico, los editores, los encargos de periódicos y revistas, las giras de promoción, lo que estábamos escribiendo en esos momentos y, como siempre que se juntan dos escritores, de dinero y de otros escritores.

Caminando descalzos por el templo de Shoren-in, pasando de una sala a otra, todas ellas con vistas a las proporcionadas celdas de los monjes, con sus biombos decorados y sus vistas a los pinos enanos y a los faroles de piedra, Pico por ejemplo dijo:

—¿Cuáles de sus libros te parecen los mejores?

—*Una casa para el señor Biswas*, sin ninguna duda, y *Mr. Stone*, y los ensayos y las piezas periodísticas de los años setenta. Pero es...

—Para mí, *El enigma de la llegada*. Fíjate, esas puertas *shoji* se pueden expandir hasta el infinito. Ésa es la sensación que yo tuve. Entendí muy bien su sentido de la pérdida, y la infancia, la época de la escuela. Está alienado.

—Iba a decir que es un zopenco. Es cruel con los demás, no tiene aprecio por nadie. Con su esposa se portó fatal. No sabe qué es la empatía. Sé que eso puede parecer superficial. Lo que quiero decir es que es un hombre muy temeroso.

—Conmigo fue amable —dijo Pico.

No lo llegué a decir, pero entendí bien la afinidad que pudiera tener con Naipaul, que una vez me confesó la desdicha que le producía el hecho de ser un indio flacucho en medio de ingleses fortachones, el hecho de haber sido objeto de insultos y de abusos. Tan pronto se lo pudo permitir, Naipaul dejó de tomar el metro en Londres, prefiriendo el aislamiento y la seguridad de los taxis. Y Naipaul se habría sentido en la misma longitud de onda con la escritura de Pico en *El alma global*: «Al haberme criado simultáneamente en tres culturas, ninguna de las cuales es del todo la mía, adquirí muy pronto la sensación de estar desgajado del tiempo en la misma medida en que lo estaba del espacio; no tenía historia propia, lo sentía con claridad, y no vivía bajo la pesada carga de un hogar».

—¿Salimos? —dijo—. El jardín es una delicia.

Miré por la puerta el camino de gravilla y la disposición de las líneas zen lograda por medio del rastrillo, además de los arbustos en miniatura.

—Esculpido y controlado —dije.

—Así es toda la cultura japonesa. Esculpida y controlada. Mira ese cartel —estaba en inglés, y leyó despacio—: «Cuando camines por un jardín, hay una funda que debes devolver».

—¿Y qué significa?

—Haría falta ser Borges para entender a fondo esta clase de ambigüedades. Por cierto, ¿tú le conociste, verdad?

—En Buenos Aires, sí. ¿Ves? Otro detalle. Naipaul lo consideraba un charlatán. ¡Qué chapuza! Borges era dos veces más escritor de lo que él nunca ha sido. ¿De qué modo dices que fue amable contigo?

—Naipaul estuvo en Oxford con mi padre. Cuando lo conocí, se lo dije... Ah, me parece que vamos a dar la vuelta por ese camino, el que sube.

—Mira los bambúes de esa ladera —dije—. Son de los rastreros, no de los que crecen en grupos. De un verde azulado. Me pregunto qué...

—Eso de «verde azulado» me gusta. Éste es un jardín de estilo clásico. Supongo que los monjes vivían en esta villa. Ah, Naipaul se acordaba de haber dado muchos paseos con mi padre por el campo. Se conmovió al recordarlos. Se acordaba de muchos pequeños detalles.

—Dos indios solitarios en Oxford. Naipaul estaba entonces bastante deprimido. Dice constantemente que se iba a suicidar en Oxford. Me parece que eso no es más que una pose jactanciosa.

—En cualquier caso, mi padre y él se llevaron bien, y... vaya, me parece que ahí termina el camino. Chatwin era otro que tal, pura jactancia. Iba unos cursos por delante de mí en Dragon School, en Oxford. Volvamos al camino principal.

Encontramos la senda que conducía a otro templo y no vimos a nadie por allá, tan sólo una gran estructura de madera con piedras en los cimientos, y en ellas inscritos algunos versos tomados de los sutras.

—Yo no aguanto los libros de Chatwin —dijo Pico—. No me parecen verídicos.

—Intentó hacer de sus evasiones una virtud, ficcionalizando sus viajes —dije—. Se mondaba de risa inventándose lugares. Se inventaba etimologías. Dijo que la palabra *árabe* significa «el que habita en tiendas». Pero no es así. Basta con buscarlo en un diccionario árabe. La palabra significa «pueblo que se expresa por sí mismo», es decir, los que hablan claro. También dijo que Robert Louis Stevenson era un escritor de segunda fila. ¡Ja!

—Nos adentraremos más en el parque, hasta el templo de Chion-in —dijo

Pico. En el porche, muy estropeado por las inclemencias del tiempo, con vistas a toda la ciudad, volvió a tomar la palabra—. He pasado toda la mañana escribiendo sobre el modo en que Kioto ha perdurado durante mil doscientos años. Los americanos acordaron no bombardearla durante la guerra. Y ahora está cambiando hasta el punto de ser irreconocible por culpa del desarrollo urbanístico sin cortapisas de ninguna clase.

—Así es —dije. Pero estaba pensando en otra cosa—. A mí lo que me inquieta es que Chatwin nunca viajara solo.

—Jan sí viaja sola.

—Y también Jonathan.

—Pero Redmond no.

—Naipaul nunca lo hizo.

Los monjes entonaban sus cánticos en el interior del templo, humeaban en un brasero las varitas de incienso, los devotos estaban orando. El porche de madera estaba desgastado, alisado, en finísimas vetas.

—*Wabi-sabi* —dije, y di un golpe con la puntera de la bota contra la madera.

—Ésa sí es una expresión realmente ambigua. Casi tanto que no tiene sentido.

—Vaya. Creí que significa «erosionado, curtido e imperfecto».

—¿Quieres que bajemos por allí? Aquí estuve la primera vez que vine a Japón. Fui a visitar aquel monasterio. ¿Ves aquel edificio pequeño? En su día pensé en quedarme un año entero para escribir sobre él. Duró tan sólo una semana.

—Supongo que te harían... ¿qué? ¿Arrodillarte, adoptar posturas en el suelo, meditación zen?

—No, me hicieron fregar el suelo, limpiar, barrer...

—Ésa es la otra disciplina monástica de importancia. En el culto de Aum Shinrikyo abundaban los fregones y los barrenderos.

—La casa de té más antigua de todo Kioto —dijo Pico—. Además, allí tienen las carpas de mayor tamaño que hay en el mundo. Y en aquel templo de allá abajo hay señoras de la noche y geishas que se acercan a hacer ofrecimientos. Podemos bajar más tarde si quieres. El barrio de las geishas no queda lejos. ¿Conoces esa figura de Jizu? Es el patrón de los niños.

—Me parece que sí. ¿Y del sexo, qué? He visto fulanas haciendo la calle en la parte posterior de mi hotel.

—Las mujeres se asoman por las ventanas y dicen *kimochi*. A mí me pasó hace poco.

—¿Qué se supone que ha de hacer uno? Ah, mira: el pasadizo entre los dos edificios. Quise hacer uno parecido en Hawái.

—Al fondo hay una casa de té.

—¿Qué significa *kimochi*?

—Consuelo. «¿Quieres consuelo?» Es un eufemismo para designar el sexo.

—Como las «mujeres consoladoras», las coreanas obligadas a prostituirse.

—Exacto.

Pico comía golosinas que sacaba de una bolsa.

—¿Quieres un «M-and-M»?

—Gracias. En Wakkanai vi un rótulo que decía Love Doll. Encima de una puerta. La verdad es que lamento no haber entrado y no haber visto quién estaba allí.

—No, no. Ni se te ocurra entrar por esa puerta. La sensación que tengo en Japón cuando veo una cosa así es que nunca se sabe en qué te vas a meter.

Paseábamos entre las azaleas, flores entre rojas y púrpura, y pasamos por cenadores y arcos de juníperos.

—Hiciste bien al no abrir esa puerta —dijo Pico—. Cuántas veces no habré entrado yo por la puerta errónea.

—Me siento mejor.

—¿Sabes lo que dicen en vez de «me corro»? Dicen «me voy».

Señalé el centro del jardín.

—¿Qué historia tiene ese montículo, el de los arbustos?

—El Japón insondable. No se parece en nada a ninguna otra parte. Imposible siquiera adivinarlo.

Dando vueltas por las callejuelas cercanas pasamos por un portal rojo y alto y llegamos a la pagoda de Yasaka, un santuario de la religión sintoísta, de carácter animista, en el que se venera a los animales y al mundo de la naturaleza en general, incluidas las piedras y los árboles; allí se habían hecho innumerables ofrendas de papel que estaban pegadas a la estructura del edificio.

—Aquí vienen las mujeres si desean tener un hijo, o si desean abortar, o si han tenido un aborto espontáneo. Vuelve a ser una figura de Jizu. Desean captar el espíritu del hijo que han perdido. También lo frecuentan las geishas antes de sus actuaciones nocturnas.

—Allí hay una, lleva kimono.

—No, es demasiado vieja —dijo Pico—. Seguramente estará al cargo de las geishas. Éste es el centro espiritual del barrio de los placeres, repleto de espectros y recuerdos de amores melancólicos.

Del santuario colgaban infinidad de plegarias en papel e imágenes votivas, así como pequeños paneles con imágenes específicas. Por unos ochenta y un dólares no me sería difícil comprar una y colgarla. En uno de los paneles aparecía un hombre cargado con un gran saco.

—Míralo. «Conoce un nuevo amor y desea tener mayor compenetración con el amante.»

—Aquí hay una buena, es un jabalí que va volando. «Desea que haya paz en el mundo, y tener familia, y variedad.»

—¿Y variedad?

Cada uno de nosotros se puso a tomar nota en sus cuadernos.

—Y ésta es estupenda. «Desea que no sucedan infortunios.»

—La gente se estará preguntando qué hacemos —dijo Pico.

—Podríamos decir que hacemos sondeos de mercado para nuestro santuario sintoísta, para la concesión del tablón donde se expongan los mensajes votivos.

—Cuánta paz se respira aquí. Jan le dedicó unas páginas. Es un sitio lejos de todos los caminos al uso. Es curioso, porque ella nunca escribe sobre su persona, a pesar de que ha tenido una vida increíble.

—La historia jamás contada de Jan Morris. En fin, nunca la conoceremos. ¿Qué hay más allá?

—Un hotel del amor. Siempre se les reconoce por el nombre. Hotel Rey, hotel Sí, hotel Feliz...

—A veces aconsejo a los conocidos que se hospeden en esos hoteles —dijo Pico—. Los precios son equivalentes a los hoteles normales, pero las habitaciones son más agradables. A veces no es posible registrarse hasta que ya se ha hecho tarde, cuando todos los amantes ya se han marchado.

Estaban expuestas las tarifas: «*Noche completa*, 10.500 yenes (95 dólares). *Estancia breve*, 3 horas, 4.000 yenes (35 dólares). *Ampliación*, 30 minutos, 1.150 yenes (diez dólares)».

Lo más destacado que vi en el hotel del amor, y que de hecho ocupaba casi la totalidad del vestíbulo, fue un Rolls-Royce nuevecito, a estrenar, colocado sobre una tarima elevada.

—Es porque es propiedad de la Yakuza. Siempre que veas un Rolls o un coche grande, de los caros, es por la Yakuza.

A las seis menos cuarto de un día laborable estaban ocupadas veinticinco habitaciones y sólo quedaban cinco disponibles, al menos según las luces indicadoras. En la pared se exponía una fotografía de cada una de las habitaciones con su precio correspondiente. La decoración de los interiores oscilaba del *art déco* a las imitaciones de la arquitectura griega, pasando por un modernismo minimalista. Una de ellas tenía una fuente.

—Es igual que un restaurante chic.

Recorrimos el barrio de las geishas, las callejuelas de las casas de té y de los restaurantes; se anunciaban piezas de solomillo por diecisiete mil yenes (ciento cincuenta dólares). Grandes Mercedes bloqueaban la entrada a las callejuelas, los chóferes de guantes blancos esperando la llamada de sus señores.

Pico me condujo a un restaurante cercano al río Kamogawa, y cenando sushi y sopa de miso, salmón y arroz, y tartar de atún con aguacate, hablamos de T. E. Lawrence, la India, los nombres de Hawái, *Pnin*, nuestras familias, otra vez de Jan Morris, otra vez de Naipaul, otra vez de Borges, de Inglaterra, Murakami, Wakkanai, los manantiales de agua caliente, Henry James, Birmania, Vietnam, el significado del *ecchi*, las giras de promoción de un libro, el monacato y el excéntrico libro de viajes de Xavier de Maistre, *Viaje alrededor de mi cuarto*.

—¿Y qué me dices de Eton?

—Fue la mejor experiencia de mi vida —dijo Pico.

—Pero tenías que ir vestido con uniforme. Sombrero de copa, traje negro...

—En mis tiempos ya no se usaba el sombrero de copa, pero todavía llevábamos trajes formales. Tenía el armario lleno de ropa de rigor.

—Hace mucho tiempo leí un libro de un nigeriano que vivió allí. *Un negraco en Eton*.

—No me digas que conoces ese libro. Se llamaba Oneayama. Era pocos años mayor que yo, pero yo lo conocí.

—Dijo que eran racistas.

—Lo de siempre entre los escolares ingleses. A mí me llamaban «negraco». A cualquiera de estos japoneses también lo hubiesen llamado «negraco».

Acordamos vernos al día siguiente en Nara, donde vive Pico cuando no está

de viaje. Nara es una ciudad pequeña y antigua, capital de Japón en el siglo XVIII, que está a cuarenta minutos en tren desde Kioto y alberga algunos de los templos más importantes del país. En su momento de máximo apogeo, Nara también fue el centro artístico y espiritual, sede del poder político, con numerosos jardines y santuarios, templos y parques y casas de té, muchas de las cuales aún existían. Cuando uno evoca las imágenes de un Japón idealizado, los biombos llenos de capullos en flor, los objetos lacados, las azaleas, las elegantes pagodas de varias plantas, los techos de triple aguja, los faroles de piedra, los Budas serenos o meditabundos, es en Kioto y en Nara donde se encuentran, y no en la bucólica extensión de Hokkaido.

—Nunca he ido a Hokkaido —me dijo Pico—. Y prácticamente nunca voy a Tokio. Cuando no estoy de viaje, vengo aquí a meditar y a vegetar.

La noche antes de ir a Nara, a su encuentro, me desperté varias veces, con la cabeza llena de asuntos que deseaba comentar con él: las novelas de Georges Simenon, los rituales sociales propios de Inglaterra, la Australia de Chatwin, el Vietnam de Graham Greene, el encanto de Maine, los cinco volúmenes de *El final del desfile*, de Ford Madox Ford, el propio libro de Pico sobre el dalai lama, la fascinación de los japoneses por los cómics y muchas cosas más. Era un amigo y era un viajero, y al igual que otros encuentros por el estilo fue como estar con un compañero, con un habitante de un planeta lejano. No sólo era un prolífico escritor, sino que también había leído en abundancia.

Creo que la mayoría de los lectores serios y omnívoros son semejantes, intensos en su dedicación al mundo, de mentalidad sosegada, aunque hallan alivio cuando se encuentran con otros lectores, con espíritus afines, y se vuelven muy habladores. Si ha llegado el lector hasta este punto de este libro, es que también ha de ser una de esas personas tan singulares.

Pico me estaba esperando en el lugar que acordamos, cerca de la estatua de un monje, en la estación de Kintetsu Nara.

—Tengo un millón de preguntas que hacerte —dijo.

—Yo también tengo unas cuantas.

—Vayamos a pasear. El parque de los Ciervos está por allí.

Nos encaminamos hacia la zona noreste de la ciudad, hacia los recintos en los que se hallaban los tesoros más antiguos, lejos de los centros comerciales y los grandes almacenes. Atravesamos por el jardín de Yoshikien y el parque

de los Ciervos. Los ciervos, sin cornamenta, se mostraron curiosos y se acercaron a nosotros, llegando a tocarnos la manga con el morro humedecido. No eran animales tan sólo decorativos, sino que tenían importancia en la cosmología budista por ser «mensajeros de los dioses», que a menudo se acercaban como si estuvieran domesticados a los discípulos del Buda, los *arhats*.

—Ayer hablábamos de lo que se siente al ser extranjero en Inglaterra —dije—. Me gustaría contarte cómo fue mi primera semana en Inglaterra, en noviembre de 1971. Las humillaciones.

—Encantado de oírlo —dijo Pico, y después de que se lo conté todo, cuando habíamos atravesado casi la totalidad del parque, hizo un comentario.

—Entiendo exactamente qué es lo que quieres decir. Por cierto, éste es el jardín del santuario de Kasuga. Estas plantas ya aparecen mencionadas en textos muy antiguos.

Observé los setos y los arbustos.

—¿Qué antigüedad tienen?

—El período Nara comenzó hacia el año 710.

—Es increíble —dije—. Pero... ¿te imaginas cómo fue? Acababa de llegar de Singapur y había aterrizado en el medio rural de Inglaterra. En Dorset hacía frío, estaba muy oscuro todo el día...

Y, con generosidad de corazón, me escuchó. Y me escucharon los ciervos, y también los cuervos, como si me dieran ánimos para seguir.

—Estoy leyendo *Los caminos sin ley*, de Greene —dijo Pico.

—En ese libro nunca queda del todo claro lo breve que fue el viaje —dije—. Menos de seis semanas. Eso no es nada. Su viaje por África duró dieciocho días... ¡y lo hizo con su prima! Y se pone a escribir como si fuese Henry Morton Stanley, que tardó tres años en cruzar el continente.

—Pero Greene le sabe sacar un gran partido. Le bastaba con pasar poco tiempo en un sitio para resumirlo de maravilla. Yo sólo he pasado unos días en Tokio y he escrito un texto sobre la ciudad.

—Eso es cierto. Si vives en un lugar determinado, terminas por ser ciego a ese lugar. Qué portal tan bello.

—La Puerta de Nandaimon —dijo—. Una vez di una charla sobre viajes en Nueva Zelanda, en un viaje que hice hace unos diez años. Hubo bastante gente. Cuando llegó el turno de preguntas, un hombre se puso en pie y dijo: «¿Nos puede decir algo sobre el matrimonio de Paul Theroux?».

—¡Ja! ¡Pobre de ti!

—Había ido en avión desde L. A. Me había preparado una charla bastante larga. Lo había hecho a fondo. Y ésa fue la primera de las preguntas que me hicieron.

—Vete a saber por qué. Los neozelandeses se enojaron conmigo porque satiricé a su gobernador general.

—Los australianos son mucho más susceptibles —dijo Pico—. Mira ese cartel.

Cerca de la Puerta había un cartel que decía: «Un lugar para la paz y la abundancia en la tierra».

—Después de que Jan escribiera sobre Sydney —dijo—, la atacaron en todos los periódicos e intentaron prohibirle que volviera a visitar el país.

Entre las ofensas en que incurrió, Jan Morris había dicho que Sydney era una ciudad de rufianes, tanto en los juzgados y en la ópera como en la bolsa y en las pistas de patinaje. Y dijo que en Speakers' Corner, en Sydney, donde «las discusiones se libran a porrazos, se gasta un humor tosco, y en los cajones a los que se suben los oradores para endilgar al público sus peroratas suele aparecer una figura espantosa y malintencionada, con una boina calada hasta los ojos y unas hojas de periódico en la mano, con el solo afán de gritar a los demás y hacerlos callar a gritos, al margen de cuál sea el tema de que trate, al margen de su opinión, con un mal gusto devastador en las réplicas; no callan jamás, no se quedan quietos, no paran de lanzar puyazos ofensivos a los demás oradores y al público, con una energía insultante. Y me pregunté: ¿dónde he visto yo a ese individuo tan impresentable? Con un agujonazo de dolor me acordé: el infatigable patinador que se abre camino a codazos en la pista de hielo».

—Nunca pudieron asumir una cosa así —dijo Pico.

Pasamos por el gran portal de entrada al templo, con aleros muy amplios, en donde una mujer que hablaba con acento norteamericano explicaba aquellas dos figuras enormes a unos cuantos estudiantes de aspecto también norteamericano.

—Fijaos cómo tienen los brazos cruzados —dijo, y nos paramos a escucharla—. Reyes benévolos... del siglo XIII...

—Son canadienses —dijo Pico—. Me gusta detectar la procedencia por el acento.

—Puede que sean de Vancouver, pero a mí me parece que son de California.

En un susurro, Pico preguntó a uno de los estudiantes de dónde eran. Dijo vagamente que «de la Costa Oeste».

—He acertado yo.

—De chiripa. Ah, mira. Ahí está.

En solitario, bajo un tejado a dos aguas que era mucho mayor que la propia construcción, con adornos en forma de dragón y una mansarda que recordaba una ceja, había un gigantesco edificio de madera, de dos pisos, adornado con paneles pintados de blanco. Fuimos caminando hacia él. Era el Todai-ji. Pico señaló que era la estructura de madera exenta de mayor tamaño que existía en el mundo, y que la estatua de Buda que se conservaba en el interior tenía cuatro metros y medio de altura.

El templo de Todai-ji, de la secta Kegon, era una enormidad que parecía agazapada en tierra, y debido a los tejados y a los porches resultaba no sólo un montón de madera, sino que tenía una presencia elegante, a la vez que ceñuda. La estructura, del siglo XVIII, era por sí sola el edificio más imponente que vi en todo Japón. Y en el interior estaba el Buda monumental, de bronce, que era el más grande de su especie en todo Japón; se llamaba el Buda Vairocana. Estaba a la par del templo que lo albergaba, y era igual de impresionante por su tonelaje y por la sabiduría que insinuaba. En sánscrito, la palabra *Vairocana* significa «el que esclarece», y ese Buda estaba relacionado con «el sol y la luz de la gracia». Me hizo sentirme como un insecto. Ésa era sin duda la intención del emperador Shomu, el responsable de todo el conjunto.

—¿Y qué me dices de S. J. Perelman? ¿Te gustan sus obras?

—Muy divertidas —dije—. Me gustan mucho. Lo llegué a conocer en Londres.

—Ojalá hubiera tenido yo la ocasión.

—Estos pilares son el sostén del tejado, pero no de los muros. Los muros no soportan ninguna carga, por eso ha pervivido tanto tiempo.

—Y eso que se ha quemado en varias ocasiones. Antes era aún mayor, una tercera parte más de lo que es ahora.

—Perelman me llamó cuando vivía en Londres, después de que yo reseñara uno de sus libros. Una reseña muy elogiosa. Estaba encantado. Me propuso que almorzásemos juntos.

—¿Y estuvo amistoso?

—Mucho. Y vestía de punta en blanco. Era bastante mujeriego. Había leído una barbaridad. Había viajado muchísimo. Sus enloquecidos textos cortos se basan en viajes reales que hizo a Shanghái antes de la guerra, así como a Java, Egipto, Uganda. Es probable que alguna vez estuviera aquí. Era anglófilo, pero de tanto vivir en Inglaterra se le curó la manía. Y era extrañamente antisemita.

—¡No me digas!

—Pero a todas horas se descolgaba con términos y conceptos tomados del yiddish para manifestar esa tendencia. Escribió un artículo sobre Israel en los años setenta, para una revista llamada *Travel and Leisure*, y no se lo publicaron. O a lo mejor le exigieron que rebajase el tono.

—Creo que llegó a conocer a Norman Lewis.

—Otro gran viajero. Me encantó su *Nápoles 1944* y su libro sobre la Mafia.

—Y *A Dragon Apparent (se yergue el dragón)*, sobre el sudeste asiático.

Por lo general, «mira qué estatua» suele ser un comentario un tanto irritante, pero se me habría pasado por alto la estatua si Pico no me la hubiese indicado. Aunque estaba en uno de los laterales tenía un tamaño tres veces mayor que el natural, y era una figura sedente de un anciano de rostro arrugado y ojos penetrantes, tallada en madera, con una expresión luminosa, la mirada fija, en cierto modo de otro mundo. Sujetaba en una mano un cetro de cabezal bulboso. Un gorro rojo y una capa roja le daban cierto aire semejante al del lobo en *Caperucita roja*. La placa que había bajo la figura indicaba que era Binzuru (Pindola Bharadvaja) y añadía que era uno de los únicos dieciséis *arhats*, los ascetas que fueron discípulos de Buda. Y Binzuru era a su vez «el más reverenciado de todos los *arhats* de Japón», «famoso por su maestría en todos los poderes ocultos».

Así se explicaba su mirada penetrante. En la letra pequeña de la placa se enumeraban las instrucciones indicadas para servirse de la estatua en todo intento por mejorar la salud del creyente. Una consistía en tocar una determinada parte de la estatua y, con la misma mano, tocarse la parte correspondiente del propio cuerpo, para fomentar la salud o la curación de la misma.

Toqué la rodilla de Binzuru y me toqué la mía, para mantener a raya la gota que tenía ya como enfermedad crónica.

—Joseph Conrad también tenía gota.

—Es posible que la contrajera en África, como me sucedió a mí. Tuve una horrible deshidratación en un viaje por el Zambeze. Estuve dos días sin orinar.

Los pasé en una tienda, delirando. Aquello me dañó los riñones. Después tuve el primer ataque de gota en el dedo gordo del pie.

—Qué hermosa está la luz a esta hora del día —dijo Pico—. ¿Y qué hay de Hunter Thompson?

—Lo vi cuando viajó a Hawái. Estaba a todas horas metiéndose coca o fumando porros o bebiendo whisky. Era uno de los viajeros más timoratos que he conocido nunca. Cuando volvió a su casa de Colorado le dio por llamarme varias veces a las dos de la madrugada. Creo que tenía dolores casi a todas horas.

—Es otro de los rescatados por Jann Wenner. ¿No crees que Jan Morris dio lo mejor de sí misma cuando escribía para *Rolling Stone* en los años ochenta?

Bajamos por una cuesta, por los estrechos senderos del parque de los Ciervos, evaluando a todos los hombres y mujeres que hoy en día se dedican a viajar y a escribir, dando mejor puntuación a los que viajaban solos y escribían bien que a los que iban en compañía, además de restar puntos por determinadas actitudes, por la pose, por la falsedad, la ficcionalización de la realidad o por ser reaccionarios.

—Y eso es Kaidan-in —dijo Pico, indicando un santuario que era como un chalet, con un jardín meticulosamente cuidado, los arbustos en flor. Mientras mirábamos el santuario desde la verja que lo rodeaba empezó a nevar, copos grandes y húmedos como flores blancas.

—Hace nueve años que no veía nevar aquí.

—Tengo entendido que tu padre llegó a ser gurú —dije.

—No quiero ni pensar dónde te habrán contado eso —dijo Pico, y no fue una pregunta—. Es cierto. Después de marcharse a Santa Bárbara, en los años sesenta.

—¿Gurú de qué exactamente?

—Espiritual. Maestro en «iyerismo», digo yo —dijo Pico—. Teosofía en abundancia.

—¿*Isis desvelada*? ¿Madame Blavatsky? ¿Walter Besant? ¿Swami Vivekananda?

—Sí, esas cosas. La casa estaba llena de hippies, a veces eran treinta o cuarenta al mismo tiempo. Había entre ellos chicas muy guapas que iban a escucharle y a servirle. Copias calcadas de Joni Mitchell. Yo entonces estudiaba interno en Eton. Volví a casa de un colegio inglés que era el colmo de la formalidad y me los encontré con las túnicas holgadas y flores en el pelo.

Mi padre era como uno de los dioses tibetanos, parecía que respirase fuego, que arrojase rayos y truenos por la boca. «¡Dadme de comer! ¡Tengo sed! ¡Haz esto! ¡Haz lo otro!»

—¿Y tu madre estaba a favor de todo aquello?

—No. Creo que para ella fue una carga difícil de soportar.

—Deberías escribir algo sobre aquello.

Habíamos vuelto a las galerías comerciales que había en el centro de Nara, de regreso al siglo XXI, muy lejos de los *arhats* y los ciervos y los santuarios. Paramos en un Starbucks a tomar un café.

—Nadie llegó a conocer de veras a mi padre —dijo Pico—. No escribía. Era un buen orador. Krishnamurti vivía poco más allá, en Ojai.

—Otro de los swamis de California.

—Pero a mi padre hay que reconocerle que fue uno de los primeros que manifestaron y cultivaron el interés por el dalai lama. Cuando los chinos invadieron el Tíbet y el dalai lama tuvo que huir para salvar la vida, nadie movió ni un dedo. Los chinos entraron en el país y se apoderaron de todo sin hallar resistencia. Mi padre viajó en cuanto pudo a la India, a Dharamsala, en 1960. Por eso pude conocer al dalai lama cuando era yo muy pequeño. Eso es lo que estoy escribiendo ahora. Pero la historia del gurú ya se ha relatado.

Salimos del Starbucks y caminamos sin ninguna prisa a la estación de Nara.

—¿Piensas volver a Tokio?

—No. Mañana viajo a Niigata —dije.

—¿A Niigata? Eso está en el culo del mundo.

—Hay un aeropuerto internacional, aunque muy pequeño. En Tokio compré un billete para tomar un avión de Niigata a Vladivostok. Los transbordadores han suspendido el servicio por el mal tiempo reinante en el Mar de Japón.

—Un avión a Vladivostok. Podrías escribir un libro entero sobre esa experiencia —añadió, pensando quizás en nuestra conversación previa sobre el *Viaje alrededor de mi cuarto*.

Los trenes exprés salían de Kioto a Tokio cada pocos minutos. Mientras esperaba la salida del Hikari Express de las nueve de la mañana, los ejecutivos se apiñaban en los quioscos de prensa de Kioto, escogiendo cómics para el viaje, de tres horas de duración. Prácticamente ninguno se quedó mirando por la ventanilla cuando el tren pasó por el pie del Fujiyama, cubierto

de nieve, asentado en el paisaje como si éste fuera un desierto inmenso y el monte fuera el helado más grande del mundo. Cambié de trenes en Tokio a mediodía, crucé la estrecha cintura de Japón y llegué a Niigata hacia las dos de la tarde.

La pequeña ciudad era un paraje desolado, nuevo, pues la había arrasado un maremoto en 1961. Hacía además mucho frío, un viento helado, aguanieve que llegaba de Siberia tras atravesar un mar de tintes negruzcos. Y, como en otras ciudades de provincias, vi que las mujeres jóvenes de Niigata vestían con un estilo llamativo, recorriendo las calles heladas con chaquetas ceñidas, pantalones de terciopelo, botas de tacón de aguja. Una de estas mujeres me vendió una cuchilla nueva para mi maquinilla eléctrica de afeitar, otra me vendió una bufanda, una tercera me vendió una historia de la Yakuza. Estuve dos días en Niigata sin que amainara el viento inclemente y tomé el vuelo a Vladivostok. El avión despegó cuando ya era de noche, con cuatro horas de retraso.

Podrías escribir un libro entero sobre esa experiencia, había dicho Pico. Consideré esta optimista afirmación al poco de emprender el vuelo. El trayecto duraba una hora y veinte minutos. La mayoría de los pasajeros eran rusos de rostro abotargado con abrigos largos y mujeres más bien gordas, con jerséis gruesos y botas recias; todos ellos parecían contrahechos y lascivos por comparación con lo atildados que eran los japoneses, impecables como los cachorros de las focas. También había rusos jóvenes de aspecto endurecido, con grasientas parkas de nailon y pinta de mecánicos; llevaban cartones de tabaco y botellas de Baileys que habían comprado en el duty-free. Una rusa rubia, con un conjunto de cuero blanco, iba sentada delante de mí. Un japonés con un traje de pana amarilla y gruesa iba al otro lado del pasillo. A mi lado, un indio muy gordo, con pendiente en una oreja, gafas de sol y un maletín de muestras. No había turistas. A los treinta minutos de despegar nos dieron bocadillos de queso y caramelos duros. No había un libro en ese viaje: sólo este párrafo.

Llegamos a Vladivostok, en el este de Siberia, alrededor de la medianoche, un mundo de frío y de tinieblas. Final de trayecto para la mayoría de los viajeros. Para mí, el comienzo.

31. El transiberiano

Vladivostok, tan lejos de Moscú —casi diez mil kilómetros—, conservaba aún los aderezos soviéticos al uso: una estatua de Lenin gesticulante, una sucursal en decadencia de los *Glavny Universalny Magazin*, los grandes almacenes del estado, además de las oficinas gubernamentales con estatuas de bronce de los héroes de la patria en el tejado, y ese otro rasgo imperecedero de la época soviética, la pétrea burocracia. Siempre había sido la ciudad de los retrasos, los aplazamientos, la muerte, y ahora era un lugar azotado por la pobreza, lejanísimo, sin contacto con el mundo, escaso de fondos. Cercado por una bruma marina y lanuda, con aguanieve amarillenta y nieve renegrida a comienzos de febrero, difícilmente podría haber resultado más desalentadora que cuando era un pavoroso nudo ferroviario al que llegaban los prisioneros y los condenados a trabajos forzosos, víctimas de la Gran Purga que llevó a cabo Stalin, enviados a trabajar hasta deslomarse y morir en las lejanas minas del norte, en Kolyma y Magadan. Algunos ni siquiera llegaron tan lejos. Osip Mandelstam, el gran poeta (al igual que muchos otros prisioneros), murió en una cercana prisión de tránsito. El principal delito que cometió fue escribir un poema en el que satirizó a Stalin y lo tachó de bestia ridícula con versos como «tiene los dedos gordos como lombrices», o «su bigotazo de cucaracha se mofa de todo», o «todo lo que oímos es el montañero del Kremlin / el asesino, el aniquilador de los campesinos».

La nueva Rusia asomaba en los sórdidos casinos de Vladivostok, en los concesionarios de la Mercedes, en los espectáculos de chicas ligeras de ropa que se ofrecían a los marineros, en las montañas de revistas de porno blando, en ruso, que vendían temblorosas ancianas vestidas con abrigos harapientos por toda la ciudad. Sin que nadie le hiciera el menor caso, completamente descuidada, mera ciudad en declive y base naval en la orilla más remota de un mundo congelado, Vladivostok había pasado a ser uno de los principales

centros de actividad para los cabezas rapadas siberianos. Estos gamberros de cara pálida y cabezas grisáceas o azuladas, con botas de puntera metálica y chaqueta de cuero, parecían salidos directamente de *La naranja mecánica*, e incluso hablaban en una jerga similar a la que se inventó Anthony Burgess para sus personajes, tomando términos del ruso: *drugos*, *cheloveco* y *glasos*. Pero estos cabezas rapadas eran peores, y eran racistas, con planteamientos hitlerianos. Alardeaban ruidosamente por las calles en las que se acumulaba la nieve derretida, en busca de extranjeros de tez morena con la intención de molerlos a palos, y escribían con toda clase de faltas de ortografía pintadas en inglés (WITE POWER leí en una de ellas), sin olvidar adornarlas con las esvásticas de rigor.

Sin embargo, cuando ya empezaba a pensar que esa ciudad atenazada por el hielo no representaba nada más que un punto de partida realmente glacial, cuando estaba sentado en el bar del hotel, los dioses del viaje tuvieron a bien obsequiarme a un cretino. Era un inglés de lo más chillón, casi inverosímil por los prejuicios que exhibía y la pompa que se daba, recién llegado en avión desde Moscú para asistir a una reunión de negocios, que monologaba con su amigo ruso, el cual estaba o demasiado cansado o, al igual que el inglés, borracho como una cuba.

—Aquí lo que tenéis que hacer es restaurar la monarquía —dijo el inglés con esa voz chirriante y confianzuda que emplean los ingleses para dirigirse a los extranjeros. Dio un puñetazo en la mesa y miró la ciudad cubierta por la nieve y el barro del deshielo, el viento que soplaba en la estepa.

—*Da* —dijo el ruso sin el menor entusiasmo.

—No será difícil encontrar a algún Romanov. Y Putin no vale para nada. Esto está corrupto del todo. Ojo, que a mí me gustan los países corruptos. Con la corrupción uno al menos sabe por dónde se anda. Devolved el trono al zar, no sé si me entiendes. Luego lo sacáis a pasear a todas horas, a que le dé la mano a todo el mundo, un florero igualito que nuestra reina.

—*Da* —dijo el ruso, aunque más bien fue una pregunta.

—En cambio, Inglaterra está acabada. A lo menos, veinte años harán falta para que se recupere de los daños que ha causado Blair. Ha destruido el país por completo. La población misma les importa un comino. Blair lo ha mandado todo al cuerno.

El ruso parecía dormir, y no respondió a aquella voz chillona, risueña, al

inglés de mediana edad que hablaba a gritos, que gemía y se quejaba de su destitución de la clase aristocrática.

—Somos el estado número 51. No somos más que un apéndice de Estados Unidos. Es patético. En cambio... mira bien: ¡Vladivostok! Hemos pasado siete horas en un avión y aún estamos en Rusia. Es asombroso. ¡Esto sigue siendo Europa!

Iba a decir ¿Europa?, pero me lo pensé mejor: no, esto es demasiado bueno, mejor no interrumpirlo.

—A mí los soviéticos no me interesan. La historia soviética es un coñazo. ¡Borodino! Eso sí que estuvo bien. Lo visité el otro día. Una maravilla. Se conserva todo estupendamente. Rusia es monumental. ¿Ya te he dicho que a mí la corrupción no me importa? Pues es cierto, no me importa. Eso le da alicientes al país. Gran Bretaña... por mí te la puedes quedar entera. ¿Viktor?

—*Da?*

—¡Traed de nuevo al zar!

Esto sucedió la segunda noche, después de recuperarme de la llegada al aeropuerto cuando era noche cerrada, y lejos de la ciudad, y de las discusiones con los taxistas que me pidieron cien dólares por llevarme al centro urbano. Me negué a pagar semejante dineral y se marcharon, dejándome plantado en medio de la nieve. Claro que... ¿quién no tiene una historia en la que un taxista aparezca como una rapaz?

Al tercer día, pasando el rato en la oficina de correos, vi a una mujer de unos veinte o veintidós años más o menos, sencilla y seria, con un grueso abrigo, sentada en una de las mesitas de madera, inclinada sobre sí misma, poniendo en limpio una carta que empezaba diciendo «¡Queridos señores! Tengo el deseo de presentarme a la Philip Morris Company...».

—Tal vez pueda ayudarle, señorita —le dije—. ¿Escribe con la esperanza de conseguir un trabajo?

Capté en un instante otra línea de la carta: «Tengo una experiencia enorme y única para pensar fuera de la caja».

—¿Quién es usted? —me preguntó con cara de pocos amigos—. ¿Qué es lo que quiere?

—He sido profesor de inglés —le dije, y así conseguí que me prestara atención—. ¿Le importa que le eche un vistazo?

Era una carta de presentación con la que acompañaba la solicitud de un puesto de trabajo en una empresa tabacalera con sede en Suiza. El densísimo

párrafo ocupaba una página de prosa anticuada, con florituras caligráficas en abundancia, y además de farragoso estaba repleto de errores de bulto. Le hice algunas sugerencias, le corregí las pifias gramaticales, le aconsejé que dividiera el párrafo en varios, más breves, de modo que fuera más fácil de leer.

—Gracias —dijo.

—También sería bueno que lo mecanografiase y lo imprimiese.

Negó con un gesto.

—Eso es carísimo.

—Pero causaría mejor impresión. Yo se lo puedo pagar —dije, y saqué unos rublos a la vez que miraba su firma—. Considérelo una inversión en su futuro, Anna.

Se mostró feroz y me arrebató la carta de la mano.

—¡Jamás aceptaré yo su caridad!

Con esto atrajo la atención del resto de las personas que estaban en la enorme oficina de correos, mujeres de cierta edad, una joven con un bebé, un anciano barbudo con botas de fieltro, que se había adormilado cruzado de brazos encima de una de las mesas. Me miraron, miraron a Anna, esperaron a que estallara de nuevo.

Pero Anna en cambio se puso a susurrar con voz ronca. Se puso extrañamente terca, y me aconsejó que, como ella, me marchase cuanto antes de Vladivostok.

—Me voy esta noche —le dije.

—Váyase ahora mismo. Aquí no estará a salvo —dijo—. Le robarán el teléfono móvil. Y seguro que averiguan cuál es la contraseña. ¡Sí, se lo digo yo! Hay muchas maneras de hacerlo, usted no se lo imagina. ¿Por qué ha venido aquí?

—A tomar el tren.

—Hay demasiada delincuencia en esta ciudad. Me puede escribir una carta, claro, pero alguien la robará de mi buzón.

—¿Y esta carta?

—¡La robarán también! Yo lo que quiero es trabajo. He mandado cinco cartas. ¿Quiere que le diga cuál es mi sueño? Tener un negocio propio. Tecnología de la información.

En un sitio tan frío y caótico como aquél, estaba sentada ante una mesa en la oficina de correos, con un abrigo viejo, enviando cartas, urdiendo la forma de

marcharse de allí, igual que yo. Me dediqué a caminar por las calles nevadas, sobre las cuales caía un polvillo hollinoso del cielo, y me encontré ineludiblemente con una pareja de mormones norteamericanos. Uno de ellos, el hermano Hogue, de Salt Lake City, daba la lata a los transeúntes y les extendía invitaciones.

—¿Qué se trae entre manos?

—Una película —dijo el hermano Hogue—. Es bienvenido si quiere venir a verla.

Eché un vistazo al folleto. Se trataba de una proyección de una película en la que se exponía uno de los grandes acontecimientos que propugna la doctrina de los mormones, la visita de Jesucristo a Centroamérica después de ser crucificado, en el año 33. Jesucristo había predicado sus enseñanzas entre los mayas.

—Ya he visto esa película —dije—. Jesucristo pronuncia un sermón desde una pirámide. No sé yo si ocurrió en realidad...

—Pues claro que ocurrió en realidad —dijo el hermano Hogue, riéndose de mis dudas. Tenía la sonrisa tórpida y la mirada firme de un evangelista, que es también la expresión de un vendedor de coches cuando le echa el guante a un cliente crédulo. Me impresionó que en un sitio tan terrible tuviera un aspecto tan presentable y tan sano, y también el hecho de que su compañero de misiones y él fuesen casi con toda seguridad las únicas personas en todo Vladivostok que vestían una camisa blanca y una corbata.

—¿Qué tal les van las cosas en Vladivostok?

—Nos reunimos con algunas personas —dijo. Me pareció un tanto ambiguo. Le pedí que se explicara mejor—. Llamamos a las puertas. Pero éste es un sitio muy triste. Bandas callejeras, drogas, corrupción, robos. A mí ya me han robado. Me quitaron el ordenador. Es un sitio que va cuesta abajo, basta con echar un vistazo. Me queda por delante un año entero.

—Pero podrá meterlos en vereda y llevarlos por el buen camino —dije.

—Sé que podemos —dijo, y abordó a un transeúnte, a un anciano que tomó el panfleto, y el hermano Hogue se puso a charlar con él en un ruso excelente, dando forma al consabido mensaje de los mormones.

La estación de Vladivostok abultaba de manera llamativa cerca del puerto: era un ejemplo extravagante y pretencioso del estilo de las construcciones ferroviarias de Rusia, con gruesos muros y grandiosos techos inclinados,

cúpulas, agujas rematadas por una especie de sombrero de bruja, con un reloj muy visible, que marcaba la hora exacta. Todo el aparato era impresionante hasta el momento de entrar en el interior, despojado, frío, hueco. La sala de espera estaba llena de bancos de madera como los de una iglesia. Aunque en la estación no había calefacción y era espartana, algunas de las salas abiertas al público ostentaban murales a todo color de escenas ferroviarias.

Estaba apoyado en la balaustrada de acceso al andén exterior, leyendo *Sputnik, mi amor*, de Murakami. Se me acercó un joven japonés.

—A mí me gusta *Dance Dance Dance* —dijo.

Se llamaba Nobuatsu Sekine. Viajero perseverante, Nobu iba a tomar el Rossiya con destino a Moscú y hacer después el *grand tour* por Europa. Al igual que yo, había llegado a Vladivostok pocos días antes.

—¿Y qué le ha parecido hasta el momento?

—Muy primitivo. Muy sucio —dijo.

Señaló que en la estación no había instalaciones de ninguna clase, ni tiendas, ni bar, ni quiosco, ni siquiera calefacción. Iba cargado con una mochila fenomenal y una abultada bolsa de la compra.

—¿Qué lleva ahí?

—Tallarines, cerveza, botellas de agua. ¿Usted no lleva nada?

Le dije que no, que no se me había ocurrido comprar provisiones.

—Pero llevo un cuarto de kilo de té verde comprado en Kioto.

—Si quiere ir a comprar comida, le vigilo el equipaje. Hay un supermercado nada más cruzar la calle.

Hice caso de su sugerencia y salí veloz de la estación para internarme en la nevada nocturna camino del supermercado. Compré tallarines, cerveza, agua y galletas de chocolate, y a lo largo de los siete días que siguieron, cada vez que vi a Nobu, le di las gracias por su consejo. No lo vi muy a menudo. Viajaba en la clase más dura, y yo iba en la más blanda.

Vimos un exprés salir de la estación con rumbo a China. Llegaría a Harbin, capital de la provincia de Heilongjiang, a la mañana siguiente. La mayoría de los pasajeros eran comerciantes chinos que habían ido a Vladivostok a vender ropas, utensilios domésticos y aparatos electrónicos. Volvían a China sólo con dinero. Parecían felices de volver a casa.

Más o menos una hora antes de que saliera el Rossiya, encontré mi compartimento y me presenté al revisor, una mujer que llevaba el uniforme de los Ferrocarriles de Rusia, chaqueta negra con entorchados dorados, falda

negra, botas negras. Me indicó mi compartimento, que llamó *kupe*, en el que un hombre calvo y moreno, con rasgos levantinos, ya se había acomodado y hablaba por teléfono.

—¿Y adónde va? —le pregunté. Si dijera Moscú, lo tendría por compañero de habitáculo durante siete días.

—A Jabarovsk —dijo.

—¿Mañana llega? —dije.

Me lo confirmó. Dijo que no había avión hasta allí; en la mayor parte de Siberia, el ferrocarril era el único modo de viajar realmente fiable. Añadió que su inglés no era demasiado bueno, pero no lo hablaba mal, si acaso con un marcado acento. Se llamaba Rashid. Tenía unos cincuenta años y era kurdo, originario de Irak, aunque sus padres lo llevaron a Armenia en los sesenta. Por espacio de veinte años había vivido en Kamchatka, ese apéndice remoto y helado de la Siberia más al este, en el Mar de Ojotsk. Era empresario en Petropavlovsk. Tenía cuatro hijos; me enseñó las fotografías, que llevaba en su teléfono móvil.

—Está más cerca de Alaska que de Moscú.

—Yo estado en Yalaska —había hecho un circuito turístico con principio y fin en el Ártico: Kamchatka – Yalaska – Miiamii – Yolando – Diisnii Guorl – Teexah – Yalaska – Kamchatka.

Mientras charlábamos, sonó el silbato del tren y dejamos Vladivostok con rumbo al norte, hacia Jabarovsk, para trazar luego una larga curva a la izquierda e iniciar el trayecto con el que el tren rodearía la protuberancia del noreste de China.

Rashid vio que había sacado yo mi mapa y puso el dedo en Afganistán.

—También estado allí. Y allí. Y allí.

—¿Haciendo qué?

—Combatir.

Desplazando el dedo sobre el papel, trazó la ruta que había hecho por las localidades del este y del sur de Mazar-i-Sharif, los lugares en los que combatió estando en las filas del ejército soviético entre 1985 y 1987, avanzando con su batallón, tirando de los cañones, disparando contra las posiciones de los afganos. Sonrió al leer los nombres de las ciudades en las que había acampado.

—¡Kunduz! ¡Baghlan!

—¿Qué piensa de aquella guerra?

—Gran error.

—¿Para usted?

—Para nosotros. Para ustedes. Para todos. Afganistán... —añadió, y volvió a sonreír—. Pienso que nadie puede vencer en Afganistán, nadie más que el pueblo de Afganistán.

Rashid hizo algunas llamadas de teléfono mientras yo ordenaba mis papeles. Para no estar ocioso, tenía la intención de escribir notas de cara a unas futuras memorias sobre mi padre. Desde que murió, no había sido capaz de escribir sobre él sin que me embargara la tristeza; ahora, pasados casi doce años, empecé a considerar que había llegado el momento. Había sido un padre cariñoso, un hombre celoso de su privacidad, muy trabajador, mas sin ambiciones evidentes. Aunque leía libros de historia y las novelas clásicas, nunca tuve conocimiento de que hubiera escrito; si algo había escrito, a mí nunca me lo comentó.

Como tenía por delante una semana de soledad a bordo del tren, comprendí que podría escribir un retrato de ese hombre amable y un tanto misterioso.

—¿Por qué a Estados Unidos no gusta Azerbaiyán? —preguntó de pronto Rashid.

—No estoy muy seguro.

—Están de parte de Georgia.

—No hay muchos armenios en Estados Unidos, pero los que hay tienen poder. Lo que quieren es que el gobierno estadounidense resuelva el problema de Nagorno-Karabaj.

—¡Problema político! Es todo estupidez —rió y se señaló a sí mismo—. ¡Yo vivo en Kamchatka!

Fue como si dijera que había llegado de otro planeta, y una simple mirada al mapa me lo confirmó. Dijo que se había marchado a Kamchatka después de concluir sus obligaciones militares en Afganistán, cuando se licenció del ejército. Tuve la sensación de que su deseo había sido alejarse todo lo posible de toda estupidez política.

—Rashid —le dije—, ¿es usted musulmán?

—No musulmán. Zoroastra. Cuando sale el sol rezo.

—¿Dónde más hay zoroastras?

—Muchos en Irak. Muchos en Turquía. En la India... muchos.

Esto nos llevó a charlar sobre la guerra de Irak.

—Estados Unidos en Irak —dijo, y sacudió la cabeza—. Sí, de acuerdo,

Saddam era un problema. Mató a muchos de mi pueblo. Los gaseó, los bombardeó. No fue bueno. Pero... digo yo: ¿esta guerra de los norteamericanos? Es —y extendió las manos para recalcar sus palabras—... es un desastre.

Volvió a hacer más llamadas, yo volví a la historia de la Yakuza que había comprado en Niigata. Me quedé adormilado y apagué la lámpara de lectura. Rashid hizo lo mismo. Lo oí carraspear.

—¿Quién será el próximo presidente? —dijo a oscuras, por encima del estrépito de las ruedas del tren.

—No lo sé.

—A lo mejor Gillary —dijo.

—¿Gillary?

—Gillary Cliinton.

—A mí me gusta Obama.

—Es negro. Pero es bueno, creo yo —dijo.

Dormí como un tronco, y a la mañana siguiente llegamos a Jabarovsk. Rashid me regaló una bolsa de mandarinas que había comprado en Vladivostok y descendió en medio de la nieve.

Cuando arrancó el tren fui a desayunar. Fui el único cliente del vagón restaurante, un espacio muy adornado, forrado de paneles de madera, con espejos y visillos de encaje, que estaba bastante sucio, los manteles manchados de comida, el suelo lleno de residuos, la madera sin fregar. A un extremo del vagón había apiladas bastantes cajas de cerveza.

Un hombre que iba sin afeitarse, y que tenía la nariz muy abultada y el cabello revuelto, estaba sentado en una de las mesas y tecleaba en un ordenador con las uñas negras, un cigarrillo colgando entre los labios.

Al cabo de un rato me sorprendió al ponerse en pie y venir a donde estaba para darme una carta bilingüe. Tenía las manos muy sucias. Tomó nota de mi comanda y fue a la cocina. Estuvo mucho tiempo sin volver. Imaginé sus manos sucias y el cigarrillo colgando. Una mujer con aspecto sumiso, probablemente su esposa, me trajo una taza de café y la tortilla que había pedido. Cuando pedí pan —*jlyeb*, una de las pocas palabras que conocía en ruso—, el hombre del cabello revuelto dio un grito a su mujer y fue ella quien me lo trajo.

Esta experiencia me desarrolló el gusto por los tallarines de cocción instantánea y el té verde, que tomaría en mi compartimento en las sucesivas mañanas, preparándolos fácilmente gracias al samovar que proporcionan

todos los trenes de Rusia, siempre a mano, siempre en ebullición.

Había salido el sol, el día era luminoso. En algún lugar, bañado por los primeros rayos del astro, Rashid murmuraba una plegaria zoroastra. Por la ventanilla, la tierra era una llanura inmensa en la que se veían, diseminados, los emblemáticos abedules, algunos de los cuales acogían nidos de cuervos. La nieve era tan fina que se veían a trechos algunos montículos de color siena.

Me acomodé y me puse a escribir sobre mi padre, y pocas horas más tarde, en una breve parada, la *provodnitsa* se presentó y dijo que se llamaba Olga. Estábamos, según dijo, en Birobidzan.

Uno de los rótulos de la estación estaba en caracteres hebreos, el otro en cirílico.

El edificio de la estación era bastante nuevo, de ladrillo rojo. A lo lejos alcancé a ver una iglesia de cúpula dorada, barracones empleados como viviendas, gruesos troncos de abedul apilados en vagones del ferrocarril y una fábrica de gran tamaño. A pesar del glorioso resplandor de la nieve, del sol que brillaba y centelleaba en el hielo y daba una rara luminosidad a los árboles, aquello parecía una cárcel abierta. Birobidzan, en la frontera con China, en el corazón de la región más oriental de Siberia, era la capital de Yevreyskaya Oblast, la región autónoma de los judíos. No se bajó nadie del tren.

La prueba de que Siberia era un mundo muy simple, simplificado aún más por la nieve, la encontré en el mercado que había en el andén de Obluche, que la nieve cubría, mediada aquella primera tarde. Mujeres de avanzada edad vendían unos buñuelos (*verenike*) rellenos de col y patata, pescado frito, huevos duros, botellas de agua y tabletas de chocolate. Era el mismo tipo de productos que se pueden encontrar en los andenes de ferrocarril de África. Las mesitas plegables de los esperanzados vendedores ambulantes, unos cuantos rublos que cambian de mano, y al cabo el momento de recoger los tenderetes cuando arranca el tren, siendo la llegada del tren el gran acontecimiento de cada día.

Pronto entendí por qué. Obluche era una agrupación de cabañas de madera y de labrantíos apresados bajo la nieve, con chozas en las afueras, semejante al asentamiento de unos pioneros en Minnesota, en pleno invierno, en el siglo XIX; las cabañas, las vallas de estacas, el humo en las chimeneas y, más allá, el gran vacío de los campos nevados. No se oían pasos, no había huellas

de vehículos, no había ni seres humanos ni coches, y China se encontraba nada más pasar el horizonte, a una distancia que se podría recorrer a pie con un buen calzado para la nieve.

Ni siquiera en las estaciones de mayor tamaño apareció nadie en el andén, ni se movía nada en ellas. Bureya era una ciudad achaparrada, con casas cuadradas al estilo siberiano, algunas un tanto embellecidas, pintadas de color galleta, con el humo en las chimeneas. Allí donde se habían vencido las vallas y se habían helado los abedules, la delicadeza del blanco y el negro, la tierra misma, recordaba a uno de los paisajes nevados de Andy Wyeth.

La mayoría de los días habrían de ser así: aldeas con chozas de las que salía un hilillo de humo, como fue Amazar, a orillas del río Shilka, o poblados en los que de cientos de chimeneas salía el humo blanco, agazapadas tras endebles vallas de madera, muy alejadas unas de otras, los abedules a veces apiñados, los árboles sin hojas, una vacuidad monumental de nieve y cielo, el rodar del transiberiano sobre la nieve como un barco a través de un mar helado.

Pasados dos días con sus noches habíamos penetrado en una región incluso más desoladora. Tenía lectura: el libro de la Yakuza, algunas novelas de Simenon. Y tenía algo que escribir: las notas de este viaje y las memorias de mi padre, aunque a medida que escribía sobre él me parecía que se alejase más y más de mí, sonriéndome con expresión compasiva.

Cuando tomé este mismo tren en el invierno de 1973-1974 no tenía una idea muy precisa de los días que tardaría en llegar a Moscú. Con los retrasos y los temporales y las ventiscas, el tren se demoró tanto que terminé por pasar la Navidad a bordo, sintiéndome desdichado, abrumado por la nostalgia. Ahora disponía de un *kupe* para mí solo. No podría haber sido mayor mi contento, cómodo en la intimidad del compartimento individual, viendo enfriarse la luz dorada del sol poniente, enrojecido, y las cortezas de los abedules, que jalonaban un mundo aparentemente muy lejano. Me sentí libre de toda preocupación, como si flotara por los campos de nieve.

Hice otra visita al vagón restaurante. El camarero chef de la nariz abultada estaba aún más sucio y malhumorado que la otra vez. Seguía teniendo las uñas renegridas; llevaba un gorro de algodón negro, pantalones negros, de lana, y botas recias. Las gruesas lentes de las gafas las tenía manchadas de grasa. Fumaba y aporreaba su viejo ordenador, pero cuando le hice el pedido tomó nota con un lápiz en un trozo de papel suelto.

—*Salyanka* —dije. Estofado. Y, espaciando las sílabas, añadí—: *Ya-ich-nitsa* —huevos fritos.

Con esa clase de inteligencia frustrada que le acrecentaba la impaciencia y el resentimiento, tenía el aire de un anarquista dostoievskiano o de un disidente. Pero era evidente que no se trataba de lo uno ni de lo otro, sino de un simple vago, mal pagado, que se encargaba junto con su esposa del muy impopular vagón restaurante. Todo lo que hacía la mujer era enrollar las servilletas de papel para insertarlas en los vasos de las mesas de forma que recordasen un ramillete de flores. Aparte de unos cuantos borrachos, nunca llegué a ver a ningún otro viajero en el vagón restaurante.

Días más tarde me encontré con la mujer del camarero chef en el vestíbulo de uno de los vagones. En el exterior, las sucesivas capas de hielo eran gruesas, y el viento acumulaba la nieve reciente en un lado u otro.

Se puso a farfullar conmigo. Me pareció que me decía: «Pero ¿dónde se ha metido, hombre? ¡Venga, entre a comer!». Sólo que yo para entonces ya vivía únicamente de los tallarines, los pescados ahumados y las salchichas que compraba en los apeaderos en los que hacía parada el ferrocarril.

Mogocha, uno de esos apeaderos, era un grupúsculo de casas, con unos cuantos perros de gran tamaño, como los lobos, que retozaban en la nieve, un hombre con sombrero de piel que levantaba mucho las botas al caminar debido a la hondura de los bancales de nieve y un autobús que traqueteaba por la orilla de un río, que terminaría por atravesar aprovechando que estaba helado. En muchas de las casas había unas contraventanas talladas, de color azul; era una localidad diminuta en la que se quemaba la leña sin cesar, con pinta de tener muchos siglos de antigüedad, y quizás los tuviera.

En el pasado me había mofado de cualquiera de estos lugares medio sepultados, siempre deseoso de seguir camino. Ahora en cambio vi que no era desolado, sino más bien apacible, un refugio de quietud, amortiguado por la nieve, en todos los sentidos autosuficiente, demasiado alejado de Moscú para que a nadie le importase lo que allí sucediera: el tipo de sitio en el que bien podría vivir si no hiciera un frío tan intenso.

Durante cientos de años esta región había sido lugar destinado al exilio. Al atardecer de ese día llegamos a Chernishevsk-Zabaikalski. Era un lugar tan remoto y tan hospitalario de aspecto como lo era Mogocha, si bien fue la prisión de un novelista y crítico literario, Nikolái Chernishevski, que estuvo exiliado allí en 1864. La suya era de las típicas historias sobre los peligros

que comporta expresar la propia opinión en Rusia, aunque él fue víctima de los zares. Había defendido la causa de la libertad de los siervos y de la emancipación de las mujeres, y en muchos ensayos sostuvo que el arte necesita de un propósito definido. Tras soportar una ejecución sumaria, pero en falso, pasó veinticinco años de trabajos forzosos en el exilio en Siberia. ¿Su delito? Subversión. Cuatro meses después de regresar de Siberia falleció a los sesenta y un años. Había escrito una novela estando en el exilio, titulada *¿Qué se ha de hacer?* (*Shto Delat?*), que pasó a ser un tratado del socialismo, razón por la cual se había erigido una estatua suya, mediatunda y plateada, delante de la estación de ferrocarril.

Me acordé tanto allí como en otros momentos del viaje en tren de algo que escribió Nabokov en uno de sus ensayos, esto es, que buena parte de la literatura rusa huele a biblioteca de presidio.

Viajar en el transiberiano fue en efecto como viajar en barco, y no en un barco de los viejos, no en un transatlántico, sino en un antiguo carguero de hierro que se abriese camino a través de un mar helado, sin que faltasen los marineros malhumorados, la pésima comida y el capitán invisible. Y con el mismo confort para el pasajero que era yo por puro azar, cómodo, abrigado, los mortales elementos de la naturaleza al otro lado de la ventanilla, el aguanieve que a veces azotaba los cristales.

Si existe un reto en el transiberiano, los siete días con sus noches de larguísimo viaje en tren, no era precisamente conseguir un visado o un billete, ni tampoco ubicarse en Vladivostok, sino que era el obstáculo habitual en los viajes, el reto puramente mental. Los rusos superaban la prueba por el sencillo método de emborracharse, al menos los hombres. Cuando recorría el tren de una punta a la otra, todo lo que acertaba a ver era gente bebiendo cerveza o durmiéndola. Para un ruso, un viaje en tren de semejante longitud era poco menos que una juerga, y justo por eso mismo la mayoría de los pasajeros eran la incoherencia en persona.

Nobu daba saltitos para entrar en calor en el andén nevado de Ulan-Ude a primera hora de la mañana. Le pregunté qué tal se las iba ingeniando.

—Los hombres de mi compartimento son muy alcohólicos —dijo Nobu—. Se ponen a beber por la mañana, en cuanto despiertan. Y se pasan el día bebiendo.

Él no bebía. Hacía fotos y tomaba notas. De vez en cuando nos encontramos

en alguno de los vestíbulos y hablamos de las novelas de Murakami o tratamos de imaginar qué temperatura podía hacer allí fuera.

Un hombre con aspecto de mogol se me acercó en Ulan-Ude. Era achaparrado, robusto, con las mejillas redondeadas, asiáticas. Como aquella estación era un nudo ferroviario en el que arrancaba la vía que iba a Mongolia y a China, tuve curiosidad por saber cuál era su etnia. Me dijo que era de la etnia Buryat y me preguntó si quería comprarle *manti*.

Eran unos buñuelos rellenos de carne, hechos al vapor; conocía la palabra, porque había oído llamar *manti* a los buñuelos en Turquía y en otros lugares.

—¿Usted americano? —dijo cuando me los envolvía.

—Sí, americano.

—Mii-sippi —dijo—. Al-bama. Flodda.

—Soy de Boston.

—Los Boston Bruins —dijo sin vacilar, envolviéndome aún los buñuelos.

—¿Le gusta el hockey?

—Los New York Rangers —dijo, y me dio el paquete—. Es buen *manti*.
Racias. Tenga buen viaje.

Se marchó esta alma bondadosa por haber visto a tres de los borrachos del tren que venían tambaleándose hacia nosotros. Aún no eran las nueve de la mañana. Tenían pinta de crápulas y cada uno llevaba una lata azulada, de cerveza, en cada mano.

—¡Somos la Marina! —me dijo uno de ellos. Dijo que se llamaba Fyodor y que estaban en un barco en la base de Vladivostok.

Los otros comenzaron a gritar incoherencias. Iban vestidos con chándal y calzado deportivo. Se dirigían a Nizhni Novgorod, tres días al oeste de allí.

Cuando se marcharon, vi a Nobu tomando fotografías de la estación de Ulan-Ude; bajo el rótulo de la estación, en un losange de lucecillas rojas se anunciaba la temperatura. Era de -17° C.

La sorpresa que me llevé en esta gélida estación, en medio de la estepa, fue que mi BlackBerry empezase a zumbiar llena de mensajes, algunos de Penélope, unos cuantos más incitándome a comprar Viagra o a agrandarme el pene o a invertir en acciones de un futuro sin lugar a dudas muy prometedor. Spam en medio de la pura nada. En cambio, a dos kilómetros de Ulan-Ude se murió la maquina, como ya sucediera en todo Japón, y su único uso era el de luz para leer de noche o (como ya la había utilizado a lo largo de varios meses) como linterna de emergencia cuando me despertaba de noche y

necesitaba salir del compartimento para ir a orinar.

Atravesando las llanuras de nieve en capas cada vez más gruesas —efecto de la proximidad del lago Baikal—, pasé el día entero escribiendo sobre mi padre y pensando en que no había cambiado nada desde la última vez que hice ese mismo viaje, treinta y tres años antes. El tren seguía siendo una antigualla enorme y estrepitosa, la comida seguía siendo una porquería, las aldeas cercanas a las vías eran aún meras aglomeraciones de chozas en las que ardía la leña. El personal del ferrocarril, en especial las mujeres, eran diligentes cuando tenían que trocear el hielo para despejar las tuberías, para lo cual empleaban un hacha de mango alargado, y también cuando tenían que mantener encendidos los samovares, pero al margen de eso el servicio era más bien inexistente. No prestaban atención a los pasajeros, aunque eran escrupulosas a la hora de plantarse en posición de firmes, junto a los vagones, en cada una de las paradas.

Lo que parecía una sencilla rociada de astillas de nieve a última hora de la tarde, bajo un cielo oscuro, se espesó hasta ser una masa arremolinada de copos y por último una tormenta de nieve en toda regla, que oscureció del todo el Baikal: una tormenta de cuidado, si se piensa que éste es el mayor lago del mundo. Pasada la tormenta, ya en Slyudyanka, una pandilla de vendedores ambulantes, hombres y mujeres de avanzada edad, con gorros de piel, tomaron sus bolsos llenos de pescado ahumado y se apiñaron en las puertas del tren.

—¿Qué es eso? —pregunté a Dimitri, que estaba en otro *kupe* en mi vagón.

—Es *omul*. Bueno con cerveza —dijo Dimitri.

El *omul* era una especie de trucha asalmonada que sólo se encuentra en el lago Baikal. Los rusos la tenían en gran estima, tanto que eran capaces de hacer el viaje sólo por comprar ese pescado; se vendía ahumado en frío (rígido, seco) o bien ahumado al calor (suave, carnoso, aromático). Compré dos bolsas de cada.

Los pescaderos de Slyudyanka, bajo la nieve, fueron una forma de atisbar la Rusia de antaño, no sólo por la belleza de sus gorros de piel y sus abrigos gruesos y abultados, sino también por los rostros curtidos, helados, oscuros, la nariz picada de viruela, en los momentos en que ofrecían las bolsas de pescado a los potenciales compradores que viajaban en el tren. Un siglo atrás no hubiera sido muy distinta la escena: las mismas botas, los mismos mitones, pieles, bufandas andrajosas, la misma espera en el andén, bajo la tormenta de nieve, hasta que parase por poco tiempo el tren de largo recorrido, y el mismo

aire apremiante en sus ojos.

Volvimos a parar en Irkutsk mientras daba yo buena cuenta del pescado. Se hizo de noche y el tren siguió su lento trayecto en la oscuridad, y con el centelleo de la helada, cuando amaneció a los cuatro días de salir de Vladivostok, en otra franja horaria, una de las ocho por las que atraviesa ese tren, el paisaje no había cambiado: los abedules y los retoños renegridos en los campos nevados iban pasando por la ventanilla, en la que se acumulaban las salpicaduras de barro.

Un conjunto de casas pequeñas cubría toda la ladera de un cerro.

—¿Dachas? —pregunté a Dimitri de forma un tanto aventurada, porque no había humo en las chimeneas. Nada más decirlo pensé que era mera conjetura, acorde con el hecho de que los viajeros siempre se inventan el país por el que transitan.

—Sí —dijo—. De gente de Krasnoyarsk, que viene aquí en verano.

—Es un pueblo entero.

—No es un pueblo —dijo Dimitri—. Es una estación.

—¿Y qué diferencia hay?

—No tiene oficina de correos, ni tiendas, ni escuela —dijo, con lo cual quiso hacer una clara distinción entre un campamento de temporada y un asentamiento de verdad.

Dimitri era de Krasnoyarsk, que se encontraba a una hora de tren. Había estudiado ingeniería de minas en la universidad de su ciudad natal, que era de hecho una explotación minera —vi muchas desde el tren—, incluidas algunas minas de oro y en explotaciones a cielo abierto. El oro se ha extraído en Rusia de esta forma desde hace más de trescientos años.

Lo que me interesó de Dimitri es que se encontraba completamente satisfecho con su trabajo en Rusia, con su residencia en Krasnoyarsk, con su condición de votante, propietario de una casa y ciudadano. Mientras hablábamos en el pasillo del tren sonó su teléfono.

Contestó.

—Era mi jefe —dijo—. Sabía que estoy en el tren. Quiere que hoy vaya al trabajo. No hay problema. Me gusta mi trabajo.

Lo había contratado una empresa que fabricaba equipamiento para minas que se distribuía por todo el país, incluso en lugares tan remotos como Kolyma y Vladivostok.

Dimitri tenía unos treinta años, y no era alto, pero sí musculoso. Esquiaba

en los montes de los alrededores de Krasnoyarsk, montaba en su moto cuando hacía buen tiempo, levantaba pesas. Tenía un apartamento en propiedad, pero estaba buscando uno más grande, «para cuando me case, si es que me caso algún día». Tenía un Toyota Corolla recién estrenado. Quería comprarse un Lexus. Era ambicioso, pero se conformaba; no era bebedor, no fumaba. Era un extraño individuo: un ruso feliz y sobrio.

No tenía deseos de viajar, salvo para ir a Moscú y San Petersburgo. Dijo que aspiraba a hablar inglés mejor.

—Tu inglés está muy bien.

Se dio unos golpecitos en los dientes.

—¿Se dice «diente» o «tiente»?

—Diente.

—Tiente —dijo.

—Tengo treinta y dos dientes.

—Dengo dreinta y tos tientes —dijo.

Murmurando este mantra, se bajó del tren con los libros de bolsillo que ya había leído yo: tres de Simenon, el Murakami y el libro de la Yakuza. Compré zumo de manzana, yogur, embutido, pan y salmón ahumado a una *babushka* que estaba en el mercado improvisado del andén de Krasnoyarsk, y me hice una merienda en el compartimento viendo pasar Siberia.

La nieve, los abedules, las casitas, los cuervos, los montes lejanos, «con abetos por pestañas», la nieve virgen el día entero, y otra noche en el tren. Empezaba a estar aletargado de puro estupor durante el día y pasaba las noches soñando y despertaba exhausto por la variedad de los sueños que tenía. En dos aparecieron sendos funerales, en uno plegarias (que hacía yo), un vuelo (mío) en dos, y en un sueño memorable me visitó mi padre ya difunto, que me dijo: «Sólo vengo a echar un vistazo».

La noche anterior, mi quinta noche en el tren, pasamos por Omsk, en donde estuvo Dostoievski cuatro años encarcelado. Había escrito con gran intensidad sobre la experiencia en *La casa de los muertos*.

Mirando con fijeza la densidad de los pinares, la taiga, pasé el día entero medio adormilado, escribiendo intermitentemente sobre mi padre, sabedor de que hacia la medianoche del sexto día iba a llegar a la ciudad de Perm. Pasamos por Ishim, en donde vi huellas de neumáticos en los ríos helados: en invierno, los ríos de Siberia sirven de carreteras para la circulación de los vehículos. En Tyumen, a mediodía, compré un poco de pollo a una anciana que

estaba en el andén, sobre la nieve, y a última hora de la tarde, hacia las cinco, estábamos en Ekaterimburgo, la ciudad donde tuvo lugar el regicidio. Se anunciaban visitas guiadas al lugar en el que el zar y su familia fueron ejecutados en 1918. Ekaterimburgo es la primera ciudad propiamente dicha a la que se llega haciendo este trayecto; en mi viaje anterior se llamaba Sverdlovsk, y llegué en Nochebuena, precisamente a la misma hora. En aquel entonces vi a un muchacho bajar a su difunto padre del tren en una camilla, y mi depresión tocó fondo. Esta vez, en cambio, pensé que íbamos a llegar a Perm a medianoche, y —como no me había duchado en toda la semana— probablemente podría darme un baño y asearme.

«Perm es una moderna ciudad industrial que prácticamente cualquier viajero podrá evitar sin tener que arrepentirse por ello», decía una de las guías consultadas. Pero con toda probabilidad era una afirmación tan inexacta como el hecho de que esa guía menospreciase mi *Gran bazar del ferrocarril* y lo tachara de «cáustico», con una solemnidad y una hipocresía como sólo se dan en las guías de viaje. Mi visita a Perm había de ser memorable y esclarecedora, sobre todo en el silencio asordinado de la nieve, en pleno invierno siberiano.

—Estamos en una lista secreta del Pentágono en la que hay unas cuantas ciudades soviéticas que han de ser destruidas —me dijo un nativo de Perm al poco de mi llegada.

Debido a las fábricas de cohetes, de cañones, de explosivos, Perm estaba cerrada a todos los extranjeros cuando pasé por allí en 1973. Perm había sido otro de los puntos de tránsito para la mano de obra esclavizada en Siberia, lo había sido ya desde la época de los zares, y en las afueras de la ciudad se encontraban algunas de las cárceles más grandes y más atroces de todo el gulag. Las industrias de Perm habían sido la fabricación de armamento de alta tecnología, el encarcelamiento arbitrario y la tortura hasta prácticamente ayer, cuando en febrero de 1992 se cerró la prisión y se permitió la visita a los extranjeros, que iban al ballet, comían los jugosos *posikunchiki* («buñuelos meones») en los mejores restaurantes, vagaban por las calles nevadas, veían a los gordos y gordas de la localidad saltar desnudos a un agujero abierto a pico sobre una laguna helada, conducían el coche por las colinas desiertas, la taiga, el bosque mixto, atravesaban las minúsculas aldeas con casas de una sola planta e iban a ver el peor de los campos del gulag, el llamado Perm 36, todo

lo cual también pude hacer yo.

Brillaban los minúsculos cristales de la helada a la luz de la estación principal, que no es la misma estación a la que llega Yuri Zhivago en la segunda parte («Tren a los Urales») de *Doctor Zhivago*, que es la primera vez que ve la ciudad. Perm estaba muy parecida: «Se asentaba casi en la cima de un cerro y formaba terrazas sucesivas, casa por casa y calle por calle, con una gran iglesia en lo alto, como si fuera una postal barata, en colores defectuosos, que representara un monasterio en el desierto o el monte Athos». Buena parte de la acción de esa elegíaca novela de amor y de lucha, que ya tiene cincuenta años, transcurre en Perm, llamada en la novela Yuriatin, «otro territorio, un mundo diferente, provinciano, que tenía su propio centro de gravedad».

Una ciudad o un paisaje que ya han sido descritos en una novela, aunque sea de una manera distorsionada, resultan más visibles y más accesibles, más consagrados incluso, por dotados de algo que les otorga perdurabilidad. Por eso me alegró estar en Perm y bajar del tren, aunque me había acostumbrado tanto a las vibraciones y a mi litera estrecha que apenas concilié el sueño en la habitación del hotel. Me sentí como el niño que se sobresalta al notar que la cuna en la que está dormido ha dejado de mecerse.

A primera hora de la mañana, todavía a oscuras, conocí a mi guía, Sergei, y a su traductora, Yelena. Habían venido con un amigo, Viktor Shmirov, que era toda una autoridad sobre el sistema del gulag, uno de sus historiadores más destacados. Subimos al coche de Sergei y emprendimos viaje por las calles blancas, flanqueadas por la nieve apisonada, a la luz de unas farolas de tintes sulfurosos.

—¿Por qué se dice todo eso en las guías de viaje, por qué se dicen esas cosas de Perm? —preguntó Sergei cuando le comenté algo que había leído: «Esta ciudad rezuma historia por los cuatro costados. Dostoievski estuvo aquí en su viaje a Omsk. La familia de Diaghilev es oriunda de aquí. Chejov, por supuesto: éste es el escenario en que se desarrolla *Las tres hermanas*. Y además, el libro de Pasternak. ¡La ciudad rezuma historia!».

Dostoievski pasó por la ciudad camino de la prisión, y no estuvo en la ciudad más que una noche. Sergei Diaghilev huyó de la ciudad en cuanto le fue posible y pasó toda la vida en París obsesionado con el ballet. En cuanto a Chejov, la consideraba el epítome de la sofocante vida de las ciudades provincianas («¿No podemos irnos a Moscú?», lamentan las tres hermanas continuamente), mientras que a Pasternak se le había considerado en Rusia un

auténtico paria de la literatura hasta quince años antes.

Comenté que en *Las tres hermanas* se traza un retrato desfavorable de Perm, y que las hermanas oprimidas, asfixiadas casi, ansían marcharse a Moscú.

—Es que Chejov tenía un problema —dijo Sergei. Hablaba un inglés que no era nada malo, pero prefería hablar en ruso. Yelena iba sentada detrás de mí, traduciendo—. No le permitieron la entrada en un edificio de la ciudad porque no iba vestido de acuerdo con la debida etiqueta. Eso es algo que nunca perdonó.

Este episodio no lo menciona ninguno de los biógrafos de Chejov, que se limitan a decir que en 1890 llegó por el río a Perm a las dos de la madrugada, una noche de abril, y que se marchó ese mismo día a las seis de la tarde en un tren con rumbo este. Empezó un largo viaje por Siberia, ochenta y un días de Moscú a Vladivostok, camino de la colonia penal de Sajalin. Con todo, dieciséis horas en Perm fueron suficientes para que un genio como Chejov resumiera la ciudad y la tildase de sofocante.

—La cosa es más o menos como sigue —dijo Sergei—. ¿Qué pasaría si fuera usted a una ciudad y se encontrase con una cucaracha en la sopa? —era un hombre de gran envergadura y entrado en carnes; iba encorvado sobre el volante, conduciendo por la nieve. Se volvió con pesadez en el asiento y se me encaró, las manos en el volante del coche que circulaba despacio—. Esa ciudad no le gustaría nada, ¿verdad que no? Y de eso no se olvidaría nunca. «Ah, Perm, el sitio donde me encontré con una cucaracha en la sopa.»

—Pero aquí no tenemos cucarachas —dijo Yelena.

—Hace cinco años todas las cucarachas desaparecieron de Perm —dijo Sergei—. ¿Habrá sido por la radiación? ¿Percibieron que se avecinaban complicaciones? Ni siquiera los profesores más expertos han hallado la respuesta a esta pregunta.

—Y ahora pasamos por Bashaya Smirti —dijo Viktor.

—La Torre de la Muerte —apuntó Yelena, y señaló adelante, una torre de base ancha, gris, como un silo de tejados muy inclinados, adherida a un edificio también gris, de aire eclesiástico, con muchas ventanas muy pequeñas.

—Hubo una gran oleada de represión a comienzos de los años cincuenta —dijo Viktor a la vez que iniciábamos un circuito para rodear la lúgubre torre—. Se construyó entonces la Torre de la Muerte para el KGB. Aquí traían a la gente para someterla a interrogatorios.

Pregunté quiénes eran los sospechosos.

—La gente a la que se consideraba «cosmopolita» —dijo—. Los occidentalizados. Los que no eran patriotas. También los llamados «radicales de izquierda». Antiestalinistas.

La terrorífica torre recordaba un crematorio desmesurado que estuviera cerca del centro de Perm, así que formulé la pregunta más obvia.

—¿La llamaban los habitantes de Perm la Torre de la Muerte?

—Nadie lo decía en voz alta, pero sí en susurros —dijo Viktor—. En tiempos de Jrushchev se podía decir un poco más alto.

Les dije que mi escritor preferido en el tema del gulag, un hombre que estuvo sometido a extensos interrogatorios, era Varlam Shalamov, autor de los *Relatos de Kolyma*.

—Estamos en el año del centenario de Shalamov —dijo Viktor con gran animación—. Su padre era sacerdote ortodoxo, pero Shalamov nunca fue un hombre religioso. Es asombroso que una persona con una experiencia carcelaria tan tremenda no se convirtiera al cristianismo.

—Al contrario que Soljenitsin.

—Sí, y también al contrario que Soljenitsin cumplió veintisiete años de condena en Siberia. Al final vivió en la pobreza más terrible, en Moscú. Murió sin que nadie lo conociera.

Soljenitsin fue en cambio el *zek*, o prisionero, más famoso de Occidente. Sin embargo, en su exhaustiva historia del sistema de prisiones, titulada *Gulag*, Anne Applebaum escribe que el tiempo que pasó en la cárcel no fue oneroso: «[Soljenitsin] fue un prisionero bastante anodino. Flirteó con las autoridades, hizo de informador antes de ver la luz, terminó trabajando de albañil». Y los *Relatos de Kolyma*, de Shalamov, que Applebaum elogia, los cuenta «entre los más amargos que se han escrito dentro del género narrativo de los campos de exterminio».

Habíamos salido de las afueras de Perm con rumbo al nordeste, hacia los bosques de pinos cubiertos por la nieve, por una carretera sin hollar. Al margen de algunos coches y camiones pesados, apenas había tráfico. La oscuridad de la mañana se había despejado; viajábamos bajo una nieve que caía sesgada, bajo un cielo plomizo.

—Quisiera contarle una historia sobre los órganos del poder —dijo Viktor, y Yelena me la fue traduciendo—. Una vez tuve la ocasión de entrevistar a una campesina de la región del norte de Perm. Me dijo que jamás había salido de

su aldea, con una sola excepción. Había ido a Chernaya, un pueblo relativamente grande. Le impresionó, porque le pareció muy bonito. Estaba tranquilamente sentada, admirando el lugar, cuando oyó que alguien decía: «Va a venir Apoga». La buena mujer conocía el nombre. Apoga era el presidente del Comité de Urgencia de la Cheka. La Cheka, ya lo sabrá usted, fue una de las anteriores encarnaciones del KGB, hoy llamado FSB. Desde 1919 ha cambiado de nombre diecinueve veces, pero sigue siendo la misma organización, dedicada al espionaje, la tortura y el asesinato. Bien, pues Apoga era un nombre que sólo de oírlo a la mujer le daba pánico. La sola idea de verlo le resultaba terrorífica. A todo el mundo le daba miedo la perspectiva de ver a ese hombre. La mujer se marchó en cuanto pudo; volvió a su aldea y nunca más salió de allí —Viktor alzó ambas manos. En el rostro tenía una expresión de dolor imposible de aliviar—. A la gente se la encarcelaba entonces por nada. El nombre de ese individuo, Apoga, representaba el terror.

—Lo paradójico —dije— es que exactamente en esa misma época, en los años cincuenta, tuvimos a McCarthy en Estados Unidos. Se dedicaba a perseguir a todo el que manifestara simpatía por la Unión Soviética.

Sergei chasqueó la lengua sin darme tiempo a acabar.

—*Nyet, nyet, nyet* —dijo—. Yo he estado en América. Sé cómo fue el mccarthismo. Pero no se trata de problemas que se puedan poner a la misma escala.

Tuve que estar de acuerdo, aunque los motivos, la caza de brujas, las traiciones, el hedor del miedo, de las vidas arruinadas, de los trabajos perdidos y de las deshonras, todo lo que movió y envolvió el mccarthismo, en el fondo fuera similar.

—Le voy a contar una historia —dijo Sergei—. Viktor dice que aquí la gente tenía miedo, y es verdad. Yo lo sé por mi familia. La familia de mi abuela era de Kirov, que es una de las localidades a las que llega el tren, unas ocho horas al oeste de Perm. Tenían once hijos, siete niñas y cuatro niños. A mi abuela se la consideraba una mujer que tenía buena educación, porque había terminado la escuela primaria con honores.

—También es un chiste, Paul —apuntó Yelena.

—Lo he captado.

También capté que se refería a su abuela diciendo *babushka*.

—Su padre era un carnicero conocido en la localidad. Era un hombre físicamente muy fuerte, musculoso. Pasados cincuenta años aún se le

recordaba en toda la provincia. En la época de la revolución —dijo Sergei—, mi abuela tenía diecisiete años. Se casó a los diecinueve, y durante ocho años todo fue bien. Vivían en un lugar alejado de todo. Allí, la policía secreta no podría alcanzarlos.

»En los años veinte, Stalin ante todo quería la colectivización, de modo que acudieron a ver a mis abuelos. Su padre, el carnicero, era un *kulak* (es decir, un campesino rico, o alguien que se atreve a desafiar a la autoridad). Vivía en una casa muy bonita, que había construido él mismo. El inspector quiso quedarse con la casa para alojar a su familia. Y el carnicero tenía mucho cariño por su casa.

»“Váyase a Siberia”, dijo el inspector del gobierno.

»“¿Cómo?”

»Hasta ese momento, nunca le había preocupado el poder del gobierno. Aquello le supuso tal trastorno que se acostó y murió de un ataque al corazón.

»Sus dos hijos, mis tíos abuelos, escaparon para luchar contra un gobierno tan injusto. Mi abuela se quedó en el pueblo. Pero tenía miedo. Sabía que la policía estaba buscando a sus hermanos. Al mismo tiempo, daba pan y otros alimentos a sus hermanos cuando llegaban a hurtadillas a la casa. La policía especial pretendía matarlos. Esto sucedió hacia 1930 o 1931. Pocos años después los encontraron y la policía los mató a tiros.

»Mi abuela, que se llamaba Matryona, quiso enterrar a sus hermanos, pero nunca encontró los cadáveres. Y no terminaron ahí sus penas. Después de la Segunda Guerra Mundial hubo una tremenda hambruna. Al ser hija de un *kulak*, que había terminado sus estudios de primaria con honores... ¡ja!, la nombraron jefa de una granja. No quedaban hombres fuertes en el pueblo. Ella sufría con tanta hambre.

»En 1946, su hijo, es decir, mi tío, a los diecisiete años salió a buscar algo de comer. Pasaban tanta hambre que iban a los trigales en busca de los granos de trigo que se hubieran quedado por el suelo después de la siega. Y lo vieron. Lo detuvieron acusado de robo.

»Gritó a la policía: “¡Sois unos monstruos! ¡Tenéis comida, y nosotros no tenemos nada!”.

»Por decir eso, fue condenado a veinticinco años. Los pasó en Magadan y en Kolyma, tamizando gravilla a la orilla del río en busca de oro. Prácticamente no tuvo ninguna comunicación con su madre. En 1954, a la muerte de Stalin, fue rehabilitado. Murió hace tres años y... ¿sabe usted?

Nunca quiso decir ni una sola palabra sobre sus años en prisión.

»A mi abuela le daba tanto miedo el KGB que sólo de oírlo nombrar ponía cara de espanto. El peor documento que vio en su vida fue la condena a su hijo. Imagínese, veinticinco años. Le hubieran caído diez años por el robo, pero los llamó monstruos, así que le cayeron otros quince.

Estábamos en el campo y hacía un rato que no nos cruzábamos con ningún vehículo. La carretera estaba sepultada bajo la nieve. El paisaje era como un dibujo al carboncillo sobre papel blanco: los bosques negros, el cielo diluido, la blancura de la tormenta de nieve.

—Hay miles de historias como ésa —dijo Viktor—. Es una historia de puro terror. La gente tenía miedo de todo el que estuviera en el poder. El sistema era cruel. Se basaba por entero en que Stalin quería mano de obra esclavizada.

En todo momento Yelena me fue traduciendo y yo fui tomando notas en un cuaderno apoyado en la rodilla, lo cual me fue fácil gracias a las pausas que se hacían entre lo que decían los hombres y la traducción de Yelena.

—Y era imposible fiarse de nadie —dijo Sergei—. Yo mismo tuve un problema. Estaba fichado, alguien me había traicionado.

—¿Y qué había hecho usted?

—Contaba chistes de política —dijo Sergei—. Pero me enteré de que estaba fichado de una manera inesperada, dando un largo rodeo. Trabajaba para el Komsomol, la organización de las juventudes comunistas, en el Departamento de Educación Política. Esto fue en los años ochenta. Nos ocupábamos de los veteranos de Afganistán. Muchos habían sufrido un grave estrés traumático, les costaba mucho adaptarse a la vida normal.

»Yo también estaba estresado por el trabajo. Quería viajar al extranjero. Remité una solicitud. Me dijeron que necesitaba una razón, la di y me contestaron que no. “Lo siento, Sergei, no puede ser.”

»Me extrañó muchísimo que no se me permitiera salir del país. Cinco años después, con el desmoronamiento de la URSS, descubrí cuál fue la razón de la negativa. El KGB me proporcionó la información. Es una historia que tiene su gracia. En 1989 estaba en Checoslovaquia durante la Revolución de Terciopelo, cuando Vaclav Havel fue investido presidente. Estuve allí en todo momento, me encargaba de una agencia de viajes.

»Los del KGB vinieron a verme. “¿Qué ha pasado aquí, qué es esto de la Revolución de Terciopelo?”, me dijeron. “No queremos que pase lo mismo en otros países.”

»Me decidí a chantajearlos. Les dije que estaba dispuesto a decirles todo sobre los checos con tal de que me enseñaran mi expediente.

»Al final estuvieron de acuerdo en el trato. Eché un vistazo a mi expediente y me quedé boquiabierto. Resultó que les informaba de todo una chica a la que yo conocía, colega mía en el Komsomol. Después de las fiestas de trabajo escribía informes sobre los compañeros que contaban chistes. ¡Y yo había confiado en ella!

Ancho de espaldas, como un oso, divertido, Sergei iba encorvado sobre el volante, con la mirada fija en la tormenta de nieve y en la carretera, acordándose del pasado. Me lo imaginé con un par de vasos de vodka en la mano, charlando sin parar, la verdadera alma de la fiesta.

—Ahora viene lo más divertido de todo —dijo—. En aquella época yo creía con toda sinceridad en el comunismo. Era secretario delegado, responsable de la ideología y de la formación de los jóvenes. ¡Éramos creyentes! Descubrí que había otros tres espías en mi oficina, ¡y eso que era una organización ideológica!

—¿No pasó miedo cuando tuvo conocimiento de su expediente? —pregunté.

—No, miedo no. Pero me llevé una enorme decepción. Me dio asco. Yo era un tipo inteligente y pensaba que nuestro sistema era el mejor. Lo malo es que nuestros dirigentes eran viejos. Breznev, Andropov, Gorbachov. ¡Unos vejestorios!

—Cuénteme un chiste político —dije.

—Ahora sólo se me ocurren chistes de Putin.

—Seguramente los chistes serán los mismos —dije—, y sólo cambian los nombres de los políticos.

—No. Hay chistes para cada uno. Los de Breznev eran completamente distintos.

—¿Por ejemplo?

—Allá va uno —dijo Viktor—. Un hombre habla con otro y le dice: «¿Te has enterado de que Breznev se ha hecho una operación para ampliarse el pecho? ¡Necesita más sitio para colgarse todas las medallas!».

—Suena mejor en ruso —dijo Yelena después de traducírmelo.

Sergei contó entonces un chiste largo y desconcertante sobre una vez en que Breznev oye a sus vecinos, que están viendo un partido de hockey por televisión. Dice, dicen ellos, dice, dicen ellos... Lo anoté, pero no lo entendí. No me reí al final.

—Los chistes sobre Breznev —dijo Sergei— suelen ser más suaves. Para empezar, no estaba bien de salud. Además, comparado con Stalin y Jrushchev era bastante bueno. Andropov en cambio fue un problema. Inició nuevas represiones de los disidentes.

—¿Qué hay de la mujer que informó de sus chistes? —pregunté—. ¿Qué ha sido de ella?

—La volví a ver unos años más tarde —dijo Sergei, riéndose al recordarlo—. La invité a unos cuantos vodkas, luego le conté lo que sabía. Y le pregunté por qué lo había hecho. Se me quedó mirando. «Yo cumplí con mi deber», me dijo.

—¿Así que no le pidió disculpas?

—En absoluto. Dijo que sólo tuvo el deseo de informar sobre todo el que tuviera una actitud con dobleces. Y es que, Paul, mi expediente es enorme. ¡Ja!

Habíamos recorrido ochenta kilómetros o acaso más por los pinares que cubría la nieve en Chusovskoy Oblast, la nieve que caía con fuerza sobre la carretera en algunos de los pasajes, generando amontonamientos escalonados de aristas bien visibles. Era otro paisaje inmenso, pero enormemente simple, en blanco y negro, bello y aterrador por su despojamiento.

El modo en que bailaba la nieve ante los faros del coche, arremolinándose y formando embudos con cada racha, me distrajo de las historias de traiciones que contaron. Traté de imaginar cómo se habría sentido un prisionero con semejante tormenta de nieve, a pie o en la trasera de un camión sin lona que lo cubriese. Hubo millones de prisioneros. Todo lo que a mis ojos daba encanto al paraje para un prisionero sólo significaba la muerte.

—Esto es Kuchino —dijo Yelena cuando Sergei frenó la marcha y dio un brusco viraje a la derecha, por una nieve mucho más alta, pasando despacio por delante de una aldea de casas de madera oscura. Los edificios, semienterrados, tenían unas contraventanas de color galleta, festoneadas, y otros ornamentos de madera, flores y filigranas, y algunos eran meras cabañas de troncos que databan de la época de los zares.

Unos cuantos hombres y chicos jóvenes vagaban por la carretera acercándose peligrosamente al coche, mirándonos con curiosidad, con los gorros de piel calados hasta los ojos. Tenían las caras coloradas de frío, y el moquillo brillaba bajo la nariz de todos ellos, que iban con la boca abierta, como si nos llamasen.

—Todos los que viven aquí son débiles mentales —dijo Yelena—. Los

mandaron aquí, al sanatorio, aunque en realidad no era un sanatorio, sino un manicomio a la antigua usanza, del que los pacientes han sido expulsados; durante el día, a muchos se los obliga a salir a vagar por la nieve. Hasta que los enviaron aquí, se encontraban encerrados en una catedral que tiene una cúpula dorada, confiscada para que sirviera de manicomio, cerca de la ciudad de Kungur, a ciento cuarenta kilómetros por la carretera de Siberia.

Poco más allá de Kuchino avistamos un muro de acero rodeado de árboles, con un gran portón y un rótulo que nos indicó que habíamos llegado a Perm 36. «Antigua colonia y correctivo penal», según leí, aunque el resto de las letras estaban ocultas por la nieve. Uno de los pacientes del manicomio nos había seguido hasta el portón, y comenzó a mendigar en ruso cuando lo atravesamos.

El complejo estaba tan simplificado por la nieve que bien podría haber sido un campamento para boy-scouts, aunque ésta fue sólo una primera impresión y fue bastante fugaz. El alambre de espino que remataba las altas tapias y rodeaba cada una de las entradas revelaba una historia bien distinta y más cierta. Lo mismo pasaba con los ventanucos, con el camión sin aberturas en que eran transportados los prisioneros y, una vez dentro, con las celdas, los camastros, los barracones y las cámaras de tortura.

Perm 36 es la única prisión del gulag que sigue intacta en toda Rusia. En *Gulag*, Anne Applebaum describe Perm 36 diciendo que era «un *lagpunkt* [división de campo] en la era estalinista, aunque más adelante fue uno de los campos para presos políticos más duros que hubo en los años setenta y ochenta». Todos los demás campos se habían destruido, o bien se habían destinado a otras finalidades. Perm 36 sigue existiendo gracias a los esfuerzos de algunos antiguos prisioneros, historiadores del gulag como Viktor Shmirov, y, según supe más adelante, gracias a los fondos donados por la Fundación Ford.

—¿No aporta nada el gobierno de Rusia? —pregunté, aunque ya supuse cuál iba a ser la respuesta.

Sergei se echó a reír.

—Muchos de los que están ahora en el gobierno fueron responsables de la prisión —dijo. En efecto, Perm 36, que había estado en funcionamiento durante más de cuarenta años, se había clausurado recientemente. Quince años atrás aún era un lugar de tortura, trabajos forzosos, esclavitud virtual y muerte.

—¿A quiénes enviaban aquí? —pregunté mientras íbamos de una celda a otra.

—Al mismo tipo de personas que enviaban a los otros campos. El quince por ciento, antisoviéticos; el diez por ciento, delincuentes y asesinos; todos los demás, tres cuartas partes del total, gente normal y corriente, pero acusada de «mala conducta».

—¿Delitos de poca monta?

—No, no —dijo Viktor—. Faltar algunos días al trabajo. Por ejemplo, quien faltara tres días cumplía una condena de diez años aquí. O por tardanza. O por robar algo al gobierno.

—¿Por ejemplo?

—Un campesino, un campesino hambriento, si robase tres fanegas de trigo sería arrestado y enviado aquí. Como los tíos de Sergei. Pero todo eso es lo de menos. Lo que hay que tener muy en cuenta es que la mano de obra era necesaria. Entonces teníamos una pésima economía. Stalin puso en marcha un programa de modernización económica. Ya sabe lo que dijo Churchill: Stalin se encontró una Rusia en la que se faenaba con arados de madera y la dejó provista de bombas nucleares.

—Continuemos —dije. En el interior, en los barracones y en las celdas, pese a estar la calefacción encendida hacía un frío especialmente intenso. Se habían vuelto a pintar, pero seguían siendo ejemplos primitivos de la inhumanidad y el terror.

—Durante veinticuatro años, bajo el gobierno de Stalin, llegamos a ser poderosos —dijo Viktor—, aunque a cambio de prescindir de las libertades. No recibimos préstamos ni donaciones de otros países. Todo lo tuvimos que hacer por nuestros propios medios. La única mano de obra disponible era el pueblo —y señaló con un gesto los talleres en que entrábamos—. El pueblo de Rusia, los prisioneros, los esclavos.

En Perm 36, los presos políticos, los delincuentes y los trabajadores que llegaban tarde trabajaban en un taller en el que fabricaban pequeños conectores de metal, en forma de Y, para empalmar cables con las terminales eléctricas. Los había visto en enchufes, en carburadores, en baterías eléctricas. Viktor comentó que había que fabricarlos a mano, y que en Perm 36 se producían por cientos de miles.

—El gobierno necesitaba mano de obra —dijo Viktor—, así que aprobó una dura legislación para generar miedo a la vez que instigaba la explotación entre los ciudadanos. De este modo logró contar con inmensas cantidades de prisioneros. Y como eran esclavos eran también un contingente laboral

sumamente móvil.

Mientras salvábamos los bancos de nieve para llegar a las celdas de castigo, Viktor señaló que no eran los trabajadores esclavizados los únicos que sufrían. Recordó que en su familia nunca hubo comida suficiente para todos.

—Pasábamos hambre en todo momento.

Perm 36 había pasado por una serie de fases sucesivas. Después de 1953, algunos de los prisioneros obtuvieron la libertad, aunque salieron del campo prácticamente destruidos después de tanto tiempo de trabajos forzosos. Luego, a resultas de la lucha por el poder entre Jrushchev y su principal espía, Lavrenti Beria, éste fue condenado por sus actividades de espionaje y fue ejecutado. Ochocientos de los hombres de Beria fueron condenados a trabajos forzosos en Perm. Como eran astutos —la mayoría habían sido espías o agentes—, aumentaron las medidas de seguridad, se construyeron muros más altos y el campo se amplió. En 1973 —y no dejé de recordar que yo había pasado cerca de Perm justo entonces, en el transiberiano, aunque lamentándome y compadeciéndome de mis desdichas—, Perm era «uno de los dos únicos campos con presos políticos que quedaban en la Unión Soviética», según apunta Anne Applebaum. Perm volvió a llenarse de prisioneros políticos. En los años ochenta, Yuri Andropov, máximo dirigente soviético y antiguo director del KGB, había procedido a la detención de millares de personas. «Estos prisioneros habían recibido una buena educación y tenían ciertos poderes. ¡Algunos tenían abogados!» Se construyeron nuevos campos de internamiento, algunos en los alrededores de Perm.

—En 1972 construyeron allí unos retretes —dijo Viktor, apuntando a una puerta que estaba helada del todo, en una zona lejana del recinto del campo—. Los utilizaban quinientos sesenta prisioneros. Hacían cola para utilizar los servicios. ¿Quiere saber cómo? Es sencillo: lo hacían deprisa, sí.

—No era más que otra herramienta para humillar a los prisioneros —dijo Sergei.

«El agotamiento, la gangrena, el hambre y las humillaciones interminables», había escrito Shalamov sobre las certezas que se tenían en prisión.

Pregunté a Viktor por la tasa de mortandad que había en Perm 36.

—En general, a los prisioneros se les obligaba a trabajar hasta matarlos. Cada año moría más o menos el seis por ciento. Pero muchos más estaban tan enfermos que no podían trabajar. En 1984, sólo el siete por ciento de los

prisioneros estaban capacitados para realizar trabajos duros. El resto estaban enfermos o eran minusválidos.

Con la tormenta de nieve de mediodía, bajo un cielo del color del metal de las armas, los bancos de nieve apilados alcanzaban hasta las ventanas, y en los húmedos pasillos y en las celdas oscuras hacía demasiado frío para seguir allí; en el exterior, la temperatura rondaba los -12° C, y los dementes del manicomio cercano aporreaban la cancela de hierro; todo ello logró que el día fuese el idóneo para visitar un gulag. No me hubiese gustado verlo en verano, rodeado por la hierba alta y las pintorescas cabañas de troncos, las flores silvestres, el trino de los pájaros. Fue mucho más instructivo verlo en sus peores momentos, cuando los camastros desvencijados y los objetos de uso de los prisioneros que aún seguían a la vista —las escudillas desportilladas, las cucharas retorcidas, los guantes raídos— adquirieron un mayor sentido gracias a la gélida desesperación que sentí hasta en la médula de los huesos.

Viktor me mostró fotografías de algunos prisioneros políticos bastante conocidos en el gulag: Osip Mandelstam, Isaac Babel, Varlam Shalamov, y podría haber estado entre ellos Natan Sharanski, que estuvo condenado a seis años en Perm 35, no muy lejos de allí. Un dirigente de la lucha por la independencia de Lituania, Balis Gayauskas, estuvo treinta y cinco años encerrado. Uno de sus delitos fue traducir *Archipiélago Gulag*, de Soljenitsin, al lituano. Más adelante llegó a ser jefe de la seguridad del estado en el gobierno de Lituania.

—Todavía viene por aquí de vez en cuando —dijo Viktor.

En *El primer círculo*, Soljenitsin había escrito lo siguiente: «Un gran escritor, por así decir, es un segundo gobierno. Por eso ningún régimen en ningún lugar del mundo ha tenido nunca la menor estima por los grandes escritores, y sólo aprecia a los menores».

Disidente ucraniano, Lenko Lukianenko fue condenado a muerte, pero se le conmutó la pena por quince años de reclusión, durante los cuales estuvo aquí, aunque antes de ponerle en libertad lo condenaron a otros diez años. Un compañero suyo, un poeta ucraniano llamado Vasyl Stus —«que no era disidente, sino esa clase de espíritu que no querían ver ni en pintura», aclaró Viktor—, pasó aquí quince años tras ser detenido en dos ocasiones. Candidato al Premio Nobel en 1980, Stus perdió en la votación frente a Czeslaw Milosz, un poeta polaco que había emigrado a California, donde escribió poemas líricos al sol de Berkeley mientras Stus permanecía en la celda de aislamiento

o de castigo, traduciendo a Rilke de memoria y fabricando conectores de metal en el taller. Stus murió en prisión en 1985, «en circunstancias misteriosas», dijo Viktor. ¿Y cuál era el misterio? Vi la espantosa celda que ocupó Stus, un espacio mínimo, y la estrecha estantería que le servía de camastro. Yo no hubiera aguantado ni dos días.

—Querría explicar cómo era la esclavitud en este sistema —dijo Viktor—. He ido a Estados Unidos. Allí, mis amigos me decían que en América también hubo esclavos. Preguntaban si la esclavitud en la URSS era como la que hubo en América. Les dije que no. La diferencia es sencilla. ¿Conoce usted a Catón, el romano? Dijo que para mantener a un esclavo hay que darle carne, pan y dos botellas de un vino más bien malo todas las semanas. ¿Entendido? —dejó que sus palabras surtieran efecto antes de seguir—. En las plantaciones del sur de los Estados Unidos, a los esclavos se les daba de comer porque tenían cierto valor. Se les mantenía de una manera decente. Tenían familia, tenían casa. Tenían un valor —sonrió antes de proseguir—. Los prisioneros del gulag, en cambio, eran esclavos que no tenían ningún valor.

«La palabra que empleaban los guardias para referirse a los prisioneros del gulag —me dijo más adelante una rusa de mediana edad, una historiadora— era *pwl*. Significa polvo».

También me dijo que «Stalin introdujo el miedo. Vivíamos con miedo. La intención que tuvo al anunciar la creación del gulag no fue otra que “aislar a los que acaso puedan poner en duda nuestra resolución y nuestros logros en la gran revolución”».

«Y ya ve usted lo que perdimos —dijo la historiadora—. Cuarenta millones de personas en las purgas que se llevaron a cabo entre 1918 y 1953. Veintiséis millones en la Segunda Guerra Mundial. Perdimos además a los mejores. Es asombroso que sigamos aquí».

—La escasa libertad que tenía un esclavo en Norteamérica era mucho mayor que la de cualquier esclavo del gulag —dijo Viktor.

Volví a las viejas fotografías para observar el rostro atormentado y martirizado de Varlam Shalamov. Había leído sus libros, pero nunca había visto su retrato. Así como Soljenitsin parecía haberse puesto al servicio de la compasión y la redención a través del sufrimiento, Shalamov es dueño de una mirada clarividente sobre todos aquellos que tomaron parte en los campos, los prisioneros y los guardias y los esbirros del partido, y sobre el modo en que se degradaron y envilecieron: los campos representaban «la corrupción del

alma de los hombres». «Los campos son en todos los sentidos una escuela de lo negativo», escribe en uno de sus relatos. «Cada uno de los minutos de la vida en el campo es un minuto envenenado.» El prisionero se aferra a duras penas a la vida, pero lo hace sin ninguna ilusión, porque «entendíamos que la muerte no era peor que la vida, y no teníamos miedo de la una ni de la otra». En otro relato, uno de los prisioneros dice con llaneza: «Me voy a Magadan. A que me peguen un tiro». Todo esto con temperaturas de -60° C. Lo asombroso es que un hombre de tanta inteligencia llegara a sobrevivir y que en los *Relatos de Kolyma* crease una obra maestra a partir de tan terrible experiencia. «El ser humano sobrevive gracias a su capacidad de olvidar», escribe al comienzo de su libro, y casi al final aparece otra frase con la que ningún escritor estará en desacuerdo: «Es más fácil soportar lo que sea que ponerlo por escrito».

Nuestra última visita fue la de las celdas de aislamiento, o de castigo, todas ellas un cubo de cemento sin recubrir, con cuatro estantes de madera en las paredes. Entré y Sergei, con un humor exuberante y macabro, cerró de un portazo y me gritó por la ranura de la puerta. Me encontré temblando en la penumbra, casi a oscuras, aunque llegaba algo de calor aún palpable por las tuberías sujetas a la pared. Tratando de disimular el sobresalto y la alarma que sentía, abrí la puerta de un empujón.

—Un antiguo prisionero me contó que recordaba todas y cada una de las noches que había pasado en esa celda —me dijo Viktor—. Se despertaba cinco veces cada noche. Se frotaba el cuerpo contra las tuberías. Hacía ejercicio para no temblar. No se le daba siquiera una manta.

Muchos de los antiguos prisioneros contaron a Viktor esa misma historia sobre la celda de aislamiento. Era una cámara de tortura, dijo cuando salimos a la nieve. A estos prisioneros se les daba la cuarta parte de comida que a los demás. Un *zek*, escribe Anne Applebaum, podía ser castigado por sentarse en la cama cuando aún era de día, por no llevar calcetines, por caminar despacio. Y un hombre enfermo o herido podía terminar encerrado en una de estas celdas (existe un caso bien documentado) durante dos meses «antes de que lo llevaran al hospital».

Toda esta historia se preserva en la memoria de la mayoría de las personas a las que conocí. Éstos eran los sentimientos de una activista llamada Madam Alexeev, que apareció en un corto sobre Perm 36: «Ver que esto no es un campo de trabajos forzados, sino un museo, es comprender qué paso tan

increíble hemos dado desde nuestros años de esclavitud».

Es cierto, pero ese corto estuvo financiado por la Fundación Ford, y muchos de los guardias de las prisiones, los torturadores, los espías, los hombres que mascullaban la palabra *polvo* ante el sufrimiento de los esclavos, los esbirros del partido y los lacayos políticos que hicieron posible que existiera esa prisión, se encontraban ya en el gobierno de Rusia, incluido el presidente, Vladimir Putin, que había sido jefe del KGB cuando Perm 36 fue un lugar de enormes sufrimientos, de muerte.

Al caer la oscuridad a última hora de la tarde volvimos a la ciudad de Perm por carreteras desiertas. No había amainado la tormenta de nieve. El paisaje parecía mucho más desolado, mucho más gélido, luego de haber visto el campo de trabajos forzosos oculto entre las colinas.

A pesar de la animada palabrería que se difunde acerca de Perm, por ser el escenario en que se desarrollan *Doctor Zhivago* y *Las tres hermanas*, de Chejov, no encontré sosiego después de haber visto el gulag. Son muchos los lugares de Perm, algunos de aspecto inocente, que se relacionan con la represión o el encarcelamiento. Sergei sólo consiguió deprimirme aún más cuando dijo por ejemplo que «Dostoievski recorrió a pie esta calle en su viaje a la prisión de Omsk», y cuando en el río Kama me dijo: «Mire ese río. Los prisioneros llegaban en barcazas desde Moscú, antes de que se construyera el ferrocarril. Ya en la época de los zares».

Y también mucho después. En *Contra toda esperanza*, Nadezhda Mandelstam relata la experiencia de la desdicha y del sufrimiento que vivió al pasar por Perm en una barcaza con su marido, Osip. La Biblioteca Pública de Perm había organizado una exposición sobre Pasternak, que era también una crónica de la represión, el encarcelamiento y la prohibición del libro: aunque es de 1957, no se vieron ejemplares en Perm hasta más de treinta años después.

E igual con las iglesias, con todas las que vi, magníficos edificios del siglo XVIII, con sus cúpulas de cebolla, no sólo en Perm, sino también en Kungur, por la carretera de Siberia, y con el monasterio de Belogorski, en lo alto de un cerro, a las afueras de Kalinino: todos estos edificios habían sido prisiones o manicomios, y muchas de sus dependencias se emplearon como cámaras de tortura o celdas de aislamiento. Algunos de estos hermosos

edificios siguieron siendo prisiones hasta 1990.

—¿Ve las marcas de las balas? —dijo Sergei.

Recorrí con los dedos enfundados en los guantes los ladrillos picados de la catedral de Belogorski a la vez que permanecíamos vueltos de espaldas al viento frío y cortante. El viento soplaba con tal fuerza que me obligaba a inclinarme y me costaba trabajo mantener el equilibrio. Esta meseta de los Urales era el punto más frío de cuantos había conocido en toda Rusia. Todo el muro estaba incrustado de nieve y hielo, aunque aquellos ladrillos agujereados no eran del todo los habituales.

—Cuando Stalin se apropió de esta iglesia en 1930 y la convirtió en una prisión, la policía hizo formar a setenta y cuatro monjes contra la pared, de cinco en cinco, y los fusilaron.

«¿Sabe por qué a la gente se la aprisionaba y se la torturaba en las iglesias? —me dijo un ruso más adelante, y de pasada—. ¿No? Por los muros gruesos, por la solidez de la construcción. Fuera de allí no se oía nada. Nadie oía los gritos de dolor, de espanto».

Al día siguiente, más recuerdos de más penurias en la catedral de Pedro y Pablo, el edificio de piedra más antiguo que hay en Perm, que también había sido una prisión, como Belogorski y también San Nicolás de Kungur. Metidos hasta las rodillas en la nieve, nueve niños nos miraban esperanzados, la mayoría flacuchos, pálidos adolescentes que parecían estar helados, con las manos extendidas, pidiendo limosna al tiempo que les caía la nieve sobre la cabeza.

—Sus familias son pobres —dijo Yelena.

Sin embargo, tras la experiencia de Perm 36, incluso la tristeza de aquellos chiquillos me resultó un anticlímax. Fuimos a las cuevas de hielo que había en las afueras de la ciudad de Kungur; eran como mazmorras, como una oquedad congelada a muy baja temperatura, de más de cinco kilómetros de profundidad, todo a oscuras, con cantos rodados que habían caído de cualquier manera y estalactitas viscosas. La entrada estaba protegida por unas ruidosas puertas de acero, cosa que me hizo pensar que aquellas cuevas hubieran servido también de prisión en otro tiempo.

Otro día, bajo otra tormenta de nieve, vi a unas cuantas parejas desnudas, gordos y gordas, todos ellos de mediana edad, lanzándose en bañador a un agujero abierto a pico en la costra de hielo que cubría un lago. Descalzos en la nieve, contenían la respiración debido al frío, con la piel de un rosa intenso, el

vello corporal erizado de hielo.

Aquella noche helada, en el teatro Tchaikovski de Perm, estuve sentado y medio adormilado por el champán que tomé en un bar del ambigú, viendo el ballet *La bella durmiente*. Entre el público había niños, familias, señoras de avanzada edad, camisas almidonadas, parejas de ancianos que se daban la mano, las bellezas locales con botas a la moda, suéteres muy ceñidos, gorros de piel. El ambiente no podría haber sido más dulzón ni la música más cautivadora. Sin embargo, en mi fuero interno, meditativo como estaba por la melodía y el champán, me puse a recordar. Imaginé ese mismo teatro, acaso ese mismo ballet, quince años atrás: los deliciosos decorados, los bailarines con sus disfraces, la música, el calor, el bienestar... y, por el camino, algo más allá, los prisioneros a los que se consideraba esclavos.

«Junto al derecho a crear, el derecho a criticar es el mayor de los dones que puede otorgarnos la libertad de pensamiento», escribió Nabokov con los presos soviéticos en mente, a lo cual añadió que los norteamericanos que viven con todas sus libertades «acaso tiendan a considerar cualquier relato sobre la vida en las prisiones como disparates que llegan de tierras lejanas, crónicas exageradas que difunden los fugitivos aún sin resuello».

Perm 36 representaba cuarenta años de malnutrición, de muerte, de congelación, de entumecimiento, los presos en sus camastros que eran una mera plancha de madera, temblorosos, andrajosos, obligados a despertar cada tantas horas para no correr el riesgo de perecer, mano de obra esclavizada, reducidos al polvo sólo por lo que hubieran dicho o lo que hubieran escrito.

—Son *posikunchiki* —dijo Yelena, y me sirvió unos buñuelos en un restaurante de Perm durante la última noche que pasamos juntos, una invitación de despedida—. Sueltan líquido cuando uno se los come. «Buñuelos meones.»

Sergei sirvió el vodka. Levantó la copa.

—¡Por la amistad!

Comimos sopa de buñuelos (*pelmenye*), bollos tártaros con espinacas (*potchmak*) y revuelto de setas (*garshochki*). Brindamos unos con otros bebiendo vodka y nos dijimos que nos mantendríamos en contacto, que volveríamos a encontrarnos cuando hiciese mejor tiempo, y bebí y volví a beber y ya bebido les dije que sí, que volvería, y aún hice otras promesas más extravagantes, como suelen hacer los viajeros antes de seguir su camino.

Seguía nevando cuando el tren nocturno, el Kama Expres, así llamado por el

río, salió de Perm con destino a Moscú. Era mediodía más o menos. Me tenía perplejo un pensamiento: el hábito de viajar que había adquirido a lo largo de tanto tiempo ya tocaba a su fin, y ya avistaba el final del largo recorrido que había comenzado muchos meses antes en Londres y que había llegado a ser, para mí, una manera de vivir, como sucede siempre con los viajes largos. Atravesábamos los Urales, la línea divisoria de Asia; una vez estuve fuera de Asia, me sentí intranquilo, incapaz de concentrarme, pensando sólo en el camino de vuelta a casa.

Era un tren de lujo de acuerdo con la media en Rusia: tenía un compartimento individual (con cojines, cortinas de encaje, borlas), me tomé una taza de té verde que había comprado en Kioto y la *provodnitsa* me trajo unas pastas. A lo largo de la tarde, los vendedores aparecieron en los andenes de las estaciones, que estaban completamente cubiertos por la nieve, resueltos a vender pescado en salazón, objetos de artesanía, chales de lana hechos en casa, productos de las industrias familiares desde mucho tiempo atrás, a la vez que toda mi experiencia ferroviaria fue un revés en toda regla, en el que no faltaron ni borrachos beligerantes ni mendigos exigentes en sucesivas estaciones.

Antes de llegar a Kirov, llamada anteriormente Vyatka —que fue donde la *babushka* de Sergei había sufrido la represión política—, me encontré de pie ante la ventanilla, mirando un bosque de abedules al pasar, cuando un hombre que iba sentado sobre su equipaje me preguntó de dónde era. Cuando se lo dije, sonrió casi compasivamente. Supe qué estaba pensando, así que le pregunté por su opinión.

—¿Hablan los rusos de la intervención estadounidense en Irak? —pregunté.

—Los rusos no prestan demasiada atención. Sí, claro que hablan a veces —no dijo nada más al respecto, como si diera a entender: no pienso insultarle a usted repitiendo lo que dice la gente—. La verdad es que no sale mucho en las noticias. Bastante tenemos con nuestras propias guerras.

Me sorprendió lo bien que hablaba en inglés; aunque se le notaba un marcado acento, hablaba con fluidez e iba directo al grano.

—Estuvimos en Afganistán —dijo—. Allí es imposible ganar, porque no hay un gobierno. En Irak, en cambio... —asintió con gesto de aprobación—. El efecto que ha tenido es el alza de los precios del petróleo. Esto nos favorece. Y ahora debo despedirme. Que tenga un buen viaje. Ésta es mi estación.

Se bajó del tren en Kirov. Había anochecido. Unas cuantas estaciones más

adelante, salieron apelotonados en la oscuridad bastantes transeúntes con sus gruesos abrigos de piel y sus grandes botas de fieltro, todos ellos vendedores de unos pescados que llevaban ensartados por las agallas. Aunque estábamos a menos de diez horas de Moscú, aquélla podría haber sido una escena de los primeros años del transiberiano.

La noche pasó deprisa. Me desperté cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta.

—¡Moskva! —dijo. Me levanté y bostecé; como siempre, tomé una cápsula de vitaminas y me afeité con la maquinilla eléctrica y me lavé los dientes. Bajé entonces a la estación de Yaroslavl en medio del gentío, a empujones; había gente con los ojos rojos por la fatiga, gente que bostezaba sin parar, sonámbulos por el andén, caminando sobre la nieve que aún caía.

Después del tira y afloja de costumbre con un taxista —a medias trifulca, a medias negociación— y luego de un lento viaje por las calles de la ciudad, en las que no se había despejado la nieve, localicé mi hotel. El que me atendió en el mostrador me dijo que no podía darme habitación porque aún era demasiado temprano. Salí a caminar. Cuando pasé por un restaurante japonés donde sólo se servía sushi, en plena nevada antes del amanecer, una mujer sentada en un taburete me hizo señas: una prostituta aún alerta y deseosa de pescar a alguien a primera hora. Representaba una nueva tendencia en Rusia: una vez eximidos del dogma de acuerdo con el cual no se podía sonreír a nadie, parecían permanentemente pendientes de cumplir con los peores excesos de Occidente no sólo en la carne, sino también en el dinero, en la delincuencia, en la codicia sin alegría y en la promiscuidad. También había visto esos mismos especímenes en la nueva China.

Caminé por espacio de varias horas disfrutando de la desértica ciudad, que tenía algo de magia con la nieve constante. Tras registrarme en mi hotel y asearme, salí a caminar con una mujer que era historiadora especializada en la ciudad. Mi deseo era saber en qué era distinta del Moscú que había visto en 1973.

—Se trata de un lugar completamente diferente —dijo—. Y eso que 1973 fue mejor que 1988, cuando no teníamos lo que se dice nada.

El país se había desplomado del todo en 1988, y durante los años que siguieron hubo escasez de alimentos y los bienes de consumo eran prácticamente inencontrables, me dijo. A sus hijos les gustaba el queso, y ella hacía queso en la cocina, estrujando la leche y el suero por medio de una tela

tensada. Quiso comprarles unas literas, y entró en una lista de espera por la que no se recibía nada antes de que pasaran seis meses.

—¿No conoce el chiste? —dijo—. Una mujer quiere comprarse un coche. Le dan un vale y le dicen: «Le será entregado dentro de diez años». «¿Por la mañana o por la tarde?», pregunta ella. «¿Y qué le importa eso?» A lo que ella contesta: «Es que el fontanero vendrá por la mañana». Así eran las cosas.

Pero cambiaron las tornas de la economía en 1995. Putin cumplió sus promesas y las cosas mejoraron. Mi guía no lo dijo, pero era de sobra sabido que el gobierno de Rusia estaba lleno de malhechores, estafadores y oportunistas.

Seguimos nuestro paseo, desde la casa de Beria («enterraba a sus víctimas en su propio terreno») a la casa de Gorki (decoración marinera, animales del mar, corales) y a la mansión en la que se alojaba la Unión de Escritores de Rusia, en la calle Porvaskaya, que aparece mencionada como la casa de Rostov en *Guerra y paz*.

—Nuestra historia es la de un gobierno que ha estado en lucha contra su propio pueblo —dijo cuando cruzamos la calle Nuevo Arbat. Me ayudó a comprar billetes para una interpretación en el Conservatorio de Moscú y se despidió.

Fui a un concierto de Mahler y en medio de aquella música tan lúgubre recordé los largos días que pasé en el tren, cruzando las extensiones de abedules y los campos nevados de Siberia. A la noche siguiente aguanté sólo la mitad de una ópera de Poulenc, y cuando pedí el abrigo a la mujer del guardarropa me habló con aspereza, en ruso, aunque supuse lo que me dijo: «¡Si aún no ha terminado!». Para mí sí había terminado. A la noche siguiente, Tchaikovski: apasionado y dramático, reflexioné sobre el lugar tan sobrecogedor que había sido Rusia en mi primera ocasión: las ciudades vedadas, la represión, el gulag, la ausencia de tiendas, de restaurantes. Y ahora eran abundantes los restaurantes de sushi y las pizzerías y los restaurantes mexicanos y las cafeterías y los quioscos en los que se vendía *Time* y el *International Herald Tribune* y librerías en las que estaban incluso mis libros, en ruso y en inglés. En una de estas librerías conversé con una mujer rusa, a la que le hablé de mis viajes. Le conté sólo la mitad de lo que había visto, porque nunca me habría creído si se lo hubiese contado todo. Pero no le impresionó.

—¿Por qué viaja solo? —se limitó a preguntar, como si yo estuviera mal de

la cabeza.

¿Y por qué estaba aún allí? Me pareció que estaba matando el rato, especialmente en Rusia; a pesar de todo lo que se dijera de los cambios y las reformas, me parecía exactamente el mismo sitio que había sido siempre: un imperio pretencioso con un gobierno cruel, desvalido de no ser por la policía secreta.

Estaba en el conservatorio, con las botas de marca L. L. Bean que había usado para moverme por todas partes desde que estuve en Japón, escuchando las «Variaciones sobre un tema rococó», de Tchaikovski, con un magnífico solista al violoncelo, y con esa mitomanía que se suelen permitir todos los viajeros, cuando me dio por pensar que aquél venía a ser el tema musical de cierre perfecto para mi viaje: adelante, que entren los violines.

32. Tren nocturno a Berlín y más allá

En la penumbra que precede al alba, en la iridiscencia que emanaba de las farolas en las afueras de Moscú, ya en el tren rápido a Berlín (pasando por Minsk y Varsovia), recordé mi relato sobre la chica norteamericana en la India, y recordé que había sumado un pensamiento a propósito del Tao del Viaje. Se trataba de que un verdadero viaje es mucho más que un intervalo vívido en la ausencia de quien se ha ido lejos. El mejor de los viajes no es tan sólo un simple viaje en tren, ni tampoco es una colección de viajes en tren, sino que se trata de algo más dilatado y más complejo: una experiencia de la cuarta dimensión, que tiene sus detenciones y sus arranques y sus pausas y dilaciones, sus tramos de enfermedad y de convalecencia, sus pérdidas de tiempo y sus prisas, sus esperas obligadas, y que comporta el súbito fenómeno de la felicidad como mera compensación episódica.

Hay viajes que no entrañan locomoción de ninguna clase, sino períodos de residencia, de quietud y reflexión, un orbitar ingrávito, como cuando me convertí en alguien casi del todo invisible y parecí disolverme, de nuevo como un fantasma, en un lugar agradable, una versión aromatizada del hogar, de la jornada laboral, cuando me limitaba a permanecer monacalmente dentro de mi pensamiento, ajeno al exotismo que me rodeaba; los días, así, en que salía de la habitación de mi hotel a una callejuela asiática llena de gente a rebosar, como si hubiera aparecido allí por arte de magia, materia teletransportada por medio de una explosión de luz caliente, asombrado al ver un bazar, los *rickshaws*, los flacuchos vendedores ambulantes, las chicas bonitas que me miraban, y me echaba a reír pensando... pero ¿qué pinto yo aquí?

Había terminado por entender que el viaje en mi caso ya no era un mero interludio en busca de diversiones, ni tampoco un prolongado rodeo para dirigirme a mi lugar de residencia, sino una forma de vivir mi vida: un viaje sin fin cuyo único destino es la oscuridad.

Lo más hermoso de todo era que lo estaba haciendo de la manera más sencilla, como una persona que no tiene hogar, provista de un pequeño bolso de viaje y un maletín con unos cuantos papeles, mezclándome a través del mundo con lo que me saliera al paso, ligero de equipaje. El resumen de todo ello era el anciano jainita al que había conocido en Jodhpur, el que, tras una larga trayectoria profesional, trabajando de contable, se despidió de su familia y se marchó a pie para pasar el resto de su existencia vagabundeando en busca del esclarecimiento, o bien un monje como Tapa Snim, el de Mandalay, cuya existencia material se reducía al contenido de un hatillo que llevaba al hombro, viajando de un país a otro en su afán de hallar la solución a los sagrados enigmas que se le habían metido en la cabeza, en especial aquel en el que Buda es un pino en un jardín.

En el vagón restaurante de ese tren con rumbo a Berlín me puse a tomar notas en las guardas del libro que estaba leyendo, uno que había comprado en Moscú de cara a ese tramo del viaje. Era *La Venus de las pieles*, pero no estaba a la altura de su morbosa ilustración de cubierta, ni tampoco de la fama de que goza por ser un clásico del erotismo. Pedí huevos fritos, pan y té (aún sabía decir *jlyeb* y *ya-ich-nitsa* y *chai*).

Los rusos de rostros pétreos que se estaban poniendo morados con un prolijo desayuno en la mesa de al lado se fijaron en mi libro. Señalándome con dedos gruesos, sonriendo, me pidieron que les permitiese echar un vistazo más de cerca de la cubierta.

Pasó el libro de una mano rijosa a la siguiente, los dedos gruesos señalando los pechos hinchidos y envueltos en una estola de pieles. Antes de volver a dar cuenta de sus salchichas y su vodka, los hombres me miraron con los labios entreabiertos y los dientes brillantados.

—Usted woodka.

No fue que me ofrecieran una copa, sino que más bien me ordenaron que me la tomase, el siempre inevitable reto de un ruso.

Tomé una. Me apremiaron a que repitiese. Brindamos por la paz y la amistad.

Cinco tragos después tenía el cerebro en llamas. Salió el sol, se asomó de refilón sobre la nieve, entró al sesgo por la ventanilla, me picaron los ojos ya enrojecidos.

—¡Pala mistá! —dijo Oleg. Sus amigos eran Valery y Alexei. Eran operarios de una fundición de acero que iban a Minsk. Tenían el aire peligroso

y sólo a medias domesticado de unos tipos con el pelo recién cortado, francamente mal cortado.

—¡Por el dinero! —dije, aunque no fue más que un chiste.

—¡Ná de dinero! —dijo Oleg—. El dinero... ¡y una mierda!

—Pues por los niños pequeños —dije.

—Pero... ¿Tú qué está diciendo? ¿Tas chalao?

—Por el amor —dije.

—Por el amor —dijeron.

—Bush es *rediska* —dijo Oleg con la repentina agudeza de un borracho.

—¿*Rediska*?

—Una mala fruta —dijo Oleg.

Deduje que debía de ser un rábano, un eufemismo suavemente despectivo.

—Paz —dije, y me alegré cuando por fin quedó vacía del todo la botella de vodka. A las nueve y media, en una mañana soleada, estaba irremisiblemente borracho cuando el tren entró en la estación de Minsk en medio de la nieve deslumbrante, una estación de color pistacho. Tuve que tumbarme. Me dormí y leí el resto de *La Venus de las pieles*, que había escrito el hombre con cuyo nombre quiso Freud designar el deseo de mezclar el placer con el dolor. «Oh, un hombre sin duda debe sentirse como Dios cuando ve a otros que tiemblan ante él», leí, y pensé en el paranoico Stalin y en su gulag.

—*Kontrol!* —gritó la oficial de guardia en la aduana de Polonia, en la estación de Terespol, al abrir la puerta del compartimento de golpe esa misma noche. Abrigo de cuero negro, botas de cuero negro, guantes de cuero negro: podría haber salido de las páginas de la novela de Leopold von Sacher-Masoch.

Había pasado una noche apacible, y de nuevo:

—*Kontrol!*

Miré por la ventanilla y vi la frontera con Alemania y el primer paisaje sin nieve que encontré desde Vladivostok.

En el compartimento contiguo, una pareja de jóvenes ingleses con un niño pequeño se dirigían a pasar unas vacaciones de esquí en los Alpes. Me preguntaron dónde había estado. Les dije que acababa de regresar de Perm, y les hablé del gulag.

—A mí no me iría nada mal en un gulag —dijo la mujer, y levantó la nariz con aire de plena confianza en sí misma.

—¿No me diga? ¿Y eso?

—A mí me gusta ir a mi aire.

Bajé del tren en Berlín. Era una ciudad completamente nueva, reconstruida. Había caído el Muro, fragmentos del cual se habían erigido a modo de estrafalarios monumentos aquí y allá. Más restaurantes japoneses y más pizzerías y restaurantes mexicanos y cafés, y parejas de paseo aprovechando el buen tiempo. Visité tres museos, y al caer la noche, en vez de tomar una habitación en un hotel regresé a la Berlin Hauptbahnhof y tomé el Expreso de París.

En el compartimento que de lejos resultaba más cómodo entre los muchos trenes nocturnos en los que había viajado había una cama amplia con un edredón suave, un escritorio, un cuarto de baño tan grande como la habitación de cualquier hotel en Japón, con ducha y lavabo extraíble. Me duché, me tomé una cerveza y me fui a la cama. Desperté entre verdes arbustos y árboles a punto de retoñar, con una neblina plateada como una tela de seda algo raída, deshilachada casi, fantasmal, posada sobre los setos verdes y los campos arados en surcos rectilíneos.

En París, la mañana estaba templada, una sobredorada evaporación de la niebla que se disolvía, una bruma hecha de ángeles descompuestos, a través de cuya esencia brillaba ardiente el sol, embelleciendo el ornamentado trasfondo de edificios de color galleta y desvelando la ciudad una vez más a mis ojos como si fuera un escenario bien iluminado.

En aras de la simetría, y porque tenía hambre y tiempo de sobra por delante, dejé los bultos en consigna en la Gare du Nord y me fui paseando por la calle hasta la Brasserie Terminus Nord. Pedí lo mismo que había cenado aquella noche, meses y meses atrás, antes de tomar el Orient Express rumbo a Budapest: ensalada, una *bouillabaisse* y media botella de borgoña blanco. Después aún paseé un poco, y pensé: cuando por los bulevares de una ciudad han desfilado los nazis triunfantes, ya nunca más parecerán tan grandiosos como fueron. Y tomé el Eurostar con destino a Londres.

Me dormí y desperté cuando ya era de noche, en el condado de Kent, pasado el Túnel del Canal de la Mancha, con la intención de llegar a casa y poner fin a este libro, que había ido escribiendo a diario, durante todo el viaje. Esa noche, con la oscuridad, ninguna imagen del pasado vino a inquietarme. El paisaje estaba envuelto tras un velo de perdón, y los malos recuerdos estaban enterrados —como tantos otros que hube de soportar a lo largo del viaje— en la negra espalda y el abismo del tiempo. Nada que

recordar además de mi última cena. Al final de las notas de ese día apunté dos palabras, *Hecho queda*.

Es verdad que el viaje es el más triste de cuantos placeres existen, la tristeza que nos infunden las largas distancias. Pero también pensé en todo cuanto me había preocupado a lo largo de mi viaje, a manera de mantra o insulto mental que fui construyendo, palabras que nunca escribí. La mayoría de los habitantes del planeta vive en la pobreza. La mayoría de los lugares son de pura desolación, y nada impedirá que esa desolación aún empeore. El viaje a uno le permite atisbar el pasado y el futuro, el propio y el ajeno. «Soy nativo de este mundo», y aspiro a ser el hombre de la guitarra azul.^[15] Pero hay demasiada gente, y es inmenso el número de personas que pasan los días con hambre, pensando en América como si fuese la Nave Nodriz. Acaso podría ser yo un tailandés feliz, pero no hay en la Tierra una vida para la que esté peor preparado que la de un indio, rico o pobre. La mayor parte del mundo va a peor, encogiéndose en una pelota de enmarañado desconsuelo. Tan sólo los viejos ven de verdad con qué falta de elegancia envejece el mundo, además de ver todo lo que hemos perdido. Los políticos siempre están por debajo de lo que merecen sus conciudadanos. No hay en la Tierra nadie que esté bien gobernado. ¿Queda esperanza? Sí. La mayoría de las personas con las que me había encontrado por pura casualidad eran desconocidos que me echaron una mano para que siguiera mi camino. Y nosotros, los fantasmas afortunados, podemos viajar a donde queramos. Aún vale la pena emprender viaje, porque llegar es partir.

Notas

[1] Es el comienzo de la última estrofa de «Poesía de las despedidas», de Philip Larkin, emblemático poema para el viajero que emprende viaje. En el original, «Yes, swagger the nut-strewn roads, / Crouch in the fo’c’sle / Stubbly with goodness». (*N. del T.*)

[2] La lista es larguísima, y en ella se incluyen los libros de quienes han viajado tras las huellas de Graham Greene, George Orwell, Robert Louis Stevenson, Leonard Woolf, Joseph Conrad, Kurtz, H. M. Stanley, Leopold Bloom, San Pablo, Matsuo Basho, Samuel Johnson, Jesucristo y Buda. (*N. del A.*)

[3] En el original de Wordsworth (1798), «These beauteous forms, / Through a long absence, have not been to me / As is a landscape to a blind man’s eye: / But oft, in lonely rooms, and ’mid the din / Of towns and cities, I have owed to them / In hours of weariness, sensations sweet (...)». (*N. del T.*)

[4] Ese mismo año, más adelante, Orhan Pamuk fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura. (*N. del A.*)

[5] En el original de Yeats, un poema titulado «Tom O’Roughley» y publicado en 1918, aunque incluido en *Los cisnes salvajes de Coole* (1919), dice «An aimless joy is a pure hoy / And wisdom is a butterfly / And not a gloomy bird of prey». (*N. del T.*)

[6] Murió en diciembre de 2006. (*N. del A.*)

[7] En mayo de 2008, el presidente electo de Turkmenistán, Gurbanguly Berdymujammedov, decretó la demolición de este edificio, un trípode de setenta y cuatro metros de altura, en la cúspide del cual se encontraba la estatua giratoria de Niyazov, toda recubierta de oro, de doce metros de altura. También dejaron de estar prohibidos la ópera y los circos. (*N. del A.*)

[8] El *crore*, palabra de origen hindi, se emplea en el sistema numérico de la India para designar una decena de millones, pero también significa cualquier cifra de enorme cuantía. (*N. del T.*)

[9] Sopa anglo-india con sabor a curry. De la región del Tamiel, significa «agua con sabor a pimienta», aunque la pimienta no es un ingrediente indispensable. Suele llevar arroz o fideos. Las recetas con que se prepara son variadísimas. (*N. del T.*)

[10] Sir Arthur murió el 22 de marzo de 2008, cuando estaba yo corrigiendo estas páginas. Fue enterrado en Colombo, Su lápida ostenta un epitafio que él mismo escribió: «Aquí yace Arthur C. Clarke. Nunca creció del todo y nunca dejó de crecer». (*N. del A.*)

[11] Philip Larkin (1922-1985), «Albada». Es el último poema que escribió y publicó. (*N. del A.*)

[12] 3.506 pies: 1.068 metros. (*N. del T.*)

[13] *The Purple People Eater* es una tonta canción cómica interpretada por Sheb Wooley. La letra habla de un monstruo extraterrestre que baja a la Tierra porque quiere tocar en una banda de rock. Llegó al número uno en 1958 y sigue siendo parte de la cultura popular americana aún hoy en día. (N. del T.)

[14] En el original de Philip Larkin, incluido en *Las bodas de Pentecostés* (1964), «If I were called in / To construct a religion / I should make use of water. / Going to church / Would entail a fording / To dry different clothes; / My liturgy would employ / Images of sousing, / A furious devout drench...». (N. del T.)

[15] Uno de los poemas largos más famosos de Wallace Stevens (1937), «The Man with the Blue Guitar» al parecer fue escrito después de que el poeta viese *El viejo guitarrista*, de Picasso, del llamado «período azul». (N. del T.)

«Theroux es el canon por el que todo escritor de viajes debe juzgarse.»

Observer



Hace treinta años, Paul Theroux partió de Londres en un viaje de ida y vuelta por Asia en tren. Aquel relato -*El gran bazar del ferrocarril*- se convirtió en punto de referencia y su nombre en el más célebre de entre los autores de libros de viaje de su generación. Theroux vuelve ahora sobre sus pasos, a través del oeste de Europa, la India y Asia, para desvelar la ola de cambios que ha barrido los continentes.

Un largo viaje que nos transporta del laberinto de Estambul a las ruinas de Merv o al superpoblado Delhi, de los ashrams de Bangalore a las barridas marginales de Singapur, de los templos de Angkor a la renacida Saigón, de la Ciudad Prohibida de Hue al Barrio Viejo de Hanói, de un inmenso sex shop en Tokio a un balneario en Wakkanai, del parque de los Ciervos en Nara al gulag de Perm...

Reseña:

«Un libro maravilloso insuflado de la agudeza de la madurez, que consigue aquello que un libro de viajes no puede obviar: logra que el lector desee ponerse en camino.»

Booklist

Sobre el autor

Paul Theroux (Medford, Massachusetts, 1941) es uno de los escritores más reconocidos del mundo. *El gran bazar del ferrocarril* (1975; Alfaguara, 2018) lo catapultó a la fama y constituye un clásico de la literatura de viajes. En su prolífica obra destacan títulos como *Tren fantasma a la Estrella de Oriente* (Alfaguara, 2010), *El Tao del viajero* (Alfaguara, 2012) o *El último tren a la zona verde* (Alfaguara, 2015), y novelas como *La costa de los mosquitos* (adaptada al cine por Peter Weir y por la que recibió, en 1981, el James Tait Black Memorial Prize), *La calle de la media luna*, *Hotel Honolulu*, *Elefanta Suite* (Alfaguara, 2008), *Un crimen en Calcuta* (Alfaguara, 2011) y *En Lower River* (Alfaguara, 2014). Tras la muerte de su madre pudo dar por terminada *Tierra madre*, su desgarradora novela autobiográfica en la que llevaba años trabajando.

Título original: *Ghost Train to the Eastern Star. On the tracks of The Great Railway Bazaar*
© 2008, Paul Theroux
© 2010, Miguel Martínez-Lage, por la traducción
© 2010, 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-3582-4

Imagen de cubierta: © Getty Images

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: Alma María Díez Escribano

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Tren fantasma a la Estrella de Oriente](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Mapa Tras las huellas de *El Gran Bazar del Ferrocarril*](#)

[1. El Eurostar](#)

[2. El otro Orient Express](#)

[3. El transbordador a Besiktas](#)

[4. Tren nocturno a Ankara](#)

[5. Tren nocturno a Tbilisi](#)

[6. Tren nocturno a Bakú. El Transcaucásico](#)

[7. Tren nocturno de Ashgabat a Mary](#)

[8. Tren nocturno a Tashkent](#)

[9. El expreso Shan-e-Punjab a Delhi](#)

[10. Tren nocturno a Jodhpur. El expreso de Mandore](#)

[11. Tren nocturno a Jaipur](#)

[12. Tren nocturno a Bombay. El expreso «superrápido»](#)

[13. Tren nocturno a Bangalore. El expreso de Udyan](#)

[14. El expreso de Shatabdi a Chennai](#)

[15. La línea costera a Galle y Hambantota](#)

[16. El tren lento a Kandy](#)

[17. Tren fantasma a Mandalay](#)

[18. El tren a Pyin-Oo-Lwin](#)

[19. Tren nocturno a Nong Kai](#)

[20. Tren nocturno al nudo de Hat Yai. Expreso especial](#)

[21. Tren nocturno a Singapur. El expreso de Lankawi](#)

[22. El tren lento a la Estrella de Oriente](#)

[23. El barco *Sontepheap* a Phnom Penh](#)

[24. El Mekong Express](#)

[25. Tren nocturno a Hue](#)

[26. Tren diurno a Hanói](#)

[27. Tokio Andaguraundo](#)

[28. Tren nocturno a Hokkaido. El superexpres de Hayate](#)

[29. El expreso limitado. De Sarobetsu a Wakkanai](#)

[30. Tren nocturno a Kioto. El Expreso del Crepúsculo](#)

[31. El transiberiano](#)

[32. Tren nocturno a Berlín y más allá](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)